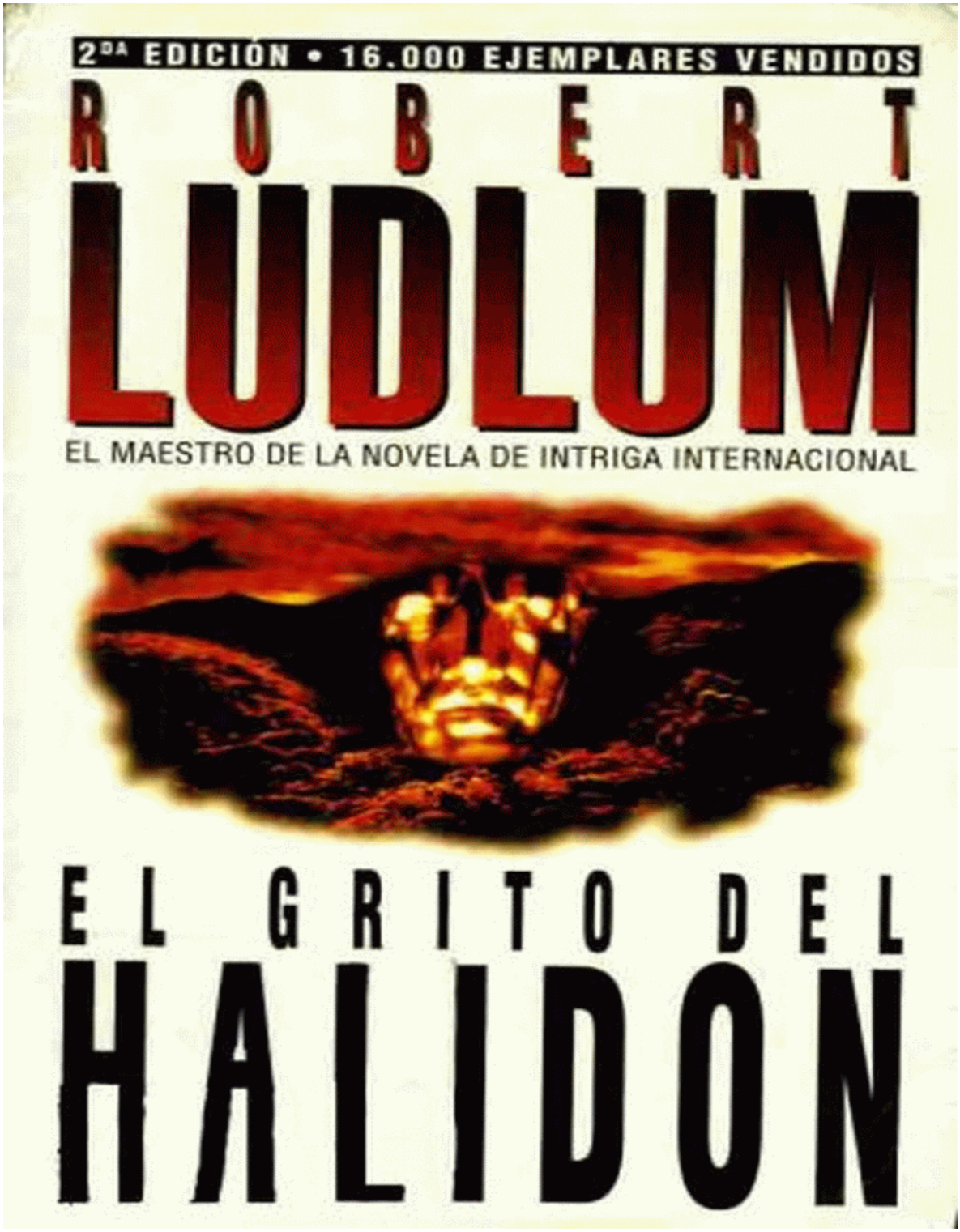
EL GRITO DEL HALIDON

Robert Ludlum



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

UNO

1

Port Antonio, Jamaica.

La blanca sábana de espuma marina saltaba hacia arriba desde las rocas de coral y parecía suspendida, con las oscuras aguas azules del Caribe como telón de fondo. La espuma caía en cascadas hacia adelante y hacia atrás y se afirmaba sobre miles de grietas diminutas, agudas y dentadas, que formaban la cubierta de coral. Luego volvió a convertirse en océano, uno mismo con su fuente.

Timothy Durell caminó por el extremo más alejado de la enorme cubierta del estanque, de forma irregular, que se extendía sobre el coral que la rodeaba, y observó el creciente combate entre agua y rocas. Esta aislada zona de la costa norteña jamaiquina era una transacción entre el hombre y el fenómeno natural. Las Villas Trident estaban construidas sobre un arrecife de coral, rodeadas por él por tres de sus lados, con una sola entrada de automóviles que conducía a los caminos que había al frente. Las villas eran réplicas en miniatura de su nombre: casas de huéspedes que daban al mar y los arrecifes de coral. Cada una era una entidad en sí misma; cada una aislada de las demás, de la misma manera en que todo el complejo estaba aislado del territorio adjunto de Port Antonio.

Durell era el joven administrador inglés de las Villas Trident, graduado en la Facultad Londinense de Administración Hotelera, con una serie de abreviaturas después de su nombre que indicaban más conocimiento y experiencia de lo que parecía garantizar su aspecto juvenil. Pero Durell era bueno; lo sabía, los dueños del Trident lo sabían. Nunca se quedaba esperando que ocurriera lo inesperado; eso, junto con una cordialidad de rutina, constituía la esencia de la buena administración.

Ahora había encontrado algo inesperado. Y lo preocupaba.

Era una imposibilidad matemática. O, si no imposible, por cierto en extremo improbable.

Sencillamente no tenía sentido.

-¿Señor Durell?

Se dio vuelta. Su secretaria jamaiquina, trigueña, cuyos rasgos y piel denunciaban la colisión secular entre África y el Imperio, había salido a la terraza con un mensaje.

-¿Sí?

-El vuelo 16 de Lufthansa de Munich llegará tarde a Montego. -Es la reserva de los Keppler, ¿no es así?

-Sí. Van a perder la conexión con el interior de la isla. -Deberían haber llegado a Kingston...

-No lo hicieron -dijo la joven, con la misma desaprobación en la voz que se percibía en la frase de Durell, pero con menos severidad-. Es evidente que no quieren pasar la noche en Montego; hicieron que Lufthansa enviara un mensaje por radio. Usted tiene que conseguirles un avión alquilado...

-¿Con tres horas de adelanto? ¡Que lo hagan los alemanes! Su máquina es la que se atrasó...

-Lo intentaron. No hay ninguno disponible en Montego. -Por supuesto que no hay... Le pediré a Hanley. Volverá de Kingston con los Warfield a las cinco.

Librodot

-Puede que no quiera...

-Va a querer. Estamos en un apuro. Espero que no sea un adelanto de la semana.

-¿Por qué lo dice? ¿Qué lo tiene mal?

Durell se volvió hacia la baranda que daba a los campos y arrecifes de coral. Encendió un cigarrillo, tapando con la mano las ráfagas de brisa cálida.

-Varias cosas. No estoy seguro de si puedo indicarle todas. Una sin duda la sé. -Miró a la joven, pero sus ojos estaban ausentes. -Hace poco más de doce meses empezaron a llegar las reservas para esta semana en particular. Hace once meses estaban completas. Todas las villas estaban reservadas... para esta semana en particular.

-Trident es muy conocido. ¿Qué es lo que le parece raro?

-No me entiende. Desde hace once meses, las reservas se han mantenido. Ni una sola cancelación, ni siquiera un mínimo cambio de fechas. Ni siquiera un día.

-Menos problema para usted. Habría supuesto que se sentiría conforme.

-¿No lo advierte? Es una imp... bueno, una incoherencia matemática, para decir lo mínimo. Veinte villas. Suponiendo que vengan parejas, son cuarenta familias; en rigor, madre, padre, tías, tíos, primos... Durante once meses no ha ocurrido nada que cambie los planes de nadie. Ninguno de los mayores murió, y con nuestros precios no recibimos jóvenes solos. Ninguna desgracia de consecuencia,

ninguna simple interferencia de negocios, o varicela o sarampión o bodas o funerales o enfermedades inminentes. Sin embargo, no somos la coronación de la Reina; sólo somos "una semana en Jamaica".

La chica se rió.

-Está jugando con los números, señor Durell. Está molesto porque su bien organizada lista de espera no se ha usado.

-Y la forma en que están llegando -prosiguió el joven administrador, hablando cada vez más rápido-. Este Keppler es el único que tiene un problema, ¿cómo lo resuelve? Hace que el avión envíe un mensaje por radio desde algún lugar del Atlántico. Mire, estará de acuerdo en que es un poco... ¿Los demás? Nadie pide que un auto vaya a buscarlo, no hace falta ninguna confirmación para el viaje hacia el interior de la isla, ninguna preocupación por equipaje o distancias. Ya llegarán.

-Los Warfield no. El capitán Hanley fue con su avión a Kingston a buscar a los Warfield.

-Pero nosotros no lo sabíamos. Hanley supuso que sí, pero no lo sabíamos. Los arreglos se hicieron en privado desde Londres. Él pensó que nosotros le habíamos dado su nombre, pero no fue así. Yo no se lo había dado.

-Ninguna otra persona lo habría hecho... -La chica calló. -Pero todos son... de todas partes.

-Sí. Divididos casi de manera pareja. Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania y... Haití.

-¿A qué quiere llegar? -preguntó la joven, al ver la preocupación en el rostro de Durell.

-Tengo la extraña sensación de que todos nuestros clientes de la semana son conocidos entre sí. Pero no quieren que lo sepamos.

Londres, Inglaterra.

Librodot

El estadounidense alto, de cabello rubio, con el impermeable Burberry desabrochado, salió de la entrada del Strand del hotel Savoy. Se detuvo un instante y miró el cielo inglés que se divisaba entre los edificios del patio. Era algo perfectamente natural -observar el cielo, controlar los elementos después de emerger de un refugio-, pero este hombre no echó la habitual mirada condenatoria ni emitió un juicio basado sobre todo en el factor frío.

Miró.

Cualquier geólogo que se ganaba la vida haciendo investigaciones geofísicas para gobiernos, compañías y fundaciones sabía que el clima era un ingreso; connotaba progreso o demora.

Un hábito.

Sus ojos gris claro estaban profundamente hundidos bajo sus anchas cejas, más oscuras que el cabello castaño claro que caía con irritante regularidad sobre su frente. Su rostro tenía el color de alguien expuesto al clima, el tono siempre bronceado por el sol, no quemado. Las arrugas marcadas a los lados y debajo de sus ojos parecían más consecuencia de su trabajo que de la edad; de nuevo, un rostro en constante conflicto con los elementos. Los pómulos eran altos; la boca, llena; la mandíbula, floja; pues el hombre también trasuntaba una cierta suavidad... en contraste abstracto con la mirada dura, profesional.

Esta suavidad, también, se veía en sus ojos. No eran débiles, sino inquisitivos; los ojos de un hombre que sondeaba... quizá porque no había sondeado lo suficiente en el pasado.

Cosas... muchas cosas... le habían ocurrido a este hombre.

Una vez que pasó el instante de observación, saludó al portero uniformado con una sonrisa y una breve sacudida de la cabeza, en señal de negación.

-¿No quiere un taxi, señor McAuliff?

-Gracias, no, Jack. Voy a caminar.

-Qué activo, señor.

-Es refrescante. Sólo voy a caminar unas cuadras.

El portero se tocó la gorra y centró su atención en un Jaguar que entraba. Alexander McAuliff atravesó el patio, pasando el teatro y la oficina de American Express hacia el Strand. Cruzó la calle y entró en el flujo de tránsito humano que iba hacia el norte, rumbo al puente de Waterloo. Se abrochó el impermeable, y se levantó las solapas para protegerse del frío londinense de febrero.

Era casi la una de la tarde; tenía que estar en la intersección de Waterloo a la una. Lo lograría con los minutos justos.

Había aceptado encontrarse de esta forma con el hombre de la compañía Dunstone, pero esperaba que su tono de voz hubiera trasmitido su molestia. Habría estado dispuesto a tomar un taxi o alquilar un auto o contratar un chofer... si alguna de esas cosas o todas ellas hubiera resultado necesaria, pero si Dunstone le enviaba un auto, ¿por qué no enviarlo al Savoy? No era que le importara caminar; sencillamente detestaba encontrarse con gente en vehículos en medio de calles congestionadas. Era una maldita molestia.

El hombre de Dunstone le había dado una breve y sucinta explicación que era, para el hombre de Dunstone, el único motivo necesario para todo:

-El señor Julian Warfield lo prefiere así.

Ubicó el auto de inmediato. Tenía que ser de Dunstone y/o de Warfield. Un Rolls-Royce St. James, con su cuerpo negro resplandeciente y hecho a mano, que se abría paso de manera majestuosa, anacrónica, entre los Austin, los MG y los autos europeos importados, cuidadosos de la nafta que consumían. Esperó en el refugio, tres metros del cruce del puente. No pensaba hacerle gestos ni señas al Rolls que se acercaba con lentitud. Esperó hasta que el automóvil se detuvo justo frente a él, con el chofer al volante y la ventanilla trasera abierta.

Librodot

-¿Señor McAuliff? -dijo el rostro ansioso y joven-viejo de la ventanilla.

-¿Señor Warfield? -.-preguntó McAuliff, sabiendo que ese ejecutivo cincuentón de aspecto prolijo no era él.

-Por Dios, no. Mi nombre es Preston. Suba; creo que estamos deteniendo el tránsito.

-Sí, así es. -Alex subió al asiento trasero mientras Preston se desplazaba más adelante. El inglés extendió su mano.

-Mucho gusto. Soy la persona con quien ha hablado por teléfono.

-Sí... señor Preston.

-Lamento mucho la molestia de encontrarnos así. El viejo Julian tiene sus manías, se lo garantizo.

McAuliff decidió que tal vez había juzgado mal al hombre de Dunstone.

-Un poco insólito, no más. Si la razón era tomar precauciones, aunque no sé por qué motivo, sin duda eligió un auto muy llamativo para enviar.

Preston se rió.

-Cierto. Pero ¿sabe? A lo largo de los años he aprendido que Warfield, como Dios, se mueve de una manera misteriosa, la cual, en lo fundamental, es bastante lógica. En realidad es una persona atinada. Usted va a almorzar con él, como ya sabrá.

-Bien. ¿Dónde?

-En Belgravia.

-¿No vamos hacia el otro lado?

-Julian y Dios: lógicos en lo fundamental, muchacho.

El Rolls cruzó el puente de Waterloo, avanzó hacia el sur rumbo a The Cut, giró a la izquierda hasta Blackfriars Road, luego volvió a doblar a la izquierda, por el puente Blackfriars, y tomó hacia el norte, por Holborn. Era un camino insólito.

Diez minutos más tarde, el auto se detuvo ante la marquesina de entrada de un edificio de piedra blanca, con una chapa de bronce a la derecha de las puertas dobles de cristales que decía: " SHAFTESBURY ARMs". El portero tomó la manija de la portezuela y dijo con tono jovial:

-Buenas tardes, señor Preston.

-Buenas tardes, Ralph.

McAuliff siguió a Preston mientras entraba en el edificio, hasta el bien decorado vestíbulo al que daban tres ascensores.

-¿Ésta es la casa de Warfield? -preguntó, más por decir algo que por curiosidad.

-No, en realidad es la mía. A pesar de que no voy a quedarme a almorzar con ustedes. Sin embargo, implícitamente confío en el cocinero; va a atenderlos bien.

-No intentaré entender eso... "Julian y Dios".

Preston sonrió quitándole importancia al comentario mientras se abría la puerta del ascensor.

Julian Warfield estaba hablando por teléfono cuando Preston introdujo a McAuliff en el living decorado con gusto y elegancia. El anciano se encontraba de pie junto a una mesa antigua frente a una alta ventana que daba a la plaza Belgrave. El tamaño de la ventana, flanqueada por cortinas blancas, subrayaba la escasa altura de Warfield. "En realidad es un hombre bastante bajo", pensó Alex mientras devolvía el gesto de Warfield con una inclinación de cabeza y una sonrisa.

-Le envía las estadísticas de acumulación a Macintoch, entonces -dijo Warfield con tono tajante; no estaba haciendo una pregunta-. Seguro de que estará en desacuerdo, y ustedes dos pueden discutirlo. Adiós. -El anciano menudo colgó el receptor y miró a Alex. -El señor

Librodot

McAuliff, ¿no es así? -Se rió entre dientes. -Ésa fue una lección de negocios de primera. Emplee expertos que estén en desacuerdo casi en todo y saque los mejores argumentos de ambos para transar.

-Buen consejo en general, diría -respondió McAuliff-. En la medida en que los expertos estén en desacuerdo en el tema y no sólo por una cuestión de química.

-Usted es rápido. Eso me gusta... -Warfield se dirigió hacia Preston. Su forma de caminar era como su manera de hablar: premeditada, lenta. Mentalmente confiado, físicamente inseguro. -Gracias por prestarme tu piso, Clive. Y a Virginia, por cierto. Por experiencia, sé que el almuerzo será espléndido.

-De nada, Julian. Me voy.

McAuliff dio vuelta la cabeza con violencia, sin la menor sutileza, y miró a Preston. Lo último que esperaba era una familiaridad tal que implicara el uso del nombre de pila del viejo Warfield. Clive Preston sonrió y salió con rapidez de la habitación, mientras Alex lo miraba aturdido.

-Para responder lo que se está preguntando en silencio -dijo Warfield-, a pesar de que ha hablado con Preston por teléfono, no trabaja en Dunstone, señor McAuliff.

Alexander se volvió hacia el empresario.

-Cada vez que llamé a las oficinas de Dunstone para hablar con usted, tuve que dar el número para que me llamaran...

-Siempre en apenas unos minutos -interrupiió Warfield-. Nunca lo hicimos esperar; habría sido una grosería. Todas las veces que llamó... en cuatro ocasiones, creo... mi secretaria le informó al señor Preston. A su oficina.

-Y el Rolls de Waterloo era de Preston -dijo Alex.

-Sí.

-De manera que si alguien me seguía, mi negocio es con Preston. Lo fue desde que estuve en Londres.

-Ésa fue la idea.

-¿Por qué?

-Evidente, me parece. Preferiríamos que nadie supiera que estamos discutiendo un contrato con usted. Cuando lo llamamos por primera vez a Nueva York subrayamos ese punto, creo.

-Dijeron que era confidencial. Todo el mundo dice eso. Si querían que lo fuera hasta este punto, ¿por qué usaron el nombre de Dunstone?

-¿Habría venido si no lo hubiéramos hecho?

McAuliff pensó un momento. A pesar de la semana que había pasado esquiando en Aspen, habían surgido varios otros proyectos. Pero Dunstone era Dunstone, una de las empresas más grandes del mercado internacional.

-No, tal vez no habría venido.

-Estábamos convencidos de eso. Sabíamos que estaba a punto de cerrar un negocio con ITT por un asunto en el sur de Alemania. Alex miró al anciano. No pudo responder sino con una sonrisa.

-Eso, señor Warfield, se suponía que era tan confidencial como cualquier cosa que esté considerando usted.

Warfield le devolvió la salida humorística.

-Entonces sabemos quién se maneja mejor con lo confidencial, ¿no? No cabe duda de que me es muy obvia... Vamos, tomaremos una copa y después almorzaremos. Sé lo que le gusta: whisky con hielo. En cierta manera, más hielo del que me parece bueno para el sistema.

Librodot

El anciano se rió con suavidad y condujo a McAuliff a un bar de caoba situado del otro lado de la habitación. Preparó las bebidas con rapidez, moviendo con habilidad sus manos viejas, en contraposición con su manera de caminar. Le ofreció a Alex un vaso y le indicó que se sentara.

-Me he enterado de bastantes cosas sobre usted, señor McAuliff. Bastante fascinantes.

-Supe que alguien anduvo averiguando.

Estaban sentados uno frente al otro, en sendos sillones. Ante la respuesta de McAuliff, Warfield levantó los ojos de su vaso y lo miró con rapidez, casi con rabia.

-Me resulta difícil de creer.

-No se usaron nombres, pero la información me llegó. Ocho fuentes. Cinco estadounidenses, dos canadienses, una francesa.

-Que no se podían vincular con Dunstone. -El cuerpo corto de Warfield pareció endurecerse; McAuliff comprendió que había tocado un nervio desnudo.

-Dije que nunca se mencionaron nombres.

-¿Usó usted el nombre de Dunstone en alguna conversación? Dígame la verdad, señor McAuliff.

-No habría motivo para que no le dijera la verdad -respondió Alex, un poco disgustado-. No, no lo usé.

-Le creo.

-Debe creerme.

-Si no le creyera, le pagaría muy bien por su tiempo y le sugeriría que volviera a los Estados Unidos y arreglara con la ITT.

-Podría hacerlo de todos modos, ¿no es cierto? Tengo esa opción.

-A usted le gusta el dinero.

-Mucho.

Julian Warfield apoyó su vaso y juntó sus pequeñas manos delgadas.

-Alexander T. McAuliff. La "T" es por Tarquin, que usa muy pocas veces, o nunca. No figura siquiera en su papel de carta; se dice que no le importa...

-Verdad. No me pone violento.

-Alexander Tarquin McAuliff, treinta y ocho años. Licenciado, Master y Doctor, pero el título de Doctor lo usa rara vez, lo mismo que su segundo nombre. Los departamentos de geología de varias universidades estadounidenses de primer nivel, incluida la Tecnológica de California y Columbia, perdieron a un excelente investigador cuando el doctor McAuliff decidió poner sus conocimientos de experto al servicio de fines más comerciales. -El hombre sonrió, con expresión de "¿qué tal lo estoy haciendo?", aunque sin preguntarlo en realidad.

-Las presiones del cuerpo de profesores y del laboratorio no son menos pesadas que las de afuera. ¿Por qué no hacerse pagar por ellas?

-Sí. Estuvimos de acuerdo en que le gusta el dinero.

-¿A usted no?

Warfield rió, y su risa era franca y fuerte. Su cuerpo delgado y pequeño casi se sacudió de placer mientras le alcanzaba su vaso a Alex.

-Excelente respuesta. De veras muy buena.

-No tanto...

-Pero me está interrumpiendo -dijo Warfield mientras volvía a su silla-. Tengo intenciones de impresionarlo.

-No conmigo mismo, espero.

Librodot

-No. Con nuestra exhaustividad... Es de una familia unida, con un entorno académico seguro...

-¿Esto es necesario? -interrumpió McAuliff.

-Sí, lo es -respondió Warfield con sencillez, y prosiguió como si no se hubiera interrumpido su línea de pensamiento-. Su padre era, y es tras jubilarse, un agrónomo muy considerado; su madre, por desgracia fallecida, una criatura deliciosa y romántica adorada por todos. Fue ella quien le puso "Tarquin" y, hasta que ella murió, usted nunca negó la inicial o el nombre. Tenía un hermano mayor, piloto, derribado en los últimos días de la Segunda Guerra Mundial; usted mismo tuvo una foja espléndida en Vietnam... Al obtener su doctorado, se dio por sentado que continuaría con la tradición académica de la familia. Hasta que una tragedia personal lo arrancó del laboratorio. En las calles de Nueva York mataron a una mujer joven, su novia. Por la noche. Usted se echó la culpa a sí mismo... y a otros. Tenía que encontrarse con ella; en cambio, una reunión de investigación, organizada a último momento y bastante innecesaria, se lo impidió... Alexander Tarquin McAuliff dejó la universidad. ¿Estoy trazando un cuadro preciso?

-Está invadiendo mi privacidad. Está repitiendo información que puede ser personal pero difícilmente pueda considerarse confidencial. Fácil de conseguir. Además, usted es muy desagradable. Creo que no deseo almorzar con usted.

-Unos pocos minutos más. Después será decisión suya.

-Es mi decisión en este mismo momento.

-Por supuesto. Sólo un poco más... El doctor McAuliff se embarcó en una nueva carrera con extraordinaria precisión. Trabajó para varias firmas reconocidas de investigación geológica, donde su trabajo fue sobresaliente; luego dejó las compañías y les ganó contratos cotizando menos que ellas. La construcción industrial no conoce fronteras nacionales: Fiat construye en Moscú; General Motors, en Berlín; British Petroleum en Buenos Aires; Volkswagen, en Nueva Jersey, Estados Unidos; Renault, en Madrid... Podría seguir durante horas. Y todo empieza con una sola carpeta de archivo llena de complicados párrafos técnicos que describen lo que es posible y lo que no lo es en términos de construcción sobre el terreno. Un ejercicio tan simple, que se da por sentado. Pero sin ese archivo, ninguna otra cosa es posible.

-Sus pocos minutos están por terminar, Warfield. Y, hablando en nombre de la comunidad de investigadores, le agradecemos que reconozca nuestra necesidad. Como dice, muy a menudo se nos da por descontados. -McAuliff apoyó su vaso sobre la mesa ubicada junto a su sillón y comenzó a ponerse de pie.

Warfield habló con lentitud y precisión.

-Tiene veintitrés cuentas bancarias, incluidas cuatro en Suiza; puedo darle los números de código. si quiere. Otras en Praga, Tel Aviv, Montreal, Brisbane, San Pablo, Kingston, Los Ángeles y por cierto, Nueva York.

Alexander se quedó inmóvil en el borde de su asiento y miró al pequeño anciano.

-Ha trabajado bastante.

-Exhaustivo... Nada que se pueda considerar ilegal; ninguna de las cuentas es enorme. Juntas suman dos millones cuatrocientos mil y pico de dólares, hasta hace unos días, cuando vino de Nueva York. Por desgracia, la cifra carece de sentido. Debido a los acuerdos internacionales de impuestos respecto de transferencias financieras, el dinero no puede centralizarse.

-Ahora sé que no quiero almorzar con usted.

-Quizá no. Pero ¿le gustaría tener otros dos millones de dólares? Limpios y netos, con todos los impuestos estadounidenses pagos. Depositados en el banco de su elección.

McAuliff siguió mirando a Warfield. Pasaron varios momentos hasta que habló.

-Está hablando en serio, ¿no?

-Absolutamente.

-Por una investigación?

-Sí.

-Hay cinco buenas firmas aquí en Londres. Por esa cantidad de dinero, ¿por qué me llamó a mí? ¿Por qué no se dirigió a alguna de ellas?

-No queremos una firma. Queremos un individuo. Un hombre que hemos investigado de manera exhaustiva; un hombre que creemos que cumplirá con el aspecto más importante del contrato. El secreto.

-Suena ominoso.

-En absoluto. Una necesidad financiera. Si se sabe, los especuladores pueden meterse. Los precios de la tierra subirán de manera astronómica, y el proyecto se volverá impracticable. Habría que abandonarlo.

-Que es? Antes de que de mi respuesta tengo que saberlo.

-Planeamos construir una ciudad. En Jamaica..

2

McAuliff rechazó con cortesía el ofrecimiento de Warfield para que el automóvil de Preston lo llevara de nuevo a Belgravia.

Quería caminar, pensar en el frío aire invernal. Caminar lo ayudaría a poner en orden sus pensamientos; el viento brusco y helado en cierta forma hacían que se concentrara en sí mismo.

No era que hubiera tanto que pensar, sino mucho que absorber. En un sentido, la cacería había terminado. El final del intrincado laberinto estaba a la vista, después de once años de complicados vagabundeos. No por el dinero en sí, sino por el dinero como la correa transportadora de la independencia.

Completa. Total. Nunca volver a verse obligado a hacer lo que no deseaba.

La muerte de Atine -su asesinato- había sido el resorte. Por cierto, era una racionalización, como lo comprendía. Pero la racionalización tenía raíces sólidas, más allá de la explosión emocional. La reunión de investigación -descripta con precisión por Warfield como "bastante innecesaria"- era sintomática del sistema académico.

Todas las actividades de laboratorio estaban armadas para justificar cualquier subsidio que hubiera en perspectiva. ¡Dios! ¡Cuánta actividad inútil! ¡Cuántas reuniones sin sentido! Cuán a menudo el trabajo útil quedaba sin terminar porque un subsidio de investigación no se materializaba o el administrador de un departamento cambiaba las prioridades con el fin de lograr un progreso más evidente para fundaciones orientadas hacia el progreso.

No podía combatir el sistema académico; estaba demasiado enojado para seguir su política. De manera que se fue.

Tampoco podía soportar a las empresas. ¡Por Dios! Un conjunto diferente de prioridades, que llevaban a un solo objetivo: las ganancias. Sólo las ganancias. Los proyectos que no producían el "perfil de ganancias" más favorable eran abandonados sin una mirada hacia atrás.

"Concéntrate en los negocios. No pierdas tiempo."

De manera que dejó las empresas y siguió solo. Donde un hombre podía decidir por sí mismo el precio de los valores inmediatos. Y si valían la pena.

Librodot

Tomando en consideración todas las cosas, todo... todo lo que Warfield le había propuesto no sólo era correcto y aceptable, sino glorioso. Dos millones de dólares líquidos, legítimos, por una investigación que Alex sabía que podía manejar.

Conocía vagamente la zona de Jamaica que debía investigar: al este y sur de Falmouth, por la costa hasta la bahía de Duncan, por el interior hasta Cock Pit. En concreto el territorio de Cock Pit era aquello en lo que Dunstone estaba más interesado: vastas secciones de montañas y selvas deshabitadas y en algunos casos, sin mapas precisos. Kilómetros sin desarrollar a diez minutos por avión de la sofisticación de bahía Montego, a quince de la ciudad de New Kingston, en franca expansión casi en estallido.

Dunstone le enviaría las coordenadas específicas en las tres semanas siguientes, tiempo durante el cual tenía que reunir a su equipo.

Ahora se hallaba de nuevo en el Strand, a unas cuadras del Savoy. No había resuelto nada, en realidad: no había nada que resolver, salvo, tal vez, la decisión de empezar a buscar gente en la universidad. Estaba seguro de que no faltarían postulantes interesados; sólo esperaba encontrar el nivel de calidad que le hacia falta.

Todo estaba bien. Realmente bien.

Caminó por el callejón hacia el patio, le sonrió al portero y pasó las gruesas puertas de cristal del Savoy. Se dirigió hacia el mostrador de reservas de la derecha y preguntó si tenía mensajes..

Ninguno.

Pero había otra cosa. El empleado de esmoquin que estaba del otro lado del mostrador le hizo un pregunta.

-¿Va a subir a su habitación, señor McAuliff?

-Sí... sí, voy a subir -respondió Alex, asombrado por la pregunta-. ¿Por qué?

-¿Disculpe?

-¿Por qué me lo pregunta? -dijo McAuliff, sonriendo.

-Por el servicio de habitaciones -respondió el hombre, con expresión de inteligencia en los ojos y tranquilidad en su suave voz británica-. En caso de que necesite el servicio de lavandería o de planchado. Son horas de terrible actividad.

-Por supuesto. Gracias. -Alex volvió a sonreír, hizo un gesto de agradecimiento y se dirigió al pequeño ascensor con rejas de bronce. Había intentado captar algo más en los ojos del hombre del Savoy, pero no pudo. Sin embargo, sabía que había algo más en la pregunta. En los seis años en que se había alojado en el hotel, nadie le había preguntado nunca si "subía a su habitación'. Si se tomaba en cuenta la discreción inglesa del Savoy, resultaba una pregunta insólita.

¿O eran sus recelos, sus recelos vinculados con Dunstone, que se instalaban con demasiada rapidez, con demasiada fuerza?

Dentro de su habitación, McAuhff se quedó en calzoncillos, se puso una bata de baño y le pidió hielo al encargado del piso. Todavía tenía una botella de whisky casi llena en el escritorio. Se sentó en un sillón junto a la ventana y abrió un diario, que le había dejado con singular consideración el servicio de habitaciones.

Con la rapidez que caracterizaba a los encargados del Savoy, oyó un golpe en la puerta de su habitación que daba al corredor. McAuliff se levantó de su asiento y enseguida se detuvo.

Los encargados del Savoy no golpeaban la puerta del corredor: entraban en el hall de entrada de la suite. La privacidad de la habitación se obtenía cerrando con llave las puertas del dormitorio, que daban al hall de entrada.

Librodot

Alex caminó con rapidez hacia la puerta y la abrió. No había ningún encargado. En cambio, se enfrentó con un hombre alto, de aspecto agradable y sobretodo de tweed.

-¿Señor McAuliff?

_¿Sí?

-Mi nombre es Hammond. ¿Puedo hablar con usted, señor?

-¿Eh? Sí, claro... por cierto.

-Alex miró hacia el extremo del corredor mientras le hacía gestos al hombre para que entrara.

-Pedí hielo; pensé que era el encargado.

-Entonces, ¿puedo entrar en su... discúlpeme... su baño, señor? Preferiría que no me vieran.

-¿Qué? ¿Viene de parte de Warfield?

-No, señor McAuhff, de Inteligencia Británica.

3

Fue una presentación lamentable, señor McAuliff. ¿Le importa si empiezo de nuevo? -Hammond entró en el living de la suite. Alex estaba poniendo hielo en un vaso.

-No hace falta. Nunca nadie golpeó la puerta de mi habitación de hotel, dijo que era de Inteligencia Británica y me pidió que lo dejara pasar al baño. Me resulta un poco raro... ¿Quiere tomar un whisky?

-Gracias. Poco, por favor; con un toquecito de soda servía perfecto.

McAuliff sirvió el whisky como se lo había pedido,le alcanzó el vaso a Hammond.

-Sáquese el saco. Tome asiento.

-Es muy hospitalario. Muchas gracias. -El ingles se quitó el sobretodo de tweed y lo puso con cuidado en el respaldo de una silla.

-Estoy muerto de curiosidad, señor Hammond. -McAuliff se sentó junto a la ventana, frente al visitante. -El empleado del mostrador me preguntó si subía a mi habitación. Era por usted, ¿no es cierto?

-Así es. No sabe nada, sin embargo. Cree que los gerentes querían verlo a solas. A menudo se hace así. Por lo general por asuntos financieros.

-Muchas gracias.

--Lo aclararemos, si le molesta.

-No me molesta.

-Estaba en la bodega. Cuando me avisaron, subí por el ascensor de servicio.

-Bastante complicado...

-Bastante necesario -interrumpió el inglés-. Durante los últimos días ha estado bajo vigilancia constante. No quiero alarmarlo.

McAuliff hizo una pausa, con el vaso a mitad de camino hacia la boca.

-Acaba de hacerlo. Deduzco que la vigilancia no era de ustedes.

-Bueno, podría decir que observamos, a distancia, tanto a los seguidores como a la persona a la que siguen. -Hammond bebió un trago y sonrió.

-No estoy seguro de que este juego me guste -dijo McAuliff en voz baja.

-A nosotros tampoco. ¿Puedo presentarme de manera más completa?

Librodot

-Por favor, hágalo.

Hammond sacó del bolsillo de su saco un carné de identificación de cuero negro, se levantó de la silla y se acercó a McAuliff. Extendió el carné y lo abrió.

-Hay un número de teléfono debajo del sello. Le agradecería que hiciera una llamada para verificar, señor McAuliff.

-No es necesario, señor Hammond. No me ha preguntado nada.

-Lo haré.

-Si lo hace, llamaré.

-Sí, ya veo... Muy bien. -Hammond volvió a su asiento. -Como dicen mis credenciales, soy de Inteligencia Militar. Lo que no dicen es que he sido asignado al Ministerio de Relaciones Exteriores y a Ingresos Internos. Soy analista financiero.

-¿En el Servicio de Inteligencia? -Alex se levantó de su asiento y fue hasta el balde de hielo y el whisky. Hizo un gesto hacia ellos y Hammond sacudió la cabeza. -Es insólito, ¿no le parece? Podría entender su presencia un banco o una oficina de corredores de acciones, pero no en el negocio de capa y espada.

-La mayor parte de los datos que se recolectan para inteligencia se vinculan con las finanzas, señor McAuliff. Con mayor o menor grado de sutileza, por cierto.

-Acepto la corrección. -Alex volvió a llenar su vaso y se dio cuenta de que el silencio que siguió indicaba que Hammond esperaba que volviera a su asiento.

-Cuando lo pienso, me doy cuenta de lo que quiere decir -dijo, y se sentó.

-Hace unos minutos me preguntó si era de Dunstone.

-No creo haberlo dicho.

-Muy bien. Julian Warfield... Es lo mismo.

-Fue un error de mi parte. No recuerdo haberle preguntado nada.

-Sí, por supuesto. Es una parte esencial de su acuerdo. No puede haber ningún tipo de referencia al señor Warfield o a Dunstone o a cualquier cosa o persona vinculada. Entendemos. Con toda franqueza, en esta coyuntura lo aprobamos de todo corazón. Entre otros motivos,

si violara la exigencia de secreto, creemos que lo matarían al instante. McAuliff bajó su vaso y le clavó los ojos al inglés, que hablaba con tanta calma y precisión.

-Es escandaloso -dijo simplemente.

-Eso es Dunstone -respondió Hammond en voz baja.

-Entonces me parece que lo mejor es que se explique.

-Lo haré lo mejor que pueda. Por empezar, el grupo de investigación geofísica para el que lo contrataron es el segundo equipo de ese tipo que se envía...

-No me lo dijeron -interrumpió Alex.

-Por buenos motivos. Están muertos. Debería decir: "desaparecidos y muertos". Nadie ha podido rastrear a los miembros jamaiquinos; los blancos están muertos, de eso estamos seguros.

-¿Cómo es eso? Quiero decir, ¿cómo pueden estar seguros? -Por la mejor de todas las razones, señor McAuliff. Uno de los hombres era un agente británico.

McAuliff se sentía hipnotizado por el relato del hombre de inteligencia, que hablaba con voz suave. Hammond podría haber sido un rector de Oxford analizando las confusas complejidades de un oscuro drama isabelino, aclarando con paciencia cada alternativa de un argumento, inexplicable en lo esencial. Aventuraba conjeturas cuando el conocimiento fallaba, asegurándose de que McAuliff entendiera que eran conjeturas.

Dunstone no era sólo una compañía industrial y de desarrollo; sus objetivos iban mucho más allá de un conglomerado empresario. Y no era sólo británica, como daba a entender la lista de miembros de su directorio. En rigor, Dunstone, Londres, era la sede "empresaria" de una organización de financistas internacionales dedicados a construir carteles globales más allá de la interferencia y los controles de la unión europea y sus alianzas comerciales. Es decir -de manera conjetural-, eliminando la intervención económica de los gobiernos: Washington, Londres, Bonn, París, La Haya y todos los otros puntos del compás financiero. En última instancia, éstos debían reducirse a condición de clientes, no ya considerarse origen de recursos o de negociación.

-¿Está diciendo, en esencia, que Dunstone está en proceso de establecer su propio gobierno?

-Eso es. Un gobierno basado sólo en factores de comercio económico. Una concentración de recursos financieros que no se ha planteado desde los faraones. Junto con esta catástrofe económica, y no es menos importante, está la absorción del gobierno de Jamaica por parte de Dunstone. Jamaica es la proyectada base de operaciones de Dunstone. Pueden tener éxito, señor McAuliff.

Alex puso su vaso sobre el vano de la ventana. Comenzó lentamente, tratando de encontrar las palabras, mientras miraba el panorama de techos que convergían en el patio del Savoy.

-Déjeme tratar de entender... a partir de lo que me ha dicho y de lo que sé. Dunstone tiene previsto invertir mucho en el desarrollo de Jamaica. Estamos de acuerdo en eso, y las cifras son astronómicas. Ahora bien, a cambio de esta inversión, esperan que el agradecido gobierno de Kingston los premie dándoles gran influencia. Al menos, eso sería lo que yo esperaría si fuera Dunstone. Los normales créditos impositivos concesiones de importación, aperturas de empleo, tierras... incentivos generales. Nada nuevo. -McAuliff giró la cabeza y miró a Hammond. -No estoy seguro de ver ninguna catástrofe financiera... salvo, tal vez, una catástrofe financiera inglesa.

-Usted acepta la corrección; yo, la réplica -dijo Hammond-. Pero sólo en un sentido menor. Usted es bastante perceptivo; es verdad que nuestras preocupaciones estaban, al principio, orientadas hacia el Reino Unido. La perversidad inglesa, si quiere. Dunstone es un factor importante en el equilibrio comercial británico. No nos gustaría nada perderlo.

-Entonces inventan una conspiración...

-No, un momento, señor McAuliff -interrumpió el agente, sin levantar la voz-. Los niveles más altos del gobierno británico no inventan conspiraciones. Si Dunstone fuera lo que aparenta ser, los responsables de Downing Street lucharían abiertamente por nuestros intereses. Me temo que ése no es el caso. Dunstone alcanza zonas muy sensibles de Londres, Bonn, París, Roma... y, con total certeza, de Washington. Pero ya volveré a eso... Me gustaría concentrarme en Jamaica por el momento. Usted utilizó los términos "concesiones", "exenciones impositivas"... "influencia" e "incentivos". Yo dije "absorción".

-Palabras.

-Leyes, señor McAuliff. Soberanas; sancionadas por primeros ministros y gabinetes y parlamentos. Piense un minuto, señor McAuliff. Un gobierno existente y viable en una nación independiente ubicada en forma estratégica, controlado por un enorme monopolio industrial con mercados mundiales. No es estrafalario. Está a la vuelta de la esquina.

Alex pensó en ello. Durante más de un minuto. Incitado por las "aclaraciones" de Hammond, dichas con voz gentil y planteadas con autoridad.

Sin revelar los métodos de descubrimiento del M15, el inglés le explicó el modus operandi de Dunstone. Enormes sumas de capital habían sido transferidas de bancos suizos a la calle King de Kingston, ese corto tramo que alojaba a las mayores instituciones bancarias internacionales. Pero el flujo masivo de efectivo no se hallaba depositado en bancos

Librodot

británicos, estadounidenses o canadienses. Éstos andaban mendigando, mientras que los bancos jamaiquinos, menos seguros, estaban estupefactos ante una entrada de dinero fuerte de la que nunca habían oído hablar en su historia.

Pocos sabían que los nuevos ricos jamaiquinos -increíblemente ricos- eran sólo de Dunstone. Pero respecto de ellos, las pruebas consistían en impresionantes transferencias desde miles de cuentas dentro de un día laboral de ocho horas.

Las cabezas de la gente daban vueltas de asombro. Unas pocas cabezas, en rigor. A hombres selectos ubicados en puestos muy altos les resultaba evidente, de manera incontrovertible, que una nueva fuerza había invadido Kingston, una fuerza tan poderosa que Wall Street y Whitehall temblarían ante su presencia.

-Si saben tanto, ¿por qué no entran en acción? Deténganlos.

-No es posible -respondió Hammond-. Todas las transacciones están cubiertas; no hay nadie a quién acusar. Es una red financiera demasiado complicada. La cabeza maestra de Dunstone es Warfield. Opera a partir de la premisa de que una sociedad cerrada sólo es eficiente cuando sus diversos brazos tienen poco o ningún conocimiento de los otros.

-En otra palabras, no pueden demostrar la acusación y...

-No podemos exponer lo que no podemos probar -interrumpió Hammond-. Eso es correcto.

-Podrían amenazar. Quiero decir, sobre la base de lo que saben con absoluta certeza que es verdad, podrían armar un gran escándalo... Pero no pueden arriesgarse, Se remite a esas zonas "sensibles" de Bonn, Washington, París, etcétera. ¿También tengo razón en esto?

-Sí.

-Deben de ser muy sensibles.

-Creemos que abarcan un corte transversal internacional de hombres extraordinariamente poderosos.

-¿En los gobiernos?

-Aliados con grandes industrias.

-¿Por ejemplo?

Hammond sostuvo la mirada de Alex. Su mensaje era claro. -Entiende que lo que digo es una mera... conjetura. -De acuerdo. Y tengo mala memoria.

-Muy bien. -Hammond se levantó del asiento y camino alrededor de él. Su voz seguía siendo tranquila, pero no había la menor falta de precisión. -En su propio país: en apariencia el vicepresidente de los Estados Unidos o alguien de su oficina y, por cierto, miembros desconocidos del Senado y del gabinete del Presidente. En Inglaterra: prominentes figuras de la Cámara de los Comunes y sin duda varios directores de departamento en Rentas Públicas. En Alemania: elevados Vorsitzenden del Bundestag. En Francia: miembros de la elite de derecha... Hombres como los que he descripto deben de estar trabajando con Warfield. El progreso logrado por Dunstone habría sido imposible sin tener influencia en tales lugares. De eso estamos seguros.

-Pero no saben específicamente quién,

-No.

-¿Y creen que, de alguna manera, yo puedo ayudarlos?

-Así es, señor McAuliff.

-Con todos los recursos de que disponen, ¿vienen a verme a mí? He sido contratado para realizar una investigación de campo de Dunstone, nada más.

-La segunda investigación de Dunstone, señor McAuliff.

-Y dice que el primer equipo está muerto.

Librodot

Hammond volvió a su silla y se sentó una vez más.

-Sí, señor McAuliff. Lo que quiere decir que Dunstone tiene un adversario. Uno que es tan mortífero y poderoso como las fuerzas de Warfield. Y no tenemos ni la más remota idea de qué es... quiénes son. Sólo que existe, que ellos existen. Deseamos hacer contacto con los que quieren lo mismo que nosotros. Podemos garantizar la seguridad de su expedición. Usted es la clave. Sin usted, estamos en un callejón sin salida. Sin nosotros, usted y su gente bien pueden correr extremo peligro.

McAuliff se levantó del sillón y se paro frente al agente británico. Respiró varias veces, en forma breve y profunda, y se alejo con deliberación de Hammond; luego caminó de un lado a otro del cuarto del Savoy. El inglés pareció entender la acción de Alex. Dejó que el momento pasara, sin decir nada.

-¡Por Dios! ¡Usted sí que es un personaje, Hammond! -McAuliff volvió a su asiento, pero no se sentó. Se estiró hasta tomar su bebida del vano de la ventana, no tanto por el whisky como para tener el vaso en la mano. -Entra aquí, arma una acusación contra Warfield a partir de una lectura económica y luego, con toda calma me dice que he firmado lo que equivale a mi último contrato si no coopero con usted.

-Eso es quitarle todos los matices, amigo...

-¡Es con bastante exactitud lo que acaba de decir! Suponga que está equivocado.

-No lo estamos.

-Sabe de memoria que no puedo demostrar tampoco eso. Si vuelvo a ver a Warfield y le cuento esta pequeña charla informal, perderé el contrato en el momento en que abra la boca. Y los honorarios más grandes que jamás se le hayan ofrecido a un investigador.

-¿Puedo preguntarle la suma? Sólo por un interés académico.

McAuliff miró a Hammond.

-¿Qué le parecerían dos millones de dólares?

-Le diría que me sorprende que no le haya ofrecido tres o cuatro... ¿Por qué no? No viviría para gastarlos.

McAuliff sostuvo la mirada del inglés.

-Traducido quiere decir que, si los enemigos de Dunstone no me matan, lo hará Dunstone.,

-Es lo que creemos. No hay ninguna otra conclusión lógica. Una vez que su trabajo esté terminado,

-Ya veo... -McAuliff tomó la botella de whisky y se sirvió con deliberación, como si midiera. No le ofreció nada a Hammond. --Si. me enfrento a Warfield con lo que usted me dijo, ¿de veras dice que él...?

-¿Lo mataría? ¿Son ésas las palabras que le resuenan, señor McAuliff?

-No tengo muchos motivos para emplear ese tipo de palabras, señor Hammond.

-Desde luego, nadie se acostumbra jamás a ellas .. Si, pensamos que lo mataría. Lo haría matar, por supuesto. Después de vaciarle el cerebro.

McAuliff se recostó contra la pared, mirando el whisky que había en su vaso, pero sin beber.

-No me da ninguna alternativa. ¿no es así?

-Por cierto que se la damos. Puedo irme de esta habitación: nunca nos vimos.

-Suponga que alguien lo vea. Esa vigilancia de la que habló.

-A mí no me verán: usted tiene que aceptar mi palabra en ese punto. -Hammond se inclinó en el sillón juntó los dedos con gesto pensativo. -Por cierto, en tales circunstancias, no estaríamos en posición de ofrecerle protección. De ninguna de las dos facciones...

Librodot

-Protección para lo no demostrable. -interrumpió Alex en voz baja.

-Si.

-Ninguna alternativa... -MeAuliff bebió varios tragos de whisky -Salvo una, Hammond. Supóngase que coopero, sobre la base de que puede haber sustento para sus acusaciones... o teorías, o como las llame. Pero no soy responsable ante ustedes.

-No estoy seguro de entenderlo.

-No acepto órdenes a ciegas. Nada de títeres. Quiero esa condición, oficialmente. Si ésa es la forma de llamarlo.

-Cebe de ser. La he usado a menudo.

McAuliff avanzó hasta quedar frente al inglés, junto al brazo de su sillón.

-Bueno, digámoslo con palabras simples. ¿Qué se supone que haga?

La voz de Hammond sonó calma y precisa.

-Hay dos objetivos. El primero, y el más vital, es la oposición a Dunstone. Aquellos que saben lo suficiente y son lo bastante fanáticos como para haber matado al primer equipo de investigación. Si los descubre, es concebible que lo lleven al segundo objetivo de igual importancia: los nombres de la jerarquía desconocida de Dunstone. Los hombres sin rostro de Londres, París, Bonn, Washington... incluso uno o dos. Le agradeceríamos cualquier dato concreto.

-¿Cómo empiezo?

-Con muy poco, me temo. Pero tenemos algo. Es sólo una palabra, un nombre, tal vez. No sabemos. Pero tenemos todos los motivos para pensar que es en extremo importante.

-¿Una palabra?

-Sí... "Halidon"

4

Era como trabajar en dos esferas diferentes de la realidad, ninguna del todo real. Durante el día, McAuliff tenía conversaciones con los hombres y mujeres de los laboratorios de geofísica de la Universidad de Londres, y recogía datos personales para su equipo de investigación. La universidad era la cobertura de Dunstone -junto con la Sociedad Histórica Real-, y ninguna de las dos era consciente de que eran las finanzas de Dunstone las que respaldaban la expedición.

De noche, al amanecer, se encontraba con R. C. Hammond, de Inteligencia Británica, en pequeñas casas vigiladas ubicadas en calles apenas iluminadas de Kensington y Chelsea. Llegaba a estos lugares tras cambiar dos veces de vehículo, taxis conducidos por miembros del M15. Y para cada reunión, a Alex se le daba una historia para cubrirse respecto de dónde se hallaba: una cena, una chica, un restaurante lleno de gente que conocía bien; nada fuera de lo común, todo fácil de explicar y verificar.

Las sesiones con Hammond se dividían en áreas de instrucción: el clima político y financiero de Jamaica, los contactos del M15 en toda la isla, y habilidades básicas -con instrumentos- en comunicaciones y contraespionaje.

En varias sesiones, Hammond llevó a "especialistas" en las Antillas: agentes negros que eran capaces de responder casi cualquier pregunta que McAuliff pudiera plantear. Tenía pocas preguntas; había investigado para Kaiser las existencias de bauxita cerca de Oracabessa hacía poco más de un año, un hecho que sospechaba que había conducido a Julian Warfield hacia él.

Cuando estaban solos, R. C. H.ammond se extendía en las actitudes y reacciones que Alex debería fomentar.

Librodot

"Siempre apóyese en una parte de verdad... y manténgala simple... que las cosas básicas sean fáciles de confirmar... "Encontrará bastante aceptable operar en diferentes niveles... de manera natural, instintiva. Su concentración se separará en forma independiente...

"Con mucha rapidez su antena personal será activada... segunda naturaleza. Entrará en un ritmo... el vínculo de conexión entre sus objetivos separados..."

El agente británico nunca era enfático, sólo redundante. Repetía las frases una y otra vez, con mínimas variaciones en las palabras.

Alex comprendió. Hammond le ofrecía cosas fundamentales: herramientas y confianza.

-Le daremos su contacto en Kingston en unos días; todavía estamos refinando las cosas. Kingston es un lío: allá la confiabilidad no es fácil.

-¿La confiabilidad de quién? -preguntó McAuliff.

-Buena pregunta -respondió el agente-. No se detenga en eso; es tarea nuestra. Memorice a todos los demás.

Alex miró los nombres escritos a máquina en el papel que no se debía sacar de la casa de Kensington.

-Tienen a mucha gente en la nómina de empleados.

-Un poco demasiado. Los que están tachados figuraban en dos lados a la vez: el nuestro y la CIA. La Agencia Central de Inteligencia se ha vuelto demasiado política en los últimos años.

-¿Le preocupan las filtraciones?

-Sí. Dunstone actúa en Washington. Elusiva, pero bien viva.

La mañana lo encontraba entrando en la esfera de realidad de Dunstone, la Universidad de Londres. Descubrió que anular las preocupaciones de la noche anterior era más fácil de lo que había pensado. La teoría de Hammond de los objetivos separados estaba demostrada; entró en un ritmo. Ahora su concentración se limitaba a preocupaciones profesionales: la formación de su equipo de investigación.

Acordaron que el número no debía superar las ocho personas, preferiblemente menos. Las áreas de especialización serían las habituales: estratificaciones de esquisto, piedra caliza y lechos de piedra; análisis de agua y bolsones de gas; vegetación: investigación de suelos y botánica y, por fin, pues la investigación se extendía a las regiones interiores de la zona de Cock Pit, alguien que estuviera familiarizado con los diversos dialectos y costumbres de las llanuras. Warfield había pensado que esto último era superfluo; Alex tenía más experiencia. Los resentimientos eran muy profundos en Jamaica.

McAuliff se había decidido por un miembro del equipo, un analista de suelos de California llamado Sam Tucker. Sam era un hombre enorme y morrudo de unos cincuenta años, dado a cualquier exceso que se ofreciera a su alrededor, pero un profesional de primera en su campo. Era también el hombre más confiable que Alex había conocido jamás, un amigo sólido que había trabajado en sus investigaciones desde Alaska hasta el trabajo para Kaiser en Oracabessa del año anterior. McAuliff dejó entrever que si Julian Warfield no le daba la aprobación a Sam, él mismo tendría que encontrar un investigador.

Era una amenaza superficial, pero valía la pena intentarla. Alex quería que Sam estuviera con él en Jamaica. Los otros serían nuevos, no probados; Tucker había envejecido bien con los años. Podía confiarse en él.

Warfield hizo un cheque de Dunstone para Sam Tucker y estuvo de acuerdo en que no había nada perjudicial, más allá de ciertos caprichos menores. Pero Sam no iba a ser diferente

Librodot

de ninguno de los otros miembros; ninguno iba a ser informado de los intereses de Dunstone. Obvio.

Ninguno lo sabría. Alex lo decía en serio, más de lo que Warfield se daba cuenta. Si es que había algo de verdad en las cosas asombrosas que había dicho R. C. Hammond. A todos los que participaban en la investigación se les contaría la misma historia, a partir de un conjunto de hechos armados por Dunstone. Hasta las organizaciones compro-metidas aceptaban los hechos como verdades; no había motivo para que no lo hicieran. Los subsidios financieros no se cuestionaban; eran las Sagradas Escrituras para el mundo académico. Codiciadas, reverenciadas, nunca debatidas.

La investigación geológica había sido posible gracias a un subsidio de la Sociedad Histórica Real, alentado por el Comité de Actividades del Commonwealth, Cámara de los Lores. La expedición sería una empresa conjunta de la Universidad de Londres y el Ministerio de Educación jamaiquino. Todos los sueldos, gastos, desembolsos de cualquier tipo se pagarían a través de la tesorería de la Universidad. La Sociedad Real establecería líneas de crédito bancario y la Universidad debía remitirse a estos fondos.

El motivo de la investigación era compatible con las preocupaciones del Comité del Commonwealth, cuyos miembros formaban parte de la mayoría de las sociedades reales y las pagaban. Era un regalo patrimonial a la nueva nación independiente, otro vínculo con Britania que no debía olvidarse. Un estudio que sería reconocido en libros de texto durante muchos años en el porvenir. Pues, de acuerdo con el Ministerio jamaiquino, no había registros de que este territorio en particular hubiera sido sometido a investigaciones geofísicas de cualquier dimensión.

Obvio.

Y si las hubo, por cierto ninguna iba a entregar los datos.

Sagradas Escrituras académicas.

La Universidad se calló la boca. No se hacían preguntas.

La elección de Alexander McAuliff para el cargo de director de investigación se consideró una incomodidad tanto para la sociedad como para la universidad. Pero el estadounidense era elección del Ministerio jamaiquino. Uno sufría este tipo de insultos por parte de las colonias.

Uno tomaba el dinero; no discutía.

Sagradas Escrituras.

Todo era lo bastante complicado como para ser académicamente viable, pensó McAuliff. Julian Warfield conocía el entorno en el cual maniobraba.

Como R. C. Hammond, de Inteligencia Británica.

Y Alex empezó a darse cuenta de que tendría que ponerse a la altura. Tanto Dunstone como el M15 se hallaban comprometidos con objetivos específicos. Se podía perder en estos compromisos. En cierta forma, ya se había perdido. Pero elegir el equipo era su preocupación inmediata.

La forma de considerar al personal por parte de McAuliff era la que había usado bastante a menudo como para saber que funcionaba. No entrevistaría a nadie cuyo trabajo no hubiera leído en su totalidad; sólo entrevistaría a personas ya probadas en los papeles. Más allá de las áreas específicas de especialización, le preocupaba la capacidad de adaptación a los requisitos físicos y climáticos, así como el toma y saca que implicaba la asociación estrecha.

Había hecho su trabajo. Estaba listo.

-Mi secretaria dijo que quería verme, doctor McAuliff. -Quien hablaba desde la puerta era el director del departamento de geofísica, un académico macilento, con anteojos, que trataba de no traicionar su resentimiento hacia Alex. Era evidente que el hombre se sentía engañado tanto por la Sociedad Real como por Kingston por no haber sido elegido para el

Librodot

cargo de McAuliff. Acababa de completar una excelente investigación en Aguilla; había demasiadas similitudes entre esa designación y el subsidio jamaiquino para que se consolara.

-Dios mío -dijo Alex-. Esperaba ir a su oficina. -Se dirigió hacia su escritorio y sonrió incómodo. Lo había encontrado de pie frente a la ventana de una sola hoja, observando a los estudiantes cargados de libros, agradecido por no formar ya parte de ese mundo. -Creo que podré comenzar las entrevistas esta tarde.

-¿Tan pronto?

-Sobre todo gracias a usted, profesor Ralston. Sus recomendaciones eran excelentes. -McAuliff no lo decía por pura buena educación; los candidatos universitarios eran buenos, en los papeles. De los diez finalistas, exactamente la mitad era de Ralston; los otros cinco eran profesionales que trabajaban de forma independiente, muy bien considerados por dos firmas de investigación inglesas. -Tengo la tentación de limitarme a tomar a su gente sin considerar a los demás -prosiguió Alex, ahora dejándose guiar por la cortesía-. Pero el Ministerio de Kingston es inflexible y quiere que entreviste a éstos. -McAuliff le alcanzó a Ralston una hoja de papel con los cinco nombres que no provenían de la universidad.

-Ah, sí. Reconozco a varios -dijo Ralston, con una voz complacida que se hacía eco del cumplido de Alex-. Una pareja de aquí es... bueno, una pareja.

-¿Qué?

-Un equipo de marido y mujer. Los Jensen.

-Hay un solo tensen. ¿Cuál es la mujer?

-R. L. Wells. Ruth Wells, la esposa de Jensen.

-No me di cuenta... No puedo decir que eso esté a su favor.

-¿Por qué no?

-No lo sé con certeza -respondió Alex con sinceridad. Nunca tuve una pareja casada en una investigación. Una reacción tonta, ¿no? ¿Conoce a alguien más de aquí?

-A un muchacho. Mejor que no haga comentarios.

-Desearía que los hiciera.

-Ferguson. James Ferguson. Fue alumno mío. Un tipo muy charlatán. Bastante obstinado, no sé si me entiende.

-Pero es botánico, un especialista en plantas, no geólogo.

-Formación en investigación; la geofísica es su segunda especialidad. Por cierto, esto fue hace bastantes años.

McAuliff revisó algunos papeles del escritorio.

-No pueden haber sido demasiados. Sólo ha estado en tres expediciones, todas en los últimos nueve años.

-En efecto, no fueron demasiados. Y debería verlo. Se lo considera bastante bueno, según me han dicho.

-Aquí está su gente -dijo Alex, y ofreció una segunda página a Ralston-. Elegí a cinco de los ocho que me remitió. ¿Alguna sorpresa? De paso, espero que los apruebe.

Ralston leyó la lista; se ajustó los anteojos y frunció las cejas mientras lo hacía.

-Sí, pensé que elegiría a estos cinco. Se da cuenta, por cierto, de que este señor Whitehall no es uno de nosotros. Fue recomendado por el departamento de estudios de las Antillas. En apariencia, un tipo brillante. No lo conozco personalmente. Gana bastante dinero en el circuito de conferencias.

-Es negro, ¿verdad?

-Ah, por cierto. Conoce todas las lenguas, dialectos, normalidades y aberraciones culturales de las Antillas. Su tesis doctoral rastreó nada menos que veintisiete tribus africanas

Librodot

en las islas. De los bushwadie a los coromantí. Su investigación sobre integración indio-africana es una referencia obligada. También es un dandi, me parece.

-¿Alguién más de quien quiera hablarme?

-No, en realidad no. Le resultará difícil decidir entre sus expertos en esquisto y lechos de piedra. Tiene dos muy buenos aquí. A menos que... sus reacciones inmediatas se impongan. En uno u otro sentido.

-No lo comprendo.

Ralston sonrió.

-Sería presuntuoso de mi parte comentarle más. -Entonces el profesor agregó con rapidez: -¿Le pido a una de nuestras chicas que haga las citas?

-Gracias, se lo agradecería, si se pueden organizar los horarios con los diez. Me gustaría una hora por cada uno en los próximos días; en el orden que nos convenga a todos.

-Una hora...

-Voy a volver a llamar a aquellos con quienes quiera seguir hablando; no tiene sentido hacerle perder tiempo a nadie.

-Sí, por cierto.

Un postulante se descalificó en el momento mismo en que entró en el cubículo de McAuliff. El hecho de que estuviera más bebido que sobrio a la una de la tarde acaso pudiera explicarse, pero lo usó como excusa para eliminarlo a raíz de un problema mayor: era lisiado de la pierna derecha. Tres hombres fueron tachados porque eran abiertamente hostiles a los antillanos: un virus inglés en expansión, el equivalente británico al racismo estadounidense.

Los Jensen -Peter Jensen y Ruth Wells- resultaron una sorpresa encantadora, tanto por separado como juntos. Tenían cincuenta y tantos años, eran brillantes, confiados y de buen corazón. Una pareja sin hijos, sin problemas económicos, ambos interesados con sinceridad en el otro y en su trabajo. La especialidad de él era minerales metálicos; la de ella, la ciencia hermana de la paleontología: fósiles. La de él tenía una aplicación directa; la de ella era un poco más alejada, pero académicamente justificable.

-¿Puedo hacerle algunas preguntas, doctor McAuliff? -Peter Jensen armó su pipa, mientras hablaba con voz agradable.

-Por cierto.

-No puedo decir que sepa mucho de Jamaica, pero parece una expedición muy curiosa. No estoy seguro de entender: ¿qué sentido tiene?

Alex se sintió agradecido por la oportunidad de recitar la explicación inventada por Dunstone. Observó con cuidado al hombre de los metales mientras hablaba, aliviado al ver la luz del reconocimiento en los ojos del geólogo. Cuando terminó, hizo una pausa y agregó:

-No sé si esto lo aclara todo.

-Ah, claro que sí, amigo. ¡Los pares vuelven a atacar! -Peter Jensen rió entre dientes y miró a su esposa. -Espero que la universidad gane un par de libras.

-Creo que el presupuesto no es tan amplio.

-¿En serio? -Peter Jensen tenía su pipa en la mano mientras miraba a McAuliff. -Entonces creo que no entiendo. Usted me perdonará, pero a usted no se lo conoce en este campo como un director demasiado barato... con mucha justicia, permítame agregar; su reputación lo precede.

-De los Balcanes a Australia -agregó Ruth Wells Jensen, con una expresión que demostraba cierta irritación con su marido-. Y si usted tiene un arreglo aparte, no es para nada cuestión de Peter.

Librodot

Alex se rió en voz baja.

-Ustedes dos son muy gentiles. Pero no hay nada especial. Me agarraron, así de sencillo. He trabajado para compañías de la isla, y espero seguir haciéndolo. Todos los certificados geofísicos se emiten en Kingston, y Kingston me pidió. Llamémoslo una inversión.

De nuevo McAuliff observó con cuidado a Peter Jensen; había ensayado la respuesta. El inglés miró una vez más a su esposa. Un momento. Luego se rió en voz baja, como lo había hecho unos segundos antes.

-Voy a hacer lo mismo, amigo. Pero que Dios ayude a la investigación de la que yo fuera director.

-Yo la evitaría como la peste -dijo Ruth, uniéndose a la risa de su marido-. ¿A quién eligió, si no es incorrecto preguntarlo? ¿Alguien que conozcamos?

-Todavía a nadie. En realidad acabo de comenzar...

-Bueno -interrumpió Peter Jensen, con los ojos iluminados por el buen humor-, dado que tiene que pagar costos de flete poco convenientes, debería decirle que preferimos no separarnos. A esta altura nos hemos acostumbrado el uno al otro. Si está interesado en uno de los dos, el otro aceptará la mitad de sueldo para poder acompañar al contratado.

Cualquier duda que le quedara a Alex se disipó ante las palabras de Ruth Wells Jensen. Imitó el tono profesoral de su marido con precisión bonachona.

-Mitad de sueldo, amigo; puede negociarse. Nuestro piso es muy frío a esta altura del año.

Los Jensen serían contratados.

El tercer nombre no universitario, James Ferguson, había sido descripto con precisión por Ralston como hablador y obstinado. Estos rasgos, sin embargo, eran resultado de la energía y la impaciencia, según le pareció a McAuliff. Ferguson eran joven -veintiséis años-y no tenía el tipo destinado a sobrevivir, mucho menos a prosperar, en un entorno académico. Alex reconoció en Ferguson gran parte de sus rasgos de joven: extremo interés en su tema, intolerancia con el mundo de la investigación en el que había estudiado. Una contradicción, si no un conflicto de objetivos. Ferguson trabajaba en forma independiente para compañías agro-industriales y su mejor recomendación residía en que rara vez se hallaba sin trabajo en un mercado que no era famoso por el exceso de empleo. James Ferguson era uno de los mejores especialistas en vegetación.

-Me encantaría volver a Jamaica -dijo el joven segundos después de que empezara la entrevista preliminar-. Estuve en Port María para la Fundación Craft hace dos años. Me parece que toda la maldita isla es una mina de oro, si las industrias sintética y frutícola permitieran el desarrollo.

-¿Cuál es el oro? -preguntó McAuliff.

-Las fibras de baracoa, en el segundo estado de crecimiento. Podría desarrollarse una cepa de banana que pondría en estado de pánico a los muchachos del nailon y el poliéster, para no mencionar a los embarcadores de fruta.

-¿Puede demostrarlo?

-Estuve muy cerca, me parece. Por eso me echó la Fundación. -¿Lo echaron?

-De manera bastante poco ceremoniosa. No tiene sentido ocultarlo; no me importa hacerlo, en realidad. Me dijeron que me limitara a mi negocio. ¿Puede imaginarse? Tal vez se encuentre con un par de cosas negativas sobre mí, si le interesa.

-Me interesa, señor Ferguson.

La entrevista con Charles Whitehall perturbó a McAuliff. Lo perturbó el hombre, no el tipo de información que recibió. Whitehall era un negro cínico, un actual londinense cuyas raíces y experiencia estaban en las Antillas, pero cuya visión era de una autosuficiencia

Librodot

agresiva. Su aspecto dejó estupefacto a McAuliff. Para ser un hombre que había escrito tres volúmenes de historia caribeña, cuyo trabajo era, en palabras de Ralston, "la referencia obligada", Charles Whitehall parecía apenas de la edad de James Ferguson.

-No deje que mi aspecto lo engañe, señor McAuliff -advirtió Whitehall apenas entró en el cubículo y le tendió la mano a Alex-. Mi tono tropical disimula los años mejor que la piel más pálida. Tengo cuarenta y dos años.

-Me leyó el pensamiento.

-No es necesario. Estoy acostumbrado a la reacción -respondió Whitehall; se sentó, acomodando su blazer caro, y cruzó las piernas, embutidas en pantalones a rayas.

-Dado que no gasta palabras, doctor Whitehall, tampoco lo haré yo. ¿Por qué le interesa esta investigación? Por lo que sé, puede ganar mucho más dinero en el circuito de conferencias. Una investigación geofísica no es el empleo más lucrativo.

-Digamos que los aspectos financieros son secundarios; una de las pocas veces en mi vida que lo serán, tal vez. -Whitehall hablaba mientras sacaba una cigarrera de plata de su bolsillo. -Para decirle la verdad, señor McAuliff, hay una cierta realización personal en volver a ver el propio país como experto bajo la égida de la Sociedad Histórica Real. En realidad, es así de simple.

Alex le creyó. Pues, según lo interpretaba, Whitehall era un especialista mucho más valorado en el exterior que en su país. Parecía que Charles Whitehall quería lograr una aceptación equivalente a su especialización, que se le había negado en el medio intelectual -¿o social?- de Kingston.

-¿Está familiarizado con la zona de Cock Pit?

-Como cualquiera que no sea un corredor. Histórica y cultural-mente, mucho más, por cierto.

-¿Qué es un corredor?

-Los corredores son la gente de la montaña. De las comunidades montañosas. Actúan como guías... cuando se puede encontrar a alguno. Son primitivos, de verdad. ¿A quién contrató para la investigación?

-¿Qué? -Los pensamientos de Alex continuaban puestos en los corredores.

-Le pregunté quién iba con usted en el equipo de investigación. Me interesaría saberlo.

-Bueno... no todos los cargos se han llenado. Hay una pareja de apellido Jensen, que se dedican a metales y paleontología; un botánico joven, Ferguson. Un amigo mío, estadounidense, analista de suelos, llamado Sam Tucker.

-He oído hablar de Jensen, me parece. No estoy seguro, pero me parece. No conozco a los demás.

-¿Esperaba conocerlos?

-Francamente, sí. Los proyectos de la Sociedad Real por lo general atraen a gente de muy alto nivel. -Whitehall golpeó su cigarrillo con delicadeza sobre el borde de un cenicero.

-¿Como usted? -preguntó McAuliff sonriendo.

-No soy modesto -respondió el especialista negro, y devolvió la sonrisa de Alex-. Estoy muy interesado. Creo que podría prestarle buenos servicios.

Lo mismo pensaba McAuliff.

El segundo analista de esquisto y lechos de piedra figuraba en la lista como A. Gerrard Booth. Booth era un postulante universitario recomendado en persona por Ralston de la siguiente manera: "Le prometí a Booth que llamaría su atención sobre estos artículos y papeles. Creo que Booth sería un buen capital para la investigación".

Ralston le había dado a McAuliff una carpeta llena de estudios de A. Gerrard Booth sobre capas de estratos en ubicaciones tan diferentes como Turquía, Córcega, Zaire y

Librodot

Australia. Alex recordó haber leído varios artículos en el National Geologist, que había considerado como lúcidos y profesionales. Booth era bueno; Booth era más que bueno.

Booth también era una mujer. A. Gerrard Booth era conocida entre sus colegas como Alison Booth; nadie se preocupaba por el segundo nombre.

Tenía una de las sonrisas más auténticas que McAuliff había visto en su vida. Era más que una risa a medias; hasta podía decirse que era masculina, pero la palabra resultaba estrepitosamente negada por su absoluta feminidad. Tenía ojos azules, vivos y equilibrados, los ojos de una profesional. Su manera de estrechar la mano era firme, también profesional. Su cabello castaño oscuro era largo, suave y apenas ondulado, muy cepillado, pensó Alex, para la entrevista. Su edad andaba entre los veintiséis y los treinta y cinco años; no había manera de decirlo a partir de la observación, salvo que tenía arrugas a los costados de los ojos a causa de la risa.

Alison Booth no sólo era buena y mujer; también era, al menos la primera vez que se la veía, una persona muy atractiva y sociable. A McAuliff el término "profesional" le daba vueltas todo el tiempo por la cabeza mientras hablaban.

-Le hice prometer a Rolly, el doctor Ralston, que omitiera el hecho de que soy mujer. No le eche la culpa a él.

-¿Estaba tan convencida de que soy antifeminista?

La joven levantó la mano y se apartó el cabello largo y suave del costado de su rostro encantador.

-Ninguna hostilidad manifiesta, doctor McAuliff. Sólo comprendo los obstáculos prácticos. Parte de mi trabajo consiste en convencerlo a usted de que estoy calificada. -Y entonces, como si fuera consciente del posible doble sentido, Alison Booth dejó de sonreír y se alisó la pollera... con gesto profesional.

-En el trabajo de campo y en el laboratorio estoy seguro de que está calificada...

-Cualquier otra consideración sería ajena, debo suponer -replicó la joven con un ligero toque de distancia inglesa.

-No tiene por qué ser así. Hay problemas ambientales, grados de incomodidad física, si no penurias.

-No puedo concebir que Jamaica esté en el mismo grupo que el Zaire o la llanura desértica de Australia. Hice investigaciones en esos lugares.

-Lo sé...

-Rolly me dijo -lo interrumpió Alison Booth- que no aceptaría las referencias hasta que nos hubiera entrevistado.

-El aislamiento grupal tiende a crear juicios falibles. Relaciones insoportables. He perdido buenos hombres en el pasado debido a que otros hombres reaccionaron de manera negativa ante ellos por motivos equivocados.

-¿Y qué pasó con las mujeres?

-Usé el término de manera inclusiva, no excluyente.

-Tengo muy buenas referencias, doctor McAuliff. Por los buenos motivos.

-Ya las pediré.

-Las he traído. -Alison abrió el gran portafolio negro que tenía en el regazo, extrajo dos sobres y los puso en el borde del escritorio de McAuliff. -Mis referencias, doctor McAuliff.

Alex se rió mientras se estiraba para tomar los sobres. Miró a la joven. Había tanto un desafío divertido como un grado de súplica en su expresión.

-¿Por qué esta investigación es tan importante para usted, señorita Booth?

-Porque soy buena y puedo hacer el trabajo -respondió con sencillez.

Librodot

-Trabaja en la universidad, ¿no es así?

-En un trabajo de tiempo parcial, conferencias y laboratorio. No tengo dedicación exclusiva... pero es elección mía.

-Entonces no es por el dinero -afirmó McAuliff.

-Me vendría muy bien; no estoy desesperada, sin embargo.

-No puedo imaginar que usted se desesperara en ninguna parte -comentó con una media sonrisa. Y entonces Alex vio, o creyó ver, el rastro de una nube en los ojos de la joven, un instante de preocupación que se fue tan rápido como había venido. Por puro instinto presionó más. -Pero ¿esta expedición? Con sus calificaciones, estoy seguro de que hay otras más interesantes, por cierto por más dinero.

-El momento es propicio -respondió en voz baja, con una mínima duda-. Por motivos personales que nada tienen que ver con mis calificaciones.

-¿Hay motivos por los cuales quiere pasar un prolongado período en Jamaica?

-Jamaica no tiene nada que ver con esto. Podría tratarse de una investigación en Mongolia.

-Ya veo. -Alex volvió a poner los dos sobres sobre el escritorio. De forma deliberada expresó una cierta indiferencia. La joven reaccionó.

-Muy bien, doctor McAuliff. No es un secreto entre mis amigos. -La joven apretó el portafolio. No lo aferró, no había ningún tipo de tensión en ella. Cuando habló, su voz era tranquila, como sus ojos. Era de nuevo la mujer por entero profesional. -Me llamó "señorita Booth"; es incorrecto. Booth es mi apellido de casada. Lamento decir que el matrimonio no fue un éxito; me divorcié hace poco. La actitud solícita de la gente en semejantes ocasiones puede ser muy aburrida. Preferiría no estar por aquí.

McAuliff le devolvió la mirada tranquila, mientras trataba de captar algo más allá de sus palabras. Había algo, pero ella no permitiría que él siguiera espiándola; su expresión de lo dijo... profesionalmente.

-No tiene importancia. Le pido disculpas. Pero le agradezco que me lo haya dicho.

-¿Ha satisfecho sus... escrúpulos?

-Bueno, mi curiosidad, en todo caso. -Alex se inclinó hacia adelante, con los codos sobre la mesa, las manos cruzadas bajo el mentón. -Además, y espero que no le parezca inadecuado, me ha hecho posible invitarla a cenar conmigo.

-Creo que eso dependería del grado de importancia que le atribuyera a mi aceptación. -La voz de Alison era educada pero no fría. Y estaba esa encantadora chispa de buen humor en sus ojos.

-Con toda honestidad, sí me importa cenar o almorzar con tiempo... hasta tomarme una buena cantidad de copas con aquellos a quienes estoy pensando en contratar. Pero en este momento me resisto a admitirlo.

-Es una respuesta irresistible, doctor McAuliff -dijo la joven, con los labios entreabiertos en su risa a medias-. Me encantaría cenar con usted.

-Haré lo máximo por no mostrarme solícito. No creo que sea para nada necesario.

-Y estoy segura de que usted nunca es aburrido.

-No demasiado.

5

Librodot

McAuliff, de pie en la esquina de High Holborn y Chancery Lane, miraba su reloj. Las manecillas resplandecían en la oscuridad cargada de niebla de Londres; eran las 23.40. El Rolls-Royce de Preston estaba diez minutos atrasado. O tal vez directamente no vendría. Sus instrucciones eran que, si el auto no aparecía antes de medianoche, debía volver al Savoy Se programaría otra reunión.

Había momentos en que tenía que recordarse de quién eran las órdenes furtivas que obedecía, y se preguntaba si a su vez lo seguían. Era una forma de vivir degradante, pensó: la conciencia constante que encerraba a un hombre en un bolsón de miedo. Todas las ficciones acerca del mundo oscuro de la conspiración omitían la fundamental indignidad intrínseca de dicho mundo. No existía la independencia esencial; era sofocante.

La particular cita de esa noche con Warfield había requerido una llamada casi en estado de pánico a Hammond, pues el agente británico había programado también un encuentro, para la una de la mañana. Es decir, McAuliff la había pedido y Hammond había establecido la hora y el lugar. A las 22.20 le había llegado un llamado de Dunstone: "Esté en High Holborn y Chancery a las 23.30", es decir, en una hora y diez minutos.

A Hammond, al principio, no pudo encontrarlo. Su teléfono secreto y privado en el M15 no contestaba. A Alex no le habían dado otro número y Hammond le había dicho muchas veces que nunca llamara a la oficina y dejara su nombre. Tampoco debía llamar al agente desde su habitación del Savoy Hammond no confiaba en los conmutadores de ninguno de los dos establecimientos. Ni en las frecuencias abiertas de los teléfonos celulares.

De manera que Alex tuvo que salir al Strand, ir a sucesivos pubs y teléfonos públicos hasta que la línea de Hammond respondió. Estaba seguro de que alguien lo vigilaba y en consecuencia tuvo que aparentar disgusto cada vez que colgaba después de un llamado sin respuesta. Descubrió que había armado una mentira, en caso de que Warfield lo interrogara. Su mentira era que había estado tratando de comunicarse con Alison Booth con el fin de cancelar la cita para almorzar que tenían para el día siguiente. En efecto, tenían una cita para almorzar que no se proponía cancelar, pero la historia contaba con la suficiente cuota de verdad para resultar válida.

"Apóyese en una parte de verdad"... Actitud y reacción. MtS.

Por fin contestó el teléfono un hombre que informó, sin darle mayor importancia, que Hammond había salido tarde a cenar.

¡Tarde a cenar! ¡Dios bendito! ... Carteles globales, enfrentamientos internacionales en los lugares más altos, conspiraciones financieras y una cena tardía.

Con tono razonable, opuesto a la ansiedad de McAuliff, el hombre le dijo que se le avisaría a Hammond. Alex no se sintió satisfecho; insistió en que Hamrnond permaneciera junto a su teléfono -aunque tuviera que esperar toda la noche- hasta que él, Alex, se pusiera en contacto con él tras el encuentro con Warfield.

Eran las 23.45. El Rolls-Royce St James seguía sin aparecer. Miró alrededor, a los pocos peatones que circulaban por High Holborn, en la pesada niebla. Se preguntó cuál estaría relacionado con él, si es que alguno lo estaba.

El bolsón de miedo.

Se preguntó también por Alison. Habían cenado tres noches seguidas; ella había afirmado que tenía que preparar una conferencia y por eso no habían salido esa noche. Considerando las complicaciones que siguieron, fue bueno.

Alison era una joven extraña. Una profesional que cubría bien su vulnerabilidad, que nunca se apartaba de ese círculo de tranquilo humor que la protegía. La risa a medias, los cálidos ojos azules, los lentos movimientos llenos de gracia de sus manos... ésos eran sus escudos, en cierta manera.

No había problema en elegirla en primer término... desde el punto de vista profesional. Era por lejos la mejor postulante para el equipo. Alex se consideraba uno de los mejores

Librodot

especialistas en estratos rocosos en ambos continentes; sin embargo, no estaba seguro de querer competir con ella en su especialidad. Alison Gerrard Booth era realmente buena.

Y adorable.

Y él quería que estuviera en Jamaica.

Había preparado un argumento para Warfield, en caso de que las malditas computadoras de seguridad de Dunstone la rechazaran. La aclaración definitiva de su elección era el objeto de la reunión de esa noche.

¿Dónde estaba ese maldito automóvil negro, grande como un barco? Eran las doce menos diez.

-Disculpe, señor -dijo una voz profunda, casi gutural, detrás de McAuliff. Se dio vuelta y vio a un hombre que tenía más o menos su edad, con un pesado saco marrón; parecía un estibador o un obrero de la construcción.

-¿Sí?

-Es la primera vez que vengo a Londres y me parece que me he perdido. -El hombre entonces señaló el cartel de la calle, apenas visible bajo la luz del farol a través de la niebla.

-Dice Chancery Lane, que se supone queda cerca de un lugar llamado Hatton Garden, que es donde tendría que encontrarme con un amigo. No puedo encontrarlo, señor.

Alex hizo un gesto hacia la izquierda.

-Está por allí, a dos o tres cuadras.

El hombre señaló de nuevo, como podría hacerlo un simplón, en dirección al gesto de McAuliff.

-¿Ahí?

-Eso es.

El hombre sacudió la cabeza como para dar énfasis.

-¿Está seguro, señor? -Y entonces el hombre bajó la voz y habló con rapidez. -Por favor no reaccione, señor McAuliff. Siga como si estuviera explicándome. El señor Hammond se encontrará con usted en el Soho; hay un club nocturno que está abierto toda la noche; se llama El Búho de San Jorge. Lo esperará. Quédese en el bar, él se pondrá en contacto con usted. No se preocupe por la hora... No quiere que lo llame más por teléfono. Lo están vigilando.

McAuliff tragó, palideció y sacudió la mano -de manera demasiado evidente, le pareció- en dirección a Hatton Garden. Él también habló en voz baja y con rapidez.

-¡Dios mío! Si me están vigilando a mí, a usted también. -Calculamos estas cosas...

-¡Esto no me gusta! ¿Qué se supone que le diga a Warfield? ¿Que me deje en el Soho?

-¿Por qué no? Dígale que tiene ganas de pasar la noche afuera. No tiene nada programado para la mañana. A los estadounidenses les gusta el Soho; es perfectamente natural. Usted no es un gran jugador, pero de tanto en tanto le gusta jugar.

-¡Caramba! ¿Por qué no se pone ahora a describir mi vida sexual?

-Podría, pero no lo haré. -La voz gutural y alta volvió a sonar. -Gracias, señor. Muy amable, señor. Estoy seguro de que encontraré a mis amigos.

El hombre caminó a toda velocidad por la niebla nocturna hacia Hatton Garden. McAuliff sentía que todo el cuerpo se le sacudía; le temblaban las manos. Para calmarlas, buscó cigarrillos en su bolsillo. Agradeció la ocasión de aferrar el metal de su encendedor.

Eran las doce menos cinco. Esperaría varios minutos después de la medianoche y luego se iría. Sus instrucciones eran "volver al Savoy"; se arreglaría otra reunión. ¿Quería decir eso que se iba a programar para esa noche más tarde? ¿En horas de la mañana? ¿O "volver al Savoy" significaba que ya no le exigían que estuviera en la esquina de High Holborn y Chancery Lane? ¿Se hallaba libre por esa noche?

Las palabras eran claras, pero la interpretación alternativa era factible. Si así lo elegía, podía -con una serie de paradas- ir hasta el Soho, a ver a Hammond. La red de vigilancia establecería el hecho de que Warfield no había aparecido para la cita. La opción se hallaba abierta.

"¡Dios mío! -pensó Alex-. ¿Qué me está ocurriendo? Palabras y sentidos... opciones y alternativas. Interpretaciones de... ¡órdenes!" ¡Quién demonios le daba órdenes a él!

¡No era un hombre para que lo mandaran!

Pero cuando su mano tembló mientras levantaba el cigarrillo hasta sus labios, supo que lo era... por un período indeterminado. Tiempo en el infierno que no podía soportar; no era libre.

Las manecillas de su reloj de pulsera convergieron. Era medianoche. ¡Al cuerno con todos ellos! ¡Se iba! Llamaría a Alison y le diría que quería verla para tomar una copa... le preguntaría si le parecía bien. Hammond podía esperar toda la noche en el Soho. ¿Dónde estaba? El Búho de San Jorge. ¡Qué nombre más idiota!

¡Al demonio con él!

El Rolls-Royce apareció a toda velocidad en medio de la niebla, en dirección a Newgate, con su motor potente a toda marcha, una poderosa intrusión en la calle tranquila. Se lanzó hacia la vereda donde estaba McAuliff y se detuvo en forma abrupta. El chofer bajó, rodeó el prolongado capó del auto y abrió la puerta trasera para que Alex subiera.

-Lamento haberlo hecho esperar hasta último momento, señor McAuliff. Me retuvieron.

-¿Siempre hace negocios con un ojo en el secreto y el otro en el efecto de shock? -preguntó Alex mientras se acomodaba en el asiento, aliviado al sentir que podía hablar con confianza. Warfield respondió riendo con su risa dura de anciano.

-Comparado con Ross Perrot, soy un vendedor de autos usados.

-Sigue siendo muy inquietante.

-¿Tiene ganas de tomar algo? Preston tiene un bar aquí mismo.

Warfield señaló el respaldo de felpa del asiento delantero. -Tiró de la manija.

-No, gracias. Puede que después tome algo, pero ahora no. -"Tranquilo. Tranquilo, McAuliff -se dijo-. Por el amor de Dios, no seas evidente. Hammond puede esperar toda la noche. Hace dos minutos estabas a punto de dejarlo plantado."

El anciano tomó un sobre del bolsillo de su saco.

-Le daré las buenas noticias. No hay nadie que objetemos o que esté sujeto a la más mínima cuestión. Por el contrario, creemos que terminó su selección con bastante ingenio...

Según Warfield, la reacción inicial de Dunstone a su lista de primeras elecciones había sido negativa. No por seguridad -sujetas a esas cuestionas menores-; no por calidad -McAuliff había hecho sus deberes-, sino desde un punto de vista conceptual. La idea de incluir miembros mujeres en una expedición de investigación geológica fue rechazada de entrada; la objeción central era que tenían menos fuerza, no necesariamente que fueran débiles. Cualquier proyecto que implicara viajes tenía, por tradición, una identificación masculina; la intrusión de las mujeres resultaba un componente perturbador. Sólo podía causar complicaciones.

-De manera que tachamos dos de sus postulantes, al darnos cuenta de que al eliminar a Wells también perdería a su marido, Jensen... Tres de los primeros cinco rechazados; sabía que se sentiría mal, pero luego entendieron... Luego me di cuenta. Por San Jorge, ¡nos superó a todos!

-No me preocupé por ninguna estrategia, Warfield. Traté de armar el mejor equipo posible. -McAuliff sintió que tenía que interrumpir con esta afirmación.

Librodot

-Quizá no de manera consciente, y desde el punto de vista cualitativo tiene un grupo espléndido. Pero la inclusión de las dos damas fue una mejora sustancial.

-¿Por qué?

-Ofrecen un ingrediente único de inocencia. Una pátina de academicismo, en realidad; un aspecto que habíamos descuidado. Un equipo dedicado de hombres y mujeres, con un subsidio de la Sociedad Real... es muy diferente de una expedición de investigación sólo formada por hombres. En verdad, admirable.

-No fue mi intención. Detesto tener que desilusionarlo.

-No es ninguna desilusión, de todos modos. El resultado es el mismo. No hace falta que le diga que señalé este hecho a los otros y estuvieron de acuerdo al instante.

-Me da la sensación de que cualquier cosa que usted "señale" será aceptada de inmediato. ¿Cuáles son las cuestiones menores?

-"Información incidental que puede querer considerar" constituye una descripción más adecuada. -El hombre se estiró y encendió una lámpara de lectura. Luego sacó del sobretodo varias hojas, las desplegó, se ajustó los anteojos y leyó la página de arriba.

-La pareja, estos Jensen y Wells. Son bastantes activos en círculos políticos de izquierda. Marchas pacíficas, manifestaciones, ese tipo de cosas.

-Eso no tiene ninguna incidencia en su trabajo. Dudo de que se dediquen a organizar a los nativos. -McAuliff hablaba con tono cansado, a propósito. Si Warfield se proponía plantear esas "cuestiones", quería que el financista supiera que él no les concedía la menor importancia.

-Hay mucha inestabilidad política en Jamaica; inquietud, para ser exacto. No estaría en nuestros intereses que ninguna de su gente fuera muy charlatana en ese tipo de asuntos.

McAuliff se movió en su asiento y miró al anciano, con sus labios fruncidos, los papeles en sus dedos delgados y huesudos bajo el foco de luz amarilla, que le daba a su carne vieja un color macilento.

-En caso de que se presente la ocasión, aunque no creo que se produzca, de que los Jensen hagan ruido respecto de cuestiones políticas, los voy a tranquilizar... Por otro lado, la inclusión de esa gente puede ser un capital para usted. Si lo supieran, me parece difícil que trabajaran para Dunstone.

-Sí -dijo Warfield en voz baja-. Eso también se nos ocurrió... Este tipo, Ferguson. Tuvo problemas con la Fundación Craft.

-Se encontró con un descubrimiento potencialmente vital respecto de las fibras de baracoa. Les dio un buen susto a Craft y a quienes proveen de fondos a Craft.

-No tenemos ningún problema con Craft, y no queremos tenerlo. El hecho de que esté con usted puede hacer que se levanten algunas cejas. Craft está bien considerada en Jamaica.

-No hay nadie tan bueno como Ferguson; era el mejor que quedaba. Lo mantendré alejado de Craft.

-Esto es esencial. De lo contrario, no podemos permitir que vaya.

Charles Whitehall, el dandi negro, era un desastre psicológico, según los bancos de datos de Dunstone. Desde el punto de vista político era conservador, un negro conservador que podría haberse puesto al frente de los reaccionarios de Kingston si se hubiera quedado en la isla. Pero su futuro no era Jamaica, y lo había reconocido bien pronto. Eso lo amargaba. Warfield se apresuró a agregar, sin embargo, que esta información negativa estaba equilibrada -y más que eso- por la posición académica de Whitehall. En última instancia, su interés en la investigación constituía un factor positivo; su inclusión tendía a quitar cualquier tinte comercial del proyecto. Para completar las complicaciones de este hombre tan complejo, Whitehall era cinturón negro Clase Triple de jukato, una variante más intrincada y mortal que el judo.

Librodot

-Nuestros contactos en Kingston se han mostrado muy impresionados de que esté con usted. Sospecho que le ofrecerán una cátedra en la Universidad de las Antillas. Creo que tal vez acepte, si le pagan lo suficiente... Ahora llegamos a la última persona cuestionada. -Warfield se sacó los anteojos, los puso sobre su regazo con los papeles, y se frotó el puente de la nariz fina y huesuda. -La señora Booth... La señora Alison Gerrard Booth.

Alex sintió un tirón de resentimiento. Warfield ya le había dicho que Alison era aceptable; no quería oír información íntima y privada obtenida por los hombres sin rostro o las ronroneantes máquinas de Dunstone.

-¿Qué pasa con ella? -preguntó McAuliff, controlando la voz-. Sus antecedentes hablan por sí mismos.

-Incuestionables. Muy calificada... Y muy ansiosa por irse de Inglaterra.

-Ella me lo explicó. Se lo creí. Acaba de divorciarse y las circunstancias, por lo que entreví, no son demasiado agradables... desde el punto de vista social.

-¿Eso le dijo?

-Sí. Y le creo.

Warfield volvió a ponerse los anteojos y dio vuelta la página que tenía delante.

-Me temo que hay bastante más, señor McAuliff. ¿Le dijo quién era el marido? ¿Qué hacía para ganarse la vida?

-No. Y no se lo pregunté.

-Sí... Bueno, creo que debe saberlo. David Booth es de una familia socialmente prominente, de los pares del reino, en realidad, que no ha tenido una libra esterlina desde hace una generación. Es socio en una firma de importación y exportación cuyos libros indican una subsistencia apenas pasable... Sin embargo, el señor Booth vive demasiado bien. Varias casas aquí y en el Continente; maneja autos caros; pertenece a los mejores clubes. Contradictorio, ¿no le parece?

-Eso diría. ¿Cómo lo consigue?

-Drogas -contestó Julian Warfield, como si acabara de darle la hora-David Booth es correo de intereses franco-estadounidenses que operan en Córcega y Marsella.

Durante los siguientes minutos los dos hombres guardaron silencio. McAuliff entendía la implicación, y por fin habló.

-La señora Booth estuvo haciendo investigaciones en Córcega, el Zaire y Turquía. Usted sugiere que está implicada.

-Es posible; no es probable. Si lo está, fue contra su voluntad. Después de todo, se divorció del fulano. Lo que decimos es que sin duda se enteró de que el esposo estaba implicado; tiene miedo de quedarse en Inglaterra. No creemos que planee volver.

De nuevo se hizo un silencio, hasta que McAuliff lo rompió. -Cuando dice "miedo", supongo que quiere decir que la amenazaron.

-Es bastante posible. Lo que ella sepa, sea lo que fuere, puede resultar perjudicial. Booth no tomó la demanda de divorcio muy bien que digamos. No desde el punto de vista del cariño, porque es bastante mujeriego, sino, sospechamos, por motivos vinculados con sus viajes. -Warfield volvió a guardar las hojas en el bolsillo de su sobretodo.

-Bueno -dijo Alex-, es una explosión menor... bastante fuerte. No estoy seguro de estar preparado para esto.

-Le di esta información sobre la señora Booth porque pensamos que lo averiguaría solo. Queríamos prepararlo... no disuadirlo.

McAuliff se dio vuelta con brusquedad y miró a Warfield.

-Quieren que ella venga porque puede... tal vez puede ser valiosa para ustedes. Y no por motivos geológicos. -"Tranquilo, McAuliff. ¡Tranquilo!"

Librodot

-Todo puede concebirse, en estos tiempos complicados.

-¡No me gusta!

-No ha pensado en el tema. Nuestra opinión es que estará muchísimo más segura en Jamaica que en Londres... Lo preocupa, ¿no es así? La ha visto a menudo en las últimas semanas.

-No me gusta que me sigan, tampoco. -Fue todo lo que Alex pudo decir.

-Lo que se haya hecho fue mínimo y para su protección -respondió Warfield con rapidez.

-¿Contra qué? Por amor a Dios, ¿protección de quién? -McAuliff miró al anciano, y se dió cuenta de hasta qué punto le resultaba desagradable. Se preguntó si Warfield sería más explícito que Hammond sobre el tema de la protección. ¿O admitiría la existencia de una investigación anterior en Jamaica? -Creo que tengo derecho a que me lo diga -agregó, enojado.

-Lo sabrá. Primero, sin embargo, me gustaría mostrarle estos papeles. Confío en que todo sea satisfactorio para usted. -Warfield levantó la solapa de un sobre sin cerrar y sacó varias páginas delgadas unidas por un gancho sobre una única hoja de papel. Eran carbónicos de su larga Carta de Acuerdo firmada en la plaza Belgrave hacía más de una semana. Se estiró, encendió su propia lamparilla de lectura, tomó los papeles de Warfield y pasó los carbónicos hasta la página más gruesa, que era un fotocopia de una Carta de Transferencia de Depósitos del Chase Bank de Nueva York. Las cifras eran claras: a la izquierda estaba la cantidad pagada en su cuenta por una firma suiza; a la derecha, los impuestos máximos sobre dicha cantidad, designada como ingreso, a las autoridades suizas y el servicio de Rentas Públicas de los Estados Unidos.

La siguiente cifra eran U$S 1.270.000.

Miró a Warfield.

-Mi primer pago tendría que haber sido el veinticinco por ciento del contrato total por el trabajo principal de la investigación. Acordamos que éste sería a la llegada del equipo a Kingston. Antes de esa fecha, usted es responsable sólo por mis gastos y, si terminamos, quinientos dólares por día por mi tiempo. ¿Por qué el cambio?

-Estamos muy complacidos por sus trabajos preliminares. Queríamos indicar nuestra buena fe.

-No le creo...

-Además -prosiguió Warfield, que levantó la voz ante la objeción de Alex-, no ha habido ningún cambio contractual.

-Sé lo que firmé.

-No demasiado bien, en apariencia... Siga, lea el acuerdo. Afirma con claridad que se le pagará un mínimo del veinticinco por cierto, no más tarde que el último día hábil que decidimos fuera el comienzo de la investigación. No dice nada acerca de superar el veinticinco por ciento; ninguna prohibición respecto de fechas anteriores... Pensamos que se sentiría complacido. -El anciano dobló sus pequeñas manos con un gesto que tenía algo de Gandhi, el no violento, con ropa de Savile Row McAuliff releyó la carta del Chase.

-Esta transferencia bancaria describe el dinero como pago por servicios prestados hasta el día de hoy. Eso es tiempo pasado, limpia y claramente. Lo pasaría mal para recuperarlos si no voy a Jamaica. Y considerando su paranoia respecto del secreto, dudo de que se esforzara demasiado... No, señor Warfield, éste no es su estilo.

-Fe, señor McAuliff. Su generación la desestima. -El financista sonrió con gesto benigno.

-No quiero ser grosero, pero no creo que alguna vez usted la haya tenido. No de esa manera. Usted es un manipulador, no un ideólogo... Repito: no es su estilo.

Librodot

-Muy bien. -Warfield descruzó sus delicadas manos, todavía con la pose estilo Gandhi bajo la luz amarilla. -Esto lleva a la protección de la cual le hablé y que, con justicia, cuestiona... Usted es uno de nosotros, Alexander Tarquin McAuliff. Una parte muy importante y esencial de los planes de Dunstone. En reconocimiento a su contribución, recomendamos a nuestros directores que fuera elevado, en confianza, a su condición. Por lo tanto, los pagos que se le han hecho a usted son los honorarios iniciales que se le pagan a uno de nosotros. No sería acorde con mi estilo que semejantes pagos excesivos se hicieran de otra manera.

-¿Adónde cuernos quiere llegar?

-En palabras bastante abruptas, no intente negarnos jamás. Usted es un participante por propia voluntad en nuestro trabajo. Si en algún momento, por cualquier motivo, decide que no aprueba algo de Dunstone, no trate de separarse. Nunca le creerán.

McAuliff miró al anciano, que ahora sonreía.

-¿Por qué lo haría? -preguntó en voz baja.

-Porque tenemos motivos para creer que hay... elementos que están en extremo ansiosos por detener nuestro avance. Pueden tratar de ponerse en contacto con usted; quizá ya lo hicieron. Su futuro está con nosotros. Con nadie más. En lo financiero, quizás en lo ideológico... por cierto, desde el punto de vista legal.

Alex apartó la mirada. El Rolls había avanzado hacia el oeste por la calle New Oxford, hacia el sur por Charing Cross Road, y hacia el oeste de nuevo por la avenida Shaftesbury. Se acercaban a las luces exteriores de Piccadilly Circus, con sus fuertes colores difuminados por la pesada bruma.

-¿A quién estaba tratando de llamar con tanto empeño esta noche? -El anciano ya no sonreía.

McAuliff desvió la mirada de la ventanilla.

-No porque sea cuestión suya, pero estaba llamando, no con tanto empeño, a la señora Booth. Mañana almorzamos juntos. Cualquier irritación obedecía al apuro con que planeó esta reunión y al hecho de que no quería molestarla después de medianoche. ¿A quién pensó que llamaba?

-No debería ser hostil...

-Me olvidé -interrumpió Alex-. Sólo trata de protegerme. De... elementos.

-Puedo ser en cierta medida más preciso. -Los ojos de Julian Warfield se clavaron en los de Alex, con una intensidad que nunca había visto antes. -No tendría sentido que me mintiera, de manera que espero que me diga la verdad. ¿Qué quiere decir para usted la palabra "Halidon", señor McAuliff?

L a cacofonía ruidosa e histérica de la ácida música de rock producía una sensación de verdadero dolor en los oídos. Los ojos eran atacados a continuación por capas de humo que hacían saltar unas lágrimas gruesas y translúcidas, y de inmediato reaccionaban las fosas nasales a la punzante dulzura del tabaco mezclado con marihuana y hachís.

McAuliff se abrió paso a través de la enmarañada red de carne blanda, separando con suavidad pero con firmeza brazos estirados y hombros que se interponían, para llegar por fin a la zona trasera del bar.

El Búho de San Jorge se hallaba en su clímax ondulante. Las luces psicodélicas explotaban contra las paredes y el techo en crescendos rítmicos; los cuerpos eran cóncavos y convexos, ninguno parecía derecho, todos se sacudían y retorcían con violencia.

Hammond estaba sentado en un reservado circular con otras cinco personas: dos hombres y tres mujeres. Alex hizo una pausa, escondido por bebedores y bailarines, y miró al grupo de Hammond. Era gracioso; no en sentido sardónico, sino sólo gracioso. Hammond y el hombre sentado del otro lado de la mesa vestían ropa formal, como dos de las tres mujeres,

Librodot

heterosexuales y de más de cuarenta años. La otra pareja era joven, relajada e informal. El cuadro se reconocía de inmediato: padres que pasaban por alto la brecha generacional, incómodos pero bien dispuestos.

McAuliff recordó las palabras del hombre de High Holborn. "Quédese en el bar; él se pondrá en contacto con usted." Maniobró hasta ubicarse a poca distancia de la barra de caoba y se las arregló para gritar su orden al barman negro del Soho con corte de cabello afro. Se preguntó cuándo haría su movimiento Hammond; no quería esperar demasiado. Tenía mucho que decirle al agente británico.

-Perdón, pero usted se llama McAuliff, ¿no? -La pregunta, hecha a gritos, hizo que Alex derramara parte de su copa. El que gritaba era el muchacho de la mesa de Hammond. Hammond no perdía tiempo.

-Sí. ¿Por qué?

-Los padres de mi chica lo reconocieron. Me pidieron que lo invitara a nuestra mesa.

Los siguientes momentos, según le pareció a McAuliff, fueron como teatro dentro del teatro. Un ejercicio breve y ensayado, con un diálogo muy familiar, actuado delante de una u otra audiencia aburrida de actores más enérgicos. Pero con una sorpresa que hizo que McAuliff considerara la habilidad de Hammond bajo una luz muy favorable.

Conocía al hombre de mediana edad que estaba sentado enfrente de Hammond y a su esposa. No muy bien, por cierto, pero eran conocidos. Los había visto dos o tres veces, en viajes anteriores a Londres. No eran el tipo de gente memorable que uno reconocía por la calle o en El Búho de San Jorge, a menos que se recordaran las circunstancias.

Hammond le fue presentado por su nombre verdadero y McAuliff se sentó junto a él.

-¿Cómo demonios arregló esto? -preguntó Alex al cabo de cinco minutos terribles en que trató de recordar las cosas tan poco memorables que había vivido con aquella gente-. ¿Saben quién es usted?

-Ríase de tanto en tanto -le respondió Hammond con una sonrisa calma y precisa-. Creen que estoy en alguna parte de la gran pirámide gubernamental, jugando con cifras en habitaciones mal iluminadas... Fue necesario hacer este arreglo. Warfield ha duplicado el equipo que lo vigila. No nos sentimos felices por eso; puede que nos haya ubicado, pero es poco probable.

-Advirtió algo, se lo garantizo. -Alex sonrió, pero la sonrisa era falsa. -Tengo que hablar con usted al respecto. ¿Dónde podemos encontrarnos?

-Aquí. Ahora -fue la respuesta del británico-. Hábleles de tanto en tanto a los otros, pero es perfectamente aceptable que nos pongamos a conversar. Podemos usar esta conversación como base para almorzar o tomar unas copas en uno o dos días.

-Imposible. Me voy a Kingston pasado mañana por la mañana. Hammond hizo una pausa, con el vaso a mitad de camino hacia los labios.

-¿Tan pronto? No lo esperábamos.

-Es insignificante si lo comparamos con otra cosa... Warfield sabe acerca de Halidon. Es decir, me preguntó qué sabía yo de eso.

-¿Qué?

-¿Señor McAuliff? -la pregunta llegó a gritos del otro lado de la mesa-. Seguro que conoce a los Benson, de Kent...

El momento era adecuado, pensó Alex. La reacción de Hammond a sus noticias fue de asombro. Una conmoción que se transformó en una aceptación rabiosa. La siguiente conversación sobre los recordados Benson le daría tiempo a Hammond de pensar. Y Alex quería que pensara.

Librodot

-¿Qué dijo exactamente? -preguntó Hammond. Las luces psicodélicas en movimiento ahora proyectaban sus diseños extraños sobre la mesa, dando al agente un aspecto grotesco. -Las palabras exactas.

-"¿Qué quiere decir la palabra `Halidon' para usted?" Eso fue lo que dijo.

-¿Su respuesta?

-¿Qué respuesta? No tenía ninguna preparada. Le dije que era un pueblo de Nueva Jersey.

-¿Cómo dice?

-Halidon, Nueva Jersey Es un pueblo.

-Se escribe distinto, me parece. Y la pronunciación... ¿Aceptó su ignorancia?

-¿Por qué no lo haría? Lo ignoro.

-¿Le ocultó el hecho de que había oído la palabra? ¡Es en extremo importante!

-Sí... sí, creo que lo hice. En realidad, estaba pensando en otra cosa. Varias otras cosas.

-¿Volvió a sacar el tema? -lo interrumpió el agente.

-No, no lo hizo. Me miró fijo, pero no volvió a mencionarlo... ¿Qué le parece que quiere decir?

De pronto un bailarín que daba vueltas y se había salido de la pista golpeó contra la mesa, con los ojos medio desenfocados, los labios abiertos sin control.

-Bueno, !nada menos que Mamitas y Papitos! -dijo arrastrando las palabras con un áspero acento de Yorkshire-. ¿Disfrutando del jueguito de los chicos, mamis?

-¡Maldición! -A Hammond se le había derramado parte de la bebida.

-¡Llamen al mayordomo, papis! Cárguenlo a la cuenta del viejo Edimburgo. ¡Es un amigo personal! El bueno de Edimburgo.

El bailarín solitario y fuera de sí se apartó con tanta rapidez como se había entrometido. Las demás personas de mediana edad se mostraron lógicamente solícitas con Hammond, criticando a la vez a los parroquianos de El Búho; los jóvenes hicieron lo posible por morigerar las cosas.

-Está todo bien, nada de qué preocuparse -dijo el agente, demostrando buena voluntad-. Sólo me mojé un poco, no tiene importancia. -Sacó un pañuelo y empezó a secarse la parte de adelante. La mesa retornó a sus conversaciones privadas anteriores. El inglés se volvió hacia McAuliff, con una sonrisa resignada que desmentía sus palabras. -Tengo menos de un minuto. Mañana nos pondremos en contacto con usted si es necesario.

-¿Quiere decir que ese incidente... fue una señal?

-Sí. Ahora, escúcheme y concéntrese. No tengo tiempo de repetírselo. Cuando llegue a Kingston, estará solo por un tiempo. Con toda franqueza, no estábamos preparados para que se fuera tan pronto...

-¡Un momentito! -lo interrumpió McAuliff, con voz baja y enojada-. ¡Maldito sea! ¡Usted me escucha... y se concentra! Me garantizó seguridad completa, contactos las veinticuatro horas del día. Sobre esa base acepté...

-Nada cambió. -Hammond lo interrumpió con rapidez, sonriendo con gesto paternal, en contradicción con la silenciosa hostilidad que había entre ellos. -Usted tiene contactos, ha memorizado dieciocho, veinte nombres...

-¡En la parte norte del país, no en Kingston! ¡Se supone que tiene que darme nombres en Kingston!

-Haremos todo lo posible mañana.

-¡Eso no es suficiente!

Librodot

-Tendrá que serlo, señor McAuliff -repuso Hammond con frialdad-. En Kingston, al este del parque Victoria, sobre la calle Duke, hay una pescadería llamada Tallon. En caso extremo, y sólo si es así, vea al dueño si quiere transmitir información. Tiene una fuerte artritis en la mano derecha. Pero recuerde que lo único que puede hacer es transmitir. No le sirve para nada más... Ahora debo irme.

-Tengo algunas otras cosas que decirle. -Alex puso la mano sobre el brazo de Hammond.

-Tendrán que esperar...

-Una cosa... Alison Booth. Sabía, ¿no es así?

-¿Sobre el marido?

-Sí.

-Lo sabíamos. Con sinceridad, al principio pensamos que era alguien puesto por Dunstone. No la rechazamos... Ah, usted preguntó acerca de la mención de Halidon por parte de Warfield; qué quería decir. En mi opinión, no sabe más que nosotros. Y sólo está tratando de averiguar con igual empeño que nosotros.

Con una rapidez propia de un hombre mucho más joven, Hammond se levantó del reservado, pasó delante de McAuliff y se disculpó frente al grupo. McAuliff se descubrió sentado junto a la mujer de mediana edad que suponía había ido con Hammond. No había oído su nombre durante las presentaciones, pero cuando la miró no hizo falta que nadie se lo dijera. La preocupación -el miedo- se destacaba en sus ojos; trataba de ocultarlo, pero no podía. Su sonrisa era dudosa, tirante.

-Entonces usted es el joven... -La señora Hammond calló y se llevó el vaso a los labios.

-Joven y no tan joven -dijo McAuliff, advirtiendo que la mano de la mujer temblaba, como había temblado la suya hacía una hora, cuando estaba con Warfield-. Es difícil hablar aquí adentro con todo este ruido. Y esas horrendas luces.

La señora Hammond pareció no oír ni preocuparse por sus palabras. Los amarillos y naranjas psicodélicos y los verdes enfermantes trazaban un tatuaje visual sobre sus rasgos asustados. Era extraño, pensó Alex, pero no había considerado a Hammond como un hombre privado, con posesiones personales o una esposa, o siquiera una vida propia y personal.

Y mientras pensaba en estas realidades que no había considerado, la mujer de pronto le aferró el antebrazo y se inclinó hacia él. Bajo los sonidos enloquecedores y a través de las luces salvajes y enceguecedoras, le susurró al oído:

-Por el amor de Dios, ¡vaya tras él!

Los cuerpos ondulantes formaban una pared que se movía con violencia. Se lanzó a través de ella, empujando, tirando, atravesando, abriéndose por fin camino a codazos en medio de las obscenidades que le gritaban. Trató de mirar a su alrededor para ubicar al intruso con cara de borracho que le había pasado la señal a Hammond al chocar contra la mesa. No se lo veía por ninguna parte.

Entonces, en la parte trasera de la pista llena de gente y de luces, pudo ver los movimientos interrumpidos de varios hombres que empujaban a una figura solitaria por un corredor angosto. ¡Era Hammond!

De nuevo chocó contra la pared en movimiento, rumbo a la parte trasera del salón. Un hombre negro y alto se opuso al impulso de Alex.

-¡Eh, hombre! ¡Basta! ¿Eres el dueño del Búho? ¡Me parece que no!

-¡Sal de mi camino! ¡Maldición, sácame las manos de encima! -¡Con todo gusto, hombre! -El negro sacó las manos del saco de McAuliff, tiró hacia atrás un puño crispado y se

Librodot

lo descargó en el estómago. La fuerza del golpe, junto con la conmoción de la sorpresa, hizo que McAuliff se doblara en dos.

Se enderezó lo más rápido que pudo, mientras sentía un agudo dolor, y se lanzó contra el hombre. Cuando lo hizo, el negro de alguna manera le dobló la muñeca y McAuliff cayó sobre los bailarines que lo rodeaban, casi desentendidos de lo que ocurría. Cuando se puso de pie, el negro había desaparecido.

Fue un momento curioso y muy doloroso.

El humo y los olores que lo acompañaban lo mareaban; entonces entendió. Estaba respirando profundamente; no tenía aliento. Con menos fuerza, pero no menos intensidad, prosiguió avanzando entre los bailarines hacia el corredor angosto.

Era el pasillo que llevaba a los baños: "Chicas" a la derecha, "Chicos" a la izquierda. Al final del estrecho pasillo había una puerta con una cerradura muy grande, un candado de enorme tamaño pensado en apariencia para recordar a los parroquianos que la puerta no era una salida; El Búho de San Jorge esperaba que pagaran la cuenta antes de salir.

El candado había sido abierto con una palanca. Abierto y luego vuelto a acomodar en las trabas redondas, con su brazo de acero curvado a media pulgada de la inserción.

McAuliff lo arrancó y abrió la puerta.

Salió a un callejón muy oscuro lleno de latas de basura y desechos. No había nada de luz salvo un cielo nocturno, oscurecido por la niebla, y un mínimo resplandor proveniente de las ventanas de los edificios de departamentos con aspecto de gueto que daban a él. Delante había una alta pared de ladrillos; hacia la derecha el callejón continuaba, pasando por otras puertas traseras para terminar en un cul-de-sac formado por la pared en ángulo agudo. A la izquierda había una abertura entre el edificio de El Búho y la pared de ladrillos; era un pasaje hacia la calle. También estaba lleno de tachos de basura y el hedor que acompañaba su presencia.

McAuliff echó a correr por el corredor de cemento, mientras la luz de los faroles iluminaba sus estrechos límites. Estaba a seis metros de la calle cuando los vio: pequeños charcos de líquido rojo oscuro.

Corrió hacia la calle. La cantidad de gente raleaba; iba llegando la hora en que el Soho se vaciaba. Ahora la actividad se desarrollaba en el interior: los clubes privados, las casas de juego ilegal que se mantenían abiertas toda la noche, las camas mercenarias donde se conseguía sexo variado y a diferentes precios. Miró la calle de arriba abajo, tratando de encontrar una fisura en el tránsito humano: una resistencia, una erupción.

No había ninguna.

Miró el pavimento; los chorros de sangre habían sido dispersados y pisoteados por la gente que pasaba, las gotas rojas se detenían abruptamente en el cordón. A Hammond se lo habían llevado en un automóvil.

Sin advertencia previa, McAuliff sintió el impacto de unas manos que se lanzaban contra su espalda. Se había dado vuelta de costado en el último minuto, pues su mirada había sido atraída por el resplandor de las luces de neón, y ese pequeño movimiento había impedido que lo arrojaran a la calle. En cambio, su atacante -un negro enorme-se precipitó hacia el cordón, interfiriendo con el camino de un Bentley que pasaba a extraordinaria velocidad. McAuliff sintió un dolor terrible en el rostro. Entonces hombre y vehículo chocaron; el alarido angustiado fue el alarido del momento de la muerte; las ruedas que chirriaban le dieron a entender lo increíble a McAuliff. El Bentley avanzó, aplastando a su víctima, y luego prosiguió su carrera. Llegó a la esquina y giró con violencia hacia la izquierda; las gomas giraron sobre el cordón de la vereda, chirriaron mientras tocaban de nuevo los adoquines, impulsando al auto más allá de la vista. Los peatones gritaron, los hombres corrieron, las prostitutas desaparecieron en los zaguanes, los alcahuetes que se paseaban por la calle

Librodot

cubrieron sus bolsillos y McAuliff quedó de pie junto al cadáver sangrante y aplastado, y supo que la intención había sido matarlo a él.

Corrió por la calle del Soho; no sabía hacia dónde, sólo escapó. Escapó de los grupos de gente que se amontonaban en la vereda tras él. Habría preguntas, testigos... gente que lo ubicaría en la escena, que lo implicaría, no sólo lo ubicaría, reflexionó. No tenía respuestas, y por instinto supo que no podía permitirse que lo identificaran, al menos hasta que consiguiera algunas respuestas.

El negro muerto era el hombre de El Búho de San Jorge, de eso estaba seguro: el hombre que lo había atontado con un golpe salvaje en el estómago en la pista de baile y le había doblado la muñeca, arrojándolo contra los cuerpos de los bailarines que lo rodeaban. El hombre que le había impedido alcanzar a Hammond en el estrecho corredor que llevaba, pasando "Chicas" y "Chicos", al oscuro callejón de atrás.

¿Por qué lo había detenido el negro? ¿Por qué, por Dios Todo-poderoso, había tratado de matarlo?

¿Dónde estaba Hammond?

Tenía que conseguir un teléfono. Tenía que llamar al teléfono de Hammond y hablar con alguien, con cualquiera que pudiera darle algunas respuestas.

De pronto, Alex tomó conciencia de que la gente de la calle lo miraba. ¿Por qué?... Por supuesto, estaba corriendo, bueno, caminando demasiado rápido. Un hombre que caminara rápido a esa hora por una neblinosa calle del Soho llamaba la atención. No podía ponerse en evidencia; hizo más lenta su marcha, su marcha sin rumbo, y sin rumbo atravesó calles que no le resultaban familiares.

Seguían mirándolo. Trató de no entrar en pánico. ¿Qué le pasaba?

Y entonces se dio cuenta. Sintió la sangre caliente que le chorreaba por la mejilla. Ahora lo recordó; el pinchazo en su rostro cuando las enormes manos negras se estrellaron contra el cordón junto a él. Un anillo tal vez, una uña... ¿qué diferencia había? Lo habían cortado y estaba sangrando. Metió la mano en el bolsillo del saco para tomar un pañuelo. Todo un costado del saco estaba arrancado.

Había estado demasiado estupefacto para advertir o sentir que le desgarraban el saco, o para percibir la sangre.

¡Jesús! ¡Qué visión! Un hombre con el saco desgarrado, con sangre en el rostro y escapándose de un negro muerto en el Soho. ¿Muerto? ¿Fallecido? ¿Privado de la vida?

No. Asesinado.

Con el método pensado para él: un violento empujón en la calle, a tiempo para encontrar el pesado acero de un Bentley que corría a toda velocidad.

En mitad de la siguiente cuadra -¿qué cuadra?- había una cabina telefónica. Una cabina telefónica inglesa, más grande y más oscura que su prima estadounidense. Apresuró el paso mientras sacaba monedas de un bolsillo. Entró; estaba oscura, demasiado oscura. ¿Por qué tan oscura? Sacó su encendedor de metal, aferrándolo como si fuera una manija que, si la abría, lo mandaría de cabeza al abismo. Apretó la palanca, respiró hondo y discó a la luz de la llama.

-Sabemos lo que ocurrió, señor McAuliff -dijo la fría y contenida voz inglesa-. ¿Exactamente de dónde está hablando?

-No lo sé. Corrí... crucé varias calles.

-Es urgente que sepamos dónde está... Cuando se fue de El Búho, ¿hacia qué lado caminó?

Librodot

-¡Corrí, maldición, corrí! ¡Alguien trató de matarme! -¿En qué dirección corrió, señor McAuliff?

-Hacia la derecha... cuatro o cinco cuadras. Luego de nuevo a la derecha; luego a la izquierda, me parece, dos cuadras más.

-De acuerdo. Ahora tranquilícese... ¿Está llamando desde un teléfono público?

-Sí. No, maldición, ¡estoy llamando de una cabina telefónica! ... Sí. Por amor a Dios, ¡dígame qué está pasando! No hay carteles de calles, estoy en medio de la cuadra.

-Cálmese, por favor. -El inglés era enloquecedor, con una condescendencia despectiva. -¿Como son las estructuras que hay afuera de la cabina? Describa cualquier cosa que le parezca, cualquier cosa que le llame la atención.

McAuliff se quejó de la niebla y describió lo mejor que pudo las tiendas y los edificios oscuros.

-Cristo, es lo máximo que puedo hacer... Voy a salir de aquí. Tomaré un taxi de alguna manera y luego quiero ver a alguno de ustedes. ¿Adónde voy?

-¡No va a ir a ninguna parte, señor McAuliff! -Los fríos tonos británicos de pronto eran ásperos y fuertes. -Quédese exactamente donde está. Si hay luz en la cabina, rómpala. Sabemos su posición. Pasaremos a buscarlo en diez minutos.

Alex colgó. No había bombilla de luz en la cabina, por cierto. Las tribus del Soho la habían sacado... Trató de pensar. No tenía ninguna respuesta. Sólo órdenes. Más órdenes.

Era demente. La última media hora había sido una locura. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué se hallaba en una cabina telefónica oscura con la cara ensangrentada y el saco desgarrado, temblando y sin atreverse a encender un cigarrillo?

¡Locura!

Había un hombre afuera de la cabina, jugueteando con monedas en la mano y cambiando su peso de un pie al otro con abierta irritación. La orden telefónica le había indicado a Alex que esperara adentro, pero hacer eso en semejantes circunstancias podía causar que el hombre de la vereda se quejara en voz alta y llamara la atención. Podía llamar a alguien más, pensó. ¿Pero a quién?... ¿Alison? No...

¡Estaba comportándose como un niño aterrorizado! Con una aterradora justificación, quizás. En rigor, tenía miedo de moverse, de caminar fuera de la cabina telefónica y dejar que entrara un hombre impaciente que jugueteaba con unas monedas. No, no podía portarse así. No podía quedarse inmóvil. Había aprendido esa lección hacía años -hacía siglos- en las colinas de Che San. Quedarse inmóvil era convertirse en un blanco. Uno tenía que ser flexible dentro del perímetro del sentido común. Sobre todo, tenía que usar las antenas naturales y estar muy alerta. Mantenerse alerta, reteniendo la capacidad y la habilidad para moverse con rapidez, eso era lo importante.

¡Dios! Estaba vinculando la furia asesina de Vietnam con una calle alejada del Soho. Trazaba un paralelo y se obligaba a ajustarse a él. ¡Demasiado, caramba!

Abrió la puerta, se tapó la mejilla y murmuró una disculpa al hombre que jugaba con las monedas. Caminó hacia una puerta retirada, frente a la cabina, y esperó.

El hombre que lo atendió en el teléfono de Hammond fue fiel a su palabra. La espera no fue larga y el auto, reconocible, era uno de los que Alex y el agente habían usado varias veces. Bajó por la calle a ritmo lento y se detuvo frente a la cabina, con el motor en marcha.

McAuliff dejó la oscuridad de la puerta retirada y caminó con rapidez hacia el auto. La puerta trasera se abrió desde adentro y él subió.

Y de nuevo se quedó helado.

Librodot

El hombre del asiento trasero era negro. El hombre del asiento trasero estaba supuestamente muerto, era un cadáver descoyuntado, como el de la calle de El Búho de San Jorge.

-Sí, señor McAuliff, las cosas son así -dijo el negro que se suponía estaba muerto-. Le pido disculpas por haberlo golpeado, pero en ese momento usted estaba interfiriendo. ¿Está bien?

-¡Oh, Dios mío! -Alex estaba rígido en el borde del asiento mientras el auto avanzaba y aceleraba por la calle. -Pensé... quiero decir, vi...

-Estábamos tras Hammond. Entenderá mejor si lo sabe. Recuéstese. Ha pasado una hora agotadora... Bastante inesperada, de paso.

-¡Lo vi muerto! -barbotó McAuliff.

-Vio a un hombre negro muerto; un hombre negro y grandote como yo. Nos hacemos cargo del chiste que dice que todos somos parecidos. Es a la vez insultante y falso. De paso, mi nombre es Tallon.

McAuliff miró al hombre.

-No lo es. Tallon es el nombre de una pescadería cercana al parque Victoria. En Kingston.

El negro rió en voz baja.

-Muy bien, señor McAuliff. Lo estaba probando. ¿Fuma?

Alex tomó el cigarrillo que le ofrecía. "Tallon" encendió un fósforo y McAuliff inhaló profundamente, tratando de encontrar un breve momento de cordura.

Miró sus manos. Se sintió a la vez asombrado y perturbado.

Estaba cubriendo el resplandor del cigarrillo como lo había hecho... hacía siglos, cuando era un oficial de infantería en las colinas de Vietnam.

Anduvieron cerca de veinte minutos, viajando a buena velocidad a través de las calles de Londres hacia los suburbios. McAuliff no trató de seguir el camino por la ventana; en realidad no le importaba. Estaba absorbido por la decisión que tenía que tomar. En un sentido profundo se vinculaba con la visión de sus manos -que ya no temblaban- cubriendo el cigarrillo ¿De un viento inexistente? ¿De la posibilidad de traicionar su posición? ¿De francotiradores enemigos?

No. No era un soldado; en realidad nunca lo había sido. Lo había hecho porque era la única forma de sobrevivir. No tenía otro motivo que la supervivencia; ninguna guerra había sido suya y ninguna lo sería. Por cierto, no la de Hammond.

-Ya llegamos, señor McAuliff -dijo el negro que decía llamarse "Tallon"-. Un lugar bastante abandonado, ¿no?

El auto había entrado en un camino que se extendía junto a un campo... un campo, pero sin pasto. Era una extensión pareja de tierra, tal vez cinco acres, como preparados para una construcción. Más allá del campo se veía la orilla de un río; Alex supuso que era el Támesis, tenía que serlo. A la distancia, unas grandes estructuras cuadradas parecían hangares. Hangares a lo largo de la orilla de un río. No tenía idea de dónde se encontraban.

El chofer hizo un giro abrupto hacia la izquierda y el auto se sacudió como si rodara sobre un camino primitivo en el terreno áspero. A través del parabrisas, McAuliff vio el resplandor de los faros de dos vehículos estacionados más o menos a unos cien metros de distancia, sedanes los dos. El de la derecha tenía las luces de adentro encendidas. En segundos, el chofer se había estacionado paralelo al segundo auto.

McAuliff bajó y siguió a "Tallon" al auto con la luz encendida. Lo que vio lo perturbó, lo enojó, tal vez, y sin duda refirmó su decisión de apartarse de la guerra de Hammond.

Librodot

El agente británico estaba sentado con el cuerpo rígido en el asiento trasero, la camisa y el sobretodo echados sobre los hombros; en su torso, una amplia extensión de carne revelaba grandes vendajes blancos. Los ojos le bizqueaban un poco, mostrando que el dolor no era escaso. Alex sabía el motivo; había visto cosas similares -hacía siglos-, por lo general después de un encuentro con bayonetas.

A Hammond lo habían apuñalado.

-Hice que lo trajeran aquí por dos motivos, McAuliff. Y le garantizo que fue una apuesta -dijo el agente cuando Alex se detuvo frente a la puerta abierta-. Déjenos solos -le ordenó al negro.

-¿No debería estar en el hospital?

-No, no fue una herida grave.

-Lo cortaron, Hammond -lo interrumpió McAuliff-. Eso es bastante grave.

-No sea melodramático; no tiene importancia. Se dará cuenta, espero, de que estoy vivito y coleando.

-Tiene suerte.

-¡La suerte, señor, no tiene nada que ver con esto! Es parte de lo que quiero que entienda.

-De acuerdo. Es el Capitán Maravilla, la némesis indestructible de la gente mala.

-Soy un veterano de cincuenta años del Servicio de Su Majestad, que nunca fue muy bueno en el fútbol... -Hammond pegó un respingo y se inclinó hacia adelante. -Y es bastante probable que no tuviera que llevar estos vendajes tan tirantes si hubiera seguido mis instrucciones y no hubiera hecho una escena en la pista de baile.

-¿Qué?

-Pero me ha hecho apartar del tema. Primero lo primero. En el instante en que se tornó evidente que estaba en peligro, ese peligro se anuló. En ningún momento, ningún instante, corrió peligro mi vida.

-¿Porque usted lo dice? ¿Con un vendaje de treinta centímetros en el estómago? No trate de vender agua en el Sahara.

-¡Esta herida me la infligieron a raíz del pánico que usted causó! Estaba a punto de hacer el contacto más vital de nuestro programa, el contacto que buscábamos que hiciera usted.

-¿Halidon?

-Era lo que creíamos. Por desgracia, no hay manera de verificarlo. Venga conmigo. -Hammond se aferró de la manija del costado y con la mano derecha se apoyó sobre el asiento delantero mientras bajaba con esfuerzo del automóvil. Alex hizo un mínimo gesto de ayuda, sabiendo que lo rechazaría. El agente llevó a McAuliff al auto de al lado, y sacó con dificultad una linterna del sobretodo que tenía sobre los hombros cuando se acercaron. Había varios otros hombres en las sombras: se apartaron, evidentemente siguiendo órdenes.

Dentro del auto había dos figuras sin vida: una, echada sobre el volante; la otra, desparramada en el asiento trasero. Hammond iluminó con la linterna a los dos cadáveres. Los dos eran hombres, negros, de treinta y pico de años y vestidos con trajes de oficina, conservadores pero no caros. McAuliff se sintió confundido: no había señales de violencia, ningún vidrio astillado, nada de sangre. El interior del auto estaba prolijo, limpio, hasta tranquilo. Los dos hombres muertos podrían haber sido un par de ejecutivos jóvenes que se habían tomado un descanso fuera de la carretera en medio de un largo viaje de negocios. La intriga de Alex terminó cuando Hammond pronunció la siguiente palabra.

-Cianuro.

-¿Por qué?

Librodot

-Fanáticos, evidentemente. Era preferible no revelar información... sin quererlo, por cierto. Nos malinterpretaron. Empezó cuando usted hizo un intento tan obvio de seguirme fuera de El Búho de san Jorge. En ese momento tuvieron su primer momento de pánico; cuando me infligieron... esto. -Hammond señaló sólo una vez su herida.

McAuliff no se molestó en ocultar su rabia.

-¡Ya he tenido suficiente de sus deducciones cáusticas! -Le dije que fue una apuesta traerlo aquí...

-¡Deje de decirme cosas!

-Por favor, recuerde que sin nosotros usted tenía una esperanza de vida de cuatro meses... en el mejor de los casos.

-Su versión. -Pero la versión del agente tenía más sustancia de la que McAuliff se permitía suponer en ese momento.

Alex se apartó de la visión desagradable. Por ningún motivo en especial, arrancó el forro desgarrado de la parte inferior de su saco y se inclinó contra el capó del auto.

-Dado que esta noche me considera responsable de tantas cosas, ¿qué ocurrió?

Hammond se lo contó. Hacía varios días, los hombres del M15 habían captado una segunda "fuerza" centrada en los movimientos de Dunstone. Tres, era posible que cuatro, sujetos inidentificables que todo el tiempo reaparecían. Los sujetos eran negros. Se les tomaron fotos, se obtuvieron huellas digitales por medio de restaurantes, objetos descartados -paquetes de cigarrillos, diarios, cosas por el estilo-, y todos los datos se pusieron en las computadoras del Nuevo Scotland Yard y de la Oficina de Inmigración. No había registros; los sujetos se encontraban ilegalmente en el país. Hammond había tenido un acceso de entusiasmo; la conexión era muy posible. Resultaba evidente que los sujetos eran `"negativos" en lo que se relacionaba con Dunstone. Evidente... luego demostrado sin la menor duda esa noche, más temprano, cuando uno de los sujetos mató a un hombre de Dunstone que lo ubicó.

-Entonces supimos -dijo Hammond- que habíamos apuntado bien; el blanco era preciso. Faltaba hacer un contacto positivo, un contacto simpático. Inclusive jugué con la idea de reunir a estos hombres con usted, tal vez mañana, u hoy, por la mañana. Todo se resolvió con tanta maldita rapidez...

Se había hecho un contacto preliminar cauteloso con los sujetos:

-Tan inocuos y prometedores que casi les ofrecimos lo que quedaba del Imperio. Estaban preocupados, por cierto, ante, la posibilidad de una trampa.

Se arregló un encuentro en El Búho de San Jorge, un club racialmente integrado que ofrecía un ámbito cómodo. Estaba programado para las dos y media de la mañana, después del encuentro de Hammond con McAuliff.

Cuando Alex hizo su aterrada -y amenazadora- llamada al número de Hammond, insistiendo en que se encontraran a cualquier hora, el agente dejó abiertas sus opciones. Y entonces tomó su decisión. ¿Por qué no El Búho de San Jorge? Llevaría al estadounidense al Soho, al club y, si resultaba una mala decisión, McAuliff podía ser detenido una vez que estuviera adentro. Si la decisión era correcta, las circunstancias serían óptimas: todas las partes se encontrarían presentes.

-¿Y qué pasó con los hombres de Warfield? -le preguntó Alex-. Me dijo que habían duplicado su vigilancia sobre mí.

-Le mentí. Quería que se quedara donde estaba. Warfield tenía sólo un hombre siguiéndolo. Lo distrajimos. La gente de Dunstone tenía sus propias ansiedades: habían matado a uno de sus hombres. No podían echarle la culpa a usted.

La noche prosiguió como Hammond lo había previsto, sin incidentes. El agente hizo arreglos para reservar la mesa -"conocemos a casi todas las personas que usted ha conocido en Londres, amigo"- y esperaron la mezcla compatible de elementos.

Librodot

Y entonces, en rápida sucesión, cada uno de los componentes se separó. Primero la afirmación de Alex de que el equipo de investigación se iba en dos días: el M15 y su contraparte de ultramar, el M16, no estaban listos para que llegaran a Kingston. Luego la información de que Warfield había dicho el nombre "Halidon"; cabía esperarlo, por cierto. Dunstone estaría trabajando furiosamente para encontrar a los asesinos del primer equipo de cinco hombres. Pero, de nuevo, el M15 no había esperado que Dunstone hiciera tales progresos. El siguiente fallo fue el agente con aspecto de borracho que chocó y usó la palabra "Edimburgo"; la usó dos veces.

-Cada veinticuatro horas hacemos circular una palabra poco común que tiene sólo una connotación: "abortar, peligro extremo". Si se repite, indica que nuestra cobertura ha saltado. 0 se ha malinterpretado. Hay que tener listas las armas.

En ese momento, Hammond vio con claridad el error enorme que había cometido. Sus agentes habían apartado a los hombres de Warfield de McAuliff, pero ni a uno de los negros. McAuliff había sido visto en compañía de Warfield esa medianoche durante un lapso considerable. Unos minutos después de haber entrado en El Búho, el negro que lo vigilaba lo había seguido, aterrorizado ante la posibilidad de que sus colegas hubieran sido llevados a una trampa.

La confrontación había empezado dentro de la locura psicodélica que era El Búho de San Jorge.

Hammond trató de impedir el colapso final.

Rompió las reglas. Todavía no eran las dos y media, pero dado que Alexander McAuliff había sido visto con él, no se atrevió a esperar. Trató de establecer un puente, de explicar, para calmar el estallido furioso.

Casi lo había logrado cuando uno de los negros -ahora muerto sobre el volante- vio que McAuliff saltaba de su asiento en el reservado y se lanzaba en la multitud, sacando del medio a quien se le interpusiera, buscando a alguien como un loco, sin duda a Hammond.

-Lo que ocurrió durante los siguientes minutos fue tan desesperante como consolador -dijo Hammond-. Mi gente no pensaba permitir que me dañaran físicamente, de manera que en el instante en que mis secuestradores y yo salimos a la vereda, los agarraron. Los pusimos en este auto y arrancamos, en la esperanza, todavía, de restablecer la buena voluntad. Pero a propósito dejamos que el tercer hombre desapareciera, un artículo de fe de nuestra parte.

El M15 había llevado el auto hacia el campo abandonado. Llamaron a un médico para que vendara a Hammond. Y los dos sujetos -despojados de sus armas, sin la llave del auto- fueron dejados solos para que hablaran entre sí, en la esperanza de que resolvieran sus dudas, mientras vendaban a Hammond.

-Hicieron un último intento de escapar, pero por cierto no había llaves en el auto. De manera que se tomaron sus ampollas o sus tabletas letales, y con ellas se fue su vida. En última instancia, no podían confiar en nosotros.

McAuiiff no dijo nada durante varios momentos. Hammond no interrumpió el silencio.

-Y su "artículo de fe" trató de matarme.

-En apariencia. Pero dejó en Inglaterra a un hombre que debemos tratar de encontrar: el chofer... Entiende que no se nos puede considerar responsables; usted desestimó por completo mis instrucciones.

-Ya llegaremos a eso -interrumpió McAuliff-. Usted dijo que me trajo aquí por dos motivos. Tengo el primero: a su gente se le da seguridad garantizada y rápida... si no se "desestiman" las instrucciones. -Alex imitó la manera de Hammond de decir la palabra.

-¿Cuál es el segundo motivo?

El agente avanzó hasta ponerse directamente frente a McAuliff y, a pesar de la luz nocturna, Alex vio la intensidad de sus ojos.

Librodot

-Para decirle que ahora no tiene otra opción que seguir. Han pasado demasiadas cosas. Está muy comprometido.

-Eso es lo que dijo Warfield.

-Tiene razón.

-¿Y si me niego? ¿Y si me limito a hacer mis valijas y me voy?

-Será sospechoso, y se podrá disponer de usted. Lo perseguirán. Acepte mi palabra al respecto; he estado antes que usted en esto.

-Es toda una declaración viniendo de un... ¿qué era? ¿Analista financiero?

-Etiquetas, señor McAuliff. Títulos. Cosas sin sentido.

-No para su esposa.

-Disculpe... -Hammond aspiró de modo profundo, audible. Cuando continuó, no hizo una pregunta. Hizo una tranquila y dolorosa afirmación.

-Ella lo mandó tras de mí.

-Sí.

Fue el turno de Hammond de quedarse en silencio. Y la opción de Alex de no romper ese silencio. En cambio, Alex observó la lucha del agente de cincuenta años por recuperar la compostura.

-Sigue en pie el hecho de que usted desestimó mis instrucciones.

-Usted debe de ser un hombre encantador para convivir.

-Acostúmbrese a eso -respondió Hammond con fría precisión-. Durante los próximos meses, nuestra asociación será muy estrecha. Y hará exactamente lo que yo le diga. O lo matarán.

7

El sol naranja rojizo abría un encendido agujero brillante en el tapiz azul a rayas que era el cielo de la tarde. Arcos amarillos bordeaban las nubes más bajas; había un vacío negro purpúreo encima. La suave noche caribeña pronto envolvería esa sección del mundo. Estaría oscuro cuando el avión aterrizara en Port Royal.

McAuliff miró hacia el horizonte a través del vidrio oscuro de la ventanilla del avión. Alison Booth iba en el asiento de al lado de él, dormida.

Los Jensen estaban del otro lado del pasillo del 747 y, para una pareja cuyas convicciones políticas se ubicaban a la izquierda del centro, se adaptaban a las facilidades de la primera clase de British Airways con admirable falta de culpa, pensó Alex. Pidieron el mejor vino, foie gras, pato a la naranja y Charlotte Malakof, como si estuvieran acostumbrados a todo ello desde hacía años. Y Alex se preguntó si Warfield no estaba errado. Todos los izquierdistas a los que conocía, fuera del bloque soviético, carecían de humor; las cosas no eran así en el caso de los Jensen.

El joven James Ferguson iba solo en un asiento delantero. Al principio, Charles Whitehall se había sentado con él, pero luego fue al bar, a poco de comenzar el vuelo, se encontró con un conocido de Savanna-la-Mar y se quedó allí. Ferguson usó el asiento desocupado para poner una bolsa de cuero que contenía su equipo fotográfico. En ese momento estaba cambiando los filtros de las lentes, para sacar instantáneas del cielo que se veía por la ventanilla.

McAuliff y Alison se habían unido con Charles Whitehall y su amigo mientras tomaban varios tragos en el bar. El amigo era blanco, rico y muy buen bebedor. También era un vacuo heredero de añejo dinero del sudeste jamaiquino y a Alex le resultó contradictorio que Whitehall se preocupara por pasar tanto tiempo con él, al igual que resultaba un poco

Librodot

perturbador observar a Whitehall responder con tanta presteza a las observaciones alcoholizadas, poco brillantes y bastante aburridas de su amigo.

Alison le había tocado el brazo de McAuliff después de la segunda copa. Era una señal para volver a sus asientos; para ella había sido suficiente. Para él también.

¿Alison?

Durante los dos últimos días en Londres había habido tanto que hacer que no había pasado con ella el tiempo que hubiera deseado, que habría querido. Pasaba todo el día ocupado en problemas vinculados con logística: comprar y alquilar equipos, arreglar los pasaportes, averiguar qué vacunas hacían falta (ninguna), abrir cuentas bancarias en Montego, Kingston y Ocho Ríos y montones de otros aspectos necesarios para una larga investigación geológica. Dunstone se mantuvo fuera del cuadro, pero fue de enorme ayuda desde bambalinas. La gente de Dunstone le dijo con precisión con quién ponerse en contacto en cada lugar; las intrincadas redes de la burocracia -gubernamentales y comerciales- se desenredaron.

Una noche los había reunido a todos, a todos menos a Sam Tucker, que se uniría con ellos en Kingston. Cenaron en Simpsons. Fue una noche bastante agradable; todos eran profesionales. Cada uno evaluó a los demás e hizo comentarios lisonjeros cuando conocía el trabajo de alguno. Whitehall recibió el mayor reconocimiento, como correspondía. Era una auténtica celebridad. Ruth Jensen y Alison parecieron gustarse de inmediato, cosa que McAuliff había pensado que ocurriría. El marido de Ruth, Peter, asumió una actitud paternalista hacia Ferguson, y reía sin cesar ante las constantes bromas del muchacho. Y Charles Whitehall demostró los mejores modales, ligeramente distante y muy cortés, con los precisos rasgos adecuados de ingenio erudito y de falsa humildad.

Pero Alison.

McAuliff había mantenido el almuerzo del día siguiente a la locura de El Búho de San Jorge y el disparate que siguió en el abandonado campo de los alrededores de Londres. Se había acercado a ella con sentimientos ambiguos. Se sentía molesto de que no hubiera mencionado las actividades cuestionables de su marido, pero no aceptó la vaga preocupación de Hammond respecto de que Alison fuera alguien puesto por Dunstone. No tenía sentido. No era más que una mujer independiente, eso sí. Ser un silencioso emisario de Warfield implicaba perder independencia, como él bien lo sabía. Alison no podía hacer eso, no sin demostrarlo.

Sin embargo, trató de provocarla para que hablara del marido. Respondió con clichés humorísticos y "civilizados". No estaba dispuesta, en aquel momento, a hablar de David Booth con él.

No era importante.

"Damas y caballeros -dijo una voz muy masculina y responsable por el altavoz del avión-. Habla el capitán Thomas. Nos estamos acercando a la costa nordeste de Jamaica; en unos minutos estaremos sobre Port Antonio, descendiendo para acercarnos al aeropuerto Palisados, Port Royal. Solicitamos a todos los pasajeros que vuelvan a sus asientos. Puede haber pequeñas turbulencias sobre la cadena de la montaña Azul. La hora de llegada se ha adelantado a las 8.20, hora de Jamaica. La temperatura en Kingston es de 26°, el clima y la visibilidad son buenos..."

Mientras la voz fuerte y calma terminaba sus anuncios, McAuliff pensó en Hammond. Si el agente británico hablara por un altavoz, sonaría en gran medida como el capitán Thomas.

Hammond.

McAuliff no había terminado su separación temporaria -como la llamaba Hammond- de manera demasiado agradable. Había contrarrestado el cáustico pronunciamiento del agente respecto de que Alex tenía que hacer lo que Hammond le ordenara con una cláusula propia:

Librodot

tenía un millón de dólares que cobrar de Dunstone y esperaba hacerlo. De Dunstone o de otra fuente.

Hammond había explotado. ¿Para qué le servían dos millones de dólares a un geólogo muerto? Alex debería estar pagando por las advertencias y la protección que se le concedía. Pero, en última instancia, Hammond reconocía la necesidad de algo que motivara la cooperación de Alexander. La supervivencia era algo demasiado abstracto; la falta de supervivencia no podía experimentarse.

En las primeras horas de la mañana, un encargado de piso del Savoy le llevó a McAuliff una Carta de Acuerdo; Alex lo reconoció como el hombre de saco marrón de High Holborn. La carta cubría las condiciones de reembolso en caso de "pérdida de honorarios" con un techo muy claro de un millón de dólares.

Si terminaba sano y salvo -y tenía todas las esperanzas de que así fuera- cobraría. Envió el acuerdo a Nueva York.

Hammond.

Se preguntó cuál era la explicación. ¿Qué podía explicar a una esposa cuya voz susurrada podía manifestar tanto miedo? Sintió curiosidad por el Hammond privado, personal; sin embargo sabía por instinto que, fueran cuales fueren las preguntas privadas que se formulara, nunca tendría respuesta para ellas.

Hammond era así. Tal vez toda la gente que hacía lo que hacía Hammond fuera de ese modo. Hombres en la sombra; sus esposas sumergidas en interminables túneles de miedo. Bolsones de miedo.

Y luego estaba...

Halidon.

¿Qué quería decir? ¿Qué era?

¿Era una palabra negra?

Posiblemente. Tal vez no, sin embargo, según había dicho Hammond. Por lo menos, no sólo. Tenía demasiadas fuentes de información, demasiada influencia evidente en sectores poderosos. Demasiado dinero.

La palabra había aparecido en circunstancias extrañas y horribles. El agente británico vinculado con la anterior investigación de Dunstone había sido uno de los dos hombres asesinados en un incendio forestal que había empezado dentro de un campamento de bambú sobre la orilla del río Martha Brae, en el centro de la zona de Cock Pit. Las pruebas indicaban que los dos investigadores muertos habían tratado de salvar del fuego unos equipos, se habían ahogado a causa de las llamas y se habían quemado dentro del infierno de bambú.

Pero había algo más. Algo tan asombroso que hasta a Hammond le resultaba difícil contarlo.

Los dos hombres aparecieron atados con cañas de bambú a árboles diferentes, cada uno junto a valiosos equipos de investigación. Se habían consumido en la conflagración, por el simple motivo de que ninguno de los dos pudo escapar corriendo. Pero el agente había dejado un mensaje, una sola palabra raspada sobre la caja de metal del geoscopio.

Halidon.

La inspección bajo un microscopio ofreció el resto de la historia de horror: partículas de esmalte de dientes humanos. El agente había escrito las letras con dientes rotos.

Halidon... holly-dawn.

Ninguna definición conocida. ¿Una palabra? ¿Un nombre? ¿Un hombre? ¿Un sonido de tres sílabas?

¿Qué quería decir?

--Es hermoso, ¿no? -dijo Alison, mirando más allá de él, por la ventanilla.

Librodot

-Estás despierta.

-Alguien encendió un altavoz y un hombre habló... sin parar. -Sonrió y estiró sus largas piernas. Luego inspiró, dando un gran bostezo que hizo que sus pechos se hincharan contra la suave seda blanca de la blusa. McAuliff la miró. Y ella vio que él la miraba, y volvió a sonreír, con humor, no en forma provocativa. -Relevancia, doctor McAuliff. ¿Recuerda?

-Esa palabra va a causarle problemas, señora Booth.

-Voy a dejar de decirla de inmediato. Si lo piensas, no creo que la usara demasiado desde que te conocí.

-Me gusta la conexión; no te detengas.

Ella se rió y tendió la mano hacia su cartera, apoyada en una bandeja que había entre ellos.

En ese momento hubo una súbita serie de movimientos de subida y bajada cuando el avión entró en una turbulencia. Terminó en seguida, pero durante la turbulencia la cartera abierta de Alison cayó sobre el regazo de Alex. Cayeron un lápiz de labios, un polvo compacto, fósforos y una especie de tubo grueso, que aterrizaron entre las piernas de McAuliff. Fue uno de esos breves momentos de indecisión. El contenido de una cartera era un injusto punto a favor, en cierta forma extensiones no protegidas del yo privado. Y Alison no era el tipo de mujer que se lanzara entre las piernas de un hombre para recuperar sus propiedades.

-Nada cayó en el piso -dijo Alex incómodo, mientras le alcanzaba la cartera-. Aquí tienes.

Tomó el lápiz labial y el polvo con la mano izquierda, mientras con la derecha tomaba el grueso tubo que, al principio, le pareció que tenía una connotación muy personal. Cuando sus ojos cayeron sobre la caja, sin embargo, la connotación se convirtió en otra. El tubo era un arma, un compresor. En el costado del cilindro había unas palabras impresas:

312 de contenido de gas
Solo para uso militar y/o policial
Numero de autorizacion 4316
Registrado: 1-6

El número de autorización y la fecha estaban escritos a mano con tinta indeleble. El compresor de gas había sido entregado por las autoridades británicas hacía un mes.

Alison tomó el tubo de su mano.

-Gracias -fue todo lo que dijo.

-¿Estás pensando en secuestrar el avión? Es un objeto de aspecto bastante letal.

-En la actualidad Londres tiene sus problemas para las chicas... las mujeres. Hubo incidentes en mi edificio. ¿Podrías darme un cigarrillo? Me parece que se me terminaron.

-Claro. -McAuliff buscó en el bolsillo de su camisa y sacó sus cigarrillos y extrajo uno. Lo encendió y luego habló con suavidad, con mucha dulzura.

-¿Por qué me mientes, Alison?

-No te miento. Creo que es presuntuoso de tu parte pensarlo.

-Ah, vamos. -Sonrió, subrayando la sinceridad de su interrogatorio. -La policía, sobre todo la policía de Londres, no entrega compresores de gas por "incidentes". Y no pareces un coronel del Ejército Auxiliar Femenino. -Cuando dijo las palabras, Alex tuvo la sensación de que tal vez se equivocaba. ¿Era Alison Booth una emisaria de Hammond? ¿No de Warfield, sino de Inteligencia Británica?

Librodot

-Se hacen excepciones. De verdad se hacen, Alex. -Ella le clavó los ojos; no estaba mintiendo.

-¿Puedo aventurar una sugerencia? ¿Un motivo?

-Si quieres.

-¿David Booth?

Ella apartó la mirada, inhalando el humo de su cigarrillo.

-Ya sabes de él, ¿no? Por eso todo el tiempo me hacías preguntas la otra noche.

-Sí. ¿Pensaste que no iba a averiguar?

-No me importaba... No, no es así; creo que quería que lo averiguaras, si eso me ayudaba a conseguir el trabajo. Pero no te lo podía decir.

-¿Por qué no?

-Oh, Dios mío, Alex. Tus propias palabras; ¡querías los mejores profesionales, no problemas personales! Por lo que sabía, me habrías descartado de inmediato. -Su sonrisa había desaparecido; sólo había ansiedad.

-Este Booth debe de ser un tipo de cuidarse.

-Es un hombre muy enfermo, muy vicioso... Pero puedo manejar a David. Siempre pude manejarlo. Es un extraordinario cobarde.

-La mayoría de los viciosos lo son.

-No estoy tan segura. Pero no era por David, sino por otra persona. El hombre para el que trabajaba.

-¿Quién?

-Un francés. Un marqués. Se llama Chatellerault.

El equipo tomó dos taxis hacia Kingston. Alison se quedó con McAuliff mientras él rescataba el equipo con ayuda de la gente del gobierno de Jamaica enviada por el Ministerio de Educación. Alex podía sentir el mismo vago resentimiento en los jamaiquinos que había sentido por parte de los universitarios de Londres; lo único que ahora se agregaba era el aspecto de la pigmentación de la piel. ¿No había geólogos negros?, parecían pensar.

El punto fue subrayado por los hombres de la Aduana, con sus uniformes caqui almidonados como si fueran de acero. Insistieron en examinar cada caja, cada cajón, como si cada uno contuviera el con-trabando más peligroso imaginable. Decidieron ser oficialmente exhaustivos, mientras McAuliff esperaba indefenso mucho tiempo después de que el avión hubiera entrado en el hangar de Palisados. Alison se quedó a diez metros de distancia, sentada en un carrito de equipaje.

Una hora y media después, el equipo había sido procesado y marcado para su transporte interno hasta el aeropuerto Boscobel, en Ocho Ríos. La paciencia de McAuliff fue forzada hasta tal punto que le rechinaban los dientes y tuvo que tragar muchas veces. Aferró el brazo de Alison y los dos marcharon hacia la terminal.

-Por el amor de Dios, Alex, !me estás lastimando el codo! -dijo Alison en voz baja, tratando de contener la risa.

-Perdón... lo lamento. ¡Esos mecías malditos se creen que heredaron la tierra! ¡Cretinos!

-Hace poco heredaron su propia isla...

-No estoy de humor para conferencias anticoloniales -la interrumpió-. Estoy de humor para tomar una copa. Paremos en el bar.

-¿Y tus valijas?

Librodot

-¡Oh, Cristo! Me olvidé... Vamos por aquí, si no me equivoco -dijo Alex, y señaló un puerta de entrada a la derecha.

-Sí -respondió Alison-. "Arribo de vuelos" por lo general quiere decir eso.

-Cállate. Mi primera orden como jefe es: no decir una palabra más hasta que consigamos nuestras valijas y tenga una copa en la mano.

Pero la orden de McAuliff, por necesidad, tuvo que ser rescindida. El equipaje de ambos no se veía por ninguna parte. Y en apariencia nadie sabía dónde podía estar; todos los equipajes que habían llegado en el vuelo 640 de Londres habían sido recogidos. Hacía una hora.

-Nosotros veníamos en ese vuelo. No recogimos nuestras valijas. De manera que están equivocados -dijo Alex con tono cortante al encargado de equipajes.

-Entonces fíjese usted, hombre -respondió el jamaiquino, irritado por la implicación del estadounidense de que su eficiencia dejaba que desear-. Todas las valijas fueron retiradas; no quedó nada. Vuelo 640 todo aquí, hombre. En ningún otro lugar.

-Déjeme hablar con el representante de British Airways. ¿Dónde está?

-¿Quién?

-Su jefe, ¡maldición!

-Yo soy el jefe, hombre -respondió el negro, enojado. Alex se contuvo.

-Mire, ha habido una confusión. La aerolínea es la responsable, eso es lo que trato de decirle.

-Creo que no, hombre -interrumpió el encargado de equipajes, a la defensiva, mientras tomaba un teléfono que había sobre el mostrador-. Voy a llamar a British Airways.

McAuliff le habló en voz baja a Alison.

-Casi seguro que nuestras valijas están viajando hacia Buenos Aires. -Esperó mientras el hombre hablaba un momento por teléfono.

-Aquí, hombre. -El encargado le alcanzó el teléfono a Alex. -Usted hable, por favor.

-¿Hola?

-Doctor McAuliff -dijo la voz británica.

-Sí. McAuliff.

-Sólo seguimos las instrucciones de su nota, señor.

-¿Qué nota?

-A Primera Clase. Nos la trajo el chofer. El taxi. El equipaje suyo y el de la señora Booth fueron enviados a Courtieigh Manor. Eso es lo que quería, ¿no es así, señor? -En la voz se percibía un dejo explicativo excesivo, como si hablara con alguien que había tomado una copa de más y no tenía la cabeza demasiado clara.

-Ya veo... Sí, está bien -dijo Alex en voz baja. Colgó el teléfono y se dirigió a Alison.

-Nuestras valijas fueron enviadas al hotel.

-¿En serio? No te parece muy gentil de su parte.

-Una afirmación.

-No, no me parece -respondió McAuliff-. Vamos, encontremos el bar.

Se sentaron a una mesa de la esquina en el bar de observación de Palisados. El mozo de chaqueta roja les llevó sus bebidas mientras tarareaba suavemente una canción folklórica jamaiquina. Alex se preguntó si la oficina de turismo de la isla les ordenaba a todos los que les servían a los turistas que tararearan melodías y se movieran con ritmo. Se estiró para tomar

Librodot

su copa y bebió un buen trago de su whisky doble. Advirtió que Alison, que no era muy bebedora, parecía tan ansiosa como él por ingresar un poco de alcohol en su cuerpo.

Tomando todo en cuenta -pero todo-, era plausible que les hubieran robado el equipaje. No el de ella. Pero la nota especificaba tanto su equipaje como el de la señora Booth.

-No tenías más artillería, ¿no es cierto? -le preguntó Alex-. ¿Como ese compresor?

-No. Habría hecho sonar el timbre en el aparato de rayos x del aeropuerto. Lo declaré antes de subir al avión -Alison señaló su cartera.

-Si, claro -murmuró él.

-Debo decir que estás muy calmo. Pensé que llamarias al hotel para ver si las valijas ya llegaron... Ah, no por mí. No viajo con las joyas de la Corona.

-Oh, Señor. Lo lamento, Alison. --Empujo su silla hacia atrás. -Voy a llamar de inmediato.

-No, por favor. -Se estiró y puso una mano sobre la de él. -Creo que actúas así por algún motivo. No quieres parecer enojado. Creo que tienes razón. Si las robaron, no hay nada que no pueda reemplazar por la mañana.

-Eres muy comprensiva. Gracias.

Ella retiró la mano y volvió a beber. El echó su silla hacia atrás y cambió de posición, orientándose hacia el interior del bar. De manera discreta, comenzó a estudiar las otras mesas.

El bar de observación estaba lleno a medias, no más que eso. Desde su posición -la posición de ellos- en el extremo occidental del salón, Alex podía ver casi todas las mesas. Mientras con lentitud centraba su atención en cada una, se preguntaba, como se había preguntado dos noches atrás en High Holborn, quién podía estar ocupándose de él.

Hubo un movimiento en la entrada apenas iluminada. Los ojos de McAuliff se centraron en la figura que había aparecido: un hombre fornido con camisa blanca y sin saco se había parado bajo el ancho umbral. Hablaba con la camarera del bar, sacudiendo la cabeza con lentitud, haciendo un gesto de negación, mientras miraba hacia adentro. De pronto, Alex parpadeó y se centro en el hombre.

Lo conocía.

Un hombre que había visto por ultima vez en Australia, en los campos de la meseta Kirnberly. Le habían comentado que el hombre se había retirado a Jamaica.

Robert Hanley, un piloto.

Hanley se hallaba de pie en la entrada del bar, buscando a alguien adentro. Y Alex supo en forma instintiva que Hanley lo buscaba a él.

-Discúlpame -le dijo a Alison-. Hay un tipo al que conozco. A menos que me equivoque, está tratando de encontrarme.

McAuliff pensó, mientras avanzaba entre las mesas y las sombras del salón, que en cierta forma era perfecto que, de todos los hombres del Caribe, Robert Hanley fuera quien estaba implicado. Hanley, el hombre abierto que se manejaba con un mundo oculto porque era, en lo esencial, un hombre en quien se podía confiar. Un hombre risueño, un hombre duro, un profesional con habilidades que iban mucho más allá de lo que necesitaban quienes lo empleaban. Alguien que por milagro había sobrevivido seis décadas cuando todo parecía indicar que no tenía mucho más que cuatro. Ocurría que Robert Hanley no parecía tener mucho más de cuarenta y cinco años. Hasta su cabello rubio rojizo, muy corto, no tenía una sola cana.

-¡Robert!

-¡Alexander!

Los dos hombres se estrecharon las manos y se tomaron del hombro.

Librodot

-Le dije a la dama que está sentada conmigo que me parecía que me estabas buscando. Para ser honesto, espero equivocarme.

-Ojalá lo estuvieras, muchacho.

-Eso es lo que me temía. ¿Qué pasa? Vamos, dime.

-En un minuto. Déjame que te cuente las novedades primero. No quisiera que la dama viera cómo revelas tu verdadero carácter. -Hanley apartó a Alex de la puerta; se pararon solos junto a una pared. -Es Sam Tucker.

-¿Sam? ¿Dónde está?

-Ése es el tema, muchacho. No lo sé. Sam llegó a Montego hace tres días y me llamó a Port Antonio; los muchachos de Los Ángeles le dijeron que estaba aquí. Me di una vuelta, y tuvimos un gran encuentro. No voy a entrar en detalles. A la mañana siguiente, Sam bajó al hall de entrada a buscar un diario, creo. Nunca volvió.

8

Robert Hanley tenía que volar en una hora de nuevo a Port Antonio. Él y McAuliff acordaron no mencionar a Sam Tucker delante de Alison. Hanley también aceptó seguir buscando a Sam; él y Alex se mantendrían en contacto.

Los tres tomaron un taxi desde Port Royal a Kingston, al Courtleigh. Hanley se quedó en el taxi y siguió hasta el pequeño aeropuerto Tinson Pen, donde guardaba su avión.

En el mostrador del hotel, Alex preguntó, sin darle mayor importancia pero sin sentir la menor tranquilidad:

-Supongo que nuestro equipaje llegó.

-Por supuesto, señor McAuliff -respondió el empleado, que selló los dos formularios de inscripción y le hizo señas a un botones-. Hace apenas unos minutos. Pedimos que los llevaran a sus habitaciones. Están una junto a la otra.

-Qué considerado -comentó Alex en voz baja, mientras se preguntaba si Alison habría oído al hombre del mostrador. El emplea-do no hablaba fuerte y Alison estaba en un extremo, hojeando folletos turísticos. La joven miró a McAuliff; había oído. La expresión de su rostro era de desentendimiento. Él volvió a preguntarse si habría oído.

Cinco minutos más tarde, Alison abrió la puerta que había entre sus habitaciones, y Alex supo que no tenía sentido seguir especulando.

-Hice lo que me ordenó, señor Jefe -dijo Alison, que entró-. No toqué la...

McAuliff levantó la mano rápidamente, haciéndole señas de que se quedara callada.

-La cama, !bendita seas! Eres todo corazón, querida.

La expresión que apareció ahora en el rostro de Alison fue de abierta preocupación. Para nada agradable. Fue un momento incómodo, para el que él no estaba preparado; no había esperado que ella entrara sin avisarle en su habitación. Sin embargo, no tenía sentido quedarse inmóvil, con aspecto de tonto.

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un instrumento de metal pequeño, cuadrado, del tamaño de un paquete de cigarrillos. Era uno de los varios artículos que Hammond le había dado. (Hammond se había encargado de su tarjeta de embarque con British Airways de Londres, eliminando la necesidad de declarar cualquier objeto metálico que llevara sobre su persona.)

La pequeña caja de metal era un escáner electrónico con una pila de alto voltaje en miniatura. Su función era simple, su complejo mecanismo, y Hammond afirmaba que todo el mundo lo usaba en la actualidad. Detectaba la presencia de micrófonos electrónicos dentro de una zona de dos metros setenta por dos metros setenta. Alex se había propuesto usarlo apenas

Librodot

entrara en la habitación. En cambio, distraído, había abierto las puertas de su pequeño balcón y se había quedado mirando durante un breve tiempo el oscuro y majestuoso perfil de las montañas Azules en la clara noche de Kingston.

Alison Booth miró el escáner y luego a McAuliff. Tanto rabia como miedo se reflejaron en sus ojos, pero tuvo la presencia de ánimo de no decir nada.

Como le habían enseñado, Alex encendió el instrumento y trazó unos semicírculos en forma lateral y vertical, empezando desde el rincón más alejado de la habitación. Hizo lo mismo en los otros tres rincones. Se sentía avergonzado, casi grotesco, mientras movía con lentitud el brazo, como administrando alguna oculta bendición. No se preocupó en mirar a Alison mientras hacía esos movimientos.

Entonces, de pronto, no se sintió para nada avergonzado. En cambio, experimentó un dolor en el centro del estómago, un pinchazo agudo cuando su aliento se detuvo y sus ojos se clavaron en la barra de una pulgada de largo del dial del escáner. A menudo había visto cómo se movía la barra durante las secciones de práctica con Hammond; había sentido curiosidad, hasta fascinación., ante sus movimientos ondulantes y como tartamudos. Ahora no se sentía fascinado. Tenía miedo.

No era una sesión de entrenamiento en una habitación de práctica segura y apartada, mientras Hammond le explicaba con paciencia y de forma exhaustiva la importancia de superponer las zonas. En este momento estaba ocurriendo; en realidad no había pensado que ocurriría. Todo había sido... bueno, básicamente ficticio, en cierta forma muy improbable.

Sin embargo ahora, frente a él, la barra delgada, de una pulgada de largo, estaba vibrando, oscilando con una violencia propia en miniatura. Los diminutos sensores respondían a un intruso.

En alguna parte de la zona inmediata a donde se hallaba de pie había un objeto extraño cuya función era transmitir todo lo que dijera en esa habitación.

Se aproximó con cautela. El hizo un gesto y se dio cuenta de que sus gestos eran los de alguien que jugaba a las películas mudas con escasa imaginación. Señaló el escáner y luego a sus labios. Cuando habló, se sintió como un maldito idiota.

_Me prometiste tornar una copa en ese jardín adorable que hay abajo. Otras consideraciones tendrán que esperar.. , amor. -Ella dijo las palabras con tranquilidad y sencillez. Era muy creíble.

-Tienes razón -respondió él, decidiendo al instante que no era para nada un buen actor-. Sólo permíteme lavarme un poco.

Fue con rapidez hacia el baño y abrió las canillas del lavatorio. Movió la puerta hasta que quedara a unos centímetros del vano; el sonido del agua que corría se podía oír, no era demasiado evidente. Volvió a donde había estado y prosiguió operando con el escáner, reduciendo los semicírculos mientras la delgada barra reaccionaba, centrándose en la ubicación del objeto tal como Hammond le había enseñado.

La única sorpresa que no lo dejó estupefacto fue el hecho de que la diminuta luz roja del escáner lo orientara directamente hacia su valija, ubicada sobre una rejilla para equipaje, contra la pared.

La luz roja indicaba que el objeto se hallaba a treinta centímetros del instrumento.

Le pasó el escáner a Alison y abrió la valija con cautela. Separó sus ropas, sacó camisas, medias y ropa interior y las puso -las arrojó- sobre la cama. Cuando la valija estaba más vacía que llena, estiró el forro elastizado y pasó los dedos contra el cuero.

McAuliff sabia qué buscar; Hammond le había mostrado docenas de micrófonos de diversos tamaños y formas.

Lo encontró.

Librodot

Estaba pegado al forro de afuera; un pequeño bulto del tamaño de un botón cubierto de cuero. Lo dejó donde se hallaba y, como Hammond le había indicado, prosiguió examinando el resto de la valija en busca de un segundo artefacto de cobertura.

También lo encontró. En el lado opuesto.

Tomó el escáner de manos de Alison, salió de la zona e hizo semicírculos en el resto de la habitación. Como Hammond le había dicho que era probable, no hubo más movimientos en el dial del escáner. Ya que, si había un transmisor en un objeto movible, por lo general implicaba que se trataba de la única fuente disponible.

El resto de la habitación estaba limpia. "Estéril" era la palabra que había usado Hammond.

McAuliff fue hasta el baño; éste también estaba limpio. Cerró las canillas y le gritó a Alison.

-¿Ya desempacaste?

Ahora, ¿por qué demonios había dicho eso? Entre todas las cosas estúpidas...

-Tengo mucha experiencia en viajes geológicos -respondió ella con tranquilidad-. Casi todas mis ropas son de poliéster; pueden esperar. En serio quiero ver ese jardín adorable. Apresúrate.

McAuliff abrió la puerta y vio que Alison estaba cerrando las puertas del balcón, corriendo las cortinas sobre los vidrios que iban del piso al techo. Alison Booth estaba haciendo lo correcto, reflexionó. Hammond a menudo había repetido la orden: "Cuando encuentre un transmisor, controle sí afuera hay gente vigilando; dé por sentado que habrá vigilancia visual".

Salió del baño; ella lo miró... No, pensó; no lo miró, le clavó los ojos.

-Bien -dijo ella-. Estás listo. Creo que te dejaste casi toda la barba, pero estás presentable. Vamos... amor.

Fuera de la habitación, en el corredor del hotel, Alison lo tomó del brazo y caminaron hacia el ascensor. Varias veces él empezó a hablar, pero cada vez que lo hizo ella lo interrumpió.

-Espera a que estemos abajo -le repetía todo el tiempo en voz baja.

En el jardín, fue Alison quien, después de que se sentaron, pidió otra mesa. Una en el lado opuesto de la zona al aire libre; una mesa. advirtió Alex, que no tenía palmeras o plantas cerca. No había más que una docena de otras parejas, ni un hombre solo o una mujer sin acompañante. McAuliff tuvo la sensación de que Alison había observado a cada pareja con cuidado.

Llegaron las bebidas; el mozo se fue y Alison Booth habló. -Creo que es hora de que conversemos... sobre cosas de las que no hemos hablado.

Alex le ofreció un cigarrillo. Ella no aceptó y entonces él encendió uno para sí. Estaba ganando unos segundos de tiempo antes de responderle, y ambos lo sabían.

-Lamento que hayas visto lo que viste arriba. No quiero que le des una importancia indebida.

-Eso sería gracioso, querido, salvo que eras tú el que estaba casi histérico.

-Muy amable.

-¿Qué?

-Dijiste "querido".

-Por favor. ¿Podemos seguir siendo profesionales?

-¡Dios mío! ¿Lo eres tú? Quiero decir, ¿profesional?

-Soy geóloga. ¿Qué eres tú? McAuliff la ignoró.

Librodot

-Dijiste que arriba estaba..... excitado. Tienes razón. Pero me llamó la atención que tú no lo estuvieras. Hiciste todo lo que correspondía mientras yo titubeaba.

-Estoy de acuerdo. Titubeaste... Alex, ¿te dijeron que me contrataras a mi?

-No. Me dijeron que lo pensara dos o tres veces antes de contratarte.

-Puede haber sido una maniobra. Estaba empeñada en conseguir el empleo; me habría acostado contigo para conseguirlo... Gracias por no habérmelo pedido.

-No hubo presión en ningún sentido con respecto a ti. Sólo una advertencia. Y fue debido a la ocupación paralela de tu marido, que, de paso, en apariencia da cuenta de la mayor parte de su dinero. Digo dinero porque no se considera ingreso, deduzco.

-Da cuenta de todo su dinero, y no se declara como ingreso. Y ni por un minuto creo que el Departamento de Geofísica de la Universidad de Londres tenga acceso a semejante información. Mucho menos la Sociedad Real.

-Entonces estás equivocada. Gran parte del dinero para esta investigación es un subsidio del gobierno, canalizado a través de la sociedad y de la universidad. Cuando el gobierno gasta dinero, se preocupa por el personal y los pagos. -McAuliff se sintió agradablemente sorprendido consigo mismo. Estaba respondiendo como Hammond le había indicado: inventaba respuestas instantáneas y lógicas. "Apóyese en una parte de verdad, manténgala simple"... Esas habían sido las palabras de Hammond.

-Dejemos eso en dudas; pase de evaluación con orientación estadounidense -dijo Alison, que ahora sacó sus cigarrillos-. Sin duda me explicarás lo que ocurrió arriba.

El momento había llegado, pensó Alex, y se preguntó si podría plantearlo como le había dicho Hammond: "Reduzca cualquier explicación a unas pocas palabras, arraigadas en el sentido común y la simplicidad, y no las varíe". Encendió el cigarrillo de ella y habló de la manera más informal posible.

-En Kingston hay muchas intrigas políticas. La mayor parte carecen de importancia, pero a veces las cosas se ponen difíciles. Esta investigación tiene aspectos controvertidos. Resentimientos de origen, celos, ese tipo de cosas. Lo viste en la Aduana. Hay gente a la que le gustaría desacreditarnos. Me dieron el maldito escáner para usarlo en caso de que me pareciera que había ocurrido algo muy poco común. Me pareció que así era, y tuve razón. -Alex tomó lo que quedaba de su bebida y observó la reacción de la chica. Hizo lo máximo que pudo por comunicar sinceridad. -Nuestras valijas, quieres decir -comentó Alison.

-Sí. Esa nota no tenía sentido, y el empleado del mostrador dijo que llegaron justo antes que nosotros. Pero las recogieron en Palisados más de dos horas antes.

-Ya veo. ¿Y una investigación geológica llevaría a la gente a semejantes extremos? Es difícil de tragar, Alex.

-No, si lo piensas. ¿Por qué se hacen las investigaciones? ¿Por lo general cuál es el objetivo? ¿No suele ser porque alguien, alguna gente, espera construir algo?

-No en el caso de una como la nuestra. Está demasiado extendida, en una zona demasiado grande. Diría que es a todas luces académica. Cualquier otra cosa sería... -Alison calló cuando sus ojos se encontraron con los de McAuliff.

-¡Dios mío! Si fuera otra cosa, ¡es increíble!

-Quizás hay quienes lo creen. Si es así, ¿qué supones que harían? -Alex le hizo señas al mozo levantando dos dedos para indicarle que volviera a servirles. Los labios de Alison Booth estaban abiertos de asombro.

-Millones y millones y millones -dijo en voz baja-. Mi Dios, comprarían todo lo que hay a la vista.

-Sólo si estuvieran convencidos de que tienen razón.

Librodot

Alison lo obligó a mirarla. Cuando, al principio, él se negó y miró hacia el mozo, que estaba haraganeando, ella puso su mano sobre la de él para que le prestara atención.

-Tienen razón, ¿no es así, Alex?

-No tengo ninguna prueba de ello. Mi contrato es con la Universidad de Londres, con la aprobación firmada de la Sociedad y del Ministerio jamaiquino. Lo que hagan con los resultados es asunto de ellos. -No tenía sentido expresar una negativa total. Era un investigador profesional, no un clarividente.

-No te creo. Te lo advirtieron.

-No me lo advirtieron. Me dijeron que estuviera en guardia.

Eso es todo.

-Esos... pequeños instrumentos letales no se le dan a la gente a la que sólo se le ha dicho que esté en guardia.

-Eso fue lo que pensé. Pero, ¿sabes algo? Tú y yo estamos equi- vocados, Alison. Lo escaners son de uso común en la actualidad. Nada fuera de lo común. En especial si estás trabajando fuera del territorio de tu país. Un comentario no muy agradable sobre el estado general de confianza, ¿no te parece?

El mozo les llevó las bebidas. Tarareaba y se movía al ritmo de su propio tatareo. Alison siguió mirando a McAuliff. No estaba seguro, pero empezó a pensar que ella le creía. Cuando el mozo se fue, se inclinó hacia adelante, ansiosa por hablar.

-¿Y qué se supone que tienes que hacer ahora? Encontraste esas cosas horribles. ¿Qué vas a hacer al respecto?

-Nada. Informarle al Ministerio por la mañana, eso es todo.

-¿Quieres decir que no vas a sacarlos o romperlos o algo así? ¿Simplemente vas a dejarlos ahí?

No era una perspectiva agradable, pensó Alex, pero Hammond había sido claro: si encontraba un micrófono, había que dejarlo intacto y usarlo. Podía resultar invalorable. Antes de eliminar cualquier arte-facto de ese tipo, tenía que informar y esperar instrucciones. Una pescadería llamada Tallon, cerca del parque Victoria.

-Me pagan... Nos pagan. Supongo que querrán investigar con discreción. ¿Qué diferencia hace? No tengo secretos.

-Y no los tendrás -dijo Alison en voz baja pero afilada, y apartó la mano de la de él.

McAuliff de pronto se dio cuenta de lo inconcebible de su posición. Era a la vez ridícula y sublime, graciosa y para nada graciosa.

-¿Puedo cambiar de opinión y llamar a alguien ahora? -le preguntó.

Alison, con lentitud -con mucha lentitud-, comenzó a esbozar su sonrisa encantadora.

-No, fui injusta... Y te creo. Eres el hombre más insólitamente despreocupado que he conocido en mi vida. 0 eres un supremo inocente o un supremo mentiroso. No puedo aceptar lo último; estabas demasiado nervioso arriba. -Volvió a poner la mano sobre la de él. Con la que le quedó libre, McAuliff terminó su segunda copa.

-¿Puedo preguntarte por qué no lo estabas tú? Nerviosa.

-Sí. Es hora de que te lo diga. Te debo eso... No voy a volver a Inglaterra, Alex. No por muchos años, si es que alguna vez lo hago. No puedo. Pasé muchos meses cooperando con Interpol. He tenido experiencia con esos horrendos insectos. Así los llamamos. Insectos.

McAuliff volvió a sentir el pinchazo de dolor en el estómago. Era miedo, y más que miedo. Hammond había dicho que Inteligencia Británica dudaba de que ella volviera a Inglaterra. Julian Warfield sugirió que podía ser valiosa por motivos abstractos que nada tenían que ver con sus contribuciones a la investigación.

Librodot

No sabía cómo -o por qué-, pero a Alison la estaban usando. De la misma manera en que lo estaban usando a él.

-¿Cómo fue eso? -le preguntó con el debido asombro.

Alison se refirió a los aspectos más destacados de su compromiso con Interpol. Su matrimonio se había arruinado antes del primer aniversario. Para decirlo en pocas palabras, Alison Booth llegó casi en seguida a la conclusión de que su marido la había conquistado y se había casado con ella por motivos que tenían que ver más con sus viajes profesionales que con cualquier otra cosa.

-...era como si le hubieran ordenado que me tomara, me usara, me absorbiera...

La tensión se produjo poco tiempo después de que se casaron: Booth mostraba un insólito interés en sus proyectos. Y, en apariencia de la nada, le llegaban ofertas de investigación para firmas poco conocidas pero que pagaban bien, para operaciones muy exóticas.

-...entre ellas, por supuesto, Zaire, Turquía, Córcega. En todos los casos, él venía conmigo. Durante días, semanas cada vez...

El primer enfrentamiento con David Booth se produjo en Córcega. La investigación era una expedición por la costa en la zona de Capo Senetosa. David llegó hacia la mitad del proyecto, para su habitual estadía de dos o tres semanas, y durante ese período tuvieron lugar una serie de extraños llamados telefónicos y conferencias sin explicación, que parecían perturbarlo más allá de su limitada capacidad para afrontar problemas. Hubo hombres que llegaban a Ajaccio en pequeños aviones rápidos; otros iban por mar en barcos de pesca con pequeñas tripulaciones. David desaparecía durante horas enteras, luego durante días enterós. El trabajo de campo de Alison era tal que sólo volvía de noche al hotel situado junto a la orilla del mar donde paraba el equipo; su marido no ocultaba su comportamiento, ni el hecho de que su presencia en Córcega no era un acto de devoción hacia ella.

Ella forzó el tema, enumerando lo innegable y calificando brutalmente las explicaciones de David como lo que eran: mentiras de aficionado. Él se había venido abajo, había lloradó, prometido y le había contado la verdad a su esposa.

Con el fin de mantener el estilo de vida que David Booth era incapaz de ganarse en el mercado de trabajo, había ingresado en el tráfico de drogas internacional. Era, en lo fundamental, un correo. Su trabajo como socio en una pequeña empresa de importación y exportación resultaba ideal para el trabajo. La firma no tenía identidad real; por cierto no tenía una especialidad determinada, y proveía -como le convenía a sus dueños- a una clientela más social que comercial, que vendía objetos de arte de nivel decorativo. Podía viajar mucho sin despertar sospechas oficiales. Su ingreso en el mundo de los contrabandistas había sido banal: deudas de juego unidas a un exceso de alcohol y vergonzosas relaciones con mujeres. Por un lado, no tenía opción; por el otro, le pagaban bien y no tenía remordimientos morales.

Pero Alison sí. Las investigaciones geológicas eran legítimas, testimonio de la habilidad de los empleadores de David para sacar de la manga colaboradores insospechables. A David se le daban nombres de equipos de investigación en lugares mediterráneos selectos y se le indicaba que se pusiera en contacto con ellos, ofreciendo los servicios de su tan respetada esposa, agregando además que confidencialmente contribuiría a su salario si la contrataban. Un marido rico y devoto sólo interesado en mantener feliz a una esposa activa. Las ofertas eran siempre aceptadas. Y, al encontrarle "cargos" a ella, sus viajes tenían una doble legitimación. Sus actividades como correo habían crecido más allá de los horizontes diletantes de su propia empresa.

Alison amenazó con dejar su empleo en Córcega.

David se puso histérico. Insistió en que lo matarían, y también a Alison. Pintó un cuadro de corrupción tan generalizada, poderosa y carente de toda conciencia, que Alison, temerosa

Librodot

por la vida de ambos, cedió. Accedió a terminar el trabajo en Córcega, pero dejó en claro que su matrimonio había concluido. Nada alteraría esa decisión.

Eso creyó en aquel momento.

Pero una tarde Alison estaba en el campo -en el agua, en realidad- tomando muestras del lecho oceánico a varios cientos de metros de la costa. En el pequeño crucero había dos hombres. Eran agentes de Interpol. Habían estado siguiendo a su marido durante varios meses. Interpol recogía documentación masiva que probaba el delito. Estaban encerrándolo.

-Es innecesario decirte que estaban preparados para su llegada. Mi habitación era tan privada como pensaban dejar la tuya esta noche...

La versión que le presentaron fue sólida y clara. Donde su marido había descripto una poderosa red de corrupción, los hombres de Interpol le hablaron de otro mundo de dolor y sufrimiento, y de muertes horribles e innecesarias.

-Ah, eran expertos -dijo Alison, con una expresión evocadora en los ojos, una sonrisa compasiva y triste en los labios-. Trajeron fotografías, docenas de fotografías. Niños en agonía; muchachos y chicas destruidos. Nunca olvidaré esas fotos. Tal como ellos se propusieron, no las olvidaré...

Recurrieron a la típica forma de reclutamiento: la esposa de David Booth se hallaba en una posición única; no había nadie como ella. Podía hacer mucho, ofrecer mucho. Y si se apartaba de la manera que le había dicho a su marido -abruptamente, sin explicaciones-, estaba la cuestión muy concreta de si le permitirían hacerlo.

"Dios mío -pensó McAuliff mientras escuchaba-, nada cambia... Los hombres de Interpol podrían haber sido Hammond hablando en una habitación del Hotel Savoy."

Se hicieron los arreglos, se armaron horarios, se determinó un período razonable para el "deterioro" del matrimonio. Ella le dijo a un aliviado Booth que trataría de salvar la relación, con la condición de que nunca más le hablara de sus actividades en el exterior.

Durante medio año, Alison Gerrard Booth informó de las actividades de su marido, identificó fotografías, puso docenas de diminutos artefactos de escucha en habitaciones de hotel, automóviles, su propio departamento. Lo hizo con la idea de que David Booth -fueran cuales fueren las eventuales acusaciones contra él- sería protegido de daños físicos. Con la máxima habilidad de Interpol.

Nada se le garantizó.

-¿Cuándo terminó todo? -preguntó Alex.

Alison apartó la mirada, apenas un momento, dirigiéndola hacia el panorama oscuro y ominoso de las montañas Azules, que se elevaban en la oscuridad varios kilómetros hacia el norte.

-Cuando oí una grabación muy dolorosa. Dolorosa de oír, más dolorosa aún porque yo la había hecho posible.

Una mañana, después de una conferencia en la universidad, un hombre de Interpol llegó a su oficina del departamento de geología. En su portafolio llevaba un reproductor de casetes y una cinta que era el duplicado de una conversación grabada entre su marido y un contacto del marqués de Chatellerault, el hombre identificado como el señor supremo de la operación de drogas. Alison, sentada, oyó la voz de un hombre destruido que describía, con voz de borracho, el colapso de su matrimonio con una mujer a la que amaba mucho. Oyó que se enfurecía y lloraba, se echaba la culpa por ser el hombre que era. Habló de sus intentos reiterados por acostarse con ella, de su total rechazo hacia él. Y al final dejó en claro, más allá de toda duda, que detestaba usarla, que si alguna vez ella lo averiguaba, se mataría. Lo que había hecho, casi con excesiva perfección, era exonerarla de cualquier conocimiento sobre la operación de Chatellerault. Lo había hecho de manera soberbia.

Librodot

-Interpol llegó a una conclusión tan dolorosa como la grabación. David de alguna manera se había enterado de lo que yo hacía. Estaba enviando un mensaje. Era hora de escapar.

Se arregló un divorcio en cuarenta y ocho horas en el lejano Haití. Alison Booth estaba en libertad.

Y, por cierto, en absoluto libre.

-...en un año, todo se cerraría sobre Chatellerault, sobre David... sobre todos ellos. Y en alguna parte, alguien uniría todo: la esposa de Booth...

Alison tendió la mano para tomar su copa, bebió y trató de sonreír. -¿Eso es todo? -dijo Alex, inseguro.

-Sí, señor McAuliff. Ahora, dime con honestidad, ¿me habrías contratado si lo hubieras sabido?

-No, no lo habría hecho. Me pregunto por qué no lo supe. -No es el tipo de información que la universidad o Inmigración o casi cualquier otra repartición podría tener.

-¿Alison? -McAuliff trató de ocultar el súbito temor que experimentaba. -Te enteraste de este empleo por la gente de la universidad, ¿no es así?

La joven se rió y levantó sus adorables cejas en señal de burlona protesta.

-¡Oh, Dios, es la hora de la confesión!... No, admito que me lo soplaron; me dio tiempo para compilar un conjunto muy impresionante de antecedentes para ti.

-¿Cómo te enteraste de esto?

-Interpol. Buscaban algo desde hacía meses. Me llamaron unos diez o doce días antes de la entrevista.

McAuliff no podía permitirse ningún cálculo rápido. Diez o doce días antes de la entrevista ponía la fecha dentro de una aproximación razonable a la tarde en que se había encontrado con Julian Warfield en Belgravia.

Y luego con un hombre llamado Hammond, de Inteligencia Británica.

El dolor punzante volvió al estómago de McAuliff. Sólo que ahora era más agudo, más definido. Pero no podía detenerse en él. Un hombre se acercaba desde el otro lado del patio oscuro; avanzaba hacia la mesa de ellos de manera insegura. Estaba borracho, pensó Alex.

-Bueno, por el amor de Dios, ¡aquí están! ¡Nos preguntábamos por dónde demonios andaban! Estamos todos en el bar de adentro. ¡Whitehall es una maravilla al piano! ¡Un maldito Noél Coward negro!... Ah, de paso, espero que el equipaje de ustedes haya llegado. Vi que tenían problemas, de manera que les garabateé una nota a los cretinos para que lo enviaran. Si es que pudieron leer mis garabatos alcoholizados.

El joven James Ferguson se dejó caer en una silla vacía y sonrió a Alison con gesto ebrio. Luego se dio vuelta y miró a McAuliff, mientras su sonrisa se desvanecía al ver la mirada de Alex.

-Fue muy gentil de su parte -dijo McAuliff en voz baja.

Y entonces Alexander lo vio en los ojos de Ferguson. La conciencia alerta detrás de los ojos supuestamente vidriosos.

James Ferguson de ninguna manera estaba tan borracho como aparentaba.

Esperaban quedarse despiertos la mayor parte de la noche. Era su silenciosa respuesta hostil a los "horribles micrófonos". Se unieron a los demás en el bar y, como debía hacerlo un buen capitán, a McAuliff se lo vio hablando con el maitre d'hotel; todos supieron que la noche la pagaría el director.

Charles Whitehall se merecía el juicio de Ferguson. Su talento era profesional; las canciones de su isla -llenas de jerga caribeña e ingenio negro jamaiquino- eran divertidas, frágiles, frías y de tanto en tanto llenas de fuerza. Su voz tenía el tono agudo de un baladista

Librodot

de Kingston; sólo sus ojos se mantenían distantes. Estaba divirtiendo y entreteniendo, pero él no se divertía ni se entretenía, pensó Alex.

Estaba actuando.

Y por fin, después de casi dos horas, se cansó de la tarea, aceptó las felicitaciones del salón a medias borracho y se dirigió hacia la mesa. Después de recibir apretones de manos individuales, palmadas y abrazos de Ferguson, los Jensen, Alison Booth y Alex, optó por una silla situada junto a la de McAuliff. Ferguson había estado sentado allí -alentado por Alex-, pero el joven botánico se sintió encantado de cambiar de asiento. Se hallaba inquieto.

-¡Fue admirable! -exclamó Alison, que se inclinó por delante de McAuliff para alcanzar la mano de Whitehall. Alex observó mientras el jamaiquino respondía; la oscura mano caribeña -con las uñas manicuradas, su anillo de oro resplandeciente- se curvó con delicadeza sobre la de Alison, tal como podría haberlo hecho la de otra mujer. Y luego, en contradicción, Whitehall levantó la muñeca de la joven y le besó los dedos.

Un mozo llevó una botella de vino blanco para que Whitehall la inspeccionara. Leyó la etiqueta bajo la escasa luz del club nocturno, miró al mozo sonriente y asintió. Se volvió hacia McAuliff; Alison charlaba con Ruth Jensen, ubicada del otro lado de la mesa.

-Me gustaría hablar con usted en privado -dijo el jamaiquino sin darle mayor importancia-. Venga a mi habitación, digamos veinte minutos después de que me vaya.

-¿Solo?

-Solo.

-¿No puede esperar hasta mañana?

Whitehall le clavó los ojos oscuros y habló en voz baja pero cortante:

-No, no puede.

James Ferguson de pronto se puso de pie de un salto y levantó su copa en honor a Whitehall. Se bamboleó y se aferró del borde con la mano libre; era la imagen de un joven muy borracho.

-¡Por Charles Primero de Kingston! ¡El maldito Sír Noel negro! ¡Es fantástico, Charles!

Hubo un molesto instante de silencio mientras se absorbía la palabra "negro". El mozo se apresuró a servir a Whitehall; no era momento para probar la calidad del vino.

-Gracias -dijo Whitehall con cortesía-. Lo tomo como un gran cumplido, por cierto... hombre-blanco.

-¡Hombre-blanco! -gritó Ferguson encantado-. ¡Me gusta! ¡Me va a llamar hombre-blanco! Y ahora quisiera... -Las palabras de Ferguson se interrumpieron, reemplazadas por una mueca de dolor en su joven rostro pálido. De pronto resultó evidente a todas luces que su capacidad alcohólica estaba superada. Dejó su vaso sobre la mesa con temblorosa precipitación, tropezó hacia atrás y, en cámara lenta, cayó al piso.

Todos se pusieron de pie; las parejas que los rodeaban se dieron vuelta y miraron a Ferguson; Peter Jensen, que era el que estaba más cerca, se le aproximó.

-Oh, Dios -exclamó Jensen, arrodillándose-. Creo que el pobre tipo va a descomponerse. Ruth, ven a ayudarme... Usted, mozo, !deme una mano, amigo!

Los Jensen, ayudados por dos mozos, levantaron con suavidad al joven botánico hasta sentarlo, le aflojaron la corbata y en general trataron de que recuperara alguna forma de conciencia. Charles Whitehall, de pie tras McAuliff, sonrió, tomó dos servilletas y las arrojó al piso por encima de la mesa, cerca de quienes ayudaban al muchacho. Alex observó la acción del jamaiquino; no había sido agradable. La cabeza de Ferguson se movía de adelante hacia atrás; gemidos de una inminente descompostura surgían de sus labios.

-Creo que es un buen momento para que me retire -dijo Whitehall-. ¿Veinte minutos?

McAuliff asintió.

Librodot

-Más o menos.

El jamaiquino se volvió hacia Alison, le tomó con delicadeza la mano, la besó y sonrió.

-Buenas noches, mi querida.

Con una mínima sensación de molestia, Alex pasó junto a los dos y fue hasta donde se hallaban los Jensen, que, con ayuda de los mozos, trataban de poner en pie a Ferguson,

-Lo llevaremos a su habitación -dijo Ruth-. Le advertí sobre el ron; no va bien con whisky. Me parece que no me escuchó. -Sonrió y sacudió la cabeza.

McAuliff mantuvo sus ojos sobre el rostro de Ferguson. Se preguntó si vería lo que había visto antes. Lo que había estado observando durante más de una hora.

Y entonces lo hizo. O le pareció que lo hizo.

Mientras los brazos de Ferguson colgaban flojos alrededor de los hombros de un mozo y de Peter tensen, abrió los ojos. Ojos que en apariencia nadaban en sus órbitas. Pero durante un momento mínimo estuvieron alerta, centrados, despojados de cualquier resplandor vidrioso. Ferguson estaba haciendo algo perfectamente natural, que cualquier persona haría en un salón mal iluminado.

Y se mostró -en ese instante- bastante sobrio.

¿Por qué james Ferguson hacía semejante espectáculo vergonzoso? McAuliff tendría una conversación con el joven por la mañana. Sobre varias cosas, incluida la nota con "garabatos alcoholizados" que tuvo como consecuencia una maleta que disparó el dial de un escáner electrónico.

-Pobre corderito. Se sentirá pésimo mañana por la mañana. -Alison se había acercado a Alex. Juntos miraron a los Jensen, que llevaban a Ferguson a través del umbral.

-Espero que sea un pobre cordero que esta noche se desvió y no tome la costumbre de hacerlo.

-Ah, vamos Alex, no te portes como una tía vieja. Es un joven encantador que tomó unas copas de más. -Alison se dio vuelta y miró hacia la mesa vacía. -Bueno, parece que se acabó la fiesta, ¿no?

-Creí que habíamos acordado prolongarla.

-Me estoy cayendo a pedazos; mi decisión se debilita. También decidimos controlar mi equipaje con tu cajita mágica. ¿Lo hacemos? -Claro. -McAuliff le hizo señas al mozo.

Caminaron por el corredor del hotel; McAuliff tomó la llave de Alison mientras se acercaban a su puerta.

-Tengo que ver a Whitehall en unos minutos.

-¿Eh? ¿Cómo es eso? Es muy tarde.

-Dijo que quería hablar conmigo. En privado. No tengo idea de por qué. -Insertó la llave, abrió la puerta y retuvo a Alison instintivamente en la puerta hasta que encendió las luces y miró el interior de la habitación.

Estaba vacía, y la puerta que daba a la otra habitación todavía se hallaba abierta, como cuando se fueron, horas antes.

-Estoy impresionada -susurró Alison, apoyando el mentón sobre el brazo extendido que formaba una barra a través de la entrada.

-¿Qué? -Sacó el brazo y caminó hacia la puerta que daba a la otra habitación. Las luces de su cuarto estaban encendidas, tal como las había dejado. Cerró la puerta, con suavidad, retiró el escáner de su saco y se dirigió a la cama, donde yacían las dos valijas de Alison, una junto a la otra. Sostuvo el instrumento sobre ellas; no se vio ningún movimiento en el dial. Caminó con rapidez por todo el cuarto, de forma lateral y vertical, bendiciéndolo en todos los rincones. El cuarto se encontraba limpio.

-¿Qué dijiste? -le preguntó en voz baja.

Librodot

-Eres protector. Es lindo.

-¿Por qué estaban apagadas las luces en este cuarto y no en el mío? -No había oído sus palabras.

-Porque yo las apagué. Vine aquí, tomé mi cartera, me puse lápiz de labios y volví a tu habitación. Hay un interruptor junto a la puerta; lo apagué.

-No me acuerdo.

-Estabas molesto en ese momento. Calculo que mi habitación no es el centro de la atención, como lo es la tuya. -Alison entró y cerró la puerta que daba al corredor.

-No, no lo es, pero mantén baja la voz... ¿Pueden escuchar esas malditas cosas a través de puertas y paredes?

-No, no creo. -Se quedó mirándolo mientras sacaba sus valijas de la cama y las llevaba al otro extremo de la habitación. Se paró junto al placard, buscando una rejilla para equipajes. No había. -¿No eres un poco obvio?

-¿Qué?

-¿Qué haces con mis valijas? No las deshice.

-Ah. -McAuliff sintió que se sonrojaba, como un maldito idiota. -Lo lamento. Supongo que soy compulsivamente prolijo. -O sólo compulsivo.

Llevó las valijas de nuevo a la cama y se dio vuelta para mirarla. Estaba muy cansado.

-Ha sido un día terrible... un día muy confuso -dijo-. El hecho de que todavía no haya terminado es de lo más descorazonador; aún tengo que atender a Whitehall.. , Y en el cuarto de al lado, si ronco o hablo mientras duermo o voy al baño con la puerta abierta, todo se graba en una cinta ubicada en alguna parte. Puedo decir que no me molesta, pero tampoco me hace sentir para nada mejor... Te diré otra cosa también, ya que estoy en tren de decir pavadas. Eres una chica encantadora, encantadora, y tienes razón, soy compulsivo... por ejemplo, en este momento tengo la compulsión más fuerte que puedas imaginar a abrazarte y besarte y sentir tus brazos alrededor de mí y... eres tan pero tan deseable... y tienes una sonrisa y una risa tan lindas... cuando ríes sólo quiero mirarte y tocar tu rostro... y todo lo que quiero hacer es abrazarte y olvidarme de todo lo demás... Ahora bien, ya dejé de decir pavadas, y puedes decirme que me vaya al demonio porque no soy importante.

Alison Booth se quedó de pie en silencio, mirando a McAuliff durante un rato que le pareció demasiado largo. Luego avanzó en forma lenta y deliberada hacia él.

-¿Sabes lo tonto que se te ve con esas valijas en la mano? -le susurró mientras se inclinaba y lo besaba en los labios.

Él dejó caer las valijas; el ruido de su contacto con el suelo hizo que los dos sonrieran. Él la acercó hacia su cuerpo y la sensación fue espléndida; la cálida y creciente excitación, algo fuera de lo común. Y mientras la besaba, mientras las bocas húmedas exploraban, apretaban, se abrían, se dio cuenta de que Alison temblaba, y lo aferraba con una fuerza que era más que el deseo de que la tomara. Sin embargo no era miedo; no había duda; no se resguardaba, sólo era ansiedad.

La inclinó con suavidad sobre la cama; cuando lo hizo, ella se desabrochó la blusa de seda y le guió la mano hacia sus pechos. Cerró los ojos mientras él la acariciaba y susurraba.

-Ha pasado muchísimo tiempo, Alex. ¿Te parece que Whitehall podría esperar un poquito más? ¿Sabes?, me parece que yo no puedo.

Estaban recostados uno junto al otro, desnudos, bajo las sábanas suaves. Ella se apoyó sobre el codo, con el cabello caído sobre el rostro, y lo miró. Le pasó el dedo por los labios y le recorrió la boca con la lengua.

Librodot

-No me da ni la más mínima vergüenza -dijo, riéndose con suavidad-. Quiero hacer el amor contigo toda la noche. Y gran parte del día... Estoy sedienta y he bajado al aljibe y quiero quedarme aquí.,

El se incorporó y dejó que el cabello de ella cayera entre sus dedos. Siguió los mechones en su camino hasta el cuerpo de Alison y le acarició el pecho izquierdo.

-Nos tomaremos el mínimo de tiempo indispensable para comer y dormir.

Se oyó el lejano timbre del teléfono. Venía del otro lado de la puerta de conexión. De la habitación de él.

-Llegas tarde a tu cita con Charles Whitehall -dijo Alison-. Mejor que vayas a contestar.

-¡Ah, el maldito Sir Noel! -Salió de la cama, caminó rápidamente hasta la puerta, la abrió y entró en el cuarto. Mientras levantaba el receptor, miró hacia las cortinas cerradas de su balcón; le agradeció a Alison su experiencia. Salvo las medias -¿por qué las medias?-, estaba desnudo.

-Le dije veinte minutos, señor McAuliff. Ha pasado casi una hora. -La voz de Whitehall demostraba una tranquila furia.

-Lo lamento. Le dije "más o menos". Para mí, una hora es "más o menos". En especial cuando alguien me da órdenes a esta hora de la noche y no está con una hemorragia.

-No discutamos. ¿Estará pronto por aquí?

-Sí.

-¿Dentro de cuánto?

-En veinte minutos. -Alex colgó el teléfono un poco más fuerte de lo necesario y miró su valija. Quienquiera estuviera del otro lado de esa línea sabía que salía de la habitación para encontrarse con alguien que había tratado de darle órdenes a las tres de la mañana. Lo pensaría más tarde.

-¿Tienes idea de lo buen mozo que eres? -dijo Alison cuando él volvió a entrar en el cuarto.

-Tienes razón, eres una desvergonzada.

-¿Por qué no te has quitado las medias? Estás raro. -Ella se sentó, tapándose los pechos con la sábana, y se estiró para tomar los cigarrillos de la mesa de luz.

-¿Me enciendes uno, por favor? Tengo que vestirme. -Mc-Auliff miró alrededor de la cama buscando su ropa, que se había sacado a toda velocidad media hora antes.

-¿Estaba enojado? -Le alcanzó un cigarrillo mientras él se ponía los pantalones y recogía su camisa del suelo.

-Estaba enojado. También es un hijo de puta arrogante. -Creo que Charles Whitehall quiere devolverle el golpe a alguien, o algo -dijo Alison, mirándolo distraída-. Está enojado. -Tal vez tenga que ver con el reconocimiento. Que no se le ha concedido en la medida en que piensa que debería dársele. -McAuliff se abotonó la camisa.

-Tal vez. Eso daría cuenta de su forma de desestimar los cumplidos.

-¿Los qué? -preguntó ella.

-El pequeño espectáculo que dio esta noche, abajo, era deliberado. No estaba preparado para un club nocturno. Estaba pensado para el Covent Garden. 0 el gran salón de las Naciones Unidas.

Golpeó con suavidad en la puerta de Whitehall y, cuando se abrió, McAuliff encontró al jamaiquino vestido con un saco hopi japonés bordado. Debajo de la florida prenda, Whitehall llevaba sus pantalones a rayas y zapatillas de terciopelo.

-Entre, por favor. Esta vez se adelantó. No pasaron ni quince minutos.

Librodot

-Usted está obsesionado con la hora. Son más de las tres de la mañana; preferiría no mirar mi reloj. -Alex cerró la puerta tras de sí.

-Espero que tenga algo importante que decirme. Porque si no es así voy a enojarme mucho.

El negro se había dirigido hacia el escritorio; tomó un pedazo de papel doblado y le indicó a McAuliff que tomara asiento.

-Siéntese, por favor. Yo también estoy bastante agotado, pero debemos hablar.

Alex se dirigió al sillón y se sentó.

-Adelante.

-Creo que es hora de que lleguemos a un acuerdo. No va a afectar en lo más mínimo mis contribuciones a la investigación.

-Me alivia oírle decir eso. No lo contraté para entretener a las tropas en la planta baja.

-Un dividendo -dijo Whitehall con frialdad-. No lo deje de lado; soy muy bueno.

-Sé que lo es. ¿Qué otra cosa nueva tiene que decirme?

El profesor dio un golpecito sobre el papel que tenía en las manos.

-Habrá períodos en que no tendré más remedio que ausentarme. Nunca más de un día o dos por vez. Desde luego, le avisaré de antemano, y si hay problemas, cuando sea posible, reacomodaré mi horario.

-¿Va a qué? -McAuliff se sentó en el extremo de la silla.

-¿Cuando... sea posible... usted va a adecuar su horario al mío? Es muy generoso de su parte. Espero que la investigación no sea una carga.

Whitehall se rió de manera impersonal.

-En absoluto. Era precisamente lo que estaba buscando. Y verá,

se sentirá bastante complacido... a pesar de que no sé bien por qué tendría que estar tan preocupado. ¿Sabe? No puedo aceptar los motivos explícitos de esta investigación. Y sospecho que hay una o dos personas más que, si dijeran lo que piensan, compartirían mis dudas.

-¿Está sugiriendo que lo contraté con falsos pretextos?

-Ah, vamos -respondió el profesor negro, con los ojos entre-cerrados de irritación-. ¿Alexander McAuliff, una compañía de investigaciones en extremo confidencial, de un solo hombre, cuyo trabajo lo lleva por todo el mundo... a cambio de grandes honorarios, de pronto decide volverse caritativo desde el punto de vista académico? ¿Para quitarle entre cuatro y seis meses a una práctica lucrativa con el fin de encabezar una investigación universitaria? -Whitehall se rió como un chacal nervioso, avanzó con rapidez hasta las cortinas de las puertas que daban al balcón, y abrió un poco una. Giró la manija y abrió el panel de vidrio varios centímetros hacia adentro; la cortina se infló con la brisa nocturna.

-No conoce los aspectos específicos de mi contrato -dijo Alex sin alterarse.

-Sé lo que pagan universidades, sociedades reales y ministerios de Educación. Ése no es su ámbito, McAuliff. -El jamaiquino volvió a la cama y se sentó en el borde. Llevó el papel doblado a su barbilla y miró a Alex.

McAuliff dudó, luego habló con lentitud.

-En cierta forma, ¿no está usted describiendo su propia situación? Había mucha gente en Londres que no creía que aceptaría el cargo. Para usted significaba perder muchos ingresos.

-Precisamente. Nuestras posiciones son similares, aunque por motivos diferentes... Parte de mis motivos me llevan a Savanna-la-Mar por la mañana.

-¿Su amigo del avión?

Librodot

-Sólo un mensajero. -Whitehall levantó el papel doblado. -Me trajo una invitación. ¿Le importaría leerla?

-No me lo ofrecería si no fuera pertinente.

-No tengo idea de si lo es o no. Quizás usted pueda decírmelo.

Alex tomó el papel que se le extendía, y lo abrió. Era papel de carta de un hotel. El George v de París. La letra era inclinada; los trazos, rápidos; las palabras, garabateadas con rapidez.

Mi querido Whitehall:

Disculpe esta nota escrita de manera apresurada, pero acabo de enterarme de que los dos iremos camino a Jamaica. Yo, para un bienvenido descanso, y usted, tengo entendido, con fines más valiosos.

Consideraría un honor y un placer encontrarme con usted. Nuestro mutuo amigo le dará los detalles. Estaré en Savanna-la-Mar, de incógnito. Él le explicará.

Creo que el hecho de que nos encontremos lo más pronto posible será beneficioso para ambos. Durante largo tiempo he admirado sus pasadas (?) actividades en la isla. Sólo le pido que nuestro encuentro y mi presencia en Jamaica sigan siendo confidenciales. Dado que admiro tanto lo que hace, sé que lo entenderá.

Chatellerault.

¿Chatellerault?...

El marqués de Chatellerault.

El "empleador" de David Booth. El responsable de la red de drogas extendida por la mayor parte de Europa y el Mediterráneo. ¡El hombre a quien Alison le temía tanto que llevaba todo el tiempo un cilindro de gas de aspecto letal!

McAuliff sabía que Whitehall lo estaba observando. Se forzó a permanecer inmóvil, sólo demostrando asombro en el rostro y los ojos.

-¿Quién es? -preguntó McAuliff sin mayor interés-. ¿Quién es este Chatel... Chatellerault?

-¿No sabe?

-Ah, por favor, Whitehall -dijo Alex con cansada exasperación-. Deje de jugar jueguitos. Nunca oí hablar de él.

-Pensé que podría saberlo. -De nuevo el profesor le clavaba los ojos. -Pensé que la conexión era bastante evidente.

-¿Qué conexión?

-Para cualquier motivo por el que usted esté en Jamaica. Chatellerault es... entre otras cosas... un financista con considerable recursos. La coincidencia es asombrosa, ¿no le parece?

-No sé de qué habla. -McAuliff miró la nota de Chatellerault. -¿Qué quiere decir con sus pasadas, signo de interrogación, actividades en la isla?

Whitehall hizo una pausa antes de responder. Luego habló en voz baja, para dar énfasis a sus palabras.

-Hace quince años dejé mi patria porque la facción política para la cual trabajaba... devotamente, y en secreto... se vio forzada a pasar a la clandestinidad. Más a la clandestinidad aún, debería decir. Durante una década hemos permanecido inactivos, en la superficie. Pero sólo en la superficie... Ahora he vuelto. Kingston no sabe nada. Nunca me asoció con el movimiento. Pero Chatellerault sabe, y por lo tanto pide que sea confidencial. Con considerable riesgo he roto su confianza como un artículo de fe. Ante usted... ¿Por qué está

Librodot

usted aquí, McAuliff? Quizá me permita comprender por qué un hombre como Chatellerault quiere encontrarse conmigo.

Alex se levantó de la silla y fue hacia las puertas del balcón. Se movió porque eso lo ayudaba a concentrarse. Su mente corría: algunos pensamientos abstractos le señalaban, como una advertencia, que Alison se hallaba en peligro... Otros dudaban, no convencidos.

Cruzó hacia el respaldo de la silla que enfrentaba la cama de Whitehall y se aferró con firmeza de la tela.

-De acuerdo, haré un trato con usted. Le diré por qué estoy aquí, si me revela esta... actividad suya.

-Le diré lo que pueda -respondió Charles, con los ojos despojados de todo engaño-. Será suficiente, verá. No puedo contarle todo. No sería bueno para usted.

-Ésa es una condición que no estoy seguro de que me guste. -Por favor, confíe en mí.

El hombre no mentía; por lo menos eso estaba claro para Alex.

-De acuerdo... Conozco la costa norte; trabajé con bauxita para Kaiser. Me consideran muy profesional, es decir, he armado varios equipos buenos y tengo una reputación decente...

-Sí, sí. Vaya al grano, por favor.

-Al encabezar este equipo, el gobierno jamaiquino me ha concedido un primer derecho del veinte por ciento sobre cualquier desarrollo industrial durante los próximos seis años. Eso podría significar millones de dólares. Así de simple.

Whitehall se quedó sentado inmóvil, con las manos todavía cruzadas debajo del mentón, como un niñito elegante en el cuerpo preocupado de un hombre.

-Sí, es plausible -dijo por fin-. En gran parte de Kingston, todo está en venta. Podría ser un motivo para Chatellerault. Alex permaneció detrás de la silla.

-De acuerdo. Ahora, ése es el motivo por el cual estoy aquí. ¿Por qué está usted?

-Es bueno que me haya contado de su arreglo... Haré lo posible para que se cumpla. Se lo merece.

-¿Qué demonios significa eso?

-Quiere decir que estoy aquí con un objetivo político. Un asunto exclusivamente jamaiquino. Debe respetar esa condición... y mi confianza. La negaré de todos modos y usted manchará sus manos extranjeras en cosas jamaiquinas. En última instancia, sin embargo, controlaremos Kingston.

-¡Oh, Cristo! ¡Viene la maldita revolución!

-De un tipo diferente, señor McAuliff. Para decirlo en pocas palabras, soy fascista. El fascismo es la única esperanza para mi isla.

10

McAuliff abrió los ojos, levantó la muñeca de abajo de las sábanas y vio que eran las diez y veinticinco. Se había propuesto levantarse a las ocho y media o nueve como máximo.

Tenía que ver a un hombre. Un hombre con artritis, en una pescadería llamada Tallon.

Miró a Alison. Estaba arrebujada, apartada de él, con el cabello desparramado sobre las sábanas, el rostro hundido en la almohada. Había estado magnífica, pensó. No, pensó de nuevo; habían estado magníficos juntos. Ella había estado... ¿cuál fue la palabra que usó? Sedienta. Había dicho: "Estaba sedienta y he bajado al aljibe...". Y así era.

Magnífica. Y cálida.

Sin embargo los pensamientos volvieron.

Librodot

Un nombre que hacía veinticuatro horas no significaba nada para él de pronto era una fuerza desconocida que había que evaluar, presentada por separado por dos personas que eran extraños una semana atrás.

Chatellerault. El marqués de Chatellerault.

Que en este momento se hallaba en Savanna-la-Mar, en la costa sudoeste de Jamaica.

Charles Whitehall lo vería dentro de poco, si no se había encontrado ya. El fascista negro y el financista francés. Sonaba como un cuadro de vaudeville.

Pero Alison Booth llevaba un cilindro mortal en su cartera, en caso de que alguna vez tuviera ocasión de encontrarlo. 0 encontrarse con quienes trabajaban para él.

¿Cuál era la conexión? Por cierto tenía que haber una.

Se estiró, haciendo todo lo posible por no despertarla. A pesar de que quería despertarla y abrazarla y acariciarle el cuerpo y hacerle el amor por la mañana.

No podía. Tenía demasiadas cosas que hacer. Demasiado en que pensar.

Se preguntó cuáles serían sus instrucciones. Y cuánto tiempo demoraría en recibirlas. Y cómo sería el hombre con artritis de la pescadería Tallon. Y, no menos importante, ¿dónde estaba, en nombre de Dios, Sam Tucker? Tenía que estar en Kingston al día siguiente. No era el estilo de Sam irse así, sin decir una palabra; era un hombre demasiado bueno. Y sin embargo, había habido épocas...

¿Cuándo les dirían que fueran al norte y empezaran el trabajo concreto en la investigación?

No iba a obtener las respuestas mirando el cielo raso desde la cama de Alison Booth. Y no iba a hacer ningún llamado telefónico desde su cuarto.

Sonrió mientras pensaba en los "horribles micrófonos" de su valija. ¿Estaban los horribles hombrecitos agachados sobre los diales en cuartos oscuros, esperando sonidos que nunca llegaban? Había un cierto consuelo en ello.

-Puedo oír cómo piensas -la voz de Alison estaba amortiguada por la almohada-. ¿No es admirable?

-Es aterrador.

Ella se dio vuelta, con los ojos cerrados; sonrió y lo buscó debajo de las sábanas.

-También te estiras de manera muy sensual. Le acarició el vientre chato y luego los muslos y entonces McAuliff supo que las respuestas tendrían que esperar. La acercó a sí; ella abrió los ojos y levantó las sábanas para que no hubiera nada entre ambos.

El taxi lo dejó en el Desfile Sur de Victoria. La calle tenía un nombre adecuado, en el sentido del siglo XIX. Las masas de gente que entraba y salía del parque eran como multitudes de pavos reales de brillantes colores, que tropezaban, a medias conscientes, y apresuraban el paso sólo para detenerse y abrir la boca.

McAuliff entró en el parque, esforzándose por parecer un turista de paseo. De vez en cuando sentía las miradas hostiles e interrogativas mientras avanzaba por el camino de grava hacia el centro del parque. Se le ocurrió que no había visto a ninguna persona blanca; tampoco lo esperaba. Tenía la clara sensación de que era un objeto que se toleraba pero se observaba; en lo esencial, alguien en quien no se confiaba.

Era un extranjero con un tono de piel poco común que había invadido el corazón de ese parque de juegos. Casi se rió al ver a una joven madre jamaiquina que llevaba a un niño sonriente al costado contrario del camino cuando él se acercó. Era evidente que el niño se había quedado fascinado ante la figura alta y rosada; la madre, tranquila y eficiente, sabía lo que debía hacer. Con dignidad.

Librodot

Vio el cartel blanco y rectangular con letras marrones: CALLE QUEEN, ESTE. La flecha señalaba hacia la derecha, a otro camino de grava más angosto. Tomó por allí.

Recordó las palabras de Hammond: "No se apresure. Nunca, si es posible. Y nunca cuando esté haciendo un contacto. No hay nada tan evidente como un hombre apresurado en una multitud que no lo está; salvo una mujer. 0 ese mismo hombre, si se detiene cada metro y medio para prender el mismo cigarrillo una y otra vez, con el fin de poder espiar a todos los que lo rodean. Haga las cosas de manera normal, según el día, el clima, el entorno".

Era una mañana, un mediodía cálido. El sol jamaiquino estaba caliente, pero había brisas del muelle, a un kilómetro de distancia. Sería muy natural que un turista se sentara y tomara sol y disfrutara de la brisa; que se desabrochara el cuello, se sacara la chaqueta, tal vez. Que mirara todo con la agradable curiosidad del turista.

Había un banco a la izquierda; una pareja acababa de ponerse de pie. Quedó vacío. Se quitó el saco, se aflojó la corbata y se sentó. Estiró las piernas y se comportó como le pareció más apropiado.

Pero no era adecuado. Por el más egoísta de los motivos: estaba demasiado tranquilo, demasiado relajado en ese parque de juegos. Lo sintió al instante, sin la menor duda. La incomodidad aumentó ante un anciano que pasaba con un bastón y dudó frente a él. Estaba apenas borracho, pensó Alex; la cabeza le oscilaba un poco, las piernas caminaban un poco inseguras. Pero los ojos; comunicaban una ligera sorpresa mezclada con desaprobación.

McAuliff se levantó del banco y se colgó el saco del brazo. Le sonrió blandamente al anciano, y estaba a punto de avanzar por el camino cuando vio a otro hombre, difícil de no advertir. Era blanco: el único otro hombre blanco del parque Victoria. Por lo menos, el único al que alcanzaba a ver. Estaba bastante lejos, en diagonal a través del parque, en el camino norte-sur, a unos ciento cincuenta metros de distancia.

Un hombre joven de andar indolente y una mata de cabello oscuro despeinada. Y se había dado vuelta. Lo observaba, Alex estaba seguro. Lo seguía.

Era James Ferguson. El joven que había hecho el segundo gran espectáculo de la noche en Courtleigh Manor el día anterior. El borracho que tuvo la presencia de ánimo de mantener los ojos bien abiertos y alertas para evitar cualquier obstáculo en un salón poco iluminado.

McAuliff aprovechó el momento y caminó con rapidez por el sendero; luego cortó camino hacia el tronco de una gran palmera. Ahora se hallaba a unos buenos doscientos metros de Ferguson. Espió por el costado del tronco, manteniendo el cuerpo fuera de lanvista del otro. Era consciente de que un conjunto de jamaiquinos sentados en el pasto lo miraba, sin duda con desaprobación.

Ferguson, tal como lo había supuesto, se alarmó al ver que había perdido al sujeto al que vigilaba. (Qué gracioso, pensó Alex. Ahora podía pensar en la palabra "vigilancia". Dudó de que hubiera usado ese término doce veces en su vida antes de las últimas tres semanas.) El joven botánico comenzó a caminar con rapidez entre los paseantes de piel oscura. Hammond tenía razón, pensó McAuliff. Era imposible que un hombre apresurado en una multitud no quedara en evidencia.

Ferguson alcanzó la intersección de la calle Queen y se detuvo. Se encontraba a menos de cuarenta metros de Alex; dudó, como si no estuviera seguro de volver a retirarse hacia Desfile Sur o proseguir.

McAuliff se apretó contra el tronco de la palmera. Ferguson se lanzó hacia adelante, lo más rápido que pudo. Había decidido seguir, aunque fuera para salir del parque. Las multitudes atareadas de la calle Queen Este constituían un refugio. El parque se había vuelto inseguro.

McAuliff se dio cuenta de que, si estas conclusiones eran acertadas -y la nerviosa expresión de Ferguson parecía confirmarlas-, se había enterado de algo más acerca de aquel extraño joven: Actuaba bajo coacción y con muy poca experiencia.

Librodot

"Busque las cosas pequeñas -le había dicho Hammond-. Estarán a mano; aprenderá a ubicarlas. Señales que le digan que hay una fuerza válida o una verdadera debilidad."

Ferguson llegó a la puerta de Desfile Este, a todas luces aliviado. Se detuvo y miró con cuidado en todas direcciones. El campo inseguro se hallaba a sus espaldas. El joven consultó su reloj mientras esperaba que el policía uniformado detuviera el tránsito para que pasaran los peatones. El silbato sonó, los autos se detuvieron con diversos niveles de chirridos y Ferguson prosiguió por la calle Queen. Ocultándose lo mejor que pudo en la multitud, Alex lo siguió. Ahora el joven parecía más relajado. No se lo veía tan agresivo en su caminata, en sus miradas a todos lados. Era como si, al haber perdido al enemigo, le precuparan más las explicaciones que restablecer el contacto.

Pero McAuliff quería que se restableciera el contacto. Era tan buen momento como cualquier otro para hacerle al joven Ferguson esas preguntas cuyas respuestas necesitaba.

Alex se lanzó a cruzar la calle, eludiendo el tránsito, y saltó al cordón de la vereda justo a tiempo de esquivar un taxi de Kingston. Atravesó el mar de gente de compras hacia el extremo del paseo. Había una calle lateral entre Mark Lane y Duke. Ferguson dudó, miró alrededor y en apariencia decidió que valía la pena intentarlo. Abruptamente dio la vuelta y entró.

McAuliff se dio cuenta de que conocía esa calle. Era una franja donde había negocios libres de impuestos salpicados de bares. Él y Sam Tucker habían estado allí un anochecer, un año antes, asistiendo a un congreso de Kaiser en el Sheraton. Recordó también que había un callejón en diagonal que atravesaba la franja desde la calle Duke. Lo recordó porque Sam había pensado que podía haber bares de nativos en el húmedo y oscuro callejón de ladrillos, sólo para descubrir que se usaba para despachos. Sam se había molestado; le encantaban los bares nativos que daban a calles traseras.

Alex se lanzó a correr. La advertencia de Hammond respecto de llamar la atención tendría que ser desestimada. Tallon podía esperar; el hombre con artritis podía esperar. Ése era el momento de alcanzar a James Ferguson.

Cruzó de nuevo la calle Queen, ahora sin prestarles atención a los disturbios que causaba o al silbato furioso del molesto policía de Kingston. Corrió por la cuadra; allí estaba el callejón en diagonal. Parecía todavía más estrecho de lo que recordaba. Entró y se abrió paso a los empujones entre media docena de jamaiquinos, murmurando disculpas, tratando de evitar las miradas duras de quienes caminaban en dirección contraria hacia él; desafíos silenciosos, niños crecidos que jugaban en la calle. Llegó al final del pasaje y se detuvo. Apretó la espalda contra la pared de ladrillos y espió por el borde, hacia la calle. Había llegado a tiempo.

James Ferguson, con expresión de hurón, se hallaba sólo a diez metros de distancia, luego a cinco. Entonces McAuliff salió del callejón y lo enfrentó.

El rostro del joven se puso pálido hasta quedar blanco como la muerte. Alex le hizo señas de que se apoyara contra la pared de estuco; los peatones pasaban en ambas direcciones, varios quejándose.

La sonrisa de Ferguson era falsa, su voz revelaba tensión.

-Bueno, hola Alex... señor McAuliff. ¿Haciendo compras? Es buen lugar para hacerlas.

-¿Estuve de compras, hombre blanco? Sabrás si lo hice, ¿no es cierto?

-No sé a qué... No lo sé.

-Tal vez todavía estés borracho -lo interrumpió Alex-. Anoche bebiste mucho.

-Me porté como un maldito idiota, supongo. Por favor, acepte mis disculpas.

-No hace falta disculparse. No llegaste a pasar los límites. Estuviste muy convincente.

Librodot

-De veras, Alex, es un poco exagerado. -Ferguson retrocedió. Una mujer jamaiquina, con una canasta en equilibrio sobre la cabeza, pasó de prisa junto a él. -Dije que lo lamentaba. Estoy seguro de que ha tenido ocasión de permitirse unas copas de más.

-Muy a menudo. En realidad, anoche estaba muchísimo más borracho que tú.

-No sé qué quiere decir, amigo, y con franqueza, me duele demasiado la cabeza para jugar a los anagramas. Ahora, por última vez, pido disculpas.

-Por los pecados errados, hombre blanco. Volvamos atrás y encontremos unos verdaderos. Porque tengo algunas preguntas. Ferguson se enderezó molesto, alterando su perenne actitud desgarbada, y se apartó el mechón de cabello de la frente.

-Se está portando de manera bastante ofensiva. Tengo cosas que comprar.

El joven empezó a rodear a McAuliff. Alex lo aferró del brazo y lo arrojó de nuevo contra la pared de estuco.

-Ahorra tu dinero. Hazlo en Londres.

-¡No! -El cuerpo de Ferguson se puso rígido; la carne tirante que rodeaba sus ojos se estiró más aún.

-No, por favor -susurró. -Entonces comencemos por las valijas. -McAuliff le soltó el brazo y lo mantuvo contra la pared sólo con la mirada.

-Le dije -gimió el joven-. Vi que usted tenía problemas, y traté de ayudar.

-¡Puedes apostar tu propio culo a que tuve problemas! Y no sólo con la Aduana. ¿Adónde fue mi equipaje? ¿Nuestro equipaje? ¿Quién lo tomó?

-No lo sé. ¡Juro que no lo sé!

-¿Quién te dijo que escribieras esa nota?

-¡Nadie me lo dijo! ¡Por el amor de Dios, está loco!

-¿Por qué armaste el espectáculo de anoche?

-¿Qué espectáculo?

-No estabas borracho; estabas sobrio.

-Oh, Cristo Todopoderoso, ojalá tuviera resaca. Realmente... -No fue lo bastante bueno, hombre blanco. Intentémoslo de nuevo. ¿Quién te dijo que escribieras esa nota?

-No me quiere escuchar...

-Estoy escuchando. ¿Por qué me sigues? ¿Quién te dijo que me siguieras esta mañana?

-¡Por Dios, está loco!

-¡Por Dios, estás despedido!

No puede. Por favor. -La voz de Ferguson estaba asustada de nuevo, era un susurro.

-¿Qué dijiste? -McAuliff puso su mano derecha contra la pared, sobre el frágil hombro de Ferguson. Se inclinó sobre el extraño joven. -Me gustaría oírtelo decir otra vez. ¿Qué no puedo hacer?

-Por favor... no me mande a Londres. Se lo ruego. -Ferguson respiraba por la boca; en sus labios delgados se habían formado manchas de saliva. -Ahora no.

-¿Mandarte de vuelta? ¡No me importa un pito adonde vayas! No soy tu niñera, chiquilín. -Alex sacó su mano de la pared. -Tienes derecho a un pasaje de vuelta. Lo arreglaré esta tarde y te pagaré una noche más en el Courtleigh. Después de eso, estás solo. Ve a donde se te dé la real gana. Pero no conmigo; no con el equipo de investigación.

McAuliff se dio vuelta y abruptamente echó a caminar. Entró en el callejón estrecho y tomó su posición en la fila de lacónicos paseantes. Sabía que el estupefacto Ferguson lo seguiría. No pasó mucho tiempo antes de que lo oyera. La voz quejosa tenía un tono de histeria controlada. Alex no se detuvo ni miró hacia atrás.

Librodot

-¡McAuliff! ¡Señor McAuliff! ¡Por favor! -El acento inglés hacía eco en el estrecho espacio de ladrillos, creando un contrapunto disonante con el zumbido suave de las conversaciones jamaiquinas. -Por favor, espere... Discúlpeme, discúlpeme, por favor. Lo lamento, déjeme pasar, por favor...

-¿Qué haces, hombre? No te empujé.

Las objeciones verbales no disuadieron a Ferguson; las obstrucciones de cuerpos en cierta forma tuvieron más éxito. Alex seguía avanzando, oyendo que el joven acortaba la brecha de a poco. Era cómico de una manera inquietante: un hombre blanco que corría tras otro hombre blanco en un oscuro callejón lleno de gente, que era exclusivamente -por cuestión de cautela y educación- un enclave nativo. McAuliff se hallaba a un paso de la salida a la calle Duke cuando sintió que la mano de Ferguson le aferraba el brazo.

-Por favor. Tenemos que hablar... Pero no aquí.

-¿Dónde?

Salieron a la vereda. Frente a ellos, en la acera, había un largo carro lleno de frutas y verduras del campo arrastrado por un caballo. El dueño, tocado con sombrero, discutía con unos clientes junto a una balanza antigua; varios niños vestidos con harapos robaban bananas de la parte trasera del vehículo. Ferguson seguía aferrando el brazo de McAuliff.

-Vaya a la Devon House. Es un...

-Lo sé.

-Hay un restaurante al aire libre.

-¿Cuándo?

-En quince minutos.

El taxi avanzó por la larga entrada de Devon House, un monumento georgiano a una era de supremacía inglesa y de dinero blanco y europeo. Jardines floridos circulares se extendían frente a las columnas impecables; prolijos senderos de grava trazaban diseños alrededor de una inmensa fuente. El pequeño restaurante al aire libre estaba a un costado, con mesas dispuestas detrás de altos cercos que no permitían ver a los comensales desde el frente. Sólo había seis mesas, advirtió McAuliff. Un restaurante muy pequeño; un lugar en el cual resultaba difícil vigilar a alguien sin que se advirtiera. Tal vez Ferguson no fuera tan inexperto como parecía.

-Bueno, ¡hola, amigo!

Alex se dio vuelta. James Ferguson había gritado desde el sendero central que conducía a la fuente; ahora llevaba su cámara y los estuches y correas y fotómetros que la acompañaban.

-Hola -dijo McAuliff, y se preguntó qué papel pretendía representar ahora el joven.

-Tengo unas tomas maravillosas. Este lugar tiene bastante historia, ¿sabe? -Ferguson se acercó a él y en un segundo le tomó una foto a Alex.

-Esto es ridículo -respondió McAuliff en voz baja-. ¿A quién tratas de engañar?

-Sé exactamente lo que estoy haciendo. Por favor, coopere. -Y entonces Ferguson volvió a su representación, levantando la voz y la cámara a la vez. -¿Sabía que esta antigua zona de ladrillos era el patio original? Lleva a la parte trasera de la casa, donde los soldados se alojaban en filas de cubículos de ladrillo.

-Fascinante.

-Son las once bien pasadas, amigo -prosiguió un Ferguson entusiasta y gritón-. ¿Qué le parece una cerveza? ¿O un ponche de ron? Tal vez un pequeño almuerzo.

Sólo había otras dos parejas en el pequeño restaurante al aire libre. Los sombreros de paja de los hombres y sus shorts abolsados complementaban los anteojos de sol con piedras falsas de las mujeres; eran turistas, a quienes no les impresionaba la Devon House de

Librodot

Kingston. Pronto estarían hablando entre sí, pensó McAuliff; o haciendo planes más divertidos, como volver al bar del crucero o, por lo menos, a una zona de puerto libre. No les interesaban Ferguson y él, y eso era todo lo que importaba.

Los ponches de ron jamaiquino eran servidos por un mozo aburrido, con una chaqueta blanca sucia. No tarareaba ni se movía según ninguna puntuación rítmica, observó Alex. El restaurante de Devon House era un lugar de inactividad. Kingston no era Bahía Montego.

-Le diré lo que ocurriódijo Ferguson de pronto, muy nervioso; su voz de nuevo era un susurro aterrado-. Y es todo lo que sé. Trabajé para la Fundación Craft, usted sabe todo al respecto. ¿De acuerdo?

-Por cierto -respondió McAuliff-. Puse como condición para emplearte que te mantuvieras alejado de Craft. Y tú accediste.

-No tenía otra posibilidad. Cuando bajé del avión, usted y Alison se retrasaron; Whitehall y los Jensen fueron a recoger los equipajes. Estaba tomando unas fotografías infrarrojas del aeropuerto.... estaba en el medio, por así decirlo. Atravesé el umbral de llegadas, y la primera persona a la que vi fue al propio Craft; el hijo, no el viejo. Ahora es el hijo el que dirige la fundación. Traté de evitarlo. Tenía todos los motivos del mundo para hacerlo; después de todo, me echó. Pero no pude. Y me quedé asombrado: estuvo muy efusivo. Me colmó de disculpas; me dijo qué trabajo sobresaliente había hecho yo, y que él en persona había ido al aeropuerto a recibirme cuando se enteró de que estaba con el grupo de investigación. -Ferguson tragó una porción de su ponche, mientras recorría con los ojos el patio de ladrillos. Parecía haber llegado a un obstáculo, como si no se atreviera a seguir.

-Continúa -dijo Alex-. Todo lo que me has contado es una recepción de bienvenida inesperada.

-Tiene que entender. Era todo tan extraño... como dice, inesperado. Y mientras él hablaba, vino un tipo de uniforme y me preguntó si yo era Ferguson. Dije que sí y me avisó que usted se demoraría, y que quería que yo pidiera que sus valijas se enviaran al hotel. Tenía que escribir una nota con tal fin para que British Airways las entregara. Craft se ofreció a ayudarme, por cierto. Todo parecía sin importancia, bastante plausible, en serio, y ocurrió muy rápido. Escribí la nota y ese tipo dijo que se encargaría del tema. Craft le dio una propina. generosa, me parece.

-¿Qué tipo de uniforme tenía?

-No sé. No me fijé. Todos los uniformes son parecidos cuando uno está en un país que no es el propio.

-Sigue.

-Craft me invitó a tomar algo. Le dije que de verdad no podía, pero se mostró inflexible y yo no quería hacer una escena, y además usted estaba demorado. Entiende por qué acepté, ¿no es cierto?

-Sigue.

-Fuimos al bar de arriba... ése que da al campo. Tiene un nombre...

-De Observación.

-¿Qué?

-Se llama Bar de Observación. Por favor, continúa.

-Sí. Bueno, estaba preocupado. Es decir, le dije que estaban mis propias valijas, y Whitehall y los Jensen. Y usted, por supuesto. No quería que se preguntara dónde estaba yo... en especial en tales circunstancias. -Ferguson volvió a beber; McAuliff se contuvo y dijo sencillamente:

-Creo que es mejor que vayas al punto, hombre blanco. -Espero que ese nombre no se me quede pegado. Fue una mala noche.

Librodot

-Va a ser una tarde peor si no sigues.

-Craft me dijo que usted estaría en la Aduana una hora más y que el tipo del uniforme les diría a los demás que yo estaba tomando fotos; yo tenía que ir al Courtleigh. 0 sea, era muy extraño. Entonces cambió de tema... completamente. Habló de la Fundación. Dijo que estaban cerca de lograr un avance mayor en las fibras de baracoa; que gran parte del avance se debía a mi trabajo. Y, por motivos que iban de lo legal a lo moral, querían que volviera a Craft. En concreto me iba a dar un porcentaje del desarrollo del mercado... ¿Se da cuenta de lo que podría significar?

-Si esto es lo que tenías que decirme, puedes irte con ellos hoy mismo.

-¡Millones! -prosiguió Ferguson, sin prestar atención a la interrupción de Alex-. Millones... a lo largo de los años, por cierto. Nunca tuve dinero. Tuve que pedir prestado el dinero para comprar mi cámara, ¿lo sabía?

-No reparé en ese detalle. Pero ahora estás con Craft...

-No, todavía no. Ése es el tema. Aceptaré después de la investigación. Debo quedarme en el equipo de investigación, quedarme con usted. -Ferguson terminó su ponche de ron y miró alrededor en busca del mozo.

-¿Quedarte con el equipo? ¿Conmigo? Creo que has callado algo.

-Sí, en realidad. -El joven encorvó los hombros sobre la mesa; eludió los ojos de McAuliff. -Craft dijo que no produciría el menor daño. Sólo querían saber con qué gente del gobierno trata usted... lo cual implica más o menos toda la gente con que trata, porque casi todo el mundo está en el gobierno. Tengo que llevar un diario. Eso es todo: sólo un diario. -Ferguson levantó los ojos hacia Alex, con mirada implorante. -Entiende, ¿no? No causa ningún daño.

McAuliff le devolvió la mirada.

-¿Por eso me seguiste esta mañana?

-Sí. Pero no quería hacerlo de esta manera. Craft sugirió que podía lograr mucho sólo... pegándome a usted. Preguntándole si podía acompañarlo cuando anduviera en asuntos de la investigación. Dijo que yo era alguien muy curioso y que de todos modos hablaba mucho; sería normal.

-Dos puntos a favor de Craft.

-¿Qué?

-Una expresión estadounidense obsoleta... Sin embargo, me seguiste.

-No quería hacerlo. Lo llamé a su habitación. Varias veces. Nadie me respondió. Entonces llamé a Alison... Lo lamento. Creo que estaba enojada.

-¿Qué dijo?

-Que le pareció que lo había oído salir de su habitación hacía apenas unos minutos. Corrí hasta el hall de entrada. Y salí del hotel. Usted estaba yéndose en un taxi. Entonces lo seguí, en otro taxi.

McAuliff dejó su vaso.

-¿Por qué no me abordaste en el parque Victoria? Te vi y te apartaste.

-Estaba confuso... y asustado. Quiero decir, en lugar de pedirle ir con usted, ahí estaba, siguiéndolo de verdad.

-¿Por qué aparentaste estar tan borracho anoche?

Ferguson hizo una larga inspiración nerviosa.

-Porque, cuando llegué al hotel, pregunté si había llegado su equipaje. No había llegado. Entré en pánico, me temo... ¿Sabe? Antes de que Craft se fuera, me dijo de sus valijas...

-¿Los micrófonos? -interrumpió Alex, enojado.

Librodot

-¿Los qué? -Al instante, James entendió. -No. ¡No! Le juro que nada de eso. Oh, Dios, ¡qué horrible! -Ferguson hizo una pausa, con expresión de pronto pensativa. -Sin embargo, por supuesto que tiene sentido...

Nadie podría haber ensayado semejante sucesión de reacciones, pensó Alex. No tenía sentido explotar.

-¿Qué pasó con las valijas?

-¿Qué?... Ah, sí, Craft. Al final de la conversación, dijo que estaban controlando su equipaje: "controlando" fue todo lo que dijo. Sugirió que, si alguien me preguntaba, dijera que se me había ocurrido escribir la nota; que había visto que ustedes tenían problemas. Pero que no tenía que preocuparme, que las valijas llegarían al hotel. Pero no estaban allí, ¿entiende?

McAuliff no lo entendía. Suspiró, agotado.

-¿Entonces aparentaste estar borracho?

-Claro. Me di cuenta de que usted tenía que saber sobre la nota; me preguntaría por ella, por supuesto, y se enojaría muchísimo si se perdía el equipaje; me echaría la culpa a mí... Bueno, es un poco antideportivo ser duro con un tipo que está achispado y trató de hacer un favor.

-Tienes una imaginación muy activa, hombre blanco. Llegaría a decir "retorcida".

-Tal vez. Pero no se enojó, ¿o sí? Y aquí estamos y nada ha cambiado. Ésa es la ironía: nada ha cambiado.

-¿Nada ha cambiado? ¿Qué quieres decir?

Ferguson sonrió nervioso:

-Bueno... estoy pegado a usted.

-Creo que algo muy fundamental ha cambiado. Me contaste sobre Craft.

-Sí. Lo habría hecho de todos modos; ése era mi propósito esta mañana. Craft no tenía por qué enterarse; no había manera de que lo averiguara. Sólo me le pegaría. Le daré una parte del dinero que gane. Se lo prometo. Lo escribiré, si quiere. Nunca tuve dinero. Es una oportunidad maravillosa. Eso le queda claro, ¿no?

11

Dejó a Ferguson en la Devon House y tomó un taxi al Viejo Kingston. Si lo seguían le importaba un bledo. Era hora de poner las cosas en orden, no de preocuparse por la vigilancia. Así no llegaría a ninguna parte.

Había aceptado en forma condicional cooperar con Ferguson. La condición residía en que la de ellos era una calle de dos manos: el botánico podía llevar su diario -en el que anotaría nombres controlados- y McAuliff se mantendría informado de las pesquisas de Craft.

Miró los carteles de las calles; estaba en la esquina de Tower y Matthew, a dos cuadras del muelle. Había un teléfono público en una cabina descubierta sobre la vereda, a mitad de cuadra. Rogó que funcionara. Funcionaba.

-¿Se ha registrado un señor Sam Tucker? -le preguntó al empleado que lo atendió.

-No, señor McAuliff. En realidad, hace unos minutos estábamos revisando la lista de reservaciones. La hora de entrada son las tres en punto.

-Retengan la habitación. Está paga.

-Me temo que no, señor. Nuestras instrucciones sólo indicaban que usted es el responsable; tratamos de ser útiles.

-Son muy gentiles. Reténganla de todos modos. ¿Hay algún mensaje para mi?

Librodot

-Un momento, por favor, señor. Creo que sí.

El silencio que siguió le dio tiempo para pensar en Sam. ¿Dónde demonios estaba? McAuliff no se había alarmado como Robert Hanley por la desaparición de Tucker. Las excentricidades de Sam incluían súbitas desapariciones e impulsivas caminatas por zonas nativas. Hubo una ocasión, en Australia, en que Tucker permaneció cuatro semanas en una comunidad aborigen de la llanura, y viajaba a diario en un Land Rover al lugar de la investigación de Kimberly, a cuarenta y un kilómetros de distancia. El viejo Tuck siempre andaba en busca de experiencias insólitas, por lo general asociadas con las costumbres y la forma de vida de cualquier país donde se hallara. Sin embargo, en Kingston había desaparecido por demasiado tiempo ya.

-Perdón por la demora dijo el jamaiquino, con un tono cantarín que negaba la sinceridad de la afirmación-. Hay varios mensajes. Los estaba poniendo en el orden en que entraron.

-Gracias. Cuáles son...

-Todos están marcados como urgentes, señor -lo interrumpió el empleado-. El primero es de las once y cuarto, del Ministerio de Educación: Que se ponga en contacto con el señor Latham lo antes posible. El siguiente es de las once y veinte, de un señor Piersall del Sheraton, habitación 51. Luego llamó un señor Hanley desde Bahía Montego, a las doce y seis; dijo que era importante que se comunicara con él. Su número es...

-Un momento -dijo Alex, tras sacar un lápiz y una libreta del bolsillo. Anotó los nombres "Latham", "Piersall" y "Hanley". -Adelante.

-Montego, 8227. Hasta las cinco. El señor Hanley dijo que lo llamara a Port Antonio después de las seis y media de la tarde.

-¿Dejó el número?

-No, señor. La señora Booth le dejó dicho a la una y treinta y cinco que estaría en su habitación a las dos y media. Pidió que le pasáramos la comunicación si llamaba de afuera. Eso es todo, señor McAuliff.

-De acuerdo. Gracias. Déjeme controlar todo, por favor. -Alex repitió los nombres, lo fundamental de los mensajes, y pidió el número telefónico del Sheraton. No tenía idea de quién era "el señor Piersall". Mentalmente repasó los doce nombres de los contactos ofrecidos por Hammond; no había ningún Piersall.

-¿Eso es todo, señor?

-Sí. Páseme con la señora Booth, por favor.

El teléfono de Alison sonó varias veces antes de que ella atendiera. -Estaba dándome una ducha -dijo, sin aliento-. Y deseando que estuvieras aquí.

-¿Tienes puesta una toalla?

-Sí, pero la dejé sobre el picaporte con la puerta abierta, si es necesario que lo sepas. Para oír el teléfono.

-Si estuviera ahí, te la sacaría. La toalla.

-Me parecería adecuado -dijo Alison, riendo. Y a McAuliff le pareció ver su adorable media sonrisa en el resplandor del sol de la tarde en la calle Tower.

-Tienes razón, estás sedienta. Pero tu nota decía que era urgente.

¿Pasa algo? -Se oyó un "clic" en la línea; se le estaba acabando el tiempo. Alison también lo oyó.

-¿Dónde estás? Te llamo en seguida -dijo con rapidez.

El número había sido deliberada y maliciosamente borrado del centro del dial.

-No tengo manera de decírtelo. ¿Cuán urgente? Tengo otra llamada que hacer.

-Puede esperar. Sólo no hables con un hombre llamado Piersall hasta que conversemos. Ahora, adiós, querido.

Librodot

McAuliff se sintió tentado de llamar a Alison de inmediato. ¿Quién era Piersall? Pero era más importante alcanzar a Hanley, en Montego. Sería necesario llamar por cobro revertido; no tenía suficiente cambio.

El teléfono de Hanley demoró casi cinco minutos en empezar a sonar, y pasaron otros tres mientras Hanley convencía a la operadora telefónica de un hotel que distaba mucho de ser elegante de que pagaría la llamada.

-Lo lamento, Robert -dijo Alex-. Estoy en un teléfono público en Kingston.

-Está bien, muchacho. ¿Has sabido algo de Tucker? -Había urgencia en la pregunta formulada por Hanley.

-No. No se registró. Pensé que tú podías saber algo.

-Sí, por supuesto, y no me gusta nada... Volví a Montego hace un par de horas y estos malditos idiotas de aquí me dijeron que dos negros recogieron las pertenencias de Sam, pagaron la cuenta y se fueron sin decir palabra.

-¿Pueden hacerlo?

-No es el Hilton, muchacho. Tenían el dinero y lo hicieron. -¿Entonces dónde estás tú?

-A la tarde tomé la misma habitación. Por si Sam trata de ponerse en contacto. Empezará por aquí, me imaginé. Entre tanto, tengo algunos amigos que andan haciendo preguntas por la ciudad. ¿Sigues sin querer que llame a la policía?

McAuliff dudó. Había accedido a la orden de Hammond de no acudir a la policía jamaiquina por ningún motivo hasta que hubiera controlado la información con un contacto y recibido autorización.

-Todavía no, Bob.

-¡Estamos hablando de un viejo amigo!

-Todavía no está fuera de fecha, Robert. No puedo darlo legítimamente por desaparecido. Y, conociendo a nuestro viejo amigo, no quisiera causarle una vergüenza.

-¡Sin la menor duda yo haría un escándalo por dos extraños que recogieron sus pertenencias! -Hanley estaba enojado y McAuliff no podía reprochárselo.

-No estamos seguros de que fueran extraños. Ya conoces a Tuck; contrata asistentes como si fuera la corte de Eric el Rojo. En especial si tiene un poco de dinero y puede desparramarlo por el interior del país. Recuerda Kimberly, Bob. -Una afirmación. -¡Sam liquidó dos meses de sueldo armando una comuna agrícola, por el amor de Dios!

Hanley rió entre dientes.

-Sí, muchacho, me acuerdo. Iba a iniciar a esos cretinos peludos en el negocio del vino. Es un Cuerpo de Paz de un solo hombre, con un miembro enardecido... De acuerdo, Alex. Esperaremos hasta mañana. Tengo que volver a Port Antonio. Te llamaré por la mañana.

-Si no está aquí para ese momento, llamaré a la policía y podrás activar tu red subterránea, cosa que estoy seguro de que a esta altura ya has desarrollado.

-Tienes toda la razón. Nosotros, los viajeros viejos, tenemos que protegernos. Y mantenernos unidos.

El sol enceguecedor de la caliente y sucia calle caribeña y el hedor del receptor telefónico fueron suficientes para convencer a McAuliff de volver a Courtleigh Manor.

Luego, tal vez en las últimas horas de la tarde, buscaría la pescadería Tallon y a su contacto artrítico.

Caminó hacia el norte por Matthew Lane y encontró un taxi en la calle Barry; un auto de turismo a medias destruido de marca indeterminada y por cierto no de esta década ni de la anterior. Cuando subió, el olor a vainilla le asaltó las fosas nasales. Vainilla y ron de la bahía, los aromas de Jamaica: deliciosos por la noche, opresivos durante el día bajo el feroz sol ecuatorial.

Librodot

Mientras el taxi dejaba atrás el Viejo Kingston -el Kingston frente al muelle-, donde la decadencia producto del hombre y la lujuriosa flora tropical luchaban por coexistir, Alex se descubrió mirando con incómodo asombro los nuevos edificios que de pronto emergían del Nuevo Kingston. Había algo obsceno en la proximidad de dichas estructuras imperturbables y limpias, de piedra y vidrios oscuros, y las hileras de casuchas sucias de latón corrugado: las casas de los niños macilentos que jugaban con lentitud y sin energía con perros huesudos, y de las jóvenes embarazadas que llevaban harapos de cuerdas rescatadas del muelle, con los ojos abrumados ante la perspectiva lamentable y detestable de vivir otro día. Y las nuevas, imperturbables obscenidades refulgentes se alzaban a menos de dos-cientos metros de lugares todavía más terribles donde vivían seres humanos: barcazas podridas, infestadas de ratas, que alojaban a quienes habían alcanzado los últimos sótanos de la dignidad. Doscientos metros.

McAuliff de pronto se dio cuenta de que esos edificios eran Bancos. Tres, cuatro, cinco... seis Bancos. Uno junto al otro, uno frente al otro, todos a un paso con sus cajas de depósitos de seguridad.

Bancos.

Limpios, imperturbables, de vidrio oscuro.

Doscientos metros.

Ocho minutos más tarde, el extraño y viejo automóvil de turismo entró en el acceso flanqueado de palmeras de Courtleigh Manor. A diez metros de las puertas, el chofer se detuvo, por un instante, con un sacudón. Alex, que estaba sentado en el borde del asiento trasero, sacando su billetera, se sostuvo contra el asiento delantero mientras el chofer se disculpaba. Entonces McAuliff vio lo que hacía el jamaiquino: estaba sacando, del asiento de felpa gastada, un machete letal de noventa centímetros y poniéndolo debajo del asiento. El chofer sonrió.

-Es mi tarifa para la ciudad vieja, hombre. Barrio de villas de emergencia. Tengo el cuchillo largo conmigo todo el tiempo.

-¿Es necesario?

-¡Ah, hombre! Por supuesto. Mala gente, gente sucia. No Kingston, hombre. Mejor pegarle un tiro a la gente sucia. No buena, hombre. Ponerlos en barcos de vuelta a África. Hundir los barcos; ¡sí, hombre!

-Es una solución. -El auto se acercó al cordón de la vereda y McAuliff bajó. El chofer sonrió de manera obsequiosa mientras decía un precio inflado. Alex le dio el dinero justo. -Estoy seguro de que incluyó la propina -dijo mientras dejaba caer los billetes por la ventanilla.

En el mostrador de recepción, McAuliff tomó los mensajes que le alcanzaron: había uno más. El señor Latham, del Ministerio de Educación, había vuelto a llamar por teléfono.

Alison estaba en el pequeño balcón, tomando sol en traje de baño. McAuliff entró en el cuarto por la puerta de comunicación. Ella se extendió y él tomó su mano.

-¿Tienes idea de hasta qué punto eres una dama encantadora, señora encantadora?

-Gracias, hombre encantador.

Le soltó la mano con suavidad.

-Cuéntame de Piersall -le dijo.

-Está en el Sheraton.

-Lo sé. Habitación 51.

-Hablaste con él. -Era evidente que Alison estaba preocupada.

-No. Ése fue su mensaje. Que lo llamara a la habitación 51. Muy urgente.

Librodot

-Puede que esté aquí ahora; no estaba cuando lo llamaste.

-¿Qué? Me dieron el mensaje justo antes de hablar contigo. -Entonces debe de haberlo dejado abajo. O usado un teléfono público del vestíbulo. En unos minutos.

-¿Por qué?

-Porque estaba allí. Hablé con él.

-Cuéntame.

Ella lo hizo.

Alison había terminado de acomodar unas notas de investigación que había preparado para la costa norte, y estaba a punto de darse una ducha, cuando oyó unos rápidos golpes en la habitación de Alex. Pensando que era alguien del grupo, Alison abrió su puerta y miró por el corredor. Un hombre alto, delgado, con un traje blanco tipo Palm Beach, se mostró asombrado ante su aparición. Fue un momento incómodo para los dos. Alison explicó que había oído los golpes y sabía que McAuliff no estaba; ¿querría el caballero dejar un mensaje?

-Parecía muy nervioso. Tartamudeó un poco y dijo que te buscaba desde las once de la mañana. Me preguntó si podía confiar en mí. ¿Sólo te lo diría a ti? Estaba bastante molesto. Lo invité a mi habitación pero. respondió que no, que estaba apurado. Entonces lo dijo a toda velocidad. Tenía noticias de un hombre llamado Sam Tucker. ¿No es el estadounidense que tenía que unírsenos aquí?

Alex no se molestó en ocultar su alarma. Dio un salto desde su posición reclinada y se enderezó.

-¿Qué dijo de Tucker?

-No entró en detalles. Sólo dijo que tenía noticias de él o sobre él. No fue muy claro.

-¿Por qué no me lo dijiste por teléfono?

-Me pidió que no lo hiciera. Me dijo que debía decírtelo cuando te viera, no por teléfono. Dejó entender que te enojarías, pero tenías que ponerte en contacto con él antes de ir a ver a cualquier otra persona. Entonces se fue... Alex, ¿de qué demonios estaba hablando?

McAuliff no respondió; ya iba hacia el teléfono. Tomó el receptor, miró la puerta de comunicación y colgó con rapidez. Fue hasta la puerta abierta, la cerró y volvió al teléfono. Dio el número del Sheraton y esperó.

-El señor Piersall, habitación 51, por favor.

El ínterin de silencio fue insoportable para McAuliff. Lo rompieron los tonos calmos de una voz inglesa que preguntó primero la identidad del que llamaba y luego si quien llamaba era amigo o tal vez pariente del doctor Piersall. Al oír las respuestas de McAuliff, la voz untuosa prosiguió y, a medida que lo hacía, McAuliff recordó una noche fría en una calle del Soho, ante El Büho de San Jorge. Y el resplandor de una luz de neón que le salvó la vida y condenó a su futuro asesino a morir.

El doctor Walter Piersall había sido víctima de un terrible, trágico accidente.

Lo había atropellado un automóvil que iba a toda velocidad por una calle de Kingston.

Había muerto.

12

Walter Piersall, estadounidense, doctor en antropología, estudioso del Caribe, autor de un estudio sobre los primeros habitantes conocidos de Jamaica, los indios arawak, y dueño de una casa llamada High Hill, cerca de Carrick Foyle, en la parroquia de Trelawny.

Ésa era la esencia de la información ofrecida por el ministro, el señor Latham.

Librodot

-Una tragedia, señor McAuliff. Era un hombre admirado, un hombre con títulos. Jamaica lo va a extrañar mucho.

-¡Extrañarlo! ¿Quién lo mató, señor Latham?

-Por lo que entiendo, hay poco para seguir investigando: el vehículo huyó, la descripción es contradictoria.

-Era pleno día, señor Latham. Una pausa.

-Lo sé, señor McAuliff. ¿Qué puedo decirle? Usted es estadounidense; él también lo era. Yo soy jamaiquino, y el horrible episodio tuvo lugar en una calle de Kingston. Lo lamento muchísimo por varios motivos. Y no conocía al hombre.

La sinceridad de Latham se percibía a través de la comunicación. Alex bajó la voz.

-Dice "el horrible episodio". ¿Quiere decir que fue más que un accidente?

-No. No hubo robo, no hubo asalto. Fue un accidente. Sin duda producido por el ron y la inactividad. Hay mucho de ambos en Kingston, señor McAuliff. Los hombres, o chicos, que cometieron el crimen están sin duda bien metidos en las colinas en este momento. La policía de Kingston no es amable.

-Ya veo. -McAuliff se sintió tentado de mencionar el nombre "Sam Tucker", pero se controló. Le había dicho a Latham sólo que Piersall había dejado un mensaje para él. No diría nada más por el momento. -Bueno si hay algo que pueda hacer...

12

-Piersall era viudo, vivía solo en Carrick Fovie. La policía dijo que estaba en contacto con un hermano de Cambridge, Massachusetts... ¿Sabe por qué lo llamó?

-Ni idea.

-Gran parte de su investigación tendrá lugar en la parroquia Trelawny Quizá se había enterado y quería ofrecerle hospitalidad.

-Tal vez... Señor Latham, ¿es lógico que supiera de la investigación? -Alex escuchó con atención la respuesta de Latham. De nuevo Hammond: `'Aprenda a ubicar las cosas pequeñas".

-¿Lógico? ¿Qué es lógico en Jamaica, señor McAuliff? Es un secreto mal guardado que el Ministerio, con la generosa ayuda de nuestra ex Madre Patria, está emprendiendo una evaluación científica que debería haberse hecho hace mucho. Quizá no sea lógico que el doctor Piersall lo supiera; por cierto es posible, sin embargo.

"Nada de dudas, nada de respuestas demasiado rápidas, nada de palabras ensayadas."

-Entonces supongo que fue por eso que me llamó. Lo lamento. -También yo. -De nuevo Latham hizo una pausa; no era con el fin de producir un efecto. -A pesar de que pueda parecer inadecuado, señor McAuliff, me gustaría comentar nuestros asuntos. -Por cierto. Adelante.

-Todos los permisos de la investigación llegaron esta mañana a última hora... menos de veinticuatro horas. Por lo general llevan casi una semana entera...

El procesamiento era poco común, pero Alex había llegado a esperar lo imposible de Dunstone. Las barreras normales caían con, facilidad anormal. Había personas expeditivas e invisibles por todas partes, ocupándose de las cosas de Julian Warfield.

Latham dijo que el Ministerio había previsto más (en lugar de menos) dificultades, pues el equipo de investigación entraría en el territorio de Cock Pit, kilómetros de territorio deshabitado, selvas, de rigor. Hacían falta acompañantes, guías entrenados en los traicioneros territorios. Y había que hacer arreglos con los descendientes reconocidos del pueblo Marrón, que, por un tratado de 1739, controlaba gran parte del territorio. Pueblo arrogante y guerrero,

Librodot

llevado a la isla coma esclavo, los marrones conocían la selva mucho mejor que sus dominadores blancos. El soberano británico Jorge V había ofrecido a los marrones su independencia por medio de un tratado que les concedía los territorios de Cock Pit a perpetuidad. Constituía una opción más sabia que continuar con el derramamiento de sangre. Además, el territorio era considerado inadecuado para que lo habitaran los colonos.

Durante mas de doscientos cincuenta años ese tratado fue burlado pero nunca violado, dijo Latham; todavía se pedía permiso formal desde Kingston al "coronel de los marrones" para todos aquellos que querían entrar en sus tierras. El Ministerio no era una excepción.

Sin embargo, el ministro, pensó McAuliff, era en realidad Duns.. tone. De manera que se concedieron los permisos, obtenidos con gran rapidez.

-Su equipo fue enviado como carga aerea a Boscobel -continuó Latham-. Unos camiones lo transportarán al punto inicial de la investigación.

-Entonces me iré mañana por la tarde o, como máximo, al día siguiente temprano. Voy a ir a contratar gente en Ocho Ríos; los demás pueden seguirme cuando termine. No debería llevarme más que un par de días.

-Sus acompañantes-guías, a quienes llamamos "corredores", estarán a su disposición en dos semanas. No tendrá ninguna necesidad de ellos hasta entonces, ¿verdad? Supongo que comenzará el trabajo en la costa.

-Dos semanas estará bien... Me gustarla contar con corredores selectos, por favor.

-No hay tantos como para elegirlos, señor McAuliff. No es una carrera que atraiga a mucha gente joven; las filas disminuyen. Pero haré lo que pueda.

-Gracias. ¿Puedo tener los mapas aprobados por la mañana?

-Se le enviarán a su hotel a las diez. Adiós, señor McAuliff. Y de nuevo, mis sinceras condolencias por el doctor Piersall.

-Yo tampoco lo conocía, señor Latham -dijo Alex-. Adiós.

No conocía a Piersall, pensó McAuliff, pero había oído el nombre "Carrick Foyle", la aldea de Piersall. No podía recordar dónde lo había oído, pero le resultaba familiar.

Alex volvió a colgar el teléfono miro a Alison, que seguía en el pequeño balcón. Había estado observándolo, escuchándolo, y no podía ocultar el temor que sentía. Un hombre delgado y nervioso con un traje blanco tipo Palm Beach le había dicho -menos de dos horas antes- que tenía información confidencial, y ahora estaba muerto.

El sol del atardecer era de un naranja caribeño; las sombras, franjas negras del otro lado del pequeño balcón. Detrás se extendía el verde oscuro de las altas palmeras, y detrás de ellas, la imponente elevación de la cadena montañosa Alison Booth parecía enmarcada dentro del claroscuro de un cuadro de colores tropicales. Como si fuera un blanco al que disparar.

-Dijo que fue un accidente -Alex se acercó despacio a las puertas del balcón. -Todos están muy preocupados. Piersall era alguien querido en la isla. En apariencia, en Kingston hay muchos casos de borrachos que atropellan y huyen.

-Y no lo crees ni por un instante.

-No dije eso. -Encendió un cigarrillo; no quería mirarla.

-No hace falta. Tampoco dijiste una palabra sobre tu amigo Tucker. ¿Por qué?

-Sentido común. Quiero hablar con la policía, no con un director adjunto del Ministerio. Lo único que puede hacer es farfullar y crear confusión.

-Vamos a la policía. -Alison se incorporó en la silla. -Me visto en seguida.

-¡No! -McAuliff se dio cuenta, apenas pronunció la palabra, de que era demasiado enfático. -Es decir, iré yo. No quiero que tú te comprometas.

-Yo hablé con el hombre. Tú no.

-Les pasaré la información.

Librodot

-No la aceptarán viniendo de ti. ¿Por qué la oirían de segunda mano?

-Porque lo digo yo. -Alex se dio vuelta, en apariencia para buscar un cenicero. No resultaba convincente, y lo sabía. -Escúchame, Alison. -Se dio vuelta de nuevo. -Nuestros permisos ya llegaron. Mañana voy a Ocho Ríos a contratar conductores y acarreadores; ustedes me seguirán en un par de días. Mientras yo no esté, no quiero que tú, o cualquier miembro del equipo, tenga complicaciones con la policía o con cualquier otra persona. Nuestra tarea aquí es la investigación. Eso es responsabilidad mía; tú eres mi responsabilidad. No quiero demoras.

Ella dio un solo paso, saliendo del marco de color, y se paró delante de él.

-Eres un terrible mentiroso, Alex. Terrible en el sentido de que lo haces bastante mal.

-Ahora voy a la policía. Después, si no es demasiado tarde, puede que me dé una vuelta por el Ministerio y vea a Latham. Fui un poco grosero con él.

-Creo que terminaste con un tono muy educado.

Era Alison quien ubicaba las pequeñas cosas de las que hablaba Hammond, pensó McAuliff. Lo hacía mejor que él.

-Sólo me oíste a mí. No a él... Si no regreso a las siete, ¿por qué no llamas a los Jensen y cenas con ellos? Vendré lo más pronto que pueda.

-Los Jensen no están aquí.

-¿Qué?

-Tranquilo. Los llamé para almorzar. Dejaron dicho en el mostrador de entrada que, dado que era día libre, iban a recorrer Port Royal, la ciudad española, el muelle viejo. El gerente les organizó el paseo.

-Espero que se hayan divertido.

Le dijo al conductor que quería dar un paseo de media hora por la ciudad. Tenía treinta minutos libres antes del cóctel en la calle Duke -ubicaría el restaurante, aunque no conocía la dirección exacta-, de manera que el chofer podía hacer lo mejor que le dictara su imaginación en ese lapso.

El chofer protestó: treinta minutos apenas bastaban para llegar a la calle Duke desde el Courtleigh, con el tránsito de la tarde. McAuliff se encogió de hombros y respondió que el tiempo no era absoluto.

Era precisamente lo que el chofer quería oír. Se dirigió hacia Trafalgar, al sur por Lady Musgrave, entró por Old Hope Road. Destacó las virtudes comerciales del Nuevo Kingston, equiparando el progreso a las hazañas olímpicas de un planeamiento maestro. Las palabras se sucedían, llenas de exageraciones idiomáticas sobre los "millones de estadounidenses" que "todo el tiempo" convertían la excrecencia tropical y humana que era Kingston en una meca financiera caribeña. Se entendía que los millones pasaban a ser alemanes o ingleses o franceses, según el acento del pasajero.

No importaba. En unos minutos McAuliff supo que el chofer sabía que él no le prestaba atención. Iba mirando por la ventanilla trasera, observando el tránsito que avanzaba tras ellos.

Allí estaba.

Un sedán Chevrolet verde, de varios años atrás, se mantenía a dos o tres automóviles de distancia, pero cada vez que el taxi daba vuelta o se apresuraba pasando otros vehículos, el Chevrolet verde hacía lo mismo.

El chofer también lo vio.

-¿Hay problemas, hombre?

No tenía sentido mentir.

-No sé.

Librodot

-Yo sé, hombre. Ese roñoso automóvil verde ha estado ahí todo el tiempo. Estaba en el gran estacionamiento del Courtleigh Manor. Manejan dos negros hijos de puta.

McAuliff miró al chofer. La última afirmación del jamaiquino disparó su recuerdo de las palabras de Robert Hanley desde Bahía Montego. "Dos negros recogieron las cosas de Sam". Alex sabía que la conexión era rebuscada, pura coincidencia en el mejor de los casos en un país negro, pero era lo único con que contaba.

-Puede ganarse veinte dólares, amigo -le dijo rápidamente al chofer-. Si es capaz de hacer dos cosas.

-¡Dígame, hombre!

-Primero, deje que el auto se acerque lo suficiente como para que pueda ver el número de la chapa, y después piérdalos. ¿Puede hacerlo?

-¡Mire, hombre! -El jamaiquino giró el volante a la derecha; el taxi estuvo en un momento en el carril de la derecha, evitando por un pelo a un ómnibus que avanzaba; luego volvió a lanzarse hacia la izquierda, detrás de un Volkswagen. McAuliff se encogió contra el asiento, con la cabeza apretada sobre la parte derecha de la ventanilla de atrás. El Chevrolet verde repetía los movimientos del taxi, tomando su posición a dos automóviles de distancia.

De pronto el conductor del taxi aceleró de nuevo, pasando al Volkswagen y apresurándose para adelantarse a una luz amarilla. Lanzó el auto hacia la intersección de la izquierda; Alex leyó el cartel de la calle y las palabras escritas que había debajo, en forma de gran escudo:

TORRINGTON-ROAD
ENTRADA
PARQUE MEMORIAL JORGE VI

-¡Vamos a las carreras de caballos, hombre! -gritó el conductor-. El hijo de puta verde tiene que detenerse en la luz de la calle Snipe. Va a salir rápido de ahí. ¡Mire bien, ahora!

El taxi corrió por Torrington, saliendo dos veces del carril de la izquierda para pasar a tres vehículos, y entró por el ancho portón de entrada del parque. Una vez adentro, el conductor clavó los frenos, hizo retroceder el vehículo hacia lo que parecía un sendero para caballos, y se lanzó hacia adelante, rumbo al lado por el que se salía a la calle.

-¡Ahora los puede ver bien, hombre! -aulló el jamaiquino mientras bajaba la velocidad del automóvil y entraba en el flujo de tránsito que salía del Parque Memorial Jorge VI.

En segundos el Chevrolet verde apareció ante su vista, rodeado de automóviles que entraban en el parque. Y entonces McAuliff se dio cuenta con exactitud de lo que había hecho el conductor. Era la entrada para las pistas; el Parque Memorial Jorge VI era donde se desarrollaba el deporte de los reyes. El Kingston apostador iba camino a las carreras de caballos.

Alex anotó el número de la chapa, manteniéndose fuera de la vista de quienes conducían el auto pero viendo con la suficiente claridad como para saber que los dos negros del Chevrolet no se habían dado cuenta de que habían pasado a unos pocos centímetros del auto al que seguían.

-¡Esos hijos de puta tienen que dar toda la vuelta, hombre! ¡Par de negros hijos de puta e idiotas! ... ¿Adónde quiere ir, hombre? Ahora tiene mucho tiempo. No nos alcanzarán.

McAuliff sonrió. Se preguntó si los talentos jamaiquinos se hallarían registrados en alguna parte del manual de Hammond.

-Acaba de ganarse cinco dólares más. Lléveme a la esquina de Queen y Hanover, por favor. Ahora no tiene sentido perder tiempo.

Librodot

-¡Eh, hombre! Siempre use mi taxi en Kingston. Hago lo que me diga. No hago preguntas, hombre.

Alex miró la identificación que colgaba detrás de un marco de plástico sobre el tablero.

-No es un taxi privado... Rodney.

-Usted hace un arreglo conmigo, hombre; yo hago un arreglo con el dueño del taxi. -El conductor sonrió por el espejo retrovisor. -Voy a pensarlo. ¿Tiene un número de teléfono?

De inmediato el jamaiquino sacó una gran tarjeta comercial y se la alcanzó a McAuliff. Era la tarjeta de la compañía de taxis, del tipo de las que se dejaban en los mostradores de hotel. El nombre de Rodney estaba impreso de manera infantil con tinta en la parte de abajo.

-Si llama a la compañía, diga que quiere a Rodney. Sólo Rodney, hombre. Yo recibo el mensaje rápido. Todo el tiempo saben dónde está Rodney. Trabajo en hoteles y en Palisados. Me ubican rápido.

-Supóngase que no dejo mi nombre...

-¡Nada de nombre! -lo interrumpió el jamaiquino, sonriendo por el espejo-. Tengo una memoria de la gran puta. ¡No quiero ningún nombre! Le dice al teléfono del taxi... el tipo de las carreras. Indica el lugar, y yo lo busco, hombre.

Rodney aceleró hacia el sur por la calle Norte, entró en Duke y de nuevo tomó hacia el sur pasando delante de Gordon House, el enorme complejo nuevo de la legislatura jamaiquina.

Ya de pie en la vereda, McAuliff se estiró el saco y la corbata para adoptar la imagen de un hombre de negocios blanco, común, no del todo seguro de por cuál entrada gubernamental debía ingresar. Tallon no figuraba en ninguna guía de teléfonos o de negocios; Hammond le había indicado que se hallaba por debajo de la hilera de edificios gubernamentales, lo cual quería decir bajo la calle Queen, pero no había sido preciso.

Mientras buscaba la pescadería, escrutó a la gente que lo rodeaba, el otro lado de la calle y los automóviles que parecían ir más despacio de lo que el tránsito permitía.

Durante unos minutos se sintió de nuevo en un bolsón de miedo, temiendo que lo invisible tuviera los ojos puestos en él.

Llegó a la calle Queen y se apresuró a cruzar con el último contingente que aprovechó la luz verde. En la vereda se dio vuelta con rapidez para observar a los que habían quedado del otro lado de la calle.

El sol color naranja estaba bajo en el horizonte y arrojaba una franja de luz enceguecedora desde la zona del parque Victoria, a varios cientos de metros de distancia hacia el oeste. El resto de la calle se hallaba a oscuras, a causa de las sombras que lanzaban las estructuras de piedra y madera que la rodeaban. Los autos pasaban hacia el este y el oeste, bloqueando la posibilidad de ver con claridad quiénes estaban en la esquina norte. En las esquinas norte.

No conseguía distinguir nada. Se dio vuelta y avanzó por la cuadra.

Primero vio el cartel. Estaba sucio, escrito con tinta corrida que no había sido retocada en meses, si no en años.

TALLON-PESCADOS-FINOS-&-MANJARES-NATIVOS
311-1/2-CALLEJÓN-QUEEN'S
1 CUADRA - CALLE DUKE, OESTE

Caminó esa cuadra. La entrada del callejón Queen tenía apenas tres metros de altura, por encima de los cuales había una rejilla de madera cubierta de flores tropicales. El pasaje de

Librodot

adoquines no llegaba hasta la otra cuadra. Era un callejón sin salida, un cul-de-sac sin luz; el tipo de calle trasera oculta común en París, Roma y el Greenwich Village. A pesar de encontrarse en medio de una zona comercial, tenía un aspecto personal, como si un cartel no escrito proclamara que aquella sección era privada: sólo residentes, hay que tener llave, no apto para uso público. Todo lo que hacía falta, pensó McAuliff, era un portón.

En París y Roma y el Greenwich Village ese tipo de anchos callejones alojaban algunos de los mejores restaurantes del mundo, sólo conocidos por quienes se interesaban en ellos.

En Shenzen, Macao y Hong Kong, eran los enclaves donde se podía conseguir cualquier cosa por dinero.

En Kingston, alojaba a un hombre con artritis que trabajaba para la Inteligencia Británica.

El callejón Queen's no tenía más de quince metros de largo. A la derecha había una librería con escasa luz en las vidrieras, que iluminaba una variedad de artículos que iban desde pesados libros universitarios encuadernados en cuero hasta pornografía sin ilustraciones. A la izquierda se hallaba Tallon.

Había imaginado cajas de hielo picado sobre las que se apoyaban hileras de peces muertos de grandes ojos y hombres con delantales blancos sucios y baratos que corrían alrededor de balanzas y discutían con los clientes.

El hielo picado estaba en la vidriera, también había varias hileras de peces con ojos vidriosos. Pero lo que lo impresionó fueron los diversos artículos de mercancía de mar dispuesta de manera artística: calamares, pulpos, tiburón y crustáceos exóticos.

Tallon no era el mercado Fulton.

Como para agregar una confirmación más a sus pensamientos, un chofer uniformado emergió de la entrada de Tallon llevando una bolsa de compras de plástico, sin duda preparada con hielo picado.

Las puertas dobles eran gruesas, difíciles de abrir. Adentro, los mostradores lucían inmaculados; el aserrín del piso era blanco. Los dos empleados eran precisamente eso: empleados, no vendedores. Llevaban delantales a rayas azules y blancas, de tela cara. Las balanzas situadas detrás de las estanterías de vidrio con marco de cromo ostentaban resplandecientes bordes de bronce. Alrededor de la tienda, apiladas en estantes iluminados con diminutos spots desde el techo, había cientos de latas de exquisiteces importadas de todas partes del mundo.

No era del todo real.

Había otros tres clientes: una pareja y una mujer sola. La pareja estaba en el extremo de la tienda, estudiando las etiquetas de los estantes; la mujer hacía un pedido guiándose por una lista, con un tono a todas luces preciso y arrogante.

McAuliff se acercó al mostrador y dijo las palabras que le habían indicado.

-Un amigo de Santo Domingo me dijo que tienen trucha de la costa norte.

El negro de piel clara ubicado contra la pared blanca apenas miró a Alex, pero en ese instante hubo un reconocimiento. Se inclinó hacia adelante, mientras separaba crustáceos en una caja, y respondió sin mayor énfasis. De la manera correcta.

-Tenemos trucha de agua dulce de Martha Brae, señor. -Prefiero trucha de agua salada. ¿Está seguro de que no puede conseguírmela?

-Veremos, señor. -El hombre cerró la caja, se dio vuelta y caminó por un corredor que se extendía a partir de la pared de atrás del mostrador, un pasaje que Alex supuso llevaba a grandes depósitos refrigerados.

Cuando salió un hombre de una puerta lateral que daba al corredor, McAuliff contuvo el aliento, tratando de ocultar su asombro. El hombre era negro, frágil y viejo; caminaba con un bastón, tenía rígido el antebrazo derecho, y la cabeza un poco temblorosa por la edad.

Librodot

Era el hombre del parque Victoria, el anciano que lo había mirado con desaprobación cuando estaba en el banco de la calle Queen.

Fue hasta el mostrador y habló, con una voz que en apariencia era más fuerte que su cuerpo.

-Un hombre que gusta de la trucha de agua salada -dijo, con un acento más británico que jamaiquino, pero no desprovisto de un toque caribeño-. ¿Qué tenemos que hacer con esos aficionados al agua dulce que me cuestan tanto dinero? Vamos, estamos casi cerrando. Tendrá que elegir de mi propia selección.

El negro de piel clara y delantal a rayas levantó un panel con bisagras ubicado sobre el mostrador para cortar pescado. Alex siguió al anciano artrítico por el corto corredor y a través de una puerta estrecha hacia un pequeña oficina que era una extensión en miniatura del diseño costoso de la tienda. Las paredes estaban cubiertas con paneles de madera de cerezo; los muebles eran un escritorio de caoba con una funcional silla giratoria antigua, un sofá de cuero suave contra la pared y un sillón frente al escritorio. Las luces, indirectas, provenían de una única lámpara de porcelana ubicada sobre el escritorio. Con la puerta cerrada, Alex vio archivos de roble apoyados contra la pared del fondo. A pesar de que la habitación era pequeña, resultaba muy cómoda: los cuarteles aislados de un hombre contemplativo.

-Siéntese, señor McAuliff -dijo el propietario de Tallon, que le indicaba el sillón; avanzó con lentitud hasta el otro lado del escritorio. se sentó y apoyó el bastón contra la pared-. Estaba esperándolo.

-Esta mañana lo vi en el parque Victoria.

-No lo esperaba allí. Para serle franco, me sorprendió. Había estado mirando su fotografía unos minutos antes de salir a pasear, de la nada, el rostro de esa fotografía surgió frente a mis ojos en Victoria. -El viejo sonrió e hizo un gesto con las palmas hacia arriba, dando a entender una coincidencia inesperada. -De paso, mi nombre es Tallon. Westmore Tallon. Somos una buena familia jamaiquina, como sin duda le habrán dicho.

-No me lo habían dicho, pero una sola mirada a su... pescadería parecería confirmarlo.

-Ah, sí. Somos terriblemente caros, muy exclusivos. Número de teléfono privado. Sólo proveemos a los más ricos de la isla. Desde Savanna a Montego, Antonio y Kingston. Tenemos nuestro propio sistema de despacho, por avión privado, desde luego... Es muy conveniente.

-Así parece. Considerando sus actividades extracurriculares...

-Que, por cierto, nunca debemos comentar, señor McAuliff -respondió Tallon con rapidez.

-Tengo muchas cosas que decirle. Espero que transmita la información y deje que Hammond haga lo que quiera.

-Se lo oye enojado.

-Por un tema, sí. Terriblemente enojado... La señora Booth. Alison Booth. Fue manipulada para venir aquí por medio de Interpol. Creo que eso huele muy mal. Ya hizo una dolorosa y peligrosa contribución. Creo que ustedes deberían dejarla en paz.

Tallon apretó el pie contra el piso, inclinando la antigua silla giratoria hacia la derecha. Con gesto distraído buscó su bastón y lo palpó.

-Soy sólo un... contacto, señor McAuliff, pero, por lo que entiendo, no se ejerció ninguna presión sobre usted para que empleara a la señora Booth. Lo hizo por propia decisión. ¿Dónde encuentra la manipulación?

Alex miró al pequeño hombre artrítico, que jugaba con el pomo del bastón. Se le ocurrió la idea de que, de alguna manera extraña, Westmore Tallon era como una mezcla artística de Julian Warfield y Charles Whitehall. La comunión de elementos resultaba perturbadora.

Librodot

-Ustedes son muy profesionales -dijo en voz baja, con un toque de amargura-. Son ingeniosos a la hora de ofrecer alternativas.

-Ella no puede volver al país, señor McAuliff. Créame.

-Desde un cierto punto de vista, bien podría... El marqués de Chatellerault está en Jamaica.

Tallon giró en la antigua silla para enfrentar a McAuliff. Por un instante pareció paralizado. Miró a Alex y cuando parpadeó fue como si rechazara en silencio la afirmación de McAuliff.

-Es imposible -dijo simplemente.

-No sólo no es imposible, sino que ni siquiera creo que sea un secreto. O, si lo era, fue mal guardado y ya dejó de serlo.

-¿Quién le dio esta información? -Tallon se aferró a su bastón con visible fuerza.

-Charles Whitehall. A las tres de la mañana de hoy. Estaba invitado a Savanna-la-Mar para reunirse con Chatellerault.

-¿En qué circunstancias?

-Las circunstancias no son importantes. Lo importante es que Chatellerault está en Savanna-la-Mar. Es el invitado de una familia llamada Wakefield. Son blancos y ricos.

-Los conocemos -dijo Tallon, mientras escribía con dificultad una nota con su mano artrítica-. Son clientes. ¿Qué más tiene? -Un par de cosas. Una es de suma importancia para mí, y le advierto que no me iré de aquí hasta que se haga algo al respecto. Tallon alzó la mirada.

-Usted hace declaraciones sin preocuparse por una evaluación realista. No tengo idea de si puedo hacer algo por cualquier cosa. Aunque se quede instalado aquí, eso no cambiará nada. Por favor, prosiga.

Alex describió el inesperado encuentro de James Ferguson con Craft en el aeropuerto Pausados y la manipulación que tuvo como consecuencia los artefactos electrónicos instalados en su equipaje. Detalló la oferta de dinero de Craft a cambio de información sobre la investigación.

-No es sorprendente. La gente de Craft es muy curiosa -comentó Tallon, al tiempo que seguía escribiendo-. ¿Podemos llegar al tema que para usted es tan vital?

-Primero quiero hacerle un resumen.

-¿Un resumen de qué? -Tallon bajó el lápiz.

-De lo que le dije.

Tallon sonrió.

-No es necesario, señor McAuliff. Tomo notas con lentitud pero mi mente está bien atenta.

-Me gustaría que nos entendiéramos... La Inteligencia Británica quiere el Halidon. Ése era el objetivo, el único objetivo de mi reclutamiento. Una vez que el Halidon pueda alcanzarse, yo terminé. Se le sigue ofreciendo completa protección al equipo de investigación.

-¿Y con eso?

-Creo que ya tienen el Halidon. Es Chatellerault y Craft. Tallon siguió mirando a McAuliff. Su expresión era por completo neutra.

-¿Ha llegado a esa conclusión?

-Hammond dijo que este Halidon interferiría, que en algún momento intentaría detener la investigación. Los diagramas no son necesarios. El marqués y Craft se adecuan a lo previsto. Vayan y atrápenlos.

Librodot

-Ya veo... -Tallon volvió a aferrar su bastón. Su cetro personal, su espada Excalibur. -Entonces, en una extraordinaria simplificación, el geólogo estadounidense ha resuelto el enigma del Halidon.

Ninguno de los dos hombres habló por unos instantes. McAuliff rompió el silencio con ira también silenciosa.

-Podría llegar a no tenerle simpatía, señor Tallon. Es un hombre muy arrogante.

-Entre mis preocupaciones no se incluye su aprobación, señor McAuliff. Jamaica es mi pasión. Sí, mi pasión, señor. Para mí, lo que piense no es importante... salvo cuando hace declaraciones absurdas que podrían afectar mi trabajo... Arthur Craft, pére et fils, han estado violando la isla durante medio siglo. Creen que el suyo es un mandato divino. Pueden lograr demasiadas cosas en nombre de Craft; no se esconderían tras un símbolo. Y Halidon es un símbolo, señor McAuliff... ¿El marqués de Chatellerault? Tiene bastante razón; la señora Booth fue manipulada, de manera brillante, según pienso, para que entrara en su investigación. Fue polinización cruzada, si le parece; las circunstancias eran óptimas. Dos depósitos de polen en un hibisco, uno que fuerza al otro a revelarse. Ella fue una carnada, simple y llanamente, señor McAuliff. Hace mucho tiempo que se sospecha que Chatellerault es socio de Julian Warfield. El marqués está con Dunstone. -Tallon levantó su bastón de costado, lo puso sobre su escritorio y prosiguió mirando sin expresión a Alex.

McAuliff dijo por fin:

-Han retenido información; no me dijeron cosas que debería haber sabido. Sin embargo, esperan que funcione como uno de los suyos. Eso huele mal, Tallon.

-Exagera. No tiene sentido complicar más aún un cuadro ya complicado.

-Deberían haberme contado sobre Chatellerault, en lugar de tener que enterarme de su nombre por la señora Booth.

Tallon se encogió de hombros.

-Un descuido. ¿Podemos proseguir?

-De acuerdo. Hay un hombre llamado Tucker. Sam Tucker.

-¿Su amigo de California? ¿El analista de suelos?

-Sí.

McAuliff le contó la historia de Hanley sin mencionar el nombre del piloto. Subrayó la coincidencia entre los dos negros que habían retirado las pertenencias de Tucker y los dos jamaiquinos que lo habían seguido con un sedán Chevrolet verde mientras él iba en taxi. Describió en pocas palabras las hazañas del dueño del taxi y sus habilidades para manejar en el parque del hipódromo, y le dio a Tallon el número de chapa del Chevrolet.

Tallon tomó su teléfono y discó sin decirle una palabra a Alex.

-Habla Tallon -dijo en voz baja por teléfono-. Quiero información. Es urgente. La chapa es 1-Y-B-448. Llámeme de nuevo por esta línea. -Colgó y dirigió sus ojos a McAuliff. -No puede llevar más de cinco minutos.

-¿Era la policía?

-De ninguna manera debe enterarse la policía... Entiendo que el Ministerio recibió sus permisos hoy. Dunstone facilita las cosas, ¿no es así?

-Le dije a Latham que me iba a Ocho Ríos mañana por la tarde. No lo haré si Tucker no aparece. Eso es lo que quiero que sepa.

De nuevo, Westmore Tallon tomó su bastón, pero no con la agresividad que había desplegado antes. De pronto era un hombre bastante pensativo, hasta gentil.

-Si su amigo fue llevado contra su voluntad, sería secuestro. Un delito muy serio, y, como además es estadounidense, daría lugar al tipo de titular atractivo que caería como un

Librodot

anatema. No tiene sentido, señor McAuliff... Dice que tiene que llegar hoy, cosa que podría extenderse a esta noche, supongo.

-Si.

-Entonces le sugiero que esperemos... No puedo creer que las partes implicadas pudieran o quisieran cometer semejante error rabelesiano. Si no se sabe nada del señor Tucker a las... digamos las diez de la noche, llámeme. -Tallon escribió un número en un papel y se lo dio a Alex. -Guárdelo en su memoria, por favor, deje el papel aquí.

-¿Qué va a hacer si Tucker no aparece?

-Utilizaré conexiones legítimas y haré que el asunto llegue a los oficiales más autorizados de la policía jamaiquina. Alertaré a gente ubicada muy alto en el gobierno: el gobernador general, si es necesario. St. Croix ha tenido sus asesinatos; sólo ahora está volviendo el turismo. Jamaica no podría tolerar el secuestro de un estadounidense... ¿Lo satisface?

-Me satisface. -Alex aplastó su cigarrillo en el cenicero, y al hacerlo, recordó la reacción de Tallon ante la aparición de Chatellerault en Savanna-la-Mar. -Le sorprendió que Chatellerault estuviera en la isla. ¿Por qué?

-Hace dos días estaba registrado en el George V, en París. No ha habido noticia de que se fuera, lo cual quiere decir que voló aquí en forma clandestina, tal vez vía México. Es perturbador. Debe mantener una vigilancia estrecha sobre la señora Booth... Tiene un arma. supongo.

-Dos rifles en el equipo. Un .030 Remington con telescopio y un .22 automático de largo alcance. Nada más.

Tallon pareció debatir consigo mismo, y luego tomó una decisión. Extrajo un llavero de su bolsillo, seleccionó una llave y abrió un cajón bajo del escritorio. Sacó un abultado sobre de papel madera, abrió la solapa y puso una pistola sobre un secante. Un grupo de cartuchos cayeron junto con el revólver.

-Es un .38 Smith and Wesson, de cañón corto. Todas las marcas se han destruido; es imposible de identificar. Tómelo, por favor; está limpio. Las únicas huellas digitales serán las suyas. Tenga cuidado.

McAuliff miró al arma varios segundos antes de estirarse y tomarla con lentitud. No quería llevarla; en cierta forma había un aspecto de compromiso final en el hecho de tomarla. Pero, de nuevo, era cuestión de alternativas: no aceptarla tal vez fuera una tontería, a pesar de que no esperaba usarla para otra cosa que una demostración de fuerza.

-Su informe incluye servicio militar y experiencia con armas de fuego pequeñas. Pero fue hace mucho tiempo. ¿Le importaría refrescar sus conocimientos en un polígono de tiro? Tenemos varios, a minutos de avión.

-No, gracias -respondió Alex- No hace mucho, en Australia, era la única diversión de que disponíamos.

El teléfono sonó con timbre amortiguado. Tallon lo atendió con un simple: "¿Si?".

Escuchó sin hablarle a la persona que estaba en el otro extremo de la línea. Cuando terminó la llamada, miró a McAuliff.

-El sedán Chevrolet verde está registrado a nombre de un muerto. La chapa del vehículo figura a nombre de Walter Piersall, Residencia: High Hill, Carril 1(Foyles parroquia de Trelawn).

13

Librodot

McAuliff pasó otra hora con Westmore Tallon, mientras el viejo aristócrata jamaiquino activaba su red informativa. Contaba con fuentes en toda la isla. Antes de que pasara una hora, se había descubierto un hecho importante: el muerto, Walter Piersall, de Carrick Foyle, parroquia de Trelawny, empleaba a dos asistentes negros con los cuales viajaba siempre. La coincidencia entre los dos hombres que habían sacado las pertenencias de Sam Tucker del hotel de bahía Montego y los dos hombres que siguieron a Alex con el Chevrolet verde había dejado de ser rebuscada. Y dado que Piersall había sacado a relucir el nombre de Sam ante Alison Booth, ahora la conclusión debía darse por sentada.

Tallon le ordenó a su propia gente que fuera a buscar a los hombres de Piersall. Telefonearía a McAuliff cuando lo hubieran hecho.

Alex volvió a Courtleigh Manor. Se detuvo en el mostrador para ver si había mensajes. Alison estaba cenando, y lo esperaba. No había nada más.

Ni palabra de Sam Tucker.

-Si me llama alguien, estaré en el comedor -le dijo al empleado.

Alison se hallaba sentada sola en el medio del salón repleto de gente, que estaba adornado con plantas tropicales y ventanas con las rejas abiertas. En el centro de cada mesa había una vela dentro de un pequeño farol; eran las únicas fuentes de luz. Las sombras resplandecían contra el follaje rojo oscuro, verde y amarillo; el murmullo era un murmullo de satisfacción, que subía en crescendos de risa poco ruidosos; maniquíes perfectamente arreglados, de movimientos lentos, todos los cuales, en apariencia, esperaban que comenzaran los juegos nocturnos.

Era el buen momento de los maniquíes. Cuando los modales, la gracia estudiada y las sutilezas menores eran importantes. Más adelante sería diferente; otras cosas se volverían importantes... y muy a menudo feas. Por eso James Ferguson sabía que su representación de ebriedad había sido plausible la noche anterior.

Y por qué Charles Whitehall, con gesto arrogante y silencioso, había arrojado la servilleta al piso. Para limpiar el desastre causado por el extranjero.

-Se te ve pensativo. 0 disgustado -dijo Alison cuando Alex retiró la silla para sentarse.

-En realidad no.

-¿Qué ocurrió? ¿Qué dijo la policía? Casi esperaba que me llamaran.

McAuliff había ensayado su respuesta, pero antes de decirla hizo un gesto señalando la taza de café y la copa de coñac que había frente a Alison.

-Ya cenaste, supongo.

-Sí. Estaba muerta de hambre. ¿Tú no comiste?

-No. ¿Puedes hacerme compañía?

-Por supuesto. Voy a despedir a los eunucos.

Él pidió una bebida.

-Tienes una sonrisa encantadora. Es como una risa.

-No te vayas por la tangente. ¿Qué ocurrió?

McAuliff mintió bastante bien, le pareció. Por cierto mejor -por lo menos con más poder de convicción- que antes. Le dijo a Alison que había pasado cerca de dos horas con la policía. Westmore Tallon le había dado la dirección y hasta le había descripto el interior de la comisaría principal; había sido idea de Tallon que supiera los detalles generales. Uno nunca podía decir cuándo serían importantes. -Respaldaron la teoría de Latham. Dicen que fue un accidente habitual: atropellaron a alguien y huyeron. Ocurrió en una zona peligrosa.

-Me suena a una sospechosa palmadita en la espalda. Se están cubriendo. -Las cejas de Alison se fruncieron; su expresión se tornó de incredulidad.

Librodot

-Puede que así sea -respondió Alex con tono sincero y sin darle mayor importancia-. Pero no pueden vincularlo con Sam Tucker, y ésa es mi única preocupación.

-Está vinculado. Me lo dijo.

-Y yo se lo dije. Enviaron hombres a Carrick Foyle, donde vivía Piersall. En Trelawny. Otros van a revisar sus cosas en el Sheraton. Si encuentran algo, me llamarán. -McAuliff sintió que estaba llevando bien la mentira. Después de todo, sólo había modificado un poco la verdad. El artrítico Westmore Tallon se estaba encargando de esas cosas.

-¿Y te sientes satisfecho con eso? ¿Vas a conformarte con su palabra al respecto? Hace unas horas estabas en extremo preocupado por el señor Tucker.

-Y sigo estándolo -dijo Alex, que bajó su vaso y lo miró. Ya no tenía necesidad de mentir. -Si no tengo noticias de Sam antes de las diez de la noche... o mañana por la mañana, voy a ir a la embajada estadounidense y voy a ponerme a gritar como el demonio.

-Ah... muy bien. ¿Les mencionaste los micrófonos de esta mañana? Nunca me dijiste nada.

-¿Los qué?

-Los micrófonos de tu equipaje. Dijiste que tenías que informar al respecto.

De nuevo McAuliff sintió una oleada de ineptitud; le dolía no ser capaz de mantener dominadas todas las cosas. Por cierto, no había visto a Tallon más temprano, no había recibido sus instrucciones, pero eso no era una explicación.

-Tendría que haberte hecho caso ayer a la noche. Puedo librarme de ellos; pisotearlos, supongo.

-Hay una forma mejor.

-¿Cuál?

-Ponerlos en algún otro lugar.

-¿Por ejemplo?

-Ah, en algún lugar que no presente peligro, pero con mucho tránsito. Mantiene las cintas circulando y a la gente ocupada. McAuliff se rió; no fue una risa falsa.

-Es muy gracioso. Y muy práctico. ¿Dónde estarían? ¿Escuchan-do, quiero decir?

Alison se puso las manos en la barbilla; una chiquilina traviesa pensando travesuras.

-Tiene que ser dentro de los cien metros, más o menos; por lo general es el rango de tolerancia entre los micrófonos y los receptores. Y donde haya mucha actividad... veamos. Le ponderé una receta al maitre d'hotel. Apuesto a que me llevará a ver al chef para que me dé la receta.

-Les encantan ese tipo de cosas -comentó Alex-. Es perfecto. No te vayas. En seguida vuelvo.

Alison Booth, anterior contacto de Interpol, informó que dos artefactos eléctricos estaban ubicados con toda seguridad en la canasta de lavandería ubicada bajo la mesa de ensaladas de la cocina del Courtleigh Manor. Los había deslizado adentro -y empujado hacia abajo- junto con una servilleta sucia, mientras un chef entusiasmado describía los ingredientes de su salsa jamaiquina.

-La canasta era larga, no profunda -explicó mientras McAuliff terminaba su cena-. Los apreté bastante fuerte; el adhesivo se mantendrá bien, me parece.

-Eres increíble -elogió Alex con sinceridad.

-No, apenas experimentada -respondió ella, sin mucho humor-. Te contaron un solo lado del juego, mi querido. -No suena muy parecido al tenis.

Librodot

-Hay compensaciones. Por ejemplo, ¿tienes alguna idea de cuán ilimitadas son las posibilidades? ¿Las posibilidades de esa cocina, durante las tres próximas horas más o menos, hasta que los ubiquen?

-No estoy seguro de entender a qué te refieres.

-Según quién esté trabajando con las cintas, habrá un lío terrible mientras tratan de escribir palabras y frases. Las charlas de cocina tienen sus propias contracciones, su propio lenguaje, en serio. Supondrán que llevaste tu valija a un destino previsto, en relación con tu partida, desde luego. Habrá bastante confusión. -Alison sonrió, con ojos de nuevo traviesos, como antes de que subiera a sacar los micrófonos.

-¿Quieres decir que "salsa bearnesa" es en realidad un código para ametralladora semiautomática"? ¿" BLr" quiere decir "ataquen las playas"?

-Algo por el estilo. Es bastante posible, ¿sabes?

-Pensé que esas cosas sólo ocurrían en las películas de la Segunda Guerra Mundial. Con nazis gritándose unos a otros, enviando divisiones panzer en dirección errada. -McAuliff miró su reloj. Eran las nueve y cuarto. -Tengo que hacer un llamado telefónico y quiero revisar una lista de provisiones con Ferguson. Va a...

Se detuvo. Alison había apoyado las manos de pronto sobre su brazo.

-No te des vuelta -le ordenó en voz baja-, pero creo que tus pequeños micrófonos causaron una reacción. Un hombre acaba de atravesar la entrada del comedor a toda velocidad, evidentemente buscando a alguien.

-¿A nosotros?

-Diría que a ti, para ser precisa.

-Los códigos de la cocina no los engañaron demasiado tiempo.

-Tal vez no. Por otro lado, es bastante posible que hayan mantenido una vigilancia discreta sobre ti y estuvieran controlando. Es un hotel demasiado pequeño para controlar todo el tiempo a un hombre...

-Descríbemelo -la interrumpió McAuliff-. De la manera más completa que puedas. ¿Todavía está mirando hacia aquí?

-Te vio y se detuvo. Está pidiéndole disculpas al hombre que maneja el libro de reservas. Creo. Es blanco, está vestido con pantalones claros, un saco oscuro y una camisa blanca, no, amarilla. Es un poquito más bajo que tú...

-¿Y?

-Y fornido. Joven, pero no mucho, treinta y pico, diría. Tiene el cabello largo, no demasiado, pero largo. Es rubio oscuro o castaño claro; resulta difícil distinguirlo a la luz de las velas.

-Lo hiciste muy bien. Ahora tengo que conseguir un teléfono.

-Espera hasta que se vaya; está mirando de nuevo -dijo Alison, fingiendo interés, con una risa íntima-. ¿Por qué no miras un poco de reojo y pides la cuenta? De manera muy casual, mi querido.

-Me siento en una especie de jardín de infantes. Con la maestra más linda de la ciudad. -Alex levantó la mano, llamó al mozo e hizo el habitual gesto en el aire. -Te llevaré a tu habitación, luego bajaré y llamaré.

-¿Por qué? Usa el teléfono de la habitación. Los micrófonos no están más.

¡Maldición! ¡Remaldición! De nuevo le había ocurrido; no estaba preparado. Las pequeñas cosas, siempre las pequeñas cosas. Ésas eran las trampas. Hammond lo decía una y otra vez... Hammond. El Savoy. "No haga llamados desde el teléfono del Savoy."

-Me dijeron que usara un teléfono público. Deben de tener sus motivos.

-¿Quiénes?

Librodot

-El Ministro. Latham... la policía, por supuesto.

-Por supuesto. La policía. -Alison retiró la mano del brazo de él mientras el mozo le presentaba la cuenta para que Alex la firmara. No le creía; no aparentaba creerle. ¿Por qué tendría que hacerlo? Era un pésimo actor; lo había sorprendido... Pero era preferible a una afirmación mal hecha o a una respuesta extraña a Westmore Tallon por teléfono mientras Alison lo observaba. Y escuchaba. Tenía que sentirse libre en su conversación con el contacto artrítico; no podía tener puesto un ojo en Alison mientras hablaba. No podía correr el riesgo de que se oyera el nombre Chatellerault, o siquiera un indicio de ese hombre. Alison eran demasiado rápida.

-¿Ya se fue?

-Mientras firmabas la cuenta. Vio que nos íbamos. -Su respuesta no fue ni enojada ni afectuosa, sino sólo neutra.

Salieron del comedor iluminado por velas, pasaron ante los grandes arcos de follaje verde hacia el hall de entrada, rumbo a los ascensores. Ninguno de los dos habló. La subida a sus habitaciones fue en silencio, un silencio que resultó soportable por la presencia de otros clientes del hotel en el pequeño recinto.

Abrió la puerta y reiteró las precauciones que había tomado la noche anterior, menos el escáner. Ahora estaba apresurado; si se acordaba, después bendeciría la habitación con su bendición electrónica. Controló su propia habitación y cerró la puerta de comunicación desde el lado del cuarto de ella. Miró por el balcón y en el baño. Alison permaneció en la puerta del corredor, observándolo.

Se acercó a él.

-¿Te quedarías aquí hasta que vuelva?

-Sí -respondió ella con sencillez.

La besó en los labios, y se quedó cerca, lo sabía, más tiempo del que Alison esperaba; era su mensaje para ella.

-Eres una dama encantadora.

-¿Alea? -Puso sus manos con cuidado sobre los brazos de él y lo miró. -Conozco los síntomas. Créeme, los conozco. No son fáciles de olvidar... Hay cosas que no me estás diciendo, y no te las preguntaré. Esperaré.

-Le das un matiz dramático exagerado, Alison.

-Es gracioso.

-¿Qué cosa?

-Lo que acabas de decir. Yo usaba esas palabras con David. En Málaga. Él estaba nervioso, asustado. Se sentía inseguro de sí mismo. Y de mí. Y yo le dije: "David, estás comportándote de manera exageradamente dramática"... Ahora sé que en ese momento él sabía.

McAuliff le sostuvo la mirada.

-Tú no eres David y yo no soy tú. Ésta es la forma más clara en que puedo decirlo. Ahora, tengo que llegar a un teléfono. Te veré más tarde. Pon el cerrojo.

Volvió a besarla, salió y cerró la puerta tras de sí. Esperó hasta que oyó los sonidos metálicos del cerrojo cuando ella lo echaba; luego se volvió hacia los ascensores.

Las puertas se cerraron, el ascensor bajó. La música suave sonaba sobre la cabeza de diversos hombres de negocios y turistas; el cubículo estaba lleno. Los pensamientos de McAuliff se hallaban centrados en su inminente llamado telefónico a Westmore Tallon, en sus preocupaciones por Sam Tucker.

El ascensor se detuvo en un piso intermedio. Alex miró sin prestar mayor atención los dígitos iluminados, y se preguntó vagamente cómo podía entrar otra persona en el cubículo

Librodot

repleto. No había necesidad de pensar en el problema; los dos hombres que esperaban junto a las puertas que se abrieron vieron la situación, sonrieron e hicieron gesto de que esperarían el próximo ascensor.

Y entonces McAuliff lo vio. Detrás de los paneles que se cerraban con lentitud, en el extremo del corredor. Un hombre fornido con saco oscuro y pantalones claros. Había abierto una puerta y estaba a punto de entrar en una habitación; mientras lo hacía, se echó hacia atrás la chaqueta para volver a poner una llave en el bolsillo. La camisa era amarilla.

La puerta se cerró.

-¡Discúlpenme! ¡Por favor, discúlpenme! -dijo McAuliff, agitado, mientras se estiraba más allá de un hombre con esmoquin ubicado cerca del panel de botones, y apretaba el marcado 2, el siguiente piso del descenso-. Me olvidé de marcar mi piso. Lo lamento muchísimo.

El ascensor, con su impulso de pronto interrumpido, saltó un poco mientras se preparaba para una inesperada detención. Los paneles se abrieron y Alex se deslizó entre los irritados pasajeros, que sin embargo lo dejaron pasar.

Se quedó de pie en el corredor frente a los ascensores y de inmediato apretó el botón hacia arriba. Luego lo reconsideró. ¿Dónde estaban las escaleras?

El cartel de "SALIDA - ESCALERA" era azul con letras blancas. Eso le pareció peculiar; las señales de salida siempre eran rojas. Se hallaba en el extremo del corredor. Caminó con rapidez por el pasillo alfombrado; sonrió nervioso a una pareja que salió de una puerta a mitad de camino. El hombre tenía unos cincuenta años y estaba borracho; la joven tenía apenas veintitantos, estaba sobria y era mulata. Sus ropas eran las de una prostituta cara. Le sonrió a Alex; otro tipo de mensaje. Él lo registró, y sus ojos le dijeron que no estaba interesado pero le deseaba buena suerte, que aprovechara la compañía del borracho todo lo que pudiera.

Empujó la barra de la puerta de salida. El sonido fue demasiado fuerte; la cerró con cuidado y en silencio, aliviado al ver que había un picaporte en la parte interna.

Subió corriendo las escaleras de cemento en puntas de pie, para reducir el sonido de sus pasos. El panel de acero tenía el numeral romano lit escrito en negro sobre la pintura beige. Giró el picaporte con lentitud y abrió la puerta al corredor del tercer piso.

Estaba vacío. Abajo habían comenzado los juegos nocturnos; los jugadores se quedarían en las zonas de competencia hasta que se hubieran perdido o ganado los premios, o los hubieran olvidado gracias al alcohol. Sólo tenía que estar atento a los rezagados o a los demasiado ansiosos, como el borrachín del segundo piso a quien estaba maniobrando con tanta precisión la jovencita mulata. El hombre había entrado en una habitación casi al final del pasillo, pero no en el extremo. No junto a la escalera, tal vez a un tercio de distancia de ésta. A la derecha; había abierto su saco con la mano derecha, revelando así la camisa amarilla. Eso quería decir que ahora se hallaba del otro lado de una puerta situada a la izquierda de Alex. Invirtiendo el punto de vista, se centró en tres... no, cuatro puertas posibles a su izquierda. Comenzando por la segunda puerta desde la escalera, a un tercio de distancia de los ascensores.

¿Cuál?

McAuliff comenzó a caminar por el corredor sin hacer ruido sobre la gruesa alfombra, aplastado contra la pared de la izquierda. Se detuvo delante de cada puerta mientras la pasaba, volviendo la cabeza todo el tiempo, los ojos alertas, los oídos atentos al sonido de voces, el ruido de vasos. A cualquier cosa.

Nada.

Silencio. En todas partes.

Librodot

Miró los números de bronce: 218, 216, 211, 212. Hasta el 210. Más lejos sería incompatible con lo que recordaba.

Se detuvo a mitad de camino y volvió. Tal vez sabía lo suficiente. Lo suficiente como para decírselo a Westmore Tallon. Alison había dicho que el rango de alcance de los micrófonos electrónicos era de cien metros desde la ubicación del equipo receptor. Ese piso, esa sección del hotel, estaba dentro de dicho límite. Detrás de una de esas puertas había un grabador activado por un hombre ubicado frente a un altoparlante o con auriculares en la cabeza.

Tal vez bastara con informar los números de las habitaciones. ¿Por qué seguir buscando?

Sin embargo, sabía que lo haría. Alguien había considerado conveniente entrometerse en su vida de una forma que lo llenaba de repulsión. Pocas cosas lo hacían reaccionar con violencia, pero una de ellas era la concreta y deliberada intrusión en su intimidad. Y la codicia. La codicia también lo enfurecía. La individual, la académica, la empresaria.

Alguien llamado Craft -a causa de su codicia- había ordenado a sus rufianes que invadieran la vida personal de Alex.

Alexander Tarquin McAuliff estaba muy enojado.

Volvió a dirigirse hacia la escalera, andando sobre sus pasos, junto a la pared, pegado a cada puerta, donde se detuvo y se quedó inmóvil, escuchando.

Doscientos doce. 214, 216, 218...

Y de nuevo las recorrió. Era cuestión de paciencia. Detrás de una de esas puertas había un hombre con camisa amarilla. Quería encontrar a ese hombre.

Lo oyó.

Habitación 214.

Era una radio. O un televisor. Alguien había subido el volumen de un televisor. No lograba distinguir las palabras, pero podía oír el entusiasmo detrás de los rápidos estallidos de diálogo que emitía un parlante con interferencias, demasiado fuerte para evitar la distorsión.

De pronto se oyó el chasquido brusco y metálico del cerrojo de la puerta. A unos centímetros de McAuliff, alguien había abierto el cerrojo y estaba a punto de abrir la puerta.

Alex corrió hasta la escalera. No podía evitar hacer ruido; sólo podía reducirlo lo máximo posible mientras se lanzaba al vestíbulo de cemento apenas iluminado. Empujó la pesada puerta de acero lo más rápido y silenciosamente que pudo; aferró el borde con los dedos de la mano izquierda para impedir que la puerta se cerrara del todo y evitar el ruido del metal contra el metal.

Espió por la abertura. El hombre de camisa amarilla salió de la habitación, con su atención todavía centrada en ella. No se hallaba a más de un metro y medio de distancia por el corredor silencioso, silencioso salvo el sonido del televisor. Parecía enojado y antes de cerrar la puerta miró adentro y habló bruscamente con acento del sur.

-¡Baja esa cosa de mierda, maldito mono!

Entonces el hombre de camisa amarilla cerró la puerta y fue apresurado hacia los ascensores. Se quedó en el extremo del corredor, consultó, nervioso, el reloj, se estiró la corbata, se frotó los zapatos contra la parte trasera de los pantalones, hasta que una luz roja, acompañada por una campanilla suave, señaló que se acercaba un ascensor. McAuliff lo observaba desde la escalera, a seis metros de distancia.

Las puertas del ascensor se cerraron y Alex salió al corredor. Se dirigió a la habitación 214 y se quedó inmóvil unos momentos. Era una decisión a la que podía renunciar; podía irse, llamar a Tallon, decirle el número de la habitación, y eso sería todo.

Librodot

Pero no sería demasiado satisfactorio. No sería en absoluto satisfactorio. Tenía una idea mejor. Iba a llevar a quienquiera estuviere en esa habitación ante el propio Tallon. Si a Tallon no le gustaba, podía irse al infierno. Lo mismo Hammond. Dado que se había establecido que los artefactos electrónicos habían sido puestos por un hombre llamado Craft, que de ninguna manera estaba conectado con el elusivo Halidon, a Arthur Craft se le podía enseñar una lección. Los arreglos de Alex con Hammond no incluían abusos de terceras y cuartas partes.

Parecía perfectamente lógico sacar a Craft del juego de ajedrez. Craft mezclaba los temas, confundía la búsqueda.

McAuliff sabía dos cosas concretas de Arthur Craft: era el hijo de Craft padre y era estadounidense. También era un hombre desagradable. Golpeó la puerta debajo del número 214.

-¿Sí, hombre? ¿Quién es, hombre? -fue la respuesta amortiguada que llegó desde adentro.

Alex esperó y volvió a golpear. La voz se acercó más a la puerta. -¿Quién es, por favor, hombre?

-Arthur Craft, ¡idiota!

-¡Ah! ¡Sí, señor, señor Craft, hombre! -La voz denotaba temor. Giró el picaporte; el cerrojo no estaba echado.

La puerta no se había abierto más que unos centímetros cuando McAuliff lanzó un hombro contra ella con el impacto pleno de sus casi noventa kilos. La puerta golpeó contra el jamaiquino de tamaño mediano que había adentro, y lo envió de un golpe al centro de la habitación. Alex aferró el borde de la puerta, que vibraba, y volvió a ponerla en su lugar, con lo cual el ruido de la pesada madera hizo eco a lo largo de todo el corredor.

El jamaiquino recuperó el equilibrio; en sus ojos había una mezcla de furia y miedo. Se lanzó hacia el escritorio del cuarto; había altoparlantes a cada lado. Entre ellos había una pistola.

McAuliff se lanzó hacia adelante; con la mano izquierda trató de tomar la pistola, y con la derecha intentó agarrar cualquier parte del hombre que pudiera. Las manos de ambos se encontraron en el aire, antes de alcanzar el acero de la pistola; Alex aferró la garganta del negro y le clavó los dedos en la carne.

El hombre se soltó de un sacudón; el revólver se deslizó sobre el escritorio hasta caer al piso. McAuliff le pegó un puñetazo al negro en la cara, abrió al instante la mano y lo aferró del cabello, para bajarle la cabeza. Enseguida levantó la rodilla y golpeó con fuerza contra el pecho y la cara del hombre.

Voces de hacía un milenio le volvieron a la mente: "¡Usa las rodillas! ¡Los pies! ¡Agarra! ¡Aprieta! ¡Golpea los ojos! ¡Los ciegos no pueden pelear!... ¡Quiébralo!".

De pronto todo terminó. Las voces desaparecieron. El hombre cayó a sus pies.

McAuliff retrocedió. Estaba asustado; algo le había ocurrido. Durante unos segundos aterradores, había retornado a las colinas de Vietnam. Miró al jamaiquino inmóvil. La cabeza estaba dada vuelta, apoyada contra la alfombra; de los labios rosados salía sangre.

Gracias a Dios, el hombre respiraba.

Era el arma. ¡La maldita arma! No esperaba una pistola. Una pelea, sí. Su rabia lo justificaba. Pero había pensado en el episodio como una lucha intensa, muy rápida. Se enfrentaría, avergonzaría a quien encontrara, a la fuerza obligaría a quienquiera que estuviera controlando las cintas a ir con él. Se proponía humillar, darle una lección a un empresario avaro.

Pero no eso.

Eso era mortal. Era la violencia de la supervivencia.

Librodot

Las cintas. Las voces. Las voces excitadas seguían saliendo de los altoparlantes del escritorio.

No era el televisor lo que había oído. Los sonidos eran los de la cocina del Courtleigh Manor. Hombres que gritaban, otros que respondían enojados; las órdenes de los superiores, las quejas de los subordinados. Todos frenéticos, agitados... en su mayor parte ininteligibles.

Entonces Alex vio las cintas que daban vueltas en el grabador. Por algún motivo, estaba en el suelo, a la derecha del escritorio. Un grabador Wollensack, pequeño y compacto, que giraba como si nada hubiera ocurrido.

McAuliff aferró los dos altoparlantes y los golpeó una y otra vez hasta que la madera se astilló y las cajas se abrieron. Rompió las cintas y los cables y los arrojó por la habitación. Se dirigió a la derecha del escritorio y descargó un rodillazo contra el Wollensack, destrozando los numerosos botones hasta que una nube de humo emergió del interior y las cintas dejaron de girar. Arrancó la cinta; podía quemarla, pero no había nada importante grabado. Hizo rodar los dos carretes por el piso; la delgada franja de cinta formaba una V angosta sobre la alfombra.

El jamaiquino gimió; parpadeó mientras tragaba y tosía.

Alex tomó la pistola del piso y se la metió en el cinturón. Fue al baño, abrió el agua fría y arrojó una toalla al lavatorio.

Tomó la toalla empapada y volvió hasta donde yacía el jamaiquino, lastimado y tosiendo. Se arrodilló, lo ayudó a sentarse y le mojó la cara. El agua chorreó por la camisa y los pantalones del hombre... agua mezclada con sangre.

-Lo lamento -dijo Alex-. No quise lastimarlo. No lo habría hecho si no se hubiera lanzado a buscar la maldita pistola.

-¡Hombre! -El jamaiquino lo interrumpió tosiendo. -¡Hombre loco! -Se agarraba el pecho y hacía muecas de dolor mientras se esforzaba por ponerse de pie. -Rompió... todo, ¡hombre! -dijo el herido, mirando el equipo destrozado.

-¡Claro que lo hice! Quizá su señor Craft reciba el mensaje. Si quiere hacer espionaje industrial, que juegue en el patio trasero de algún otro. Me molestó la intrusión... Adelante, vamos. -Alex tomó al hombre del brazo y comenzó a guiarlo hacia la puerta.

-¡No, hombre! -gritó el negro, resistiéndose.

-¡Sí, hombre! -dijo McAuliff en voz baja-. Usted viene conmigo.

-¿Adónde, hombre?

-A ver a un anciano que administra una pescadería. -Alex lo empujó; el negro se aferraba el costado. Tenía las costillas rotas, pensó McAuliff.

-¡Por favor, hombre! ¡A la policía no, hombre! ¡Pierdo todo! -Los ojos oscuros del jamaiquino rogaban.

-¡Usted tenía un arma, hombre! Eso es algo muy serio.

-El arma no es mía. No tiene balas, hombre.

-¿Qué? .

-¡Mire, vea, hombre! ¡Por favor! Tengo un buen trabajo... no lastimo a nadie.

Alex no lo escuchaba. Buscó la pistola en su cinturón. No era en absoluto un arma.

Era una pistola para carreras. Del tipo de las que usaban los largadores de carreras de velocidad.

-Ah, por el amor de Dios... -Arthur Craft hijo jugaba jueguitos, jueguitos de niños con juguetes de niños.

McAuliff miró al aterrorizado jamaiquino.

Librodot

-De acuerdo, hombre. Sólo le dice a su patrón lo que le dije. La próxima vez lo voy a llevar a los tribunales.

Decir eso fue una tontería, pensó Alex, mientras salía al corredor y cerraba la puerta de un golpe. No habría tribunales; Julian Warfield o su adversario, R. C. Hammond, eran sin duda preferibles. Frente a Dunstone e Inteligencia Británica, Arthur Craft era una nulidad. Una intrusión poco importante. Y según todo parecía indicarlo, ya no seguiría siéndolo.

Salió del ascensor y trató de recordar la ubicación de las cabinas telefónicas. Se hallaban a la izquierda de la entrada, pasando el mostrador, recordó.

Dirigió un saludo a los conserjes, mientras se repetía mentalmente el teléfono privado de Westmore Tallon.

-¿Señor McAuliff? -Quien hablaba era un jamaiquino alto, de hombros muy anchos, subrayados por un saco de nailon ajustado. -¿Sí?

-¿Quiere acompañarme, por favor?

Alex miró al hombre. Era prolijo; sus pantalones estaban planchados, tenía una camisa blanca y corbata debajo del saco. -No... ¿Por qué voy a ir?

-Por favor, tengo muy poco tiempo. Un hombre lo espera afuera. Un tal señor Tucker.

-¿Qué? ¿Cómo...?

-Por favor, señor McAuliff. No puedo quedarme aquí.

Alex siguió al jamaiquino hasta el otro lado de las puertas de vidrio del hotel. Cuando llegaron a la entrada para automóviles, vio que el hombre de camisa amarilla -el hombre de Craft- caminaba por el sendero que venía del estacionamiento; el hombre se detuvo y lo miró, como si no supiera qué hacer.

-Apresúrese, por favor -dijo el jamaiquino, iba a varios pasos más adelante que McAuliff, y echó a correr-. Del otro lado de los portones. ¡El auto está esperando!

Bajaron corriendo por el sendero y pasaron los postes de piedra situados a ambos lados de los portones.

El Chevrolet verde estaba a un costado del camino, con el motor encendido. El jamaiquino abrió la puerta trasera para que Alex subiera.

-¡Suba!

McAuliff lo hizo.

Sam Tucker, cuyo enorme cuerpo ocupaba la mayor parte del asiento de atrás, le tendió la mano.

-¡Qué bueno volver a verte, muchacho!

-¡Sam!

El automóvil arrancó de golpe, arrojando a Alex sobre el asiento. Adelante iban tres hombres. El conductor llevaba una gorra de béisbol; el tercer hombre -casi tan grande como Sam Tucker- estaba aplastado entre el chofer y el jamaiquino que se había dirigido a él en el vestíbulo del Courtleigh. Alex se volvió hacia Tucker.

-¿Qué es todo esto, Sam? ¿Dónde demonios estuviste?

La respuesta, sin embargo, no salió de Sam Tucker. En cambio, el negro de al lado de la ventanilla, el hombre que había guiado a Alex por el sendero para automóviles, se dio vuelta y habló en voz baja.

-El señor Tucker ha estado con nosotros, señor McAuliff... Si se pueden controlar los hechos, somos su contacto con el Halidon.

14

Librodot

Anduvieron casi una hora. Siempre subiendo, cada vez más alto, según le parecía a McAuliff. Los caminos sinuosos subían cada vez más, las curvas eran violentas, cubiertas por lujuriosas cascadas de vegetación tropical. Había tramos de camino sin pavimentar. El auto los tomaba mal; el quejido del tren delantero era prueba del esfuerzo.

McAuliff y Sam Tucker hablaban en voz baja, sabiendo que su conversación era escuchada por los hombres de adelante. A Tucker no parecía molestarle.

La historia de Sam era muy lógica, considerando sus costumbres y su estilo de vida. Sam Tucker tenía amigos o relaciones en muchas partes del mundo que nadie conocía. No era que ocultara de manera intencional sus identidades; sólo formaban parte de su vida personal, no profesional.

Una de esas personas había sido Walter Piersall.

-Te lo mencioné el año pasado, Alexander -dijo Tucker en la oscuridad del asiento trasero-. En Ocho Ríos.

-No me acuerdo.

-Te dije que me había encontrado con un universitario en Carrick Foyle. Iba a pasar un par de fines de semana con él.

"Era eso", pensó McAuliff. El nombre "Carrick Foyle"; claro que lo había oído antes.

-Ahora recuerdo. Algo sobre una serie de conferencias en el Instituto de Kingston.

-Eso es. Walter era un tipo de mucha clase, un antropólogo que no te aburría a muerte. Le mandé un cable diciéndole que volvía.

-También te pusiste en contacto con Hanley. Es el que encendió las alarmas.

-Llamé a Bob después de llegar a Montego. Para pasarlo bien. No había manera de que me conectara con él después. Viajamos rápido y cuando llegamos a donde íbamos, no había teléfono. Me imaginé que se enojaría.

-Estaba preocupado, no enojado. Fue un lindo acto de desaparición.

-Debería conocerme mejor. Tengo amigos en esta isla, no enemigos. Por lo menos, ninguno que conozcamos.

-¿Qué ocurrió? ¿Adónde fuiste?

Tucker le contó.

Cuando Sam llegó a Bahía Montego, había un mensaje de Piersall en el mostrador de llegadas. Tenía que llamar al antropólogo a Carrick Foyle después de que se instalara. Lo hizo, pero un sirviente le dijo que era probable que Piersall no volviera hasta aquella noche, tarde.

Entonces Tucker llamó a su viejo amigo Hanley, y los dos se emborracharon, como era su costumbre cada vez que se reunían.

A la mañana siguiente, mientras Hanley todavía dormía, Sam salió del hotel a buscar cigarros.

-No es el tipo de lugar que tenga un buen servicio de habitaciones, muchacho.

-Me pareció -comentó Alex.

-Al salir a la calle, estos amigos -Tucker hizo un gesto hacia el asiento delantero-, estaban esperándome en una camioneta.

-Al señor Tucker lo estaban siguiendo -interrumpió el negro sentado junto a la ventanilla-. La información llegó al doctor Piersall, y nos envió a Montego para cuidar a su amigo. El señor Tucker se levanta temprano.

Sam sonrió.

-Me conoces. Hasta después de tomar alcohol no puedo dormir mucho.

Librodot

-Lo sé -dijo Alex, que recordaba demasiados cuartos de hotel y campamentos de investigación en los que Tucker había andado vagando a primera hora del alba.

-Hubo un pequeño malentendido -prosiguió Sam-. Los muchachos me dijeron que Piersall me esperaba. Me imaginé, qué demonios, que, ya que los muchachos se habían preocupado tanto por mí que se habían quedado esperándome la noche entera, tenía que irme en seguida con ellos. El viejo Hanley estaría despierto en una hora, más o menos... Lo llamaría desde la casa de Piersall. Pero, maldición, no fuimos a Carrick Foyle. Enfilamos hacia un campamento de bambú sobre el Martha Brae. Nos llevó dos malditas horas llegar allí, un lugar dejado de la mano de Dios, Alex.

Cuando llegaron al campamento de bambú, Walter Piersall saludó a Sam con afecto. Pero en unos minutos Tucker se dio cuenta de que algo le había ocurrido al hombre. No era la misma persona que Sam había conocido un año antes. Había un fanatismo, una intensidad, que no se había revelado doce meses antes.

Walter Piersall estaba implicado en asuntos de la isla. El tranquilo antropólogo se había convertido en un feroz partidario de las batallas que se libraban entre facciones sociales y políticas de Jamaica. De pronto era un celoso guardián de los derechos de los isleños, un enemigo de los explotadores de afuera.

-He visto ocurrir este tipo de cosas docenas de veces, Alexander -dijo Sam-. Desde Tasmania hasta el Caribe; es una especie de fiebre isleña. Posesión... identidad, creo. Los hombres emigran por los impuestos o el clima o lo que demonios sea, y se vuelven protectores autoproclamados de sus santuarios... el católico converso diciéndole al Papa que está equivocado...

Mientras hacía proselitismo por toda la isla, Piersall comenzó a oír rumores sobre una enorme conspiración por el territorio. En su propio patio trasero de la parroquia de Trelawny. Al principio no les prestó atención; implicaban en los hechos a hombres con los cuales uno podía estar en desacuerdo, pero cuya integridad no se hallaba en discusión.

El síndrome de conspiración era una molestia siempre presente en cualquier gobierno nuevo y creciente; Piersall lo entendía. En Jamaica se le daba crédito por el influjo del capital extranjero que buscaba paraísos impositivos, por un parlamento que ordenaba más programas de reforma de los que era capaz de controlar, y por una pequeña y rica aristocracia isleña que trataba de protegerse; el soborno constituía una forma de vida que prevalecía en todas partes.

Piersall había decidido, de una vez por todas, no atender los rumores. Cuatro meses antes había ido al Ministerio de Tierras y presentado una Carta de Intención para comprar cincuenta kilómetros cuadrados de tierras en el borde norte del Cock Pit. Era un gesto inofensivo, en realidad. Semejante compra llevaría años en los tribunales e implicaría respetar de manera satisfactoria tratados isleños históricos; su idea era sencillamente demostrar la disposición de Kingston a aceptar la presentación. Que la tierra no estaba controlada por gente de afuera.

-Desde ese día, Alexander, la vida de Piersall se convirtió en un infierno. -Sam Tucker encendió un delgado cigarro nativo; el humo aromático salía por la ventanilla abierta hacia la oscuridad. -La policía lo acosó, se metió en los patios de su casa docenas de veces por tonterías; sus conferencias fueron canceladas en la universidad y el Instituto; su teléfono fue intervenido, y sus conversaciones, repetidas por los abogados del gobierno... Por fin, los rumores que trató de silenciar lo mataron.

McAuliff no dijo nada durante unos instantes.

-¿Por qué estaba Piersall tan ansioso por ponerse en contacto contigo? -le preguntó a Tucker.

-En mi cable le decía que venía para hacer una gran investigación en Trelawny. Un proyecto de Londres vía Kingston. No quería que pensara que viajaba nueve mil seiscientos kilómetros para ser su invitado; era un hombre ocupado, Alexander.

Librodot

-Pero esta noche estabas en Kingston. No en un campamento de bambú sobre el Martha Brae. Dos de estos hombres -McAuliff hizo un gesto hacia el asiento delantero- me siguieron esta tarde. En este mismo auto.

-Déjeme responderle, señor McAuliff -intervino el jamaiquino sentado junto a la ventanilla, que se dio vuelta y apoyó un brazo sobre el respaldo del asiento-. Kingston interceptó el cable del señor Tuck; le hicieron un agregado propio, hombre. Pensaron que el señor Tuck estaba mezclado con el doctor Piersall, en un mal sentido. Mal sentido para ellos, hombre. Enviaron hombres peligrosos a Montego. Para averiguar qué estaba haciendo el señor Tuck...

-¿Cómo lo sabe? -interrumpió Alex.

Por un instante, el negro miró al conductor. Resultaba difícil afirmarlo, a causa de la escasa luz y las intensas sombras, pero a McAuliff le pareció que el conductor asintió de manera imperceptible.

-Tomamos prisioneros a los hombres que vinieron a Montego siguiendo al señor Tuck. Eso es todo lo que le hace falta saber, hombre. Lo que se supo preocupó mucho al doctor Piersall. Tanto, hombre, que voló a Kingston. A buscarlo a usted, hombre... Al doctor Piersall lo mataron por eso.

-¿Quién lo mató?

-Si lo supiéramos, habría hombres muertos colgados en el parque Victoria.

-¿De qué se enteraron... por los hombres de Montego?

De nuevo el negro que hablaba pareció mirar al conductor. En unos segundos respondió.

-Que la gente de Kingston creía que el doctor Piersall interferiría más. Cuando fue a buscarlo a usted, hombre, les dio la prueba. Matándolo se sacaron un buena piedra del zapato.

-¿Y no saben quién lo hizo...?

-Negros contratados, hombre -interrumpió el negro.

-¡Es una locura! -McAuliff hablaba para sí mismo tanto como para Sam Tucker. -Gente que mata a gente... hombres que siguen a otros hombres. ¡Es una maldita locura!

-¿Por qué es una locura para un hombre que visita el Mercado de Pescados de Tallon? -preguntó de pronto el negro.

-¿Cómo...? -McAuliff calló. Estaba confundido; había sido muy cuidadoso.

-¿Cómo sabe eso? ¡Los perdí en el hipódromo!

El jamaiquino sonrió y sus dientes brillantes captaron la luz de los reflejos que irrumpían a través del parabrisas.

-La trucha de mar en realidad no es preferible a la variedad de agua dulce, hombre.

¡El hombre del mostrador! ¡El indiferente hombre del mostrador con el delantal a rayas!

-El hombre del mostrador es uno de ustedes. Eso está muy bien -dijo McAuliff en voz baja.

-Somos muy buenos. Westmore Tallon es un agente británico... de manera que, al igual que los ingleses, conseguimos ayuda clandestina de los intereses creados. Y por eso fundamentalmente estúpidos. Los compañeros seniles de Tallon pueden confiar en él; sus compatriotas no.

El jamaiquino retiró el brazo del asiento y se volvió hacia adelante. La respuesta había terminado.

Sam Tucker habló con tono pensativo.

-Alexander... ahora dime qué demonios está ocurriendo. ¿Qué hiciste, muchacho?

Librodot

McAuliff lo miró a Sam. Su viejo amigo, enorme, vital y capaz, lo observaba en la oscuridad, mientras rápidos destellos de luz saltaban sobre su rostro. Los ojos de Tucker mostraban confusión y dolor. Y enojo.

Qué demonios había hecho, pensó Alex.

-Aquí estamos, hombre -dijo el conductor, que no había hablado durante todo el viaje.

McAuliff miró por la ventanilla. Ahora el terreno era chato, pero situado en un punto alto de las colinas y rodeado por ellas. Todo estaba iluminado por la luna jamaiquina, que se filtraba a través de las nubes bajas de las montañas Azules. Se hallaban en un camino de tierra; a la distancia, quizás a medio kilómetro, había una estructura, un edificio pequeño con forma de cabaña. Una escasa luz brillaba en una sola ventana. A la derecha había otras dos... estructuras. No edificios, ni casas ni cabañas, nada que pudiera definirse; sólo formas libres, siluetas flojas... ¿translúcidas? Sí... alambres, telas. 0 redes... Eran grandes carpas, apoyadas sobre numerosos postes. Y entonces Alex comprendió: más allá de las carpas el terreno estaba achatado y a lo largo de los bordes, a una distancia de un metro o un metro veinte entre sí, había antorchas apagadas. Las carpas eran hangares camuflados; el terreno, una pista de aterrizaje.

Estaban en un aeropuerto clandestino en las montañas.

El Chevrolet redujo la velocidad a medida que se acercaba a lo que resultó ser una pequeña granja. Había un antiguo tractor más allá del borde del edificio; se veían herramientas de campo -arados, yugos, horquillas- desparramadas al azar. Bajo la luz de la luna las herramientas parecían sólo recuerdos muertos que no se usaban más. Camuflaje.

Como estaban camuflados los hangares.

Un aeropuerto que no aparecía en ningún mapa.

-¿Señor McAuliff? ¿Señor Tucker? ¿Podrían venir conmigo, por favor? -El negro sentado junto a la ventanilla abrió la puerta y bajó. Sam y Alex hicieron lo mismo. El conductor y el tercer jamaiquino se quedaron adentro y, cuando los pasajeros que habían bajado se alejaron del automóvil, el conductor aceleró el motor y se marchó por el camino de tierra.

-¿Adónde van? -preguntó McAuliff, ansioso.

-A esconder el automóvil -respondió el negro-. Kingston envía patrullas aéreas antidroga por la noche, con la esperanza de encontrar aeropuertos como éste. Con suerte, para ubicar aviones ligeros que transportan drogas.

-¿Ésta es la zona de las drogas? Pensé que era más al norte -comentó Tucker.

El jamaiquino rió.

-Marihuana, hachís, amapola... norte, oeste, este. Es una rica industria de exportación, hombre. Pero no nuestra... Vamos, entremos.

La puerta de la granja en miniatura se abrió cuando los tres se acercaron. En el marco estaba el negro de piel clara al que Alex había visto por primera vez con un delantal a rayas detrás del mostrador de Tallon.

El interior de la casita era primitivo: había sillas de madera, una gruesa mesa redonda en el centro del único cuarto, un catre del ejército contra la pared. La llamativa contradicción era un complicado emisor de radio dispuesto sobre una mesa ubicada a la derecha de la puerta. La luz que había visto por la ventana provenía de una lámpara con pantalla, situada frente al equipo; se oía un generador que proveía de la electricidad necesaria.

McAuliff observó todo esto en los primeros segundos en que entró. Luego vio a un segundo hombre, de pie en las sombras del otro lado de la habitación, de espaldas a los demás. El cuerpo -el corte del saco, los hombros, la cintura estrecha, los pantalones de medida-le resultó familiar.

El hombre se dio vuelta; la luz de la lámpara de mesa iluminó sus rasgos.

Librodot

Charles Whitehall miró a IvlcAuliff y meneó con lentitud la cabeza.

La puerta se abrió y entró el conductor del Chevrolet junto con el tercer negro. Fue hasta la mesa redonda ubicada en el centro de la habitación y se sentó. Se sacó la gorra de béisbol, revelando una gran cabeza afeitada.

-Mi nombre es Moore. Barak Moore, señor McAuliff. Para tranquilizar sus temores, hemos llamado a la mujer, Alison Booth. Se le dijo que usted estaba en el Ministerio por una reunión.

-No lo creerá -dijo Alex.

-Si se molesta en averiguar, se le informará que usted está con Latham en un depósito. No hay nada de que preocuparse, hombre.

Sam Tucker se hallaba de pie junto a la puerta; se lo veía relajado pero con expresión de curiosidad. Y fuerte; los gruesos brazos cruzados sobre el pecho, los rasgos marcados por arrugas -tostados por el sol californiano- revelaban su edad y acentuaban su fuerza. Charles Whitehall estaba de pie junto a la ventana de la pared de la izquierda; su rostro arrogante exudaba desprecio.

El negro de piel clara del Mercado de Pescado Tallon y los dos "guerrilleros" jamaiquinos habían colocado sus sillas contra la pared de la derecha, apartados del centro de la atención. Con ello demostraban que Barak Moore era su superior.

-Por favor, siéntense.

Barak Moore indicó las sillas que rodeaban la mesa. Había tres. Tucker y McAuliff se miraron entre sí; no tenía sentido negarse. Se acercaron a la mesa y se sentaron. Charles Whitehall permaneció de pie junto a la ventana. Moore lo miró.

-¿Se unirá a nosotros?

-Si tengo ganas de sentarme -respondió Whitehall. Moore sonrió y habló mientras miraba a Whitehall.

-A Charley le resulta difícil estar en el mismo cuarto que yo, mucho más a la misma mesa.

-¿Entonces por qué está aquí? -preguntó Sam Tucker.

-No lo supo hasta unos minutos antes de aterrizar. Cambiamos de piloto en Savanna-la-Mar.

-Se llama Charles Whitehall -le informó Alex a Sam-. Forma parte de la investigación. Yo tampoco sabía que iba a estar aquí.

-¿Cuál es su campo de investigación, muchacho? -Tucker se reclinó en su silla y le habló a Whitehall.

-Jamaica... muchacho.

-No quise ofenderte, hijo.

-Es ofensivo -fue la sencilla respuesta de Whitehall.

-Charley y yo -prosiguió Barak Moore- estamos en polos opuestos en política. En el país de ustedes, usan el término "basura blanca"; él me considera a mí "basura negra". Más o menos por los mismos motivos: cree que soy demasiado rudo, demasiado ruidoso, demasiado poco limpio. A ojos del Charley soy un tosco revolucionario... y él es un rebelde muy distinguido. -Moore movió la mano frente a él, como en un movimiento de ballet, con intención insultante. -Pero nuestras rebeliones son diferentes, hombre. Quiero a Jamaica para toda la gente. Él la quiere sólo para unos pocos.

Whitehall se mantuvo de pie inmóvil mientras respondía.

Librodot

-Eres tan ciego ahora como lo eras hace décadas. Lo único que ha cambiado es tu nombre, Bramwell Moore. -Whitehall hizo un ruido despectivo mientras proseguía: -Barak... tan infantil y carente de sentido como la filosofía social con la que coincides; el ruido de un sapo salvaje.

Moore tragó antes de responder.

-Te mataría en seguida, creo que lo sabes. Pero sería tan contra-producente como las soluciones que te propones imponer en nuestra patria. Tenemos un enemigo común, tú y yo. Aprovechémoslo, hombre fascista.

-El vocabulario de tus mentores. ¿Lo aprendiste de memoria o te enseñaron a leer?

-¡Un momento! -interrumpió McAuliff, enojado-. Pueden pelearse o insultarse o matarse; todo eso me importa un bledo, ¡pero quiero regresar al hotel! -Se volvió hacia Barak Moore. -Sea lo que fuere lo que tenga que decir, dígalo de una vez.

-Tiene razón, Charley -dijo Moore-. Seguiremos después... Voy a resumir, como dicen ellos. Es un resumen breve, hombre... Que hay planes de desarrollo para una gran zona de la isla, planes que excluyen al pueblo, es algo evidente. La muerte del doctor Piersall lo confirma. Que la investigación geológica de ustedes está vinculada con esos planes, lo suponemos por lógica; en consecuencia, el Ministerio y la Sociedad Real están, en forma consciente o inconsciente, ocultando la identidad de los intereses financieros. Además, el señor McAuliff, aquí presente, no desconoce estos hechos, porque trabaja con Inteligencia Británica a través del despreciable Westmore Tallon... Ése es el resumen. ¿Adónde vamos? -Moore miró a Alex, y sus ojos eran como pequeños cráteres negros en una enorme montaña de piel oscura. -Tenemos derecho a ir a alguna parte, señor McAuliff.

-Antes de arrojarlo contra la pared, muchacho -interrumpió Sam Tucker, para sorpresa de Alex-, recuerde que yo no soy parte de ustedes. No digo que no lo seré, pero no lo soy ahora.

-Creí que estaría tan interesado como nosotros, Tucker. -La ausencia del "señor", pensó McAuliff, era la respuesta hostil de Moore al uso que Sam había hecho de la palabra "muchacho". Moore no se había dado cuenta de que Tucker usaba el término con todo el mundo.

-No se equivoque conmigo -replicó Sam-. Me interesa. Sólo le sugiero que no se vaya de boca tan rápido... creo que deberías decir lo que sabes, Alex.

McAuliff miró a Tucker, luego a Moore, luego a Whitehall. Las instrucciones de Hammond no incluían semejante confrontación. Salvo la advertencia: "Manténgalo simple, apóyese en una parte de verdad".

-La gente de Inteligencia Británica y todo lo que ésta representa, quiere detener este proyecto tanto como usted. Pero necesitan información. Y creen que la tiene el Halidon. Quieren ponerse en contacto con el Halidon. Se supone que yo debo intentar hacer ese contacto.

Alex no sabía qué reacción esperar tras su afirmación, pero por cierto no lo que ocurrió. Los duros rasgos de Barak Moore, grotescos bajo la inmensa cabeza afeitada, cambiaron lentamente de la inmovilidad a la diversión, de la diversión a un abierto estallido de humor, un humor basado en la crueldad. Su gran boca se abrió y estalló en una risa malévola.

Cerca de la ventana se oyó otro sonido, otra risa más aguda, como de un chacal. El elegante cuello de Charles Whitehall se estiró hacia atrás, los ojos miraron el techo, los brazos se cruzaron sobre el saco de medida. Parecía un delgado sacerdote oriental negro que se divertía ante la ignorancia de un novicio.

Los tres jamaiquinos sentados en la hilera de sillas, cuyos dientes blancos resplandecían en las sombras, también sonreían, mientras sus cuerpos se sacudían en una risa silenciosa.

Librodot

-¿Qué es lo que les causa tanta gracia? -preguntó McAuliff, molesto por la incierta humillación.

-¿Gracia, hombre? Esto es mucho más que gracioso. La mangosta persigue a la serpiente venenosa, y la serpiente quiere hacerse amiga. -Moore rió con su risa repugnante una vez más. -¡No responde a ninguna ley de la naturaleza, hombre!

-Lo que Moore le está diciendo, señor McAuliff -interrumpió Whitehall, acercándose a la mesa-, es que es absurdo pensar que el Halidon cooperará con los ingleses. Es inconcebible. El Halidon de esta isla es el que echó a los británicos de Jamaica. Para decirlo sencillamente, al M16 no se le tiene confianza.

-¿Qué es el Halidon? -Alex observó al profesor negro, que permanecía de pie, inmóvil, con los ojos fijos en Barak Moore. -Es una fuerza -respondió Whitehall en voz baja.

McAuliff miró a Moore, que sostenía la mirada de Whitehall. -Eso no dice mucho, ¿no?

-En esta habitación no hay nadie que pueda decirle más, hombre. -Barak Moore pasó su mirada a Alex.

Charles Whitehall habló:

-No hay identidades, McAuliff. El Halidon es un ente invisible, un tribunal sin corte. No estamos mintiéndole, McAuliff. No respecto de esto... Este pequeño contingente aquí presente, estos tres hombres; el cuerpo de elite de Moore, por así decirlo...

-¡Esas palabras tuyas, Charley! ¡No las usamos! ¡Elite! -Barak escupió la palabra.

-No tiene ninguna importancia -prosiguió Whitehall-. Me aventuraría a decir que en toda Jamaica no hay más de quinientas personas que hayan oído hablar del Halidon. Menos de cincuenta conocen con certeza a alguno de sus miembros. Los que los conocen preferirían enfrentar los dolores de Obeah antes que revelar identidades.

-¡Obeah! -exclamó Sam Tucker con tono despectivo, pues conocía el culto fanático que llenaba de terror a miles y miles de mentes nativas, la contraparte jamaiquina del vudú haitiano. -¡Obeah es una mierda, muchacho! ¡Cuanto antes lo sepa la gente de las colinas y de las aldeas, mejor estarán!

-Si cree que se limita a las colinas y las aldeas, está tristemente equivocado -replicó Whitehall-. En Jamaica nosotros no ofrecemos a Obeah como una atracción turística. Le tenemos demasiado respeto.

Alex levantó los ojos hacia Whitehall.

-¿Usted lo respeta? ¿Es creyente?

Whitehall le clavó la mirada a McAuliff, con ojos sabios y un rastro de humor.

-Sí, señor McAuliff, respeto a Obeah. He rastreado sus huellas hasta sus orígenes en la Madre África. He visto lo que se hace en las estepas, en las selvas. Respeto; no digo compromiso ni creencia.

-Entonces el Halidon es una organización. -McAuliff sacó sus cigarrillos. Barak Moore tendió la mano para aceptar uno; Sam Tucker se inclinó hacia adelante en su silla. Alex prosiguió. -Una sociedad secreta que tiene mucha influencia. ¿Por qué?... ¿Obeah?

-En parte, hombre -respondió Moore, tras encender su cigarillo como un hombre que no fuma a menudo-. También es muy rica. Se rumorea que posee riquezas que van más allá de lo que cualquiera pueda imaginar, hombre.

De pronto McAuliff se dio cuenta de lo obvio. Miró de Charles Whitehall a Barak Moore.

-¡Dios Todopoderoso! ¡Están tan ansiosos como yo por alcanzar al Halidon! ¡Como inteligencia Británica!

Librodot

-Así es, hombre -Moore aplastó sobre la superficie de la mesa el cigarrillo apenas fumado.

-¿Por qué? -preguntó Alex.

Respondió Charles Whitehall.

-Estamos tratando con dos gigantes, señor McAuliff. Uno negro y uno blanco. El Halidon debe ganar.

15

La reunión en la granja aislada en lo alto de las colinas de las montañas Azules se extendió hasta las dos de la mañana.

Se acordó un objetivo común: tomar contacto con el Halidon.

Y dado que era convincente la idea de Barak Moore y Charles Whitehall, de que el Halidon no trataría de manera directa con Inteligencia Británica, McAuliff accedió además a cooperar con los dos antagonistas negros. Barak y sus guerrilleros de elite ofrecerían seguridad adicional al equipo de investigación. Dos de los tres hombres sentados contra la pared de la granja volarían a Ocho Ríos y serían contratados como acarreadores.

Si los jamaiquinos sospechaban que sabía más de lo que les decía, no lo presionaron, pensó Alex. Aceptaron su historia -ahora contada por segunda vez a Whitehall- de que al principio había tomado la investigación como una inversión para futuros trabajos. Desde Kingston, el M16 era una complicación que le habían endilgado.

Era como si hubieran entendido que tenía sus propias preocupaciones, desvinculadas de las de ellos. Y sólo cuando estuviera seguro de que tales preocupaciones no estaban en conflicto se mostraría más franco. Las circunstancias lo habían forzado a entrar en una guerra en la que no quería tomar parte; pero una cosa estaba clara por sobre todas las otras consideraciones: la seguridad de aquellos a los que había llevado a la isla.

Dos cosas. Dos millones de dólares.

De cualquiera de los enemigos, Dunstone o Inteligencia Británica.

-El M16 de Londres no le dijo, entonces, quién está detrás de esta violación de la tierra -dijo Barak Moore-. Esto va más allá de los lacayos de Kingston, hombre.

-Si los británicos se ponen en contacto con el Halidon, le dirán lo que saben -afirmó McAuliff-. Estoy seguro. Quieren armar su información; eso fue todo lo que me dijeron.

-Lo que quiere decir que los ingleses suponen que el Halidon sabe mucho -comentó Whitehall con tono pensativo-. Me pregunto si es así.

-Tienen sus motivos -dijo Alex con cautela-. Hubo un grupo de investigación anterior.

Los jamaiquinos lo sabían. Su desaparición era prueba de la oposición del Halidon, o tal vez se trataba de un acto aislado de robo y asesinato por parte de una banda de gente primitiva de las colinas de Cock Pit. No había forma de saberlo.

Círculos dentro de círculos.

¿Qué pasaba con el marqués de Chatellerault? ¿Por qué había insistido en reunirse con Whitehall en Savanna-la-Mar?

-El marqués es un hombre nervioso -dijo Whitehall-. Afirma que tiene intereses muy grandes en la isla. Esta investigación le huele a pescado podrido.

-¿Se le ocurrió que Chatellerault también está implicado? -McAuliff le habló directamente al profesor negro. -El M15 y el 6 así lo creen. Tallon me lo dijo esta tarde.

-Si es así, el marqués no confía en sus colegas.

Librodot

-¿Chatellerault mencionó a alguna otra persona del equipo? -preguntó Alex, temiendo la respuesta.

Whitehall miró a McAuliff y se limitó a responder:

-Hizo varias alusiones y le dije que no me interesaban los temas secundarios. No eran pertinentes; lo dejé en claro.

-Gracias.

-De nada.

Sam Tucker levantó las cejas en expresión de duda.

-¿Qué demonios era pertinente? ¿Qué quería?

-Que lo mantuviera informado sobre el avance de la investigación.

-¿Por qué pensó que usted lo haría? -Sam se inclinó hacia adelante en la silla.

-Me pagarían muy bien, para empezar. Y podría haber otras áreas de interés, aunque, con franqueza, no las hay.

-¡Ja, hombre! -interrumpió Moore-. ¡Creen que a Charley pueden comprar! ¡Saben cómo son las cosas con Barak Moore!

Whitehall miró al revolucionario sin darle importancia.

-Hay poco por lo que puedan pagarte. -Abrió su cigarrera de plata; Moore sonrió al verla. Whitehall la cerró con lentitud, la puso a su derecha y encendió su cigarrillo con un fósforo. -Vamos. Preferiría no quedarme aquí la noche entera.

-De acuerdo, hombre. -Barak miró a cada uno de los hombres. -Queremos lo mismo que el inglés. Llegar al Halidon. -Moore pronunció la palabra en dialecto jamaiquino: Hollydawn. -Pero el Halidon debe venir a nosotros. Debe haber un fuerte motivo; no podemos gritar para que venga. No vendrá así no más.

-No comprendo un carajo nada de esto -dijo Tucker, y encendió un cigarro-. Pero si esperan a que se manifieste, pueden quedarse con el culo en la silla un largo tiempo.

-Creemos que hay una manera. Creemos que el doctor Piersall nos la dio. -Moore encorvó los hombros, transmitiendo una sensación de incertidumbre, como si no estuviera seguro de qué palabras emplear. -Durante meses, el doctor Piersall trató de... definir al Halidon. Buscarlo, entenderlo. Estudió la historia del Caribe, de los arawak, de África. Para encontrar un sentido. -Moore hizo una pausa y miró a Whitehall. -Leyó tus libros, Charley. Le dije que eras un mentiroso, una cabra enferma. Me aseguró que no mentías en tus libros... A partir de muchas cosas pequeñas, el doctor Piersall armó algunas piezas del rompecabezas; así lo llamaba. Sus papeles están en Carrick Foyle.

-Un momento. -Sam Tucker estaba irritado. -Walter habló sin parar durante dos días. En el Martha Brae, en el avión, en el Sheraton. Nunca mencionó nada de eso. ¿Por qué no lo hizo? -Tucker miró a los jamaiquinos que estaban contra la pared, a los dos hombres que lo acompañaban desde Bahía Montego.

Respondió el que había hablado en el Chevrolet.

-Lo habría hecho, hombre. Acordamos esperar hasta que McAuliff estuviera con usted. No es una historia que se repite a menudo.

-¿Qué sacó Piersall del rompecabezas? -preguntó Alex.

-Sólo una parte, hombre -contestó Barak Moore-. Sólo parte del rompecabezas estaba armado. Pero el doctor Piersall llegó a armar varias teorías. Por empezar, Halidon es una rama de la tribu coromantí. Se aislaron después de las guerras de los marrones, pues no aceptaban los tratados que recurrían a la nación marrón, los coromantís, para perseguir y capturar a esclavos que se habían escapado de los ingleses. El Halidon no quería convertirse en cazador de los hermanos africanos. Durante décadas fueron nómades. Luego, tal vez hace doscientos o doscientos cincuenta años, se instalaron en un lugar. Desconocido, inaccesible para el mundo

Librodot

exterior. Pero no se divorciaron del mundo exterior. Enviaron a hombres selectos para cumplir lo que los mayores creían que debía realizarse. Hasta el día de hoy es así. Se llevan mujeres para tener hijos, con el fin de evitar los problemas de la endogamia... Y dos aspectos finales: la comunidad Halidon habita en lo alto de las montañas, donde los vientos son fuertes; de eso Piersall estaba seguro. Por último, el Halidon posee grandes riquezas... Éstas son las piezas del rompecabezas; faltan muchas.

Nadie habló durante unos momentos. Entonces Tucker rompió el silencio.

-¡Toda una historia! -exclamó-, pero no sé adónde nos lleva. Nuestro conocimiento no los hará salir. Y Piersall dijo que no podíamos ir tras ellos. ¡Maldición! Si esta... tribu vive en las montañas desde hace doscientos años y nadie la ha encontrado, !no es probable que lo logremos nosotros, muchacho! ¿Cuál es "la manera" que propuso Walter?

Respondió Charles Whitehall.

-Si las conclusiones del doctor Piersall son ciertas, la manera consiste en conocerlos, señor Tucker.

-¿Podría explicarse? -pidió Alex.

En una inesperada demostración de deferencia, el profesor erudito se volvió hacia los bruscos guerrilleros.

-Creo... que Barak Moore debería ampliar las cosas. Creo que la clave está en lo que dijo hace unos minutos. Que el Halidon debe tener fuertes motivos para ponerse en contacto con nosotros.

-No te equivocas, hombre. El doctor Piersall estaba seguro de que, si al Halidon le llegaban noticias de que su existencia, y su gran riqueza, había sido confirmada por un pequeño grupo de hombres responsables, enviarían un emisario. Cuidan de su riqueza por sobre todas las cosas, según creía Piersall. Pero tienen que estar convencidos más allá de toda duda... Ésa es la manera.

-¿Quién los convence? -preguntó Alex.

-Alguien debe viajar a la ciudad marrón, en la frontera de Cock Pit. Esa persona tendría que pedir una audiencia con el coronel del pueblo marrón, y ofrecer pagarle mucho, mucho dinero. El doctor Piersall estaba convencido de que este hombre, cuyo título ha pasado de una generación a la otra dentro de la misma familia tribal, es el único vínculo con el Halidon.

-Entonces se le cuenta la historia a él.

-¡No, McAuliff, hombre! Ni siquiera en el coronel de los marrones puede confiarse. En cualquier caso, no tendría sentido para él. Los estudios del doctor Piersall indicaban que el Halidon mantiene abierta una línea perpetua con los hermanos africanos. Se la llamaba "nagarro"...

-La lengua akwamu -interrumpió Whitehall-. La lengua se ha extinguido, pero existen derivaciones en los dialectos ashanti y mossai-grusso. "Nagarro" es una abstracción, cuya mejor traducción sería "un espíritu materializado".

-Un espíritu... -Alex comenzó a repetir la frase, pero se detuvo. -Prueba... prueba de algo real.

-Sí -respondió Whitehall.

-¿Dónde está? -preguntó McAuliff.

-La prueba está en el sentido de otra palabra -dijo Barak Moore-. El sentido de la palabra "Halidon".

-¿Cuál es?

-No lo sé...

-¡Maldición! -estalló Sam Tucker. Barak Moore levantó una mano para hacerlo callar.

Librodot

-Piersall lo averiguó. Se le debe entregar al Coronel del pueblo marrón, para que la lleve a las montañas.

Las mandíbulas de McAuliff estaban tensas; se controlaba lo mejor que podía.

-No podemos entregar lo que no tenemos.

-Lo tendrás, hombre. -Barak le clavó los ojos a Alexander. -Hace un mes, el doctor Piersall me llevó a su casa de Carrick Foyle. Me dio instrucciones. En caso de que algo le ocurriera, tenía que ir a un lugar del bosque de su propiedad. He guardado ese lugar en la memoria, hombre. Allí, enterrado muy hondo, hay un paquete de tela encerada. Dentro del paquete hay un papel; en él está escrito el sentido del Halidon.

Cuando volvieron hacia Kingston, el chofer fue el jamaiquino que sin duda era el segundo de Barak Moore, el negro que había hablado en el viaje hacia el aeropuerto. Su nombre era Floyd. Charles Whitehall se sentó adelante, con él; Alex y Sam Tucker, atrás.

-Si necesitan historias para contar mañana respecto de dónde estuvieron -les dijo Floyd a todos-, hubo una larga reunión para definir el equipo en el depósito del Ministerio. En la calle Crawford, cerca de los muelles. Puede verificarse.

-¿Con quién nos reunimos? -preguntó Sam.

-Con un hombre llamado Latham. Él está a cargo...

-¿Latham? -interrumpió Alex, que recordaba de manera muy vívida su conversación con el hombre del Ministerio, aquella tarde-. Es el que...

-Lo sabemos -lo interrumpió Floyd, sonriendo por el espejo retrovisor a McAuliff-. Es uno de nosotros, hombre.

Entró en la habitación lo más silenciosamente que pudo. Eran cerca de las tres y media de la madrugada: el Courtleigh Manor estaba en silencio, los juegos nocturnos habían terminado. Cerró la puerta con sumo cuidado y comenzó a cruzar la habitación sobre la suave alfombra. Había una luz encendida en el cuarto de Alison; la puerta se hallaba abierta unos treinta centímetros. Su propio cuarto estaba oscuro. Alison había apagado todas las lámparas, encendidas cuando él se había ido, cinco horas antes.

¿Por qué lo había hecho?

Se acercó a la puerta apenas abierta al tiempo que se sacaba la chaqueta.

Se oyó un "clic" detrás de él. Se dio vuelta. Un segundo después se encendió el velador, inundando la habitación con su suave luz.

Alison estaba sentada en la cama de él; en la mano derecha aferraba la pequeña arma mortal "entregada por la policía de Londres"; enseguida la dejó a su lado y la tapó con las sábanas.

-Hola, Alex.

-Hola. -Fue un momento incómodo.

-Me quedé aquí porque pensé que podía llamar tu amigo Tucker. No habría oído el teléfono.

-Hay motivos mejores. -Sonrió y se acercó a la cama. Ella tomó el cilindro y lo cerró. Se oyó el mismo "clic" que unos segundos antes. Puso la extraña arma sobre la mesa de luz.

-Además, quería hablar.

-Qué amenazadora. -Alex se sentó. -No pude llamarte... todo ocurrió muy rápido. Apareció Sam; se presentó de pronto en el vestíbulo de entrada y me preguntó por qué estaba

Librodot

tan enojado... Entonces, mientras se estaba registrando, llegó una llamada de Latham. Tenía mucha prisa; muchos equipos no se habían enviado a Boscobel...

-Tu teléfono no sonó -lo interrumpió Alison en voz baja.

-¿Qué?

-El señor Latham no llamó a tu habitación.

McAuliff estaba preparado; había recordado una "pequeña cosa". -Porque yo había dejado dicho que estábamos cenando. Enviaron un mensaje al comedor.

-Muy bien, Alex.

-¿Qué te pasa? Le dije al conserje que te llamara y te explicara. Estábamos apurados; Latham dijo que teníamos que ir al depósito... en la calle Crawford, junto a los muelles... antes de que cerraran los registros de la noche.

-Eso no está tan bien. Puedes hacerlo mejor.

McAuliff vio que Alison estaba en extremo seria. Y enojada.

-¿Por qué lo dices?

-No me llamaron de la conserjería; no hubo ningún conserje que me explicara nada... -Me llamó un "asistente" del señor Latham. Tampoco lo hizo muy bien. No sabía qué decirme cuando le pedí hablar con el señor Latham; no lo esperaba... ¿Sabías que Gerald Latham vive en el distrito Barbican, de Kingston? Figura en la guía telefónica.

Alison calló; el silencio era tenso. Alex habló en voz baja: -Estaba en su casa.

-Estaba en su casa -confirmó Alison-. No te preocupes. No supo quién lo llamó. Hablé primero con una mujer y luego, cuando él atendió el teléfono, colgué.

McAuliff aspiró hondo y buscó en el bolsillo de su camisa el paquete de cigarrillos. No sabía qué decir.

-Lo lamento.

-Yo también -dijo ella en voz baja-. Te escribiré una carta de renuncia por la mañana. Tendrás que facilitarme un adelanto para el pasaje de vuelta y cualquier otro gasto. Me lo merezco. Durante un tiempo necesitaré todo el dinero que tengo. Estoy segura de que encontraré un cargo.

-No puedes hacer eso. -McAuliff se descubrió diciendo las palabras con fuerza, con total convicción. Y sabía por qué. Alison estaba dispuesta a dejar la investigación; iba a dejarla. Si su motivo, o sus motivos, para ir a Jamaica no eran los que había manifestado, no lo haría. -¡Por el amor de Dios, no puedes renunciar porque te mentí respecto de unas pocas horas! ¡Maldición, Alison, no soy responsable ante ti!

-¡Ah, deja de comportarte como un imbécil pomposo y ofendido! Tampoco lo haces demasiado bien... No voy a meterme en el laberinto de nuevo; estoy harta de eso. ¡Harta! ¿Me oyes? -De pronto se le quebró la voz y contuvo el aliento; el miedo apareció en sus ojos. -No puedo soportarlo más.

Él la miró.

-¿Qué quieres decir?

-Describiste con todos los detalles una larga entrevista con la policía de Jamaica esta tarde. La comisaría, el distrito, los oficiales... muy detallado, Alex. Los llamé después de que colgué con Latham. Jamás oyeron tu nombre.

16

Librodot

Sabía que tenía que volver al comienzo, al comienzo mismo de la locura. Tenía que contarle la verdad. Era un alivio compartirlo. Todo. Para que tuviera sentido, el sentido que fuere.

Lo hizo.

Y a medida que contaba la historia, se descubrió tratando de entenderlo todo de nuevo. Habló con lentitud, en realidad con monotonía; era la voz de un hombre que hablaba a través de la niebla de la confusión.

Le contó sobre el extraño mensaje de Dunstone que lo llevó desde Nueva York a Londres, y sobre un hombre llamado Julian Warfield. Sobre un "analista financiero", en el hotel Savoy, cuya tarjeta de plástico lo identificaba como "R. C. Hammond, Inteligencia Británica". Los días tensos que significó vivir en dos mundos que negaban su propia realidad: el entrenamiento a escondidas, las reuniones secretas, los cambios de vehículo, la contratación del personal de investigación con pretextos falsos en lo fundamental. Sobre un débil y aterrado James Ferguson, contratado para espiar la investigación por un hombre llamado Arthur Craft hijo, que no se contentaba con ser uno de los hombres más ricos de Jamaica. Sobre un arrogante Charles Whitehall, cuya inteligencia y erudición no podían elevarlo por encima de una fanática devoción a un concepto gastado, anticuado y deshonrado. Sobre un pequeño isleño artrítico, cuya sangre francesa y africana le había abierto camino en la aristocracia jamaiquina y el M16 por medio de Eton y Oxford.

Sobre el extraño relato de Sam Tucker acerca de la transformación de Walter Piersall, antropólogo, convertido por la "fiebre isleña" en un autoproclamado guardián de su santuario tropical.

Y por fin sobre un guerrillero revolucionario con la cabeza afeitada llamado Barak Moore. Y la búsqueda por parte de todos de un "ente invisible" llamado Halidon.

Una locura. Pero muy, muy real.

El sol lanzaba sus rayos de luz temprana sobre las nubes grises amontonadas encima de las montañas Azules. McAuliff se sentó en el marco de la puerta del balcón; los húmedos aromas del amanecer jamaiquino subían de los terrenos mojados y bajaban de las altas palmeras, refrescando sus fosas nasales y su piel.

Casi había terminado. Había hablado durante una hora y cuarenta y cinco minutos. Quedaba sólo el marqués de Chatellerault.

Alison continuaba en la cama, sentada contra las almohadas. Sus ojos estaban cansados, pero no los apartaba de él.

Alex se preguntó qué diría -o haría- cuando mencionara a Chatellerault. Tenía miedo.

-Estás cansada, y yo también. ¿Por qué no terminamos por la mañana?

-Es de mañana.

-Más tarde, entonces.

-No me parece. Preferiría oírlo todo de una vez.

-No hay mucho más.

-Entonces diría que te guardaste lo mejor para el final. ¿Tengo razón? -No podía ocultar la silenciosa alarma que sentía. Apartó los ojos, mirando la luz que entraba por las puertas del balcón. Ya estaba más luminoso, con esa extraña mezcla de amarillo pastel y naranja oscuro propia de los amaneceres jamaiquinos.

-Sabes que se refiere a ti...

-Por cierto. Lo sé. Lo supe anoche. -Volvió a clavarle la mirada. -No quería reconocerlo... pero lo sabía. Era todo demasiado prolijo.

-Chatellerault -dijo él con suavidad-. Está aquí.

Librodot

-Oh, Dios -susurró ella.

-No puede tocarte. Créeme.

-Me siguió. Oh, Dios mío...

McAuliff se puso de pie y se dirigió a la cama. Se sentó en el borde y le acarició el cabello.

-Si creyera que puede lastimarte, nunca te lo habría dicho. Sencillamente haré... que lo quiten del medio.

"Oh, Cristo", pensó Alex. Con qué facilidad surgían las nuevas palabras. ¿Dentro de cuánto usaría "matar" o "eliminar"?

-Desde el principio mismo, todo estuvo programado. Yo estuve programada. -Ella miró al balcón, y dejó que Alex le acariciara la cara, como si no se diera cuenta. -Debería haberme dado cuenta; no te dejan ir con tanta facilidad.

-¿Quiénes?

-Todos, mi querido -respondió; tomó la mano de él y la llevó a sus labios-. Dales el nombre que quieras; no importa. Las cartas, los números, la tontería con aspecto oficial... Me lo advirtieron, no puedo decir que no.

-¿Cómo? -Él la obligó a mirarlo. -¿Cómo que te lo advirtieron? ¿Quién te advirtió?

-Una noche, en París. Hace apenas tres meses. Había terminado la última de mis entrevistas en el... carnaval subterráneo, así como lo llamaba.

-¿lnterpol?

-Sí. Me encontré con un tipo y su mujer. En una sala de espera. No se supone que ocurra así; el aislamiento es en extremo importante, pero alguien tomó sus habitaciones por error... Eran ingleses. Dispusimos comer tarde, juntos... Él era intermediario de Porsche de Macclesfield. Él y su esposa estaban en el límite de sus fuerzas. Lo habían reclutado porque su trabajo, los autos, se usaban para transportar certificados de mercadería robados de casas de cambio europeas. Cada vez que creía haber terminado, encontraban nuevos motivos para que continuara, por lo general sin decírselo. Hacía casi tres años; estaba a punto de volverse loco. Iban a dejar Inglaterra, viajar a Buenos Aires.

-Podía decir que no. No podían forzarlo.

-No seas ingenuo, querido. Cada nombre que aprendes es un nuevo gancho, cada nuevo método de operación que informas es una muesca más en tu experiencia. -Alison rió con tristeza. -Has viajado a la tierra del informador. Tienes un estigma propio.

-Te lo digo de nuevo: Chatellerault no puede tocarte.

Ella calló un momento, antes de tomar conciencia de las palabras de él, de su ansiedad.

-Esto puede sonarte extraño, Alex. Es decir, no soy una persona valiente, para nada soy alguien rebosante de coraje, pero no le tengo gran temor a él. Lo aterrador, el temor, son ellos. No me dejarán ir. No importa lo que hayan prometido, los acuerdos, las garantías. No pueden resistirse. Un archivo en alguna parte, o una computadora, se activó y surgió su nombre; automáticamente el mío apareció en un banco de datos. Así fue: factor x más factor Y, subtotal: tu vida no es tuya. Nunca se acaba. Vives con ese miedo todo el tiempo.

Alex la tomó por los hombros.

-No hay ley, Alison. Podemos hacer las valijas; podemos irnos.

-Mi querido, mi querido... No puedes. ¿No lo ves? Es lo que está detrás de ti: los acuerdos, los incontables archivos llenos de palabras, tus palabras... no puedes negarlos. Para cruzar fronteras, necesitas papeles; para tu trabajo, necesitas referencias. Si conduces un auto o tomas un avión o pones dinero en un Banco... Tienen todas las armas. No puedes esconderte de ellos.

Librodot

McAuliff la soltó y se puso de pie. Tomó de la mesa de luz el reluciente cilindro de gas, miró la leyenda y la fecha de emisión en tinta. Fue hacia las puertas del balcón y respiró hondo; se percibía el suave, muy suave aroma de la vainilla con un mínimo rastro de especias.

Ron de la bahía y vainilla.

Jamaica.

-Estás equivocada, Alison. No debemos escondernos. Por una cantidad de motivos, debemos terminar lo que comenzamos; tienes razón con respecto a eso. Pero te equivocas respecto de la conclusión. Se acaba. Se acabará. -Se volvió hacia ella. -Acepta mi palabra de que así será.

-Me gustaría. En serio me gustaría. Pero no veo cómo.

-Un viejo juego de infantería. Haz a los otros antes de que puedan hacerte a ti. Los Hammonds y los Interpol de este mundo nos usan porque tenemos miedo. Sabemos lo que pueden hacer a lo que creemos que son nuestras ordenadas vidas. Eso es legítimo; son unos cretinos. Y lo admitirán... ¿Pero alguna vez has pensado en la magnitud del desastre que podemos causarles a ellos? Eso también es legítimo, porque también podemos ser unos cretinos. Haremos ese juego, con guardias armados en todos nuestros flancos. Y cuando terminemos, terminaremos. Con ellos.

Charles Whitehall se sentó en la silla, con un pequeño vaso de Pernod sobre la mesa que había a su lado. Eran las seis de la mañana; no se había acostado. No tenía sentido tratar de dormir; el sueño no acudiría.

Dos días en la isla, y las llagas de una década atrás se habían reabierto. No lo esperaba; esperaba controlar todo. No ser controlado.

Su enemigo ahora no era el enemigo -los enemigos- que había esperado diez años para combatir: los gobernantes de Kingston; peor, tal vez, los radicales como Barak Moore. Era un nuevo enemigo, igualmente despreciable e infinitamente más poderoso, porque poseía los medios para controlar a su amada Jamaica.

Controlarla por la corrupción; en última instancia ser su dueño... poseerla.

Le había mentido a Alexander McAuliff. En Savanna-la-Mar, Chatellerault había admitido sin tapujos que formaba parte de la conspiración de la parroquia Trelawny. Inteligencia Británica tenía razón. La riqueza del marqués era intrínseca al desarrollo de los muchos kilómetros cuadrados sin explotar de la costa norte y de Cock Pit. Y se proponía ocuparse de que su inversión estuviera protegida. Charles Whitehall constituía su primera línea de protección, y si Charles Whitehall fallaba, lo destruirían. Así de simple. Chatellerault no había sido para nada oscuro al respecto. Se había sentado frente a él y esbozado su fina sonrisa gala y recitado los hechos... y los nombres... de la red oculta que Whitehall había desarrollado en la isla a lo largo de la última década.

Había rematado su relato con la información más perjudicial de todas: el programa y los métodos que Charles y su partido político planeaban seguir en su camino hacia el poder en Kingston.

El establecimiento de una dictadura militar con un líder no militar al que todos se hallaban sometidos: Pretorio de Jamaica era el título, Charles Whitehall, el hombre.

Si Kingston supiera esas cosas... bueno, Kingston reaccionaría.

Pero Chatellerault dejó en claro que los objetivos individuales de ambos no estaban necesariamente en conflicto. Había zonas -filosóficas, políticas, financieras- en las cuales sus intereses podían mezclarse con facilidad. Pero primero venía la actividad en la costa norte. Eso era inmediato; era el trampolín para todo lo demás.

El marqués no dio el nombre de sus socios -Whitehall tuvo la clara impresión de que Chatellerault no sabía con certeza quiénes eran-, pero resultaba a todas luces evidente que no

Librodot

confiaba en ellos. En un nivel parecía cuestionar los motivos; en otro, era una cuestión de capacidades. Habló brevemente acerca de interferencias y/o chapucerías previas, pero no se detuvo en los hechos.

Era obvio que los hechos se relacionaban con la primera investigación.

¿Qué había ocurrido?

¿Era el Halidon responsable?

¿Era el Halidon capaz de interferir?

¿Existía en realidad el Halidon?

El Halidon.

Tendría que analizar los papeles antropológicos de Piersall, separar las fantasías exóticas propias de un extranjero de la realidad de la isla. Hubo una época, hacía diez años, en que los rastafaris eran símbolos del terror africano, antes de que se revelara que eran niños duros de marihuana, con el cabello pringoso y sucio y un deseo colectivo de eludir el trabajo. Y estaban los pocomanianos, con sus altos sacerdotes barbudos que insertaban la orgía sexual en las generosidades abstractas de la ética cristiana: una excusa socio-religiosa para la promiscuidad. 0 las sectas anansi, herederas de la olvidada creencia ashanti en la sabiduría de la araña, sobre la cual estaba modelado todo progreso vital.

Habían tantas. Tan a menudo paranoicas desde el punto de vista metafísico; tan fragmentadas, tan oscuras.

¿Había alguna diferencia entre ellas y el Halidon, Hollydawn?

En esta coyuntura, para Charles Whitehall no tenía importancia. Lo que importaba era su propia supervivencia y la supervivencia de sus planes. Sus metas se cumplirían manteniendo a Chatellerault bajo control e infiltrando la estructura de la jerarquía financiera del marqués.

Y trabajando con su primer enemigo, Barak Moore.

Trabajar con ambos enemigos.

Los enemigos de Jamaica.

James Ferguson manoteó el interruptor de la lámpara situada al lado de la cama. Sus movimientos derribaron un cenicero y un vaso; cayeron al suelo, donde se hicieron añicos. La luz entraba a través de las cortinas abiertas; era consciente de ella a pesar del dolor terrible que sentía en los ojos y en toda la cabeza, de una sien a la otra. Un dolor que le producía estallidos de oscuridad que le envolvían el interior de los ojos. Miró el reloj mientras se cubría la cara del resplandor débil de la lámpara. Eran las seis y cuarto.

¡Oh, Dios! Le dolía tanto la cabeza que las lágrimas se le amontonaban en las comisuras de los ojos. Punzadas de dolor -agudas, inmovilizadoras- le recorrieron el cuello hasta los hombros, hasta los brazos. Su estómago se hallaba en un estado de suspensión tensa; si pensaba en ello, se descompondría y vomitaría.

No era excusa considerar la cantidad de alcohol que había consumido la noche anterior. McAuliff no podía acusarlo de haber actuado. Se había emborrachado. Se había emborrachado mucho. Y con buena razón.

Arthur Craft le había telefoneado en estado de pánico. ¡De pánico!

Craft hijo había sido atrapado. McAuliff había descubierto la habitación donde se hacían las grabaciones y le había dado una paliza a alguien. Craft gritaba por el teléfono, preguntando de dónde había sacado McAuliff su nombre.

¡No de él!, por cierto. Ferguson no había dicho nada.

Librodot

Craft aullaba e insultaba al "negro de mierda del grabador", convencido de que el "negro del carajo" le había confesado todo a McAuliff, agregando que el cretino nunca se acercaría a un tribunal. "Si llegara a eso."

Si llegara a eso.

-Nunca me vio -había aullado Craft hijo-. ¡Nunca hablamos! ¡No nos vimos! ¡Tenga eso bien en claro, grandísimo hijo de puta! -Por supuesto, por supuesto, señor Craft -había respondido Ferguson-. Pero entonces, señor... hablamos, ¿no es así? Esto no tiene que cambiar nada.

Se había quedado petrificado, pero había dicho las palabras. Con tranquilidad, sin mayor énfasis. Pero su mensaje había sido claro.

Arthur Craft, hijo, se hallaba en una posición incómoda. Craft hijo no debería estar aullando; debía ser educado. Tal vez hasta solícito.

Después de todo, habían hablado...

Craft entendió. La comprensión fue primero indicada por su silencio, luego confirmada por sus siguientes palabras.

-Nos mantendremos en contacto.

Había sido tan simple. Y si Craft hijo lo quería distinto, si quería que las cosas no fueran como eran, bueno, Craft controlaba una fundación enormemente rica. Por cierto podría encontrar algo para un botánico muy, pero muy talentoso.

Cuando colgó el teléfono, la noche anterior, James sintió que una ola de calma lo inundaba. Experimentó esa confianza serena del laboratorio, donde su ojo y su mente eran sin duda muy seguros.

Tendría que ser cauto, pero podía hacerlo.

Se había emborrachado cuando se había dado cuenta de ello.

Y ahora le dolían la cabeza y el estómago. Pero podía soportarlo; ahora eran soportables. Las cosas iban a ser diferentes.

Miró el reloj. Su maldito Timex. Las seis y veinticinco. Un reloj barato pero preciso.

En lugar de un Timex podía haber un cronómetro Breitling en su futuro. Y un equipo de cámaras nuevo y muy caro. Y una verdadera cuenta de Banco.

Y una nueva vida.

Si era cauto.

El teléfono sonó del lado de la cama de Peter Jensen, pero su esposa lo oyó primero.

-Peter... ¡Peter! Por favor, el teléfono.

-¿Qué? ¿Qué dices? -Peter Jensen pestañeó; el cuarto estaba a oscuras pero había luz de día del otro lado de las cortinas cerradas.

El teléfono volvió a sonar. Pequeños estallidos de la campanilla; los rápidos estallidos propios de los conmutadores de hotel. Dedos dormidos, clientes irritados.

Peter Jensen se estiró y encendió la luz. El reloj de viaje indicaba las ocho menos diez. De nuevo la aguda campanilla, ahora más fuerte.

-¡Maldición! -barbotó Peter cuando se dio cuenta de que el instrumento estaba más allá de la lámpara, lo cual exigía que se estirara más.

-Sí, ¿sí? ¿Hola?

174175

-Por favor, el señor tensen -dijo la voz masculina desconocida. -Sí. ¿Qué pasa? Habla Jensen.

Librodot

-Cable internacional, señor Jensen. Llegó un cable para usted hace unos minutos. De Londres. ¿Se lo leo? Es urgente, señor.

-¡No! -respondió Peter con firmeza-. No, no lo haga. Lo estaba esperando; es bastante largo, supongo.

-Sí, señor.

-Por favor, limítese a enviármelo de inmediato, si es posible. ¿Puede hacerlo? El Courtleigh Manor. Habitación 401. No será necesario que se detenga en conserjería.

-Lo comprendo, señor Jensen. De inmediato. Tendrá que pagar algo extra por un...

-Por supuesto, por supuesto -lo interrumpió Peter-. Limítese a enviarlo, por favor.

-Sí, señor.

Veinticinco minutos más tarde llegó el mensajero de Cables Internacionales. Unos momentos antes, el servicio de habitaciones había despachado un desayuno compuesto por melón, té y scones. Peter Jensen abrió el cable de dos páginas sobre el mantel de lino de su lado de la mesa. Había un lápiz en su mano.

Frente a él, Ruth leía otro papel. También ella tenía un lápiz al lado de su plato.

-El nombre de la compañía es Pankhurst -dijo Peter. -Controlemos -dijo Ruth, bajando su taza de té. Ubicó el papel junto a ella, tomó el lápiz e hizo una marca en la página. -La dirección es "Shaeffield junto al Glen". -Peter la miró. -Adelante -respondió Ruth, tras hacer una segunda anotación. -El equipo que debe inspeccionarse son microscopios.

-Muy bien. -Ruth hizo una tercera marca en la parte izquierda de la página, volvió a sus anotaciones anteriores y luego lanzó su mirada hacia la derecha, al final de la hoja.

-¿Estás listo?

-Sí.

Ruth Wells Jensen, paleontóloga, procedió a recitar una serie de números. Su marido comenzó por el principio del cuerpo del cable y comenzó a marcar palabras con su lápiz. Varias veces le pidió a su esposa que repitiera un número. Mientras lo hacía, contaba desde el círculo anterior y trazaba un círculo alrededor de otra palabra.

Tres minutos más tarde habían terminado el ejercicio. Peter Jensen bebió un poco de té y releyó el cable para sí. Su esposa le puso mermelada a dos scones y tapó la tetera.

-Warfield viene la semana próxima. Está de acuerdo. Han entrado en contacto con McAuliff.

Librodot

TRES

La costa norte

17

A McAuliff le volvían sin cesar las palabras de Hammond: "Encontrará bastante aceptable operar en diferentes niveles. En realidad,

se produce de manera bastante natural, hasta instintiva. Descubrirá que tiende a dividir su concentración".

El agente de Inteligencia Británica había tenido razón. La investigación iba por el noveno día, y Alex descubrió que durante horas seguidas no pensaba más que en lo relativo al trabajo inmediato.

El equipo había sido enviado por camión desde el aeropuerto de Boscobel, directo a través de Puerto Seco, en bahía Discovery. Alex, Sam Tucker y Alison Booth volaron a Ocho Ríos antes que los otros y se permitieron tres días de ocio en el Sans Souci, mientras McAuliff contrataba a un grupo de cinco hombres, dos de los cuales habían sido seleccionados en una granja aislada en lo alto de las colinas de las montañas Azules. Alex descubrió -como lo había supuesto-que Sam y Alison se llevaban bien. Ninguno era difícil de querer; ambos poseían un humor fácil; ambos eran profesionales. Y no había motivos para ocultarle a Sam que eran amantes. Como decía Tucker: "Me habría asombrado que no lo fueran, Alexander".

La aprobación de Sam era importante para McAuliff. Pues en ningún momento Alison debía quedar sola cuando él no estaba. En ninguna circunstancia. Jamás.

Sam Tucker era el acompañante protector ideal. Muy superior a él, advirtió Alex. Tuck era el hombre más lleno de recursos que jamás hubiera conocido, y casi también el más duro. Tenía dentro de sí una agresividad que podía resultar salvaje. No era hombre para tener como enemigo. Alison estaba tan segura como podía estarlo cualquier ser humano al cuidado de él.

El cuarto día había sido la primera jornada de trabajo de investigación. El equipo se alojaba a mitad de camino entre Puerto Seco y el muelle Río Bueno, en un agradable motel sobre la playa llamado Bengal Court. El trabajo comenzaba poco después de las seis de la mañana. El objetivo inicial de la investigación era trazar la línea definitiva de la costa. Alex y Sam Tucker funcionaban en equipo.

Se lanzaron azimutes a lo largo de la línea de la costa, registrados por cámaras de tránsito. Las demarcaciones de grado angular se pusieron en correlación con los mapas costeños ofrecidos por el Instituto jamaiquino. En todo sentido, estos mapas eran fragmentarios e imperfectos, aceptables para ubicar detalles en mapas de caminos y para la navegación de pequeños barcos, pero inadecuados para fines geofísicos. Con el fin de establecer los perímetros precisos, McAuliff empleó geodómetros sonoros que lanzaban ondas de sonido entre los diversos instrumentos, dando así el equivalente de marcaciones perfectas. Cada contorno y cada elevación fueron registrados tanto en los gráficos sonoros como en las cámaras de tránsito.

Estas tareas eran aburridas, trabajosas y los hacían transpirar bajo el sol ardiente. El único alivio era la constante presencia de Alison, por mucho que ella lo objetara. Alex fue inflexible, sin embargo. Ordenó a los dos hombres de Barak Moore que permanecieran todo el tiempo a treinta metros de ella, y luego le ordenó a Alison no alejarse de su vista.

Era una exigencia imposible, y McAuliff se dio cuenta de que no podía prolongarla más que unos días. Alison tenía trabajo que hacer; mínimo sobre la zona costeña, mucho cuando

Librodot

comenzaran a trabajar en el terreno. Pero todos los comienzos bajo presión eran difíciles; no podía separar esta concentración particular con tanta facilidad, y tampoco quería hacerlo.

"Muy pronto sus propias antenas personales se activarán en forma automática. Su funcionamiento será una segunda naturaleza, por así decirlo. Entrará en un ritmo. Es el vínculo de conexión entre sus diferentes objetivos. Lo reconocerá y le dará un grado de confianza en el proceso."

Hammond.

Pero no durante los primeros días; no había confianza de la cual pudiera hablarse. Se concedió, sin embargo, que el miedo iba aflojando... en parte, de a poco. Pensó que se debía a la constante actividad física y al hecho de que podía pedir a hombres como Sam y las "fuerzas especiales" de Barak Moore que se turnaran para cuidar a Alison. Y en cualquier momento podía dar vuelta la cabeza y allí estaba ella -en la playa, en un pequeño bote- cortando rocas, instruyendo a uno de los hombres del equipo sobre cómo manipular un taladro.

Pero, de nuevo, ¿no eran éstas todas sus antenas? ¿Y no era la disminución del miedo el comienzo de la confianza? "R. C. Hammond. Grandísimo hijo de puta. Manipulador. Enunciador de verdades."

Pero no de toda la verdad.

Las zonas que rodeaban la playa Braco eran peligrosas. Grandes extensiones de coral cubrían cientos de metros. McAuliff y Sam Tucker se arrastraban sobre esas colinas en miniatura de pólipos oceánicos, afilados como hojas de afeitar, e instalaban sus geodó metros y cámaras. Los dos hombres sufrían pequeños cortes, contracturas musculares y terminaban con la espalda todavía más dolorida.

Era el tercer día, marcado por el alivio especial de que Alison, en cierta forma al mando de un bote de pescadores, junto con sus dos "acompañantes" había organizado en el arrecife un picnic para la hora del almuerzo, consistente en pollo frío y unas verduras. Era un buen momento en el lugar más incómodo para hacer picnic que pudiera imaginarse.

El negro revolucionario, Floyd, que había conducido el bote a su precario fondeadero de coral, señaló con pocas palabras que la playa estaba más chata y mucho menos húmeda.

-Pero entonces tendremos que arrastrarlo todo el camino para salir de aquí -había respondido Alison, sosteniéndose el sombrero de tela, de ala ancha.

-¡Hombre, tienes una buena mujer! -Esta observación salió del compañero de Floyd, el enorme jamaiquino silencioso, Lawrence.

Los cinco se posaron -no había otra descripción- en los bordes más altos del arrecife de coral, mientras la espuma saltaba hacia arriba desde la base del arrecife, formando suaves prismas con los colores del arco iris. Por el mar, lejos, pasaban dos cargueros, uno rumbo al mar abierto, el segundo hacia los muelles de bauxita, al este de la bahía Runaway. Un lujoso crucero con cabina cargado con aparejos para pesca en alta mar se deslizaba a través de la marea a varios cientos de metros de ellos; con los pasajeros señalaban asombrados la extraña visión de cinco seres humanos que hacían picnic sobre un arrecife.

McAuliff se quedó mirando cómo los demás respondían a los pasajeros del crucero. Sam Tucker se puso de pie, señaló el coral y aulló:

-¡Diamantes!

Floyd y Lawrence, con sus cuerpos negros y musculosos desnudos hasta la cintura, aullaron de risa ante los chistes de Sam. Lawrence tomó una piedra de coral y la levantó; luego se la lanzó a Tucker, quien la abarajó y volvió a gritar:

-¡Veinte quilates!

Alison, con sus jeans y su ligera blusa de trabajo empapada por la espuma, se unió al juego. Con grandes aspavientos aceptó la piedra de coral ofrecida por Sam y se la puso sobre la mano extendida, como si fuera un anillo de gran valor. De pronto hubo un golpe de brisa

Librodot

sobre el arrecife: Alison dejó caer la piedra al tratar de sostenerse el sombrero, cuya ala se sacudía por el viento. No tuvo éxito; el sombrero se deslizó y desapareció en un pequeño montículo de coral. Antes de que Alex pudiera incorporarse e ir tras él, Lawrence estaba de pie, corriendo hacia el agua con los pies desnudos sobre las rocas. En segundos se había apoderado del sombrero, ahora empapado, y sin el menor esfuerzo saltó desde el borde del agua y se lo alcanzó a Alison.

El incidente había ocurrido en menos de diez segundos. -Mantenga el sombrero en la cabeza, señorita Alison. El sol está muy caliente; asa la piel como pollo frito, hombre.

-Gracias, Lawrence -dijo Alison, y se aseguró el sombrero húmedo en la cabeza-. ¡Corriste sobre el acantilado como si fuera un campo de golf!

-Lawrence es un buen caddy, señorita Alison -dijo Floyd sonriendo, todavía sentado-. En el Club de Golf Negril es el favorito, ¿no es así, Lawrence?

Lawrence sonrió y miró a McAuliff con expresión conocedora.

-Eh, hombre. En Negril me piden todo el tiempo. Atrapo bien, hombre. Todo el tiempo les saco las pelotas de golf de malos lugares y las llevo al pasto suave. Creo que todos lo saben. Todo el tiempo piden a Lawrence.

Sam Tucker rió entre dientes mientras volvía a sentarse. -Todo el tiempo hay regias propinas, me imagino.

-Muchas buenas propinas, hombre -reconoció Lawrence.

-Y tal vez algo más -agregó McAuliff, que miró a Floyd y recordó la reputación de gran exclusividad que tenía el Club de Golf Negril-. Todo el tiempo mucha información.

-Sí, hombre. -Floyd sonrió con gesto de conspiración. -Es como dicen: los ricos del país de Westmore hablan mucho durante sus juegos de golf.

Alex se quedó en silencio. Parecía extraña toda la escena. Allí estaban, los cinco, comiendo pollo frío sobre un arrecife de coral a trescientos metros de la costa, jugando como niños con cruceros que pasaban y haciendo chistes sin importancia sobre la recolección subrepticia de información en un campo de golf.

Dos revolucionarios negros, reclutados en una banda de guerrilleros de las colinas. Un hombre de mediana edad, un "soldado de la aventura". (Sam Tucker objetaría el cliché pero, si alguna vez fue aplicable, él era el mejor para llevarlo.) Una divorciada inglesa de asombrosa belleza... encantadora, cuyos antecedentes incluían trabajos secretos para una organización policial internacional. Y un hombre de treinta y ocho años, ex miembro de la infantería, que seis semanas atrás había volado a Londres pensando que iba a negociar un contrato para una investigación geológica.

Los cinco. Cada uno consciente de que no era lo que parecía; cada uno haciendo lo que hacía... porque no había alternativas. En rigor no las había.

No era extraño, sino demente. Y a McAuliff volvió a impresionarle que él fuera el menos calificado entre aquella gente, en las circunstancias presentes. Sin embargo, debido a las circunstancias -que no tenían nada que ver con las calificaciones- era su líder.

Demente.

Al séptimo día, trabajando largas horas con pocos descansos, Alex y Sam habían trazado el mapa de la línea de la costa hasta Burwood, a ocho kilómetros de la boca del Martha Brae, su perímetro occidental. Los Jensen y James Ferguson mantenían un ocioso ritmo paralelo, armando mesas con microscopios, mecheros, redomas, balanzas y productos químicos mientras hacían su trabajo. Ninguno encontró nada excepcional, ni esperaban hacerlo en las regiones costeras. Las zonas habían sido estudiadas de manera bastante amplia con fines turísticos e industriales; no había nada importante que antes no se hubiera registrado. Y dado que los análisis botánicos de Ferguson guardaban estrecha vinculación con

Librodot

las evaluaciones de suelos de Sam Tucker, Ferguson se ofreció para hacer las pruebas de suelos, liberando a Tucker para que terminara el relevamiento topográfico con Alex.

Éstas eran las preocupaciones geofísicas. Pero había algo más, y nadie podía explicarlo. Los Jensen lo informaron por primera vez.

Un sonido. Sólo un sonido. Un largo quejido o grito que parecía seguirlos durante toda la tarde.

Cuando lo oyeron por primera vez, venía de los matorrales que había al pie de las dunas. Pensaron que tal vez fuera un animal dolorido. 0 un niño que sufría un tormento terrible, una agonía que iba más allá de las lágrimas infantiles. En un sentido muy real, era aterrador.

De manera que los Jensen corrieron hacia los matorrales y revisaron el follaje enredado para encontrar la fuente del grito horrible, aterrador.

No encontraron nada.

El animal, o el niño, o lo que fuere, había huido.

Poco después -esa misma tarde- James Ferguson llegó corriendo a la playa, con expresión de pánico. Había estado rastreando un helecho gigante hasta la planta madre; la caminata lo había llevado a un precipicio de rocas sobre la costa. Se hallaba en el centro de unas enredaderas colgantes cuando una vibración -al principio una vibración- hizo que todo su cuerpo temblara. Luego siguió un chirrido salvaje, penetrante, a la vez agudo y pleno, que le hizo doler los oídos más allá de lo soportable.

Se aferró a las enredaderas para no caer por el precipicio. Aterrado, bajó hasta suelo más firme y se lanzó al encuentro de los demás.

James no había estado a más de doscientos metros de distancia. Sin embargo, nadie más que él había oído la cosa horrible.

Whitehall tenía otra versión de la locura. El profesor negro había estado caminando a lo largo de la costa, mitad de arena, mitad bosque, de la bahía Bengal. Era un paseo matinal sin rumbo, sin otro destino que llegar al extremo, tal vez.

A un kilómetro, más o menos, hacia el este del motel de la playa, se detuvo para descansar un rato sobre una gran roca que daba al mar. Oyó un ruido detrás, de manera que se volvió, esperando ver a un pájaro o a una mangosta huyendo por el bosque.

No había nada.

Se volvió hacia el agua que le mojaba los pies, cuando de pronto se produjo una explosión de sonido: sostenida, hueca, una cacofonía disonante de viento. Y luego paró.

Whitehall se aferró a la roca y miró hacia el bosque. Hacia la nada, consciente sólo de que sentía un terrible dolor en las sienes.

Pero Charles era profesor, y todo profesor era un escéptico. Había llegado a la conclusión de que, en alguna parte de la selva, un enorme árbol se había venido abajo por el peso natural de los siglos. En su caída mortal, las toneladas de madera que chocaban contra la madera que rodeaba el enorme tronco habían causado el fenómeno.

Nadie quedó convencido.

Mientras Whitehall contaba su historia, McAuliff lo observaba. No pensaba que el propio Charles la creyera. Habían ocurrido cosas inexplicables, y todos eran -si algo eran- científicos del mundo físico. Lo explicable. Tal vez todos se consolaron con la teoría sonora de Whitehall. Alexander lo pensó; no podían detenerse en ella. Había trabajo que hacer.

Objetivos diferentes.

Alison creyó haber encontrado algo y, con la ayuda de Floyd y de Lawrence, hizo una serie de profundas muescas en las playas y las agujas de coral. Sus muestras revelaban que

Librodot

había estratos de lignito blando mezclados en el lecho de piedra caliza del océano. Geológicamente se explicaba con facilidad: cientos de miles de años atrás, perturbaciones volcánicas habían tragado masas enteras de tierra con madera y pulpa. Al margen de las explicaciones, sin embargo, si había planes de sumergir pilares para diques o inclusive muelles extendidos, las firmas de construcción iban a tener que agregar material a sus soportes de base.

La concentración de Alison era un alivio para McAuliff. Estaba absorta, y por ello se quejaba menos de sus restricciones y, más importante aún, él podía observar a Floyd y a Lawrence cuando cumplían con su tarea de vigilarla. Los dos negros eran muy conscientes de su trabajo y de una sutileza elegante. Cada vez que Alison vagaba por la playa o por el pasto de la costa, uno o los dos la flanqueaban o se ponían delante o detrás de ella. Eran como panteras al acecho preparadas para saltar; sin embargo, en su vigilancia no llamaban la atención sobre sí mismos. Parecían convertirse en apéndices naturales, siempre llevando algo -binoculares, cajas de muestras, tableros... cualquier cosa que hubiera a mano-, para distraer y aparentar que cumplían con su supuesta función.

Por la noche, McAuliff descubrió una protección extra que no había pedido ni esperado: Floyd y Lawrence se turnaban para patrullar los parques y los corredores del motel Bengal Court. Alex lo descubrió la noche del octavo día, cuando se despertó a las cuatro de la mañana para ir a buscar un balde de hielo a la máquina que había en el hall, porque deseaba beber agua helada.

Cuando dio vuelta al llegar a la esquina para dirigirse hacia el cuartito donde estaba la máquina, de pronto tomó conciencia de la presencia de una figura detrás del enrejado de madera que daba al parque. La figura se había movido con rapidez; no se habían oído sonidos de pasos.

McAuliff metió a toda velocidad los cubos en el baldecito, cerró la puerta de metal y volvió dando vuelta por la esquina hacia el corredor. En el instante en que quedó fuera de la vista, en silencio puso el hielo a sus pies y apretó la espalda contra el borde de la pared.

Hubo un movimiento.

McAuliff dio vuelta la esquina como un látigo, con toda la intención de lanzarse contra quienquiera que apareciera. Sus puños estaban apretados, su salto fue preciso; se lanzó sobre la figura de Lawrence. Era demasiado tarde para recuperar el equilibrio.

-¡Eh, hombre! -exclamó el negro en voz baja mientras retrocedía y caía bajo el peso de Alex. Ambos hombres rodaron fuera del cuartito hacia el parque.

-¡Por Dios! -susurró McAuliff junto a Lawrence, sobre el suelo-. ¿Qué demonios haces aquí?

Lawrence sonrió en la oscuridad; sacudió la mano, que Alex le había doblado tras la espalda.

-¡Eres un tipo pesado, hombre! También eres bien rápido.

-¿Qué haces tú aquí?

Lawrence se lo explicó en pocas palabras y le pidió disculpas. Él y Floyd habían hecho un arreglo con el guardián nocturno, un viejo pescador que andaba dando vueltas por la noche con un rifle que ninguno de los guerrilleros creía que supiera cómo usar. Barak Moore les había ordenado hacer patrullas nocturnas; las habrían hecho lo mismo se lo hubieran mandado o no, afirmó Lawrence.

-¿Cuándo duermen?

-Dormimos bien, hombre -respondió Lawrence-. Nos turnamos todo el tiempo.

Alex volvió a su cuarto. Alison se sentó en la cama cuando él cerró la puerta.

-¿Está todo bien? -preguntó con aprensión.

-Mejor de lo que esperaba. Tenemos nuestro ejército en miniatura.

Librodot

La tarde del noveno día, McAuliff y Tucker llegaron al río Martha Brae. Los mapas con geodómetro y las fotografías de tránsito se sellaron herméticamente y se almacenaron en las bóvedas frías del camión de equipamiento. Peter Jensen les dio su resumen del metal de la costa y de los depósitos minerales; su esposa, Ruth, había encontrado rastros de plantas fósiles en el coral, pero sus hallazgos eran de escaso valor; James Ferguson, realizando doble tarea en el suelo y la flora, presentó sus análisis, que tenían poco de asombroso. Sólo el descubrimiento de Alison de los estratos de lignito era inesperado.

Todos los informes debían llevarse a Ocho Ríos para fotocopiar. McAuliff dijo que lo haría él mismo; habían sido nueve días difíciles y el décimo se lo daba libre. Quienes quisieran ir a Ocho Ríos podían ir con él; los demás podían ir a Montego o vagar por la playa del Bengal Court, como prefirieran. La investigación se reanudaría la mañana del undécimo día.

Hicieron sus respectivos planes a la orilla del río, con el inevitable picnic ofrecido por el motel. Sólo Charles Whitehall, que había hecho poco salvo echarse en la playa, sabía con exactitud qué quería hacer, y no podía decirlo públicamente. Habló a solas con Alex.

-De verdad, debo ver los papeles de Piersall. Con toda honestidad, McAuliff, están volviéndome loco.

-Esperemos a Moore. Fue lo que acordamos.

-¿Cuándo? Por el amor de Dios, ¿cuándo va a aparecer? Mañana habrán pasado diez días; él dio ese plazo.

-No había garantías. Estoy tan ansioso como usted. Hay un paquete de tela encerada enterrado en alguna parte de su propiedad, ¿recuerda?

-No lo he olvidado ni un instante."Dividir la concentración; objetivos divididos."

Hammond.

Charles Whitehall estaba preocupado desde el punto de vista académico tanto como por lo relacionado con la conspiración. Quizá más por lo primero, pensó Alex; la curiosidad del negro se arraigaba en una vida entera de investigación.

Los Jensen se quedaron en Bengal Court. Ferguson le pidió un adelanto a McAuliff y contrató un taxi que lo llevara a Bahía Montego. McAuliff, Sam Tucker y Alison Booth fueron en el camión a Ocho Ríos. Charles Whitehall los siguió en una vieja camioneta con Floyd y Lawrence: los guerrilleros insistieron en que el arreglo fuera así.

Barak Moore estaba echado en el pasto alto, con unos binoculares ante los ojos. Era la caída del sol; rayos de luz naranja y amarilla se filtraban a través de los árboles verdes que se elevaban alrededor de él y golpeaban contra la piedra blanca de la casa de Walter Piersall, a cuatrocientos metros de distancia. Por entre el pasto veía las figuras de la policía de la parroquia Trelawny que daban vueltas alrededor de la casa, controlando las ventanas y las puertas; dejarían por lo menos un hombre de guardia. Como de costumbre.

La policía había terminado la investigación del día, la investigación más larga en la historia de la parroquia, pensó Barak. Hacían cerca de dos semanas que la llevaban a cabo. Habían llegado equipos de civiles desde Kingston; hombres con ropa planchada, lo cual quería decir que eran más que policías.

No encontrarían nada, de eso Barak Moore estaba seguro.

Si Walter Piersall había descripto correctamente sus escondites.

Y Barak no podía seguir esperando. Sería sencillo sacar el paquete de tela encerada -estaba a ciento cincuenta metros de él en ese momento-, pero no tanto. Necesitaba la cooperación total de Charles Whitehall -más de lo que Whitehall se daba cuenta-, lo cual

Librodot

significaba que tenía que entrar en la casa de Piersall y sacar el resto del legado del antropólogo. Los papeles de Piersall.

Los papeles. Se hallaban guardados en la pared de una vieja cisterna inútil, en el sótano de la casa.

Walter Piersall había sacado con cuidado varias piedras de la cisterna, cavado huecos en la tierra que había debajo y vuelto a colocar las piedras. En uno de esos huecos había enterrado sus estudios sobre el Halidon.

Charles Whitehall no ayudaría a menos que viera esos papeles. Barak necesitaba la ayuda de Charley.

La policía de Trelawny subió a sus vehículos; un guardia uniformado saludó cuando los patrulleros enfilaron por el camino.

Él, Barak, el revolucionario del pueblo, debía trabajar con Whitehall, el delincuente político. Su propia guerra -tal vez una guerra civil- vendría luego, como había ocurrido en tantos países nuevos.

Primero estaba el hombre blanco. Y su dinero y sus compañías y su sed inagotable del sudor del hombre negro. Eso estaba antes, ¡mucho antes, hombre!

Los pensamientos de Barak lo hicieron mirar a ciegas por los binoculares. Ahora no se veía al guardia por ninguna parte. Moore escrutó la zona y volvió a poner en foco las lentes Zeiss Ikon mientras recorría los costados y el parque ondulado de la parte de atrás de la casa de Piersall. Era la cómoda casa de un hombre blanco, pensó Barak.

Se alzaba en lo alto de una colina y su largo sendero de acceso ascendía desde el valle de George hacia el oeste y el río Martha Brae hacia el este. Mangos, palmeras, hibiscos y orquídeas flanqueaban la entrada y rodeaban la estructura de piedra blanca de un piso y medio. La casa era larga; la mayoría de las habitaciones anchas y espaciosas ocupaban el primer piso. Había rejas negras por todas partes; en las ventanas y encima de las puertas; todas la ventanas tenían persianas de teca.

La parte trasera de High Hill, como se llamaba la casa, era lo más asombroso. Hacia el este del antiguo campo de pastoreo de pasto alto, donde se encontraba Barak, el parque posterior que descendía suavemente había sido talado y sembrado con gramilla caribeña tan suave como la de un campo de golf; las piedras, pintadas de blanco brillante, semejaban palomas en un mar verde.

En el centro del terreno había una piscina de tamaño mediano, instalada por Piersall, con azulejos blancos y azules que reflejaban tanto el sol como el agua azul verdosa que contenía. Alrededor de la piscina, sobre el pasto, había mesas y sillas de hierro forjado blanco, de aspecto delicado pero de diseño sólido.

El guardia volvió a quedar a la vista y Moore contuvo el aliento, tan asombrado como enojado. El guardia estaba jugando con un perro, un doberman de aspecto feroz. Antes no habían dejado perros. Qué mal, pensó Barak... Sin embargo, tal vez, no tanto. Era probable que la presencia del perro significara que el policía se quedaría solo en su puesto más tiempo que el lapso normal. Era costumbre de la policía dejar perros con los hombres por dos motivos: porque el distrito que patrullaban era peligroso o porque los hombres se quedarían por un tiempo bastante largo montando guardia. Los perros servían para varios fines; daban la alarma, protegían y ayudaban a pasar las horas.

El guardia arrojó un palo; el doberman corrió más allá de la piscina, casi chocó contra la mesa de hierro forjado y lo agarró con la boca. Antes de que pudiera llevárselo, el policía arrojó un segundo palo; el doberman, desconcertado, dejó caer su primera presa y corrió tras la segunda.

Qué hombre estúpido, pensó Barak, mientras observaba al guardia, que reía. No conocía a los animales, y un hombre que no conocía a los animales era un hombre al que se le podía tender una trampa.

Librodot

Esa noche se la tenderían.

18

Era una noche clara. La luna jamaiquina -tres cuartos de ella brillaba entre las altas orillas del río. Habían lanzado una balsa de bambú robada por las aguas del Martha Brae hasta que llegaron al punto ubicado a menor distancia de la casa de Carrick Foyle. Maniobraron la balsa hasta una cueva negra; la sacaron del agua y la escondieron bajo cascadas de manglares llenos de hojas y de palmeras jóvenes.

Eran de la partida de ataque: Barak, Alex, Floyd y Whitehall. Sam Tucker y Lawrence se habían quedado en Bengal Court para proteger a Alison.

Treparon por la ladera a través del denso y engañoso follaje. La ladera era escarpada; el avance, lento y muy difícil. La distancia hasta la propiedad de High Hill no era de más de un kilómetro y medio, tal vez dos, pero los cuatro tardaron cerca de una hora en llegar. Charles Whitehall consideraba que haber elegido ese camino era una tontería. Si había un solo guardia y un perro, ¿por qué no ir en auto hasta el camino que pasaba por debajo de la sinuosa entrada de ochocientos metros, y sencillamente subir a pie hasta los portones exteriores?

El razonamiento de Barak era más sofisticado que lo que Whitehall creía necesario para la policía de Trelawny. Moore pensaba que era posible que las autoridades de la parroquia hubieran instalado alambres electrónicos a lo largo de la entrada. Barak sabía que tales instrumentos se habían utilizado en hoteles de Bahía Montego, Kingston y Port Antonio durante meses. No podían arriesgarse a que uno sonara.

Respirando pesadamente, se quedaron en el límite sur del parque inclinado de Piersall y miraron hacia la casa llamada High Hill. La luz de la luna sobre la piedra blanca hacía que la casa se destacara como un monumento de alabastro, silenciosa, pacífica, elegante y sólida. La luz salía a través de las persianas de teca en dos zonas de la casa: el cuarto trasero de la planta baja, que daba al parque, y el dormitorio central del primer piso. Todo lo demás se hallaba a oscuras.

Salvo los focos encendidos bajo el agua en la piscina. Una ligera brisa hacía olitas en el agua; la luz azulada bailaba desde abajo.

-Debemos hacerlo salir -dijo Barak-. Él y el perro, hombre.

-¿Por qué? ¿Qué sentido tiene? -preguntó McAuliff-. Él es uno; nosotros, cuatro.

-Moore tiene razón -respondió Charles Whitehall-. Si afuera hay artefactos electrónicos, entonces sin duda tiene el equivalente adentro.

-Tendrá, de todos modos, una radio policial, hombre -interrumpió Floyd-. Conozco esas puertas; para cuando logremos romper una, habrá tenido tiempo de conectarse con otros.

-Estamos a media hora de Falmouth, donde está la policía -insistió Alex-. Para ese momento ya habremos entrado y salido.

-No tanto, hombre -señaló Barak-. Nos llevará un tiempo buscar y aflojar las piedras de la cisterna... Primero desenterraremos el paquete de tela encerada. ¡Vamos!

Barak Moore los guió por el borde de la propiedad rodeada de bosques, hacia el lado opuesto, dentro del viejo campo de pastoreo. Tapó con los dedos el vidrio de su linterna y corrió a un macizo de árboles de pan, en el extremo norte de la pastura cubierta de piedras. Se puso en cuclillas en el tronco del árbol más alejado; los otros hicieron lo mismo. Barak indicó en susurros.

Librodot

-Hablen despacio. Estos vientos de montaña llevan las voces. El paquete está enterrado a cuarenta y cuatro pasos a la derecha de la cuarta roca grande hacia el noroeste, en diagonal a este árbol.

-Era un hombre que conocía Jamaica -comentó Whitehall en voz baja.

-¿Qué quiere decir? -McAuliff vio la siniestra sonrisa del profesor bajo la luz de la luna.

-Los símbolos arawak para la marcha mortal de un guerrero se medían en unidades de cuatro, siempre a la derecha del sol que se pone. -No es muy consolador -dijo Alex.

-Como los indios norteamericanos -respondió Whitehall-, los arawak no fueron consolados por el hombre blanco.

-Tampoco lo fueron los africanos, Charley. -Barak le clavó los ojos a Whitehall bajo la luz de la luna. -A veces me parece que se olvidan de eso. -Se dirigió a McAuliff y a Floyd. -Síganme. En fila.

Corrieron agachados a través del pasto alto detrás del revolucionario negro, y cada hombre daba una palmada a una gran roca prominente cuando llegaba a ella. Una, dos, tres, cuatro.

En la cuarta roca, a unos ciento cincuenta metros de la base del árbol de pan, se arrodillaron alrededor. Barak cubrió su linterna y la dirigió a la parte más alta. Había una marca grabada, apenas visible. Whitehall se inclinó sobre ella.

-Tu doctor Piersall tenía una imaginación progresista; progresista en sentido histórico. Saltó de los arawak a los coromantís. ¿Ves? -Whitehall pasó el dedo índice sobre la marca, bajo el rayo de la linterna, y prosiguió en voz baja. -Esta luna creciente doblada es una luna ashanti, que los coromantís usaban para dejar como rastro a los miembros de la tribu que estaban tal vez a dos o tres días de distancia en una cacería. Las marcas en la parte convexa de la luna creciente determinan la dirección. Una: a la izquierda; dos: a la derecha. Su ubicación sobre el borde muestra el ángulo. Aquí, dos marcas, en el centro mismo; en consecuencia, directamente hacia la derecha de la piedra, enfrentando la base de la luna creciente. -Whitehall hizo un gesto con la mano derecha hacia el noreste.

-Como Piersall lo indicó. -Barak hizo un gesto con la cabeza; no se preocupaba por ocultar su irritación por la explicación de Charley. Sin embargo, había respeto en su fastidio, pensó McAuliff mientras observaba a Moore, que comenzaba a dar los cuarenta y cuatro pasos.

Piersall había disfrazado el lugar elegido. Había un matorral de helechos desparramados dentro de la zona delimitada por el pasto. Había vuelto a plantarlos con habilidad, de modo que resultaba imposible suponer que algún tipo de excavación había tenido lugar allí en años.

Floyd tomó una pala de campamento de su cinturón, desplegó el mango y comenzó a remover la tierra. Charles Whitehall se puso de rodillas y se unió al revolucionario, sacando la tierra con sus propias manos.

La caja negra rectangular estaba hundida en lo profundo del suelo. Si las instrucciones no hubieran sido tan precisas, la excavación se habría detenido antes de llegar a ella. La profundidad era de más de noventa centímetros. Whitehall sospechaba que estaba exactamente a ciento veinte centímetros -cuatro pies- cuando Piersall la enterró. La unidad de cuatro de los arawak.

En el instante en que la pequeña pala de Floyd golpeó la caja de metal, Whitehall lanzó la mano derecha hacia abajo, aferró la caja y la sacó de la tierra; palpó los bordes, tratando de abrirla. No era posible, y Whitehall se dio cuenta en unos segundos. Había usado ese tipo de recipiente quizá miles de veces: era una caja de archivo herméticamente sellada cuyos bordes suaves, de goma, creaban un vacío adentro. Tenía dos cerraduras, una en cada extremo, con llaves sepa-radas; una vez que las llaves se insertaban y se giraban, entraba el aire y, al cabo de unos minutos, la caja podía abrirse. Era el tipo de recipiente que se usaba en ciertas bibliotecas para alojar antiguos manuscritos, de esos que eran estudiados por especialistas no

Librodot

más de una vez cada cinco años, de modo que se los preservaba con gran cuidado. El nombre "caja de archivo" resultaba adecuado para documentos que podían permanecer en archivo durante un milenio.

-¡Dame las llaves! -le susurró Charles con urgencia a Barak.

-No tengo llaves, hombre. Piersall no dijo nada de llaves.

-¡Maldición!

-¡Cállense la boca! -ordenó McAuliff.

-Vuelvan a poner la tierra -le ordenó Moore a Floyd-. Para que no sea evidente, hombre. Vuelvan a poner los helechos.

Floyd hizo lo que le dijeron; McAuliff lo ayudó. Whitehall miraba la caja rectangular que tenía en sus manos; estaba furioso.

-¡Era un paranoico! -susurró el profesor, volviéndose hacia Barak-. Dijiste que era un paquete. ¡Un paquete de tela encerada!

No esto. ¡Para abrirlo hará falta un soplete!

-Charley tiene razón -dijo Alex mientras echaba la tierra con las manos. Se dio cuenta de que acababa de llamar "Charley" a Whitehall. -¿Por qué se tomó semejante trabajo? ¿Por qué no puso la caja con el resto de los papeles en la cisterna?

-Haces preguntas que no puedo responder, hombre. Estaba muy preocupado, es todo lo que puedo decirte.

La tierra estaba de nuevo en su lugar. Floyd acható la superficie y empujó las raíces de los helechos dentro de la tierra suave.

-Con esto basta, hombre -dijo; plegó el mango de la pala y volvió a ponerla en su cinturón.

-¿Cómo vamos a entrar? -preguntó McAuliff-. ¿O hacer que salga el guardia?

-Lo he pensado varias horas -respondió Barak-. Chanchos salvajes, me parece.

--¡Muy bien, hombre! -interrumpió Floyd.

-¿En la piscina? -preguntó Whitehall con tono de entender.

-Sí.

-¿De qué demonios hablan? -Alex miró los rostros de los tres negros bajo la luz de la luna.

Barak le respondió.

-En Cock Pit hay muchos chanchos salvajes. Son malos y causan problemas. Estamos a unos dieciséis kilómetros de los límites de Cock Pit. No es insólito que los cerdos se alejen tanto... Floyd y yo vamos a imitar los ruidos. Tú y Charley arrojarán rocas a la piscina.

-¿Y el perro? -preguntó Whitehall-. Habrá que dispararle.

-¡Nada de tiros, hombre! Un disparo se oiría desde kilómetros de distancia. Yo me haré cargo del perro. -Moore sacó del bolsillo un pequeño revólver de dardos anestésicos-. Nuestro arsenal contiene varios de éstos. Vengan.

Cinco minutos más tarde, McAuliff pensaba que formaba parte de alguna demoníaca broma infantil. Barak y Floyd se habían trepado al borde del pasto alto que rodeaba el elegante parque. Suponiendo que el doberman iría directamente hacia el primer olor humano que percibiera, Alex y Whitehall se ubicaron en posiciones paralelas tres metros a la derecha de los revolucionarios, con una pila de piedras entre ambos. Tenían que arrojar las piedras con la mayor precisión posible dentro de la piscina iluminada, a dieciocho metros de distancia, apenas sonaran los primeros ruidos hechos por Moore y su camarada.

Comenzaron.

Librodot

Los chillidos alteraron el silencio de la noche con una terrible autenticidad. Eran quejidos de bestias en estado de pánico, estridentes y en cierta forma horribles.

-Iouaiii... gnraaa, gnarraaaa... iauuu, iauuu... iauaui...

McAuliff y Whitehall arrojaron piedras en la piscina; las salpicaduras se alternaban con los monstruosos chillidos. Una extraña cacofonía llenaba el aire.

Se abrieron las persianas de la habitación de la planta baja. Se pudo ver al guardia detrás de la reja, con un rifle en la mano.

De pronto una piedra golpeó la mejilla de Alex. El golpe fue suave, no brutal. Volvió la cabeza en la dirección de la que había venido el golpe. Floyd le estaba haciendo señas con el brazo desde el pasto alto, ordenándole que dejara de tirar piedras. Alex aferró la mano de Whitehall. Dejaron de tirar.

Los chillidos se tornaron más fuertes, acompañados por fuertes golpes y sacudidas contra el suelo. Alex podía ver a Barak y a Floyd bajo la luz de la luna. Golpeaban el suelo como animales enloquecidos; los horribles ruidos surgidos de sus bocas iban llegando a un crescendo.

Chanchos salvajes que peleaban en el pasto alto.

La puerta de la casa de Piersall se abrió de golpe. El guardia, con el rifle en la mano, soltó al perro que tenía a su lado. El animal se lanzó sobre el parque y corrió hacia los ruidos histéricos y los olores humanos.

McAuliff se arrodilló, hipnotizado por lo que veía bajo la luz de la luna jamaiquina. Barak y Floyd volvieron a arrastrarse hacia el campo sin levantar el cuerpo del pasto y sin disminuir el tono de sus gritos animales. El doberman atravesó corriendo el parque y se lanzó de cabeza sobre el borde del campo y adentro del pasto alto.

A los chillidos constantes y los rugidos guturales se sumaron los ladridos salvajes del perro. Y, en medio de los terribles sonidos, Alex pudo distinguir una serie de ruidos; disparaban el revólver de dardos una y otra vez.

De pronto un aullido quejumbroso tapó por completo los ruidos de los hombres; el guardia corrió hacia el borde el parque, con el rifle alzado para disparar. Y antes de que McAuliff pudiera entender la acción, Charles Whitehall aferró un puñado de piedras y las lanzó hacia la piscina iluminada; enseguida arrojó un segundo puñado sobre el primero.

El guardia giró veloz hacia el agua; Whitehall golpeó a Alex para sacarlo del medio, corrió por el borde del pasto y de pronto saltó hacia el parque, contra el guardián negro.

McAuliff miraba estupefacto.

Whitehall, el elegante profesor -el Charley de huesos delicados- lanzó su brazo contra la base del cuello del guardia, apretó salvajemente con su pie el tronco del hombre y le aferró una muñeca, doblándosela con violencia, para que el rifle saltara de sus manos; el hombre dio un salto, giró en el aire y cayó al suelo. Mientras el guardia rebotaba contra el pasto, Whitehall apuntó con rapidez y lo golpeó con el talón en el cráneo, debajo de la frente.

El cuerpo se retorció y luego se quedó quieto.

Los chillidos callaron: todo quedó en silencio.

Se había acabado.

Barak y Floyd salieron corriendo desde los altos pastos hacia el parque. Barak habló.

-Gracias, Charley. Los disparos indiscriminados podrían habernos delatado.

-Fue necesario -se limitó a responder Whitehall-. Debo ver esos papeles.

-Vamos, entonces -dijo Barak Moore-. Floyd, lleva a este verdadero cerdo adentro y átalo en alguna parte.

-No pierdan tiempo -advirtió Whitehall, que se encaminó hacia la casa, con la caja bajo el brazo-. Arrójenlo en el pasto. Está muerto.

Librodot

Adentro, Floyd los condujo hasta las escaleras del sótano, por las que descendieron. La cisterna, situada en la parte oeste, medía un metro ochenta de profundidad y uno y medio de ancho. Las paredes estaban secas; había guijarros a los costados y en la parte superior. Barak apartó las obstrucciones y se introdujo en el agujero.

-¿Cómo sabes cuáles son las piedras? -le preguntó Whitehall con urgencia, mientras aferraba la caja negra rectangular.

-Hay una manera; el doctor me la explicó -respondió Moore mientras sacaba una pequeña caja de fósforos. Encendió uno y comenzó por la línea central del norte, girando con lentitud en el sentido de las agujas del reloj, al tiempo que sostenía el fósforo encendido contra las rajaduras de las piedras de la mitad inferior del pozo.

-Fósforo mezclado con tierra -afirmó Whitehall en voz baja-. Metido en los bordes de cemento.

-Sí, hombre. No mucho, sólo para dar una pequeña llama o una chispa, tal vez.

-¡Estás perdiendo el tiempo! -Whitehall escupió las palabras. -¡Date vuelta hacia la izquierda, hacia el punto noroeste! No a la derecha.

Los tres hombres miraron a la vez al profesor.

-¿Qué, Charley? -Barak estaba aturdido.

-¡Haz lo que digo!... Por favor.

-¿Los símbolos arawak? -preguntó McAuliff-. ¿La... odisea de la muerte o como sea que la llamó? ¿A la derecha de la puesta del sol?

-Me alegra que lo encuentre divertido.

-Yo no, Charley. Ni un carajo -respondió Alex.

-Ajá... -Barak silbó mientras unas pequeñas llamas estallaban en las rajaduras de la cisterna. -Charley, tienes sesos, ¡hombre! Aquí están... Floyd, dame las herramientas.

Floyd tendió la mano hacia su campera y sacó un cincel para piedra de doce centímetros y un martillo plegable de metal. Se los alcanzó a su superior.

-¿Quieres ayuda? -le preguntó.

-No hay lugar para dos -respondió Barak mientras comenzaba a martillar a lo largo de las rajaduras.

Tres minutos más tarde Moore había logrado sacar la primera piedra del adhesivo que la rodeaba; tiró de ella y la sacó con lentitud de la pared de la cisterna. Ahora Whitehall sostenía la linterna, y no apartaba la mirada de las manipulaciones de Moore. La piedra se soltó; Floyd se estiró hacia abajo y la tomó de manos de Barak.

-¿Qué hay detrás? -Whitehall dirigió el rayo de luz hacia el agujero.

-Espacio, hombre. Tierra roja y espacio -respondió Moore-. Y creo que la parte superior de otra caja. Una caja más grande.

-¡Por el amor de Dios, apúrate!

-De acuerdo, Charley. No hay ningún compromiso para cenar en el Hilton de Montego, hombre. -Barak rió entre dientes. -Nada será reescrito por una mangosta oculta.

-Tranquilícese. -McAuliff no miró a Whitehall mientras hablaba. No quería mirarlo. -Tenemos toda la noche, ¿no es así? Mató al hombre de afuera. Era el único que podría haber interferido. Y decidió que tenía que morir por eso.

Whitehall volvió la cabeza y miró a McAuliff.

-Lo maté porque era necesario. -Whitehall volvió a centrar su atención en Barak Moore. La segunda piedra se soltó con mucho menos esfuerzo que la primera. Barak metió una mano

Librodot

en el espacio e hizo girar la piedra hasta que las rajaduras se agrandaron y consiguió sacarla. Floyd tomó la piedra y la puso con cuidado a un costado. Whitehall se acuclilló frente al agujero y apuntó la linterna al interior.

-Es una caja de archivo. Dámela. -Le alcanzó a Floyd la linterna y se estiró sobre el pozo mientras Barak sacaba el recipiente fuera de la tierra y se lo daba. -¡Extraordinario! -exclamó Charles, tocando la caja oblonga; con una rodilla apretaba el primero de los recipientes, que estaba en el suelo junto a él. Whitehall no pensaba entregar ninguna de sus posesiones.

-¿Es la caja que decías, hombre? -preguntó Moore.

-Sí. -Whitehall dio vuelta la caja, luego la levantó mientras Floyd dirigía el rayo de luz sobre ella. -No me parece que ninguno de ustedes entienda. Sin las llaves o un equipo apropiado, estas malditas cosas llevan horas para abrirse. A prueba de agua, a prueba de aire, cerradas al vacío y a prueba de golpes. Ni siquiera un taladro podría penetrar el metal... ¡Aquí! Miren. -El profesor apuntó unas letras sobre la superficie del fondo. -Compañía de Cajas de Seguridad Hitchcock, Indianápolis. La mejor del mundo. Museos, bibliotecas... archivos gubernamentales de todo el mundo usan Hitchcock. Sencilla-mente extraordinario.

Cuando se oyó el ruido, surtió el impacto de una explosión que destrozara la tierra, a pesar de ser distante: el sonido de un automóvil de baja potencia que corría por el sendero de entrada desde el camino de abajo.

Y luego otro.

Los cuatro hombres se miraron entre sí, estupefactos. Afuera se había producido una intrusión que no debía ocurrir. No podía ocurrir.

-Oh, Dios mío, ¡por Dios, hombre! -Barak saltó fuera del pozo. -Toma esas herramientas, ¡maldito idiota! -gritó Whitehall-. ¡Tus huellas!

Floyd., en lugar de Barak, saltó a la cisterna, aferró el martillo y el cincel y los guardó en los bolsillos de su campera.

-¡Sólo tenemos la escalera, hombre! ¡No hay otra salida!

Barak corrió a las escaleras. McAuliff se estiró para tomar el primer recipiente que estaba al lado de Whitehall; al mismo tiempo, la mano de Whitehall llegó a él.

-No puede llevar las dos, Charley -dijo Alex en respuesta a la mirada maníaca de Whitehall-. ¡Ésta es mía! -Aferró la caja, la arrancó de las manos de Whitehall y siguió a Moore hacia las escaleras. Los automóviles, en áspero contrapunto, se acercaban.

Los cuatro hombres se precipitaron por las escaleras en fila india y corrieron a través del corto pasillo hacia el living a oscuras y sin alfombras. Los rayos de los faros podían verse a través de las persianas de teca. El primer automóvil había llegado a la zona de estacionamiento; se oían los sonidos de las puertas que se abrían. El segundo vehículo entró rugiendo sólo unos segundos después. En el rincón de la habitación alcanzaba a verse, en las franjas de luz, el motivo de la intrusión: una radio portátil de línea abierta. Barak corrió hacia ella y con un solo golpe de puño sobre el metal destrozó el frente y luego arrancó la antena de atrás.

Los hombres de afuera comenzaron a gritar. Un solo nombre. -¡Raymond!

-¡Raymond!

-¡Raymond! ¿Dónde estás, hombre?

Floyd asumió el liderazgo y corrió hacia la puerta central de la parte trasera.

-¡Por aquí! ¡Rápido, hombre! -les susurró a los demás. Abrió la puerta de un envión y la retuvo mientras los demás se reunían. McAuliff vio por el reflejo de la luz de la piscina, que Floyd tenía una pistola en la mano libre. Floyd le habló a Barak.

-Voy a desviarlos, hombre. Hacia el oeste. ¡Conozco bien la propiedad!

Librodot

-¡Ten cuidado! Ustedes dos -les indicó Barak a Whitehall y McAuliff- vayan derecho al bosque; nos encontraremos en la balsa. En media hora. No más. Quienquiera que esté allí, que se vaya. Remen hacia abajo, hombre. El Martha Brae no es bueno sin una balsa. ¡Vayan! -Empujó a Alex a través del umbral.

Afuera, McAuliff corrió a través del parque extrañamente pacífico; la luz azul verdosa de la piscina iluminaba los muebles de hierro forjado. Oía los gritos, atrás. Hombres que corrían desde el camino de entrada hacia los costados de la casa. Alex se preguntó si podían verlo; corría lo más rápido de que era capaz hacia la pared de selva, en apariencia impenetrable, que se alzaba detrás del parque. Aferraba el recipiente oblongo bajo el brazo derecho.

Tuvo la respuesta de inmediato.

La locura había comenzado.

¡Disparos!

Balas que estallaban sobre él; abruptas detonaciones espaciadas a sus espaldas.

Los hombres disparaban sus pistolas en forma indiscriminada. Oh, Jesús, !de nuevo estaba allí!

Instrucciones olvidadas durante largo tiempo volvían de nuevo. "Diagonales; haga diagonales. Arranques cortos, rápidos; pero no demasiado cortos. Sólo lo suficiente como para darle al enemigo medio segundo para suponer que no tiene blanco."

Había dado esas instrucciones. A montones de hombres en las colinas de Che San.

Los gritos se convirtieron en un coro restallante de histeria, y luego un solo alarido atravesó la sinfonía.

McAuliff se lanzó al aire, hacia el macizo de denso follaje que rodeaba el parque. Cayó sobre la maleza y rodó hacia su izquierda.

"Al suelo, fuera de la línea de visión, ¡rueda! ¡Rueda por todo lo que vales hacia una segunda posición!"

Cosas básicas.

Fundamentales.

Estaba seguro de que vería hombres que lo perseguían por la colina.

No aparecieron.

En cambio, lo que vio lo hipnotizó, como se había quedado hipnotizado al ver a los dos revolucionarios negros en el pasto alto aparentando ser cerdos salvajes.

Junto a la casa, en lo alto -hacia el oeste- Floyd daba vueltas una y otra vez, y la luz de la piscina reflejaba el verde oscuro de su campera. Se ofrecía como blanco, disparando una pistola, atrayendo a la policía a los costados de la casa. Se quedó sin municiones, buscó en un bolsillo, sacó otro revólver y comenzó a disparar de nuevo, mientras corría hacia el borde de la piscina, a plena vista, sacrificándose.

Le habían dado. Varias veces. La sangre se esparcía a través de la tela de la campera y por los pantalones. El hombre había recibido por lo menos media docena de balas en el cuerpo, que le habían arrancado la vida, dejándole sólo momentos antes de desplomarse.

-¡McAuliff! -El grito susurrado venía de su derecha. Barak Moore, con la cabeza rapada y grotesca resplandeciente de sudor bajo la filtrada luz de la luna, se arrojó junto a Alex. -¡Vámonos de aquí, hombre! ¡Ven! -Tiró de la empapada camisa de McAuliff.

-¡Por Dios! ¿No ves lo que está ocurriendo allá? ¡Un hombre está muriendo!

Barak lo miró a través de la maleza. Habló con calma. -Estamos comprometidos a muerte. A su manera, es un lujo. Floyd lo sabe.

-¿Por qué? ¿Por qué carajo? ¡Son unos malditos locos! -¡Vamos! -ordenó Moore-. Nos seguirán en segundos. !Floyd nos está dando esta oportunidad, mierda blanca!

Librodot

Alex aferró la mano de Barak, que todavía le agarraba la camisa,

y se soltó.

-Eso es, ¿no? Soy una mierda blanca. Y Floyd tiene que morir porque así te parece. ¡Y ese guardia tuvo que morir porque Whitehall piensa lo mismo!... Están enfermos.

Barak Moore hizo una pausa.

-Eres lo que eres, hombre. Y no tomarán esta isla. Muchos, muchos morirán, pero esta isla no será de ustedes. Tú también morirás, si no corres conmigo. -Moore de pronto se puso de pie y corrió hacia la oscuridad de la selva.

McAuliff lo miró, reteniendo la caja negra oblonga contra su pecho y siguió al revolucionario negro.

Esperaron en el borde del agua, mientras la balsa oscilaba en la corriente. Estaban sumergidos hasta la cintura en el agua; Barak miraba el reloj, Alex movía los pies en el barro blando para sostener con mayor firmeza el costado de la balsa.

-No podemos esperar mucho más -dijo Barak-. Los oigo en las colinas. ¡Se acercan!

McAuliff no podía oír nada salvo los sonidos del río que corría y el golpeteo del agua contra la balsa. Y a Barak.

-¡No podemos dejarlo aquí!

-No hay opción. ¿Quieres que te vuelen la cabeza, hombre?

-No. Y no ocurrirá. Robamos los papeles de un hombre muerto, siguiendo instrucciones de él. No es motivo para que nos maten. Ya basta, !maldición!

Barak rió.

-¡Tienes mala memoria, hombre! En el pasto alto hay un policía muerto. Sin duda, Floyd por lo menos acabó con otra vida Floyd era un tirador experto... Te volarán la cabeza; la policía de Falmouth no dudará.

Barak Moore tenía razón. ¿Dónde demonios estaba Whitehall?

-¿Le habrán disparado? ¿Sabes si lo hirieron?

-Creo que no, hombre. No puedo estar seguro... Charley no hizo lo que le dije. Corrió hacia el sudoeste, rumbo al campo.

Un solo rayo de luz se vio a cien metros por la corriente, bajando a través de las orillas cubiertas de maleza.

-¡Mira! -gritó Alex. Moore se dio vuelta.

Vieron un segundo, luego un tercer rayo. Tres columnas de luz que bailaban haciendo señas hacia el río que había debajo.

-No hay tiempo, !hombre! !Sube y rema, rápido!

Los dos lanzaron la balsa hacia la corriente central y saltaron sobre la superficie de bambú.

-¡Yo voy al frente, hombre! -aulló Moore, se arrastró sobre el asiento de respaldo alto, ubicado en la plataforma, que usaban los turistas para ver la belleza del Martha Brae-. ¡Tú te quedas en la parte de atrás, hombre! ¡Usa la pértiga y, cuando te diga, detente y pon las piernas sobre la parte trasera!

McAuliff centró sus ojos en la luz de la luna, tratando de distinguir cuál era la pértiga suelta entre los cilindros de bambú atados. Estaba puesta entre la baranda baja y la cubierta; la tomó y la hundió en las aguas, en el barro de abajo.

La balsa entró en los rápidos y comenzó a precipitarse corriente abajo. Moore se mantenía de pie en la popa y usaba la pértiga como elemento de desvío, manteniendo la balsa de bambú que avanzaba a toda velocidad apartada de la traicionera serie de rocas afiladas que rompían la superficie del agua. Se acercaban a una curva del río. Barak gritó.

Librodot

-¡Siéntate en la parte trasera, hombre! Pon los pies en el agua. ¡Rápido, hombre!

Alex hizo lo que le ordenaban y pronto entendió. La presión ejercida por su peso y sus pies le daba a Moore la velocidad ligeramente menor que necesitaba para hacer que la balsa navegara a través de un archipiélago en miniatura de rocas peligrosas. Los costados de bambú golpeaban de arriba abajo, entre y sobre los montículos de piedra dentada; dos veces McAuliff pensó que la balsa se saldría del agua.

Debido al ruido de los bruscos raspones y su concentración en los rápidos, Alex tardó en advertir los disparos. Y entonces sintió un dolor desgarrador en el brazo izquierdo. Una bala le había rozado la carne; la sangre chorreaba por su manga bajo la luna.

Hubo una ráfaga de disparos.

-¡Agáchate, hombre! -aulló Barak-. ¡Aplástate! No pueden seguirnos; dimos vuelta la curva, aquí hay una gruta. Muchas cuevas. Llevan al camino Brae, hombre... ¡Ayyy!

Moore dobló las piernas; soltó la pértiga, se aferró el estómago y cayó sobre la cubierta de bambú. Alex se estiró para tomar la caja oblonga, se la metió en el cinturón y se arrastró lo más rápido que pudo hacia la parte delantera de la balsa. Barak Moore se retorcía, pero estaba vivo.

-¿Te hirieron gravemente?

-¡Muy grave, hombre!... ¡Quédate agachado! Si encallamos, salta y empuja la balsa... ¡Alrededor de la curva, hombre!

Barak quedó inconsciente. La balsa de bambú se lanzó sobre una superficie poco profunda, llena de guijarros, y luego hacia el tramo final de la curva, donde el agua era profunda, y la corriente, potente y más rápida que antes. Cesaron los sonidos de disparos; se hallaban fuera de la vista de la policía de Trelawny.

McAuliff levantó los hombros. La caja de archivo le cortaba la piel debajo del pantalón; el brazo izquierdo le ardía de dolor. El río ahora se convirtió en un enorme estanque chato, cuyas aguas se movían debajo de la superficie. Había acantilados de piedra que se elevaban en diagonal frente a la orilla.

De pronto Alex vio el rayo de una linterna solitaria, y el terrible dolor del miedo le atravesó el estómago. El enemigo no estaba detrás; estaba esperando.

Sin pensarlo metió la mano en el bolsillo en busca del revólver. El Smith & Wesson que le había dado Westmore Tallon. Lo levantó mientras la balsa se dirigía hacia los acantilados de piedra y la linterna.

Se agachó sobre el cuerpo inconsciente de Barak Moore y esperó, con el brazo estirado, la pistola apuntando al cuerpo que llevaba la linterna.

Se hallaba a cuarenta metros de la silenciosa figura. Estaba a punto de apretar el gatillo y quitar una vida.

-¡Barak, hombre! -fueron las palabras que oyó.

El hombre apostado sobre la orilla del río era Lawrence.

Charles Whitehall estaba en el pasto alto junto al macizo de árboles de pan. Con la caja de archivo segura bajo el brazo, permanecía arrodillado, inmóvil, bajo la luz de la luna y observaba la casa de Piersall y los doscientos metros de terreno que la rodeaban. No habían encontrado el cuerpo del guardia muerto. Había llevado el cadáver de Floyd a la casa con el fin de contar con la luz necesaria para registrar el cuerpo muerto.

Un hombre se había quedado vigilando. Todos los demás habían corrido hacia los bosques del este y hacia el Martha Brae persiguiendo a Moore y McAuliff.

Librodot

Eso era precisamente lo que Charles Whitehall pensó que ocurriría. Y el motivo por el cual no había hecho lo que Barak Moore le había ordenado.

Había una manera mejor de hacerlo. Si uno actuaba solo.

El único policía de Trelawny era gordo. Caminaba como un pato de arriba abajo por el límite boscoso del parque; caminaba nervioso, como si le diera miedo estar solo. Llevaba un rifle en las manos, y lo dirigía hacia cada sonido que oía o le parecía oír.

De pronto se oyeron disparos a la distancia, junto al río. Una ráfaga rápida. 0 se estaban perdiendo muchas municiones, o Moore y McAuliff estaban pasándolo mal.

Pero era su ocasión de moverse. El hombre de la patrulla espiaba por el borde de la selva, mirando hacia abajo. Los disparos eran tanto su protección como el motivo de su miedo. Bajó el rifle y encendió con mano nerviosa un cigarrillo.

Charles se puso de pie y, aferrando la caja de archivo, corrió entre el pasto alto detrás del flanco oeste del campo. Entonces giró hacia la derecha y corrió hacia la casa de Piersall, a través de los bosques cada vez más ralos, rumbo a la entrada de automóviles.

Los dos patrulleros estaban detenidos bajo la luz de la luna, frente a uno de los anchos escalones de piedra que llevaban a High Hill. Whitehall emergió del bosque y cruzó hacia el primer vehículo. Había una puerta abierta, la del conductor. La escasa luz interior resplandecía sobre el cuero negro.

Las llaves estaban en el arrancador. Las sacó y luego buscó bajo el tablero de la radio y arrancó los cables del panel. Cerró en silencio la puerta, corrió hacia el segundo auto y vio que las llaves también estaban puestas. Volvió con rapidez al primer auto y, de la forma más silenciosa que pudo, abrió el capó. Arrancó la tapa del distribuidor y tiró de la tapa de goma hasta que se soltó de los cables.

Volvió al segundo vehículo, subió y puso la caja de archivo junto a él. Apretó el acelerador varias veces. Controló el mecanismo de los cambios y quedó satisfecho.

Encendió el motor.

Charles Whitehall dio marcha atrás y sacó al patrullero de la zona de estacionamiento, giró el volante y se marchó por el sendero para automóviles.

19

EI médico cerró la puerta del patio y salió a la terraza del Bengal Court que conectaba las habitaciones de Alison y McAuliff. Barak Moore yacía en la cama de Alison. Ella había insistido; no se hicieron comentarios, la decisión no se había discutido.

Alex tenía el antebrazo izquierdo vendado; la herida era superficial, dolorosa pero no grave. Estaba sentado con Alison en la pared baja de la terraza que daba al mar. No había dado detalles sobre el ataque nocturno; ya habría tiempo más tarde. Sam Tucker y Lawrence habían tomado posición a cada extremo del patio con el fin de impedir que cualquiera que anduviera paseando entrara en esa pequeña zona.

El doctor de Falmouth con el que se había conectado Lawrence a medianoche se acercó a McAuliff.

-Hice lo que pude. Desearía tener más confianza.

-¿No debería estar en el hospital? -Las palabras de Alison eran tanto un reto como una pregunta.

-Debería -coincidió el médico, agotado-. Lo discutí con él; llegó a la conclusión de que no era factible. Hay sólo una clínica gubernamental en Falmouth. Creo que así es más limpio.

Librodot

-A Barak lo buscan -explicó Alex en voz baja-. Lo pondrían en prisión antes de que pudieran sacarle la bala.

-Con sinceridad, dudo de que se tomaran el trabajo de quitarle la bala, señor McAuliff.

-¿Qué le parece? -preguntó Alex, encendiendo un cigarrillo.

-Tendrá una posibilidad si se queda absolutamente quieto. Pero sólo una posibilidad. He cauterizado la pared abdominal; podría abrirse con facilidad. Le he dado sangre... Sí, mi consultorio tiene un archivo discreto del tipo de sangre de ciertos individuos. Está en extremo débil. Si sobrevive dos o tres días, hay esperanza.

-Pero no cree que lo logre -afirmó McAuliff.

-No. Hubo mucho derrame interno. Mi... equipo quirúrgico portátil no es tan bueno. Ah, mi hombre está limpiando. Sacará las sábanas, telas, todo lo que se haya manchado. Por desgracia, el olor a éter y a desinfectante permanecerá. Mantengan las puertas externas abiertas cuando puedan. Lawrence se asegurará de que no entre nadie.

Alex se bajó de la pared y se apoyó contra ella.

-¿Doctor? Supongo que forma parte de la organización, de Barak, si ésa es la palabra.

-Es demasiado precisa en esta coyuntura.

-Pero sabe lo que está ocurriendo.

-No específicamente. Ni quiero saberlo. Mi función es estar a disposición con fines médicos. Cuanto menos sepa de otras cosas, mejor para todos.

-Usted puede avisar a ciertas personas, ¿no?

El médico sonrió.

-Por "personas" supongo que se refiere a los seguidores de Barak. -Sí.

-Hay números telefónicos... teléfonos públicos y horas específicas. La respuesta es sí.

-Vamos a necesitar por lo menos un hombre más. Mataron a Floyd.

Alison Booth tragó saliva. Sus ojos se clavaron en Alex; su mano buscó el brazo de él. Él se la cubrió con suavidad.

-Oh, Dios mío -susurró ella.

El doctor miró a Alison pero no comentó su reacción. Se volvió hacia McAuliff.

-Barak me lo dijo. Puede haber algún problema; no lo sabemos todavía. La investigación está bajo vigilancia. Floyd era parte de ella y la policía lo averiguará. Puede que lo interroguen, por cierto. Por supuesto, usted no sabe absolutamente nada; use mangas largas durante un tiempo, unos pocos días, hasta que la herida pueda cubrirse con un yeso grande. Reemplazar ahora a Floyd por uno de nuestros hombres podría resultar una trampa armada por nosotros mismos.

Con renuencia, Alex asintió.

-Ya veo -murmuró-. Pero necesito otro hombre. Lawrence no puede hacer triple trabajo...

-¿Puedo hacer una sugerencia? -preguntó el médico con una mirada de sabiduría.

-¿Cuál?

-Use a Inteligencia Británica. No debería ignorarla.

-Ve a dormir un poco, Sam. Lawrence, tú también -dijo Alex a los dos hombres que se hallaban en la terraza. El médico se había ido; su ayudante se había quedado con Barak Moore. Alison había entrado en la habitación de McAuliff y cerrado la puerta. -Esta noche no

Librodot

ocurrirá nada, salvo, quizá, la policía... para hacer preguntas sobre un hombre del equipo al que no he visto desde ayer por la tarde.

-¿Sabes qué decir, hombre? -Lawrence hizo la pregunta con autoridad, como si fuera a proponer la respuesta.

-El médico me lo explicó; Barak se lo dijo.

-¡Deberías estar enojado, hombre! Floyd fue siempre un mal ladrón en Ocho Ríos. Ahora lo sabes; provisiones robadas. ¡Debes de estar furioso, hombre!

-No parece justo, ¿no? -dijo Alex con tristeza.

-Di lo que te dicen, muchacho -le retrucó Sam Tucker-. Él sabe de qué habla... Yo me echaré una siesta aquí. Detesto la maldita cama, de todos modos.

-No es necesario, Sam.

-¿Se te ha ocurrido, muchacho, que la policía puede venir sin anunciarse? Me enfurecería que entraran en los cuartos equivocados.

-Oh, Señor... -dijo McAuliff, agotado. Era el agotamiento de la ineptitud, la presión de que todo el tiempo se lo recordaran. -No pensé en eso.

-Tampoco el maldito médico -respondió Sam-. Lawrence y yo sí; por eso nos turnamos.

-Entonces me quedaré con ustedes.

-Hizo suficiente esta noche, hombre -dijo Lawrence con firmeza-. Lo han herido... Tal vez la policía no venga tan rápido. Floyd no llevaba papeles. A la mañana temprano Sam Tuck y yo nos llevaremos a Barak.

-El médico dijo que tenía que quedarse donde está.

-El médico es un imbécil, hombre. Dos, tres horas Barak dormirá. Si no está muerto, lo llevaremos a playa Braco. El mar está quieto antes de la salida del sol; un bote de fondo chato es muy suave, hombre. Nos lo llevaremos.

-De nuevo tiene razón, Alex. -Tucker dio su aprobación sin recelo. -A pesar de nuestro amigo médico, es una cuestión de alter-nativas. Y los dos sabemos que la mayoría de los hombres heridos pueden viajar bien si se les dan un par de horas.

-¿Qué hacemos si la policía viene esta noche? ¿Y revisa? Lawrence respondió, de nuevo con autoridad.

-Ya le dije a Tuck, hombre. La persona de esa habitación tiene fiebre india. El mal olor nos ayuda. La policía de Falmouth le tiene mucho miedo a la fiebre india.

-Lo mismo que todo el mundo -agregó Sam, riendo entre dientes.

-Tienes inventiva -se admiró McAuliff con sinceridad. "Fiebre india" era un término suave para denominar una consecuencia en especial desagradable de la encefalitis, poco común pero de todos modos muy posible, por lo general en la zona de las colinas. A los hombres se les hinchaban los testículos hasta que alcanzaban varias veces su tamaño y los volvían a la vez impotentes y figuras grotescamente ridículas.

-Ahora se va a dormir, McAuliff... por favor.

-Sí. Sí, lo haré. Los veo en unas horas. -Alex miró a Lawrence durante un momento antes de dirigirse a la habitación. Era asombroso. Floyd estaba muerto; Barak vivía a duras penas y el jovencito sonriente, antes despreocupado, que había parecido tan ingenuo y juguetón en comparación con sus superiores, ya no era un inocentón. En cuestión de horas se había convertido en el líder de su facción, el señor de su rebaño. La dura autoridad se había desarrollado muy rápido, a pesar de que todavía sentía la necesidad de calificar dicha autoridad.

"Ahora se va a dormir... por favor."

En uno o dos días, el "por favor" se omitiría. Sólo quedaría la orden.

Librodot

De manera que, como siempre, el cargo hacía al hombre.

Sam Tucker le sonrió a McAuliff bajo la brillante luna jamaiquina. Parecía estar leyendo los pensamientos de Alex. ¿O recordaba la primera investigación independiente de McAuliff? Tucker había estado en ella. Fue en las Aleutinas, en primavera, y había muerto un hombre porque Alex no había sido lo suficientemente firme con la disciplina del equipo respecto de sondear las fisuras en el hielo. Alexander Tarquin McAuliff había madurado con suma rapidez aquella primavera en las Aleutinas...

-Te veo luego, Sam.

En la habitación, Alison estaba en la cama, con el velador encendido. A su lado descansaba la caja de archivo que él había traído de Carrick Foyle. McAuliff se sacó la camisa, la arrojó sobre una silla y cruzó hasta el interruptor de la pared que regulaba el ventilador de techo. Lo encendió; las cuatro aspas suspendidas se aceleraron, con un sonido similar al de la lejana marea de afuera. Fue hasta el escritorio, donde el hielo se había derretido a medias en el balde. Los cubos estaban unidos entre sí en el agua. Había suficiente para preparar una copa.

-¿Te gustaría tomar un whisky? -le preguntó sin mirarla.

-No, gracias -respondió con su suave acento británico. Suave pero caracterizado -como ocurría con el acento británico- por ese centro de racionalidad superior que se daba por sentado.

-Yo sí.

-Lo suponía.

Se sirvió un whisky en un vaso del hotel, puso dos cubitos de hielo y se dio vuelta.

-Para responderte antes de que me preguntes, anoche no tenía idea de que las cosas saldrían como salieron.

-¿Habrías ido, de haberlo sabido?

-Por supuesto que no. Pero ya pasó. Ahora tenemos lo que nos hace falta.

-¿Esto? -Alison tocó la caja de archivo.

-Sí.

-Por lo que me contaste... los guiaron las palabras de un primitivo agonizante. A quien se lo dijo un fanático muerto.

-Creo que esas descripciones son un poco brutales. -McAuliff fue hasta la silla que había junto a la cama y se sentó. -Pero no defendería a ninguno de los dos por ahora. Esperaré. Averiguaré qué hay aquí, haré lo que dicen que debería hacer y veré qué ocurre.

-Hablas como si tuvieras una confianza total y no sé por qué. Te han disparado. Una bala estuvo a doce centímetros de matarte. ¿Y ahora te sientas tan tranquilo y me dices que te tomarás tu tiempo y verás qué ocurre? Alex, por el amor de Dios, ¿qué estás haciendo?

McAuliff sonrió y tragó un buen sorbo de whisky.

-Lo que nunca pensé que fuera posible -respondió con lentitud, de pronto serio-. Acabo de ver a un chico convertirse en un hombre. En una hora. Costó un precio terrible, pero ocurrió... y no estoy seguro de que puedas entenderlo, pero lo vi. La transformación tenía algo que ver con la fe. Nosotros no la tenemos. Actuamos por miedo o codicia o ambas cosas a la vez... todos nosotros. Él no. Hace lo que hace, se convierte en lo que se convierte, porque cree... Y, cosa insólita, lo mismo hace Charley Whitehall.

-¿De qué hablas, por Dios?

McAuliff bajó el vaso y la miró.

-Me parece que estamos a punto de entregar esta guerra a la gente que debería estar librándola.

Librodot

Charles Whitehall exhaló con lentitud, apagó la llama de acetileno y se sacó las antiparras protectoras. Puso la antorcha sobre la mesa larga y estrecha y se sacó los guantes de asbesto. Advirtió con satisfacción que cada uno de sus movimientos estaba controlado; era como un cirujano confiado. Ningún movimiento desperdiciado, su mente delante de cada uno de sus músculos.

Se levantó del banco y se estiró. Se volvió para confirmar que la puerta de la pequeña habitación siguiera cerrada con cerrojo. Una tontería haberle echado el cerrojo a la puerta, pensó. Estaba solo.

Había regresado manejando por caminos laterales hasta llegar casi a sesenta kilómetros de Carrick Foyle, hacia la frontera de Santa Ana. Había dejado el auto policial en un campo y caminado el último kilómetro y medio hacia el pueblo.

Hacía diez años, Santa Ana era un lugar de reunión para aquellos miembros del Movimiento que estaban entre Falmouth y Ocho Ríos. Los "negros ricos" se autodenominaban, y poseían campos de buen tamaño en Drax Hall, Chalky Hill y Davis Town. Hombres con propiedades y algo de riqueza, que habían sacado de la tierra y no estaban dispuestos a entregar a los parásitos del Commonwealth de Kingston. Whitehall recordaba nombres, como recordaba la mayoría de las cosas -una disciplina necesaria-, y quince minutos después de llegar a Santa Ana fue recogido por un hombre en un Pontiac nuevo que lloró al verlo.

Cuando hizo conocer sus necesidades, lo llevaron a la casa de otro hombre en Drax Hall, cuyo pasatiempo eran la herramientas. Las presentaciones fueron breves; su segundo hombre lo abrazó, lo mantuvo apretado contra su pecho tanto tiempo -en silencio- que Charles encontró necesario separarse de él.

Lo llevaron a una choza, al costado de la casa, donde todo lo que había pedido estaba desplegado sobre la mesa larga y estrecha apoyada contra la pared, con una pileta en el medio. Además de la luz que colgaba del techo, había una lámpara de cuello largo, cuya brillante iluminación podía ser dirigida hacia zonas pequeñas. Charles se divirtió al ver que junto con estos requisitos había un bol de fruta fresca y un enorme jarro de peltre lleno de hielo.

Un mesías había vuelto.

Ahora la caja de archivo estaba abierta. Miró el pedazo cortado, los bordes de metal todavía resplandecientes de color naranja, luego amarillo, para por fin volverse negros. Adentro podía ver los pliegues marrones de un rollo de documentos, el envoltorio habitual para los papeles doblados cada hoja contra la superficie imperceptiblemente húmeda de la cubierta.

Una bóveda viviente en la tierra. Válida por mil años.

Walter Piersali había enterrado una roca para que durara muchas épocas, en caso de que su propia época la desestimara. Era un profesional.

Como podría haberlo hecho un médico que atendía un parto difícil, Charles introdujo la mano y sacó el invalorable niño de su vientre. Abrió el documento y comenzó a leer.

Acquaba. La tribu de Acquaba.

Walter Piersall había vuelto a los archivos jamaiquinos, donde encontró la breve alusión en los registros a las guerras de los marrones.

El 2 de enero de 1739 un descendiente de los capitanejos tribales Coromantís, un tal Acquaba, llevó a sus seguidores a las montañas. La tribu de Acquaba no sería parte del tratado Cudjoe con los británicos, en la medida en que dicho tratado pedía a los africanos que capturaran esclavos para las guarniciones blancas...

Figuraba el nombre de un oscuro oficial del ejército que había ofrecido la información al Archivero de su Majestad en Ciudad España, la capital de la colonia.

Librodot

Middlejohn, Robt. May. I. O. Reg. 641.

Lo que volvía significativo el nombre de "Middlejohn, Robt." era el descubrimiento, por parte de Piersall, de lo siguiente.

Archivero de Su Majestad, Ciudad España, 9 de febrero, 1739. [Docums. retirados, Middlejohn, I. O. Reg. 641.]

Archivero de Su Majestad, Ciudad España. 20 de abril, 1739. [Docums. retirados, R.M.I.O. Reg 641.]

Robert Middlejohn. Mayor, Regimiento 641 Indias Occidentales, en el año de Nuestro Señor de 1739, había sido importante para alguien. ¿Para quién?

¿Por qué?

A Walter Piersall le llevó semanas de búsqueda en el Instituto encontrar la clave siguiente. Un segundo nombre.

Pero no del siglo XVIII, sino de 144 años más tarde, de 1883. Fowler, Jeremy. Empleado. Servicio Exterior.

Un tal Jeremy Fowler había sacado varios documentos de los archivos en la nueva capital de Kingston relativos a las instrucciones del Servicio Exterior de Su Majestad, 7 de junio, 1883. Victoria Regina.

Los documentos coloniales en cuestión estaban rotulados simplemente como "Papeles Middlejohn". 1739.

Walter Piersall especuló. ¿Era posible que los Papeles Middlejohn siguieran hablando de la Tribu de Acquaba, como el primer documento? ¿Era el retiro de ese primer documento de los archivos un descuido? ¿Una omisión cometida por un tal Jeremy Fowler el 7 de junio de 1883?

Piersall había volado a Lóndres y usado sus credenciales académicas para obtener acceso a los Registros de las Indias Occidentales del Servicio Exterior. Dado que se manejaba con asuntos de investigación de más de un siglo de antigüedad, el S. E. no había puesto objeciones. Los archiveros se mostraron muy generosos.

Y no había documentos transferidos desde Kingston en 1883.

¡Jeremy Fowler, empleado del Servicio Exterior, había robado los Papeles Middlejohn!

Si en verdad había un asunto vinculado, Walter Piersall ahora tenía dos temas específicos para continuar: el nombre "Fowler" y el año 1883 en la colonia de Jamaica.

Dado que se hallaba en Londres, rastreó a los descendientes de Jeremy Fowler. No fue una tarea difícil.

Los Fowler -hijos y tíos- eran propietarios de una casa de corretaje en la Bolsa de Valores de Londres. El patriarca era el señor Gordon Fowler, tataranieto de Jeremy Fowler, empleado, Servicio Exterior, colonia de Jamaica.

Walter Piersall entrevistó al viejo Fowler con el pretexto de que estaba investigando las dos últimas décadas de dominio de la reina Victoria en Jamaica; el nombre Fowler era prominente. Encantado, el anciano caballero le dio acceso a todos los papeles, álbumes y documentos vinculados con Jeremy Fowler.

Estos materiales contaban una historia no poco familiar para la época: un hombre joven de "educación mediana" que entra en el Servicio Colonial y pasa una cantidad de años en un cargo distante para volver a Inglaterra mucho más rico de lo que se había ido.

Lo bastante rico como para poder comprar muchas acciones en la Bolsa durante la última década del siglo xtx. Una época propicia; la fuente de la actual riqueza de los Fowler.

Una parte de la respuesta.

Librodot

Jeremy Fowler había hecho su conexión en el Servicio Colonial. Walter Piersall había vuelto a Jamaica a buscar la segunda parte. Estudió, día por día, semana por semana, la historia registrada de Jamaica de 1883. Fue difícil.

Y entonces lo encontró: 25 de mayo de 1883.

Una desaparición a la que no se prestó mucha atención en la medida en que pequeños grupos de ingleses -partidas de caza-todo el tiempo se perdían en las montañas Azules y las selvas tropicales, en general para ser encontrados luego por partidas de negros dirigidas por otros ingleses.

Como habían encontrado a este hombre.

No un empleado, sino el Archivero oficial de la Corona. El Archivero de Su Majestad, Jeremy Fowler.

Motivo por el cual su ausencia justificaba el espacio que le dedicaron los diarios. El Archivero de la corona no era insignificante. No era un aristócrata rural, por cierto, pero sí una persona de importancia.

Las antiguas notas de los diarios eran breves, imprecisas y extrañas. Un tal señor Fowler había sido visto en su oficina gubernamental la noche del 25 de mayo, un sábado. No volvió el lunes y no se lo vio el resto de la semana laboral. Tampoco había dormido en sus habitaciones.

Seis días más tarde, el señor Fowler apareció en la guarnición de Fleetcourse, al sur del impenetrable Cock Pit, acompañado por varios "negros" marrones. Había ido a caballo... solo... para hacer una cabalgata dominical. Su caballo se había desbocado, se había perdido y había vagado durante días hasta que los marrones lo encontraron.

Era ilógico. En aquellos años, según sabía Walter Piersall, los hombres no cabalgaban solos por tales territorios. Y si alguno lo hacía, un hombre lo bastante inteligente como para ser Archivero de Su Majestad por cierto habría contado con los conocimientos suficientes para tomar el ángulo izquierdo del sol y llegar a la costa sur en cuestión de horas, a lo sumo un día.

Y una semana más tarde Jeremy Fowler robó los Papeles Middlejohn de los archivos. Los documentos vinculados con una secta dirigida por un capitanejo coromantí llamado Acquaba... que había desaparecido en las montañas hacía 144 años.

Y seis meses más tarde dejó el Servicio Exterior -Colonial- y volvió a Inglaterra como un hombre muy, muy rico.

Había descubierto la Tribu de Acquaba.

La única respuesta lógica. Y si era así, había una segunda especulación lógica: ¿era la tribu de Acquaba... el Halidon?

Piersall estaba convencido de que lo era. Sólo necesitaba pruebas concretas.

Pruebas de que tenían sustento los rumores sobre una secta increíblemente rica que habitaba en lo alto de las montañas de Cock Pit. Una comunidad aislada que envía a sus miembros al mundo exterior, a Kingston, para ejercer influencia.

Piersall sondeó a cinco hombres del gobierno de Kingston, todos en cargos de confianza, todos con antecedentes oscuros. ¿Alguno de ellos pertenecía al Halidon?

Fue a ver a cada uno, contándole que sólo él conocía esta asombrosa información: la Tribu de Acquaba.

El Halidon.

Tres de los cinco quedaron fascinados pero aturdidos. No entendieron.

Dos de los cinco desaparecieron.

Librodot

Desaparecieron en el sentido de que los sacaron de Kingston. A Piersall le dijeron que uno de los dos hombres se había retirado de buenas a primeras a una isla de la cadena de la Martinica. El otro fue transferido fuera de Jamaica a un cargo remoto.

Piersall tenía esta prueba concreta.

El Halidon era la Tribu de Acquaba.

Existía.

Si necesitaba más confirmación, una prueba final, lo fue el creciente acoso contra él. El acoso incluyó la violación selectiva y el robo de sus archivos y pesquisas no rastreables en la universidad sobre sus actuales estudios académicos. Alguien que estaba más allá del gobierno de Kingston se concentraba en él. Estos actos no eran propios de los burócratas preocupados.

La Tribu de Acquaba... Halidon.

Lo que quedaba era llegar a los líderes. Una cosa muy difícil de lograr. Pues a lo largo de todo Cock Pit había cantidades de sectas aisladas que se ocultaban: la mayoría de ellas devastadas por la pobreza, sobreviviendo de la tierra. El Halidon no iba a proclamar su autosuficiencia. ¿Cuál era?

El antropólogo volvió una vez más a los volúmenes de detalles africanos, específicamente los vinculados con los coromantís de los siglos XVII y XVIII. La clave tenía que estar allí.

Piersall había encontrado la clave: no le había puesto nota al pie a su fuente.

Cada tribu, cada retoño de una tribu, tenía un "solo sonido exclusivamente aplicable a ella. Un silbido, una palmada, una palabra. Este símbolo era conocido sólo dentro de los consejos tribales más altos, comprendido sólo por unos pocos, que lo comunicaban a sus contrapartes externas a la tribu."

El símbolo, el sonido, la palabra... era "Halidon".

Su sentido.

Le llevó cerca de un mes de noches y días sin dormir, usando cartas logarítmicas de fonética, jeroglíficos y símbolos africanos de supervivencia diaria.

Cuando terminó estaba satisfecho. Había descifrado el antiguo código.

Era demasiado peligroso incluirlo en ese resumen. Pues en caso de que él muriera -o lo asesinaran-, el resumen podía caer en manos erradas. En consecuencia, había una segunda caja de archivo que contenía el secreto.

La segunda no tenía sentido sin la primera.

Las instrucciones se le dejaron a un hombre. Para que se llevaran a cabo en caso de que él no pudiera hacerlo por sí mismo.

Charles Whitehall dio vuelta la última página. Tenía el rostro y el cuello empapados de sudor. Sin embargo, estaba fresco en la cabaña. Dos ventanas entreabiertas en la pared del sur dejaban entrar las brisas de las montañas de Drax Hal, pero no podían apagar los fuegos nerviosos de su ansiedad.

Había aprendido verdades. Una verdad mayor, abrumadora, estaba todavía por revelarse.

Eso ocurriría ahora, sin duda.

El profesor y el patriota eran de nuevo uno solo. El Pretorio de Jamaica enrolaría al Halidon.

20

Librodot

James Ferguson, en el bar de moda de Bahía Montego estaba entusiasmadísimo. Era la misma sensación que experimentaba cuando aparecían cosas importantes en la lente de un microscopio y sabía que era el primero en observarlas, o por lo menos el primer testigo que reconocía un efecto causal por lo que era.

Como la fibra de baracoa.

Era capaz de una gran imaginación cuando estudiaba las formas y las densidades de las partículas microscópicas. Un gigante que manipulaba elementos infinitamente pequeños. Una forma de control total.

Ahora tenía control. Sobre un hombre que no sabía lo que era tener que protestar con excesiva fuerza por las cosas sin consecuencias porque nadie le prestaba atención, o estar siempre sin un centavo en el banco porque nadie le pagaba el valor verdadero de su trabajo.

Todo eso iba cambiando. Pensaba en muchas cosas que sólo ayer eran fantasías insólitas: su propio laboratorio con el equipo más caro -electrónico, computadorizado, con banco de datos-; deshacerse de las pequeñas libretas de presupuesto donde anotaba a quién le había pedido prestado por última vez.

Una Maserati. Se compraría una Maserati. Arthur Craft tenía una, ¿por qué no él?

Ferguson miró su reloj -su Timex demasiado barato- y le hizo señas al barman para que le llevara la cuenta.

Como el barman no llegó en treinta segundos, Ferguson tomó el ticket que había frente a él y lo dio vuelta. Era fácil de sumar: un dólar cincuenta dos veces.

James Ferguson hizo entonces lo que nunca había hecho en su vida. Sacó un billete de cinco dólares, lo arrugó en la mano, se bajó del asiento del bar y arrojó el billete hecho un bollo hacia la caja registradora ubicada a varios metros de él. El billete rebotó contra las botellas alineadas sobre el estante iluminado y cayó al suelo.

Se encaminó hacia la entrada.

Había machismo en su gesto; ésa era la palabra, ése era el sentimiento.

En veinte minutos se encontraría con un emisario de Craft hijo. En la calle del Muelle, cerca del dique Parish, en el muelle Seis. El hombre sería obsequioso -no tenía otra opción- y le daría un sobre con mil dólares.

Mil dólares.

En un solo sobre; no ahorrado de a poquito a lo largo de meses de cuidar el presupuesto, no con los tentáculos de la Oficina de Impuestos o los antiguos deudores que se extendían para cortarlo por la mitad. Era de él para hacer lo que quisiera. Para malgastarlo, para derrocharlo en cosas tontas, para pagarle a una chica para que se desvistiera y lo desvistiera a él y le hiciera cosas que eran fantasías... sólo ayer.

Le había pedido un préstamo -en rigor un adelanto de sueldo-a McAuliff. Doscientos dólares. No había motivo para devolverlos. Ahora no. Sólo le diría a McAuliff ("Alex"; de ahora en adelante sería "Alex" o tal vez "Lex", muy informal, muy seguro) que dedujera esa cantidad idiota de su cheque de sueldo. Todo de una vez, si le daba la gana. No tenía consecuencias; en realidad no importaba.

Y por cierto era así, pensó Ferguson.

Todos los meses Arthur Craft le daría un sobre. La cantidad acordada era de mil dólares en cada sobre, pero ése era un tema que se debía cambiar. En relación con el creciente costo de la vida, por así decirlo. Cada vez mayor a medida que sus apetitos y necesidades crecieran. Sólo el comienzo.

Ferguson cruzó la Plaza St. James y avanzó hacia el muelle. Era una noche cálida, sin brisa y húmeda. Nubes gordas, que volaban bajo y amenazaban lluvia, tapaban la luna; los anticuados faroles lanzaban una luz mortecina en contrapunto con los vulgares tubos de neón

Librodot

amarillos y naranjas que anunciaban las diversiones ofrecidas por la vida nocturna de Bahía Montego.

Ferguson llegó a la calle del Muelle y dobló hacia la izquierda. Se detuvo bajo un farol y miró de nuevo su reloj. Eran las doce y diez de la noche; Craft había especificado a las doce y cuarto. En cinco minutos tendría mil dólares.

El muelle Seis quedaba directamente adelante, a su derecha, del otro lado de la calle. No había barcos, ninguna actividad dentro de la enorme zona de carga más allá del cerco alto; sólo un gran bulbo desnudo dentro de una cubierta de alambre que iluminaba el cartel:

MUELLE-SEIS
LÍNEAS MONTEGO
216

Tenía que quedarse parado debajo de la lámpara, frente al cartel y esperar que un hombre se acercara manejando un Triumph deportivo. El hombre le pediría su identificación. Ferguson le mostraría su pasaporte y el hombre le daría el sobre.

Tan simple. Toda la transacción llevaría menos de treinta segundos. Y cambiaría su vida.

Craft se había quedado estupefacto, sin habla, hasta que recobró la voz y gritó un torrente de insultos... hasta que, de nuevo, se dio cuenta de la futilidad de su posición. Craft hijo había ido demasiado lejos. Había roto leyes y sería objeto de desprecio y vergüenza. James Ferguson podía contar una historia de encuentros en aeropuertos y equipajes y llamados telefónicos y espionaje industrial... y promesas.

Qué promesas.

Pero su silencio podía comprarse. Craft podía comprar su confianza por un primer pago de mil dólares. Si Craft no se tomaba el trabajo de hacerlo, Ferguson estaba seguro de que las autoridades de Kingston desplegarían un interés ávido en los detalles de su historia.

No, no había hablado con nadie hasta el momento. Pero había escrito algunas cosas. (Mentiras que Craft no podía rastrear, por cierto.) Eso no significaba que fuera incapaz de encontrar las palabras y decirlas: tal capacidad se hallaba dentro de su dominio... como el primer pago estaba dentro del dominio de Craft. Uno cancelaba al otro; ¿cuál lo haría?

Y así fue.

Ferguson cruzó la calle del Muelle y se acercó a la luz cubierta de alambres y al cartel. A una cuadra y media, multitudes de turistas se amontonaban en las calles, un flujo de una sola dirección hacia la enorme terminal de pasajeros y las planchadas de un crucero. Surgían taxis de las calles paralelas y los callejones del centro de Bahía Montego, tocando la bocina con furia, avanzando despacio hacia el muelle. Tres silbidos bajos llenaron el aire, vibrando en la noche, dando a entender que el barco advertía que todos los pasajeros debían subir a bordo.

Oyó el Triumph antes de verlo. Se oyó el rugido de un motor en la oscuridad de una estrecha calle lateral en diagonal con el muelle Seis. El brillante automóvil rojo surgió de un escondrijo oscuro y se detuvo delante de Ferguson. El conductor era otro de los empleados de Craft, uno al que reconoció del año anterior. No recordaba su nombre; sólo que era una persona rápida, dada a la arrogancia. No sería arrogante ahora.

No lo fue. Sonrió desde el automóvil abierto y le hizo gesto Ferguson de que se acercara.

-¿Hola, Fergy! Hace mucho que no nos vemos.

Librodot

Ferguson detestaba el sobrenombre "Fergy"; lo había perseguido durante gran parte de su vida. Justo cuando llegaba a pensar que ya formaba parte de su pasado de estudiante, alguien -siempre alguien desagradable, reflexionó- lo usaba. Sintió ganas de corregir al hombre, de recordarle su condición de mensajero, pero no lo hizo. Se limitó a ignorar el saludo.

-Dado que me reconociste, supongo que no hay necesidad de que te muestre mi identificación -dijo James al acercarse al Triumph.

-¡Claro que no! ¿Qué tal has andado?

-Bien, gracias. ¿Tienes el sobre? Estoy apurado.

-Sí, claro, lo tengo, Fergy... Eh, ¡eres un genio, viejo! ¡Nuestro amigo está hecho una furia! Está medio loco, ¿me entiendes?

-Por supuesto. Tiene que estarlo. El sobre, por favor.

-Claro. -El conductor metió la mano en la chaqueta y sacó un sobre. Se inclinó y se lo dio a Ferguson. -Se supone que debes contarlo. Si está todo, sólo dame el sobre... haz el tipo de marca que se te ocurra. Ah, aquí tienes una lapicera. -El hombre abrió la guantera, sacó un bolígrafo y se lo alcanzó a Ferguson.

-No es necesario. No intentaría engañarme.

-¡Eh, vamos, Fergy! ¡Me rompería el culo a mí! Cuéntalo, márcalo, ¿qué problema hay?

Ferguson abrió el voluminoso sobre. Los billetes eran de diez y de cinco, docenas de billetes. No había pedido dinero chico, pero era conveniente, tenía que admitirlo. Menos sospechoso que billetes de cien o de cincuenta o incluso de veinte.

Comenzó a contar.

Dos veces el hombre de Craft lo interrumpió con preguntas insignificantes que le hicieron perder la cuenta. Tuvo que comenzar de nuevo las dos veces.

Cuando terminó, el conductor de pronto le alcanzó un paquete envuelto.

-Ah, como nuestro amigo quiere demostrarte que no te guarda rencor; es un buen tipo, ¿sabes? Te envió una de esas Yashicas nuevas de 35 milímetros. ¡Se acordó de que eres un loco de la fotografía!

Ferguson vio la etiqueta de Yashica sobre la parte superior del paquete. ¡Un instrumento de setecientos dólares! ¡Uno de los mejores! Craft hijo era sin duda un hombre asustado.

-Agradécele a... Arthur de mi parte. Pero dile que no es deducible de ningún pago futuro.

-Se lo diré... Ahora voy a decirte algo, Fergy. Estás en la "Cámara sorpresa". -El conductor hablaba en voz baja.

-¿De qué hablas?-Justo detrás de ti, Fergy.

Ferguson se dio vuelta a toda velocidad hacia el cerco alto y la zona desierta que había detrás. Distinguió a dos hombres en las sombras de un zaguán. Y uno de los hombres llevaba una cámara de video.

-¿Qué hicieron?

-Sólo un pequeño reaseguro, Fergy. Nuestro amigo es consciente de sus contratos, ¿entiendes? Cinta infrarroja, bebé. Creo que sabes lo que es. Y acabas de hacer una actuación maravillosa contando dinero y aceptando Dios sabe qué de un tipo al que no han visto en público al norte de Caracas desde hace más de seis meses. Nuestro amigo me hizo venir en avión de Río sólo para que me filmaran... contigo.

-¡No puedes hacerme esto! ¡Nadie podría creerlo!

-¿Por qué no? Eres una mariquita codiciosa. Y a las mariquitas codiciosas como tú las cuelgan fácil... Ahora préstame atención, imbécil. Tú y Arthur están uno a uno. Sólo que el punto de él es más pesado. Esa cinta podría provocar un montón de preguntas para las cuales

Librodot

no encontrarías respuestas. Soy un hombre muy poco popular, Fergy. Te sacarían a patadas de la isla... pero es probable que primero te meteran en la cárcel. No durarías quince minutos con esos desechos sociales, ¿entiendes? Te arrancarían esa piel blanca que tienes, capa por capa... Ahora te vas a portar bien, Fergy. Arthur dice que te quedes con los mil. Sin duda te los ganaste. -El hombre levantó el sobre vacío. -Dos juegos de huellas digitales. Tuyas y mías... Adiós, querido. Tengo que irme de aquí y volver a un país en que no haya extradición.

El conductor apretó dos veces el acelerador y movió sin ningún esfuerzo la palanca de cambios. Hizo girar con pericia el Triumph en semicírculo y salió con el motor rugiendo en medio de la oscuridad por la calle del Muelle.

Julian Warfield estaba en Kingston. Había llegado tres días antes y usado todos los recursos de Dunstone para descubrir en qué consistían las extrañas actividades de Alexander McAuliff. Peter Jensen había seguido las instrucciones al pie de la letra; había mantenido a McAuliff bajo la vigilancia más estrecha, pagando a los empleados del hotel y los porteros y los conductores de taxis para que lo mantuvieran informado de cada movimiento del estadounidense.

Y siempre él y su esposa se hallaban fuera de la vista, en ningún sentido asociados a ese escrutinio.

Era lo menos que podía hacer por Julian Warfield... Haría cualquier cosa que Julian le pidiera, cualquier cosa que Dunstone exigiera. No les daría nada menos que lo mejor de sí al hombre y a la organización que los habían sacado, a él y a su esposa, del valle de la desesperación y les habían dado un mundo en el cual podían funcionar y con el cual podían habérselas.

Un trabajo que les encantaba, dinero y seguridad que los ponía por encima de lo que podían alcanzar las parejas más académicas. Suficiente para olvidar.

Julian los había descubierto hacía casi veinte años, golpeados, terminados, destruidos por los hechos... empobrecidos, sin ningún lugar o ninguna persona a la cual volver. A él y a Ruth los habían atrapado; era una época de locura, de agentes y dobles agentes, de convicciones nacidas de un fanatismo mal dirigido. Él y su esposa habían complementado sus ingresos académicos trabajando para el gobierno en operaciones geológicas ocultas: petróleo, oro, minerales de valor. Y habían entregado de manera voluntaria todo lo que había en los archivos secretos a un contacto de la embajada soviética.

Otro golpe en favor de la igualdad y la justicia. Y los habían atrapado.

Pero Julian Warfield fue a verlos.

Julian Warfield les ofreció recuperar la vida... a cambio de ciertos trabajos que podía encontrarles. Dentro del gobierno y afuera; en equipos temporarios de empresas, dentro de Inglaterra y fuera; siempre en los cargos más altos, prosiguiendo con sus tareas profesionales.

La Corona retiró todas las acusaciones. Se habían cometido terribles errores contra miembros muy respetados de la comunidad académica. Scotland Yard se disculpó, con todas la de la ley.

Peter y Ruth nunca le fueron infieles a Julian; su lealtad era incuestionable. Motivo por el cual ahora Peter se hallaba boca abajo en la arena húmeda y fría mientras la luz del amanecer caribeño aparecía sobre el horizonte oriental. Estaba detrás de un montículo de rocas de coral con una perfecta vista de la terraza de McAuliff que daba al mar. Las últimas instrucciones de Julian habían sido precisas.

"Averigua quién va a verlo. Quién es importante para él. Consigue identidades, si puedes. Pero, por el amor de Dios, quédate en el trasfondo. Los necesitaremos en el interior."

Librodot

Julian había estado de acuerdo en que las desapariciones de McAuliff -en Kingston, en taxis, en un automóvil desconocido en las puertas del Courtleigh Manor- significaban que tenía intereses en Jamaica que no eran los de Dunstone.

Tenía que suponer que había roto el artículo primero de la fe. El secreto.

Si era así, McAuliff podía ser transferido... olvidado sin dificultades. Pero antes de que eso ocurriera, era esencial descubrir la identidad del enemigo de Dunstone en la isla. 0 de los enemigos.

En un sentido muy real, la investigación en sí misma era secundaria respecto de dicho objetivo. Definitivamente secundaria. Si se llegaba a eso, la investigación podía sacrificarse, si por dicho sacrificio se revelaban identidades.

Y Peter Jensen sabía que ahora estaba más cerca de tales identidades... en ese temprano amanecer en la playa de Bengal Court. Había empezado tres horas antes.

Peter y Ruth se habían retirado poco después de la medianoche. Su habitación quedaba en el ala este del motel, junto con la de Ferguson y la de Charles Whitehall. McAuliff, Alison y Sam Tucker se alojaban en el ala oeste.

Lo oyeron alrededor de la una de la mañana: un auto que derrapaba en el camino de entrada, primero con ruedas que chirriaban, luego en silencio, como si el conductor hubiera oído el ruido y de pronto se hubiera alarmado a causa de él.

Había sido extraño. Bengal Court no era ningún club nocturno, ni un vaciadero lleno de ruido que alentaba a las multitudes de turistas jóvenes con ganas de divertirse. Era tranquilo, sin cosas que atrajeran a la gente que andaba manejando a toda velocidad. En realidad, Peter Jensen no recordaba haber oído ningún auto entrar en el Bengal Court después de las nueve de la noche, desde que habían llegado.

Se levantó de la cama y fue hasta la terraza, pero no vio nada. Luego se dirigió al extremo oriental del motel, hasta el borde del estacionamiento delantero, donde vio algo; algo alarmante, apenas visible.

En la zona más alejada del estacionamiento, en las sombras, un negro alto -le pareció que era negro- levantaba el cuerpo inconsciente de otro hombre del asiento trasero de un auto. Luego, más atrás todavía, un hombre blanco corrió a través del parque desde el otro lado de la esquina del ala occidental. Era Sam Tucker. Se acercó al negro que cargaba a la silueta inconsciente, le dio instrucciones -señalando en la dirección de la cual había venido-, avanzó hasta el auto y cerró en silencio la puerta de atrás.

Se suponía que Sam Tucker estaba en Ocho Ríos con McAuliff. Era poco probable que hubiera vuelto solo al Bengal Court.

Y, según le pareció a Jensen, se veía el perfil de otra figura en el parque occidental. Alison Booth. Le hizo gestos al hombre negro; estaba con toda claridad excitada, intentando controlarse. Condujo al negro corpulento por la oscuridad que se extendía más allá del extremo más alejado.

Peter Jensen de pronto tuvo una sensación terrible. ¿La figura inconsciente era Alexander McAuliff? Entonces volvió a repasar mentalmente el cuadro que había visto. No podía estar seguro -apenas alcanzaba a ver, y todo había ocurrido con rapidez-, pero cuando el negro pasó bajo la suave luz del estacionamiento, la cabeza bamboleante del hombre que cargaba se extendía sobre sus brazos. A Peter le había llamado la atención su forma extraña. La cabeza parecía ser por completo calva... como si estuviera afeitada.

Sam Tucker miró dentro del auto, satisfecho, y corrió de nuevo a través del parque occidental tras los demás.

Peter se quedó en cuclillas en su posición oculta después de que la figura había desaparecido. Era extraordinario. Tucker y Alison Booth no estaban en Ocho Ríos; un hombre había sido herido, en apariencia de gravedad, y en lugar de llevarlo directamente por la

Librodot

entrada principal del motel, lo entraban de manera furtiva, lo contrabandeaban. Y era inconcebible que Sam Tucker hubiera vuelto a Bengal Court sin McAuliff; era inconcebible que lo hiciera Alison Booth.

¿Qué hacían? ¿Qué había ocurrido, en nombre del Cielo... qué estaba ocurriendo?

La manera más simple de averiguarlo, pensó Peter, era vestirse, volver al diminuto bar y, por motivos que todavía no había inventado, llamar a McAuliff para tomar una copa.

Lo haría solo. Ruth se quedaría en la habitación. Pero antes Peter caminaría hacia la playa, hacia el borde del agua, donde tendría una visión total del motel y de las terrazas junto al mar.

Una vez en el pequeño salón, Peter inventaría un motivo para llamar a McAuliff. Era sencillo hasta el punto de lo absurdo. No podía dormir, había salido a pasear por la playa, desde donde vio una luz detrás de las cortinas de la habitación de Alexander, y supuso que había vuelto de Ocho Ríos. ¿Querrían él y Alison aceptar una invitación a beber una copa?

Jensen fue al teléfono del extremo del bar. Cuando McAuliff respondió, su voz reflejaba la frustración típica de un hombre forzado a ser educado en las circunstancias más inconvenientes. Y la mentira de McAuliff fue evidente.

-Ah, gracias, Peter, pero estamos muertos. Apenas nos habíamos instalado en el Sans Souci cuando Latham llamó desde el Ministerio. Algún maldito problema burocrático con nuestros permisos para ir al interior; tuvimos que volver manejando por una maldita... inspección mañana a primera hora... registros de vacunas, asuntos médicos.

Sobre todo de la cuadrilla.

-De lo más desconsiderado, muchacho. Unos terribles cretinos, diría.

-Lo son... Haremos un control de lluvias, sin embargo. Tal vez mañana.

Peter habría querido mantener a McAuliff hablando por teléfono un rato más. El hombre respiraba fuerte; cada momento adicional significaba la posibilidad de que Jensen se enterara de algo.

-Ruth y yo pensamos contratar un auto para ir mañana a las cataratas de Dunn, alrededor de mediodía. Seguro que habrán terminado para esa hora. ¿Quieres venir?

-Con franqueza, Peter -dijo McAuliff, alarmado-, esperamos volver a Ocho Ríos, si podemos.

-Entonces no irán a las cataratas Dunn, claro. Las viste, ¿no es cierto? ¿Son todo lo que dicen?

-Sí... sin duda lo son. Diviértanse...

-Entonces volverás mañana por la noche, ¿no? -lo interrumpió Jensen.

-Claro... ¿Por qué?

-Nuestro control de lluvia, muchacho.

-Sí -repuso McAuliff con lentitud y cuidado-. Volveremos mañana por la noche. Por supuesto que volveremos mañana por la noche... Buenas noches, Peter.

-Buenas noches, muchacho. Que duermas bien. -Jensen colgó el teléfono. Llevó su copa hacia la mesa que ocupaba, en un rincón, y saludó con la cabeza a los demás clientes, para dar la impresión de que esperaba a alguien, tal vez a su esposa. No tenía deseos de estar con nadie; tenía que pensar en sus movimientos.

Motivo por el cual ahora se hallaba echado en la arena detrás de un pequeño montículo de coral sobre la playa, observando a Lawrence y a Sam Tucker mientras hablaban.

Hacía cerca de tres horas que permanecía allí. Había visto cosas que sabía no se suponía que viera; dos hombres que llegaron: uno que sin duda era un médico, con la valijita inevitable; el otro, algún tipo de asistente que llevaba una caja semejante a un tronco y un montón de cosas de formas raras.

Librodot

Había habido una charla en voz baja entre McAuliff, Alison y el médico, a la que luego se sumaron Sam Tucker y el negro de la cuadrilla, Lawrence.

Por fin, todos se fueron de la terraza, excepto Tucker y el negro. Se quedaron afuera.

De guardia.

Vigilando no sólo a Alexander y la chica, sino también a quien-quiera que estuviera en el cuarto adyacente. El hombre herido con la cabeza de forma extraña al que habían transportado desde el automóvil. ¿Quién era?

Los dos hombres habían permanecido en sus puestos durante tres horas. Nadie había entrado o salido. Pero Peter sabía que no podía dejar la playa. Todavía no.

De pronto Jensen vio al hombre negro de la cuadrilla, Lawrence, bajar por los escalones de la terraza y caminar a través de las dunas hacia la playa. En forma simultánea, Tucker avanzó sobre el pasto hasta la esquina del edificio. Se quedó en el parque; estaba esperando a alguien. 0 vigilando.

Lawrence llegó a la orilla del agua y Jensen se quedó inmóvil mientras el enorme negro hacía algo extraño. Miró su reloj y luego procedió a encender dos fósforos, uno tras otro; mantuvo uno separado del otro durante varios segundos en el amanecer sin brisa y los arrojó luego al agua.

Momentos después, la extraña acción tuvo su explicación. Lawrence se puso las manos en forma de visera sobre los ojos para tapar la enceguecedora luz del sol cuando salía por el horizonte, y Peter siguió su línea de visión.

Sobre la tranquila superficie del océano, en las enormes sombras de tierra del extremo, dos resplandores de luz le respondieron. Un pequeño bote había girado alrededor de las aguas que daban a la entrada de la caleta, y su quilla gris negruzca emergió en la temprana luz.

Su destino era la sección de la playa donde se encontraba Lawrence.

Varios minutos más tarde, Lawrence encendió otro fósforo y lo mantuvo así hasta que la tripulación que se acercaba lo advirtió y respondió, momento en el cual se apagaron los dos fósforos y el tripulante negro comenzó a correr sobre la arena hacia el Bengal Court.

En el parque, junto a la esquina del edificio, Sam Tucker se dio vuelta y vio a Lawrence que corría. Bajó las escaleras del muelle y lo esperó. El negro alcanzó los escalones; él y Tucker hablaron un momento y juntos se acercaron a las puertas de la terraza del cuarto adyacente: el de Alison Booth. Tucker las abrió y los dos hombres entraron, dejando las puertas dobles entreabiertas.

Peter seguía mirando del motel a la playa. No había actividad visible en la terraza; el pequeño bote avanzaba sobre las aguas calmas hacia la playa; ahora se hallaba a sólo trescientos o cuatrocientos metros de la costa. Era un largo bote de pesca, de fondo chato, propulsado por un motor cuyo ruido estaba amortiguado. Sentado en la popa iba un negro vestido con harapos, según parecía, y un gran sombrero de paja. Las pértigas de gancho se levantaron desde la pequeña cubierta, se plegaron redes a los costados de la quilla; el efecto era el de un perfecto pescador jamaiquino que salía a pescar al alba.

Cuando el bote llegó a varios cientos de metros de la costa, el capitán encendió un fósforo y lo apagó enseguida. Jensen miró hacia la terraza. En segundos, la figura de Sam Tucker emergió de la oscuridad, detrás de las puertas abiertas. Llevaba el extremo de una camilla sobre la cual yacía un hombre envuelto en frazadas; Lawrence lo seguía, llevando el otro extremo.

Con rapidez y sumo cuidado los dos hombres corrieron con la camilla por la terraza, hacia los escalones que daban al mar, luego por la arena y hacia la playa. Los tiempos era precisos, no se perdió ni un momento. A Jensen le pareció que, en el instante en que el bote llegó a las aguas poco profundas, Tucker y Lawrence chapotearon en la marea con la camilla y la pusieron con cuidado sobre la cubierta. Cruzaron las redes sobre el hombre envuelto en

Librodot

frazadas y el bote de pesca fue de inmediato empujado a las aguas por Sam Tucker, mientras Lawrence subía a la popa. Segundos más tarde, Lawrence se había quitado la camisa y de algún escondrijo del bote tomó un sombrero de paja deshilachado y roto, se lo puso en la cabeza y sacó una pértiga de su gancho. La transformación fue completa. Lawrence, el conspirador, era ahora un letárgico pescador nativo.

El pequeño bote de fondo chato giró, produciendo olitas sobre la superficie como un espejo de agua, y enfiló hacia alta mar. El motor hizo un ruido un poco más fuerte que antes; el capitán quería salir pronto de la playa con su oculta carga humana.

Sam Tucker les hizo señas; Lawrence asintió y hundió la pértiga. Tucker salió del agua y volvió a Bengal Court.

Peter Jensen observó mientras el bote de pescadores avanzaba hacia el extremo de la caleta. Varias veces Lawrence se inclinó hacia adelante y hacia abajo, haciendo que movía las redes pero sin duda controlando el estado del hombre de la camilla. En forma intermitente, parecía darle órdenes en voz baja al hombre del motor. El sol ya iluminaba el extremo del horizonte jamaiquino. Sería un día caluroso.

En la terraza, Peter vio que las puertas dobles de la habitación de Alison Booth permanecían abiertas. Con la luz adicional, también podía ver que había más actividad adentro. Sam Tucker salió dos veces, llevando unas bolsas de plástico castañas, que dejó sobre el patio. Luego emergió un segundo hombre -el asistente del médico, advirtió Peter-, que acarreaba un gran cilindro y una enorme valija negra en la otra mano. Puso ambos sobre las piedras, se inclinó sobre el murallón y se enderezó en unos instantes con dos largas latas en las manos -latas de aerosol, pensó Jensen-; le entregó una a Tucker cuando éste salió por la puerta. Los dos hombres hablaron un momento y volvieron a entrar en la habitación.

No más de tres minutos habían pasado cuando Tucker y el ayudante del médico volvieron a aparecer, esta vez formando un cuadro gracioso, pues retrocedían a la vez, hacia el marco de la puerta. Cada uno tenía un brazo extendido; en cada mano había una lata de aerosol y de cada una surgían nubes de líquido.

Tucker y el ayudante negro habían echado aerosol sistemáticamente en el interior de la habitación.

Una vez que terminaron, se dirigieron hacia las bolsas de plástico, la caja y el gran cilindro. Recogieron los objetos, volvieron a hablar un instante y fueron rumbo al parque.

En el agua, el bote iba a mitad de camino hacia el extremo de la caleta. Pero algo había ocurrido. El bote se había detenido; se mecía suavemente sobre la superficie calma, sin seguir avanzando. Peter pudo ver la ahora diminuta figura de Lawrence de pie en popa, luego en cuclillas, luego enderezándose de nuevo. El capitán hacía gestos, con movimientos agitados.

El bote siguió navegando, sólo para girar con lentitud y cambiar de dirección. No prosiguió su camino, si el extremo de la caleta era su meta. En cambio, enfiló hacia mar abierto.

Jensen se quedó sobre la arena húmeda durante quince minutos más, observando el pequeño bote que se convertía poco a poco en un punto negro dentro del océano gris negruzco atravesado por las franjas de luz anaranjada del sol. No podía leerlos pensamientos de los dos jamaiquinos; no podía ver las cosas que ocurrían en el bote, tan lejos en el agua. Pero su conocimiento de las mareas y corrientes, sus observaciones de las últimas tres horas, llevaron sus conclusiones hacia un fin.

El hombre de la camilla había muerto. Su cadáver pronto sería despojado de identificaciones, cargado con lastre de redes y arrojado al agua, para que luego lo llevaran las corrientes subterráneas lejos de la isla de Jamaica. Tal vez llegara a la costa semanas o meses después en algún arrecife de Cayo, o tal vez sería destrozado y devorado por los predadores de las profundidades.

Peter supo que era hora de llamar a Warfield, de encontrarse con Julian Warfield.

Librodot

De inmediato.

McAuliff giró sobre un costado, sintiendo de pronto que el agudo dolor del hombro le atravesaba el pecho. Se incorporó con rapidez, momentáneamente atontado. Centró sus pensamientos; era de mañana; la noche anterior había sido una sucesión de confusiones aterradoras. Los pedazos tendrían que armarse de nuevo; había que hacer planes.

Miró a Alison, tendida junto a él. Respiraba con tranquilidad, descansando por fin. Si la noche había sido una pesadilla para él, no había sido menos torturante para ella. Tal vez peor. Al menos él había estado en movimiento, en constante, incesante movimiento. Ella había esperado, pensando; él no había tenido tiempo para pensar. Era peor esperar. En cierto sentido.

Con lentitud, de la manera más silenciosa que pudo, bajó las piernas por el costado de la cama y se puso de pie. Todo su cuerpo estaba rígido; las articulaciones le dolían, sobre todo las rodillas.

Era comprensible. Los músculos que había forzado la noche anterior eran las cuerdas dormidas de un instrumento sin usar, que habían sido puestas en funcionamiento por un ejecutante en estado de pánico. La alusión era adecuada, pensó Alex, volviendo sobre sus pensamientos. Casi sonrió al recordar la frase: desafinado. Todo estaba desafinado.

Pero las notas formaban acordes reconocibles... en alguna parte. En la distancia. Había una especie de melodía que podía distinguirse vagamente.

Todavía no era distinguible. Tampoco noble. Todavía no.

Un olor le asaltó la nariz. No era la mezcla habitual de especias y vainilla, pero aun así era dulce. Si le recordaba algo, era Oriente, el sur de Oriente... Java, la trinchera Sunda, un olor punzante, un poco mareante. Cruzó en silencio hacia la puerta de la terraza, a punto de abrirla, cuando se dio cuenta de que estaba desnudo. Caminó en silencio hasta una silla que había junto a la ventana con las cortinas corridas, donde había tirado un par de shorts de baño varios días atrás. Los tomó y se los puso.

-Espero que no estén húmedos -dijo Alison desde la cama-. El servicio de mucamas de aquí no es muy bueno que digamos, y no los colgué.

-Vuelve a dormirte -respondió Alex-. Hace un momento estabas dormida. Muy dormida.

-Ahora estoy muy despierta... Dios mío, son las ocho y cuarto.

-¿y?

-Nada, en realidad... sólo que no me pareció que hubiéramos dormido tanto.

-No es tanto. Nos acostamos después de las tres. Considerando todo lo que ocurrió, despertarnos a mediodía habría sido temprano. -¿Cómo está tu brazo? ¿El hombro?

-Me duele un poco... como casi todo el cuerpo.

-¿Qué es ese olor terrible? -Alison se sentó: la sábana se deslizó sobre su cuerpo, revelando un camisón curiosamente recatado, de algodón opaco con botones. Vio la mirada de Alex, el comienzo de una sonrisa en sus labios. Miró hacia abajo y se rió. -Mi camisón de abuelita. Me lo puse después de que te dormiste. Sentía frío, y tú no tenías el menor interés en nada que no fueran las discusiones filosóficas.

Alex fue hasta el borde de la cama y se sentó junto a ella. -Estaba muy alterado, ¿no?

-No podía conseguir que te callaras; no había forma. Tomaste mucho whisky. ¿Cómo está tu cabeza?

-Bien. Como si hubiera tomado leche chocolatada... -...el alcohol puro te habría hecho daño... Perdón. Me olvido de que objetas mis pronunciamientos británicos.

Librodot

-Anoche yo hice unos cuantos. Retiro mis objeciones. -¿Todavía crees en ellos? ¿Tus pronunciamientos? Como dicen... ¿en la fría lógica de la mañana?

-Creo que sí; el centro de mi argumento era que nadie lucha mejor por su propio jardín que quien vive en él y depende de él... Sí, sigo creyéndolo. Sentiría más confianza si no hubieran herido a Barak.

-Qué nombre extraño, Barak.

-Qué hombre extraño. Y muy fuerte. Es necesario, Alison. Los niños pueden volverse hombres de buenas a primeras, pero todavía no están sazonados. Hace falta su conocimiento.

-¿A quién le hace falta?

McAuliff la miró, miró la forma encantadora en que sus cejas se elevaban intrigadas sobre sus ojos celestes.

-A su propio bando -respondió con sencillez.

-Que no es el bando de Charles Whitehall. -No había ninguna interrogación implícita.

-No. Son muy diferentes. Y creo que es necesario... en este punto, en estas circunstancias... que la facción de Barak sea tan viable como la de Charlie.

-Esa preocupación me suena peligrosamente cercana a la interferencia, querido.

-Lo sé. Sólo que todo me parece muy complicado. Pero no a Whitehall. Y tampoco a Barak Moore. Ven una simple división enturbiada por segundas y terceras partes... ¿Lo entiendes? No están distraídos. Primero van tras un objetivo, luego tras otro y otro, sabiendo que en última instancia tendrán que enfrentarse entre sí. Ninguno pierde eso de vista. Cada uno guarda sus manzanas mientras se ayudan.

-¿Qué? -Alison se recostó en la almohada, mirando a McAuliff mientras él miraba a la pared, sin expresión. -Eso no lo entiendo. -No estoy seguro de poder explicarlo. Una jauría de lobos rodea a sus víctimas, que se amontonan en el centro. Los perros atacan con un ritmo errático, turnándose para lanzarse alrededor del círculo hasta que la presa está confundida y al borde del agotamiento. Entonces los lobos se acercan. -Alex calló; no tenía gran certeza de lo que decía.

-Deduzco que Charles y este Barak son las víctimas -dijo Alison, tratando de ayudarlo.

-Jamaica es la víctima, y ellos son jamaiquinos. Los lobos, los enemigos, son Dunstone y todo lo que representa: Warfield y su sarta de... manipuladores globales: los Chatellerault de este mundo; Inteligencia Británica, con sus elitistas como Tallon y sus oportunistas coloniales; los Crafts de esta isla... vampiros internos, podrías llamarlos. Por último, también este Halidon, porque no puedes controlar lo que no puedes hallar; e incluso si lo encuentras, puede no ser controlable... Hay muchos lobos.

-Hay mucha confusión -agregó Alison.

McAuliff se dio vuelta y la miró.

-Para nosotros. No para ellos. Eso es lo admirable. Las víctimas han elaborado una estrategia: enfrenta a cada lobo cuando se abalanza. Destrúyelo.

-¿Qué tiene que ver con las... manzanas?

-Yo salté del círculo y avancé en línea recta.

-Somos un poco abstractos -afirmó Alison Booth.

-Es válido. Como cualquier ejército. Y no te equivoques: Charles y Barak Moore tienen sus ejércitos, si, como cualquier ejército, al avanzar mantiene sus líneas de aprovisionamiento. En este caso, apoyo. Recuerda: cuando todos los lobos hayan sido ultimados, se enfrentarán entre sí. Whitehall y Moore están apilando manzanas... apoyo. -McAuliff volvió a callar y se levantó de la cama. Caminó hacia la ventana de la derecha de las puertas de la terraza, abrió la cortina y miró hacia la playa. -¿Algo de todo esto tiene sentido para ti? -preguntó.

Librodot

-Es muy político, creo, y no soy muy buena para esas cosas. Pero estás describiendo un modelo bastante conocido, diría...

-Puedes apostar tu vida -la interrumpió Alex, hablando con lentitud, mientras se apartaba de la ventana-. Precedentes históricos ilimitados... y no soy un maldito historiador. Demonios, ¿por dónde quieres comenzar? ¿La Galia de César? ¿La Ferrara de Roma? ¿La China de la década de los 30? ¿Las Coreas, los Vietnam, las Camboyas? ¿Media docena de países africanos? Las palabras están allí, una y otra vez. Explotación externa, revuelta interna, revolución y contrarrevolución. Caos, baños de sangre, expulsión. En última instancia, reconstrucción a partir de una supuesta transacción. Ése es el modelo. Eso es lo que Barak y Charley esperan lograr. Y los dos saben que, mientras están unidos al otro para matar a un lobo, al mismo tiempo tienen que parapetarse más en su jardín. Porque cuando llegue la transacción... como debe llegar... cada uno de ellos querrá que sea más a su estilo que al del otro.

-Lo qué estás diciendo, si salimos de los círculos y las líneas rectas, es que no apruebas que se debilite el ejército de Barak. ¿Es eso? -No ahora. No en este momento.

-Entonces estás interfiriendo. Eres alguien de afuera que adopta una posición interna. No es tu... jardín, mi querido.

-Pero yo traje a Charley aquí. Le di su respetabilidad, su cobertura. Charley es un hijo de puta.

-¿Barak Moore es un santo?

-No lo creas ni por un segundo. También es un hijo de puta. Y es importante que lo sea. -McAuliff volvió a la ventana. El sol de la mañana daba contra los vidrios, formando diminutos puntos de condensación. Iba a ser un día caluroso.

-¿Qué vas a hacer? -Alison se incorporó, dispuesta a levantarse.

-¿Hacer? -le preguntó en voz baja, con los ojos fijos en algo que veía por la ventana-. Lo que me enviaron a hacer aquí; aquello por lo que me pagan dos millones de dólares. Completar la investigación o encontrar a ese Halidon. Lo que suceda primero. Luego, salir de aquí... en nuestros términos.

-Suena razonable -dijo Alison, levantándose de la cama-. ¿Qué es ese olor enfermante?

-Ah, me olvidé de decirte. Iban a echarle aerosol a tu dormitorio, liberarse de los olores a remedios. -McAuliff se acerco más a la ventana y se puso la mano en forma de visera para tapar los rayos del sol de la mañana.

-El éter o desinfectante o lo que sea era mucho más agradable. Mi traje de baño está allí. ¿Puedo entrar?

-¿Qué? -Alex no la escuchaba; su atención se centraba en el objeto en el que tenía clavados los ojos.

-Mi traje de baño, querido. Está en mi habitación.

McAuliff se dio vuelta desde la ventana, sin prestar atención a sus palabras.

-Espera aquí, en seguida vuelvo. -Fue con rapidez hasta la puerta de la terraza, la abrió y salió corriendo.

Alison lo observó, preocupada. Se aproximó a la ventana para ver qué había visto Alex. Demoró varios segundos en entender; lo logró cuando vio que McAuliff corría por la arena hacia el agua.

A la distancia, en la playa, se veía la figura solitaria de un negro mirando hacia el mar. Era Lawrence.

Alex se acercó al alto jamaiquino, preguntándose si debía llamarlo. Por instinto no lo hizo. En cambio, carraspeó la garganta cuando se hallaba a diez metros; se la aclaró con el ruido suficiente como para que lo oyera pese al sonido del agua.

Librodot

Lawrence se dio vuelta. Había lágrimas en sus ojos, pero no pestañeó ni cambió la posición de los músculos de su cara. Era un hombre-niño que aceptaba la agonía de un tormento muy personal.

-¿Qué ocurrió? -preguntó McAuliff en voz baja, mientras caminaba hacia el niño gigante sin camisa.

-Tendría que haberte hecho caso, hombre. No a él. Se equivocaba, hombre.

-Dime qué ocurrió -repitió Alex.

-Barak murió. Hice lo que me ordenó, y ha muerto. Le obedecí y está muerto, hombre.

-Conocía el riesgo; tenía que correrlo. Creo que tal vez tenía razón.

-No... Estaba equivocado porque está muerto. Eso hace que estuviera equivocado, hombre.

-Floyd murió... ahora Barak. ¿Quién queda?

Los ojos de Lawrence se clavaron en los de McAuliff; estaban rojos por el llanto silencioso y, más allá del orgullo y la fuerza que manifestaban, se percibía la angustia de un niño. Y el ruego de un chico.

-Tú y yo, hombre. No hay nadie más... ¿Me ayudarás, hombre? Alex devolvió la mirada del rebelde, sin hablar.

Bienvenido a la sede de la revolución, pensó McAuliff para sí.

21

La policía de Trelawny hizo la identificación de Floyd a las 7.02 de la mañana. La demora se debía a la falta de elementos para tomar huellas digitales en Falmouth y la ulterior falta de cooperación por parte de las varias docenas de residentes que fueron sistemáticamente sacados de la cama durante la noche para ver el cadáver. El capitán estaba convencido de que muchos reconocieron el cuerpo baleado, pero sólo a las siete y dos minutos un anciano -un jardinero de Carrick Foyle- reaccionó lo suficiente, al ver el rostro de ese cuerpo ensangrentado que yacía sobre la mesa, como para que el capitán decidiera aplicar métodos más severos. Puso un cigarrillo encendido a milímetros del ojo izquierdo del anciano, que mantenía abierto con la mano libre. Amenazó al negro tembloroso con quemarle el globo del ojo si no le decía la verdad.

El viejo jardinero gritó y contó la verdad. El hombre cuyo cadáver estaba sobre la mesa había trabajado para Walter Piersall. Su nombre era Floyd Cotter.

El capitán llamó entonces a las comisarías de varias parroquias para obtener más información sobre un tal Cotter, Floyd. No había nada; nunca habían oído hablar de él. Pero el capitán insistió; el interés de Kingston por el doctor Walter Piersall antes y después de su muerte lo abarcaba todo. Hasta el punto de poner patrullas todo el día y la noche en la casa de la colina de Carrick Foyle. El capitán no sabía por qué; no era cosa suya interrogar, mucho menos analizar las órdenes de Kingston. Que existieran era suficiente. Fueran cuales fueren los motivos que habían tenido como consecuencia el acoso al profesor blanco antes de su muerte y la preocupación constante por su residencia a posteriori, era cuestión de Kingston, no de él. Él se limitaba a obedecer órdenes. Las obedecía bien, hasta con entusiasmo. Por eso era el prefecto capitán de la policía parroquial de Falmouth.

Y por eso siguió haciendo llamados telefónicos acerca de un tal Floyd Cotter, muerto, cuyo cadáver yacía sobre la mesa y cuya sangre no dejaba de salir de los agujeros de la cara y el pecho y el estómago y las piernas; sangre que se secaba sobre las páginas de The Gleaner, desparramado de manera apresurada sobre el piso.

Librodot

A las ocho menos cinco, cuando el capitán estaba a punto de levantar el tubo y llamar a la comisaría de Sherwood Content, sonó el teléfono. Era su contraparte de Puerto Seco, cerca de la bahía Discovery, con quien se había puesto en contacto unos veinte minutos antes. El hombre dijo que después de la conversación que habían sostenido habló con sus delegados del turno temprano. Uno de los hombres informó que había un Floyd en un equipo de investigación, encabezado por un estadounidense llamado McAuliff, el cual había empezado a trabajar alrededor de diez días atrás en la costa. La investigación había contratado una cuadrilla de hombres en Ocho Ríos. La Oficina de Empleos del Gobierno estaba relacionada con el tema.

El capitán despertó al director de la oficina de Ocho Ríos. El hombre estaba totalmente despierto cuando atendió porque, como no tenía teléfono, había tenido que salir de su casa y caminar hasta la tienda de Johnny Canoe, donde él -y casi todo el barrio- recibía llamadas. El jefe de empleos recordaba que entre los tripulantes contratados por el estadounidense McAuliff había un Floyd, pero no se acordaba del apellido. Este Floyd había aparecido junto con otros aspirantes que se habían enterado del trabajo en la viña de Ocho Ríos. No figuraba en los archivos de empleo, y tampoco uno o dos de los otros que fueron contratados.

El capitán escuchó al director, le dio las gracias y no dijo nada que lo contradijera o le aclarara las cosas. Pero después de cortar la comunicación, hizo una llamada a Gordon House, en Kingston. Al inspector que encabezaba los equipos de búsqueda que habían revisado meticulosamente la casa de Piersall en Carrick Foyle.

La conclusión del inspector fue la misma que la del capitán: el fallecido Floyd Cotter, ex empleado de Walter Piersall, había vuelto con amigos para robar la casa y lo habían sorprendido.

¿Faltaba algo?

¿Que habían estado cavando en el sótano? ¿En una vieja cisterna que no se usaba desde hacía años?

El inspector volaría al Falmouth a mediodía. Entre tanto, el capitán podía interrogar con discreción al señor McAuliff. Si no por otra cosa, para saber por dónde había andado.

A las nueve menos veinte, el capitán y su primer delegado atravesaron las puertas del Bengal Court.

Alexander se mostró convincentemente agitado. Estaba estupefacto -y por cierto muy triste- al enterarse de que Floyd Cotter había perdido la vida, pero, maldición, el episodio respondía varias preguntas.

En el camión de provisiones faltaba parte del costoso equipo, que podía venderse a buen precio en el mercado de objetos robados. Ese Floyd Cotter sin duda había sido un sinvergüenza, un ladrón; sí, un ladrón.

¿Quería el capitán una lista de los artículos que faltaban? Un geodómetro, un medidor de agua, cinco flamantes maletines de medicinas en cajas de la Sociedad Real, una cámara Rolleiflex y varias otras cosas de menor valor, pero no baratas. El delegado del capitán anotaba lo más rápido que podía en una libreta mientras Alex lo ametrallaba con los artículos faltantes. Dos veces le pidió que los deletreara; otra vez se le rompió la punta del lápiz. Fueron unos minutos tensos.

Después de que terminó la entrevista, el capitán y su delegado le estrecharon la mano al geólogo estadounidense y le agradecieron su cooperación. McAuliff los observó subir al auto policial y les dirigió un saludo amistoso mientras el vehículo se alejaba por el estaciona-miento rumbo a los portones.

Librodot

A medio kilómetro de distancia, el capitán frenó el patrullero. Le habló en voz baja al delegado.

-Vuelve por el bosque hacia la playa, hombre. Averigua con quién está, quién viene a verlo.

El delegado se sacó la gorra con visera y la arrugada camisa caqui del uniforme con las insignias amarillas de su rango, y buscó en la parte trasera una remera verde. Se la pasó por la cabeza y bajó del automóvil. De pie en el pavimento resquebrajado, se desabrochó el cinturón y sacó su cartuchera de la traba de cuero. Se la entregó al capitán a través de la ventanilla.

El capitán buscó debajo del tablero y sacó una arrugada gorra negra de béisbol, descolorida por el tiempo y el sudor humano. Se la dio al delegado y se rió.

-Todos somos parecidos, hombre. ¿No eres el tipo que todo el tiempo vende cocoruru?

-Todo el tiempo haces de espantapájaros, hombre. No lo vayas a asustar.

El delegado sonrió y se dirigió hacia los bosques que se extendían tras el borde del pavimento, donde había un cerco de alambre herrumbrado y roto. Era la demarcación de los terrenos del Bengal Court.

El patrullero se marchó por el camino. El prefecto capitán de la policía de Falmouth estaba apresurado. Tenía que manejar hasta la bahía Halfmoon y recibir un hidroavión que venía de Kingston.

Charles Whitehall estaba de pie sobre el pasto alto de un risco que daba al camino de Pirory-on-the-Sea. Bajo un brazo llevaba la caja de archivo negra, cerrada con franjas de tela adhesiva de seis centímetros. Eran poco más de las doce del mediodía y McAuliff pronto pasaría por el camino.

Solo.

Charles había insistido en eso. Es decir, había insistido antes de oír las palabras con que McAuliff -de manera cortante y defensiva- le informó que Barak Moore había muerto.

Barak muerto.

Bramwell Moore, compañero de colegio de tantos años atrás en Savanna-la-Mar, muerto con balas jamaiquinas.

Balas jamaiquinas.

Balas de la policía jamaiquina. Así estaba mejor. Al agregar la institución había un toque de lógica compasiva; una contradicción en los términos, pensó Whitehall; la lógica no era buena ni mala, sólo lógica. Sin embargo, las palabras definían la lógica y las palabras podían interpretarse; de allí la mendacidad de todas las estadísticas oficiales, lógica que servía a sus propios fines.

Su mente vagaba, y estaba molesto consigo mismo. Barak había sabido, como sabía él, que ya no estaban jugando a esconder gallinas en la cocina. No había más madres con un pañuelo en la cabeza blandiendo una escoba, corriendo a niños y aves de corral al patio, riéndose y retando al mismo tiempo. Éste era otro tipo de rebelión. Las madres con pañuelos en la cabeza habían sido reemplazadas por hombres con gorras del Estado; las escobas se habían convertido en rifles de gran potencia. Las gallinas eran ideas... mucho más mortales para los sirvientes uniformados del Estado que las plumas sueltas para las sirvientas de la familia.

Barak muerto.

Parecía increíble. Sin embargo, no carecía de efecto positivo. Barak no había comprendido los problemas de su isla; por lo tanto, no había comprendido las soluciones adecuadas. Las soluciones de Barak estaban a décadas de distancia.

Librodot

Primero había que tener fuerza. Muchos hombres conducidos por unos pocos militantes muy fuertes.

Tal vez uno.

A la distancia se vio una nube de polvo; una camioneta avanzaba demasiado rápido por el viejo camino de tierra.

McAuliff también estaba ansioso.

Charles comenzó a retroceder por el campo hacia el camino de entrada a la casa. Le había pedido a su anfitrión de Drax Hall que no estuviera entre las doce y las tres. No le dio explicaciones, y él no le hizo preguntas.

Un mesías había vuelto. Con eso bastaba.

-Aquí está -dijo McAuliff de pie frente a Whitehall bajo el fresco toldo, con la caja de archivo más pequeña en la mano izquierda-. Pero antes de que empiece a toquetearla, quiero aclarar un par de cosas.

Charles Whitehall miró al estadounidense.

-Las condiciones son superfluas. Los dos sabemos lo se que debe hacer.

-Lo que no es superfluo -le respondió Alex- es que comprenderás que no habrá... decisiones unilaterales. Ésta no es tu guerra privada, Charley.

-¿Intentas hablar como Barak?

-Digamos que cuido sus intereses. Y los míos.

-Los tuyos, puedo comprenderlo. ¿Por qué los de él? No son compatibles, y lo sabes.

-Ni siquiera están conectados.

-¿Entonces por qué preocuparse? -Whitehall dirigió los ojos hacia la caja de archivo. Se dio cuenta de que su respiración se había vuelto audible; su ansiedad se revelaba, y de nuevo se molestó consigo mismo. -Déjame tomar eso.

-Me hiciste una pregunta. Voy a respondértela antes -contestó McAuliff-. No confío en ti, Charlie. Usarías a cualquiera. A cualquier cosa. La gente como tú siempre lo hace. Hacen pactos y acuerdos con cualquier cosa que se mueva, y los hacen muy bien. Son tan flexibles que se cruzan consigo mismos en las esquinas. Pero todo el tiempo es Sturm und Drang , y no estoy muy a favor de eso.

-Ah, ya veo. Suscribes a los paracaidistas de los cañaverales de Barak. El caos de los fidelistas, donde los capataces escupen y mascan cigarros y violan a las hijas de los generales para que la sociedad se equilibre. Planes trianuales y quinquenales y camorreros brutales e ignorantes que manejan los asuntos del Estado. Hacia el desastre, debería agregar. No seas tonto, McAuliff. Eres mejor que todo eso.

-Basta, Charley. No estás en un podio dirigiéndote a tus jefes del estado mayor -dijo Alex con tono de cansancio-. No creo en esa simplificación más de lo que creo en tus soluciones de dos más dos. Ponte el mameluco. Sigo siendo la cabeza de esta investigación. Puedo despedirte en cualquier momento. De manera bien pública. Tal vez no te hiciera salir de la isla, pero tu situación no sería la misma.

-¿Qué garantía tengo de que no me harás salir a la fuerza?

-No mucha. Tendrás que aceptar mi palabra de que quiero sacarme de encima a esos cretinos tanto como tú. Por motivos totalmente diferentes.

-En cierta forma creo que mientes.

-No apostaría a eso.

Whitehall buscó los ojos de McAuliff.

-No lo haría. Dije que esta conversación era superflua, y lo es. Tus condiciones están aceptadas en razón de lo que debe hacerse... Ahora, ¿puedes darme esa caja, por favor?

Librodot

Sam Tucker estaba sentado en la terraza, leyendo el diario y mirando sobre el murallón hacia la playa, donde Alison y James Ferguson descansaban en reposeras cerca del agua. De tanto en tanto, cuando el enceguecedor sol caribeño les había calentado la piel, Alison y el joven botánico se metían en el agua. No chapoteaban, salpicaban, nadaban o saltaban; sólo se dejaban caer sobre la calma superficie, como si estuvieran exhaustos. Parecía ser un ejercicio agotador para ambos.

No había la menor alegría sur la plage, pensó Sam, que sin embargo tomaba un par de binoculares cada vez que Alison comenzaba a hacer la plancha, y escrutaba la superficie vecina al lugar donde ella nadaba. Se centraba en cualquier nadador que se le acercara; no había muchos, y todos eran clientes reconocibles del Bengal Court.

Ninguno constituía una amenaza, y era eso lo que Sam Tucker buscaba.

Ferguson había vuelto de Bahía Montego un poco antes del mediodía, justo después de que Alex hubiera partido hacia Drax Hall. Había andado vagando por las terrazas conectadas entre sí, sobre-saltando a Sam y al temporariamente desorientado Lawrence, que estaba sentado sobre el murallón hablando en voz baja sobre el fallecido Barak Moore. Se habían quedado estupefactos porque Ferguson, el día anterior, se había mostrado expansivo sobre sus planes para el día libre en Montego.

Ferguson llegó con aspecto macilento, una ruina nerviosa. Supusieron que había exagerado con el alcohol y que sufría una tremenda resaca; hicieron chistes en ese sentido y el joven los aceptó con una singular falta de humor. Pero Sam Tucker no creía en esa explicación. James Ferguson no estaba devastado por el exceso de whisky de la noche anterior; era un joven asustado que no había dormido. Su temor, pensó Sam, no era nada que le importara comentar; por cierto, ni siquiera hablaría de su noche en Montego, desestimándola como un interludio aburrido y poco agradable. Sólo parecía querer compañía, como si hubiera una automática sensación de seguridad en lo familiar. Parecía aferrarse a la presencia de Alison Booth, y se ofrecía para cargar y llevar cosas... ¿Un romance de colegial, o devoción de homosexual? Ninguna de las dos cosas encajaba, pues no era ninguna de las dos.

Tenía miedo.

Un comportamiento muy incoherente, dedujo Sam Tucker.

De pronto Tucker oyó pasos silenciosos y rápidos tras de sí, y se dio vuelta. Lawrence, ahora vestido, atravesaba la terraza desde el parque oeste. El revolucionario negro se aproximó a Sam y se puso de rodillas, no por fidelidad, sino en un intento consciente de ocultar su gran cuerpo detrás del murallón. Habló con urgencia.

-No me gusta lo que veo y oigo, hombre.

-¿Qué ocurre? ¿Nos están vigilando? -Tucker bajó el diario y se inclinó hacia adelante.

-Sí, hombre. Desde hace tres o cuatro horas.

-¿Quién?

-Un vagabundo ha estado caminando por la arena desde la mañana. Se lo ha pasado dando vueltas a la playa de la caleta oeste, demasiado tiempo como para estar juntando cosas que dejaron los turistas. Lo observé bien. Sus pantalones arremangados parecen demasiado nuevos, hombre. Me fui detrás del bosque y encontré sus zapatos. Entonces me di cuenta de los pantalones, hombre. Es policía.

Los rasgos de Sam se fruncieron en un gesto pensativo.

-Alex habló con la policía de Falmouth alrededor de las nueve y media. En el hall de entrada... Dijo que eran dos: un jefe y un indio.

-¿Qué, hombre?

Librodot

-Nada... Eso es lo que viste. ¿Qué oíste?

-No todo lo que vi. -Lawrence miró sobre el murallón, hacia el este y al centro de la playa. Satisfecho, volvió su atención a Sam. -Seguí al vagabundo al callejón de la cocina, donde esperó que saliera un hombre para hablar con él. Es el empleado de conserjería. Le estrechó la mano varias veces. El policía estaba enojado, hombre.

-¿Pero qué oíste, muchacho?

-El conserje estaba muy cerca, limpiando mejillones en el balde. Cuando el policía-vagabundo se fue, lo interrogué, hombre. Me dijo que el tipo preguntaba todo el tiempo adónde fue el estadounidense, a quién telefoneó.

-Y el empleado no sabía.

-Así es, hombre. El policía estaba enojado.

-¿Dónde está ahora?

-Esperando, en la costa este. -Lawrence señaló sobre el murallón, a través de las dunas, a un punto del otro lado de la playa central. -¿Ves? Frente a los botes de pesca, hombre.

Tucker tomó sus binoculares y los centró en la figura que estaba cerca de los botes de fondo chato, junto a la orilla. El hombre y los botes se hallaban a unos cuatrocientos metros. El hombre llevaba una remera verde rota y una gorra de béisbol arrugada; los pantalones eran una contradicción. Estaban arremangados hasta las rodillas, como los llevaban la mayoría de los que juntaban cosas en la playa, pero Lawrence tenía razón: lucían una raya bien hecha, se los veía demasiado limpios. El hombre charlaba con un vendedor de cocoruru, un jamaiquino delgado y muy oscuro que llevaba de una punta a la otra de la playa una carretilla llena de cocos, que vendía a los bañistas y abría con un machete de aspecto asesino. De tanto en tanto el hombre miraba hacia las terrazas del ala oeste; directamente a los binoculares, pensó Sam. Tucker sabía que el hombre no se daba cuenta de que lo estaban observando; si así fuera, su expresión lo habría revelado. La única reacción era de irritación, nada más.

-Mejor que le demos la información adecuada, hijo -dijo Sam, bajando los binoculares.

-¿Qué, hombre?

-Démosle algo para calmar la furia... Así no pensará demasiado en el tema.

Lawrence sonrió.

-Armamos una historia, ¿eh, hombre?

-Eh, hombre -respondió Sam, sonriendo-. Una historia informal, muy creíble.

-¿McAuliff fue de compras a Ocho Ríos, tal vez? Ocho Ríos está a trece, quince kilómetros de Drax Hall, hombre. Mismo camino.

-¿Por qué no lo acompañó la señora Booth... Alison?

-Él va a comprarle un regalo a la dama. ¿Por qué no, hombre? Sam miró a Lawrence, después hacia la playa, donde Alison se disponía a volver a entrar en el agua.

-Es posible, chico. Sin embargo, tenemos que inventar algo más divertido. -Tucker se incorporó de la silla y caminó hacia el murallón. -Creo que Alison debería cumplir.

Sonó el teléfono en la habitación de McAuliff. Las puertas estaban cerradas para evitar que entrara el calor, y el timbre estridente se oyó del otro lado de los paneles entreabiertos. Tucker y Lawrence se miraron entre sí, cada uno sabiendo qué pensaba el otro. A pesar de que McAuliff no había dado detalles de su partida de Bengal Court a media mañana, tampoco la había ocultado. En realidad, le había pedido al conserje un mapa de caminos, explicando sólo que salía a dar un paseo. Por lo tanto el conserje sabía que no se encontraba en su habitación.

Tucker atravesó rápidamente la terraza hacia las puertas dobles, las abrió y entró a atender el teléfono.

-¿Señor McAuliff? -La precisa y suave voz jamaiquina respondió la pregunta de Sam con la explicación obvia. Era la del operador del conmutador.

Librodot

-No, el señor McAuliff no está. ¿Quiere dejarle un mensaje?

-Por favor, señor, tengo una llamada de Kingston. De un tal señor Latham. ¿Esperaría en línea, por favor?

-Seguro. Dígale al señor Latham que tiene a Sam Tucker en la línea. Tal vez quiera hablar conmigo.

Sam sostuvo el teléfono bajo su barbilla arrugada mientras encendía un delgado cigarro con un fósforo. Apenas había dado la primera pitada cuando oyó el doble "clic" de la conexión. Ahora la voz era la de Latham. Latham, el burócrata educado del Ministerio que también estaba implicado en la causa de Barak Moore. A medida que Latham hablaba, Sam Tucker tomó la decisión de no contarle de la muerte de Barak.

-¿Señor Tucker?

-Sí, señor Latham. Alex fue a Ocho Ríos.

-Muy bien. Usted puede manejar esto, estoy seguro. Pudimos cumplir con el pedido de McAuliff. Conseguimos los corredores para varios días antes. Están en Duanvale y esta tarde llegarán por la ruta 11 a Queenhythe.

-Queenhythe queda cerca de aquí, ¿no?

-A cinco o seis kilómetros de su hotel. Los llamarán por teléfono cuando lleguen.

-¿Cómo se llaman?

-Son hermanos. Marcus y Justice Hedrik. Son marrones, por cierto. Dos de los mejores corredores de Jamaica; conocen Cock Pit muy bien y son de confianza.

-Me alegra saberlo. Alexander estará encantado.

Latham hizo una pausa, pero no había terminado.

-Señor Tucker...

-¿Sí, señor Latham?

-McAuliff alteró el programa de la investigación, según parece. No estoy seguro de entender...

-No hay nada que entender, señor Latham. Alex decidió trabajar desde un punto geográfico medio. De esta forma hay menos posibilidades de error; es como seccionar un triángulo desde coordenadas semicirculares. Estoy de acuerdo con él. -Tucker aspiró su delgado cigarro mientras el silencio de Latham manifestaba su confusión. -También -prosiguió Sam- les da a todos mucho más que hacer.

-Ya veo... Los motivos, entonces, son bastante compatibles con... digamos, las técnicas profesionales.

-Muy profesionales, señor Latham. -Tucker se dio cuenta de que Latham no podía hablar con libertad por el teléfono. 0 sentía que no podía hacerlo. -Evita cualquier crítica, si le preocupan las dudas que pueda tener el Ministerio. En realidad, Alexander podría estar ahorrándoles una considerable suma de dinero. Tendrán muchos más datos mucho más rápido.

Latham volvió a hacer una pausa, como para comunicar la importancia de su afirmación siguiente.

-Desde luego, siempre nos interesa cuidar los fondos... Y supongo que todos ustedes están de acuerdo con la decisión de entrar tan pronto. En Cock Pit, quiero decir.

Sam sabía que las palabras de Latham podían traducirse en la pregunta: "¿Barak Moore está de acuerdo?".

-Todos estamos de acuerdo, señor Latham. Somos todos profesionales.

-Sí... Bueno, espléndido. Sólo una última cosa, señor Tucker.

-¿Sí, señor Latham?

Librodot

-Queremos que el señor McAuliff use todos los recursos que se le han dado. No debe hacer el menor esfuerzo por ahorrar dinero; la investigación es demasiado importante como para eso.

Tucker de nuevo tradujo sin mayor problema el código de Latham. Alex tenía que mantenerse comunicado con los contactos de Inteligencia Británica. Si no lo hacía, surgirían sospechas.

-Se lo diré, señor Latham, pero estoy seguro de que es consciente de ello. Estas dos últimas semanas han sido muy rutinarias, muy aburridas, nada más que mediciones geodésicas de la costa. No hubo mucha necesidad de equipo. 0 de recursos.

-En la medida en que conozca nuestros sentimientos -dijo Latham con rapidez, ahora ansioso por terminar la conversación-. Adiós, señor Tucker.

-Adiós, señor Latham. -Sam mantuvo el dedo apretado en la horquilla unos minutos; luego la soltó y esperó que le respondiera el operador del conmutador. Cuando el operador lo atendió, Tucker pidió con conserjería.

-Bengal Court, buenas tardes.

-Soy el señor Tucker, ala oeste 6, investigación de la Sociedad Real.

-¿Sí, señor Tucker?

-El señor McAuliff me pidió que hiciera ciertos arreglos para esta noche. No tuvo tiempo esta mañana; además, era difícil, porque la señora Booth estaba con él. -Sam hizo una pausa.

El empleado respondió de manera automática.

-Sí, señor Tucker. ¿Qué podemos hacer por usted?

-Es el cumpleaños de la señora Booth. ¿Le parece que la cocina podría preparar una torta? Nada complicado, ya comprende.

-¡Por supuesto! Nos sentiremos encantados. -El empleado se mostró efusivo. -Con todo placer, señor Tucker.

-Bien. Es muy gentil de su parte. Póngala en la cuenta del señor McAuliff.

-No se la cobraremos -interrumpió el empleado, de pronto servil.

-Muy gentil, por cierto. Cenaremos alrededor de las ocho y media, supongo. Nuestra mesa habitual.

-Nos encargaremos de todo...

-A las ocho y media -prosiguió Sam-, siempre que el señor McAuliff llegue de vuelta a tiempo... -Tucker volvió a hacer una pausa, esperando la respuesta adecuada del empleado.

-¿Hay algún problema, señor Tucker?

-Bueno, el maldito fue a Ocho Ríos, del otro lado de Fern Gully. Creo que era para ubicar unas esculturas de estalactita. Me dijo que allí había unos nativos que las hacían.

-Así es, señor Tucker. Hay unos cuantos artesanos en estalactitas en el Gully. Sin embargo, hay restricciones gubernamentales...

-¡Ah, Señor! -lo interrumpió Sam en tono defensivo-. Sólo iba a comprarle un regalito a la señora Booth, eso es todo.

El empleado se rió, en forma suave y obsequiosa.

-Por favor, no me interprete mal, señor Tucker. La interferencia gubernamental a menudo es muy débil. Sólo quise decir que esperaba que el señor McAuliff tuviera éxito. Cuando me pidió el mapa de caminos debería haber mencionado adónde iba. Podría haberlo ayudado.

-Bueno.... -dijo Sam en tono de conspiración-, sin duda le daba vergüenza, ¿me entiende? Trate de no mencionárselo; se enojaría mucho conmigo.

Librodot

-Por supuesto.

-Y gracias por la torta de esta noche. Es un gesto muy gentil de su parte, hijo.

-En absoluto, señor.

La despedida fue rápida, sobre todo por parte del empleado. Sam colgó y volvió a la terraza. Lawrence se dio vuelta y se sentó, con el cuerpo oculto para quienes miraran desde la playa.

-La señora Booth y el hombre blanco fueron al agua -informó el revolucionario negro-. Están de nuevo en las sillas.

-Llamó Latham. Los corredores llegarán esta tarde... Y hablé con el conserje. Veamos si nuestra información se transmite como corresponde. -Tucker se recostó con lentitud en la silla y tomó los binoculares que estaban sobre la mesa. Recogió el diario y lo puso cerca de los binoculares mientras los enfocaba en el patio de la piscina que daba a la playa central de Bengal Court.

En diez segundos vio la figura de un hombre, vestido con saco y corbata, que salía de la entrada trasera del motel. Era el conserje. Ca-minó por el borde de la piscina, pasó delante de un grupo de reposeras de madera, saludando a los clientes, hablando con varios. Llegó a los escalones de piedra que llevaban a la arena y se quedó allí varios minutos, escrutando la playa. Entonces bajó los escalones y atravesó la arena blanca y suave. Caminó en diagonal hacia la derecha, hacia la hilera de botes de pesca.

Sam observó mientras el conserje se acercaba al policía disfrazado con su gorra de béisbol. El vendedor de cocoruru lo vio venir, recogió las manijas de la carretilla y la hizo rodar sobre la arena cerca del agua, para irse. El policía disfrazado se quedó donde estaba, al reconocer al conserje.

Los rasgos magnificados por las lentes manifestaron todo lo que Sam Tucker quería saber. Los rasgos del policía se fruncieron de irritación. En apariencia, lamentaba la pérdida de tiempo y esfuerzo, artículos a los que no era fácil recurrir en un día tan caluroso como aquél.

El conserje se dio vuelta y volvió a cruzar la arena hacia el patio. El policía comenzó a caminar hacia el este, cerca del borde del agua. Ahora su paso era más rápido; había desaparecido la postura desgarbada indígena propia del que revisaba la playa en busca de cosas que dejaban los turistas.

No era demasiado bueno para simular, pensó Sam Tucker mientras observaba el avance del hombre hacia los bosques propiedad del Bengal Court. Mientras se dirigía en busca de sus zapatos y de la salida hacia el camino de la costa, ni una vez miró hacia abajo, a la arena, en busca de cosas olvidadas por los turistas.

McAuliff miraba por sobre el hombro izquierdo de Charles Whitehall mientras el profesor negro pasaba la llama de acetileno por la unión del borde de la caja de archivo. El punto más caliente de la llama tocaba sólo unos milímetros de la unión, en el extremo de la caja.

El borde superior de la caja de archivo crujió. Charles apagó la llama con rapidez y arrojó el extremo de la caja bajo la canilla de la pileta. El delgado chorro de agua se convirtió en vapor cuando tocó el acero caliente. Whitehall se sacó las antiparras oscuras, tomó un martillo en miniatura y golpeó el extremo que echaba vapor.

Este cayó, crujiendo y silbando, sobre la pileta de metal. Dentro de la caja podía verse la tela encerada del paquete. Con manos un poco temblorosas, Charles Whitehall lo sacó. Apartó el banco, llevó la tela encerada enrollada hacia una zona vacía de la mesa de trabajo, y desató las tiras de nailon. Desenrolló el paquete hasta que quedó chato, corrió el cierre del forro

Librodot

interior y sacó dos hojas escritas a máquina a un solo espacio. Cuando tendió la mano para encender la lámpara, miró a McAuliff.

Alex estaba fascinado por lo que veía. Los ojos de Whitehall brillaban con una intensidad extraña. Era una fiebre. Una fiebre mesiánica. Una especie de victoria arraigada en lo absoluto.

La victoria de un fanático, pensó McAuliff.

Sin hablar, Whitehall empezó a leer. Cuando terminó la primera página, la deslizó sobre la mesa hacia Alex.

La palabra "Halidon" en realidad consistía en tres palabras -o sonidos- del ashanti africano, tan corrompidas por la fonética ulterior como para resultar casi imposibles de rastrear. (Aquí Piersall incluía jeroglíficos que carecían de sentido para Alex.) La raíz, de nuevo un jeroglífico, era el sonido lidau, que expresaba la idea de un pedazo de madera ahuecado que podía tenerse en la mano. El lidau era un primitivo instrumento sonoro, un medio de comunicación a lo largo de las distancias de las selvas y colinas. El tono de este quejido era controlado por el aliento de quien lo tocaba y por la ubicación de sus dedos sobre agujeros tallados en la superficie, el principio básico de los instrumentos de viento.

El paralelo histórico había sido evidente para Walter Piersall. Mientras que las tribus marrones, que vivían en asentamientos, usaban un abeng -un tipo de corneta hecha de cuernos de ganado- para transmitir mensajes a sus guerreros o desparramar la alarma de que un enemigo blanco se acercaba, los seguidores de Acquaba eran nómades y no podían confiar en productos animales con ninguna certeza. De modo que volvieron a la costumbre africana, usando el material más prolífico en su entorno: la madera.

Una vez establecido el símbolo raíz como la corneta primitiva, a Piersall le quedaba especificar la modificación de los sonidos que lo acompañaban. Volvió a los estudios ashanti-coromantí para extraer raíces de sustantivos compatibles. Encontró primero la sílaba o sonido final. Estaba en el jeroglífico que describía la corriente de un río profundo, o resaca, que ponía en peligro a los hombres o animales que se hallaban en el agua. Su equivalente sonoro era un quejido o grito de tono bajo. La escritura fonética era nua.

Las piezas del rompecabezas primitivo estaban casi unidas.

El sonido inicial era el símbolo hayi, la palabra coromantí que aludía el consejo de sus dioses tribales.

Hayi - lidau - nua.

El grito bajo de una corneta en la selva significaba peligro, una súplica al consejo de los dioses.

El código de Acquaba. La clave oculta que haría que fuera admitido alguien de afuera en la secta tribal primitiva.

Halidon. Hollydawn. Un instrumento gimiente, cuyo grito era llevado por el viento hacia los dioses.

Éste, entonces, era el último regalo del doctor Walter Piersall al santuario de su isla. Los medios para alcanzar, enrolar y liberar una poderosa fuerza en pro del bien de Jamaica. Para convencerla a "ella" de que aceptara su responsabilidad.

Sólo quedaba determinar cuál de las comunidades aisladas en las montañas de Cock Pit era el Halidon. ¿Cuál respondería al código de Acquaba?

Por fin, el escepticismo básico del universitario aparecía en el documento de Piersall. No cuestionaba la existencia del Halidon, pero se preguntaba si serían ciertos lo rumores sobre su riqueza y compromiso. ¿Eran más mitos que hechos concretos? ¿Había crecido el mito hasta superar los recursos seguramente disminuidos?

La respuesta se hallaba en Cock Pit.

Librodot

McAuliff terminó la segunda página y miró a Charles Whitehall. El fascista negro había ido desde la mesa de trabajo hacia la pequeña ventana que daba a los campos de Drax Hall. Sin darse vuelta, habló en voz baja, como si supiera que Alex lo miraba, esperando que hablara.

-Ahora sabemos qué debe hacerse. Pero debemos proceder con cautela, seguros de cada paso. Un movimiento equivocado de nuestra parte, y el grito del Halidon se desvanecerá con el viento.

22

El avión Caravel descendió sobre el acceso occidental en el pequeño aeropuerto Boscobel de Oracabessa. Los motores giraban con pequeños estallidos para contrarrestar el fuerte viento y el súbito chaparrón, forzando al avión a entrar en la pista limpiamente. Carreteó hasta el extremo más lejano, giró con dificultad y se dirigió hacia la pequeña terminal de pasajeros, una construcción de cemento de un solo piso.

Dos porteros jamaiquinos cruzaron corriendo las puertas bajas hasta el avión, ambos llevando paraguas. Juntos empujaron la pequeña escalera de metal hasta el costado del avión, debajo de la puerta; el hombre de la izquierda dio entonces un rápido golpe contra el fuselaje.

La puerta fue abierta por un blanco grande que salió enseguida, rechazando los dos paraguas. Saltó desde lo alto hasta el piso y miró alrededor en medio de la lluvia.

Su mano derecha estaba en el bolsillo de su saco.

Se volvió hacia la puerta del avión e hizo un gesto. Un segundo hombre blanco de gran tamaño desembarcó y corrió a través del espacio barroso hacia la terminal de cemento. Su mano derecha también estaba en su bolsillo. Entró en el edificio, miró alrededor y atravesó la salida hacia la zona de estacionamiento.

Sesenta segundos más tarde, la puerta situada junto al depósito de equipajes fue abierta con violencia por el segundo hombre y una limusina Mercedes 660 pasó hacia el Caravel, sus ruedas girando en falso sobre la tierra empapada.

Los dos jamaiquinos se quedaron junto a la escalerilla, esperando con los paraguas abiertos.

El Mercedes se ubicó junto al avión y los hombres ayudaron a descender a la diminuta y anciana figura de Julian Warfield, protegido por los paraguas de los negros. El segundo hombre blanco mantenía abierta la puerta del Mercedes; su enorme compañero, frente al auto,

controlaba la zona y los pocos pasajeros que habían salido de la terminal.

Cuando Warfield estuvo instalado en el asiento trasero, el chofer jamaiquino bajó y el segundo hombre blanco se puso detrás del volante. Tocó la bocina una vez; su compañero se dio vuelta, corrió hacia la puerta delantera de la izquierda y subió.

El potente motor del Mercedes rugió mientras la limusina retrocedía más allá de la cola del Caravel, luego se lanzaba hacia adelante y salía a toda velocidad por el portón.

Junto a Julian Warfield, en el asiento trasero, iban Peter Jensen y su esposa, Ruth.

-Iremos hasta Peale Court; no queda lejos de aquí -dijo el pequeño y macilento financista, de ojos vivaces y controlados-. ¿Cuánto tiempo tienen? Con razonable cautela.

-Alquilamos un auto para ir a las cataratas Dunn -respondió Peter-. Lo dejamos en el estacionamiento y subimos al Mercedes afuera. Varias horas, por lo menos.

-¿Dejaron en claro que iban a las cataratas?

-Sí. Invité a McAuliff.

Warfield sonrió.

Librodot

-Bien hecho, Peter.

El auto corrió varios kilómetros por el camino de Oracabessa y giró en una entrada para automóviles flanqueada por dos postes de piedra blanca. En ambos había idénticas placas de bronce que decían "PEALE Courr". Estaban muy pulidas y eran un rica mezcla de dorado y negro.

En el extremo de la entrada para automóviles había una amplia zona de estacionamiento frente a una gran casa de estuco blanca, de un solo piso, con puertas de madera cara y muchas ventanas. Estaba suspendida en el punto más alto de una ladera que daba a la playa.

Warfield y los Jensen fueron recibidos por una pasiva anciana negra con uniforme blanco, y Julian los condujo hasta la galería que daba a las aguas de la bahía Golden Head.

Los tres se instalaron en sillas y Warfield le pidió a la sirvienta jamaiquina que les llevara refrescos. Tal vez un ponche liviano de ron.

La lluvia cedía; se veían unas rayas amarillas y naranjas más allá de la sábana gris del cielo.

-Siempre me gustó Peale Court -comentó Warfield-. Es un lugar pacífico.

-La vista es para quedarse sin aliento -agregó Ruth-. ¿Es suya esta casa, Julian?

-No, mi querida. Pero no creo que fuera difícil comprarla. Mírala, si te gusta. Tal vez a ti y a Peter pudiera interesarles.

Ruth sonrió y, como si le hubieran dado pie, se levantó de su silla.

-Creo que lo haré.

Cruzó de nuevo las puertas de la galería hacia el gran living con piso de mármol marrón claro. Peter la observó; luego miró a Julian.

-¿Son tan graves las cosas?

-No quiero preocuparla -respondió Warfield.

-Cosa que con eso me da la respuesta.

-Es posible. No necesariamente. Nos hemos enterado de noticias perturbadoras. El M15 y su hermano de aquí, el M16.

Peter reaccionó como si lo hubieran sobresaltado sin necesidad.

-Creí que teníamos cubierta esa zona. Por completo. Que era pasiva.

-En la isla, tal vez. Suficiente para nuestros fines. No en Londres, por cierto. -Warfield hizo una pausa y respiró hondo, frunciendo los labios finos y arrugados. -Por supuesto, de inmediato hemos dado los pasos necesarios para interceder, pero puede haber llegado demasiado lejos. En última instancia, podemos controlar al Servicio, si no hay otra opción, directamente desde el Ministerio de Relaciones Exteriores. Lo que me molesta ahora son las actividades actuales.

Peter Jensen miró hacia el borde de la galería. El sol de la tarde aparecía detrás de las nubes. La lluvia había cesado.

-Entonces tenemos dos adversarios. Este Halidon, sea lo que cuernos fuere. E Inteligencia Británica.

-Exacto. Es de suprema importancia, sin embargo, mantener a los dos separados. ¿Entiendes?

Jensen le devolvió la mirada al anciano.

-Por supuesto. Suponiendo que no hayan unido sus fuerzas ya.

-No lo han hecho.

-¿Está seguro de eso, Julian?

Librodot

-Sí. No te olvides de que nos enteramos por primera vez de la existencia de este Halidon a través de personal del M15, de nivel de especialistas. Las listas de empleados de Dunstone son variadas. Si hubieran hecho contacto lo sabríamos.

De nuevo Jensen miró hacia las aguas de la bahía, con expresión pensativa e interrogante.

-¿Por qué? ¿Por qué? Al hombre se le ofrecieron dos millones de dólares... No había nada, nada en sus antecedentes que diera ni el menor indicio de esto. McAuliff sospecha de cualquier interferencia gubernamental... bastante drástico en ese tema, en realidad. Fue uno de los motivos por los cuales lo propuse.

-Sí -dijo Warfield, sin demostrar emoción alguna-. McAuliff fue idea tuya, Peter... No me interpretes mal, no te considero responsable, estuve de acuerdo con tu elección... Descríbeme lo que ocurrió anoche. Esta mañana.

Jensen lo hizo, y terminó con la descripción del barco de pesca que se orientaba hacia el mar abierto y la remoción del equipo médico del cuarto del motel.

-Si fue un operativo del M16, fue torpe, Julian. Inteligencia tiene demasiadas instalaciones disponibles para reducirse a moteles y botes de pescadores. Si sólo supiéramos qué ocurrió...

-Lo sabemos. Al menos me parece que lo sabemos -respondió Warfield-. Anoche, tarde, violaron la casa de un hombre blanco fallecido, un antropólogo llamado Piersall; a dieciséis, dieciocho millas de la costa. Hubo una escaramuza. Dos hombres murieron, que sepamos; otros podrían haber resultado heridos. Oficialmente lo llaman robo, cosa que, por cierto, no fue. No en el sentido de hurto.

-Conozco el nombre "Piersall"...

-Deberías. Era el radical de la universidad que presentó esa delirante Carta de Intención ante el Departamento de Tierras.

-¡Claro! ¡Iba a comprar la mitad de Cock Pit! Eso fue hace meses. Era un lunático. -Jensen encendió su pipa. -Entonces hay un tercer intruso -dijo en voz baja, nerviosa.

-0 uno de los dos primeros, Peter.

-¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

-Deja afuera al M16. Podría ser el Halidon.

Jensen lo miró.

-Si es así, significaría que McAuliff está trabajando con ambos campos. Y si Inteligencia no ha hecho contacto, se debe a que McAuliff no se lo ha permitido.

-Un joven muy complicado. -El viejo financista puso su vaso con cuidado sobre una mesa de azulejos ubicada junto a su silla. Se volvió para mirar a través de las puertas de la galería; podía oírse la voz de Ruth Jensen charlando con la mucama jamaiquina dentro de la casa. Warfield volvió a mirar a Peter. Dirigió un dedo delgado y huesudo hacia un portafolio de cuero marrón apoyado sobre una mesa blanca, del otro lado de la galería abierta.

-Esto es para ti, Peter. Por favor, tómalo.

Jensen se puso se pie, fue hasta la mesa y se paró junto al portafolio. Era más pequeño que los attachés comunes. Y más grueso. Sus dos cerraduras estaban aseguradas con combinaciones.

-¿Cuáles son los números?

-El de la izquierda es tres ceros. El de la derecha, tres cincos. Puedes alterar las combinaciones como quieras. -Peter se inclinó y comenzó a manipular los diminutos diales verticales. Warfield prosiguió. -Mañana partirán hacia el interior. Entérate de todo lo que puedas. Averigua quién viene a verlo, pues por cierto tendrá visitantes. Y en el minuto en que establezcas el que está concretamente en contacto, y con quién, envía a Ruth por algún

Librodot

pretexto médico con la información... Entonces, Peter, deberá matarlo. McAuliff es una clave fundamental. Su muerte sembrará el pánico en ambos campos, y sabremos todo lo que necesitamos saber.

Jensen levantó la solapa del portafolio. Adentro, envuelta en felpa verde, había una pistola Luger flamante. Su acero brillaba, salvo por un espacio opaco debajo del gatillo, donde el número de serie había sido borrado. Debajo del arma había un cilindro de diez centímetros, con un extremo para atornillar.

Un silencio.

-Nunca me pidió esto, Julian. Nunca... No debería hacerlo. -Jensen se dio vuelta y miró a Warfield.

-No te lo estoy pidiendo, Peter. Te lo estoy exigiendo. Dunstone te ha dado todo. Y ahora te necesita de una forma en que antes no te ha necesitado. Debes hacerlo.

Librodot

CUATRO

Cock Pit

23

Empezaron en el punto medio del perímetro occidental, a cuatro kilómetros al sur de Weston Favel, sobre el borde de la cadena de Cock Pit. Hicieron un campamento de base a orillas de un estrecho afluente del Martha Brae. Todos, salvo los corredores, Marcus y Justice Hedrik, estaban estupefactos ante las paredes en apariencia impenetrables de la selva que los rodeaba.

Extrañas selvas contradictorias, llenas del verdor húmedo de la vegetación tropical y las frías masas de piedra negra y verde que llegaban hasta el cielo asociadas con los climas del norte. Densas palmeras se erguían al lado de árboles de algodón o ceibos, que se perdían más allá de la vista, con las copas oscurecidas por la vegetación intermedia. Repollos de montaña y bálago gigante, orquídeas y moho, hongos y eucaliptos batallaban por sus derechos individuales con el fin de coexistir en esa selva primitiva, parecida a la del mago de Oz.

El suelo estaba cubierto de helechos serpenteantes y musgos suaves, húmedos y traicioneros. Estanques de barro semejantes a pantanos se ocultaban en la densa y hormigueante maleza. Súbitas colinas surgían de la nada, recuerdos de los levantamientos del Oligoceno, que nunca volverían a entrar en la cuna de la tierra.

Los sonidos de los murciélagos, los loros y las tanagras que chillaban se entrometían en los tonos bajos de la selva; las ratas salvajes y las mangostas podían oírse de tanto en tanto en sus invisibles juegos de muerte. De vez en cuando se oía el grito de un chancho salvaje, persiguiendo a una presa o en estado de pánico.

Y en la lejanía, en el claro de la orilla del río, se alzaban las montañas, precedidas por súbitas extensiones de pasto salvaje. Un pasto extrañamente gris, con manchas verde oscuro, azul y amarillo, sobre el cual la lluvia y el cálido sol se sustituían sin cesar.

Todo esto, a quince minutos de vuelo de las pistas de Montego. Increíble. McAuliff se había comunicado con los contactos de Inteligencia Británica de la costa norte. Eran cinco y se había comunicado con cada uno de ellos.

Le habían dado otro motivo para consignar a R. C. Hammond en el despreciado reino de los manipuladores. Pues la gente de Inteligencia fue de escaso apoyo. Afirmaron de manera general su alivio ante el hecho de que se hubiera reportado, aceptaron sus explicaciones sobre tareas geográficas de rutina que lo mantuvieron ocupado y le aseguraron -con más ruido que convicción- que se hallaban a su disposición.

Un hombre, el contacto del M16 en Port María, fue hasta la costa del Bengal Court para encontrarse con Alex. Era un mercader negro que limitaba su identificación al nombre de "Garvey". Insistió en reunirse por la noche, tarde, en el pequeño bar del motel, donde se lo conocía como distribuidor de bebidas alcohólicas.

McAuliff no demoró mucho en darse cuenta de que Garvey, en apariencia presente para asegurarle total cooperación y seguridad, en rigor lo estaba interrogando para un informe que enviaría a Londres. Garvey exudaba el hedor y el aspecto de un informador experimentado. El hedor era real: el hombre olía mal, cosa que no podían ocultar sus profusas aplicaciones de

Librodot

ron de la bahía. El aspecto se lo daban los ojos de hurón inyectados en sangre. Garvey era un hombre que buscaba oportunidades y disfrutaba de los frutos que ellas le daban.

Sus preguntas fueron precisas; las respuestas de McAuliff, en apariencia poco satisfactorias. Y todas las preguntas llevaban a una sola, la única que importaba: ¿algún avance respecto del Halidon?

¿Algo?

¿Observadores desconocidos, extraños a la distancia... una señal, un signo, no importaba cuán remoto o sutil?

¿Algo?

-Absolutamente nada -fue una respuesta difícil de aceptar para Garvey.

¿Qué pasaba con los hombres del Chevrolet verde que lo habían seguido en Kingston? Tallon los había vinculado con el antropólogo Walter Piersall. Piersall había sido un agitador... todo el mundo lo sabía. Piersall había telefoneado a McAuliff... El operador del conmutador del Courtleigh cooperaba con el M16. ¿Qué quería Piersall?

Alex afirmó que no lo sabía, no podía saberlo, pues Piersall nunca había logrado ponerse en contacto con él. Un agitador, blanco o negro, era un portador imprevisible de noticias imprevisibles. De manera previsible, este agitador había sufrido un accidente. Podía suponerse -por lo poco que le habían dicho a McAuliff, Tallon y otros- que Piersall había estado centrándose en Dunstone; sin un nombre, por cierto. Si era así, él, McAuliff era la persona lógica con quien ponerse en contacto. Pero esto eran conjeturas; no había manera de confirmarlas como un hecho.

¿Qué le había ocurrido a Samuel Tucker, que había llegado tan tarde? ¿Dónde había estado?

Bebiendo y andando con prostitutas en Bahía Montego. Alex lamentaba haber causado tantos problemas en torno de Sam; debería haber sabido cómo eran las cosas. Sam Tucker era un vagabundo incorregible, aunque fuera el mejor analista de suelos del medio profesional.

El sudoroso Garvey estaba molesto, frustrado por su confusión. Había demasiada actividad para que McAuliff permaneciera tan aislado.

Alex le recordó con palabras breves y cortantes que había demasiada actividad en la investigación -logística, contratos, sobre todo papelería gubernamental- como para que él no se aislara. ¿Qué demonios creía Garvey que había estado haciendo?

La entrevista duró hasta la una y media de la mañana. Antes de irse, el contacto del M16 tomó su sucio portafolio y sacó un objeto metálico del tamaño de una caja de lápiz y lapicera, con su grosor aproximado. Era un transmisor de señales de radio en miniatura, conectado en una frecuencia específica. Había tres gruesas y pequeñas señales luminosas sobre la parte superior del pequeño panel de vidrio. El primero, le explicó Garvey, era una luz blanca que indicaba que había suficiente potencia para emitir cuando se lo encendía, no diferente de la filigrana de los tubos fluorescentes. La segunda, una luz roja, informaba al operador que su señal estaba transmitiéndose. La tercera, una luz verde, confirmaba la recepción de la señal por parte de un artefacto correspondiente dentro de un radio de cuarenta kilómetros. Había dos códigos simples, uno para condiciones normales, otro para emergencias. El Código Uno tenía que transmitirse dos veces por día, una vez cada doce horas. El Código Dos, cuando hiciera falta ayuda.

El aparato receptor, explicó Garvey, era capaz de definir la señal dentro de un diámetro de mil metros, por medio de un radar asociado, conectado con otros instalados en tierra. Nada había quedado librado al azar. Increíble.

La conjetura increíble, en consecuencia, era que los hombres de Inteligencia nunca estarían a más de cuarenta kilómetros de distancia, y el factor de seguridad "garantizada" de

Librodot

Hammond era la conjetura todavía más ridícula de que la distancia de la selva podía atravesarse, y determinarse la ubicación exacta dentro de un lapso que impedía el peligro.

R. C. Hammond era un ganador, pensó McAuliff.

-¿Esto es todo? -le preguntó McAuliff al sudoroso Garvey-. ¿Esta maldita caja de metal es nuestra protección?

-Hay precauciones adicionales -respondió Garvey con tono enigmático-. Le dije que nada ha quedado librado al azar...

-¿Qué demonios quiere decir?

-Quiere decir que está protegido. No estoy autorizado a decir más. De hecho, hombre, no sé nada más. Soy, como usted, sólo un empleado. Hago lo que me indican, digo lo que me ordenan... Y ahora he dicho suficiente. Tengo que manejar por un camino incómodo para volver a Port María.

El hombre llamado Garvey se levantó de la mesa, tomó su arruinado portafolio y salió caminando como un pato hacia la puerta del salón mal iluminado. Antes de irse, sin embargo, no pudo resistirse. Se detuvo en el bar, donde se hallaba uno de los gerentes del hotel, y consiguió un pedido de alcohol.

McAuliff se sobresaltó cuando oyó las voces de Ruth y Peter Jensen detrás de él. Se hallaba sentado en un montículo chato de barro sobre la orilla del río; los Jensen hablaban mientras caminaban por el claro desde la tienda del vivac. A Alex le asombró que caminaran de manera tan informal, tan normal, sobre el terreno resquebrajado del Cock Pit; daban la impresión de pasear por Regent Park.

-Un lugar majestuoso a su manera, realmente -comentó Peter, y se sacó de entre los dientes la siempre presente pipa.

-Es la vieja combinación de color y sustancia, ¿no le parece, Alex? -Ruth iba del brazo de su marido. Un paseo de mediodía por el Strand. -Uno es tan sensual, y la otra, tan masiva e intrincada.

-Haces que los términos suenen contradictorios, querida. No lo son, ¿sabes? -Peter rió entre dientes mientras su esposa fingía una mínima exasperación.

-Tiene una mente incorregiblemente pornográfica, Alex. No le preste atención. Sin embargo, tiene razón. Es majestuoso. Y sin duda denso. ¿Dónde anda Alison?

-Con Ferguson y Sam. Están haciendo pruebas en el agua.

-El hombre blanco va a gastar toda su película fotográfica, me parece -murmuró Peter mientras ayudaba a su esposa a sentarse junto a McAuliff-. Esa nueva cámara que trajo de Montego lo ha consumido.

-Muy cara, diría yo. -Ruth estiró en vano la tela de sus pantalones de campamento, como una mujer no habituada a no vestir falda. 0 una mujer nerviosa. -Para un muchacho que vive diciendo que no tiene un centavo, resulta bastante extravagante.

-No la compró; la pidió prestada -aclaró Alex-. A un amigo que conoció el año pasado en Port Antonio.

-Es cierto, me olvidé. -Peter volvió a encender su pipa mientras hablaba. -Todos ustedes estuvieron el año pasado aquí, ¿no es así?

-No todos, Peter. Sólo Sam y yo; trabajamos para Kaiser. Y Ferguson, que estaba con la Fundación Craft. Nadie más.

-Bueno, Charles es jamaiquino -se entrometió Ruth con tono nervioso-. Sin duda va y viene constantemente. Dios lo sabe; debe de tener suficiente dinero.

-Ésa es una especulación bastante mezquina, amor.

Librodot

-Ah, vamos, Peter. Alex sabe a qué me refiero.

McAuliff rió.

-No creo que le preocupe el dinero. Todavía tiene que enviar sus cuentas de la ropa para la expedición. Tengo idea de que son las más caras de la Tienda Safari de Harrod's.

-Tal vez le da vergüenza -comentó Peter, sonriendo-. Parece que acabara de saltar de una pantalla de cine. El cazador negro; una imagen muy impresionante, si bien en cierta forma inventada.

-Ahora eres tú el que habla con mezquindad, amor. Charles es impresionante. -Ruth se volvió hacia Alex. -Mi caballero entrado en años está verde de envidia.

-Esa cámara es muy nueva... no el tipo de objeto que uno presta, me parece. -Peter miró a McAuliff.

-Depende del amigo, supongo -respondió Alex, consciente de que Peter daba a entender algo a través de sus palabras-. Ferguson sabe ser un muchacho muy simpático.

-Muy -agregó Ruth-. Y tan indefenso, en cierta forma. Salvo cuando trabaja con su equipo. Entonces es positivamente un mago.

-Y eso es todo lo que me importa. -McAuliff le dirigió esa afirmación a Peter. -Pero, en rigor, todos ustedes son magos, a pesar de las cámaras y las ropas extravagantes y las pipas aromáticas -Alex rió.

-Ahí me agarraste, viejo. -Peter se sacó la pipa de la boca y sacudió la cabeza. -Hábito terrible.

-Para nada -dijo McAuliff-. Me gusta el olor, en serio. Me fumaría una, pero me hace arder la lengua.

-Hay medidas preventivas, pero es un tema aburrido... Lo que resulta fascinante es este laboratorio de la selva donde estamos. ¿Ha decidido qué hombres se le asignan a cada uno?

-Más o menos -respondió Alex-. No hace diferencia. ¿A quién quieren ustedes?

-Uno de esos hermanos para mí -dijo Ruth-. Parecen saber exactamente dónde están. ¡Yo me perdería en medio segundo!... Por supuesto, es egoísta; mi trabajo es el menos importante...

-De todos modos no queremos perderla, ¿o sí, Peter? -McAuliff se inclinó hacia adelante.

-No, mientras se porte bien.

-Elija uno -ofreció Alex-. ¿Marcus o Justice?

-¡Qué nombres más llamativos! -exclamó Ruth-. Elijo a Justice. -Miró a su marido. -Siempre justicia.

-Sí, por supuesto, mi querida.

-De acuerdo -repuso McAuliff-. Entonces Marcus quedará conmigo. Uno de ellos tiene que hacerlo. Y Alison pidió a Lawrence, si no le importa, Peter.

-Para nada, amigo. Qué pena que su amigo... ¿cómo era su nombre? ¿Floyd? Sí, Floyd. Qué pena que haya dejado el barco, por así decirlo. ¿Alguna vez averiguó qué le ocurrió?

-No -respondió Alex-. Sencillamente desapareció. Un tipo poco confiable. Un poco ladrón, también, según Lawrence.

-Qué pena... Parecía bastante inteligente.

-Eso es condescendiente, querido. Peor que ofensivo. -Ruth Jensen tomó una piedra diminuta y la arrojó al pequeño afluente del río.

-Entonces sólo elija un tipo sólido que prometa conducirme de vuelta al campamento para comer y dormir.

Librodot

-Muy bien. Lo haré. Trabajaremos en sesiones de campo de cuatro horas, manteniéndonos en contacto por radio. No quiero que nadie vaya más allá de un kilómetro y medio sonoro del campo durante los primeros días.

-¡Más allá! -Ruth miró a McAuliff. -Querido Alex, ¡si me aventuro más de sesenta centímetros en ese laberinto de maleza, mándeme presa!

-Qué disparate -retrucó su marido-. Cuando empiezas a romper rocas, desaparecen tiempo y distancia... Hablando de lo cual, Alex, supongo que habrá un flujo bastante seguro de visitantes. Para observar nuestros avances, ese tipo de cosas.

-¿Por qué? -McAuliff era consciente de que tanto marido como mujer estaban enviando señales abstractas, quizás inconscientes. Peter menos que Ruth. Él era más sutil, más seguro de sí mismo que ella. Pero no del todo. -Entregaremos nuestros informes de campo cada diez días, más o menos. Rotaremos los días de esa manera. Será bastante conveniente.

-Bueno, no estamos en el fin del mundo, si bien le garantizo que así lo parece. Supongo que los que ponen el dinero querrán controlar lo que están pagando.

Peter Jensen acababa de cometer un error, y McAuliff de pronto se alarmó.

-¿Qué hombres que ponen el dinero?

Ruth Jensen había tomado otra piedra, para arrojarla al riacho. Con el brazo levantado, se quedó inmóvil unos segundos antes de tirarla. El momento no les pasó inadvertido a ninguno de ambos. Peter trató de restarle importancia.

-Oh... algunos titanes de la Sociedad Real o tal vez algunos de estos pesados del Ministerio. Conozco a los muchachos de la SR, y Dios sabe que los jamaiquinos se han mostrado bastante menos que cordiales. Sólo pensé... Ah, bueno, tal vez estoy fuera de foco.

-Tal vez -dijo Alex en voz baja- usted prevea las cosas mejor que yo. Los inspectores en el lugar no son poco comunes. Pensaba en la conveniencia, o falta de conveniencia. Nos llevó casi un día llegar aquí. Por cierto, teníamos el camión y el equipo... Sin embargo, me parece demasiado problemático.

-En realidad no. -Peter Jensen golpeó la pipa en sus botas. -Estuve mirando los mapas, revisando desde el claro del río. Los campos están más cerca de lo que parece. Menos de tres kilómetros, diría. Aviones ligeros o helicópteros podrían aterrizar con facilidad. -Es un buen argumento. No lo había pensado. -McAuliff se inclinó una vez más para mirar a Peter a los ojos, pero Peter no lo miraba. -Quiero decir, si necesitáramos... equipo o provisiones, podríamos conseguirlos mucho más rápido de lo que yo había previsto. Gracias, Peter.

-Ah, no le agradezca a él. -Ruth habló con una risita nerviosa.

-No lo alimente. -Miró un instante a su marido; McAuliff deseó poder verle los ojos. -Peter sólo quiere convencerse de que está a un paso de un bar.

-Mentira. Sólo una conversación ociosa...

-Creo que lo hemos aburrido, Ruth -dijo Alex, riendo en voz baja-. Creo que quiere ver caras nuevas.

-Siempre que no sean nuevos cuerpos, mi querido, la tolerancia es posible -retrucó Ruth Jensen con tono de burla. Los tres rieron con ganas.

McAuliff sabía que el humor era forzado. Se habían cometido errores y los Jensen tenían miedo.

Peter estaba buscando caras nuevas... o una cara nueva. Una cara que creía que Alex esperaba.

¿Quién?

¿Era posible... remotamente posible que los Jensen no fueran lo que parecían?

Se oyó el sonido de un silbido que venía de un sendero en el norte de la selva. Charles Whitehall apareció en el claro, con su uniforme de safari planchado y limpio, un contrapunto

Librodot

a las arrugadas ropas de Marcus Hedrik, el hermano mayor de los dos corredores de Cock Pit. Marcus se mantenía a una distancia respetuosa detrás de Whitehall, inescrutable su pasivo rostro negro.

McAuliff se levantó del suelo y les habló a los Jensen.

-Es Charley. Hay una comunidad de las montañas a varios kilómetros al oeste del río; iba a tratar de contratar un par de hombres. Ruth y Peter aprovecharon el pie que les daban.

-Bueno, todavía tenemos que acomodar un poco de equipo -dijo el marido, y se levantó con rapidez.

-¡Claro que sí! Ayúdame, amor.

Los Jensen dirigieron un saludo a Charles Whitehall y de inmediato se marcharon a su tienda.

McAuliff se encontró con Whitehall en el centro del claro. El profesor negro despidió a Marcus Hedrik, dándole órdenes de que instruyera al resto de los hombres para las patrullas nocturnas. Alex observaba y escuchaba fascinado a Charley mientras le hablaba al corredor. Caía con facilidad en la jerga de las colinas -casi indescifrable para McAuliff- y usaba sus manos y ojos en gestos y miradas que eran compatibles con ese lenguaje obtuso.

-Lo haces muy bien -elogió Alex mientras el corredor se alejaba y ya no podía oírlos.

-Para eso me contrataste. Soy el mejor que hay.

-Es una de las cosas tuyas que me gustan, Charley. Tomas con elegancia los cumplidos.

-No me contrataste por mi elegancia. Es un premio que no mereces. -Whitehall se permitió una ligera sonrisa. -¿Disfrutas llamándome "Charley", McAuliff? -agregó el negro con su tono más distinguido.

-¿Te molesta?

-En realidad no. Porque lo entiendo. Es un mecanismo de defensa; ustedes, los estadounidenses, están llenos de ellos. "Charley" es un nivelador idiomático, sobre todo propio de las décadas de los 60 y 70. Los vietcongs eran Charley; también los camboyanos y los laosianos; también el estadounidense de la calle. Los hace sentir superiores. Qué extraño que el nombre sea Charley, ¿no te parece?

-Ocurre que es tu nombre.

-Sí, claro, pero creo que eso está al margen del tema. -El negro miró hacia otro lado un instante y luego volvió a centrarse en Alex. -El nombre Charles es de origen germánico. Su raíz significa "plenamente crecido" o tal vez, pues en este punto disienten los eruditos, "de gran tamaño". ¿No es interesante que los estadounidenses elijan semejante nombre e inviertan su connotación?

McAuliff habló con tono de agotamiento.

-Acepto la lección del día; todo es sutil anticolonialismo. Deduzco que prefieres que te llame "Charles" o "Whitehall", o tal vez "Gran Líder Negro".

-Por ahora no. "Charley" está bien. Hasta es divertido. Y, después de todo, es mejor que "Rufus".

-¿Entonces qué demonios es todo esto?

Whitehall sonrió de nuevo y bajó la voz.

-Hasta hace diez segundos, el hermano de Marcus Hedrik ha estado parado detrás del cobertizo que hay a nuestra izquierda. Trataba de oír lo que decíamos. Ahora se fue.

Alex sacudió la cabeza. Más allá del largo cobertizo de tela encerada, erigido para proteger algunos muebles del campamento contra un chaparrón de la selva, se podía ver a Justice Hedrik que caminaba despacio hacia otros dos miembros de la cuadrilla que se hallaban del otro lado del claro. Justice era más joven que su hermano Marcus, entre veintiséis y veintinueve, y poseía fornidos músculos.

Librodot

-¿Estás seguro de que nos escuchaba?

-Estaba tallando un pedazo de madera de ceibo. Hay demasiado que hacer para perder tiempo tallando objetos. Estaba escuchando. Hasta que lo miré.

-Lo recordaré.

-Sí, hazlo. Pero no le des demasiado énfasis. Los corredores son espléndidos tipos cuando están llevando grupos de turistas; las propinas son generosas. Sospecho que ninguno de los dos hermanos se siente demasiado alegre de estar con nosotros. Nuestro viaje es profesional, pero académicamente profesional. No hay mucho en él para ellos. De manera que habrá cierta hostilidad.

McAuliff comenzó a hablar, luego dudó. Estaba desorientado. -Yo... tal vez no haya entendido algo. ¿Qué tiene que ver eso con que escuchara?

Whitehall pestañeó con lentitud, como si estuviera explicándole algo con paciencia a un alumno inepto.

-En la inteligencia primitiva, la hostilidad por lo general va precedida por una abierta y brutal curiosidad.

-Gracias, Doctor Insólito. -Alex no ocultó su irritación. -Ter-minemos con esto. ¿Qué pasó con la comunidad de la colina?

-Envíe un mensajero a Ciudad Marrón. Pedí una reunión muy privada con el coronel de los marrones. Me escuchará; aceptará.

-No sabía que costaba tanto concertar una reunión. Si recuerdo lo que dijo Barak, y lo recuerdo, sólo ofrecemos dinero.

-No queremos una audiencia turística, McAuliff. Nada de artefactos tribales o cuentas afrocaribeñas por un par de dólares jamaiquinos extra. Nuestro asunto es más serio que un comercio de turistas. Quiero preparar al coronel desde el punto de vista psicológico; hacerlo pensar.

Alex calló un momento; era probable que Whitehall tuviera razón. Si lo que Barak Moore había dicho tenía validez. Si el coronel de los marrones era el único contacto con el Halidon, no tomaría con ligereza la decisión de hacer dicho contacto; un grado de preparación psicológica sería preferible a nada. Pero no tanto como para que huyera, evitando la decisión.

-¿Cómo crees que lo lograrás? -le preguntó McAuliff.

-Contraté al líder de la comunidad para actuar como correo. Le di cien dólares, que es como ofrecernos a cualquiera de nosotros dos más o menos un cuarto de millón. El mensaje pide una reunión en cuatro días, cuatro horas después de que descienda el sol tras las montañas...

-¿Los símbolos arawak? -lo interrumpió Alex.

-Exacto. Que completé especificando que la reunión debería tener lugar a la derecha de la luna creciente coromantí, que supongo es la residencia del coronel. El coronel tiene que enviarnos la ubicación exacta con nuestro correo... Recuerda que el coronel de las tribus marrones es un cargo ancestral; es un descendiente y, como todos los príncipes del reino, conoce sus tradiciones. Pronto sabremos si percibe que somos bastante poco comunes.

-¿Cómo?

-Si la ubicación que elige contiene alguna unidad de cuatro. -O sea que durante los próximos días esperaremos.

-No sólo esperaremos, McAuliff. Seremos vigilados, muy de cerca. Debemos tomar cuidados extremos para que no parezca que somos una amenaza. Debemos ocuparnos de nuestros asuntos con mucho profesionalismo.

-Me alegra escuchar eso. Nos pagan para que hagamos una investigación geológica.

Librodot

24

Con la primera penetración en el Cock Pit, el trabajo de la investigación absorbió a cada uno de los miembros del equipo. Fueran cuales fueren sus miedos privados u objetivos ajenos, eran profesionales y el increíble laboratorio que era el Cock Pit exigía su atención profesional.

Mesas portátiles, microscopios embalados con sumo cuidado, geoscopios, taladros de platino, prismas de sedimentos y redomas de depósito eran transportados por científicos y ayudantes por igual hasta las selvas apenas penetrables y los campos. Las sesiones de campo de cuatro horas se respetaban más en la playa; nadie interrumpía sus experimentos o análisis por inconvenientes como comidas y comunicaciones de rutina. La disciplina de las precauciones básicas se aplicaba como una molestia que empeoraba las cosas. Llevó menos que un día de trabajo que los científicos se olvidaran del siempre zumbante, siempre irritante walkíe-tallkie. McAuliff tuvo necesidad de recordarle, enojado, a Peter Jensen y a James Ferguson que era obliga-torio dejar encendidos los interruptores de recepción de la radio, al margen de las charlas intermitentes entre las estaciones.

Las primeras noches dieron crédito a la sabiduría de las compras de Charles Whitehall en la Tienda Safari de Harrod's: el grupo se sentó alrededor de las fogatas en sillas de lona, como si se recuperaran de un día de cacería. Pero en lugar de hablar de tigres, cuernos, esporas o pájaros, otras palabras daban vueltas, dichas con no menos entusiasmo: cinc, manganeso y bauxita; ocres y fosfato... Cretáceo, Eoceno, esquisto e ígneo; pasto, tamarindo, maderas; árido y ácido y migra-torio; pérdidas de agua, bolsones de gas y capas de lava vesicular, celdas de piedra caliza.

La generalización avasalladora era compartida por todos: Cock Pit era una masa de terreno extraordinariamente fructífera con abundantes reservas de suelo rico, agua disponible y depósitos increíbles de gases y metales.

Todo se aceptó como un hecho antes de la mañana del tercer día. McAuliff escuchó a Peter Jensen resumirlo con aterradora claridad.

-Es inconcebible que nadie haya entrado aquí para desarrollar esta zona. Me atrevo a decir que Brasilia no le llega ni a las suelas de los zapatos. ¡Tres cuartos de la fuerza vital está justo aquí, esperando que la usen!

La referencia a la ciudad construida en las selvas brasileñas hizo que Alex tragara y mirara a un entusiasta experto de minerales de mediana edad que fumaba en pipa.

"Vamos a construir una ciudad"... palabras de Julian Warfield. Increíble y viable.

Ahora no hacía falta mucha imaginación para entender a Dunstone. El proyecto era sólido y sólo se necesitaban sumas gigantescas de capital para ponerlo en movimiento; sumas disponibles para Dunstone. Y una vez que se pusiera en movimiento, toda la isla podía unirse a ese desarrollo increíble... Ejércitos de obreros, comunidades, una fuente de recursos.

En última instancia, el gobierno.

Kingston no podía, no osaría oponerse. Una vez en movimiento -una fuente de recursos-, los beneficios serán abrumadores e innegables. La sola enormidad del flujo de efectivo podía subvertir al Parlamento. Tajadas de una torta gigantesca.

Desde el punto de vista económico y piscológico, Kingston se volvería dependiente de Dunstone.

Tan complicado, sin embargo tan básica e ingeniosamente simple.

"Una vez que tengan a Kingston, tendrán las leyes del país en sus bóvedas. Para darles la forma que quieran. Dunstone será dueña de una nación"... palabras de R. C. Hammond.

Era casi medianoche; los acarreadores cubrían los fuegos bajo la vigilancia de los dos corredores, Marcus y Justice Hedrik. El revolucionario negro, Lawrence, cumplía su papel de

Librodot

miembro de la cuadrilla, sumiso y agradable, pero siempre escrutando las selvas de atrás, nunca demasiado lejos de Alison Booth.

Los Jensen y Ferguson habían ido a sus tiendas. McAuliff, Sam Tucker y Alison conversaban en voz baja sentados alrededor de una pequeña mesa del vivac, mientras la luz mortecina de las fogatas trazaba destellos en sus rostros.

-Jensen tiene razón, Alexander -dijo Tucker al tiempo que encendía un cigarro delgado-. Quienes están detrás de esto saben con toda claridad lo que hacen. No soy experto en minerales, pero un rastro, un indicio de filón madre, y no podrás detener la especulación de dinero.

-Es una compañía llamada Dunstone.

-¿Qué?

-Los que están detrás... La compañía se llama Dunstone; el nombre del hombre es Warfield. Julian Warfield. Alison sabe.

Sam sostuvo el cigarro entre sus dedos y miró a McAuliff.

-Te contrataron a ti. -La afirmación de Tucker fue pronunciada con lentitud, con un toque de enojo.

-Me contrató Warfield -respondió Alex.

-Entonces este subsidio de la Sociedad Real... el Ministerio y el Instituto son coberturas.

-Sí.

-Y lo supiste desde el comienzo.

-También lo sabe Inteligencia Británica. No estaba sólo actuando como informador, Sam. Me entrenaron... lo mejor que pudieron durante un par de semanas.

-¿Había algún motivo particular por el cual lo mantuviste en secreto, Alexander? -La voz de Tucker, en especial al decir el nombre de McAuliff, no era consoladora. -Creo que deberías habérmelo dicho. Sobre todo después de esa reunión en las colinas. Hemos estado juntos largo tiempo, muchacho... No. No creo que actuaras como corresponde.

-Hizo con generosidad lo que corresponde, Sam -intervino Alison, con una combinación de precisión y afecto-. Para tu beneficio, hablo por experiencia. Cuanto menos sepas, mejores son tus perspectivas. Acepta mi palabra.

-¿Por qué tendría que hacerlo? -preguntó Tucker.

-Porque ya he experimentado esto. Y porque lo he experimentado estoy ahora aquí.

-Está metida en esto en contra de Chatellerault. Eso era lo que no podía decirte. Trabajó para Interpol. Un banco de datos eligió su nombre; lo hicieron parecer muy lógico. Quería salir de Inglaterra...

-Tenía que irme, querido... ¿Entiendes, Sam? La computadora era de Interpol; todos los servicios de inteligencia son primos hermanos, y no dejes que nadie te diga lo contrario. El M15 envía referencias cruzadas, y aquí estoy. Una carnada valiosa, otra complicación... No te esfuerces por saber mucho. Alex tenía razón.

El silencio que siguió fue artificial. Tucker aspiró su delgado cigarro; las preguntas no formuladas pesaban más por su misma ausencia. Alison se recogió unos mechones de cabello que se le habían soltado. McAuliff se sirvió una pequeña cantidad de whisky. Por fin Sam Tucker habló.

-Es una suerte que confíe en ti, Alexander.

-Lo sabía. Contaba con eso.

-Pero ¿por qué? -prosiguió Sam en voz baja-. ¿Por qué demonios lo hiciste? No eres tan codicioso. ¿Por qué trabajas para ellos?

Librodot

-¿Para quiénes? ¿O qué? ¿Dunstone o Inteligencia Británica? Tucker hizo una pausa y miró a Alex antes de responderle. -Por Dios, no lo sé. Para los dos, supongo.

-Acepté lo primero antes de que apareciera lo segundo. Era un buen contrato, el mejor que jamás me hubieran ofrecido. Antes de que me diera cuenta, me encontraba atrapado. Estaba convencido de que no podía escapar... por ambos lados. En un momento, fue tan sencillo como seguir vivo... Luego hubo garantías y promesas... y más garantías y más promesas. -McAuliff miró hacia el extremo del claro. Qué extraño; Lawrence estaba en cuclillas por encima de los carbones de una fogata, mirándolos. -Antes de que te des cuenta, estás en algún tipo de celda, dando vueltas alrededor de un espacio estrecho, rebotando contra las paredes... No es un cuadro demasiado sensato.

-Movimientos y contramovimientos, Sam -lo interrumpió Alison-. Son expertos.

-¿Quiénes? ¿Cuál? -Tucker se inclinó hacia adelante en su silla y clavó sus ojos viejos en Alison.

-Ambos -respondió la muchacha con firmeza-. Vi lo que Chatellerault le hizo a mi marido. Sé lo que Interpol me hizo a mí.

El silencio volvió, una vez más, menos tenso que antes. Y de nuevo Sam Tucker lo interrumpió en voz baja.

-Tienes que definir a tus enemigos, Alexander. Tengo la sensación que no lo has hecho... salvo los aquí presentes, que espero con toda sinceridad que seamos considerados aliados.

-Los he definido lo mejor que pude. No estoy seguro de si esas definiciones se mantienen. Es complicado, al menos para mí.

-Entonces simplifícalo, muchacho. Cuando termines, ¿quién quiere verte colgado primero?

McAuliff miró a Alison.

-De nuevo, los dos. Dunstone, literalmente; el MI5 y 6, en forma figurada. Uno, muerto; el otro, dependiente, sometido a que vuelvan a llamarme. Un nombre en un banco de datos. Eso es muy real.

-Estoy de acuerdo -admitió Tucker, y volvió a encender su cigarro. Ahora revirtamos el proceso. ¿A quién puedes colgar tú más rápido? ¿Con más seguridad?

Alex rió en voz baja, junto con Alison.

-Mi Dios, ustedes sí que piensan igual -murmuró ella. -Eso no responde la pregunta. ¿A quién más rápido? -Dunstone, supongo. Por el momento, es más vulnerable.

Warfield cometió un error; piensa que soy de veras un codicioso.

Cree que me compró porque me hizo parte de ellos. Caen, y caigo... Por supuesto, me refiero a Dunstone.

-De acuerdo -respondió Sam, adoptando el tono de un abogado de modales suaves-. Enemigo número uno definido como Dunstone. Puedes liberarte por medio de un simple chantaje: conocimiento de terceras personas, documentos guardados en oficinas de abogados. ¿De acuerdo?

-Sí.

-Eso deja al enemigo número dos: los muchachos de Inteligencia de Su Majestad. Definámoslos. ¿Con qué te tienen aferrado?

-Protección. Se supone que estoy protegido.

-No me parece que sea así, ¿Qué opinas tú?

-No demasiado -concidió Alex-. Pero todavía no terminamos.

-Ya llegaremos a ellos; no te apures... ¿Con qué los tienes aferrados tú?

Librodot

McAuliff hizo una pausa mientras pensaba.

-Sus métodos... y sus contactos, creo. Exponer sus operativos encubiertos.

-Lo mismo que con Dunstone, ¿no? -Tucker se centraba en su blanco.

-De nuevo, sí.

-Volvamos atrás un segundo. ¿Qué ofrece Dunstone?

-Dinero. Una gran cantidad de dinero. Necesitan esta investigación.

-¿Estás dispuesto a perderlo?

-¡Demonios, sí! Pero puede que no necesite hacerlo.

-El dinero es inmaterial. Supón que forma parte de las "garantías y promesas".

-Así es.

-Pero no es un factor. No les has robado a los ladrones. En cualquier caso, ¿pueden condenarte como si fueras parte de ellos?

-¡Cristo, no! Pueden pensarlo, pero están equivocados.

-Entonces aquí están tus respuestas. Tus definiciones. Elimina el enganche y las ofertas. Las de ellos. El dinero y la protección. Pierde uno, el dinero; haz que las otras se vuelvan innecesarias: la protección. Estás negociando desde la fuerza, con tus propios puntos fuertes. Haces las ofertas que quieres.

-Has dado un salto demasiado hacia adelante, Sam-dijo Mc-Auliff en voz baja-. ¿U olvidaste que no hemos terminado? Puede que necesitemos protección. Si la aceptamos, no podemos negarla. Sería un chiste. El síndrome Irán-Contras. Gusanos subiendo unos sobre otros.

Sam Tucker dejó su cigarro en el cenicero que había sobre la mesa y se estiró para tomar la botella de whisky. Estaba a punto de hablar pero se interrumpió al ver a Charles Whitehall, que llegaba de un sendero de la selva. Whitehall miró alrededor; luego se dirigió hacia Lawrence, que todavía estaba sobre las brasas de la fogata apagada, cuyo resplandor anaranjado le coloreaba la piel de color bronce oscuro. Los dos hombres hablaron. Lawrence se puso de pie, asintió una vez y se encaminó por el sendero de la selva. Whitehall lo observó unos momentos; luego se volvió y miró a McAuliff, Sam y Alison.

Con urgencia, comenzó a cruzar el claro hacia ellos.

-Aquí está tu protección, Alexander -dijo Sam en voz baja mientras Whitehall se acercaba-. Los dos. Pueden despreciarse entre sí, pero tienen un odio común que funciona a las mil maravillas para ti. Para todos nosotros, maldición... Benditos sean sus bellos cueros negros.

-El correo volvió. -Charles Whitehall ajustó la luz de la linterna Coleman de su tienda. McAuliff estaba parado dentro de la tienda de arpillera: Whitehall había insistido en que Alex lo acompañara; no quería hablar delante de Alison y Sam Tucker.

-Podrías habérselo dicho a los demás.

-Sería una... decisión multilateral. Personalmente, no la aceptaría.

-¿Por qué?

-Debemos ser en extremo cuidadosos. Cuanto menos sepa la mayoría, mejor.

McAuliff sacó un paquete de cigarrillos y fue hasta la única silla de tiras de nailon que había en el centro de la tienda. Se sentó, sabiendo que Charley no lo haría; el negro estaba demasiado agitado, y trataba de manera casi cómica de mantenerla calma.

-Qué gracioso. Alison usó las mismas palabras hace un rato. Por diferentes motivos... ¿Cuál es el mensaje de Ciudad Marrón?

Librodot

-¡Afirmativa! El coronel se encontrará con nosotros. Lo que es más importante, mucho más importante, ¡es que su respuesta fue en unidades de cuatro!

Whitehall se acercó a la silla, con los ojos llenos de esa ansiedad mesiánica que Alex había visto en Drax Hall.

-Hizo una contrapropuesta para nuestra reunión. A menos que mandemos decir otra cosa, entenderá que es aceptable... Pide ocho días. Y en lugar de cuatro horas después de la caída del sol, pide las mismas cuatro horas después de las dos de la mañana. ¡Dos de la mañana! Si se traza un diagrama, justo a la derecha de la caída del sol. ¿No lo ves? Entiende, McAuliff. ¡Entiende! ¡El primer paso de Piersall está confirmado!

-Pensé que lo estaría -respondió Alex sin convicción, no del todo seguro de cómo manejar la agitación de Whitehall.

-A ti no te importa, ¿no es cierto? -El jamaiquino miró a McAuliff con incredulidad. -Un erudito hizo un descubrimiento extraordinario. Rastreó datos elusivos en los archivos, remitiéndose dos siglos atrás. Su trabajo demostró ser acertado; podría ejercer un enorme impacto académico. La historia de Jamaica bien podría reescribirse... ¿No alcanzas a verlo?

-Alcanzo a ver que estás excitado, y lo entiendo. Pero ahora me preocupa un problema menos erudito. No me gusta la demora.

Whitehall, exasperado, miró el techo de lona, inspiró a fondo y con rapidez recuperó su compostura. El juicio que manifestó era obvio: aquella mente poco sutil era incapaz de entender. Habló con resignación condescendiente.

-Es bueno; indica progreso.

-¿Por qué?

-No te lo dije, pero incluí un mensaje con nuestro pedido de reunión. Era a todas luces un riesgo, pero sentí, en forma unilateral, que valía la pena correrlo. Podía hacer que nuestro objetivo avanzara con mayor velocidad. Le indiqué al correo que dijera que el pedido venía de... unos nuevos creyentes en Acquaba.

McAuliff se puso tenso; de pronto estaba enojado con Whitehall, pero tuvo la presencia de ánimo para contener su ira. El horrible recuerdo del destino que había tenido la primera investigación de Dunstone le acudió a la cabeza.

-Para un tipo tan brillante, creo que fue bastante estúpido, Charley.

-No fue estúpido, sino un riesgo calculado. Si el Halidon decide tomar contacto por la fuerza del código de Piersall, llegará a esa decisión sólo después de saber más sobre nosotros. Mandará buscar información; verá que soy parte de la unidad. Los ancianos del Halidon conocerán mis credenciales, mi erudición, mis contribuciones a la historia de Jamaica. Esto jugará a nuestro favor.

Alex saltó de la silla y habló en voz baja, con tono malévolo.

-¡Hijo de puta egocéntrico! ¿Se te ocurrió que tus... otras credenciales pueden no ser favorables? ¡Podrías ser un pedazo de carne podrida!

-¡Imposible!

-¡Mariquita arrogante! ¡No permitiré que la vida de mi equipo corra peligro por tu inflada opinión de ti mismo! ¡Quiero protección, y voy a conseguirla!

Hubo un ruido afuera de la tienda. Los dos hombres se dieron vuelta hacia la solapa de la entrada. La lona se abrió y el revolucionario negro, Lawrence, entró despacio, con las manos delante, atadas con una cuerda. Detrás de Lawrence había otro hombre. En la oscuridad parecía ser el corredor Marcus Hedrik. En su mano había un revólver, hundido en la carne del prisionero.

El hombre habló en voz baja.

-No busquen sus armas. No hagan ruido. Quédense donde están.

Librodot

-¿Quién es? -preguntó McAuliff, asombrado de que la voz de Hedrik hubiera perdido los tonos dubitativos y tontos que había oído durante casi más de una semana-. ¡Usted no es Marcus!

-Por el momento eso no tiene importancia.

-¡Garvey! -susurró Alex-. ¡Garvey lo dijo! Dijo que había otros... no sabía quién. ¡Está con Inteligencia Británica!

-No -respondió el hombre enorme con suavidad, casi con cortesía-. Dos de sus acarreadores eran agentes ingleses. Están muertos. Y el obeso Garvey sufrió un accidente en el camino a Port María. Está muerto también.

-Entonces...

-No es usted quien hará las preguntas, señor McAuliff, sino yo. Me dirán... ustedes, nuevos creyentes... qué saben de Acquaba.

25

Hablaron durante varias horas, y McAuliff supo que por el momento había salvado la vida. En un punto, Sam Tucker interrumpió, sólo para recibir y reconocer un ruego en los ojos de Alexander: Sam tenía que dejarlos en paz. Tucker se fue, tras aclarar que estaría con Alison. Esperaba que Alex hablara con ellos antes de retirarse. Sam no advirtió las cuerdas en las manos de Lawrence, ubicado en un rincón oscuro, y McAuliff agradeció que así hubiera sido.

"Marcus Hedrik" no era el nombre del corredor. Marcus y Justice Hedrik habían sido reemplazados; dónde estaban no importaba, insistió el anónimo miembro del Halidon. Lo que era de fundamental consecuencia era dónde se hallaba el documento de Piersall.

"Siempre deja algo que negociar... en última instancia." Palabras de R. C. Hammond.

Los documentos.

El plan de McAuliff.

El halidonita sondeó con infinito cuidado cada aspecto de las conclusiones de Piersall tal como las relató Charles Whitehall. El erudito negro rastreó la historia de la secta Acquaba, pero no reveló el nagaro: el sentido del Halidon. El "corredor" no se mostró de acuerdo ni en desacuerdo; simplemente era un interrogador. También era un hombre perceptivo y cauto.

Una vez convencido de que Charles Whitehall no le diría nada más, le ordenó quedarse dentro de la tienda con Lawrence. No debían salir; les dispararían si lo intentaban. Su compañero "corredor" quedaría de guardia.

El halidonita reconoció la intransigencia de la posición de McAuliff. Alex no le diría nada. Enfrentado con eso, le ordenó, apuntándole con el revólver, que saliera del campamento. Cuando avanzaba por un camino hacia los campos, McAuliff comenzó a entender lo completo que eran el Halidon, o la pequeña parte de él a la que se vio expuesto. Dos veces, a lo largo del callejón de denso follaje, el hombre con el arma le ordenó detenerse. Siguió una breve serie de llamados guturales de loros, a la que respondió otra equivalente. Alex oyó las palabras dichas en voz suave por el hombre del revólver.

-El vivac está rodeado, señor McAuliff. Estoy bastante seguro de que Whitehall y Tucker, al igual que sus correos, ya lo saben. Los pájaros que imitamos no cantan de noche.

-¿Adónde vamos?

-A encontrarnos con alguien. Mi superior, en realidad. Prosiga, por favor.

Librodot

Subieron durante otros veinte minutos; una larga colina selvática de pronto se convirtió en un campo abierto, que parecía extraído de algún otro terreno e impuesto en una tierra extranjera rodeada de selvas húmedas y montañas escarpadas.

La luz de la luna no estaba tapada por nubes; el campo se hallaba cubierto de amarillo opaco. Y en el centro del pasto salvaje había dos hombres. A medida que se acercaban, McAuliff vio que uno iba quizás a tres metros detrás del primero, de espaldas a ellos. El primer hombre los enfrentó.

El halidonita que los enfrentaba estaba vestido, en apariencia, con harapos, pero también llevaba una campera suelta y botas. El efecto combinado resultaba extraño, de un aspecto paramilitar descuidado. Alrededor de la cintura, un cinturón con cartuchera. El hombre que se hallaba a tres metros de distancia, mirando en dirección opuesta, llevaba un caftán sostenido en el medio por una sola cuerda gruesa.

Como un sacerdote. Inmóvil.

-Siéntese en el suelo, doctor McAuliff -le ordenó el hombre vestido con extraños harapos paramilitares; empleó el tono seco de alguien habituado a mandar.

Alex obedeció.

El subordinado que lo había llevado desde el campamento se acercó a la figura sacerdotal. Los dos hombres se pusieron a conversar en voz baja, mientras caminaban despacio por el pasto. Las dos figuras se internaron unos cien metros en el campo amarillo opaco.

Se detuvieron.

-Dese vuelta, doctor McAuliff. -La orden fue abrupta. Alex se dio vuelta en su posición de sentado, y enfrentó la selva de la que habían emergido él y el corredor.

La espera fue larga y tensa. Sin embargo, McAuliff comprendió que su arma más fuerte -tal vez su única fuerza viable- era la calma determinación. Estaba decidido; pero no calmo.

Tenía miedo, un miedo que ya había experimentado antes. En las selvas de Vietnam. Solo; no importaba la cantidad de tropas. Esperando su propia y única aniquilación.

Bolsones de miedo.

-Es una historia extraordinaria, ¿verdad, doctor McAuliff? Esa voz. ¡Por Dios! Conocía esa voz.

Apretó las manos contra la tierra y comenzó a dar vuelta el cuerpo y la cabeza.

Su sien chocó contra el duro acero de la pistola; el espantoso dolor le atravesó el rostro y el pecho. Hubo una serie de brillantes resplandores delante de sus ojos mientras el dolor alcanzaba un crescendo sensorial. Se transformó en una sensación de aturdimiento; sintió un hilo de sangre sobre el cuello.

-Se quedará como está mientras hablamos -dijo la voz conocida. ¿Dónde la había oído antes?

-Lo conozco.

-Usted no me conoce, doctor McAuliff.

-He oído su voz... en alguna parte.

-Entonces tiene una memoria admirable. Han ocurrido tantas cosas... No voy a gastar palabras. ¿Dónde están los documentos de Piersall? Estoy seguro de que es innecesario decirle que su vida y la vida de aquellos que trajo a Jamaica dependen de que los tenga.

-¿Cómo sabe que le servirán para algo? ¿Qué pasa si le digo que hice copias?

-Diría que está mintiendo. Conocemos la ubicación de todas las máquinas fotocopiadoras, de todas las copiadoras fotostáticas, de todas las tiendas, hoteles e individuos que hacen ese trabajo en toda la costa, incluidos Bueno, las bahías y Ocho Ríos. No hizo copias.

Librodot

-No es muy brillante, señor Halidon... Es el señor Halidon, ¿verdad? -No hubo respuesta, de manera que Alex prosiguió. -Las fotografiamos.

-Entonces no se revelaron las películas. Y el único miembro de su equipo que tiene una cámara es el muchacho, Ferguson. No muy confiable... Pero esto no tiene sustancia, doctor McAuliff. Cuando decimos documentos, suponemos cualquiera y todas las reproducciones de ellos. Si alguno saliera a la superficie... alguna vez... se produciría, para decirlo de manera brutal, una masacre de inocentes. Su equipo de investigación, sus familias, hijos... y todos los que cada uno ama. Una perspectiva cruel e innecesaria.

..."hasta el último extremo". R. C. Hammond.

-Sería la última acción del Halidon, ¿no es así? -McAuliff habló en tono lento pero cortante, asombrado de su propia calma. -Una especie de... beau geste final antes de la extinción. Si lo quiere así, me importa un bledo.

-¡Basta, McAuliff! -La voz de pronto gritó, un chillido penetrante cuyo eco quedó enmudecido por las selvas circundantes. Esas palabras... Eran las palabras que había oído antes. "Basta." Basta... basta...

¿Dónde? Por el amor de Dios, ¿dónde las había oído?

Su mente corría; las imágenes acudían borrosas por luces de colores enceguecedoras, y no conseguía enfocarlas.

Un hombre. Un hombre negro, alto y esbelto y musculoso... Un hombre que obedecía órdenes. Un hombre que daba órdenes, pero no las propias. La voz que acababa de rugir era la misma voz del pasado... que obedecía órdenes. En estado de pánico... como antes.

Algo...

-Dijo que hablaríamos. Las amenazas son conversaciones unilaterales. No estoy del lado de nadie. Quiero que sus... superiores lo sepan. -Alex contuvo el aliento durante el silencio que siguió.

La tranquila respuesta llegó con medida autoridad... y un pequeño pero reconocible rastro de miedo.

-No hay superiores en lo que a usted concierne. Mi humor no dura mucho. Han sido días difíciles... Debería darse cuenta de que está muy cerca de perder la vida.

El hombre con la pistola se había movido un poco. Ahora Alex podía verlo por el rabillo del ojo. Y lo que vio lo convenció de que se hallaba en la huella de una verdad inmediata. La cabeza del hombre estaba dirigida a la figura sacerdotal; el hombre cuestionaba las palabras de la figura sacerdotal.

-Si me mata... o si mata a cualquier miembro del equipo, el Halidon quedará expuesto en cuestión de horas.

De nuevo el silencio. De nuevo la medida autoridad; de nuevo el ahora inequívoco tono de miedo.

-¿Y cómo va a tener lugar esa admirable exposición, doctor McAuliff?

Alex aspiró en silencio. Con la mano derecha se aferraba la muñeca izquierda; apretó con los dedos su propia carne mientras respondía.

-En mi equipo hay un artefacto de radio que emite señales. Es común y opera con una frecuencia que supera las interferencias. Funciona dentro de un radio de cuarenta kilómetros... Cada doce horas envío uno de dos códigos; una luz en el panel en miniatura confirma la recepción y da la indicación del lugar. El primer código dice que todo está normal, sin problemas. El segundo dice algo más. Le indica al hombre del receptor que ponga en práctica dos órdenes específicas: dar a publicidad los documentos y enviar ayuda. La ausencia de transmisión es el equivalente del segundo código, sólo que más grave. Alerta a todas las facciones de Kingston, incluida Inteligencia Británica. Se verán forzados a entrar; empezarán con nuestra última ubicación y se desplegarán. Cock Pit será invadido por aviones y tropas...

Librodot

Mejor que transmita el código, señor Halidon, Y hasta que lo haga, no sabrá cuál estoy enviando, ¿o sí? -McAuliff calló exactamente tres segundos. Y entonces dijo en voz baja: -Jaque mate, señor Huesos.

Se oyó el chillido de un macaco en la distancia. En alguna parte de las húmedas selvas una piara de cerdos salvajes se alteró. La cálida brisa doblaba las puntas del pasto alto; había cigarras por todas partes. Todos estos ruidos fueron absorbidos por los sentidos de Alex. Y también, la audible, temblorosa aspiración de aliento que llegó desde la oscuridad, a sus espaldas. Sintió el creciente, incontrolable estallido de la furia.

-¡No, hombre! -El hombre de la pistola gritó y se lanzó hacia adelante.

Al mismo tiempo, McAuliff sintió el golpe de aire y el roce de tela que precede al instante de un impacto desde atrás. Demasiado tarde para darse vuelta; la única defensa era encorvarse, aplastarse contra la tierra.

Un hombre trató de detener a la figura sacerdotal cuando se precipitó hacia adelante; el peso de dos cuerpos furiosos descendió sobre los hombros de Alex y su espalda. Los brazos estaban tensos; los dedos, aferrados con fuerza increíble; el duro acero y la suave tela y la carne tibia lo rodearon. Se estiró hacia arriba y aferró los primeros objetos que tocaron sus manos; tiró con toda su fuerza y giró hacia adelante.

La figura sacerdotal saltó sobre su espalda; Alex aplastó los hombros contra el suelo, levantó una rodilla para tener más peso y se lanzó sobre la tela burda del caftán. Mientras aferraba al sacerdote, se sintió instantáneamente arrastrado de atrás, con tal fuerza que la espalda se le arqueó de dolor.

Los dos halidonitas le trabaron los brazos, estirándole el pecho hasta el punto de ruptura; el hombre de la pistola sostenía el caño contra su sien, hundido en la piel.

-Basta, hombre.

Debajo de él, en el suelo, yacía la figura sacerdotal, el rostro desfigurado por la furia.

McAuliff entendió al instante las perturbadoras y desenfocadas imágenes de luces enceguecedoras y coloreadas que su mente había asociado con las palabras aterradas "basta, basta".

Había visto por última vez a ese "sacerdote" del Halidon en el Soho de Londres. Durante la locura psicodélica que era El Búho de San Jorge. El hombre tirado en el suelo vestía en aquel momento un traje gris, y bailaba en la repleta pista de baile. Le había gritado a McAuliff: "¡Basta... basta!". Le había dado una tremenda trompada a Alex en el tronco; había desaparecido entre la gente, sólo para aparecer una hora más tarde en un auto del gobierno, en la calle, junto a un teléfono público.

El "sacerdote" del Halidon era un agente de Inteligencia Británica.

-Dijo que su nombre era Tallon. -McAuliff logró hablar pese al dolor; sus palabras salían interrumpidas por la falta de aliento. -En el auto, esa noche, dijo que su nombre era Tallon. Y... cuando le dije que mentía, me respondió que estaba... probándome.

La figura sacerdotal giró y comenzó a levantarse con lentitud. Hizo señas a los dos halidonitas de que aflojaran la presión, y se dirigió a ellos.

-No lo habría matado. Lo saben.

-Estaba enojado, hombre -dijo el que había sacado a Alex fuera del campamento.

-Perdónenos -agregó el hombre que había disparado y se había lanzado sobre la figura sacerdotal-. Era necesario.

El "sacerdote" se acomodó el caftán y tiró de la gruesa cuerda que le rodeaba la cintura. Miró a McAuliff.

-Su memoria es muy buena, doctor. Sinceramente espero que su capacidad de pensar con claridad sea igual de buena.

Librodot

-¿Quiere decir que hablaremos?

-Hablaremos.

-Me duelen los brazos. ¿Puede ordenar a sus lugartenientes que me suelten?

El "sacerdote" volvió a hacer una señal y movió la muñeca. Los brazos de Alex fueron liberados; los sacudió.

-Mis lugartenientes, como los llama, son hombres de mayor templanza que yo. Debería estarles agradecido.

El hombre de la cartuchera vaciló, con voz llena de respeto.

-No diga eso, hombre. ¿Cuánto hace que no duerme?

-Eso no importa. Debería tener más control... Mi amigo se refiere a varias semanas frenéticas, McAuliff. No sólo tuve que salir de Inglaterra, eludiendo el Servicio de Su Majestad, sino también a un colega que había desaparecido en un Bentley en una esquina del Soho... Un hombre de las Antillas en Londres tiene miles de lugares donde esconderse.

Alex recordó vívidamente.

-Ese Bentley trató de atropellarme. El chofer quería matarme. Sólo que murió otra persona... por una luz de neón.

La figura sacerdotal miró a McAuliff. Él también parecía recordar esa noche con todo detalle.

-Fue una tragedia nacida del instante. Pensamos que nos habían tendido una trampa, el resorte agarrado a último momento. -Tres vidas se perdieron esa noche. Dos con cianuro... -Estamos comprometidos -interrumpió el halidonita, que miró a sus dos compañeros y habló con suavidad-. Déjennos solos, por favor.

Como advertencia, ambos hombres sacaron los revólveres de sus cinturones mientras levantaban a Alex. Tal como se les había ordenado, se retiraron al campo.

-No sólo hacen lo que usted les dice. Lo protegen de sí mismo -comentó McAuliff.

La figura sacerdotal miró a sus subordinados que se retiraban.

-En nuestros años de formación, a todos nos dieron baterías de prueba. A cada uno se le asignan zonas de instrucción y futura responsabilidad, según los resultados. A menudo creo que se cometen graves errores. -El hombre tironeó de su caftán y se volvió hacia McAuliff. -Ahora debemos tratar entre nosotros, ¿no es así?... Como sin duda habrá supuesto, fui un miembro no permanente del M15.

-Un "infiltrado" es la palabra que me viene a la cabeza.

-Uno de mucho éxito, doctor. El propio Hammond me recomendó dos veces para distinciones. Era uno de los mejores especialistas en las Antillas... No quería retirarme. Usted, y quienes lo maniobran a usted, crearon la necesidad.

-¿Cómo?

-Su investigación de pronto contenía demasiados componentes peligrosos. Podíamos vivir con varios de ellos, pero cuando descubrimos que su colega más cercano del equipo geológico, el señor Tucker, en apariencia era amigo de Walter Piersall, supimos que teníamos que ponerlo bajo el microscopio... Evidentemente llegamos demasiado tarde.

-¿Cuáles eran los otros componentes?

La figura sacerdotal dudó. Se tocó la frente, donde tenía un raspón a causa de su caída al suelo.

-¿Tiene un cigarrillo? Esta sábana tan cómoda tiene una desventaja: carece de bolsillos.

-¿Por qué se la pone?

-Es un símbolo de autoridad, nada más.

Librodot

McAuliff metió la mano en el bolsillo, sacó un paquete de cigarrillos y le dio uno al halidonita. Cuando se lo encendió, vio que las ojeras negras en la piel muy negra de debajo de sus ojos estaban tensas de agotamiento.

-¿Cuáles eran los componentes peligrosos?

-Ah, vamos, doctor, los conoce tan bien como yo.

-Tal vez no; esclarézcame. ¿O también es peligroso?

-Ahora no. No a esta altura. La realidad es el peligro. Los documentos de Piersall son la realidad. Los... componentes no tienen consecuencias.

-Entonces dígame.

La figura sacerdotal dio una pitada al cigarrillo y arrojó el humo a la suave brisa.

-Sobre la mujer ya sabe. Hay muchos que le tienen miedo en el Continente. Entre otros, alguien de la jerarquía de Dunstone... el marqués de Chatellerault. El chico, Ferguson, está mezclado a fondo con los intereses de Craft; en realidad, le tienen miedo. 0 se lo tenían. Y con razón. Nunca entendió el calamitoso potencial económico de su trabajo sobre las fibras.

-Creo que sí -lo interrumpió Alex-. Lo entiende. Espera hacer dinero a costa de Craft.

El halidonita rió en voz baja.

-Nunca lo dejarán. Pero es un componente. ¿Dónde se ubica Craft? ¿Es parte de Dunstone? Nada ocurre en Jamaica que la mano sucia de Craft no haya tocado... Sobre Samuel Tucker ya le conté: su asociación con Walter Piersall, de pronto un factor vital. ¿A qué órdenes respondía? ¿Está en la isla por su viejo amigo McAuliff? ¿O su nuevo amigo Piersall? ¿O es coincidencia?

-Es coincidencia -afirmó Alex-. Tendría que conocer a Sam para entenderlo.

-Pero no lo conocemos. Sólo entendemos que entre los primeros llamados telefónicos que hizo había uno a un hombre que nos perturbaba mucho. Que andaba por Kingston con los secretos de doscientos años en su cerebro... y en algún papel. -La figura sacerdotal miró a McAuliff. Bajo la luz de la luna sus ojos expresaban una súplica que Alex debía entender. Apartó la vista y continuó. -Luego está Charles Whitehall. Un componente muy... muy peligroso e imprevisible. Debe conocer sus antecedentes; Hammond sin duda los conocía. Whitehall siente que su momento en la isla ha llegado. El suyo es el misticismo ardiente del fanático. El César negro viene a recorrer el parque Victoria sobre el caballo negro de Pompeyo. Tiene seguidores en toda Jamaica. Si hay alguien que puede exponer a Dunstone, ingeniosamente o no, bien podría ser Whitehall con sus fascistas.

-Hammond no lo sabía -protestó McAuliff-. Dejó bien claro que ustedes... el Halidon... eran los únicos que podían detener a Dunstone.

-Hammond es un profesional. Crea caos interno, sabiendo que su oportunidad puede surgir en cualquier instante durante el pánico. ¿Le sorprendería saber que Hammond está en Kingston ahora? Alex pensó un momento.

-No... Pero me sorprende que no me lo haya hecho saber. -Hay un motivo sólido. No quiere que usted se apoye en él.

Quiere que las fuerzas sigan enfrentadas. Vino cuando se enteró de que Chatellerault estaba en Savanna-la-Mar... Eso usted lo sabía, ¿no es así? -Él lo sabe porque yo se lo dije a Westmore Tallon.

-Y luego están los Jensen. Esa pareja encantadora. -Tan normal, tan adorable... En realidad, le avisan a Julian Warfield de cada movimiento que usted hace, de cada persona que se pone en contacto con usted. Sobornan a jamaiquinos para que lo espíen... Los Jensen cometieron un error enorme una vez, hace años. Dunstone se presentó y los reclutó. A cambio de anular ese error.

Librodot

McAuliff miró el claro cielo nocturno. Una sola nube alargada avanzaba desde una montaña distante hacia la luna amarilla. Se preguntó si la condensación desaparecería antes de que llegara al satélite resplandeciente.

-De manera que ésos son los componentes -dijo Alex-. El Halidon sabe mucho más que nadie, en apariencia. Y no estoy seguro de qué significa.

-Significa, doctor, que somos los guardianes silenciosos de nuestra tierra.

-No recuerdo ninguna elección. ¿Quién le dio el trabajo?

-Para citar a un escritor estadounidense: "Viene con el territorio". Es nuestra herencia. No nadamos en los ríos políticos, sin embargo. Dejamos eso a los legítimos competidores. Hacemos lo máximo posible para mantener la contaminación en el nivel mínimo. -La figura sacerdotal terminó el cigarrillo y aplastó el extremo encendido bajo el pie calzado con sandalias.

-Son asesinos -dijo McAuliff-. Lo sé. Creo que es el peor tipo de contaminación humana.

-¿Se refiere a la investigación anterior de Dunstone?

-Así es.

-No conoce las circunstancias. Y no soy yo quien debe definirlas. Sólo estoy aquí para convencerlo de que me dé los documentos de Piersall.

-No lo haré.

-¿Por qué? -La voz del halidonita subió de tono, enojada como antes. Sus ojos negros se clavaron en McAuliff.

-¡Hombre! -llegó el ruego gritado desde el campo. La figura sacerdotal hizo un gesto con la mano para tranquilizarlos. -Esto no es asunto suyo, McAuliff. Entiéndalo y váyase. Deme los documentos y saque a su equipo de la isla antes de que sea demasiado tarde.

-Si fuera tan sencillo, lo haría. No me interesa la lucha de ustedes. No tiene atractivo para mí... Por otro lado, no me da placer que me persigan por todo el globo las armas de Julian Warfield. ¿No puede entenderlo?

La figura sacerdotal se mantuvo inmóvil. Sus ojos se suavizaron, sus labios se abrieron mientras miraba a Alexander. Habló con lentitud y muy bajo; apenas se lo oía.

-Les advertí que podía llegar a esto. Deme el nagarro, doctor. ¿Cuál es el sentido del Halidon?

McAuliff se lo dijo.

26

McAuliff y el corredor que había adoptado el nombre y la función de "Marcus Hedrik" volvieron al campamento. Ya no había ocultamientos. Mientras se acercaban a la zona del vivac, se podían ver negros harapientos entre la maleza, mientras la luz del alba se movía entre el denso follaje, reflejando en forma intermitente los caños de las armas.

El campamento de la expedición estaba rodeado; sus habitantes eran prisioneros del Halidon.

A cien metros del claro, el corredor -que ahora precedía a Alex por el estrecho sendero de la selva, con la pistola segura en el cinturón de su campera- se detuvo y llamó a una patrulla del Halidon. Lo hizo chasqueando los dedos repetidas veces hasta que un negro corpulento emergió entre los árboles.

Librodot

Los dos hombres hablaron un momento, en voz baja, y cuando terminaron, la patrulla volvió a su puesto en la selva tropical. El corredor se volvió hacia McAuliff.

-Todo está tranquilo. Hubo una escaramuza con Charles Whitchall, pero se preveía. Hirió de gravedad al guardia, pero había otros cerca. Está dominado y de vuelta en su tienda.

-¿Y la señora Booth?

-¿La mujer? Está con Samuel Tucker. Se durmió hace media hora... Ese Tucker no duerme. Está sentado en la silla frente a su tienda, con un rifle en las manos. Los otros están tranquilos. Se levantarán en un rato.

-Dígame -dijo Alex mientras el corredor todavía lo miraba-, ¿qué pasó con todos esos símbolos arawak? ¿El coronel marrón, las unidades de cuatro, los ocho días?

-Olvídese, doctor. Conduje a Whitehall hasta su correo. El coronel de los marrones nunca recibió el mensaje. La respuesta que recibió usted venía de nosotros. -El corredor sonrió. Enseguida se dio vuelta e indicó a Alex que lo siguiera al claro.

Bajo la vigilancia del corredor, McAuliff esperó que la luz blanca del panel en miniatura llegara a su iluminación plena. Cuando lo hizo, apretó el botón del transmisor de señales, manteniendo la mano izquierda sobre los dedos mientras lo hacía. Sabía que el ocultamiento era necesario; no pediría ayuda por radio. No trabaría las frecuencias con gritos de emergencia. Le habían dicho con claridad que, apenas aparecieran fuerzas hostiles, cada uno de los miembros de la investigación recibiría un tiro en la cabeza; Alison Booth y Sam Tucker serían ejecutados primero.

El resto del acuerdo era igualmente claro. Sam Tucker seguiría enviando las señales cada doce horas. Alexander volvería al campo con el corredor. Desde allí, con el "sacerdote", sería llevado a la comunidad oculta del Halidon. Hasta que volviera, el grupo de investigación quedaba como rehén.

A Alison, Sam, Charles Whitehall y Lawrence les dirían la verdad. A los otros no. A los Jensen, James Ferguson y la cuadrilla se le daría otra explicación, una explicación burocrática fácil de aceptar por investigadores profesionales: durante la noche se había enviado un mensaje de radio desde Kingston a Falmouth; el Ministerio del Interior exigía la presencia de McAuliff en Ocho Ríos; había dificultades con el Instituto. Era el tipo de complicación al que se hallaban sometidos los directores de investigación. A menudo el trabajo de campo se interrumpía por dificultades administrativas.

Cuando la figura sacerdotal sugirió que el tiempo de ausencia no sería de menos de tres días completos, Alex exigió saber el motivo. -No puedo responderle, McAuliff.

-¿Entonces por qué tengo que aceptarlo?

-Es sólo tiempo. Además, ¿no estamos acaso en jaque mate... señor Huesos? Tal vez nosotros tememos quedar expuestos más de lo que usted teme por la vida de todos.

-No lo aceptaré.

-No nos conoce. Concédase un margen para aprender. No se decepcionará.

-¿Entonces le indicaron que me dijera tres días?

-Sí.

-0 sea que la persona que se lo indicó esperaba que usted me llevara ante él.

-Era una posibilidad bien clara.

Alexander accedió.

Lawrence, el revolucionario negro, frotaba una pomada de penicilina sobre la espalda desnuda de Charles Whitehall. Las marcas de las cuerdas eran profundas; el que había azotado a Charley lo había hecho en un arrebato de furia. A ambos hombres les habían sacado las ataduras después de la charla que sostuvo McAuliff con ellos. Alexander les había dejado en claro que no aceptaría ni una sola interferencia más. Sus causas carecían de valor.

Librodot

-¡Tu arrogancia va más allá de su entendimiento, McAuliff! -protestó Charles Whitehall, que reprimió una mueca de dolor cuando Lawrence le tocó una marca sensible.

-Acepto el reto. Tú estás muy calificado en ese campo.

-No estás equipado para tratar con esta gente. ¡He pasado mi vida, toda mi vida, removiendo las capas de la historia de Jamaica y el Caribe!

-No toda tu vida, Charley -respondió Alex, con tono calmo pero incisivo-. Te lo dije anoche. Está el pequeño asunto de tu actividad extrauniversitaria. "El César negro cabalgando por el parque Victoria sobre el caballo negro de Pompeyo"...

-¿Qué?

-No son palabras mías, Charley.

Lawrence de pronto apretó en el puño una marca en carne viva que había dejado el látigo en el hombro de Whitehall. El profesor arqueó el cuello hacia atrás, a causa del dolor. La otra mano del revolucionario estaba cerca de su garganta. Ninguno de los dos hombres se movió. Lawrence habló:

-No vas a cabalgar sobre ningún caballo negro, hombre. Vas a caminar como todos los demás.

- Charles Whitehall miró por sobre su hombro la sombra de la mano brutal preparada para el ataque.

-Haces de bufón. ¿Crees que alguna entidad política con una estructura de poder basada en la riqueza te tolerará? Ni un minuto, chacal igualitario. Los aplastarán.

-¿No buscas aplastarnos tú, hombre?

-Sólo busco lo que es mejor para Jamaica. Las energías de todos serán utilizadas con ese fin.

-Eres un optimista sin remedio -interrumpió Alex, que avanzó hacia los dos hombres.

Lawrence miró a McAuliff, con una expresión compuesta por partes iguales de sospecha y dependencia. Sacó la mano y tomó el tubo de pomada de penicilina.

-Ponte la camisa, hombre. Tienes la piel cubierta -dijo mientras enroscaba la tapa en el tubo de remedio.

-Me voy en cinco minutos -dijo McAuliff, de pie ante Whitehall-. Sam quedará a cargo de todo; debes hacer lo que él diga. En la medida de lo posible, el trabajo tiene que proseguir normalmente. El Halidon se mantendrá fuera de la vista... por lo menos en lo relativo a los Jensen y Ferguson.

-¿Cómo es posible? -preguntó Lawrence.

-No será difícil -respondió Alex-. Peter está taladrando en busca de sedimentos de bolsones de gas a dos kilómetros hacia el sudoeste. Ruth tiene que trabajar en una cantera hacia el este; el corredor que conocemos como "Justice" la acompaña. Ferguson esta del otro lado del río, buscando ciertos macizos de helecho. Todos están separados, todos serán vigilados.

-¿Y yo? -Whitehall se abotonó la cara camisa safari de algodón como vistiéndose para un concierto en el Covent Garden.

-¿Que propones para mí?

-Estás confinado al claro, Charley. Por tu bien, no intenta dejarlo. Si lo haces no puedo hacerme responsable.

-¿Crees que tienes algún peso respecto de algo, McAuliff?

-Sí, lo tengo. Ellos me tienen tanto miedo como yo a ellos. Lo único que les recuerdo es que no intenten alterar el equilibrio, ninguno de los dos. Enterré a un hombre en una expedición a Alaska hace años. Sam te lo puede contar. Conozco las plegarias habituales en esos casos.

Librodot

Alison, de pie en la orilla del río, miraba hacia el agua. El calor del sol de la mañana iba despertando a los dormilones de la selva. Los sonidos eran los de una alimentación combativa: bicho volador contra bicho volador, bicho que se arrastraba contra bicho que se arrastraba. Las enredaderas verdes que colgaban de las altas palmeras resplandecían con la humedad que subía del suelo; la maleza de helechos y moho y repollos salvajes bordeaba las lentas corrientes dei afluente del Martha Brae. El agua estaba clara, de color verde azulado.

-Fui a tu tienda -dijo McAuliff, caminando hacia ella-. Sam me dijo que estabas aquí.

Ella se dio vuelta y le sonrió.

-En realidad no estaba desobedeciendo, mi querido. No voy a salir corriendo hacia ningún lado.

-No hay adonde ir... Estarás bien... El corredor me espera. Alison dio dos pasos y se paró delante de él. Habló en voz baja, apenas más alto que un susurro.

-Quiero decirte algo, Alexander T. McAuliff. Y me niego a ser dramática o llorona o cualquier cosa remotamente teatral, porque ésas son muletas y los dos podemos caminar sin ellas. Hace seis semanas estaba corriendo. Bastante desesperada, tratando de convencerme de que al correr escapaba, cosa que, en lo profundo, sabía que era absurda. En Kingston te dije lo absurdo que era. Pueden encontrarte, en cualquier parte. Las computadoras, los bancos de datos, los horrendos y complicados rastreadores que tienen en sus sótanos y en sus habitaciones ocultas ahora son demasiado reales. Demasiado completos. Y no hay vida en la clandestinidad, en lugares remotos, siempre huyendo. No espero que lo entiendas y, en cierta forma, por eso lo que estás haciendo está bien... "Haz a los otros antes de que te hagan a ti." Eso fue lo que dijiste. Creo que es una manera terrible de pensar. Y también creo que es la única forma de que tengamos una vida propia.

McAuliff le tocó el rostro con los dedos. Los ojos de ella estaban más azules que nunca.

-Suena peligrosamente como una declaración.

-Mis necesidades son simples; mis expresiones, poco complicadas. Y una vez dijiste que soy una profesional muy buena.

-McAuliff y Booth, Investigadores. Oficinas: Londres y Nueva York. Lucirá bien en el letrero.

-¿No considerarías "Booth y McAuliff"? Quiero decir, en orden alfabético....

-No, no lo consideraría -la interrumpió con suavidad mientras la rodeaba con sus brazos.

-¿La gente siempre dice cosas tontas cuando tiene miedo? -preguntó ella, con el rostro hundido en el pecho de él.

-Creo que sí -respondió Alex.

Peter tensen tendió la mano hacia su mochila y buscó entre los artículos de vestir. La mochila estaba repleta. Jensen hizo una mueca cuando sacó de entre la ropa el objeto que buscaba.

Era la Luger. Estaba envuelta en una bolsa de plástico, con el silenciador sin poner, atado al caño y también dentro de una bolsa de plástico.

Su esposa estaba parada junto a la entrada de la tienda, con la abertura corrida apenas lo necesario para poder espiar hacia afuera. Peter desenvolvió ambas secciones del arma y puso el silenciador en el bolsillo de su campera. Apretó el descargador, sacó el cargador y buscó en su otro bolsillo una caja de cartuchos. Metódicamente colocó balas hasta que estuvo lleno, la

Librodot

bala de arriba lista para insertarse en la cámara. Deslizó el cargador en la tapa de la culata y la cerró.

Ruth oyó el "clic" metálico y se dio vuelta.

-¿Tienes que hacer esto?

-Sí, Julian fue muy claro. McAuliff fue elección mía; su presencia es resultado de esa elección. McAuliff se ha puesto en contacto.

¿Con quién? ¿Con qué? Debo averiguarlo. -Peter abrió su saco y metió la Luger en un triángulo de tiras de cuero cosidas al forro. Se abotonó la campera y se enderezó.

-¿Se nota el bulto?

-No.

-Bien. No creo que tenga la caída del uniforme de Whitehall, pero me atrevería a decir que es más cómodo.

-¿Tendrás cuidado? Es tan horrible ahí afuera...

-Todos los campamentos a los que me arrastraste tenían un sentido. Ahora lo entiendo, mi querida. -Peter sonrió. Volvió a su mochila, acomodó el contenido, abrochó las correas interiores y la cerró. Le tomó el peso una vez más y palmeó los costados. Levanto el saco de lona y lo dejó caer en el polvo.

-¡Ahí está! Estoy listo para quince días, si hiciera falta.

-¿Cómo lo sabré?

-Cuando no vuelva con mi acarreador. Si logro mi cometido, tal vez el tipo quede demasiado petrificado para volver. -Peter vio el temblor en los labios de su esposa, el terrible miedo en sus ojos. Le hizo señas de que se acercara a él, y ella lo hizo. Se precipitó en sus brazos.

-Oh, Dios, Peter...

-Por favor, Ruth. Shhh. Calla -le dijo, acariciándole el cabello-. Julian ha sido todo para nosotros. Los dos lo sabemos. Y Julian piensa que seremos muy felices en Peale Court. Dunstone necesitara mucha gente en Jamaica. ¿Por qué no nosotros?

Cuando el acarreador desconocido llegó al campamento, James Ferguson vio que el corredor al que conocía como Marcus Hedrik demostraba tanto enojo como curiosidad. Todos demostraban curio sidad. McAuliff se había ido esa mañana temprano hacia la costa: parecía extraño que el acarreador no se lo hubiera encontrado en el río; el hombre insistía en que sólo había visto vagabundos de la colina, algunos pescando, otros cazando; ni un solo hombre blanco.

El acarreador había sido enviado por la Oficina de Empleo Gu bernamental, una rama de Falmouth que sabía que la investigación buscaba ayudantes adicionales. El acarreador estaba familiarizado con el afluente del río pues había crecido en Weston Favel, y estaba ansioso por trabajar. Por cierto tenía los papeles que correspondía, firmados por algún oscuro funcionario de la OEG de Falmouth.

A las dos y media de la tarde, James Ferguson, tras haber descansado después del almuerzo, se sentó en el borde de su camastro, preparado para recoger su equipo y regresar al campo. Oyó un roce fuera de su tienda. Levantó los ojos y el nuevo acarreador de pronto abrió el faldón y entró. Llevaba una bandeja de plástico.

-Digo...

-Recojo los platos, hombre --lo interrumpió el acarreador-. Todo debe estar bien prolijo.

-No tengo platos aquí. Hay uno o dos vasos que habría que lavar...

Librodot

El acarreador bajó la voz.

-Tengo un mensaje para Ferguson. Se lo doy. Lo lee rápido. -El negro buscó en un bolsillo, sacó un sobre sellado y se lo dio.

James abrió la parte trasera y sacó una sola hoja. Era papel de la Fundación Craft, y los ojos de Ferguson de inmediato se fijaron en la firma. En toda Jamaica se la conocía: la firma de Arthur Craft, padre, el hombre que, si bien estaba semirretirado todavía era la cabeza todopoderosa de las empresas Craft.

Mi estimado James Ferguson:

Las disculpas a la distancia son siempre las más incómodas y a menudo las más sinceras. Tal es el caso de estas líneas.

Mi hijo se portó mal, por lo cual él también le ofrece sus disculpas. Se las envía desde el sur de Francia, donde residirá por un tiempo, indeterminado pero largo.

Vamos al tema: sus contribuciones a nuestros laboratorios con los experimentos sobre baracoa fueron inmensas. Nos abrieron el camino para lo que creemos puede ser un gran avance que sin duda surtirá un amplio impacto industrial. Creemos que este avance puede acelerarse si usted vuelve inmediatamente con nosotros. Su futuro está asegurado, joven, de la forma en que todos los genios deberían ser recompensados. Será un hombre muy rico.

Sin embargo, el tiempo es esencial. Por lo tanto le recomiendo que deje la investigación de inmediato. El mensajero explicará la manera en cierta forma insólita de su partida, pero tenga la certeza de que le he comunicado a Kingston mis deseos y están en todo de acuerdo. (La baracoa es para toda Jamaica.) También estamos mutuamente de acuerdo en que es innecesario comunicárselo al director de la investigación, el doctor McAuliff, ya que sus intereses inmediatos se hallan, con razón, en conflicto con los nuestros. Un botánico sustituto se unirá a la investigación en cuestión de días.

En la esperanza de renovar nuestro contacto, con mi consideración más distinguida,

Arthur Craft, padre.

James Ferguson contuvo el aliento, asombrado, mientras releía la carta.

Lo había logrado.

Lo habría logrado en serio.

Todo.

Miró al acarreador, que sonrió y habló en voz baja:

-Salimos esta tarde, hombre. Antes de que oscurezca. Vuelva temprano de su trabajo. Me encontraré con usted a orillas del río y nos iremos.

27

La figura sacerdotal se identificaba con el nombre de "malcolm", Viajaron hacia el sur por caminos ocultos en los que se alternaban zonas rocosas, grutas y densas selvas. Los guiaba el halidonita de harapos con campera, que encontraba sin esfuerzo senderos ocultos en la selva y aberturas cubiertas que llevaban a través de largos túneles oscuros de piedra antigua, con el olor desagradable de las aguas las grutas profundas, el brillante reflejo de las estalactitas, suspendidas en su aislamiento alabastrino, captado por los rayos de linternas.

A McAuliff le parecía que por momentos bajaban hacia los sótanos de la Tierra, sólo para emerger de la oscuridad de una gruta a terreno más alto. Un fenómeno geológico, cuevas

Librodot

en forma ele túnel que inexorablemente avanzaban hacia arriba, evidencia de sacudimientos oceánico-terrestres que hablaban de una época de increíble combustión geofísica. El centro de las montañas que surgía de las fallas y trincheras, batallando para alcanzar el calor del sol.

Dos veces pasaron cerca de comunidades de las colinas: Malcolm identificó las sectas, y habló de sus creencias particulares , la justificación religiosa ele su apartamiento del mundo exterior. Explico que en Cock Pit había alrededor de veintitrés comunidades consagradas al aislamiento. La cifra debía de ser aproximada, pues siempre estaba presente la rebeldía de la juventud, que en sus viajes intermitentes a diversos lugares encontraba tentaciones que compensaban las amenazas de Obeah. Cada vez que una comunidad o dos o tres se desintegraban, había siempre otras que aparecían para tomar su lugar.. _ y a menudo también sus pequeñas aldeas.

-El "opio de los pueblos" a menudo es un escape de las simples penurias y la dolorosa falta de sentido de los pueblos costeros.

-Entonces, eliminen la falta de sentido. --Alex recordó la visión del Viejo Kingston, las casillas de lata corrugada del otro lado de las barcazas abandonadas y sucias habitadas por los parias; los perros flaquísimos, los gatos esqueléticos, los ojos de atontada futilidad de las mujeres jóvenes-viejas. Los hombres sin dientes mendigando para un litro de vino, defecando en las sombras de los oscuros callejones.

Y tres cuadras más arriba, los resplandecientes Bancos inmaculados con sus resplandecientes vidrios oscuros. Resplandecientes, inmaculados y obscenos en la ubicación que habían elegido.

-Sí, tiene razón -respondió Malcolm, el halidonita-. Es la falta de sentido lo que destruye más rápido a la gente. Es tan fácil decir "denme sentido". Y tan difícil saber cómo. Tan complicado.

Siguieron su camino durante ocho horas, descansando después de las partes difíciles de la selva y las laderas escarpadas y las infinitas cuevas. McAuliff juzgó que no habían avanzado más que veinticinco, o treinta kilómetros dentro de la región de Cock Pit, cada kilómetro más traicionero y agotador que el anterior.

Poco después de las cinco de la tarde, cuando se hallaban en lo alto de la cadena Flagstaff, llegaron al final de un paso de montaña. De pronto había frente a ellos una meseta de pastoreo de más o menos un kilómetro de largo por no más de que quinientos metros de ancho. La meseta se alzaba frente a un acantilado montañoso, de tres cuartos su altitud. Malcolm los condujo hacia la derecha, hacia el borde occidental. La ladera de la meseta descendía hacia una densa selva, más densa y terrible que cualquiera que hubiera visto McAuliff.

-Éste es el Laberinto de Acquaba -dijo Malcolm al ver la mirada de asombro de Alex-. Hemos adoptado la costumbre de la antigua Esparta. Cada niño varón, cuando cumple once años, es llevado al centro y debe quedarse allí durante cuatro días y noches.

-Unidades de cuatro... -McAuliff habló tanto para sí mismo como para Malcolm, mientras miraba hacia la densidad increíblemente cruel de la selva que se extendía abajo. -La odisea de la muerte.

-No somos ni espartanos ni arawak -dijo Malcolm, riendo en voz baja-. Los niños no se dan cuenta, pero hay otros con ellos... Venga.

Los dos halidonitas se dieron vuelta y miraron hacia el borde contrario de la meseta. Alex echó una última mirada al Laberinto de Acquaba y los siguió.

En el borde este, el efecto contradictorio era inmediato.

Debajo había un valle de no más de un kilómetro de largo, tal vez un kilómetro y medio, en el centro del cual había un lago tranquilo. El valle en sí mismo estaba encerrado por colinas que eran las primeras estribaciones de las montañas que se alzaban detrás. En el lado

Librodot

norte había arroyos de montaña que convergían en una alta cascada que caía formando un curso de agua bastante ancho y definido.

En el lado más alejado del lago había campos, campos de pastoreo, en apariencia, pues había ganado pastando. Vacas, cabras, unos cuantos burros y varios caballos. Esa zona había sido despejada y sembrada hacía generaciones, pensó McAuliff.

En el lado más cercano del lago, debajo de ellos, había unas chozas con techo de paja protegidas por altos ceibos. A primera vista, parecía haber setenta u ochenta viviendas. Resultaban apenas visibles a causa de los árboles, las enredaderas y el denso follaje tropical que llenaba todos los espacios con los brillantes colores del Caribe. Una comunidad techada por la naturaleza, pensó Alex.

Entonces se imaginó la vista desde el aire. No como la estaba viendo, en una línea vertical diagonal, sino desde arriba, desde un avión. La aldea -pues era una aldea- parecería similar a cualquiera de las comunidades aisladas de montaña con casas de techos de paja y campos de pastoreo cercanos. Pero la diferencia residía en las monta-ñas que la rodeaban. La meseta era una hondonada formada a elevada altitud. Esa sección de la cadena Flagstaff abundaba en brutales remolinos de viento e incontrolables variaciones eólicas: los jets tenían que pasar por lo menos a doce mil pies de altura, y los aviones pequeños evitarían pasarle por encima. Los primeros no tendrían lugar donde aterrizar; los segundos sin duda se estrellarían si intentaban hacerlo.

La comunidad se hallaba protegida tanto por los fenómenos naturales que se producían alto, como por un tortuoso pasaje de acceso, imposible de trazar en un mapa.

-No es muy imponente, ¿verdad? -preguntó Malcolm, de pie junto a McAuliff. Un grupo de niños corrían por un sendero que rodeaba el lago, y sus gritos eran llevados por el viento. Unos nativos caminaban cerca de las chozas; grupos más grandes paseaban junto al curso de agua que fluía de la cascada.

-Todo es... muy prolijo. -Fue la única palabra que a McAuliff se le ocurrió en ese momento.

-Sí -respondió el halidonita-. Es ordenado. Venga, bajemos. Hay un hombre que lo espera.

El corredor-guía lo condujo por la ladera rocosa. Cinco minutos más tarde los tres llegaron al nivel occidental de la comunidad. Desde arriba Alex no se había dado plena cuenta de la altura de los árboles que flanqueaban las primitivas casas. Gruesas enredaderas descendían en manojos retorcidos, inmensos helechos emergían del suelo y de oscuras cavidades de la maleza.

Si la vista de la meseta de arriba hubiera sido quince metros más alta, pensó McAuliff, nada de lo que había visto habría resultado visible. Techada por la naturaleza.

El guía tomó por un camino que parecía cruzarse con un grupo de chozas dentro de la zona selvática.

Los habitantes, como la mayoría de los jamaiquinos de las colinas, vestían una variedad de ropas suaves y sueltas, pero había algo diferente que McAuliff no pudo discernir a primera vista. Había una profusión de pantalones caqui arremangados y camisas de color oscuro y polleras de algodón blanco con blusas estampadas: todo normal, todo parecido a lo que se veía en la totalidad de la isla. En realidad se lo veía en todas las zonas de llanura desértica -África, Australia, Nueva Zelanda-, donde los nativos habían tomado lo que podían, robado lo que podían, de las comodidades introducidas por los invasores blancos. Nada fuera de lo común... Pero algo era muy diferente y Alex no lograba darse cuenta de la diferencia.

Y de pronto lo vio. En el mismo instante en que se dio cuenta de que había observado algo más. Libros.

Unos pocos nativos -tres, cuatro o cinco, tal vez- de la docena que había visto llevaban libros. Llevaban libros bajo el brazo o en la mano.

Librodot

Y las ropas estaban limpias. Así de simple. Había manchas de humedad, de sudor, evidentemente, y el polvo del trabajo en el campo y el barro del lago... pero había una limpieza, una prolijidad, que no era común en las colinas o en las comunidades de las llanuras desérticas. África, Australia, Nueva Guinea o Jacksonville, Florida.

Era normal ver a los nativos vestidos con prendas rotas en diversos grados de destrucción: desgarradas, descosidas, hasta hechas harapos. Pero la ropa que usaba la gente de esa colina estaba entera, sin roturas, sin desgarraduras.

No eran parias; lo que vestían no eran cosas robadas que les quedaban mal.

La tribu de Acquaba estaba en las profundidades de una selva primitiva, pero no era -como muchos de los habitantes aislados de la montaña- una raza de primitivos corroída por la pobreza, que obtenía su pobre subsistencia de la tierra.

A lo largo de los senderos y alrededor de las casas, Alex vio grandes cuerpos negros y lúcidos ojos negros, producto de una dieta balanceada y de una aguda inteligencia.

-Debemos ir directo a ver a Daniel -le dijo Malcolm al guía-. Ahora quedas libre. Y gracias.

El guía tomó por un camino de tierra que parecía formar un túnel bajo la densa red de gruesas enredaderas selváticas. Se sacó el cinturón con la cartuchera, se desabrochó la campera. El comando estaba en su casa, reflexionó McAuliff. Podía sacarse el disfraz, harapiento a propósito.

Malcolm hizo un gesto, interrumpiendo los pensamientos de Alex. El sendero por el cual caminaban, bajo un techo de palmeras y ceibos, doblaba hacia la izquierda, rumbo a un claro de densa gramilla. Esta zona abierta se extendía más allá del curso de agua que salía de la base de la alta cascada que bajaba por la montaña. Del otro lado de la ancha hondonada con bordes más elevados, el terreno formaba una ladera hacia una barricada de piedras; más allá estaban los campos de pastoreo que se extendían hacia la derecha, bordeando la costa este del lago.

En la enorme pastura se podía ver a un hombre que caminaba con un cayado hacia los rebaños de ganado. Era el atardecer, el calor del sol iba aflojando. Era hora de guardar el ganado para la noche, pensó McAuliff.

Había seguido a Malcolm sin prestar mucha atención, más con-centrado en observar todo lo que pudiera de la aislada y extraña aldea, cuando advirtió hacia dónde lo guiaba el halidonita.

Hacia la base de la cascada y de la montaña.

Llegaron al borde del canal que alimentaba al lago y giraron a la izquierda. Alex vio que el curso de agua era más profundo de lo que parecía a la distancia. Las orillas eran de alrededor de dos metros y medio de altura; el trazado que había visto desde la meseta era resultado de rocas dispuestas con cuidado, hundidas en la tierra de los terraplenes. Ese fenómeno natural había sido controlado por el hombre, como los campos sembrados, hacía generaciones.

Había tres plataformas de planchas de madera, con barandas ubicadas a la altura de la cintura, para cruzar el agua; cada una estaba empotrada en los costados del terraplén, donde había escalones de piedra... puestos hacía generaciones. Los puentes en miniatura se hallaban dispuestos a unos cincuenta metros uno del otro.

Entonces McAuliff la vio; la vio apenas, pues la ocultaba una profusión de altos árboles, inmensos helechos gigantes y cientos de plantas trepadoras que florecían en la base de la montaña.

Una estructura de madera. Una gran morada en forma de cabaña cuya base se apoyaba en el canal; el agua corría por debajo de los enormes pilares que sostenían la construcción oculta. A cada lado de los pilares había escalones -también de piedra, también puestos

Librodot

generaciones atrás- que llevaban a un ancho pasadizo, en la fachada de la estructura. En el centro del pasadizo formado por planchas había una puerta. Estaba cerrada.

Desde cualquier distancia -y por cierto desde el aire-, el edificio quedaba escondido por completo.

Su longitud era tal vez de unos nueve metros; su ancho, imposible de determinar, pues daba la impresión de desaparecer en la selva y la cascada.

A medida que se acercaban a los escalones de piedra, McAuliff vio algo más, que lo asombró tanto que tuvo que detenerse a mirar.

En el lado oeste del edificio, emergiendo desde adentro y subiendo hacia la enredada masa de follaje, había unos gruesos cables negros.

Malcolm se dio vuelta y sonrió ante la estupefacción de Alex.

-Nuestro contacto con el exterior, McAuliff. Señales de radio que se envían por las líneas centrales de teléfono a lo largo de toda la isla. No muy diferente de los teléfonos celulares, pero por lo general mucho más nítidos que los habituales servicios telefónicos. Todos imposibles de rastrear, por cierto. Ahora veamos a Daniel.

-¿Quién es Daniel?

-Nuestro Ministro de Consejo. Es un cargo electivo. Salvo que su término no está determinado por el calendario.

-¿Quién lo elige?

-La tribu.

-Suena a política común.

-No exactamente -replicó Malcolm con tono enigmático-. Venga. Daniel lo está esperando.

El halidonita abrió la puerta y McAuliff entró en una gran habitación de techo alto con ventanas alrededor de toda la parte superior de la pared. Alcanzaban a oírse los sonidos de la cascada, mezclados con la miríada de ruidos de la selva que se extendía afuera.

Había sillas de madera: sillas hechas a mano, no con máquinas. En el centro de la pared de atrás, frente a una segunda puerta muy grande, había una mesa, a la cual se hallaba sentada una joven negra que tendría entre veintiséis y veintinueve años. En su "escritorio" había papeles, y a su derecha, un procesador de palabras sobre una mesa blanca para computadora. La incongruencia de dicho equipo en semejante lugar hizo que Alex se quedara mirándolo fijo.

A continuación vio un teléfono -una compleja consola de botones- sobre un atril, a la derecha de la joven.

-Ésta es Jeanine, doctor McAuliff. Trabaja para Daniel.

La joven se puso de pie, con una sonrisa breve y tenue en los labios. Saludó a Alex con un gesto dubitativo; sus ojos mostraban preocupación cuando le habló a Malcolm.

-¿Fue bueno el viaje?

-Dado que traje a nuestro invitado, no puedo decir que tuviera un éxito terrible.

-Sí -respondió Jeanine, y su expresión de preocupación ahora reflejaba miedo-. Daniel quiere verte de inmediato. Por aquí... doctor McAuliff.

La joven fue hasta la puerta y golpeó dos veces. Sin esperar respuesta, hizo girar el picaporte y abrió. Malcolm avanzó junto a Alex y le hizo señas de que entrara. McAuliff avanzó vacilante hacia la oficina del Ministro del Consejo del Halidon.

La habitación era grande, con una sola y enorme ventana de vidrio acerado que cubría la mayor parte de la pared trasera. La vista resultaba a la vez extraña e imponente. Seis metros más allá del vidrio estaba la sección media de una cascada, que lo abarcaba todo; no había más que incesantes toneladas de agua que caía, con un sonido sofocado pero discernible.

Librodot

Frente a la ventana había una larga mesa de madera oscura resplandeciente. Detrás de ella se hallaba de pie el hombre llamado Daniel, Ministro del Consejo.

Era un jamaiquino de marcados rasgos afroeuropeos, de estatura un poco más que mediana y bastante delgado. Sus hombros eran anchos, sin embargo; su cuerpo ahusado parecía el de un corredor de larga distancia. Tendría entre cuarenta y cuarenta y cinco años, tal vez. Su rostro tenía aspecto joven, pero sus ojos no eran jóvenes.

Le sonrió -de manera breve, cordial, pero sin entusiasmo- a McAuliff y dio vuelta a la mesa, con la mano extendida.

Alex advirtió que Daniel vestía pantalones blancos informales y una camisa azul oscura abierta en el cuello, con un pañuelo de seda blanca sostenido por un anillo de oro. Era una especie de uniforme, pensó Alex. Como la ropa de Malcolm.

-Bienvenido, doctor. No le preguntaré acerca de su viaje. Lo he hecho demasiadas veces yo mismo. Es espantoso.

Daniel estrechó la mano de McAuliff.

-Es espantoso -dijo Alex con cautela.

El Ministro se volvió abruptamente hacia Malcolm.

-¿Qué informe tiene? No me parece que haya ningún motivo para que me lo dé en privado. ¿O sí?

-No... Los documentos de Piersall son válidos. Están sellados y McAuliff los tiene listos para que se den a publicidad desde un lugar ubicado dentro de un radio de cuarenta kilómetros del campamento de base en el Martha Brae. Ni siquiera él sabe cómo. Tenemos tres días, Daniel.

El ministro miró a la figura sacerdotal. Entonces volvió despacio, sin hablar, a su silla, ubicada detrás de la mesa. Permaneció de pie, inmóvil, con las manos sobre la superficie de la madera, y miró a Alex.

-De manera que, por la brillante persistencia de un expatriado fanático de la isla, enfrentamos... la castración. Quedar expuestos nos vuelve impotentes, ¿sabe, doctor McAuliff? Nos destrozarían. Nos despojarían de nuestras posesiones. Y la responsabilidad es suya... De usted. Un geólogo al servicio de Dunstone. Y un recluta muy poco convencido de Inteligencia Británica. -Daniel miró a Malcolm.

-Déjenos solos, por favor. Y esté listo para partir hacia Montego. -¿Cuándo? -preguntó Malcolm.

-Eso dependerá de nuestro visitante. Él lo acompañará.

-¿Yo lo acompañaré?

-Sí, doctor McAuliff. Si sigue vivo.

28

Hay una sola amenaza que un hombre puede hacer contra otro a la que debe prestársele oídos. Esa amenaza es, evidentemente, la de quitarle la vida. -Daniel se había acercado a la enorme ventana que enmarcaba las columnas de agua que caían sin cesar. -En ausencia de temas ideológicos avasalladores, por lo general asociados con la religión o las causas nacionales, creo que estará de acuerdo.

-Y como no tengo motivación religiosa o nacional, espera que la amenaza surta efecto. -McAuliff continuaba parado frente a la larga mesa de madera. No le habían ofrecido una silla.

-Sí -respondió el Ministro del Consejo del Halidon, y se dio vuelta-. Estoy seguro de que ya le han dicho que las preocupaciones de Jamaica no son las suyas.

Librodot

-No es.... "mi lucha". Así me lo dijeron.

-¿Quién se lo dijo? ¿Charles Whitehall o Barak Moore?

-Barak Moore murió -dijo Alex.

El ministro quedó sorprendido. Su, reacción, sin embargo, fue un breve momento de silencio pensativo. Luego habló en voz baja:

-Lo lamento. Su compromiso era el control necesario para el de Whitehall. Su facción no contaba a nadie más, en realidad. Habrá que poner a alguien en su lugar... -Daniel fue hasta la mesa, buscó un lápiz y escribió una nota en una pequeña libreta. Arrancó la página y la dejó a un lado.

McAuliff leyó sin dificultad las palabras que había escrito el Ministro: "Reemplazar a Barak Moore". En ese día de asombro, lo que el mensaje implicaba no resultaba imposible de concebir.

-¿Sencillamente así? -preguntó Alex, que señaló el papel con la cabeza.

-No será simple, si a eso se refiere -respondió Daniel-. Siéntese, doctor McAuliff. Creo que es hora de que entienda. Antes de que avancemos...

Alexander Tarquin McAuliff, geólogo, dueño de una empresa en la calle 38 de Nueva York, Estados Unidos de Norteamérica, se sentó en una silla hecha por nativos en una oficina ubicada en lo alto de las montañas inaccesibles de la cadena Flagstaff, en el centro de la región impenetrable de Cock Pit, en la isla de Jamaica, y escuchó a un hombre llamado Daniel, Ministro del Consejo de una secta oculta llamada Halidon.

No podía seguir pensando. Sólo podía escuchar.

Daniel resumió con rapidez los prolegómenos. Le preguntó a Alex si había leído los papeles de Walter Piersall. McAuliff asintió.

El Ministro procedió entonces a confirmar la precisión de los estudios de Piersall al rastrear la tribu de Acquaba desde sus inicios en las guerras marrones, a principios del siglo xvItt.

-Acquaba era una especie de místico, pero en lo esencial un hombre simple. Una figura crítica sin la caridad o los extremos de piedad asociados con las creencias de Jesús. Después de todo, sus antecesores habían nacido en la violencia de las selvas coromantís. Pero su ética era sólida.

-¿Cuál es la fuente de la riqueza de ustedes? -preguntó Alex, dueño de nuevo de sus facultades-. Si es que hay riqueza y una fuente.

-El oro -respondió Daniel con sencillez.

-¿Dónde?

-En el terreno. En nuestras tierras.

-En jamaica no hay oro.

-Usted es geólogo. Debe de saber que eso es una simplificación. Hay rastros de depósitos cristalinos en montones de minerales de toda la isla...

-Infinitesimales -lo interrumpió McAuliff-. Mínimos y tan mezclados con metales sin valor que vuelven prohibitivo cualquier intento de separación. Más caro que el producto.

-Pero... a pesar de todo es oro.

-Sin valor.

Daniel sonrió.

-¿Cómo cree que surgieron los rastros cristalinos? Hasta podría preguntarle, teóricamente, si quiere, cómo llegó a existir la isla de Jamaica.

-Como cualquier masa de tierra aislada en el océano. Perturbaciones geológicas... -Alex calló. La teoría iba más allá de la imaginación, aterradora en su simplicidad. Una sección de

Librodot

una veta de oro, millones y millones de años atrás, explotando desde adentro de las capas de tierra que había debajo del mar, lanzando depósitos por toda la masa que fue lanzada fuera de las aguas. -Mi Dios... hay una veta...

-No tiene sentido seguir con esto -dijo Daniel-. Durante siglos el dominio colonial de Jamaica estableció un dogma: todos los metales preciosos descubiertos en la isla eran posesión de la Corona. Fue el motivo primordial por el cual nadie buscó.

-Fowler -dijo McAuliff en voz baja-. Jeremy Fowler... -¿Cómo?

-El Archivero de la Corona de Kingston. Hace casi cien años... Daniel hizo una pausa.

-Sí. En 1883, para ser exactos. De manera que ése era el ele-mento de Piersall. -El ministro del Halidon escribió en otra página de la libreta. -Habrá que sacarlo.

-Este Fowler -dijo Alex en voz baja-. ¿Lo supo?

Daniel arrancó la hoja.

-No. Creyó que estaba cumpliendo los deseos de una facción disidente de marrones que conspiraba con un grupo de terratenientes de la costa norte. El objetivo era destruir los registros de un tratado tribal que establecía que miles de hectáreas podían ser limpiadas para plantaciones. Fue lo que se le dijo y por lo cual se le pagó.

-La familia, en Inglaterra, todavía lo cree.

-¿Por qué no? Fue un "Servicio Colonial". ¿Volvemos a cuestiones más aplicables en la actualidad? ¿Sabe, doctor McAuliff? Queremos que entienda. Todo.

-Prosiga.

Según Daniel, el Halidon no tenía ambiciones de poder político. Nunca había alimentado semejantes ambiciones; se mantenía al margen del cuerpo político, aceptando la visión histórica de que el orden emerge del caos de ideologías diferentes, hasta conflictivas. Las ideas eran monumentos más grandes que las catedrales, y un pueblo debe tener libre acceso a ellas. Ésa era la lección de Acquaba. Libertad de movimiento, libertad de pensamiento... libertad para luchar, de ser necesario. La religión del Halidon era en esencia humanística, los símbolos de sus dioses de la selva representaban fuerzas en constante lucha que combatían por la libertad de los mortales. Libertad para sobrevivir en el mundo de la manera como se acordara con la tribu. Sin imponer dicha forma a otras tribus.

-No es una mala premisa, ¿verdad? -preguntó Daniel.

-No -respondió McAuliff-. Y tampoco demasiado original.

-Estoy en desacuerdo -replicó el ministro-. La idea puede tener cientos de antecedentes, pero en la práctica casi no se conoce... Las tribus, a medida que desarrollan su autosuficiencia, tienden a reducirla, hasta que se tornan ansiosos por imponerse sobre la mayor cantidad posible de tribus. Desde los faraones a César; desde el Imperio, el Sacro Imperio Romano, el británico, etcétera, a Adolf Hitler; desde Stalin a nuestro propio gobierno, que es un conglomerado de proselitistas hipócritas. Tenga cuidado con los creyentes piadosos, Mc-Auliff. Todos eran piadosos a su manera. Demasiados siguen siéndolo.

-Pero ustedes no. -Alex miró hacia el enorme vidrio acerado y el agua que caía del otro lado. -Ustedes sólo deciden quién lo es... y actúan en consecuencia. Libres para "luchar", como lo llaman.

-¿Cree que hay una contradicción en los términos?

-Tiene toda la razón al pensar que así lo creo. Cuando "luchar" incluye matar gente... porque no se adecuan a su idea de lo que es aceptable.

-¿A quién matamos?

Alex dirigió su mirada de la cascada a Daniel.

-Puedo empezar con la noche de ayer. Dos acarreadores de la investigación que tal vez estaban ganándose unos dólares a costa de Inteligencia Británica, ¿por qué? ¿Por mantener los

Librodot

ojos abiertos? ¿Informar qué comimos para la cena? ¿Quién vino a vemos? Su corredor, al que yo llamaba "Marcus", dijo que eran agentes; los mató. Y un chancho gordo llamado Garvey, que era un contacto carente de información, y de bastante bajo nivel, y que para colmo olía mal. Creo que el accidente fatal en el camino a Port María fue un poco drástico. -McAuliff hizo una pausa y se inclinó hacia delante en la silla. -Masacró a todo un equipo de investigación, a todos los miembros, que, hasta donde ustedes saben, fueron contratados por Dunstone de la misma manera en que lo fui yo: sólo por cuestiones de trabajo. Quizá pueda justificar esas muertes, pero ni usted ni nadie puede justificar la muerte de Walter Piersall... Sí, señor Alto y Poderoso Ministro, creo que usted es piadoso de un modo muy violento.

Daniel se había sentado en la silla, detrás de la mesa de madera. Ahora movió el pie contra el suelo, torciendo la silla un poco hacia la derecha, hacia la enorme ventana.

-Hace cien años, esta oficina era todo un edificio. Uno de mis predecesores hizo que la ubicaran aquí. Insistió en que el despacho del ministro -"cámara" se la llamaba entonces- diera a esta sección de nuestra cascada. Afirmaba que el movimiento constante y el sonido sofocado forzaban a un hombre a concentrarse, bloqueaba las pequeñas consideraciones... Ese rebelde hace largo tiempo olvidado demostró tener razón. Nunca dejó de preguntarse sobre los diferentes estallidos de formas y modelos. Y mientras se lo preguntaba, su mente se concentraba.

-¿Es una forma de decirme que las personas a las que mataron eran... pequeñas consideraciones?

Daniel volvió a poner la silla en su lugar y enfrentó a McAuliff.

-No, doctor. Trataba de pensar una manera de convencerlo. Le diré la verdad, pero no estoy seguro de que me crea. Nuestros corredores, nuestros guías... nuestros infiltrados, si quiere... están entrenados para causar efectos cada vez que sea posible. El miedo, McAuliff, es un arma extraordinaria. Un arma no violenta; no es que nosotros seamos necesariamente no violentos... Sus acarreadores no están muertos. Fueron tomados prisioneros; se les vendaron los ojos, los llevaron a las afueras de Weston Favel y los dejaron en libertad. No los lastimaron, pero estaban muy asustados. No trabajarán más para el M15 o el M16. Garvey está muerto, pero no lo matamos nosotros. El señor Garvey vendía cualquier cosa sobre la cual podía poner las manos, en especial jovencitas. Le pegó un tiro en el camino hacia Port María un padre enfurecido, por motivos evidentes. Usted dice que masacramos a los hombres de la investigación de Dunstone. Inviértalo, doctor. Tres de los cuatro hombres blancos trataron de masacrar a nuestra partida de exploradores. Mataron a seis de nuestros jóvenes después de hacerlos entrar en el campamento para conferenciar.

-Uno de esos... hombres blancos era un agente británico.

-Eso es lo que nos dijo Malcolm.

-No creo que un hombre formado en Inteligencia matara de manera indiscriminada.

-Malcolm opina lo mismo que usted. Pero los hechos están ahí. Un agente de Inteligencia es ante todo un hombre. En el súbito calor de la batalla un hombre se pone de un lado o de otro. Este hombre, fuera quien fuere, eligió su lado... No tendría que haber elegido de la manera como lo hizo.

-¿El cuarto hombre? ¿Era diferente, entonces?

-Sí. -Los ojos de Daniel de pronto se pusieron reflexivos. -Era un hilen hombre, un holandés. Cuando se dio cuenta de lo que estaban haciendo los demás, se opuso violentamente. Salió corriendo para avisarle al resto de nuestra partida. Sus propios hombres lo balearon.

Durante varios minutos ninguno de los dos habló. Por fin, Mc-Auliff preguntó:

-¿Qué pasó con Walter Piersall?

Librodot

-No sé -contestó Daniel-. No sabemos lo que ocurrió. Ni quién lo mató. Tenemos ideas, pero nada más. Walter Piersall era el último hombre de la Tierra a quien queríamos muerto. En especial en estas circunstancias. Y si no lo entiende, entonces es estúpido.

McAuliff se incorporó de la silla y se dirigió a la enorme ventana. Sentía los ojos de Daniel sobre él. Se obligó a observar las cascadas de agua.

-¿Por qué me trajeron aquí? ¿Por qué me contaron tanto? Sobre ustedes.... y sobre todo lo demás.

-No teníamos opción. A menos que usted mintiera o a menos que hubiera engañado a Malcolm, y no creo ninguna de las dos opciones... Y entendemos su posición así como sus antecedentes. Cuando Malcolm se fue de Inglaterra trajo el expediente completo del M15 sobre usted. Estamos dispuestos a hacerle una oferta.

Alex se dio vuelta y miró al ministro.

-Estoy seguro de que no podré rechazarla.

-No con facilidad. Su vida. Y, cosa que no es accidental, la vida de sus compañeros de investigación.

-¿Los documentos de Piersall?

-Algo más amplio, pero eso también, por supuesto -respondió Daniel.

-Adelante. -McAuliff se quedó junto a la ventana. El sonido sofocado de la cascada era su conexión con el mundo exterior.

-Sabemos lo que quieren los británicos: la lista de los nombres que componen la jerarquía de Dunstone. Los financistas internacionales que esperan convertir esta isla en un santuario económico. En otra Suiza. No hace mucho, cuestión de semanas, se reunieron aquí, en la isla, provenientes de todo el mundo. En Port Antonio. Algunos usaron sus verdaderos nombres, pero la mayoría no. El momento es propicio. Las instituciones bancarias suizas están rompiendo sus tradicionales códigos secretos de las cuentas, uno tras otro. Sufren presiones extraordinarias, por cierto... Tenemos la lista de Dunstone. Haremos el intercambio.

-¿Eso a cambio de nuestras vidas? Y los documentos...

Daniel rió, ni con crueldad ni con suavidad. Era una genuina expresión de humor.

-Doctor, me temo que es usted quien está obsesionado con las pequeñas consideraciones. Es verdad que damos gran valor a los documentos de Piersall, pero los británicos no. Debemos pensar como piensan nuestros adversarios. Los británicos quieren la lista Dunstone por sobre todas las cosas. Y, por sobre todas las cosas, nosotros queremos que Inteligencia Británica, y todo lo que ella representa, se vaya de Jamaica. Ésa es la transacción que ofrecemos.

McAuliff se quedó inmóvil junto a la ventana.

-No entiendo.

El ministro se inclinó hacia adelante.

-Exigimos que termine la influencia inglesa... como exigimos que terminen las influencias de todas las demás naciones, o tribus, si quiere, doctor, sobre esta isla. En pocas palabras, deben dejar a Jamaica en manos de los jamaiquinos.

-Dunstone no lo hará -dijo Alex-. Diría que su influencia es mucho más peligrosa que cualquier otra.

-Dunstone es nuestra lucha; tenemos nuestros propios planes. Dunstone fue organizada por genios financieros. Pero una vez confinada a nuestro territorio, nuestras alternativas son múltiples. Entre otros recursos, la expropiación... Pero estas alternativas llevan tiempo y ambos sabemos que los británicos no tiene tiempo. Inglaterra no puede afrontar la pérdida de Dunstone.

Librodot

La mente de McAuliff volvió a la habitación del hotel Savoy... y a la tranquila aceptación de R. C. Hammond de que "la economía era un factor. Uno bastante significativo".

Hammond, el manipulador.

Alex volvió al sillón y se sentó. Se dio cuenta de que Daniel le daba tiempo para pensar, para absorber las posibilidades de la nueva información. Había muchas preguntas; la mayoría, lo sabía, podían responderse, pero varias lo tocaban a él. Tenía que intentarlo.

-Hace unos días -comenzó, molesto-, cuando murió Barak Moore, me preocupó que Charles Whitehall no tuviera nadie que se le opusiera. A usted también le preocupa. Vi lo que anotó...

-¿Cual es su pregunta? -preguntó Daniel.

-Tenía razón, ¿no es así? Son los dos extremos. Tienen seguidores. No son sólo fanáticos vacíos.

-¿Whitehall y Moore?

-Sí.

-No creo. Son los líderes carismáticos. Moore lo era; Whitehall lo es. En todas las nuevas naciones hay por lo general tres facciones: derecha, izquierda y el cómodo centro, los restos atrincherados que han aprendido las funciones de todos los días. El centro es corruptible por definición; sigue con las mismas tareas burocráticas aburridas pero con una súbita autoridad nueva. Es el primero que ha de reemplazarse. La manera más sana de hacerlo es inyectando los elementos más maduros de ambos extremos. Un equilibrio pacífico.

-¿Y eso es lo que está esperando? ¿Como un referí? ¿Un juez?

-Sí. Es muy bueno, doctor. Hay méritos en la lucha, ¿sabe? Ninguno de los dos lados está despojado de factores positivos... Por desgracia, Dunstone hace más difícil nuestra tarea. Debemos observar con cuidado a los combatientes.

Los ojos del ministro habían vuelto a apartarse, y de nuevo hubo en ellos un breve reflejo, casi imperceptible.

-¿Por qué? -preguntó Alex.

Daniel pareció al principio reacio a responder. Luego suspiró y dijo:

-Muy bien... La reacción de Barak Moore ante Dunstone sería violenta. Un baño de sangre... el caos. La de Whitehall sería igual de peligrosa. Buscaría la fusión temporaria, con una base por completo financiera. Podrían ser usados como tantos de los industriales alemanes que honestamente creían que estaban usando a Hitler. Sólo la asociación alimenta el poder absoluto... de manera absoluta.

McAuliff se inclinó hacia adelante en su silla. Comenzaba a entender.

-Entonces, si Dunstone queda afuera, ¿están de nuevo en... cómo era... la lucha sana?

-Sí -respondió Daniel en voz baja.

-Entonces ustedes y los británicos quieren lo mismo. ¿Cómo pueden poner condiciones?

-Porque nuestras soluciones son diferentes. Tenemos el tiempo y la confianza del control final. Los ingleses... y los franceses y los estadounidenses y los alemanes... no tienen ninguna de las dos cosas. Los desastres económicos que sufrirían bien podrían redundar en nuestro beneficio. Y esto es todo lo que le diré sobre el tema... Tenemos la lista Dunstone. Usted les hará la oferta a los británicos.

-Voy con Malcolm a Montego...

-Será acompañado y vigilado -lo interrumpió Daniel con aspereza-. Los miembros de su investigación geológica son rehenes. Cada uno será ejecutado sumariamente en caso de que haya la menor desviación de nuestras instrucciones.

-¿Y si Inteligencia Británica no les cree? ¿Qué demonios se supone que haga yo entonces?

Librodot

Daniel se puso de pie.

-Le creerán, McAuliff. Pues su viaje a Bahía Montego es sólo parte de las novedades que pronto se conocerán en todo el mundo. Habrá una profunda conmoción en varias capitales del mundo. Y usted les dirá a los de Inteligencia Británica que ésa es su prueba. Es sólo la punta del iceberg de Dunstone... Sí, le creerán, McAuliff. Precisamente al mediodía, hora de Londres. Mañana.

-¿Esto es todo lo que me dirá?

-No. Una cosa más. Cuando tengan lugar las acciones, el gigante aterrorizado, Dunstone, enviará a sus asesinos. Entre otros, usted será un blanco.

McAuliff se puso de pie, furioso.

-Gracias por la advertencia -dijo.

-De nada -respondió Daniel-. Ahora, si desea venir conmigo.. .

Fuera de la oficina, Malcolm, la figura sacerdotal, hablaba en voz baja con Jeanine. Al ver a Daniel, ambos hicieron silencio. Jeanine se acercó a Daniel y habló:

-Hay novedades del Martha Brae.

Alex miró al ministro y luego de nuevo a la chica. "Martha Brae" tenía que referirse al campamento de la investigación. Comenzó a hablar, pero Daniel lo cortó.

-Sea lo que fuere, dígalo.

-Se refiere a dos hombres. El joven, Ferguson, y el especialista en metales, Peter tensen...

-¿Qué ocurrió? -preguntó Daniel-. Primero el joven.

-Un corredor fue al campamento, a llevarle una carta de Arthur Craft, padre. En ella Craft hacía promesas y le ordenaba a Ferguson que abandonara la investigación y fuera a Port Antonio, a la Fundación. Nuestros exploradores los siguieron y los interceptaron a varios kilómetros, sobre el río. Los tienen allí, al sur de Weston Favel.

-Craft averiguó sobre su hijo -dijo Alex-. Trata de comprar a Ferguson.

-La compra bien puede ser para beneficio de Jamaica. Y Ferguson no es un rehén que ocupe un lugar elevado en nuestra escala de valores.

-Yo lo traje a la isla. Es valioso para mí -respondió Alex con frialdad.

-Veremos. -Daniel se volvió hacia la chica. -Dile a los exploradores que se queden donde están. Que retengan a Ferguson y al corredor; se enviarán instrucciones. ¿Qué pasa con Jensen?

-Está bien. Los hombres están rastreándolo.

-¿Se fue del campamento?

-Aparenta haberse perdido, según opinan nuestros hombres. Esta mañana temprano, poco después de que el doctor McAuliff se fuera, hizo que su acarreador tendiera lo que se llama una... línea azimut. Hizo que el hombre caminara una buena distancia mientras el tendía la cuerda de nailon. Las señales se transmitían según los tirones, en apariencia...

-Y Jensen cortó la línea y ató su extremo a un arbolito -la interrumpió Alex-. Con un lazo alrededor de una rama cercana. -¿Cómo lo sabe? -Daniel parecía fascinado.

-Es un truco de campo muy viejo, sin ninguna gracia. Un chiste desastroso. Se le hace a los reclutas novatos.

Daniel se volvió hacia la chica.

-Entonces el acarreador no pudo encontrarlo. ¿Dónde está Jensen ahora?

-Trató de seguir la huella de McAuliff -respondió la secretaria-. Los exploradores dicen que llegó muy cerca. Abandonó la búsqueda y volvió haciendo un círculo hacia la colina occidental. Desde allí puede observar todo el campamento. Todos los medios para entrar.

Librodot

-Va a esperar los tres días completos, muriéndose de hambre y perseguido por los tigres, si cree que eso lo ayudará. No se atreve a volver a ver a Warfield sin algo concreto. -Daniel miró a Alex.

-¿Sabía que él lo eligió a usted para dirigir la investigación?

-Que él me eligió... -McAuliff no terminó la frase. No tenía sentido, pensó.

-Dígale a nuestra gente que se quede con él -ordenó el ministro-. Manténganse cerca pero no lo capturen... a menos que use una radio que pudiera alcanzar la costa. Si lo hace, mátenlo.

-¿Qué demonios dice? -preguntó McAuliff, enojado-. ¡Maldición, no tiene ningún derecho!

-Tenemos todos los derechos, doctor. Ustedes, los aventureros, vienen a esta isla. La ensucian con su mierda. ¡No me hable de derechos, McAuliff! -Y entonces, tan súbitamente como había levantado la voz, la bajó. Se dirigió a la muchacha. -Cita al Consejo.

29

Daniel condujo a McAuliff por los escalones hacia el pasto denso que crecía junto a la orilla izquierda del pequeño canal por donde corría el curso de agua. Ninguno de los dos hablaba. Alex miraba su reloj; eran casi las ocho de la noche. Los rayos del sol poniente iluminaban desde atrás de las montañas occidentales, arrojando espectrales rayos naranjas; las colinas que los interceptaban se destacaban con un color marrón negruzco que subrayaba su increíble altura, su inmensidad de fortaleza. El lago era una enorme hoja de vidrio muy oscuro, pulida más allá de la capacidad humana, que reflejaba las sombras inmensas de las montañas y los rayos del sol naranja.

Bajaron por la ladera del claro, rumbo al cerco de piedras que bordeaba los campos de pastoreo. En el extremo izquierdo había un portón; Daniel se acercó, descorrió el gran cerrojo y lo abrió. Le hizo gesto a McAuliff de que pasara.

-Le pido disculpas por mi estallido -dijo el ministro mientras caminaban por el campo-. Estuvo mal dirigido. Usted es la víctima, no el agresor. Nos damos cuenta de eso.

-¿Y usted qué es? ¿La víctima? ¿O el agresor?

-Soy el Ministro del Consejo. Y nosotros no somos ninguna de las dos cosas. Ya se lo expliqué.

-Explicó muchas cosas, pero todavía no sé nada de usted -replicó McAuliff, mientras observaba un animal solitario que se les acercaba por el campo oscuro. Era un potro, y relinchaba y corcoveaba a medida que se aproximaba.

-Este caballo siempre se escapa -dijo Daniel, riendo, mientras palmeaba el cuello del nervioso animal-. Será difícil de entrenar... ¡Hie! ¡Hie! -gritó el halidonita mientras palmeaba el flanco del potro, que se marchó al centro del campo.

-Tal vez sea eso lo que quiero decir -dijo Alex-. ¿Cómo entrena a... la gente? ¿Les impide escaparse?

Daniel se detuvo y miró a McAuliff. Estaban solos en el gran campo de pastoreo, cubierto por los vividos colores del sol poniente jamaiquino. La luz recortaba al ministro, de modo que McAuliff no podía ver los ojos de Daniel, aunque podía sentirlos.

-Somos un pueblo poco complicado en muchos sentidos -dijo el halidonita-. Traemos la tecnología que necesitamos, junto con nuestras provisiones de medicinas, maquinaria básica de granja y cosas por el estilo. Siempre lo hacen nuestros propios miembros, usando caminos de montaña imposibles de ubicar. Fuera de esas cosas, somos autosuficientes gracias a

Librodot

nuestras tierras. Nuestro entrenamiento, como lo llama, es el resultado de entender las inmensas riquezas que posemos. Nuestro aislamiento no es absoluto. Como lo verá.

Desde la infancia, le explicó Daniel, al halidonita se le decía que era privilegiado y que debía justificar su derecho de nacimiento por medio de las acciones de su vida. La ética de la contribución se le imbuía apenas empezaba su educación, así como la necesidad de usar su potencial al máximo. El mundo exterior se le mostraba en todos sus detalles: sus simplicidades, sus complicaciones, su paz y su violencia; su bondad y su maldad. Nada se les ocultaba; no se permitían exageraciones a la imaginación juvenil. La tentación realista se equilibraba -quizá con demasiada fuerza, aceptaba Daniel con castigos realistas.

En fecha lo más cercana posible al momento en que el niño o la niña cumplía doce años, el halidonita era examinado en profundidad por maestros, los Ancianos del Consejo, y por fin por el propio ministro. Sobre la base de estos exámenes, se seleccionaban individuos para formarse para el mundo exterior. Seguían tres años de preparación, concentrándose en habilidades o profesiones específicas. Cuando llegaba a los dieciséis años, el halidonita era sacado de la comunidad y llevado a una residencia familiar afuera, donde el padre y la madre eran miembros de la tribu. Salvo casos poco comunes de vuelta a la comunidad y reuniones con sus propios padres, la familia de afuera era la guardiana del halidonita durante unos cuantos años.

-¿No tienen defecciones? -preguntó Alex.

-Rara vez -respondió Daniel-. El proceso de escrutinio es muy completo.

-¿Qué ocurre si no es lo bastante completo? Si hay...

-Esa es la respuesta que no le daré -lo interrumpió el ministro-. Sólo le diré que el Laberinto de Acquaba es una amenaza con la cual ninguna prisión puede competir. Mantiene a los transgresores de adentro y de afuera reducidos a una mínima cantidad.

Las defecciones son muy raras.

Por el tono de voz de Daniel, Alex no sintió deseos de seguir con el tema.

-¿Los traen de vuelta?

Daniel asintió.

La población del Halidon se controlaba en forma voluntaria. Daniel afirmaba que, por cada pareja que quería más hijos, había sin excepciones una pareja que quería menos o ninguno. Y, para asombro de McAuliff, el ministro agregó:

-Los matrimonios tienen lugar entre nosotros y la gente de afuera. Es, por cierto, inevitable y, por necesidad, deseable. Pero es un proceso complicado que se lleva a cabo durante varios meses y con estrictas regulaciones.

-¿Un proceso de escrutinio inverso?

-El más duro que pueda imaginar. Controlado por los guardianes.

-¿Qué ocurre si el matrimonio no...?

-La respuesta tampoco le compete, doctor.

-Tengo idea de que los castigos son rígidos -comentó Alex en voz baja.

-Puede tener todas las ideas que quiera -replicó Daniel, y prosiguió su camino por el campo-. Pero lo más importante es que entienda que tenemos montones, cientos de guardianes, casas a mitad de camino en todos los países del mundo. En todas las profesiones, en todos los gobiernos, en docenas de universidades e instituciones de todas partes... Nunca sabrá quién es miembro del Halidon. Y ésa es nuestra amenaza, nuestra última protección.

-¿Me da a entender que, si yo revelo lo que sé, me hará matar?

-A usted y a todos los miembros de su familia. Esposa, hijos, padres... En ausencia de la estructura formal, amantes, colegas cercanos, cada persona que fue o es una influencia en su vida. Su identidad, hasta su memoria se borrará.

Librodot

-No puede conocer a todas las personas con las que hablo, cada llamado telefónico que hago. Dónde estoy en cada minuto. ¡Nadie puede! ¡Yo podría armar un ejército, podría encontrarlo!

-Pero no lo hará -dijo Daniel en voz baja, en contraste con el estallido de McAuliff-. Por el mismo motivo que no lo han hecho otros... Venga. Ya llegamos.

Se hallaban en el borde del campo. Más allá se extendía el follaje denso de la selva de Cock Pit, envuelta en las tinieblas.

De pronto, de manera asombrosa, el aire se llenó de un penetrante sonido de terrible resonancia. Era un quejido, un lamento inhumano. El tono era bajo, sin aliento, lo abarcaba todo y hacía ecos en todas partes. Era el sonido de un viento selvático gigantesco, que se levantaba de a poco, que retornaba a una nota oscura y simple para alzarse de nuevo hasta convertirse en el grito quejumbroso de la melodía más aguda.

Se volvió cada vez más fuerte, y sus ecos alcanzaban los tonos graves y los lanzaban a través de la selva, los aplastaban contra los costados de las montañas que los rodeaban, hasta que la tierra pareció vibrar.

Y de pronto se detuvo, y McAuliff quedó paralizado al ver a la distancia los perfiles de unas figuras que caminaban con lentitud y determinación, con una cadencia medida, a través de los campos, en el claroscuro de sombras producidas por la reciente oscuridad. Unos pocos llevaban antorchas, con llamas bajas.

Al principio sólo eran cuatro o cinco, que venían de donde se alzaba la puerta. Luego aparecieron otras desde la orilla sur del lago negro y resplandeciente; y otras desde el norte, emergiendo de la oscuridad. Se podían ver unos botes de fondo chato que cruzaban la superficie de las aguas, cada uno con una sola antorcha.

En unos minutos eran diez, luego, veinte, treinta... hasta que McAuliff dejó de contar. De todas partes. Docenas de cuerpos que se movían con lentitud, que se hamacaban con suavidad mientras caminaban a través del campo oscuro.

Iban convergiendo en el punto donde Alex se hallaba parado con Daniel.

Los quejidos inhumanos volvieron a sonar. Más fuerte -si era posible- que antes, y McAuliff se tapó las orejas con las manos; las vibraciones que sentía en la cabeza y todo el cuerpo le producían dolor, verdadero dolor.

Daniel le tocó el hombro; Alex se dio vuelta como si lo hubieran golpeado con violencia. Por un instante pensó que así había sido, tan graves eran las terribles sensaciones que le producía el sonido ensordecedor del horrible lamento.

-Vamos -dijo Daniel con suavidad-. El hollydawn puede lastimarlo.

McAuliff lo oyó con precisión; eso lo tenía claro. Daniel había pronunciado la palabra no ya "Halidon" sino "hollydawn". Como si ese sonido retumbante y ensordecedor lo hubiera llevado a usar una lengua más primitiva.

Daniel caminó con prisa delante de Alex hacia lo que McAuliff creyó que era una pared de malezas. Entonces el halidonita comenzó de pronto a descender una suerte de trinchera cavada en la selva. Alex corrió para mantenerse a la par, y casi se cayó por el estrecho y largo corredor de escalones tallados en la piedra.

La extraña escalera se ensanchó y se abrió más cuanto más hacia abajo iban, hasta que McAuliff pudo ver que habían descendido hacia un anfiteatro primitivo, cuyas paredes se elevaban diez o trece metros desde la superficie del suelo.

Lo que era una escalera se convirtió en un pasillo, cuyas piedras curvadas a ambos costados formaban hileras de asientos que descendían.

Y de pronto el sonido ensordecedor e insoportable de arriba se interrumpió. No estaba más. Todo había quedado en silencio.

El anfiteatro, tallado en algún tipo de cantera, bloqueaba todo otro sonido.

Librodot

McAuliff se detuvo y miró hacia abajo, a la única fuente de luz: una llama baja que iluminaba la pared de roca y la parte posterior del centro del anfiteatro. En esa pared estaba embutida una tabla de opaco metal amarillo. Y en dicha tabla de metal había un cadáver marchito. Frente al cadáver había un enrejado de delgadas tablillas hechas de la misma sustancia amarilla.

McAuliff tuvo que acercarse más para ver que esa sustancia era oro.

Y el cadáver marchito, antiguo, era el del descendiente místico de los capitanejos coromantís.

Acquaba.

Los restos preservados del progenitor... que habían superado los siglos. La verdadera cruz de la tribu de Acquaba. Para que lo vieran los creyentes. Y lo sintieran.

-Por aquí. -Las palabras de Daniel eran un susurro, pero Alex las oyó con claridad. -Se sentará conmigo. Por favor, apresúrese.

McAuliff bajó lo que quedaba de escalera hasta el piso de la cantera y se dirigió hacia donde estaba el halidonita, a la derecha del primitivo escenario. De la pared salían dos bloques de piedra; Daniel señaló uno: el asiento más cercano al cadáver de Acquaba, a menos de dos metros y medio de distancia.

McAuliff se sentó sobre la dura piedra, con los ojos fijos en el catafalco abierto de sólido oro entretejido. El cuerpo como de cuero estaba vestido con ropas de color negro rojizo: los pies y las manos estaban desnudos... y eran enormes, lo mismo que la cabeza. Si uno consideraba la contracción producida por dos siglos, el hombre debía de haber sido muy grande, más cerca de los dos metros que del metro ochenta.

La única antorcha que había junto al ataúd de oro arrojaba sombras contra las paredes; las delgadas tablillas que atravesaban el frente del ataúd tallado captaban la luz en docenas de diminutos reflejos. Cuanto más miraba uno, pensó Alex, más fácil resultaba convencerse de que aquélla era la celda de un dios yacente. Un dios que había andado por la Tierra y trabajado en ella: doscientos años no podían borrar los signos de los enormes pies y manos. Pero ese dios, ese hombre, no luchaba como otros hombres...

Oyó unos sonidos de pasos sofocados y miró hacia el pequeño anfiteatro. Desde la entrada, oculta en la oscuridad y descendiendo por la escalera, se acercaba una procesión de hombres y mujeres que se iba separando a través de los pasillos laterales de piedra y tomando asiento.

En silencio.

Los que llevaban antorchas se mantenían equidistantes entre sí mientras se ubicaban en diferentes niveles contra las paredes opuestas.

Todos los ojos contemplaban el cuerpo ubicado detrás del enrejado de oro. Su concentración era absoluta; era como si se sostuvieran en él.

En silencio.

De pronto, sin advertencia alguna, el sonido del hollydawn quebró la quietud con el impacto de una explosión. El lamento quejumbroso y semejante a un trueno, parecía irrumpir desde las entrañas de la tierra pedregosa y estallaba hacia arriba contra la piedra, surgiendo del enorme hoyo que era la tumba de Acquaba.

McAuliff sintió que el aire se le iba de los pulmones, que la sangre le llenaba la cabeza. Hundió el rostro entre las rodillas, con las manos sobre los oídos, todo el cuerpo temblando.

El grito alcanzó un crescendo, un terrible soplo de aire que aumentó hasta el nivel del frenesí. "¡Ningún oído humano puede soportarlo!", pensó Alex mientras temblaba... como nunca antes había temblado en su vida.

Y entonces se terminó y volvió el silencio.

Librodot

McAuliff se enderezó con lentitud, bajó las manos, aferró una piedra en un esfuerzo por controlar los violentos espasmos que sentía en todo el cuerpo. Sus ojos veían borroso por la sangre que se había acumulado en sus sienes; se le aclararon de a poco, y miró las hileras de halidonitas, los miembros selectos de la tribu de Acquaba.

Todavía cada uno de ellos estaba con la mirada fija, los ojos clavados en el antiguo y marchito cuerpo que yacía detrás de las tablillas de oro.

Alex supo que habían permanecido así a lo largo de la locura sonora que casi lo había enloquecido.

Se volvió hacia Daniel. El Ministro del Consejo también lucía transfigurado, con los ojos negros muy abiertos, la mandíbula apretada, el rostro inmóvil. Pero era diferente de todos los demás; corrían lágrimas por las mejillas de Daniel.

-Están locos... todos ustedes -dijo Alex en voz baja-. Están dementes...

Daniel no respondió. Daniel no podía oírlo. Se hallaba en estado hipnótico.

Todos lo estaban. Todos los presentes en esa cavidad tallada debajo de la tierra. Casi cien hombres y mujeres sostenidos por alguna fuerza que iba más allá de su comprensión.

Autosugestión. Trance autoinducido. Hipnosis grupal. Fuera cual fuere el catalizador, cada individuo en ese anfiteatro primitivo estaba hipnotizado más allá de toda posibilidad de comunicación. En otro plano... en un tiempo y un espacio desconocidos.

Alexander se sintió un intruso; observaba un ritual demasiado privado para sus ojos.

No había pedido estar allí. Lo habían forzado a ir -lo habían arrancado de su lugar- y lo habían obligado a ser testigo.

Sin embargo, lo que testimoniaba lo llenó de dolor. Y no podía entender. De manera que miró el cuerpo que una vez fuera el gigante Acquaba.

Miró la carne arrugada del rostro que en otro tiempo había sido negro. Los ojos cerrados, tan pacíficos en la muerte. Y las enormes manos cruzadas con tanta fuerza sobre la ropa negro rojizo.

Entonces volvió a mirar el rostro... los ojos... los ojos...

"¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Cristo!"

Las sombras hacían trampas... terribles, horribles trampas. El cuerpo de Acquaba se movía.

Los ojos se abrieron; los dedos de las manos enormes se abrieron, las muñecas se movieron, los brazos se elevaron... centímetros por encima de la antigua tela.

Suplicando.

Y luego no hubo nada más.

Sólo un cadáver arrugado detrás de un enrejado de oro.

McAuliff se apretó contra la pared de piedra, tratando con desesperación de recuperar la cordura. Cerró los ojos y respiró, aferrándose a la piedra que había debajo de él. ¡No podía haber ocurrido! Era algún tipo de alucinación masiva inducida por algún mecanismo teatral acompañado por una expectativa grupal y ese maldito sonido que no era de esta Tierra y rompía los oídos. Sin embargo lo había visto. Y era horriblemente eficaz. No supo cuánto había durado -un minuto, una hora, una década de terror- hasta que oyó las palabras de Daniel.

-Usted lo vio. -Una afirmación hecha con suavidad. -No tenga miedo. Nunca volveremos a hablar de ello. No le hará daño. Sólo bien.

-Yo... yo... -Alexander no podía hablar. La transpiración le corría por el rostro. Y el piso del Consejo tallado en la montaña estaba frío.

Librodot

Daniel se puso de pie y caminó hacia el centro de la plataforma de piedra. En lugar de dirigirse a la tribu de Acquaba, se volvió hacia McAuliff. Sus palabras eran un susurro pero, como antes, eran claras y precisas, haciendo eco contra las paredes.

-Las lecciones de Acquaba tocan a todos los hombres, como las lecciones de todos los profetas tocan a todos los hombres. Pero pocos escuchan. Sin embargo, el trabajo debe seguir. Para aquellos que pueden hacerlo. Es muy sencillo. Acquaba recibió el don de grandes riquezas... más allá de la imaginación de aquellos que nunca escucharán, que sólo robarán y corromperán... De manera que vamos al mundo sin el conocimiento del mundo. Y hacemos lo que podemos... Debe ser siempre así, pues si el mundo supiera, el mundo se impondría y el Halidon, la tribu de Acquaba y las lecciones de Acquaba se destruirían... No somos tontos, doctor McAuliff. Sabemos con quién hablamos, con quién compartimos nuestros secretos. Y nuestro amor. Pero no se equivoque con nosotros. Podemos matar; mataremos para proteger las bóvedas de Acquaba. En eso somos peligrosos. En eso somos absolutos. Nos destruiremos a nosotros mismos y destruiremos las bóvedas, si el mundo de afuera interfiere con nosotros.

"Yo, como Ministro del Consejo, le pido que se ponga de pie, doctor McAuliff, y se aparte de la tribu de Acquaba, de este Consejo del Halidon, y se ponga frente a la pared. Lo que oirá, mirando sólo la piedra, son voces, que le revelarán ubicaciones y cifras. Como le mencioné, no somos tontos. Entendemos los aspectos específicos del mercado. Pero no verá rostros, nunca sabrá las identidades de quienes hablen. Sólo sabrá que le hablan del destino de la riqueza de Acquaba.

"Gastamos grandes sumas en todo el mundo, concentrándonos lo máximo que podemos en las zonas de sufrimiento humano generalizado. Bolsones de hambre, de desposeimiento... de futilidad. Miles de personas de las que no se habla son ayudadas a diario por el Halidon. A diario. De manera práctica.

"Por favor, póngase de pie y mire la pared, doctor McAuliff.

Alexander se levantó del bloque de piedra y se dio vuelta; por un breve instante, sus ojos cayeron sobre el cadáver de Acquaba. Apartó los ojos y miró la elevada pared de piedra.

Daniel prosiguió.

-Nuestras contribuciones se hacen sin pensar en ventajas políticas o en influencia. Las hacemos porque hemos guardado grandes riquezas y nos comprometimos a contribuir. Las lecciones de Acquaba.

"Pero el mundo no está listo para aceptar nuestras costumbres, las costumbres de Acquaba. Su mendacidad global nos destruiría, nos haría destruirnos a nosotros mismos tal vez. Y eso no podemos permitirlo.

"De manera que entienda esto, doctor McAuliff. Más allá de la certidumbre de su propia muerte, en caso de que usted revelara lo que sabe de la tribu de Acquaba, hay otra certeza de mucha mayor significación que su vida: el trabajo del Halidon cesaría. Ésta es nuestra última amenaza...

Una por una las voces recitaron sus breves declaraciones.

-Eje africano. Ghana. Cuatrocientos noventa mil kilos de granos. Medio: Smythe Brothers, Ciudad del Cabo. Banco Barclay's...

-Sierra Leona. Tres toneladas de provisiones médicas. Medio: Productos Farmacéuticos Baldazi, Argelia. Banco de Constantine...

-Eje de Indochina. Vietnam, Mekong, provincias Quan Tho. Radiología y personal de laboratorio y provisiones médicas. Medio: Cruz Roja suiza. Banco de América...

-Eje del hemisferio sudoeste: Brasil. Río de Janeiro. Suero tifoideo. Medio: Cirugía Salizar. Banco Terceiro, Río...

-Eje del hemisferio noroeste: Virginia Occidental. Apalaches. Veinticuatro toneladas de alimentos. Medio: Atlantic Warehousing. Chase Manhattan, Nueva York...

Librodot

-Eje indio: Dacca. Campos de refugiados. Suero de vacunas, productos médicos. Medio: Organización Internacional de los Des-poseídos. Banco Mundial, Burma...

Las voces de hombres y mujeres prosiguieron, con frases cortantes pero en cierta forma gentiles. Llevó cerca de una hora y McAuliff comenzó a reconocer las voces de varios que hablaban dos veces. Pero siempre con diferente información. Nada se repetía.

Por fin se hizo silencio.

Un largo lapso de silencio, y entonces Alexander sintió una mano sobre su hombro. Se dio vuelta y los ojos de Daniel se posaron en él. -¿Entiende?

-Sí, entiendo -dijo McAuliff.

Caminaron a través del campo hacia el lago. Los sonidos de la selva se mezclaban con el zumbido de las montañas y el ruido de la cascada, a alrededor de un kilómetro y medio hacia el norte.

Se quedaron de pie en el terraplén y Alex se inclinó hacia abajo, tomó una pequeña piedra y la arrojó en el lago negro y resplandeciente que reflejaba la luz de la luna. Miró a Daniel.

-En un sentido, usted es tan peligroso como el resto. Un hombre... con tanta... capacidad de funcionamiento. Ningún control, ningún peso que lo equilibre. Sería tan simple que el bien se convirtiera en mal, el mal en bien. Malcolm dijo que su... período de gobierno no está determinado por el calendario.

-No lo está. Me han elegido de por vida. Sólo yo puedo dar por terminado mi período de gobierno.

-tY elegir su sucesor?

-Poseo influencia. El Consejo, por cierto, tiene la última palabra. -Entonces creo que usted es más peligroso.

-No lo niego.

30

El viaje a Montego fue mucho más fácil que la tortuosa marcha desde el Martha Brae. Para empezar, la mayor parte se realizó en diversos vehículos. Malcolm, que había reemplazado su atuendo por ropa de Savile Row, condujo a Alexander alrededor del lago hacia el sudeste, donde los recibió un corredor que los llevó a la base de un acantilado montañoso, oculto por la selva. Un montacargas de acero, cuyas gruesas cadenas escondían las piedras de la montaña, los llevó por el enorme precipicio hacia un segundo corredor, que los depositó en una pequeña vagoneta, transportada por cable por sobre un sendero ubicado debajo de la línea de los árboles más altos de la selva.

Al final del viaje en cablecarril, un tercer corredor los llevó a través de una serie de profundas cavernas, identificadas por Malcolm como la gruta de Pie Rápido. Le dijo a Alex que la gruta de Pie Rápido se llamaba así por los bucaneros del siglo XVII, que corrieron desde la bahía Bluefield hasta el interior de la tierra a enterrar tesoros en el fondo de profundos estanques dentro de las cuevas. La otra explicación -que muchos creían la más adecuada- decía que, si un viajero no cuidaba dónde ponía los pies, con facilidad podía resbalar y caer en una grieta. Lastimarse era seguro; morir, en absoluto imposible.

McAuliff se mantenía cerca del corredor, iluminando con su linterna la oscuridad rocosa.

Librodot

Cuando salieron de las cuevas, avanzaron a través de una corta extensión de selva hacia el primer camino definible que habían visto. El corredor encendió una radio portátil; diez minutos más tarde un Land Rover salió de las negras cavernas del oeste y el corredor se despidió de ellos.

El destartalado vehículo avanzaba en zigzag sobre caminos secundarios; el chofer mantenía el motor lo más silencioso posible, apagado cuando bajaban colinas y apagando también las luces cuando se acercaban a zonas pobladas. La travesía duró media ahora.

Atravesaron la aldea marrón Accompong y anduvieron hacia el sur varios kilómetros, hasta una extensión chata de campo.

En la oscuridad, sobre el borde del campo, sacaron un pequeño aeroplano de abajo de un camuflaje de helechos y acacias. Era un Comanche biplaza; subieron y Malcolm tomó los controles.

-Éste es el único tramo difícil del viaje -dijo mientras carreteaban para despegar-. Debemos volar cerca del terreno para evitar los radares interiores. Por desgracia, hacen lo mismo los aeroplanos que transportan drogas, los contrabandistas. Pero nos preocupan menos las autoridades que los choques.

Sin incidentes, pero no sin ver varios aviones de contrabando de drogas, aterrizaron sobre las tierras de una granja, al sudoeste de Unity Hall. Desde allí había un trayecto de quince minutos hacia Bahía Montego.

-Despertaría sospechas que nos quedáramos en la zona exclusivamente negra de la ciudad. Usted, por su piel, y yo por mi forma de hablar y mi ropa. Y mañana tenemos que movernos en las zonas blancas.

Fueron hasta el hotel Corwall Beach y se registraron con diez minutos de diferencia. Se habían hecho reservas de habitaciones contiguas pero que no se comunicaban entre sí.

Eran las dos de la mañana y McAuliff cayó agotado en la cama.

No había dormido en casi cuarenta y ocho horas. Sin embargo, durante un largo rato, no concilió el sueño.

Pensaba en tantas cosas... El inteligente, solitario y torpe James Ferguson y su súbita partida hacia la Fundación Craft. Defección, en realidad. Sin explicación. Alex deseó que Craft fuera una solución para el muchacho, pues nunca más le tendrían confianza.

Y en los encantadores y dulces Jensen... metidos hasta la nariz en las manipulaciones de Dunstone. ,

En el "líder carismático" Charles Whitehall, que esperaba entrar con el "caballo negro de Pompeyo" en el parque Victoria. Whitehall no era un socio para el Halidon. La tribu de Acquaba no lo toleraría. Las lecciones de Acquaba tampoco incluían la violencia de Lawrence, el gigante niño-hombre... sucesor de Barak Moore. La "revolución" de Lawrence no se produciría. No en la forma en que la concebía.

Alex pensó en Sam Tucker. Tuck, la fuerza de la estabilidad. ¿En- contraría Sam en Jamaica lo que buscaba? Porque sin duda buscaba algo.

Pero, sobre todo, McAuliff pensó en Alison. En su adorable risa a medias y sus ojos azul claro y la calma aceptación que era su forma de entender. Cuánto la amaba.

Se preguntó, mientras su conciencia se iba perdiendo en el vacío gris del sueño, si tendrían una vida juntos.

Después de la locura.

Si él seguía vivo.

Si los dos seguían vivos.

Había dejado dicho que lo despertaran a las siete menos cuarto. Las doce menos cuarto hora de Londres. Mediodía. Para el Halidon.

Librodot

El café llegó en siete minutos. Faltaban ocho minutos para las doce. El teléfono sonó tres minutos más tarde. Faltaban cinco minutos para el mediodía, hora de Londres. Era Malcolm, y no estaba en su habitación del hotel, sino en la Oficina de la Associated Press, en la oficina de bahía Montego de la calle St. James. Quería asegurarse de que Alex estuviera despierto y con la radio encendida. Tal vez con el televisor también.

McAuliff tenía ambos receptores encendidos.

Malcolm, el halidonita, lo llamaría más tarde.

A las siete menos tres minutos -doce, hora de Londres- se oyó un golpe rápido contra la puerta de su habitación. Alexander se sobresaltó. Malcolm no le había mencionado visitantes; nadie sabía que él estaba en Bahía Montego. Se acercó a la puerta.

-¿Sí?

Las palabras, desde el otro lado de la madera, fueron dichas con tono dubitativo, con voz profunda y familiar.

-¿Es usted... McAuliff?

Y al instante Alexander comprendió. La simetría, el ajuste horario, era extraordinario; sólo mentes extraordinarias podían concebir y realizar semejante golpe simbólico.

Abrió la puerta.

R. C. Hammond, de Inteligencia Británica, se hallaba de pie en el corredor, con el cuerpo rígido, en el rostro una expresión de conmoción reprimida.

-Dios bendito. Es usted... No les creí. Sus señales desde el río... No había nada irregular, ¡nada de nada!

-Eso -dijo Alex- es casi el juicio más desastroso que he oído. -Me arrastraron de mi habitación en Kingston... antes del amanecer. Me llevaron a las colinas...

-Y lo subieron a un avión rumbo a Montego -completó McAuliff, mirando el reloj-. Entre, Hammond. Tenemos un minuto y quince segundos todavía.

-¿Para qué?

-Los dos lo averiguaremos.

La cantarina voz caribeña de, tono agudo proclamó por la radio, por sobre el sonido de la música, que eran las siete en el "paraíso soleado de Bahía Montego". La imagen del televisor era una instantánea progresivamente más nítida de una larga extensión de playa blanca... una fotografía. El locutor, con un acento muy británico, destacaba las virtudes de "la vida en nuestra isla" y daba la bienvenida a "todos los visitantes de climas fríos", señalando de inmediato que había nevisca en Nueva York.

Doce del mediodía, hora de Londres.

Nada fuera de lo común.

Nada.

Hammond, de pie junto a la ventana, miraba hacia el agua azul verdosa de la bahía. Guardaba silencio; su rabia era la furia de un hombre que había perdido el control porque no conocía los movimientos que hacían sus oponentes.

El manipulador manipulado.

McAuliff estaba sentado en la cama, con los ojos en el televisor que ahora mostraba un documental armado con mentiras sobre la "hermosa ciudad de Kingston". A la vez, la radio ubicada sobre la mesa de noche emitía una combinación de música cacofónica y comerciales frenéticos que vendían desde bronceador hasta automóviles. De tanto en tanto se oía una almibarada y femenina voz del Ministerio de Salud que aconsejaba a las mujeres de la isla que "no deben quedar embarazadas", a lo cual seguía la repetición del pronóstico del tiempo... que nunca decía "parcialmente nublado" sino "parcialmente soleado".

Nada fuera de lo común.

Librodot

Nada.

Eran las doce y once minutos, hora de Londres.

Aún no ocurría nada.

Y entonces ocurrió.

-Interrumpimos esta emisión...

Y, como una ola insignificante nacida de las profundidades de océano -inadvertida al principio pero que de a poco se hinchaba de pronto estallaba y aumentaba su furia controlada-, el modelo del terror quedó claro.

El primer anuncio fue sólo el preludio, una sola flauta que delineaba las notas significativas de un tema que pronto se desarrollaría. Explosión y muerte en Port Antonio.

El ala este de la propiedad de Arthur Craft había sido volada por explosivos, y la conflagración resultante había destruido la mayor parte de la casa. Se temía que entre los muertos estuviera el patriarca de la fundación.

Había rumores de disparos de rifle que precedieron a la serie de explosiones. Port Antonio se encontraba en estado de pánico. Disparos de rifle. Explosivos.

Raro, sí. Pero no imposible en esa isla de violencia dispersa. De ira contenida.

La siguiente "interrupción" llegó en menos de diez minutos. Era -como correspondía, pensó McAuliff- un boletín de Londres. Esta intrusión llegó acompañada por una línea de palabras que se movían a través de la pantalla del televisor: "Muertes en Londres. Informe completo en el noticiario". La radio dejó que un largo comercial musical atronara los oídos de los radioescuchas antes de que volviera la voz, ahora con autorizada inquietud.

Los detalles todavía eran esquemáticos, pero no las conclusiones. Cuatro figuras de alto rango del gobierno y la industria habían sido asesinadas. Un director de Lloyds, un funcionario contable de Ingresos Internos y dos miembros de la Cámara de los Comunes, ambos presidentes de importantes comités de comercio.

Los métodos: dos ya conocidos; dos nuevos, con rasgos dramáticos.

Un rifle de alto poder disparado desde una ventana contra una entrada con marquesina de Belgravia. Un auto dinamitado, volado en la zona de estacionamiento de Westminster. Después lo nuevo: veneno -temporariamente identificado como estricnina- administrado en un martini, que produjo la muerte en dos minutos, una muerte horrible, desesperada y violenta... La hoja de un cuchillo clavada en la carne en una esquina llena de gente del Strand.

No se había apresado a ningún asesino.

R. C. Hammond, de pie junto a la ventana del hotel, escuchaba la voz excitada del locutor jamaiquino. Cuando habló, su conmoción era evidente.

-Dios mío... Cada uno de esos hombres en algún momento estuvo bajo la mira...

-¿La qué?

-Sospechosos de graves delitos. Malversación, extorsión, fraude... Nunca se probó nada.

-Ahora se probó algo.

París fue la siguiente ciudad. Reuters envió los primeros despachos, tomados todos por el servicio de cable en unos minutos. De nuevo el número era... cuatro. Cuatro franceses; en rigor, tres franceses y una francesa. Pero igual cuatro.

De nuevo, eran figuras prominentes de la industria y el gobierno.

Y la forma de muerte era idéntica: rifle, explosivos, estricnina y cuchillo.

La francesa era dueña de una casa de modas de París, una implacable sádica a quien desde hacía mucho se la considerada asociada con los corsos. Le dispararon a distancia

Librodot

mientras salía de un zaguán en St. Germain des Prés. De los tres hombres, uno era miembro de la importantísima comisión Financiera del Elíseo; su Citroén explotó cuando encendió el motor en la rue du Bac. Los otros dos franceses eran poderosos ejecutivos de compañías de navegación, con base en Marsella y bandera paraguaya... propiedad del marqués de Chatellerault. El primero cayó sobre una mesa de un café de Montmartre y murió de inmediato: estricnina en su café de mediodía. Al segundo le abrieron el pecho con un cuchillo de carnicero en una vereda llena de gente, frente al hotel Georges Cinque.

Minutos después de París llegó Berlín. En el Kurfürstendamm, el Unter Schriftführer de la Agencia de Ultramar del Bundestag fue baleado desde el techo de un edificio cercano, mientras se dirigía a un compromiso para almorzar. Un Direhtor de Mercedes Benz se había detenido ante una luz de tránsito en la Autobahn, donde le arrojaron, dentro del asiento delantero, dos granadas que destruyeron al conductor y el automóvil en segundos. Un conocido traficante de drogas bebió veneno puesto en su vaso de cerveza, en el bar del Grand Hotel, y un funcionario electo del Einhünf te Finanzamt fue apuñalado con pericia en el corazón -muerte instantánea- en el hall de entrada lleno de gente de un edificio gubernamental.

Luego siguió Roma. Un estratega financiero del Vaticano, un despreciado cardenal consagrado a la constante extorsión por parte de los militantes de la iglesia de los pobres sin información, fue liquidado por un asesino que disparó un rifle desde atrás de una estatua de Bernini en la plaza San Pedro. Un funcionario de Mondadori de Milán entró en un cul-de-sac al costado de Via Condotti, donde su vehículo explotó. Una dosis letal de estricnina se le administró con el capuchino a un direttore de aduanas en el aeropuerto de Fiumicino, Roma. Un cuchillo hundido en las costillas mató a un poderoso corredor de la Bolsa Valorí mientras descendía la Escalera Española hacia Via Due Macelli.

Londres, París, Berlín, Roma.

Y siempre la cifra era cuatro... Y los métodos, idénticos: rifle, explosivos, estricnina, cuchillo. Cuatro diferentes e ingeniosos modus operandi. Cada uno inteligentemente pensado para figurar en primera plana y producir conmoción. Todas muertes realizadas por expertos profesionales: ningún asesino había sido sorprendido en la escena del crimen.

Las emisoras de radio y televisión ya no intentaban seguir su programación regular. A medida que aparecían los nombres, también lo hacían sus biografías. Y surgió así otro modelo, que daba crédito al resumen de Hammond acerca de los cuatro ingleses asesinados: las víctimas no eran hombres comunes que tenían peso en la industria y el gobierno. Había una mancha común que los atravesaba a todos y despertaba sospechas sobre el resto. Eran individuos que no habían sido inmunes al escrutinio oficial. A medida que los primeros indicios comenzaron a aparecer en la superficie, periodistas curiosos cavaron rápida y furiosamente, revelando montones de rumores y, más que rumores, hechos: acusaciones (retiradas, revocadas... no sustanciadas), litigios (arreglados fuera de los tribunales y dejados de lado por falta de pruebas).

Era un elegante corte transversal de los sospechosos. Manchado, sucio, con un aura de corrupción.

Todo esto antes de que las manecillas del reloj de McAuliff llegaran a las nueve de la mañana. Dos horas después de las doce, hora de Londres. Dos de la tarde en Mayfair.

Hora de emprender el viaje al trabajo en Washington y Nueva York.

No se disfrazó de ninguna manera la aprensión que se sentía cuando el sol avanzó hacia el este sobre el Atlántico. La especulación era generalizada y casi llegaba a la histeria: se sugería una conspiración de proporciones internacionales, una camarilla de fanáticos fariseos que con extrema violencia ponían en práctica sus venganzas en todo el mundo civilizado.

¿Tocaría las costas de los Estados Unidos?

Pero por cierto ya lo había hecho.

Librodot

Dos horas antes.

El torpe gigante recién empezaba a desperezarse, a reconocer las señales de la plaga que se extendía.

Las primeras noticias llegaron a Jamaica desde Miami. Radio Montego recogió las emisiones que se superponían, eligiendo, apresurándose... emitiendo al fin por cinta las palabras de los diversos locutores a medida que se apresuraban a verbalizar los acontecimientos que surgían de las teletipos.

Washington. Temprano por la mañana. El subsecretario de presupuesto -una designación política que surgía de contribuciones a la campaña abiertamente cuestionadas- fue baleado mientras hacía jogging en un camino vecinal cerca de su residencia en Arlington; el arma era un rifle de alta potencia, sin duda con mira telescópica, disparado desde una colina que daba al camino. El cuerpo fue descubierto por un camionero a las 8.20; la hora de la muerte se estimaba dentro de las dos horas anteriores.

Mediodía, hora de Londres.

Nueva York. Aproximadamente a las siete de la mañana, cuando un tal Gianni'Dellacroce -una famosa figura de la mafia- subió a su Lincoln Continental ubicado en el garaje de su casa de Scarsdale, se produjo una explosión que sacudió a todo el edificio desde los cimientos y mató al instante a Dellacroce, además de producir un considerable daño en la casa. Se rumoreaba que Dellacroce era...

Mediodía, hora de Londres.

Phoenix, Arizona. Alrededor de las 5.15 de la mañana, un tal Harrison Renfield, financista internacional y magnate inmobiliario, con grandes propiedades en el Caribe, se desplomó en sus habitaciones privadas del club Thunderbird tras una fiesta con colegas. Había pedido el desayuno temprano; se sospechaba que lo habían envenenado, pues un mozo del Thunderbird fue hallado inconsciente en el hall frente a la suite de Renfield. Se ordenó una autopsia... Cinco de la mañana, hora de las Montañas.

Doce del mediodía, Londres.

Los Ángeles, California. Exactamente a las 4 de la mañana un joven senador de Nevada -poco tiempo antes implicado (pero no acusado) en un fraude impositivo en Las Vegas- bajó de una lancha en un muelle de Marina del Ray. La lancha estaba llena de invitados que volvían del yate de un productor de cine. En alguna parte, entre la lancha y la base del muelle, al joven senador de Nevada le abrieron el estómago con una hoja tan larga y un corte tan profundo, que el cartílago de su espina dorsal salió a través de sus heridas. Cayó entre los alegres invitados y fue arrastrado por la ruidosa multitud hasta que la erupción de líquido caliente que cubrió a tantos fue reconocido como la sangre que era. El resultado fue un estado de pánico general, un terror alcohólico pero profundo. Cuatro de la mañana. Hora del Pacífico.

Doce del mediodía, Londres.

McAuliff miró al silencioso, estupefacto Hammond.

-La última muerte informada fue a las cuatro de la mañana... doce del mediodía en Londres. En cada país murieron cuatro personas, con cuatro idénticos métodos de asesinato... La unidad de cuatro de los arawak, la odisea de la muerte... así es como la llaman.

-¿De qué habla?

-Negocie con elHalidon, Hammond. No tiene otra opción; ésta es su prueba... dijeron que era sólo la punta.

-¿La punta?

-La punta del iceberg de Dunstone.

-¡Exigencias imposibles! -rugió R. C. Hammond. Los capilares de su rostro, hinchados, formaban manchas rojas de ira sobre su piel.

Librodot

-¡No nos van a ordenar qué hacer esos malditos negros!

-Entonces no conseguirá la lista.

-Se la sacaremos a la fuerza. ¡No es momento de tratados con salvajes!

Alexander pensó en Daniel, en Malcolm, en la increíble comunidad junto al lago, en la tumba de Acquaba... las bóvedas de Acquaba. Cosas de las que no podía, no quería hablar. No tenía que hacerlo, creía.

-¿Piensa que lo que ocurrió es obra de salvajes? No las muertes; eso no lo voy a defender. Pero los métodos, las víctimas... No se engañe.

-Me importan un bledo sus opiniones... -Hammond fue hasta el teléfono situado junto a la cama. Alex permaneció sentado en una silla junto al televisor. Era la sexta vez que Hammond trataba de hacer una llamada. El inglés tenía un solo número telefónico que podía usar en Kingston: los teléfonos de la embajada estaban prohibidos para operaciones clandestinas. Cada vez que se había logrado conseguir comunicación con Kingston -no era una hazaña fácil en Montego-, el número daba ocupado.

-¡Maldición! ¡Maldición! -explotó el agente.

-Llame a la embajada antes de sufrir un infarto -aconsejó McAuliff-. Trate con ellos.

-No sea imbécil -respondió Hammond-. No saben quién soy. No usamos personal de la embajada.

-Hable con el embajador.

-En nombre de Dios, ¿para qué? ¿Qué se supone que le diga? "Perdóneme, señor embajador, pero mi nombre es fulano de tal. Ocurre que soy..." La maldita explicación, si la escuchara sin cortar, llevaría una buena hora. ¡Y entonces el maldito idiota comenzaría a enviar cables a Downing Street! -Hammond volvió a la ventana.

-¿Qué va a hacer?

-Me han aislado. Lo entiende, ¿verdad? -Hammond permaneció junto a la ventana, de espaldas a McAuliff.

-Creo que sí.

-El objetivo es mantenerme aislado, forzarme a absorber todo el impacto de... las tres últimas horas... -La voz británica calló. Hammond estaba pensando.

-Eso presupone que conocen el teléfono de Kingston -conjeturó McAuliff-, que lo averiguaron de alguna manera.

-No creo -refutó Hammond, con los ojos todavía puestos en las aguas de la bahía-. A esta altura Kingston sabe que me han llevado.

Nuestros hombres sin duda están activando todos los contactos de la isla, tratando de deducir dónde me encuentro. El teléfono estará en uso constante.

-No es un prisionero; la puerta no está cerrada. -Alex de pronto se preguntó si tenía razón. Se levantó de la silla, cruzó hasta la puerta y la abrió.

En el extremo del corredor había dos jamaiquinos junto a los ascensores. Miraron a McAuliff y, a pesar de que no los conocía, reconoció la calma penetrante y controlada de sus expresiones. Había visto ojos como ésos, expresiones así en lo alto de las montañas Flagstaff. Eran miembros del Halidon.

Alex cerró la puerta y se volvió hacia Hammond, pero antes de que pudiera decir nada, el inglés habló, con la espalda todavía vuelta hacia Alex.

-¿Eso le da la respuesta? -preguntó en voz baja.

-Hay dos hombres en el corredor -dijo McAuliff sin mayor énfasis-. ¿Lo sabía?

-No lo sabía; simplemente lo supuse. Hay reglas fundamentales.

-¿Y sigue pensando que son salvajes?

Librodot

-Todo es relativo. -Hammond se apartó de la ventana y enfrentó a Alex. -Ahora usted es su mensajero. Estoy seguro de que se lo dijeron.

-Si "mensajero" significa que yo llevo su respuesta, entonces sí.

-¿Sólo la respuesta? ¿No han pedido garantías sustanciales?

-El inglés parecía sorprendido.

-Creo que eso viene en la Fase Dos. Es un contacto por pasos, me parece. No creo que acepten la palabra del obediente súbdito de Su Majestad. Usa el término "negro" demasiado a menudo.

-Usted es un imbécil -espetó Hammond.

-Y usted es una nulidad autocrática -respondió McAuliff con idéntico desdén-. Lo tienen, señor agente. También tienen la lista Dunstone. Usted está jugando en su arenero... con sus "reglas fundamentales".

Hammond dudó, reprimiendo su irritación.

-Tal vez no. Hay un camino que no hemos explorado. Se lo llevarán a usted... Me gustaría que me llevaran también.

-No lo aceptarán.

-Puede que no les quede otra opción...

-Tenga bien claro algo -lo interrumpió Alex-. En Cock Pit hay un equipo de investigación, blanco y negro, y nadie va a poner en peligro ni una sola vida.

-Se olvida de algo -replicó Hammond en voz baja y tono distante-. Conocemos la ubicación dentro de los mil metros.

-No son contrincantes para quienes los están vigilando. No crea que lo son... Un paso mal dado, una desviación, y habrá ejecuciones en masa.

-Sí -dijo Hammond-. Creo que ya tuvo lugar una masacre de ese mismo tipo. Los ejecutores fueron aquellos cuyos métodos y elecciones usted admira tanto.

-Las circunstancias fueron diferentes. No conoce la verdad...

-Ah, deje de decir disparates, McAuliff. Haré lo máximo que pueda para proteger la vida de la gente de su equipo, pero estoy obligado a serle honesto. ¡No son para mí más importante que para el Halidon! Hay consideraciones más prioritarias. -El inglés calló un momento, para dar énfasis a sus palabras. -Y puedo asegurarle que nuestros recursos son mucho mayores que los de una secta de fanáticos... de color. Le aconsejo que no cambie el objeto de su lealtad a esta altura.

El locutor de la pantalla de televisión había estado hablando sin parar, leyendo páginas de texto que le alcanzaban otras personas del estudio. Alex no tenía total certeza -no había estado escuchando-, pero le pareció haber oído un nombre, pronunciado de manera diferente... como si estuviera asociado con información nueva o diferente. Miró el televisor, levantando la mano para que Hammond no hablara.

Había oído el nombre.

Y, así como el primer anuncio, hecho tres horas antes, había sido el preludio -un solo instrumento que marcaba un comienzo temático-, McAuliff reconoció esto como la coda. El terror había llegado a su conclusión.

El locutor miró serio a la cámara, y luego los papeles que sostenía en la mano.

-Repito el boletín. Savanna-la-Mar. Se produjo un tiroteo en el aeropuerto privado de Negril. Una banda de hombres no identificados tendieron una emboscada a una partida de europeos mientras abordaban un pequeño avión hacia Weston Favel. El industrial francés Henri Salanne, marqués de Chatellerault, fue asesinado junto con tres hombres que estaban a su servicio... No se conoce el motivo. El marqués era invitado de la familia Wakefield. El piloto, empleado de Wakefield, informó que las instrucciones finales del marqués le indicaron

Librodot

volar hacia el sur de Weston Favel a baja altitud, rumbo a los campos del interior. La policía de la parroquia está interrogando...

Alex se acercó al aparato y lo apagó. Se volvió hacia Hammond; había muy poco que decir, y se preguntó si el hombre de Inteligencia entendería.

-Ésa era una prioridad de la cual se olvidó, ¿no es así, Hammond? Alison Booth. El sucio vínculo con Chatellerault... La sacrificable señora Booth, la carnada de Interpol... Bueno, usted está aquí, señor agente, y Chatellerault está muerto. Usted está en una habitación de hotel de Bahía Montego. No en Cock Pit. No me hable de recursos, hijo de puta. Sólo tiene uno. Y soy yo.

Sonó el teléfono, McAuliff lo alcanzó primero.

-¿Sí?

-No me interrumpa; no hay tiempo -fueron las agitadas palabras de Malcolm-. Haga lo que le digo. Me han ubicado. El M16... un jamaiquino al que conocí en Londres. Nos dimos cuenta de que se desplegarían; no pensamos que llegarían a Montego tan rápido...

-Deje de correr -lo interrumpió Alex, mirando a Hammond-. El M16 va a colaborar. No tienen otra opción...

-¡Pedazo de idiota, le dije que escucharal... Hay dos hombres en el corredor. Salga y dígales que llamé. Diga la palabra "Ashanti". ¿Entendió, hombre? "Ashanti."

Alex nunca antes le había oído decir al tan británico Malcolm la palabra "hombre". Malcolm estaba aterrado.

-¡Dígales que le ordené irse! ¡Ahora! Los hoteles serán vigilados. Tendrán que moverse rápido...

-¡Maldición! -volvió a interrumpirlo Alex-. Ahora, escúcheme usted. Hammond está aquí y...

-¡McAuliff! -La voz de Malcolm era grave, cortante, exigía atención. -Inteligencia Británica, Operaciones Caribeñas, tiene un total de quince especialistas en las Antillas. Ése es el presupuesto. De esos quince, siete han sido comprados por Dunstone.

El silencio fue inmediato; la implicación, clara.

-¿Dónde está?

-En un teléfono público, afuera de McNabs, en una calle llena de gente. Haré lo posible por desaparecer.

-Tenga cuidado con las calles llenas de gente. Estuve escuchando los noticiarios.

-Preste atención, amigo. De eso se trata todo esto.

-Dijo que lo habían localizado. ¿Están allí ahora?

-Es difícil de decir. Ahora lidiamos con Dunstone. Ni siquiera nosotros conocemos a todos los que trabajan para ellos... Pero no querrán matarme. No más de lo que yo quiero que me agarren vivo... Buena suerte, McAuliff... Estamos haciendo lo correcto.

Con estas palabras, Malcolm colgó el teléfono. De inmediato Alexander recordó un campo oscuro, una noche en las afueras de Londres, cerca de las orillas del río Támesis. Y la visión de dos hombres de las Antillas muertos en un auto del gobierno.

"No más de lo que yo quiero que me agarren vivo..." Cianuro.

"Estamos haciendo lo correcto..."

Muerte.

Increíble. Y sin embargo, muy pero muy real.

McAuliff colgó el receptor con suavidad. Mientras lo hacía tuvo la sensación fugaz de que era un gesto fúnebre.

Pero no había tiempo para pensar en funerales.

Librodot

-¿Quién era? -preguntó Hammond.

-Un fanático que, en mi opinión, vale una docena de hombres como usted. Porque no miente.

-¡Estoy harto de sus sermones angélicos, McAuliff! -El inglés escupió sus palabras con indignación. -Ese fanático no paga dos millones, tampoco. Ni pone en peligro sus propios intereses por el bienestar de usted, como lo hemos hecho nosotros constantemente. Además...

-Acaba de hacerlo -lo interrumpió Alex mientras cruzaba la habitación-. Y si yo soy un blanco, también usted lo es.

McAuliff fue a la puerta, la abrió con rapidez y corrió por el pasillo hacia los ascensores. Se detuvo.

Allí no había nadie.

31

Fue una carrera bajo el sol enceguecedor, en cierta forma macabra debido a los reflejos que les lastimaban los ojos al rebotar contra el vidrio y el cromo y los metales de colores brillantes de las calles de Montego. Y la profusión de gente. Lleno de gente amontonada, blancos y negros: hombres delgados y mujeres gordas, los primeros con sus malditas cámaras, las segundas con ridículos anteojos de sol con piedras falsas. ¿Por qué advertía esas cosas? ¿Por qué lo irritaban? También había hombres gordos. Siempre con caras enojadas, reaccionando en forma silenciosa y estoica a las mujeres delgadas de aspecto vacuo que los acompañaban.

Y los ojos negros, hostiles. Rostros delgados, negros -de alguna manera siempre delgados-, sobre cuerpos negros y huesudos, angulares, derrotados, lentos.

Luego éstos se borraron, repitiendo imágenes impresas en las páginas que pasaban a toda velocidad por su mente.

Todo... todos eran de inmediato categorizados en la frenética y urgente búsqueda de un enemigo.

El enemigo sin duda estaba allí.

Había estado allí... unos minutos atrás.

McAuliff corrió de vuelta a la habitación. No había tiempo de explicarle al furioso Hammond; sólo era necesario lograr que el inglés enojado obedeciera. Alex lo logró preguntándole si tenía un revólver, luego sacando el suyo, que le había dado Malcolm la noche anterior.

La visión del arma de McAuliff hizo que el agente aceptara la situación. Sacó un pequeño y poco voluminoso Rycee automático de una cartuchera de cinturón que llevaba bajo el saco.

Alexander tomó su chaqueta de algodón -también provista por Malcolm la noche anterior- y se la colgó del brazo, para ocultar el revólver.

Juntos, los dos hombres salieron de la habitación y corrieron por el pasillo hasta la escalera, detrás de los ascensores. En el descanso de cemento encontraron al primero de los halidonitas.

Estaba muerto. Una delgada línea de sangre formaba un círculo perfecto alrededor de su cuello, debajo de la piel hinchada del rostro; la lengua colgaba y los ojos, desorbitados, carecían de expresión, muertos. Lo habían estrangulado en forma rápida y profesional.

Hammond se agachó; Alexander sintió demasiada repulsión por lo que veía, como para acercarse más. El inglés resumió la situación.

Profesional.

Librodot

-Saben que estamos en este piso. No saben en qué habitación. El otro pobre cretino casi seguro que está con ellos.

-Es imposible. No hubo tiempo. Nadie vio dónde estábamos.

Hammond miró al negro sin vida, y cuando habló, McAuliff reconoció la profunda conmoción que había en la ira que sentía el hombre de Inteligencia.

-Oh, Dios, ¡he estado ciego!

En ese instante, Alexander también entendió.

"Inteligencia Británica, Operaciones caribeñas, tiene un total de quince especialistas en las Antillas. Ése es el presupuesto. De esos quince, siete han sido comprados por Dunstone..."

Las palabras de Malcolm, el halidonita.

Y Hammond, el manipulador, acababa de darse cuenta.

Los dos hombres corrieron por las escaleras. Cuando llegaron al piso del hall de entrada, el inglés se detuvo e hizo algo extraño. Se sacó el cinturón, desabrochó la cartuchera y se la puso en el bolsillo. Luego enrolló el cinturón, se agachó, y lo puso en un rincón. Se enderezó, miró alrededor, cruzó hasta un receptáculo de colillas de cigarrillo y lo movió frente al cinturón.

-Es un artefacto para emitir señales, ¿no? -preguntó McAuliff.

-Sí. De largo alcance. Recepción por escáner externo; trabaja con arcos verticales. No sirve para nada dentro de una estructura. Demasiada interferencia... gracias al Cielo.

-Quería que lo agarraran.

-No, en realidad no. Siempre era una posibilidad. Sabía que... ¿Alguna idea, muchacho? Por el momento, el espectáculo es suyo.

-Una, y no sé hasta qué punto es buena. Un aeropuerto; es una granja, me parece que hacia el oeste, sobre la carretera. Cerca de un lugar llamado Unity Hall... Vamos. -Alex tendió la mano hacia el pestillo de la puerta del hall.

-Por ahí no -dijo Hammond-. Estarán vigilando el hall de entrada, y la calle también. Bajemos. La entrada de reparto... mantenimiento, ese tipo de cosas. Tiene que haber una en el sótano.

-Un momento. -McAuliff aferró el brazo del inglés, forzándolo físicamente a responder. -Dejemos algo en claro. Lo engañaron. Su propia gente lo vendió. De manera que no habrá ninguna detención para hacer llamadas, para hacer señales a alguien en la calle. Corremos, pero sin detenernos. Para nada. Si lo hace, se queda solo. Yo desaparezco, y no creo que usted pueda arreglárselas.

-¿Con quién cree que voy a ponerme en contacto? ¿Con el Primer Ministro?

-No lo sé. Sólo sé que no confío en usted. No confío en los mentirosos. Ni los los manipuladores. Y usted es las dos cosas, Hammond.

-Haremos lo que podamos -respondió el agente con frialdad-. Ha aprendido rápido, Alexander. Es un buen alumno.

-Lo hice contra mi voluntad. No tengo muy buena opinión del maestro.

Y la corrida bajo el sol enceguecedor había comenzado.

Corrieron por la entrada para automóviles del garaje del sótano directamente hacia un Mercedes color castaño que no estaba estacionado en esa entrada en particular por azar. Hammond y Alexander vieron la mirada de asombro del chofer blanco; luego el hombre se estiró sobre el asiento para tomar una radio a transistores.

Librodot

En los segundos siguientes, Alex fue testigo de un acto de violencia que nunca olvidaría mientras viviera. Un acto realizado con fría precisión.

R. C. Hammond metió la mano en sus dos bolsillos y sacó la Rycee automática con la mano derecha y un cilindro de acero con la izquierda. Puso el cilindro en el caño del arma, apretó una traba y caminó directo hacia la puerta del Mercedes Benz color castaño. La abrió y disparó dos tiros contra el chofer, matándolo al instante.

Los disparos fueron como escupidas. El chofer cayó contra el tablero; Hammond tomó la radio con su mano izquierda.

El sol era intenso; las multitudes se movían sin cesar. Si alguno sabía que había tenido lugar una ejecución, nadie lo demostró.

El agente británico cerró la puerta casi con despreocupación.

-Dios mío... -fue lo máximo que logró decir Alex.

-Era lo último que esperaba -dijo Hammond con rapidez-. Tomemos un taxi.

Decirlo era más fácil que hacerlo. Los taxis no andaban dando vueltas por Bahía Montego. Los choferes se amontonaban como palomas gigantes en determinadas esquinas, donde hacían cola al estilo europeo, tanto para discutir el avance del día con sus pares como para conseguir tarifas adicionales. Era una práctica enloquecedora; en ese momento, aterradora para los dos fugitivos. Ninguno de los dos sabía dónde era la parada de taxis más cercana, salvo la evidente -la entra-da del hotel-, que estaba descartada.

Rodearon la esquina del edificio y emergieron en una zona de negocios libres de impuestos. Las veredas humeaban de calor; las multitudes de desagradables y sudorosos compradores empujaban, arrastraban, tironeaban, apretaban la cara contra las vidrieras, envidiando lo no envidiable... lo que brillaba. Los autos estaban inmovilizados en la estrecha calle; el ruido de las bocinas se mezclaba con los juramentos y las amenazas, mientras los jamaiquinos trataban de superar a otros jamaiquinos por una propina extra... y su humanidad.

Alexander lo vio primero, bajo un cartel verde y blanco que decía "MIRANDA HILL" y mostraba una flecha que apuntaba hacia el sur. Era un hombre blanco y robusto, de cabello oscuro y traje de gabardina marrón, con el saco abrochado, la tela estirada sobre los hombros musculosos. Los ojos del hombre escrutaban los ríos de tránsito humano, con la cabeza echada hacia adelante como la de un enorme hurón rosado. Y aferrado en su mano izquierda, hundido en la carne, había un wallzie-talkie de transistores, idéntico al que Hammond había sacado del Mercedes.

Alex supo que sólo disponían de unos segundos antes de que el hombre los viera. Aferró el brazo de Hammond y rogó a Dios que ambos fueran más bajos.

-¡En la esquina! Bajo el cartel... Miranda Hill. El traje marrón.

-Sí. Lo veo -Se hallaban bajo el toldo de un local de vinos libre de impuestos. Hammond se metió por la entrada, pidiendo disculpas al enjambre de turistas, con sus camisas de Barbados y sus sombreros de palmeras de las Islas Vírgenes que demostraban que salían de un crucero. McAuliff lo siguió involuntariamente; el inglés le había aferrado el brazo en una llave que hizo dar vuelta en semicírculo al estadounidense y lo obligó a meterse por la puerta llena de gente.

Ambos se ubicaron dentro de la tienda, en el extremo más lejano de la vidriera. La línea de visión era directa; el hombre bajo el cartel verde y blanco podía verse con claridad; sus ojos todavía buscaban entre la multitud.

-Es la misma radio -dijo Alex.

-Si tenemos suerte, la usará. Estoy seguro de que establecieron turnos... Lo conozco. Es Unio Corso.

-Es alguien de la mafia, ¿no?

Librodot

-Más o menos. Y mucho más eficiente. Es un tirador corso. Muy caro. Warfield puede pagarle. -Hammond decía sus frases con voz calma y monótona; estaba considerando estrategias. -Puede ser nuestro escape.

-Tendrá que ser más claro -dijo Alex.

-Sí, por cierto. -El inglés era imperiosamente bien educado. Y enloquecedor. -A esta altura han rodeado la zona, creo. Han cubierto todas las calles. En unos minutos sabrán que nos hemos ido del hotel. La señal no los engañará mucho rato más. -Hammond levantó la radio de la manera más discreta posible hacia el costado de su cabeza y soltó el interruptor circular. Hubo un breve estallido de estática; el agente redujo el volumen. Varios turistas cercanos miraron con curiosidad; Alexander les dirigió una sonrisa tonta. Afuera, en la esquina, bajo el cartel, el corso de pronto se llevó la radio al oído. Hammond miró a McAuliff. -Acaban de llegar a su habitación.

-¿Cómo lo sabe?

-Informan que todavía queda un cigarrillo encendido en un cenicero. Pésima costumbre. La radio encendida... Debería haberlo pensado. -El inglés frunció los labios; sus ojos indicaban reconocimiento. -Un vehículo está dando vueltas afuera. El... EIO afirma que la señal todavía está adentro.

-¿EIO?

Hammond respondió con dificultad.

-El Especialista en Indias Occidentales. Es uno de mis hombres. -Tiempo pasado -lo corrigió Alex.

-No pueden conectarse con el Mercedes -dijo Hammond con rapidez-. Eso es. -Con rapidez cerró la radio, la guardó en el bolsillo y miró hacia fuera. Se podía ver al corso escuchando con atención por el walkie-talkie. Hammond habló de nuevo. -Tendremos que ser muy rápidos. Escuche y actúe... Cuando nuestro italiano termine su informe, pondrá la radio a un costado. En ese instante nos lanzamos sobre él. Agarre esa radio. Quédese con ella pase lo que pase.

-¿Así de simple? -preguntó McAuliff con tono aprensivo-. Supóngase que saque un revólver.

-Estaré a su lado. No tendrá tiempo.

Y el corso no lo tuvo.

Tal como Hammond lo predijo, el hombre parado bajo el cartel habló por la radio. El agente y Alex estaban bajo el largo toldo de la calle, ocultos por la multitud. En el minuto en que el brazo del corso comenzó a bajar por el costado de su cabeza, Hammond le clavó el codo en las costillas a McAuliff. Los dos hombres se lanzaron a través del río de gente hacia el asesino profesional.

Alexander lo alcanzó primero; el hombre reaccionó. Su mano derecha fue hacia su cinturón, la izquierda automáticamente levantó la radio. McAuliff aferró la muñeca del córso y tiró su hombro contra el pecho del hombre, aplastándolo contra el poste que sostenía el cartel.

Entonces la cara del corso se contorsionó con violencia; un sonido horrible, como un ladrido, surgió de su boca retorcida. Y McAuliff sintió un estallido de sangre caliente que explotaba debajo.

Bajó la vista. La mano de Hammond sostenía una larga navaja. El agente había abierto el vientre del corso desde la pelvis hasta la caja torácica, cortándole el cinturón y la tela del traje marrón de gabardina.

-¡Agarre la radio! -le ordenó el agente-. Corra hacia el sur por el lado este de la calle. Lo encontraré en la próxima esquina. ¡Rápido!

Librodot

La conmoción de Alex era tan profunda que obedeció sin pensarlo. Aferró la radio de la mano del hombre muerto y se lanzó entre la gente que cruzaba la esquina. Sólo cuando se hallaba a mitad de camino se dio cuenta de qué estaba haciendo Hammond: sostenía de pie al corso muerto contra el poste. ¡Le estaba dando tiempo de que escapara!

De pronto oyó los primeros gritos detrás de él. Entonces se produjo un crescendo cada vez más fuerte de alaridos, chillidos y gritos de horror. Y en medio del pandemónium oyó un estridente silbato... luego más silbatos, luego el trueno de cuerpos que corrían por la calle hirviente.

McAuliff corría... ¿Estaba corriendo hacia el sur? ¿Estaba del lado este?... No podía pensar. Sólo podía sentir el pánico. Y la sangre.

¡La sangre! ¡La maldita sangre que lo cubría entero! ¡La gente debía de verla!

Pasó delante de un restaurante al aire libre, un café en la vereda. Los parroquianos empezaban a levantarse de sus asientos mirando hacia el norte, a las multitudes en estado de pánico y los gritos y los silbatos... y ahora las sirenas. Había una mesa vacía junto a una hilera de macetas. En la mesa había el tradicional mantel rojo a cuadros bajo una azucarera y un salero y un pimentero.

Se estiró sobre las flores y arrancó la tela, estrellando sobre el piso de cemento los recipientes, que se hicieron añicos, todos o uno, no sabía. Su única idea era cubrir la maldita sangre, que ahora le empapaba la camisa y los pantalones.

La esquina quedaba a noventa centímetros. ¿Qué demonios se suponía que debía hacer? ¿Y si Hammond no había logrado escapar? ¿Se suponía que se quedara allí con el maldito mantel sobre la ropa con cara de imbécil mientras la calle era un caos?

-¡Rápido! -oyó de pronto.

McAuliff se dio vuelta, agradecido más allá de todo lo imaginable. Hammond se encontraba directamente detrás de él, y Alex no pudo menos que mirarle las manos. Estaban manchadas de rojo brillante; la explosión de sangre del corso había dejado su marca.

335

La calle perpendicular era más ancha; el cartel decía: "QUEEN'S DRIVE". Hacía una curva hacia arriba y hacia el oeste, y Alex creyó reconocer esa sección. En la esquina, en diagonal, un automóvil se detenía; el conductor miraba por la ventanilla, hacia el norte, a la gente que corría y los ruidos de disturbios.

Alex había levantado la voz para que su compañero lo oyera. -¡Ahí! -le dijo a Hammond-. ¡Ese auto!

El inglés asintió.

Se precipitaron por la calle. McAuliff tenía su billetera fuera del bolsillo y sacaba billetes. Se acercó al chofer -un jamaiquino negro de mediana edad- y habló con rapidez.

-Necesitamos que nos lleve. ¡Le pagaré lo que quiera!

Pero el jamaiquino se limitaba a mirar a Alexander, con ojos que traicionaban un súbito miedo. Y entonces McAuliff se dio cuenta: aún aferraba el mantel bajo el brazo -¿cómo había llegado allí?-, y la gran mancha de sangre oscura y roja lo cubría entero.

El chofer manoteó la palanca de cambios; Alex metió la mano por la ventanilla y aferró el hombro del hombre, apartándole la mano del tablero. Le tiró la billetera a Hammond, abrió la puerta y sacó al hombre del asiento. El jamaiquino gritó y aulló pidiendo ayuda. Mc-Auliff tomó los billetes que tenía en la mano y los arrojó sobre la vereda mientras tiraba al negro sobre el pavimento.

Una docena de peatones los observaba y la mayoría corría, prefiriendo no meterse; otros miraban, fascinados por lo que veían. Dos adolescentes blancos corrieron hacia el dinero y se agacharon a recogerlo.

Librodot

McAuliff, sin saber por qué, sintió que eso le molestaba. Dio los tres pasos necesarios y lanzó una pierna hacia adelante, alcanzando a uno de los jóvenes en el costado de la cabeza.

-¡Váyanse de aquí, carajo! -rugió mientras el adolescente caía y aparecía sangre en su frente.

-¡McAuliff! -aulló Hammond, y corrió hasta la otra puerta delantera del auto-. ¡Suba y maneje, por el amor de Dios!

Mientras Alex se sentaba, vio lo que supo al instante que era la peor visión que podría haber tenido en ese momento. A una cuadra, en medio de las multitudes de la calle, un Mercedes Benz castaño había acelerado, y su poderoso motor delataba el inminente estallido de velocidad.

McAuliff puso primera y apretó el pedal a fondo. El automóvil respondió y Alex agradeció el movimiento súbito de las ruedas que comenzaron a correr. Avanzó hacia el centro de Queen's Drive, en lo que tenía que ser Miranda Hill, y de inmediato pasó dos automóviles... peligrosamente cerca, casi llevándoselos por delante.

-El Mercedes que avanzaba por la calle -le dijo a Hammond-. No sé si alcanzó a ubicarnos.

El británico se dio vuelta, y sacó a la vez la Rycee automática y la radio a transistores de ambos bolsillos. Encendió la radio; la estática estaba atravesada por voces agitadas que emitían órdenes y respondían preguntas formuladas con excitación.

El idioma, sin embargo, no era inglés.

Hammond le explicó el motivo.

-Dunstone tiene la mitad de Unio Corso en Jamaica.

-¿Puede entender lo que dicen?

-Sí... Están en la esquina de Queen's Drive y Essex. En el distrito de Miranda Hill. Han confirmado que los causantes de la conmoción secundaria éramos nosotros.

-Traducido: nos ubicaron.

-¿No se le puede dar más velocidad a este automóvil?

-No es malo, pero no es un contrincante válido para el Mercedes.

Hammond mantuvo la radio a todo volumen, sin apartar los ojos de la ventanilla trasera. Se oyó un estallido de palabras en el pequeño emisor y, en el mismo momento, McAuliff vio un Pontiac negro que se acercaba a toda velocidad desde la ladera que había frente a él, a la derecha, con los frenos chirriando, mientras el conductor giraba el volante.

-¡Dios! -aulló.

-¡Es de ellos! -gritó Hammond-. La patrulla del oeste recién informó que nos vieron. ¡Gire! En cuanto pueda hacerlo.

Alex aumentó la velocidad para llegar a la parte superior de la colina.

-¿Qué hace? -Volvió a hablar a gritos, con toda su concentración puesta en el camino que tenía adelante, en cualquier automóvil que pudiera haber del otro lado de la subida.

-Está dando vuelta... patinó a mitad de camino. Ahora está enderezando el automóvil.

En la parte alta de la subida, McAuliff giró el volante hacia la derecha, apretó el acelerador a fondo y pasó corriendo tres vehículos en la abrupta bajada, forzando a un único auto que se acercaba a tirarse sobre la vereda.

-Hay una especie de parque más o menos a un kilómetro hacia abajo. -No estaba seguro de la distancia; el sol enceguecedor rebotaba sobre miles de objetos metálicos... o así parecía. Pero no podía pensar en eso; sólo podía entrecerrar los ojos. Su mente abstraía furiosamente imágenes de recuerdos recientes. Imágenes de otro parque... en Kingston: el de San Jorge. Y otro conductor... un jamaiquino versátil llamado Rodney.

Librodot

-¿Entonces? -Hammond se preparaba, con la pistola aferrada en la mano derecha contra el tablero y la radio a todo volumen contra el asiento.

-No hay demasiado tránsito. Tampoco demasiada gente... -Alex movió el auto hacia el costado una vez más, para pasar a otro automóvil. Miró por el espejo retrovisor. El Pontiac negro estaba en lo alto de la colina detrás de ellos; ahora había cuatro autos de distancia.

-El Mercedes se dirige al oeste por Gloucester -dijo Hammond, interrumpiendo los pensamientos de Alex-. Dijeron Gloucester... Otro auto debe unírsele... en Sewell... -Hammond traducía lo más rápido posible a medida que las voces hablaban, superponiéndose entre sí.

-Sewell está en el otro lado del distrito -dijo McAuliff, tanto para sí mismo como para el agente-. Gloucester es el camino de la costa.

-Han alertado a dos vehículos. Uno en las calles Norte y Fort, el otro en Union.

-Eso es exactamente Montego. La zona comercial. Tratan de cortarnos por todas partes... ¡Por Dios, no queda nada!

-¿De qué habla? -Hammond tuvo que gritar; las ruedas que chirriaban, el viento, el ruido del motor no permitían otra cosa.

Las explicaciones llevaban tiempo, aunque se tratara sólo de segundos, pues no les quedaban ni segundos. No habría explicaciones, sólo órdenes... como había habido órdenes hacía años. Pronunciadas en las colinas heladas, sin más confianza de la que McAuliff sentía ahora.

-Pase al asiento trasero -ordenó, con firmeza pero sin la menor tensión-. Rompa el vidrio, consiga una zona libre... Cuando me meta en el parque, él nos seguirá. Apenas entre, voy a tirarme hacia la derecha y detenerme. Empiece a disparar en cuanto vea al Pontiac detrás de nosotros. ¿Tiene más cargadores?

-Sí.

-Ponga uno entero. Ya usó dos cartuchos. Olvídese de ese maldito silenciador; va a terminar lastimándolo a usted. Trate de que sus disparos sean limpios. A través de las ventanillas de los costados y del frente. Evite tocar el tanque de nafta y las gomas.

Las puertas de piedra del parque se hallaban a menos de cien metros, a segundos de distancia. Hammond miró a Alex -por un instante- y comenzó a treparse por el asiento hacia la parte trasera del vehículo.

-Piensa que podemos cambiar de auto...

Tal vez era una buena pregunta; a McAuliff no le importaba. Lo interrumpió.

-No lo sé. Sólo sé que no podemos usar éste por más tiempo y tenemos que llegar al otro lado de Montego.

-Sin duda ubicarán su propio vehículo...

-No lo estarán buscando, al menos durante los próximos diez minutos... si es capaz de apuntar bien.

Ahora las puertas estaban a la izquierda. Alex giró el volante; el auto patinó con violencia mientras Hammond comenzaba a romper los vidrios de la ventanilla trasera. El automóvil que venía atrás se tiró hacia la derecha para evitar el choque, y la bocina sonó a todo volumen mientras el conductor gritaba. McAuliff se lanzó por el portón a toda velocidad, tocando la bocina para advertir a los demás.

Una vez que atravesó los portones, clavó los frenos, giró el volante a la derecha, apretó el acelerador y saltó la vereda de la entrada que llevaba al pasto. Aplastó el pie una vez más sobre el pedal del freno; el auto dio un sacudón y se detuvo sobre el césped suave. A la distancia, la gente que paseaba se dio vuelta; una pareja sentada se puso de pie.

Librodot

A Alex no le preocupaba. En segundos comenzaría el fuego; los peatones correrían para cubrirse, fuera de la zona de peligro. Fuera del centro de fuego.

"Zona de peligro. Centro de fuego. Cubrirse." Términos de hacía siglos.

Entonces, la consecuencia era que los que paseaban por el parque no eran peatones.

Eran civiles.

Era la guerra.

Lo supieran los civiles o no.

Se oyó un súbito chirrido de gomas que lastimaba los oídos.

Hammond disparó a través de la ventanilla de atrás. El Pontiac se apartó de la entrada, se lanzó hacia la vereda contraria, arrancó un macizo de arbustos tropicales y chocó contra un montículo de tierra suelta cavado para alguno de los miles de proyectos del parque. El motor seguía girando a toda velocidad, pero los cambios se habían trabado. Las ruedas no se movían, la bocina sonaba en contrapunto con el rugido del motor.

Se oían gritos a la distancia.

De los civiles.

McAuliff y Hammond saltaron del automóvil y corrieron sobre el pasto y el cemento hasta llegar de nuevo al pasto. Los dos tenían las armas preparadas; no fueron necesarias. R. C. Hammond lo había hecho de manera impecable. Había disparado con un control inconcebible a través de la ventanilla abierta del Pontiac. El auto estaba intacto pero el conductor había muerto. Un peso muerto contra la bocina.

Los dos fugitivos se separaron al llegar al auto, y cada uno se dirigió hacia una de las puertas delanteras, Alexander, a la del conductor. Juntos separaron del volante el cuerpo sin vida; la bocina dejó de sonar, el motor siguió rugiendo. McAuliff se estiró y lo apagó.

El silencio era increíble.

Sin embargo, todavía se oían los gritos a la distancia.

Los civiles.

Sacaron al hombre muerto y tiraron el cuerpo sobre el asiento de plástico y el piso de la parte trasera. Hammond tomó la radio a transistores. Estaba encendida. La apagó. Alexander se sentó tras el volante y febrilmente aferró la palanca de cambios.

No se movió, y los músculos del estómago de McAuliff se tensaron; sentía que le temblaban las manos.

De una lejana infancia, olvidada hacía mucho, mucho tiempo, le llegó el recuerdo. Había un auto viejo en un viejo garaje; los cambios siempre se trababan.

Encender el motor sólo un instante.

Apagar, prender; apagar, prender.

Hasta que los dientes de los cambios se destrabaran.

Lo hizo. Cuántas veces, nunca lo recordaría. Sólo podía recordar los fríos y calmos ojos de R. C. Hammond observándolo.

El Pontiac dio un salto hacia adelante. Primero sobre el montículo de tierra; luego hacia atrás, con las ruedas girando furiosamente sobre el pasto.

Estaban en movimiento.

McAuliff giró el volante trazando un círculo completo, y dirigió el auto hacia el portón de piedra. Apretó el acelerador y el Pontiac ganó velocidad sobre el pasto suave, preparándose para saltar sobre la vereda.

Cuatro segundos después cruzaron por los portones de piedra.

Y Alexander giró hacia la derecha. Hacia el este. De nuevo hacia Miranda Hill.

Librodot

Sabía que Hammond estaba estupefacto; no le importaba. Todavía

no había tiempo para dar explicaciones y el inglés parecía entender. No dijo nada.

Varios minutos más tarde, en el primer camino perpendicular, McAuliff pasó la luz roja y giró hacia la izquierda. Hacia el norte. El cartel decía: "ANEXO CORNICHE".

Hammond habló.

-¿Se dirige al camino de la costa?

-Sí. Se llama Gloucester. Pasa a través de Montego y se convierte en la ruta Uno.-De manera que va detrás del auto de Dunstone... el Mercedes.

-Sí.

-¿Y puedo suponer que, dado que la última palabra -aquí Hammond levantó el walkie-talkíe de transistores- que cualquiera de ellos recibió fue desde ese parque, tomarán el camino más directo hacia él? ¿El camino más rápido?

-Sí. Dos. Queen's Drive y Corniche Road. Salen de Gloucester. -Los cuales, por supuesto, son los caminos que tomarán. -Más les vale.

-Y, como es natural, registrarán el parque.

-Espero que sí.

R. C. Hammond apretó la espalda contra el asiento. Fue un gesto de relajamiento temporario. No sin ciertos rastros de admiración. -Usted es muy buen alumno, señor McAuliff.

-Para repetirme, la escuela es una porquería -dijo Alexander.

Esperaron en la oscuridad, en la maleza del borde del campo. El canto de los grillos marcaba los segundos que pasaban. Habían dejado el Pontiac a kilómetros de distancia, en un camino lateral abandonado del monte Catherine, y habían caminado hacia la granja ubicada en las afueras de Unity Hall. Esperaron hasta que cayera la noche antes de recorrer los últimos kilómetros del trayecto, con cuidado, de refugio en refugio, lo más lejos de la vista posible. Por fin, usando las vías del ferrocarril jamaiquino como guía.

En la guantera del Pontiac había un mapa de caminos, y lo estudiaron. Era enloquecedor. La mayoría de las calles al oeste de Montego estaban sin marcar, líneas sin nombres, y siempre había callejones sin líneas. Pasaron a través de varios asentamientos semejantes a guetos, conscientes de que los habitantes debían de acecharlos: dos hombres blancos sin nada que hacer en la zona.

Hammond insistió en que ambos se pusieran la chaqueta, pues de lo contrario los revólveres que llevaban en el cinturón quedarían demasiado expuestos.

Subalternos que cruzaban territorio colonial hostil y dejaban que los nativos supieran que llevaban esos mágicos palos de fuego que escupían muerte.

Absurdo.

Pero no hubo ataques.

Cruzaron el río Montego por el Westgate, casi a un kilómetro de las vías del ferrocarril. Entraron en un enclave itinerante de vagabundos -un campamento de vagos al estilo jamaiquino-, y Hammond se encargó de hablar.

Dijo que eran inspectores de seguros de la compañía; no tenían objeciones al sucio campamento, en la medida en que no hubiera interferencia con la línea. Pero si había interferencia, los castigos serían sin duda duros.

Absurdo.

Librodot

Sin embargo, nadie los molestó, a pesar de que los ojos negros que los rodeaban estaban llenos de odio.

Había una estación de carga en Unity Hall. Una sola plataforma con dos lamparillas de luz envueltas en alambre que iluminaban el lugar desolado. Dentro del refugio para lluvia casi deshecho había un viejo borracho a fuerza de ron barato. A duras penas le sacaron información para que McAuliff pudiera ubicarse. Vaga, por cierto, pero suficiente para establecer la distancia relativa de la carretera, que doblaba hacia el interior en Parish Wharf, hacia el distrito de granjas ubicadas en la zona sudoeste.

A las nueve y media habían llegado al campo.

Ahora Alex miró su reloj. Eran las diez y media.

No estaba seguro de haber tomado la decisión correcta. Sólo sabía que no se le ocurría ninguna otra. Recordó la solitaria casa de granja que había en la propiedad, recordó que se veía una luz adentro. Ahora no había luz. Estaba abandonada.

No había otra cosa que hacer salvo esperar.

Pasó una hora y los únicos sonidos eran los de la noche jamaiquina: los depredadores alimentándose, las víctimas cayendo, infinitas luchas, sin sentido para todos salvo para los combatientes. Era casi el final de la segunda hora cuando lo oyeron. Otro sonido.

Un auto. Manejado con lentitud, con los cambios puestos despacio y el motor sofocado que indicaban la aprensión de quien lo conducía. Un intruso muy consciente de su transgresión.

Minutos más tarde, a la escasa luz de una luna cubierta de nubes, observaron a una solitaria figura que corría por el campo, primero hacia el extremo norte, donde encendió una antorcha, luego hacia el sur -tal vez a cuatrocientos metros-, donde repitió la acción. Entonces la figura corrió una vez más hacia el extremo opuesto.

Otro sonido. Otro intruso. También silenciado, pero esta vez desde la oscuridad del cielo.

Un aeroplano, con el motor al mínimo, bajaba con rapidez.

Tocó tierra y al mismo tiempo la antorcha del extremo norte se apagó. Segundos más tarde el avión se detuvo junto a la llama del extremo sur. Un hombre saltó de la pequeña cabina; el fuego se apagó al instante.

-¡Vamos! -dijo McAuliff al agente británico. Los dos hombres avanzaron juntos por el campo.

No habían andado más de cincuenta metros por el pasto cuando ocurrió.

El impacto fue tan sorprendente, la conmoción tan completa, que Alex gritó sin querer y se arrojó al suelo, con la pistola levantada, preparado para disparar.

Hammond se mantuvo de pie.

Los dos poderosos reflectores los habían sorprendido en la enceguecedora convergencia de sus rayos cruzados.

-Baje su arma, McAuliff -fueron las palabras provenientes del otro lado del resplandor enceguecedor.

Y Daniel, Ministro de Consejo de la Tribu de Acquaba, avanzó a través de la luz.

32

Cuando entraron en la zona, encendieron las alarmas foto-eléctricas. Nada misterioso.

Librodot

Iban en el auto, Daniel adelante, con el conductor, Hammond y Alexander en el asiento trasero. Se habían alejado del campo, dejando atrás Unity Hall, y avanzaban por la costa hacia el muelle Lucea. Estacionaron en una zona desierta de un camino de tierra que daba al agua. El camino era uno de esos enclaves de la carretera de la costa que no estaba arruinado por los turistas que lo invadían todo. La luna se veía más brillante junto al borde del mar, reflejada por la superficie, llena y ondulada, y arrojaba una suave luz amarilla sobre sus rostros.

Mientras avanzaban, McAuliff tuvo ocasión de estudiar el auto en que iban. Desde afuera parecía un automóvil común, de no muy buena marca y fecha indeterminada, como miles de vehículos de la isla, compuesto de partes tomadas de otros automóviles. Sin embargo, por dentro se notaba una diferencia fundamental: era una fortaleza móvil llena de elementos de precisión... y un centro de comunicaciones. Las ventanillas eran de vidrio grueso y a prueba de balas; se veían ranuras de goma en la parte de atrás y del medio, ranuras para ametralladoras de repetición, de caño corto, metidas en la parte trasera del asiento de atrás. Debajo del tablero había un largo panel con diales y botones, y un teléfono en una cavidad entre dos micrófonos. El motor, a juzgar por el ruido, era uno de los más potentes que Alex jamás hubiera oído.

El Halidon andaba en primera clase por el mundo exterior.

Daniel desestimó el asombro de McAuliff por los acontecimientos de las dos últimas horas. Al ministro le parecía importante comunicarle la realidad de la situación. La crisis había sido lo bastante grave como para que Daniel dejara la comunidad, para que arriesgara su vida con el fin de mantenerse al mando.

Parecía empeñado en que R. C. Hammond se diera cuenta de que estaba a punto de lidiar con un adversario muy sensible y duro.

-Teníamos que asegurarnos de que ustedes estuvieran solos... los dos, por supuesto. Que no los seguía nadie. Hubo momentos tensos esta tarde. En apariencia se manejaron como expertos. No pudimos ayudarlos. Felicitaciones.

-¿Qué le ocurrió a Malcolm? -preguntó Alex.

Daniel hizo una pausa y luego habló en voz baja, con tristeza.

-No lo sabemos todavía. Estamos buscando... Está a salvo o muerto. No hay posibilidad intermedia. -Daniel miró a Hammond. -Malcolm es el hombre que usted conoce como Joseph Myers, comandante Hammond.

McAuliff dirigió su mirada al agente. De manera que Hammond, el manipulador, era comandante. Comandante Hammond, mentiroso, manipulador... y capaz de arriesgar la vida para salvar la de otro.

Hammond reaccionó a las palabras de Daniel cerrando los ojos apenas dos segundos. La información era una carga profesional que no le importaba; el manipulador había sido engañado una vez más.

-¿Tienen un solo hombre negro trabajando para mí? ¿Para el Servicio?

El ministro sonrió con suavidad.

-Según nuestra cuenta, siete. Tres, sin embargo, son bastante poco eficaces.

-Gracias por aclarármelo. Estoy seguro de que puede ofrecerme las identidades... Son todos tan parecidos...

Daniel aceptó el insulto habitual con calma, si bien su sonrisa desapareció y sus ojos se volvieron fríos bajo la luz amarilla de la luna.

-Sí. Entiendo el problema. Parece haber tan poco para distinguirnos... desde ese punto de vista. Por fortuna, hay otros patrones. No va a necesitar las identidades.

Hammond le devolvió la mirada a Daniel sin intimidarse. -McAuliff me comunicó sus exigencias. Le digo a usted lo que le dije a él. Son imposibles...

Librodot

-Por favor, comandante Hammond -lo interrumpió Daniel-, hay muchas complicaciones; no las empeoremos con mentiras. Desde el comienzo sus instrucciones fueron claras. ¿Preferiría que tratáramos con los estadounidenses? ¿O los franceses? ¿Los alemanes, tal vez?

El silencio fue abrupto. Había crueldad en él, una brutal ejecución sin anestesia. Alexander observó mientras los dos enemigos intercambiaban miradas. Vio el gradual, doloroso reconocimiento en los ojos de Hammond.

-Entonces lo sabe -dijo el inglés con suavidad.

-Lo sabemos -respondió Daniel con sencillez.

Hammond guardó silencio y miró por la ventanilla.

El Ministro del Halidon se volvió hacia McAuliff.

-La mendacidad global, doctor. El comandante Hammond es el mejor funcionario de inteligencia del servicio británico. La unidad que dirige es un esfuerzo coordinado entre los gobiernos antes mencionados. Esta coordinación, sin embargo, es sólo de palabra. Pues el M16, en su carácter de principal agencia investigadora, no informa de sus avances a sus colegas signatarias.

-Hay buenos y suficientes motivos para nuestras acciones -dijo Hammond, todavía mirando por la ventanilla.

-Que se reducen a uno, ¿no es así, comandante?... La seguridad. No puede confiar en sus aliados.

-Nuestros colegas son proclives a dejar filtrar información. La experiencia lo ha confirmado. -El agente no sacaba los ojos del agua.

-De manera que les dan pistas falsas -continuó Daniel-. Les dan información falsa, les dicen que están concentrándose en el Mediterráneo, luego en América del Sur: la Argentina, Nicaragua, hasta la cercana Haití... Pero nunca Jamaica. -El ministro hizo una pausa para dar énfasis a sus palabras. -No, Jamaica nunca.

-Procedimiento habitual -respondió Hammond, y concedió a Daniel una mirada breve y cauta.

-Entonces no le sorprenderá saber que esta desconfianza es compartida por sus socios extranjeros. Han enviado equipos, sus mejores hombres. En este momento están rastreando cada fragmento de información que el M16 ha puesto a disposición de ellos. Están trabajando furiosamente.

Hammond giró la cabeza hacia Daniel.

-Eso es contrario a nuestro acuerdo -dijo con una voz monótona y enojada.

El ministro no sonrió.

-No me parece que esté en posición de protestar, comandante. -Daniel volvió a mirar a Alexander. -¿Ve, McAuliff? Dado que Dunstone era un conglomerado con base en Londres, se acordó que la tarea principal quedara a cargo de Inteligencia Británica. Era comprensible; el MI5 y 6 son los mejores del mundo libre; el comandante es el mejor. Con la teoría de que, cuantos menos servicios clandestinos operaran, menos filtraciones de seguridad habría, los británicos aceptaron funcionar solos y mantener a todos informados. En cambio, todo el tiempo dieron datos erróneos. -Daniel se permitió una pequeña sonrisa. -En un sentido, estaban justificados. Los estadounidenses, los franceses y los alemanes estaban rompiendo el acuerdo, ninguno tenía la menor intención de mantenerlo. Cada uno perseguía a su manera a Dunstone, mientras afirmaba que dejaba el campo abierto a los ingleses... Dunstone tiene que ser desmantelada. Derrumbada ladrillo económico tras ladrillo económico. Los mercados mundiales no pueden aceptar menos. Pero hay tantos ladrillos... Cada gobierno cree que, si lograra llegar antes, conseguir la lista Dunstone antes que los demás... bueno, se podrían hacer arreglos, transferir capitales.

Librodot

Hammond no pudo quedarse callado.

-Declaro ante usted, sea quien fuere, que somos los ejecutores lógicos.

-El término "lógicos" es intercambiable con "quienes más lo merecen". Diría que es así en su caso. Dios, la Reina y el Imperio han pagado mucho en las últimas décadas. En cierta manera, el precio fue desproporcionado respecto de sus pecados relativos, pero no es cuestión que nos preocupe, comandante. Como le dije, sus instrucciones eran claras desde el principio: conseguir la lista Dunstone a cualquier costo. El costo ahora es claro. Les daremos la lista. Ustedes se irán de Jamaica. Ése es el precio.

De nuevo el silencio; una vez más, el intercambio de miradas escrutadoras. Una nube pasó sobre la luna de Montego, echando una sombra sobre los rostros. Hammond habló.

-¿Cómo puede estar seguro de su autenticidad?

-¿Puede dudar de nosotros, después de los acontecimientos del día? Recuerde que es de nuestro mutuo interés que Dunstone sea eliminado.

-¿Qué garantías espera de nosotros?

Daniel rió. Una risa surgida del humor.

-No necesitamos garantías, comandante. Sabremos. ¿No puede entenderlo? Nuestra isla no es un continente; conocemos cada con-tacto, vínculo e intermediario con los cuales funcionan. -La sonrisa producto del humor desapareció. -Estas operaciones se terminarán. Haga todos los arreglos que deba, pero luego basta... Entreguen, de una buena vez entreguen Jamaica a sus dueños legítimos. Luchas, caos y todo.

-Y -el inglés habló en voz baja- si estas decisiones están fuera de mi control...

-¡No cometa errores, comandante Hammond! -La voz de Daniel subió hasta tapar la del agente. -Las ejecuciones que tuvieron lugar hoy empezaron a mediodía, hora de Londres. Y cada día, el carillón del reloj del Parlamento toca otro mediodía. Cuando las oiga, recuerde. De lo que fuimos capaces hoy, lo seremos mañana. Y sumaremos la verdad respecto de nuestros motivos. Inglaterra será un paria en la comunidad de las naciones. No pueden arriesgarse a eso.

-¡Su amenaza es absurda! -le retrucó Hammond, con igual fervor-. Como acaba de decir, esta isla no es un continente. Entraríamos y los destruiríamos.

Daniel asintió y respondió con calma.

-Es muy posible. Y debe saber que estamos preparados para dicha eventualidad. Lo hemos estado desde hace más de doscientos años. Admirable, ¿verdad?... Por todo lo que uno cree santo debe pagar un precio, Hammond; tome la lista y salve lo que pueda de Dunstone. Usted se lo merece. No es que pueda rescatar mucho; los cuervos volarán desde las diversas geografías y se precipitarán sobre la carroña. Le ofrecemos tiempo, tal vez sólo unos días. ¡Aprovéchelos!

Una luz roja sobre el panel que había debajo del tablero se encendió, lanzando un resplandor sobre el asiento delantero. Se oyeron los ruidos repetidos de un timbre de alta frecuencia. El chofer buscó el teléfono y se lo llevó al oído, lo mantuvo varios segundos y luego se lo entregó a Daniel.

El Ministro del Halidon escuchó. Alexander veía su rostro por el espejo retrovisor. Daniel no podía ocultar su alarma.

Y luego su ira.

-Hagan lo que puedan, pero no arriesguen vidas. Nuestros hombres tienen que alejarse. Nadie debe dejar la comunidad. Esto es decisivo. ¡Irreversible! -Volvió a poner el teléfono en su lugar y se dio vuelta en el asiento. Miró primero a Alexander y luego a Hammond, con los ojos fijos en el inglés mientras hablaba con sarcasmo. -Expertos británicos, comandante. Los Especialistas en las Antillas del Mió, caribeños, acaban de recibir órdenes de Dunstone.

Librodot

Tienen que entrar en Cock Pit e interceptar al equipo de investigación. Tienen que asegurarse de que no salgan.

-¡Oh, Dios mío! -McAuliff se lanzó hacia adelante en el asiento-. ¿Pueden alcanzarlos?

-Pregúntele a la eminente autoridad -dijo Daniel con mordacidad, mirando a Hammond-. Son sus hombres.

El agente estaba rígido, como si hubiera dejado de respirar. Sin embargo, su cabeza funcionaba a toda velocidad, en silencio.

-Están en contacto por medio de los receptores de radio... las señales transmitidas desde el campamento. La ubicación pueda determinarse...

-Dentro de los mil metros -cortó Alex, completando la frase de Hammond.

-Sí.

-¡Tiene que detenerlos!

-No estoy seguro de que haya manera...

-¡Encuentre una! ¡Por Dios, Hammond, van a matarlos!

-McAuliff aferró a Hammond de las solapas. -Haga algo, señor, ¡o lo mato!

-Saque las manos...

Antes de que el agente pudiera terminar la frase, Alexander le dio una bofetada con la mano derecha, rompiéndole la piel de los labios.

-¡No hay nada más que decir, comandante! ¡Quiero esas garantías! ¡Ahora!

El agente habló con la boca sangrante:

-Haré todo lo que pueda. Todo lo que siempre le di fueron... nuestros mejores esfuerzos.

-¡Hijo de puta! -McAuliff llevó la mano hacia atrás de nuevo. El chofer y Daniel le agarraron el brazo.

-¡McAuliff! ¡No logrará nada! -rugió el ministro.

-¡Dígale que empiece a lograrlo! -Alexander se detuvo y se volvió hacia Daniel, liberando al inglés. -Usted tiene gente allí. -Y entonces McAuliff recordó las terribles palabras que Daniel había dicho por teléfono: "No arriesguen vidas. Nuestros hombres... que se retiren. Nadie debe dejar la comunidad". -Tiene que hablar por ese teléfono. Retire lo que dijo. ¡Protéjalos!

El ministro habló en voz baja.

-Debe tratar de entender. Hay tradiciones, revelaciones... una forma de vida que se extiende a lo largo de doscientos años. No podemos traicionar eso.

Alexander miró al negro.

-¿Verán cómo los matan?... ¡Dios mío, no pueden!

-Me temo que podremos. Y lo haremos. Y entonces deberíamos enfrentarnos con la necesidad de quitarle la vida a usted... Se la quitaremos rápidamente... -Daniel levantó el cuello de su camisa, revelando un diminuto bulto en la tela. Tabletas, cosidas en la tela. -... así como yo mordería una de éstas, en caso de encontrarme alguna vez en una situación que lo tornara necesario. No lo pensaría dos veces.

-¡Por el amor de Dios, ése es usted! ¡Ellos no son ustedes, no son parte de ustedes! No lo conocen. ¿Por qué tienen que pagar con su vida?

La voz de Hammond asombraba por su tranquila mordacidad. -Prioridades, McAuliff. Se lo dije. Para ellos... para nosotros. -Los accidentes de la guerra, doctor. La matanza de inocentes en combate, tal vez. -Daniel habló con sencillez, negando la implicación de sus palabras. -Cosas escritas y no escritas...

-¡Mierda! -aulló McAuliff. El chofer sacó una pistola de su cinturón; su acción fue evidente. Alexander miró al Ministro del Halidon y al funcionario de Inteligencia Británica. -

Librodot

Escúchenme. Dijo por teléfono que hicieran lo que pudieran. Usted, Hammond. Usted ofreció sus... malditos "mejores esfuerzos". De acuerdo. ¡Denme una oportunidad!

-¿Cómo? -preguntó Daniel-. No puede haber policía de Jamaica, ni tropas de Kingston.

Las palabras volvieron a la memoria de Alexander. Palabras dichas por Sam Tucker en el resplandor de una fogata del campamento. Una afirmación tranquila, mientras Sam observaba la figura de Charles Whitehall y el gigante negro, Lawrence, hablando en el complejo. "Son nuestra protección. Pueden odiarse el uno al otro."

"Son nuestra protección."

McAuliff se volvió hacia Hammond.

-¿Cuántos traidores tiene aquí?

-Traje seis especialistas de Londres.

-Todos menos uno están vendidos a Dunstone -lo interrumpió Daniel.

-Es decir que son cinco. ¿Cuántos más pudieron llamar? -McAuliff se dirigió al halidonita.

-Con tan poco tiempo, tal vez tres o cuatro; tal vez mercenarios.

Es sólo un cálculo... Les importará más la velocidad que la cantidad.

Un rifle automático en manos de un solo soldado...

-¿Cuándo recibieron las órdenes de Dunstone? -preguntó de inmediato Alex, interrumpiendo las observaciones innecesarias de Daniel.

-Hace menos de una hora; es nuestro cálculo. Por cierto no más de una hora.

-¿Pueden haber conseguido un avión?

-Sí. Siempre hay aviones en alquiler. Les llevará un poco de tiempo, ya que los pilotos de esos aviones son gente desconfiada, pero puede hacerse.

Alex se volvió hacia Hammond. El agente se limpiaba los labios con los dedos... sus malditos dedos, ¡como si se estuviera sacando las migas de una masita después de tomar el té en el Savoy!

-¿Puede avisarle a la gente que está controlando las señales del campamento? ¿Con esa radio? -McAuliff señaló el panel situado bajo el tablero.

-Tengo la frecuencia...

-¿Quiere decir sí?

-Sí.

-¿Qué sentido tiene? -preguntó Daniel.

-Para ver si esos malditos especialistas los alcanzaron ya. Para tener la posición...

-¿Quiere nuestro avión? -lo interrumpió el Ministro del Halidon, sabiendo la respuesta a su pregunta.

-¡Sí!

Daniel le hizo señas al chofer de que pusiera en marcha el automóvil.

-No necesitamos la posición. Hay un solo lugar donde aterrizar: el campo ubicado a tres kilómetros del campamento. Tenemos las coordenadas.

El vehículo salió de la zona de estacionamiento, pasó junto al primitivo desvío y se precipitó a toda velocidad por la noche rumbo a la carretera.

Hammond le dio a Daniel los decimales de la banda de frecuencia; el ministro los transmitió y alcanzó un micrófono al agente británico. No hubo recepción.

Ninguna respuesta en las ondas aéreas.

-Llevará tiempo llegar al avión... -Daniel hablaba en voz baja mientras el auto rugía sobre la ancha carretera.

Librodot

Alex de pronto puso la mano sobre el hombro del ministro.

--Su corredor, el que usaba el nombre "Marcus". Dígale que le avise a Sam Tucker.

-He dado instrucciones de que los hombres se retiren -respondió Daniel con frialdad-. Por favor, recuerde lo que le dije. -¡Por Dios, mándelo de nuevo! ¡Deles una oportunidad! -¿No querrá decir que le demos una oportunidad.... a ella?

McAuliff quería, como nunca había querido tanto algo, matar al hombre.

-Tenía que decirlo, ¿no es verdad?

-Sí -respondió Daniel, que se dio vuelta en el asiento para mirar a Alex a los ojos-. Porque se vincula con la condición con la cual usará el avión... Si fracasa, matamos a la mujer y también a usted.

Serán ejecutados. Es muy sencillo: si ella muriera, no se podría confiar más en usted.

Alexander reconoció la penetrante mirada de Daniel, el halidonita.

-Es muy sencillo -dijo-. Mi respuesta es simple. Daré yo mismo la orden de fuego.

R. C. Hammond se inclinó hacia adelante. Su voz era medida, precisa como siempre.

-Voy con usted, McAuliff.

Tanto Daniel como Alex miraron al inglés. Hammond, en pocas palabras, se había puesto en una extraña posición indefensa. Asombró a ambos hombres.

-Gracias. -Fue todo lo que pudo decir McAuliff, pero lo decía de corazón.

-Me temo que no es posible, comandante -dijo Daniel-.

Usted y yo... tenemos asuntos entre nosotros. Si McAuliff va, va solo.

-Es un salvaje -respondió Hammond con tono cortante.

-Soy el Halidon. Y tenemos prioridades. Los dos.

33

McAuliff hizo pasar el pequeño avión sobre la sábana de nubes. Se aflojó la campera que le había dado el chofer del auto. Hacía calor en la pequeña cabina. El avión del Halidon era diferente del avión en el que él y Malcolm habían volado desde el campo ubicado al oeste de Accompong. Era similar al Comanche biplaza en tamaño y aspecto, pero su peso y su poder de maniobra eran mayores.

McAuliff no era un buen piloto. Volar era una habilidad que había dominado a medias por necesidad, no por gusto. Hacía diez años, cuando había tomado la decisión de entrar en el campo comercial, le había parecido que la capacidad de manejar un avión podía resultar conveniente, de manera que había tomado las lecciones necesarias que al fin lo llevaron a obtener una licencia muy limitada.

Había valido la pena. En docenas de viajes sobre la mayoría de los continentes. En aviones pequeños, limitados.

Le rogaba a Dios que demostrara ahora que había valido la pena. Si no, nada importaba, nunca más.

En el asiento, junto a él, había un pequeño pizarrón, del tipo de los que se usaban en la escuela primaria, con bordes de madera. En él estaba anotado con tiza un primitivo plan de vuelo en letras blancas, que se destacaban bajo la escasa luz del panel de instrumentos.

Velocidad de vuelo deseable, puntos de brújula, requisitos de altitud e indicaciones en el terreno que, con suerte y una luna decente, podría distinguir.

Librodot

Desde la franja que se extendía fuera del Unity Hall tenía que alcanzar una altura de mil pies, dando vueltas al campo hasta que lo hubiera logrado. Una vez que dejara el perímetro de dicha zona, debía enfilar al sudeste a 115 grados, 90 de velocidad. En unos pocos minutos estaría sobre el monte Carey: habría dos fogatas encendidas en un campo; tenía que ubicarlas.

Lo hizo.

Desde el monte Carey, manteniendo la velocidad y cayendo a 700 pies, tenía que dirigirse hacia el este-noreste a 84 grados y avanzar hasta la colina Kamshot. Un auto con un reflector estaría en un camino de abajo; el reflector enviaría su rayo hacia el cielo.

Lo vio y continuó con la siguiente línea del pizarrón. Su cambio de curso era mínimo: 8 grados a 92 sobre el compás, manteniendo la velocidad y la altitud. Tres minutos y treinta segundos más tarde se hallaba sobre Amity Hall. De nuevo fogatas, de nuevo una instrucción diferente: ésta también implicaba una variación mínima.

Este-noreste a 87 grados rumbo a Weston Favel.

Bajar la altitud a 500 pies, mantener la velocidad, buscar dos automóviles enfrentados con los faros intermitentes en la sección sur de la ciudad. Corregir el curso a exactamente 90 grados y reducir la velocidad a 75.

En el instante en que llegara al río Martha Brae, debía alterar el curso 35 grados al sudeste, precisamente a 122 en el compás.

En este punto ya estaba librado a sí mismo. No habría más señales desde la tierra y, por supuesto, ningún tipo de contacto por radio.

La coordinación de la velocidad, la dirección y el horario era todo lo que tenía... lo único que tenía. La altitud la determinaba él mismo: lo más bajo posible, prestando atención al ascenso gradual de las colinas selváticas. Podía distinguir fogatas, pero no debía suponer que ninguna era por necesidad del campamento de la investigación. Había gente de la colina que andaba por la zona, a menudo cazando toda la noche. Tenía que avanzar siguiendo ese curso exactamente cuatro minutos y quince segundos.

Si había seguido todo con precisión y no había variantes de magnitud, como súbitas corrientes de aire o lluvia, estaría en la vecindad de los campos. De nuevo, si la noche era clara y si la luz de la luna era suficiente, los vería.

Y -lo más importante- si ubicaba otro avión, tenía que bajar dos veces su ala derecha. Esto le indicaría a cualquier otro avión que era un transporte de drogas. Era la habitual cortesía de reconocimiento entre los caballeros del aire.

Las colinas se elevaron de pronto, mucho más rápido de lo que McAuliff había esperado. Echó hacia atrás el medio volante y sintió que las corrientes lo llevaban hacia arriba y entraba en una turbulencia. Redujo la válvula de estrangulación y contrapesó la subida con la presión del pedal izquierdo: la turbulencia siguió, los vientos se volvieron más fuertes.

Entonces se dio cuenta del motivo de los súbitos movimientos fuertes y las corrientes cruzadas. Había entrado en una zona de fuertes chaparrones tropicales. La lluvia caía contra el vidrio y golpeaba el fuselaje; los limpiaparabrisas resultaban inadecuados.

Frente a él había una masa color gris, opaca y manchada. Golpeó hacia abajo el pedal de la ventanilla izquierda, abrió la válvula, entró en una rápida posición inclinada y miró hacia abajo. Su altímetro se acercaba a 650; el terreno que había debajo era de un negro denso... nada más que selva, ninguna interrupción en la oscuridad. Recordó el trayecto desde el Martha Brae. Con furia, inseguro. Su velocidad se había mantenido, también su dirección. Pero había habido un deslizamiento, no muy grande pero sí reconocible. No era tan buen piloto -sólo dos veces antes había volado de noche, su licencia se lo prohibía- y el deslizamiento era un problema de manejo que se corregía por medio de diales, visión o radio.

Pero el ligero deslizamiento se había producido. Y había venido de popa, a estribor. ¡Jesús, era mucho mejor navegando! Enderezó el avión y con suavidad se inclinó hacia la

Librodot

derecha, volviendo a la zona de chaparrones. El parabrisas no servía; se extendió sobre el asiento y bajó el panel de la ventanilla derecha. La explosión de ruido de la abertura entró con violencia en la pequeña cabina. El viento rugía a alta velocidad; la lluvia entraba a chorros, mojando el asiento, y el piso y el panel de instrumentos. El pizarrón estaba empapado, con la superficie brillante, las manchas de tiza en apariencia magnificadas por el agua que caía sobre él.

Y entonces la vio... La meseta de pasto. A estribor, maldición, la ventanilla derecha. Una extensión menos negra en medio de la negrura total. Un trazo gris opaco en el centro del bosque negro.

Había dejado los campos a la izquierda, a sólo un kilómetro y medio, tal vez tres.

Pero los había alcanzado. Nada más importaba en ese momento. Descendió con rapidez, inclinándose sobre los árboles, iniciando el trazo de la parte superior de un ocho para aterrizar. Hizo un descenso de 280 grados y empujó el medio volante hacia adelante para tocar tierra.

Estaba a cincuenta pies cuando detrás de él, hacia el oeste, cayó un rayo. Lo agradeció; era una iluminación breve y adicional en medio de la oscuridad de la noche. Confiando en los instrumentos, pudo distinguir el campo que se acercaba gracias a la luz que proyectaban los faros de adelante, pero la opaca plenitud del rayo le dio mayor confianza.

Y le dio visibilidad para detectar el perfil de otro avión. Se hallaba en tierra, inmóvil, estacionado en el extremo norte del campo.

En la zona de la ladera que llevaba al campamento ubicado a tres kilómetros de distancia.

¡Oh, Dios! ¡No lo había logrado! ¡Había llegado demasiado tarde! Tocó tierra, subió la velocidad del motor y carreteó hacia el avión inmóvil, sacando la pistola de su cinturón mientras manipulaba los controles.

Un hombre hacía señales en la luz de los faros. No sacó ningún arma; no hizo intento alguno de correr u ocultarse. Alex se sintió desconcertado. No tenía sentido; los hombres de Dunstone eran asesinos, lo sabía. El hombre que distinguía en el rayo de luz, sin embargo, no mostraba ninguna señal de hostilidad. En cambio, hizo algo curioso: extendió los brazos a los costados, bajando el derecho y levantando el izquierdo a la vez. Repitió el gesto varias veces, mientras el avión de McAuliff se acercaba.

Alex recordó las instrucciones en el aeropuerto de Unity Hall. Si ve otros aviones, baje el ala derecha. Baje el ala, el brazo derecho. ¡El hombre era un piloto que transportaba drogas!

McAuliff se detuvo y apagó el motor, con la mano firmemente aferrada a la culata de su arma, el dedo metido en el gatillo.

El hombre se ubicó debajo del ala y le gritó a Alex a través de la lluvia que abriera la ventanilla. Era un blanco, el rostro enmarcado por la capucha de un poncho. Su acento era estadounidense... del sur. De la zona del delta.

-¡Maldición! ¡Qué lugar lleno de gente! ¡Qué suerte que eres blanco, hombre! ¡Vuelo para ellos, pero no me gustan, hombre! -La voz del piloto era aguda y estridente, se oía con facilidad por encima de la lluvia. Era de mediana estatura y su rostro era delgado pero fláccido; un hombre delgado incapaz de superar los achaques de la mediana edad. Tenía más de cuarenta.

-¿Cuándo llegaron? -le preguntó Alex, tratando de no demostrar su ansiedad.

-Traje a esos seis negros; entraron aquí hace diez minutos. Tal vez un poco más, no mucho. Está con ellos, supongo. ¿Lleva cosas?

-Sí.

-No se hacen tanto los valientes cuando hay problema, ¿eh? Nada más que problemas en estos aeropuertos de montaña. Claro que necesitan de los blancos, ¡puede apostar las pelotas!

Librodot

McAuliff volvió a ponerse la pistola en el cinturón, ocultando su maniobra debajo del panel. Tenía que moverse rápido. Tenía que sacarse de encima al piloto que transportaba drogas.

-¿Dijeron que había problemas? -Alex hizo la pregunta sin mayor énfasis, mientras abría la puerta de la cabina, bajaba al ala bajo la lluvia y saltaba al pasto húmedo.

-¡Maldición! Por lo que dijeron, les robaron; un grupo de hijos de puta que anda por aquí. Volvieron a vender un paquete después de quedarse con el efectivo. ¡Esos negros están llenos de armas!

-Es un error -dijo McAuliff con convicción-. Dios, ¡malditos idiotas!

-¡Andan buscando sangre negra, hombre! ¡Esos hermanos van a liquidar a un montón de otros hermanos!

-Si lo hacen, en Nueva Orleáns se va a armar un buen desastre... ¡Cristo! -Alexander sabía que la ciudad de Luisiana era el mayor puerto de entrada de drogas de todos los estados del sur y del sudoeste. Ese piloto de drogas en particular tenía que saberlo. -¿Tomaron por la ladera? -McAuliff a propósito señaló a cien metros a la derecha, bastante lejos del camino que recordaba.

-¡Maldición si estaban seguros! Tenían uno de esos Geiger como radares de aire, pero no tan bueno. Fueron más bien por acá. -El piloto indicó hacia la izquierda del sendero oculto en la selva.

Alex calculó con rapidez. El escáner usado por los hombres de Dunstone era preciso sólo en términos de un radio de mil metros. Captarían las señales, pero no había posibilidad de que lograran mayor precisión. Era la debilidad de los emisores de radio de larga distancia que operaban con principios verticales.

Mil metros era un kilómetro dentro de la densa selva casi impenetrable de Cock Pit. Si el equipo Dunstone en efecto tenía una ventaja de diez minutos, no era necesariamente fatal. No conocían el sendero; él tampoco, pero había viajado por allí una vez. Dos veces. La ventaja que le llevaban tenía que reducirse. Y si su ángulo de entrada era indirecto -según el piloto de drogas, lo era- y suponiendo que mantuvieran una línea más o menos recta, anticipando un desvío... era posible anular la ventaja.

Si... si podía encontrar la senda y mantenerse en ella.

Se subió las solapas de la campera para protegerse de la lluvia y se volvió hacia la puerta de la cabina, sobre el ala del avión. La abrió, se apoyó en una rodilla y llegó al pequeño compartimiento de equipaje situado detrás del asiento. Sacó un rifle automático de alto poder y caño corto, uno de los dos que estaban fijados al asiento delantero del auto del Halidon. El cargador se hallaba en su lugar; la traba de seguridad, puesta. En los bolsillos tenía cuatro cargadores más; cada uno contenía veinte cartuchos.

Cien disparos.

Su arsenal.

-Tengo que alcanzarlos -le gritó al piloto bajo la lluvia-. ¡Estoy seguro que no querrán responder a Nueva Orleáns!

-Los chicos de Nueva Orleáns son un grupo tenso. No vuelo para ellos si tengo otro trabajo. ¡Nadie les viene bien!

Sin responder, McAuliff corrió hacia el borde de la ladera de pasto. El sendero quedaba a la derecha de un enorme macizo de helechos; lo recordaba pues se había arañado la cara porque su mano no había sido lo bastante rápida cuando había entrado en la zona con el corredor del Halidon.

¡Maldición! ¿Dónde estaba?

Comenzó a tentar el follaje empapado, aferrando cada hoja, cada rama, esperando encontrar algo que le arañara la mano. Tenía que encontrarlo; tenía que entrar justo por el

Librodot

lugar correcto. Entrar por un lugar errado resultaría fatal. La ventaja de Dunstone sería demasiado grande, no podría superarla.

-¿Qué busca?

-¿Qué? -Alex se dio vuelta en medio de un brutal rayo de luz. Su concentración era tal que sacó la traba de seguridad del rifle. Había estado a punto de disparar a causa del sobresalto.

El piloto se le había acercado.

-¡Maldición! ¿No tienes una linterna, hombre? ¿Esperas encontrar tu camino en ese lío sin una linterna?

¡Jesús! Se había dejado la linterna en el avión del Halidon. Daniel había dicho algo acerca de ser cuidadoso con la linterna. ¡De manera que se la había dejado!

-Me olvidé. Hay una en mi avión.

-Así espero -dijo el piloto.

-Tome la mía. Déjeme llevar la suya, ¿de acuerdo?

-Si me prometes pasarme un par de billetes, la tienes. -El piloto le alcanzó la luz. -La lluvia está tan jodidamente mojada que me voy adentro. ¡Buena caza, amigo!

McAuliff observó al piloto correr hacia su avión y luego volvió al borde de la selva. No estaba a más de un metro y medio del macizo de helechos; podía ver el pasto denso en la entrada del sendero oculto.

Se zambulló.

Corrió lo más rápido que pudo; los pies se le enganchaban en la maleza, el cuerpo y el rostro eran azotados por los invisibles tentáculos de maleza. La senda doblaba: derecha, izquierda, derecha, derecha, derecha, ¡Jesús!, haciendo círculos, y luego se volvía recta de nuevo durante un breve tramo en el fondo de la ladera.

Pero seguía siendo la senda. Seguía en ella. Eso era todo lo que importaba.

Entonces se desvió. La senda no estaba más. ¡Había desaparecido! Se oyó un chillido que rompía los oídos en la oscuridad, magnificado por el chaparrón tropical. Bajo el rayo de su linterna, profundamente hundida en el agujero de una palmera, vio una chancha salvaje que daba de mamar a su hijo ciego. La cara peluda y monstruosa se retorció y chilló una vez más, y la bestia comenzó a enderezarse, sacudiéndose al cachorro de las tetillas. McAuliff corrió hacia la izquierda, hacia la pared de selva. Tropezó con una piedra. Dos, tres piedras. Cayó sobre la tierra mojada y la linterna rodó por el suelo. El suelo era chato, sin accidentes.

¡Había vuelto a encontrar el sendero!

Se puso de pie, aferró la linterna, se acomodó el rifle bajo el brazo y corrió por el sendero bastante despejado.

Que ya no estaba despejado a cien metros, pues lo interceptaba un arroyo rodeado por barro en el que se hundían los pies. Recordó el arroyo. El corredor que había usado el nombre de "Marcus" había doblado hacia la izquierda. ¿Era la izquierda? ¿O era al revés, en dirección contraria?... No, era a la izquierda. Había troncos de palmeras y piedras que surgían de la superficie del agua y cruzaban el estrecho arroyo. Corrió hacia la izquierda, con la linterna dirigida hacia el punto medio del agua.

¡Había troncos! También rocas. Un puente construido para evitar el barro en el que se hundían los pies.

Y en el tronco de palmera de la derecha había dos serpientes que se movían con lentitud, dirigiéndose a él. Ni la mangosta jamaiquina tenía estómago para el Cock Pit de Jamaica.

Librodot

Alexander conocía esas serpientes. Las había visto en Brasil. De la especie de las anacondas. Ciegas, rápidas, siniestras. No fatales, pero capaces de producir parálisis, durante días. Si uno acercaba el cuerpo a varios pies de las cabezas chatas, el ataque era inevitable.

Retrocedió hacia la maleza; el rayo de la linterna zigzagueaba sobre la zona circundante. Había una rama de ceibo colgante de un metro ochenta de largo. Corrió hacia ella, la tiró hacia atrás hasta que se rompió. Volvió a los troncos. Las serpientes se habían detenido, alarmadas. Sus cuerpos aceitosos y horribles estaban enredados, las dos cabezas chatas, cerca una de la otra, con sus ojos ciegos, pequeños como alfileres, que miraban frenéticos en dirección a su olor. A él.

Alex arrojó la rama de ceibo sobre el tronco con la mano izquierda, aferrando el rifle y la linterna con la mano derecha.

Las dos serpientes se lanzaron a la vez; saltaron desde la superficie del tronco, enroscaron sus cuerpos con violencia alrededor de la rama, con las cabezas dirigidas hacia la mano de McAuliff, entre las suaves hojas.

Alex tiró -¿dejó caer?, nunca lo sabría- la rama en el agua. Las serpientes fueron arrastradas y la rama giró en círculos furiosos y se hundió bajo el agua.

McAuliff corrió por los troncos y retomó la senda.

Había andado un kilómetro y medio tal vez, por cierto no más. El tiempo transcurrido era de doce minutos, según su reloj. Por lo que recordaba, la senda doblaba violentamente hacia la derecha a través de una sección de helechos muy densa hasta un lugar donde había un pequeño claro, hacía poco usado por una banda de cazadores de montaña. Marcus -el hombre que usaba el nombre "Marcus"- lo había destacado.

Desde el claro había menos de un kilómetro y medio hasta las orillas del Martha Brae y el campamento. La ventaja de Dunstone tenía que ir disminuyendo.

Llegó al tramo de maleza enmarañada y bajó la linterna, cerca de la tierra, para inspeccionar el terreno en busca de señales de paso. Si se apartaba de la senda ahora -si entraba en la maleza que nunca había visto movimiento humano- demoraría horas en volver a encontrarla. Tal vez no antes de que hubiera luz, o cuando parara la lluvia.

El avance era lentísimo, y tenía que mantenerse en extremo concentrado. Cañas dobladas, pequeñas ramas rotas, franjas de tierra húmeda e hinchada donde habían pasado huellas humanas recientes; éstas eran sus señales, sus códigos. No podía permitirse un solo error.

-Eh, hombre -le llegaron las palabras sofocadas.

McAuliff se arrojó al suelo y contuvo el aliento. Detrás de él, a la izquierda, vio el rayo de otra linterna. Al instante apagó la suya.

-¡Eh, hombre! ¿Dónde estás? Ponte en contacto, por favor. Te saliste del esquema. 0 yo.

"Ponte en contacto, por favor... Te saliste del esquema"... Los términos de un agente, no el lenguaje de un acarreador. El hombre era del M16.

Tiempo pasado. Era.

Ahora era de Dunstone.

El equipo de Dunstone se había separado; cada hombre tenía una zona asignada, un esquema. Eso sólo podía significar que se hallaban en contacto por radio.

Seis hombres conectados por radio.

¡Oh, Dios!

El rayo de luz se acercó, bailando, trazando destellos en medio del follaje imposible.

-¡Aquí, hombre! -susurró Alex con voz gutural, esperando contra toda esperanza razonable que la lluvia y el susurro no alarmaran al hombre de Dunstone.

-Enciende la luz, hombre, por favor.

Librodot

-Estoy tratando, hombre. -Basta, pensó McAuliff. Nada.

El rayo de la linterna producía miles de diminutos y resplandecientes espejos en la oscuridad, fragmentando la luz en rayos hipnóticos.

Más cerca.

Alex rodó en silencio fuera del sendero hacia la masa de tierra húmeda y suave maleza, con el rifle bajo él, clavado en los muslos.

El rayo de luz estaba casi sobre él, casi sin ninguna interferencia. En el resplandor podía ver la parte superior del cuerpo del hombre, atravesado por dos anchas tiras: una estaba conectada a una radio, la otra a un rifle, cuyo grueso caño recortado se apoyaba en el hombro. Tenía la linterna en la mano izquierda; en la derecha llevaba una pistola grande, de aspecto ominoso.

El desertor del M16 era un agente cauto. Se había despertado su instinto.

McAuliff supo que tenía que sacarle la pistola; no podía permitir que el hombre disparara. No sabía cuán cerca estaban los otros, hasta qué punto se hallaban próximas las trayectorias del esquema que seguían.

¡Ahora!

Arrojó su mano derecha hacia arriba, sobre el caño de la pistola, enganchó el pulgar en la curvatura del gatillo, aplastó su hombro contra la cabeza del hombre e incrustó la rodilla izquierda bajo las piernas del individuo, en los testículos. Con el impacto, el hombre dobló las piernas y soltó un jadeo torturado; su mano se aflojó momentáneamente y Alex le arrancó la pistola, que arrojó en la oscuridad.

Desde su posición en cuclillas, el jamaiquino levantó la vista, con la linterna todavía en la mano izquierda, el rostro contorsionado... a punto de tomar el aliento necesario para soltar un alarido.

McAuliff le metió los dedos en la boca mientras tiraba hacia abajo con todas sus fuerzas. El hombre se arrojó hacia adelante, haciendo que el duro mental de la linterna se aplastara contra la cabeza de Alex y le desgarrara la piel. Alex siguió rompiéndole la boca, mientras sentía que los dientes se le clavaban en la carne.

Cayeron sobre la maleza, doblándose en mitad de la caída. El jamaiquino seguía golpeando la linterna contra la sien de McAuliff; Alex seguía desgarrando con brutalidad esa boca capaz de emitir la alarma que no podía permitir que sonara.

Rodaron hasta un parche de barro de la selva. McAuliff palpó una piedra, soltó la mano izquierda, arrancó la piedra del suelo y la aplastó contra la boca del negro, sobre sus propios dedos. Los dientes del hombre se quebraron, y se ahogó con su propia saliva. Alex sacó su mano sangrante, lo aferró del cabello y le hundió la cabeza en el barro suave. Se oyeron unos sonidos sofocados bajo la superficie. Una serie de pequeñas burbujas estallaron en silencio sobre la tierra ensopada, iluminada por la luz de la linterna caída.

Y luego no hubo nada más.

El hombre estaba muerto.

Y no se había emitido alarma alguna.

Alexander se incorporó, tomó la linterna y se miró los dedos de la mano derecha. Tenía la piel desgarrada, marcas de dientes, pero los cortes no eran profundos; podía mover la mano sin problemas, y eso era lo único que le importaba.

Su sien izquierda sangraba y el dolor era terrible, pero no lo inmovilizaba. Tanto la hemorragia como el dolor se detendrían en algún momento.

Miró al jamaiquino muerto y sintió náuseas. No había tiempo. Se arrastró de nuevo hacia la senda y reanudó la dolorosa tarea de seguir-la. Y trató de centrar los ojos en la selva. Dos veces, en la espesura no tan distante, vio agudos rayos de luz de linternas.

Librodot

El equipo de Dunstone proseguía su avance. Se acercaba. No se podía perder un instante en pensamientos.

Ocho minutos más tarde había llegado al claro. Sintió que el corazón le estallaba en el pecho; faltaba menos de un kilómetro y medio de camino. El trecho más fácil del terrible viaje.

Miró su reloj. Eran exactamente las doce y cuatro minutos. Las doce era también el mediodía.

Cuatro era la unidad ritual arawak.

La odisea de la muerte.

No había tiempo para pensar.

Encontró el sendero en el lado opuesto del pequeño claro y echó a correr, aumentando de velocidad a medida que se acercaba a las orillas del Martha Brae. No le quedaba aire en los pulmones, se había quedado sin aliento; sólo experimentaba fuertes explosiones de agotamiento en la garganta, mientras sangre y transpiración le caían de la cabeza, y le corrían por el cuello hasta los hombros y el pecho.

Ahí estaba el río. ¡Había llegado al río!

Sólo entonces advirtió que la lluvia había cesado; la tormenta tropical había terminado. Movió la linterna hacia la izquierda; las piedras del camino bordeaban los últimos cien metros hacia el campamento.

No oyó ningún disparo de rifle. No había habido disparos. Había cinco asesinos experimentados en la oscuridad detrás de él y la noche terrible todavía no había terminado... pero tenía una oportunidad.

Eso era todo lo que pedía, todo lo que había entre él y su propia orden a un pelotón de fusilamiento para que acabara con su vida.

Voluntariamente, si fallaba. Dispuesto a morir si tenía que vivir sin Alison.

Corrió los últimos cincuenta metros lo más rápido que sus músculos agotados pudieron. Apuntaba la linterna directamente delante de sí; el primer objeto que iluminó su rayo de luz fue el cobertizo ubicado en la entrada del campamento. Corrió hacia el claro.

No había fogatas, ningún signo de vida. Sólo las gotas que chorreaban como un recuerdo de la tormenta tropical, las tiendas como silenciosos monumentos de vida reciente.

Dejó de respirar. Un terror abismal tomó posesión de él. El silencio era un insoportable portento de horror.

-¡Alison! ¡Alison! -aulló, y corrió como un ciego hacia la tienda-. ¡Sam! ¡Sam!

Cuando las palabras salieron de la oscuridad, supo que lo habían arrancado de la muerte para devolverlo a la vida.

-Alexander... Casi te haces matar, muchacho -dijo Sam Tucker desde las tinieblas que bordeaban la selva.

34

Sam Tucker y el corredor llamado "Marcus" salieron de los arbustos. McAuliff miró al halidonita, asombrado. El corredor vio su expresión y habló.

-No hay tiempo para explicaciones largas. He tomado una decisión, eso es todo. -El corredor señaló la solapa de su campera. Alex no necesitó ninguna aclaración. Cosidas en la tela estaban las tabletas que había visto en el resplandor amarillo de la luna sobre el camino que daba a la parte trasera del muelle Lucea.

"No lo pensaría dos veces", había dicho Daniel.

Librodot

-¿Dónde está Alison?

-Con Lawrence y Whitehall. Están más abajo por el río -respondió Sam.

-¿Y los Jensen?

Tucker calló un momento.

-No lo sé, Alexander.

-¿Qué?

-Desaparecieron. Es todo lo que puedo decirte... Ayer, Peter se perdió; su acarreador volvió al campamento, no pudo encontrarlo. Ruth lo tomó bien, pobre muchacha... tiene agallas. Enviamos una partida de búsqueda. Nada. Y entonces, esta mañana, no puedo decirte por qué, no lo sé, fui a la tienda de los Jensen. Ruth se había ido. No la han visto desde entonces.

McAuliff se preguntó si Peter Jensen habría visto algo. ¿Habría percibido algo y huido con su esposa? ¿Habría escapado eludiendo a la tribu de Acquaba?

Preguntas para otro momento.

-¿Los acarreadores? -preguntó Alex con cautela, temiendo escuchar la respuesta.

-Averigua con nuestro amigo -respondió Tucker, haciendo señas hacia el halidonita.

-Fueron enviados al norte, conducidos por el río hacia el norte -dijo el hombre con el falso nombre "Marcus"-. Esta noche no morirán jamaiquinos, a menos que sepan por qué. No en esta pelea.

-¿Y usted? ¿Por qué usted? ¿Es ésta su lucha?

-Conozco a los hombres que vienen por ustedes. Tengo la opción de luchar.

-¿Las limitadas libertades de Acquaba? -preguntó Alex con suavidad.

Marcus se encogió de hombros; sus ojos no revelaban nada. -La libertad de elección del individuo, doctor.

Se oyó el casi imperceptible grito de un pájaro, o el chillido sofocado de un murciélago en la densa selva tropical. A éste le siguió otro. Y otro. McAuliff no se habría dado cuenta; había tantos sonidos todo el tiempo... Una sinfonía nocturna incesante; agradable de oír, desagradable si se pensaba en ella.

Pero ahora estaba obligado a notarla.

Marcus giró la cabeza, reaccionando al sonido. Con rapidez se tiró hacia adelante, aferró la linterna de Alexander y se la sacó de la mano mientras empujaba a Tucker con el hombro.

-¡Abajo! -gritó, mientras empujaba con violencia a McAuliff y lo arrastraba hacia atrás, lejos del lugar donde estaba parado.

Siete disparos de rifle salieron de la oscuridad; algunos alcanzaron los árboles, otros se perdieron en la distancia de la selva, dos explotaron en el suelo del claro.

Alex rodó por el terreno, apuntó su rifle en dirección a los disparos. Mantuvo el dedo sobre el gatillo; una ráfaga de veinte balas roció el área entera. Se había acabado en unos segundos. La tranquilidad volvió a instalarse.

Sintió una mano que lo aferraba. Era Marcus.

-Retroceda. Hacia el río, hombre -le susurró.

McAuliff se arrastró en la oscuridad. Más disparos sonaron desde los arbustos; las balas zumbaban sobre él hacia la derecha.

De pronto se oyó el estallido de un rifle a apenas unos centímetros de distancia. Marcus había saltado hacia la izquierda y lanzado una ráfaga cruzada que anuló el fuego contrario. Alex supo que la acción de Marcus era su cobertura. Se lanzó hacia la derecha, hacia el borde del claro. Oyó la voz de Sam Tucker.

-¡McAuliff! ¡Aquí!

Librodot

Mientras corría hacia los arbustos, vio el perfil de Sam en el suelo. Tucker estaba apoyado sobre una rodilla, con el rifle levantado.

-¿Dónde? Por Dios, ¿dónde está Alison? ¿Los demás?

-Sigue el río hacia abajo, muchacho. Hacia el sur, unos trescientos metros. Avisa a los demás. Nosotros aguantaremos aquí.

-¡No, Sam! Ven conmigo... Muéstrame.

-Ya iré, hijo... -Otra ráfaga de disparos surgió de la selva. Marcus respondió desde el lado opuesto del claro. Tucker siguió hablando mientras aferraba la tela de la campera de Alex y lo empujaba hacia atrás.

-¡Ese negro hijo de puta está dispuesto a que le ametrallen el culo por nosotros! Tal vez me ha dado un poco más de vida que no merezco. Es mi compatriota, hombre. Mi nuevo hermano. ¡Jesús! Sabía que esta isla de mierda me gustaba. Ahora sal rápido de aquí y cuida de la chica. Nos uniremos con ustedes, no te preocupes. ¡La chica, Alexander!

-Hay cinco hombres ahí afuera, Sam. Maté a uno de ellos a un kilómetro y medio de distancia. Deben de haber visto mi linterna cuando corría. Lo lamento... -Con estas palabras, McAuliff se zambulló en la selva empapada y corrió hacia la orilla del río. Rodó por una pequeña ladera, con el rifle apretado contra los botones de metal de su campera, y cayó al agua.

Al sur. Hacia la izquierda.

Trescientos metros... un continente.

Se mantuvo cerca de la orilla del río, donde podía correr con más rapidez. Mientras atravesaba el barro y la maleza y los troncos caídos, se dio cuenta de que su cargador estaba vacío. Sin detenerse metió la mano en el bolsillo y sacó un nuevo cargador; quitó el viejo y metió el nuevo. Volvió a correr la barra de inserción; el cartucho entró en la cámara.

El ruido de las balas interrumpió sus pensamientos. Detrás de él unos hombres trataban de matar a otros.

Había una curva en el estrecho río. Había andado cien metros; casi doscientos, pensó.

"...mi nuevo hermano..." ¡Cristo! Sam Tucker, vagabundo itinerante del globo, estudioso de los primitivos, amante de todas las tierras, buscando una a la cual llamar propia en el último estadio de su vida. Y la había encontrado en un momento de extrema violencia, en las soledades más salvajes de Cock Pit, en Jamaica. En un momento de sacrificio.

De pronto, en un instante de terror, de la oscuridad que había sobre él bajó una enorme forma negra. Un brazo gigantesco cayó alrededor de su cuello; unos dedos como garras le arañaron el rostro; un puño poderoso y terrible le martillaba los riñones. Clavó la culata del rifle en el cuerpo que tenía detrás, clavó los dientes en la carne y se lanzó al agua.

-¡Hombre! ¡Por Dios, hombre!

La voz de Lawrence gritó mientras le daba puñetazos en el hombro. Estupefactos, los dos hombres se soltaron; cada uno levantó las manos, Alex blandiendo con torpeza el rifle; Lawrence, un largo cuchillo.

-¡Dios mío! -exclamó McAuliff-. ¡Podría haberte disparado! Se oyó otra ráfaga de balas, en el norte.

-Podría haberte clavado el cuchillo... -dijo el gigante negro, metido en el agua hasta la cintura-. Queríamos un rehén.

Los dos hombres reconocieron que no había tiempo para explicaciones.

-¿Dónde están? ¿Dónde están Alison y Whitehall?

-Corriente abajo, hombre. No lejos.

-¿Ella está bien?

-Está aterrada... Pero es una valiente, para ser una inglesa blanca.

Librodot

-Vamos -dijo Alex.

Lawrence lo precedió, saltando del agua a unos treinta metros más allá del punto del encuentro casi fatal. McAuliff vio que el revolucionario se había atado una tela alrededor del antebrazo: cuando lo advirtió, Alex escupió la sangre que tenía en la boca y se frotó la zona de los riñones en una especie de justificación abstracta.

El negro señaló la ladera con la mano izquierda y al mismo tiempo se puso la mano derecha sobre la boca. Un triple silbido surgió de sus labios. Un pájaro, un murciélago, un búho... no había diferencia. Se oyó un sonido correspondiente desde la parte alta de la orilla, más hacia adentro de la selva.

-Sube, hombre. Esperaré aquí -dijo Lawrence.

McAuliff nunca supo si fue el pánico del momento o si sus palabras decían la verdad, pero aferró al revolucionario negro por el hombro y lo empujó hacia adelante.

-No se darán más órdenes. No sabes lo que hay ahí atrás. ¡Yo sí! ¡Sube de una buena vez!

Una amplia ráfaga de disparos de rifle llegó desde el río. Lawrence parpadeó. Parpadeó a la luz de la luna nueva que ahora inundaba la orilla del afluente del Martha Brae.

-¡De acuerdo, hombre! No me empujes.

Treparon hasta la parte superior de la ladera y se internaron en la maleza.

La figura salió corriendo de la oscuridad, un objeto más oscuro que avanzaba a toda velocidad desde un vacío negro. Era Alison. Lawrence se estiró hacia Alex y le sacó la linterna de la mano. Un gesto de infinita comprensión.

Ella se precipitó en sus brazos. El mundo... el universo detuvo su locura por un instante y hubo tranquilidad. Y paz. Y consuelo. Pero sólo por un instante.

No había tiempo para pensar. 0 reflexionar.

0 para palabras.

Ninguno de los dos habló.

Se abrazaron y se miraron bajo el escaso resplandor de la luna nueva en el espacio aislado que ocupaban sobre las orillas del Martha Brae.

En un momento terrible de violencia. Y de sacrificio.

Charles Whitehall se entrometió, como estaba condenado a hacerlo. Se acercó, con su equipo safari todavía prolijo, el rostro una máscara inmóvil con ojos penetrantes.

-Lawrence y yo estuvimos de acuerdo en que se quedaría en el río. ¿Por qué lo cambió?

-Me tienes harto, Charley...

-Me aburres, McAuliff -respondió Whitehall-. ¡Había disparos allá!

-¡Estuve en el medio del fuego, negro hijo de puta! -Jesús, ¿por qué tenía que haber dicho eso? -Y vas a enterarte de cuál es el problema. ¿Lo entiendes?

Whitehall sonrió.

-Pues dilo... blanquito.

Alison apartó las manos del cuerpo de McAuliff y miró a los dos hombres.

-¡Basta!

-Lo lamento -dijo Alex de inmediato.

-Yo no -respondió Whitehall-. Éste es el momento de la verdad. ¿No lo ve, señorita Alison?

Las grandes manos de Lawrence tocaron a ambos hombres; su voz era la de un hombre-niño furioso.

-¡Basta, los dos! McAuliff, di lo que sabes. ¡Ahora!

Librodot

Alexander lo hizo. Habló de los campos, del avión -un avión, no el del Halidon- del piloto blanco que transportaba drogas y que había traído a seis hombre al Cock Pit a masacrar al equipo; la corrida hacia el campamento, el violento encuentro en la selva que terminó en una muerte en un pequeño charco de barro. Por fin, esos minutos anteriores en que el corredor llamado "Marcus" les salvó la vida al oír el grito en la maleza tropical.

-Cinco hombres -dijo Lawrence, y fue interrumpido por un nuevo estallido de disparos, ahora más cercano pero todavía a cierta distancia hacia el norte. Se volvió hacia Charles Whitehall.

-¿Cuántos quieres, fascista?

-Dame una cifra.

-¡Maldición! -aulló McAuliff-. Basta. Los jueguitos de ustedes ya no cuentan.

-No entiendes -replicó Whitehall-. Es lo único que cuenta. Estamos preparados. Somos los contrincantes viables. ¿No es eso lo que crean las ficciones? Uno a uno, el vencedor establece el curso.

..."Los líderes carismáticos no son los soldados de fajina... Cambian o se reemplazan"... Palabras de Daniel, Ministro de la Tribu de Acquaba.

-Los dos están locos -dijo Alex, con tono más racional de lo que le parecía concebible-. Me enferman y malditos sean...

-¡Alexander! ¡Alexander! -El grito venía de la orilla del río, a menos de veinte metros de distancia. Era Sam Tucker.

McAuliff echó a correr hacia el borde de la selva. Lawrence corrió delante de él, su enorme cuerpo chocando con el follaje, sus manos pulverizando todo lo que se le interponía.

El gigante negro saltó al borde del agua; Alex comenzó a correr por la corta ladera y se detuvo.

Sam Tucker cargaba el cuerpo de Marcus, el corredor, en sus brazos. La cabeza que salía del agua era una masa de sangre; le habían volado pedazos del cráneo.

Sin embargo, Sam Tucker no lo dejaba.

-Uno de ellos dio la vuelta y nos agarró en la orilla. Me agarró a mí en la orilla... Marcus saltó entre los dos y absorbió el fuego. Lo mató al hijo de puta; siguió caminando hasta ponerse delante de él. Frente al revólver.

Tucker depositó el cuerpo sobre el barro del río.

McAuliff pensó. Quedaban cuatro hombres, cuatro asesinos del equipo Dunstone.

Ellos eran cinco. Pero no podía contar a Alison.

Eran cuatro también.

Asesinos.

Cuatro. Los cuatro arawak.

La odisea de la muerte.

Alex sintió las manos de la joven sobre sus hombros, su rostro apretado contra su espalda bajo la luz de la luna.

Los campos.

El escape eran los campos y los dos aviones que podían llevarlos fuera de Cock Pit.

Sin embargo, Marcus había dejado entrever que no había otro camino posible más que la sinuosa y estrecha senda de la selva, un peligro en sí misma.

El sendero se tomaba al este del río, en el extremo derecho del claro del campamento. Estaría vigilado; los desertores del M16 eran agentes experimentados. El egreso era una prioridad; la única vía de escape tendría rifles automáticos centrados sobre ella.

Librodot

Además, los asesinos de Dunstone sabían que su presa se hallaba corriente abajo. Sondearían, tal vez, pero no dejarían sin vigilancia la senda.

Pero tenían que separarse. No podían apostar a lo desconocido, a la posibilidad de que el equipo de investigación se escapara, tratara de atravesar la red.

Esta suposición fue lo que hizo que McAuliff y Sam Tucker aceptaran la estrategia. Una variación del juego mortal propuesto por Lawrence y Charles Whitehall. Alexander se quedaría con Alison. Los demás saldrían, por separado. Y encontrarían al enemigo.

Era muy sencillo: matar o que los mataran.

Lawrence hundió su enorme cuerpo en las aguas oscuras. Se aferró de la orilla y avanzó con lentitud corriente arriba, con la pistola justo sobre la superficie, su largo cuchillo en la vaina de cuero, en el cinturón: bien a mano.

La luna era más brillante. Las nubes de lluvia habían desaparecido; la maleza de la selva obstruía pero no bloqueaba la luz de la luna. Las corrientes del río eran fuertes; incesantes y diminutos remolinos hacían girar montones de ramas caídas y de piedras, cuyas puntas resplandecían de moho y algas.

Lawrence se detuvo; se hundió más en el agua, conteniendo el aliento, con los ojos apenas sobre la superficie. En diagonal a él, en el río, otro hombre hacía lo mismo, pero sin la conciencia que ahora tenía Lawrence.

Metido hasta la cintura en el agua, el hombre llevaba un rifle de aspecto letal delante de sí. Daba grandes pasos y mantenía el equilibrio aferrándose al follaje de la orilla del río, con la vista fija hacia adelante.

En segundos, el hombre estaría directamente frente a él. Lawrence puso su pistola en una mata de helechos. Se estiró y tomó el largo cuchillo de su cinturón.

Se hundió en el agua y comenzó a nadar por debajo.

Sam Tucker se arrastró sobre el barranco que se elevaba junto a la orilla del río y rodó hasta la base de un tronco de ceibo. El peso de su cuerpo arrastró una enredadera suelta; cayó como una serpiente enroscada sobre su pecho y lo sobresaltó.

Estaba al norte del campamento, tras haber trazado un amplio círculo hacia el oeste, del lado izquierdo del río. Su razonamiento era simple. La patrulla de Dunstone estaría concentrándose río abajo; el sendero se hallaba al este del claro. Lo vigilarían, esperando que cualquiera que lo buscara se acercara por detrás, no por delante de la entrada conocida.

Tucker se incorporó contra el tronco del ceibo hasta quedar sentado. Soltó la correa de su rifle, levantó el arma y la bajó por encima de su cabeza, poniéndola en diagonal sobre su espalda. Los disparos eran imposibles, sólo utilizables en caso extremo. Pues recurrir a ellos implicaba -de manera más que probable- la propia ejecución.

No era algo imposible, pensó Sam, pero sin duda les llevaría bastante lograrlo.

Volvió a echarse sobre el suelo y prosiguió reptando a través del laberinto enredado de maleza tropical.

Oyó al hombre antes de verlo. El sonido era curiosamente humano, un sonido desprevenido que indicó a Sam Tucker que su enemigo estaba despreocupado, que no prestaba demasiada atención a las posibles alarmas. Un hombre que de alguna manera sentía que su puesto no corría peligro de un ataque inmediato, pues la patrulla se hallaba lejos de la zona de contención.

Librodot

El hombre había aspirado dos veces por la nariz. Una nariz tapada que le producía un bloqueo temporario y le impedía respirar bien.

Sam se concentró en la dirección de donde venía el sonido. Sus ojos de cincuenta y tantos años estaban demasiado exigidos, cansados por la falta de sueño y por vigilar noche tras noche en la oscuridad tropical. Pero le servirían, lo sabía.

El hombre estaba en cuclillas junto a un helecho gigante, con el rifle entre las piernas, la culata contra el suelo. Más allá, bajo la luz de la luna, Tucker podía ver los perfiles del cobertizo en el extremo izquierdo del claro. Cualquiera que cruzara el campamento se encontraba dentro de la línea de fuego del hombre.

El helecho impedía usar el cuchillo. Una hoja que no entrara con precisión en el lugar debido podía causar que la víctima se lanzara hacia adelante, gritara. El helecho ocultaba demasiado bien la espalda del hombre. Era posible, pero difícil.

Había una manera mejor. Sam recordó la enredadera que había caído del tronco de ceibo.

Buscó en un bolsillo y sacó un pedazo de línea de azimut común. Acero delgado cubierto de nailon, tan útil para tantas cosas... Se arrastró en silencio hacia la mata de hojas.

Su enemigo volvió a aspirar por la nariz.

Sam se levantó, centímetro a centímetro, detrás del helecho. Frente a él, ahora sin nada que se interpusiera, estaba la silueta del cuello y la cabeza del hombre.

Sam Tucker separó con lentitud sus poderosas manos. Estaban conectadas por el delgado hilo de acero cubierto de nailon.

Charles Whitehall estaba furioso. Había querido ir por el río; era el camino más rápido, mucho más directo que el tortuoso camino que debía hacer en medio de los arbustos. Pero se decidió así dado que Lawrence, que se hallaba de guardia en el río, lo conocía mejor. De manera que el río era de él.

Whitehall miró el dial de su reloj; todavía le quedaban doce minutos antes de la primera señal. Si es que la había.

Señales simples.

El silencio indicaba precisamente eso. Nada.

El corto, simulado y gutural grito de un chancho salvaje quería decir éxito. Un múerto.

Si sonaban dos, dos.

Sencillo.

Si le hubieran asignado el río -Charles estaba convencido-, habría dado el primer grito. Por lo menos uno.

En cambio, estaba en la zona sudoeste, la menos probable de las tres rutas para hacer contacto. Era una terrible pérdida. Un hombre viejo, con autoridad, con inventiva pero muy cansado, y un muchacho de las montañas sin habilidad alguna, no sin potencial, tal vez, pero de todos modos un gigante torpe.

¡Una pérdida terrible! Para enfurecer a cualquiera.

Sin embargo, no tan enfurecedor como el acero duro que de pronto hizo contacto con la base de su cráneo. Y las palabras que siguieron, susurradas en forma de orden brutal.

-Si abres la boca te vuelo la cabeza, hombre.

¡Lo habían agarrado! Su furia lo había desconcentrado. Estúpido.

Pero su atacante no había disparado. El hombre tampoco quería alarmar a los demás con el disparo de un rifle. El hombre seguía empujando el caño dolorosamente contra la cabeza de

Librodot

Charles; lo hizo girar hacia la derecha, apartándolo de su supuesta línea de avance. Era evidente que quería interrogarlo, descubrir la ubicación de los demás.

Estúpido.

La llave para liberarse era una maniobra sencilla que sólo necesitaba, para ser ejecutada, de una superficie dura contra la espalda de la víctima.

Y era, por cierto, una ejecución.

Hacía falta que la víctima rebotara a continuación del impacto, y que éste no fuera absorbido por el espacio circundante o tragado elásticamente por algo blando. El impacto era muy importante; si no, se podía disparar el gatillo del rifle. Había un instante de riesgo calculado -nada era perfecto-, pero clavarle el arma a la víctima permitía ese mínimo segundo para pegar el tirón en diagonal que sin excepciones arrancaba el arma de las manos del cazador.

Si todo se daba de manera óptima, el tirón coincidía con el impacto.

Todo estaba planteado con claridad en los manuales orientales de entrenamiento.

Frente a ellos, hacia la izquierda, Whitehall podía distinguir la súbita emergencia de una colina en la oscuridad de la selva. Una de esas abruptas interrupciones en el terreno que eran tan comunes en el Cock Pit. En la base de la colina había una gran roca que reflejaba la luz de la luna a través de los árboles.

Sería suficiente... en realidad, más que suficiente; muy práctico, por cierto.

Tropezó, apenas, como si su pie se hubiera enganchado en una raíz. Sintió la presión del caño del rifle. Era el momento.

Tiró su cabeza contra el acero y giró hacia la derecha, aferrando el caño con las manos y tirando hacia atrás. Cuando la víctima se incrustó contra la roca, tiró el arma con violencia y la arrancó de las manos del hombre.

Mientras el hombre parpadeaba bajo la luz de la luna, Charles Whitehall extendió rígidamente tres dedos de cada mano y completó su ataque con gran velocidad y control. Las manos eran trayectorias: una hacia el ojo derecho, otra hacia la carne suave que había debajo de la garganta.

McAuliff le había dado su pistola a Alison. Se había sobresaltado al ver que ella controlaba el cargador con tanta maestría, soltándolo de la cámara, apretando el resorte y reinsertándolo con un impacto del revés de la mano que le habría hecho justicia a Bonnie y Clyde. Alison le había sonreído y mencionado el hecho de que el arma había estado en el agua.

Faltaban ocho minutos. Dos unidades de cuatro; el pensamiento no resultaba consolador.

Se preguntó si habría algún grito breve en la noche. 0 si un silencio ominoso significaría la prolongación de la pesadilla.

¿Era alguno de ellos lo bastante capaz? ¿Lo bastante rápido y atento?

-¡Alex! -Alison le aferró el brazo, susurrando en voz baja pero con aguda intensidad. Lo tiró hacia abajo y señaló hacia la selva, hacia el oeste.

Un rayo de luz se prendía y se apagaba.

Dos veces.

Alguien había sido sorprendido en la maleza; alguna cosa tal vez lo había sobresaltado. Hubo una agitación y breves, repetidos chillidos que se detuvieron tan rápido como empezaron.

La luz se encendió una vez más, apenas un segundo, y luego reinó la oscuridad.

Librodot

El invasor se hallaba tal vez a treinta metros; costaba calcularlo en el denso follaje. Pero era una oportunidad. Y si Alexander Tarquin McAuliff había aprendido algo durante las últimas semanas de locura insoportable, era a aceptar las oportunidades con un mínimo de análisis.

Acercó a Alison a sí y le susurró instrucciones al oído. La soltó y buscó en el suelo lo que sabía que había allí. Quince segundos más tarde trepó al tronco de un ceibo, con el rifle en la espalda y las manos tanteando en silencio las ramas bajas, molesto por el peso adicional del objeto que tenía dentro de la campera, junto al cinturón.

Una vez en posición, rascó dos veces la corteza del árbol. Debajo de él, Alison silbó, un silbido muy humano, las notas abruptas de una señal. Entonces ella encendió su linterna exactamente un segundo, la apagó y salió corriendo.

En menos de un minuto la figura estaba debajo de él, en cuclillas, con el rifle preparado para matar.

McAuliff se arrojó desde la rama del ceibo y golpeó con el borde agudo de una pesada roca la parte superior del cráneo del invasor.

La manecilla del minutero de su reloj llegó a las doce; la segunda manecilla estaba en la una. Era el momento.

El primer grito llegó del río. Un grito de experto, el sonido de un chancho salvaje.

El segundo, del sudoeste, desde bastante lejos pero también producido por alguien experto, que provocó ecos por toda la selva.

El tercero llegó del norte, un poco demasiado gutural, en absoluto producto de un experto, pero suficiente para la ocasión. El mensaje era claro.

McAuliff miró a Alison, cuyos brillantes y asombrosos ojos azules lucían más azules aún bajo la luna del Caribe.

Levantó su rifle en el aire y quebró el silencio de la noche con un estallido de balas. Tal vez el piloto de transporte de drogas que había quedado en el campo se riera en voz baja, satisfecho. Tal vez, con suerte, una de las balas perdidas encontrara su camino hacia su cabeza.

No importaba.

Sólo importaba que lo habían logrado. Eran bastante capaces, después de todo.

Abrazó a Alison y gritó de alegría en la oscuridad. No sonó como un chancho salvaje, pero eso tampoco importaba.

35

Estaban sentados a una mesa, en una enorme terraza de forma irregular que daba a los arrecifes de coral y las aguas azules que había debajo. El choque de las olas contra las rocas causaba una serie de arcos de espuma blanca que saltaban hacia arriba y adelante y cubrían las grietas dentadas.

Habían volado desde el campo de Cock Pit directamente a Port Antonio. Lo habían hecho porque Sam Tucker había despertado a Robert Hanley con la radio del avión, y Hanley les había dado instrucciones con un tono de mando que impedía cualquier discusión. Habían

Librodot

aterrizado en el pequeño aeropuerto Sam Jones a las dos y treinta y cinco de la mañana. Una limusina enviada por Villas Trident los esperaba.

También Robert Hanley. Y en el momento en que Sam Tucker bajó del avión, Hanley le estrechó la mano y procedió a darle un puñetazo en la cara. Tras esto levantó a Sam del suelo; lo saludó con un poco más de cordialidad pero explicándole con ira controlada que las últimas semanas le habían producido una ansiedad innecesaria, a todas luces responsabilidad de Sam Tucker.

A continuación, los dos jóvenes réprobos envejecidos se pasaron la noche entera bebiendo en el bar de Villas Trident. El joven gerente, Timothy Durell, se rindió a las cinco y diez de la mañana, despidió al barman y entregó las llaves a Hanley y Sam. Durell no era consciente de que, en un sentido muy real, las últimas estrategias de Dunstone habían sido creadas en el Trident esa semana, cuando habían llegado extranjeros de todo el mundo. Extranjeros y otros no extranjeros... ahora sólo recuerdos perturbadores.

Charles Whitehall se fue con Lawrence, el revolucionario. Ambos se despidieron en el aeropuerto; cada uno tenía lugares adonde ir, cosas que hacer, hombres que ver. No habría preguntas pues no habría respuestas. Eso quedó claro.

Se separarían rápidamente.

Pero se habían comunicado; tal vez eso era todo lo que podía esperarse.

A Alison y McAuliff los habían llevado al chalé más lejano de la costa. Ella le había vendado la mano y le había lavado los cortes de la cara, y al fin había logrado que se quedara casi una hora en una buena bañera británica de agua caliente.

Estaban en la Villa Veinte.

Habían dormido uno en brazos del otro hasta el mediodía.

Ahora era un poco más de la una de la tarde. Estaban sentados solos a la mesa, pues Sam Tucker le había dejado una nota a Alexander. Sam y Robert Hanley viajaban a Bahía Montego a ver a un abogado. Iban a hacerse socios.

"Que Dios ayude a la isla", pensó McAuliff.

A las dos y media Alison le tocó el brazo y señaló el pórtico de alabastro del otro lado del parque. Por los escalones de mármol venían dos hombres, uno negro y otro blanco, vestidos con trajes de oficina.

R. C. Hammond y Daniel, Ministro del Consejo de la tribu de Acquaba, instalada en lo alto de la cadena Flagstaff.

-Seremos breves -dijo Hammond, tomando la silla que Alexander le indicó-. Señora Booth, soy el comandante Hammond. -Estaba segura -dijo Alison con voz cálida y sonrisa fría. -Puedo presentarle... a mi socio. El señor Daniel, Asuntos Jamaiquinos. Creo que ustedes dos se conocieron, McAuliff.

-Sí.

Daniel hizo un gesto gentil y se sentó. Miró a Alex y habló con sinceridad.

-Hay mucho que agradecer. Me siento muy aliviado.

-¿Qué me dice de Malcolm?

La tristeza brilló por un momento en los ojos de Daniel.

-Lo lamento.

-Yo también -dijo McAuliff-. Nos salvó la vida.

-Era su tarea -respondió el Ministro del Halidon.

-¿Puedo suponer -interrumpió Hammond con gentileza-, que la señora Booth ha sido informada... hasta cierto punto?

-Por cierto puede suponerlo, comandante. -Fue Alison quien respondió.

Librodot

-Muy bien. -El agente británico metió la mano en un bolsillo, sacó el papel amarillo de un cable y se lo tendió a Alexander. Era una confirmación de depósito en el Banco Barclay de Londres. La suma de un millón de dólares había sido depositada en la cuenta de A. T. McAuliff, Chase Manhattan, Nueva York. Además, se había dirigido una carta de crédito al tal A. T. McAuliff, carta que respondía por todos los impuestos una vez que se entregaran los correspondientes papeles de presentación aprobados por la Oficina de Ingresos Internos, Ministerio de Hacienda de los Estados Unidos.

Alex leyó el cable dos veces y lo intrigó su propia indiferencia. Se lo dio a Alison. Ella comenzó a leerlo pero no terminó; en cambio, levantó la taza y el plato de McAuliff y lo puso debajo.

No dijo nada.

-Nuestra cuenta está saldada, McAuliff.

-No del todo, Hammond... En palabras simples, nunca más queremos volver a oír de usted. Porque si volvemos a saber de usted, se hará pública la más larga denuncia de la que se tenga memoria.

-Mi querido señor -lo interrumpió el inglés con tono de agotamiento-, déjeme ahorrarle tiempo. La gratitud y un marcado respeto me pondrán socialmente en contacto con usted en cualquier momento que vaya a Londres. Y, debo agregar, creo que usted es en lo esencial un hombre bastante decente. Pero le puedo asegurar que en lo profesional nos mantendremos a la mayor distancia. El Servicio de Su Majestad no tiene ningún deseo de complicarse en irregularidades internacionales. Yo de ninguna manera lo permitiría.

-¿Y la señora Booth?

-Lo mismo, por cierto. -Aquí Hammond miró de manera directa, casi con esfuerzo, a Alison. -Sumado a lo cual está nuestra creencia de que ha sufrido demasiado. Del mejor modo y con nuestra más profunda gratitud. El pasado terrible ha quedado atrás, mi estimada. Nos damos cuenta de que un agradecimiento público es imposible. Pero las ponderaciones más altas se introducirán en su expediente. Que se cerrará. Para siempre.

-Quiero creerlo -dijo Alison.

-Puede hacerlo, señora Booth.

-¿Y qué pasa con Dunstone? -preguntó McAuliff-. ¿Va a ocurrir? ¿Cuándo?

-Ya comenzó -respondió Hammond-. La lista se pasó por cable a la madrugada.

-Hace varias horas -agregó Daniel en voz baja-. Alrededor de mediodía, hora de Londres.

-En todos los centros financieros se está trabajando con la nueva información -prosiguió Hammond-. Todos los gobiernos están cooperando... Es para el beneficio de todos.

McAuliff levantó los ojos hacia Daniel.

-¿Qué significa eso respecto de la mendacidad global? Daniel sonrió.

-Tal vez se ha aprendido una lección menor. Lo sabremos en unos años, ¿no le parece?

-¿Y Piersall? ¿Quién lo mató?

Hammond respondió.

-Intereses inmobiliarios de la costa norte que iban a ganar con la compra de Dunstone. Su trabajo era importante, no quienes causaron su muerte. Eran trágicamente insignificantes.

-De manera que todo terminó -dijo Daniel, y empujó su silla hacia atrás-. Los Westmore Tallon volverán a vender pescado, los discípulos de Barak Moore comenzarán la lucha contra Charles Whitehall, y el desordenado proceso de avance prosigue. ¿Nos vamos, comandante Hammond?

-Por supuesto, señor Daniel. -Hammond se levantó de su silla, al igual que el Ministro del Consejo de la tribu de los Acquaba.

Librodot

-¿Qué les pasó a los Jensen? -Alexander miró a Daniel, pues era el halidonita quien podía responderle.

-Los dejamos escapar. Dejar el Cock Pit. Sabíamos que Julian Warfield estaba en la isla, pero no sabíamos dónde. Sólo sabíamos que Peter Jensen nos llevaría a él. Lo hizo. En Oracabessa... La vida de Julian Warfield terminó en el balcón de una villa llamada Peale Court.

-¿Qué pasará con ellos? Los Jensen. -McAuliff trasladó su mirada a Hammond.

El comandante miró durante un instante a Daniel.

-Hicimos un acuerdo. Un hombre y una mujer que responden a la descripción de los Jensen abordaron un vuelo hacia el Mediterráneo esta mañana, en Palisados. Creemos que él se ha retirado. Lo dejaremos en paz. ¿Sabe? Le disparó a Julian Warfield... porque Warfield le había ordenado matar a otra persona. Y no podía hacerlo.

-Es hora, comandante -dijo Daniel.

-Sí, por cierto. En Londres hay una mujer encantadora a quien he descuidado un poco. Usted le gustó mucho aquella noche en el Soho, McAuliff. Me dijo que era muy atento.

-Dele mis saludos.

-Lo haré. -El inglés miró el cielo claro y el sol caliente. -Retirarse en el Mediterráneo. Interesante. -R. C. Hammond se permitió una pequeña sonrisa y volvió a poner la silla junto a la mesa.

Caminaron por el parque verde que se extendía delante del chalé al que llamaban "villa" y miraba al mar. Una blanca sábana de espuma marina saltó de la roca de coral y pareció quedar suspendida, con las oscuras aguas azules del Caribe como telón de fondo, no como fuente. La espuma cayó en forma de cascada hacia adelante y hacia abajo y luego se retiró sobre las grietas que formaban la cubierta de coral. Se convirtió de nuevo en mar, una sola con su fuente; otra forma de la belleza.

Alison tomó la mano de McAuliff.

Eran libres.

Posdata

Hace varios años -un cuarto de siglo, para ser exacto-, un autor que apenas andaba por los cuarenta años se sentía tan exuberante porque había publicado dos novelas, que, como un adicto, sin cesar volvía a la fuente de su adicción. Por suerte, se trataba de la droga de la escritura, que desde el punto de vista químico no es peligrosa, pero desde el punto de vista mental es una obsesión. Ese autor obsesionado, yo, ahora es mucho más viejo, sólo un poco más sabio, y sin duda estaba exultante hasta que unos ejecutivos editoriales de buena voluntad le dieron una suave recomendación. Me quedé estupefacto, mudo como una pared.

En apariencia, !en esa época se consideraba que ningún autor que vendiera más de una docena de libros a sus familiares cercanos y amigos muy íntimos debía escribir más de una novela por año! Si lo hacía, automáticamente sería considerado un "mercenario" por "lectores y críticos por igual". (Me encantó este personaje doble, tal como lo denominaron.) Gigantes de la escritura de la talla de Dickens, Trollope y Thackeray me vinieron a la cabeza, señores a quienes no les parecía mal llenar resmas con su letra manuscrita para revistas mensuales y semanales, manuscritos que en muchos casos eran ex-tractos de sus novelas en proceso de redacción. Quizá, pensé en silencio, "mercenario" tenía un sentido diferente en aquella época. Todo me resultaba demasiado confuso y, como lo señalé, de todos modos me quedé sin habla. De manera que no dije nada.

Librodot

Escuché a mis colegas más experimentados y envié entonces el manuscrito de El grito del Halidon bajo el nombre de un tal Jonathan Ryder, en rigor el nombre de pila de uno de nuestros hijos y una contracción del nombre artístico que usaba mi esposa cuando era una conocida actriz en Nueva York y sus aledaños.

Sería tonto negar la influencia que tuvo esta novela en libros ulteriores, pues fue la primera vez que me obligué a investigar en forma activa una historia oscura, así como las raíces del mito, por contraste con los registros históricos bien documentados, si bien difíciles de desenterrar. Para mí, fue fantástico. Mi esposa, Mary, y yo fuimos en avión a Jamaica, donde tendría lugar la mayor parte de la novela. Era como un chico en una juguetería gigantesca. ¡Había tanto que absorber, que estudiar! Llegué a robar nombres verdaderos, hasta que me enteré de que no se podía hacer eso sin permiso. Por ejemplo: "Timothty Durell", el primer personaje que encontramos en el libro, en realidad era el gerente más joven y brillante de un gran hotel de turismo internacional a quien llegué a conocer; "Robert Hanley" es un piloto en la novela y también lo era en la vida real. Entre otros avatares, Bob transportó a Howard Hughes por el Caribe y era el piloto privado de Errol Flynn cuando la estrella de cine vivía en Jamaica. (Otras libertades en realidad no debería revelarlas, según me han recomendado.)

Por cierto, la investigación es ese antipasto que se come antes de la entrada, o ese suculento cóctel de langostinos antes de la primera costilla bien sólida, el aperitivo que lleva a una cena seria. También es, a la vez, una trampa y un trampolín. Una trampa, pues lo atrae a uno a un mundo de probabilidades geométricas que el autor se resiste a dejar, y un trampolín pues dispara la propia imaginación para que se ponga a la altura de las infinitas posibilidades que un escritor encuentra irresistibles.

El primer indicio que tuve al observar las corrientes cruzadas de la religiosidad jamaiquina y el mito, vividos en profundidad, surgió cuando mi esposa y yo llevamos a nuestra hija, junto con la empleada que se encargaba de la cocina en nuestra casa alquilada, a un mercado nativo de Puerto Antonio. Nuestra hija menor era una niña muy rubia y muy linda (todavía lo es). Se convirtió de inmediato en el centro de atención, pues la feria se hallaba en un lugar alejado y los habitantes no estaban acostumbrados a ver niños blancos muy rubios. Los nativos eran encantadores, como lo son la mayoría de los jamaiquinos: personas gentiles, llenas de risa y de bondad, que demuestran una inteligente preocupación por los visitantes de su isla. Un hombre, sin embargo, no era nada de eso. Era grande, agresivo y todo el tiempo hacía observaciones que cualquier padre encontraría indignantes. La gente que lo rodeaba se lo advirtió; muchos gritaron, pero sencillamente se volvió más insultante y casi llegó a las manos. No aguanté más.

Como tengo formación de infante de marina -y era mucho más joven que ahora- me acerqué a ese individuo ofensivo, lo di vuelta hacia mí, le trabé el brazo derecho en la espalda y lo llevé por el camino de tierra hacia el borde de un barranco. Lo senté en una piedra y me liberé de mi rabia paterna.

De pronto, se volvió dócil, entró como en trance y empezó a entonar palabras más o menos así:

-¡El Hollydawn, el Hollydawn, todo es para el Holydawn!

Le pregunté de qué hablaba.

"¡Nunca se puede saber, hombre! No es cuestión tuya saberlo.

¡Es la iglesia sagrada del Hollydawn! Obeah, Obeah. ¡Dame dinero para la magia del Hollydawn!

Me di cuenta de que estaba intoxicado con algo: marihuana, alcohol, ¿quién sabe? Le di unos dólares y le ordené que se fuera. Un anciano jamaiquino se me acercó luego, con ojos tristes y comprensivos.

Librodot

-Lo lamento, joven -me dijo-. Lo estábamos mirando con atención y nos habríamos apresurado a ayudarlo si hubiera estado en peligro.

-¿Quiere decir que podría haber tenido un revólver, un arma?

-No, nunca un revólver, porque nadie le permite a esa gente llevar revólveres. Pero un arma, sí. A menudo lleva un machete en los pantalones.

Tragué varias veces, y sin duda me puse mucho más pálido. Pero el episodio encendió los fusibles de mi imaginación. Desde allí, por cortesía de Bob Hanley y su avión, atravesé las infames selvas de Cock Pit, volando bajo y viendo cosas que nadie podría ver si viaja en el avión de una aerolínea comercial. Viajé a Kingston, a zonas costeras que Bob decía que era una locura visitar. (Recuerden que yo era mucho, mucho más joven.) Exploré las caletas, las bahías y los muelles de la costa norte, interrogando, siempre interrogando, a menudo encontrándome con risas y ojos bailarines, pero ni una vez con hostilidad. Llegué tan lejos como para iniciar negociaciones tendientes a comprar la vieja propiedad de Errol Flynn, pero, según recuerdo, Hanley me dobló el brazo en una llave y me arrastró de nuevo al avión bajo amenaza de daño corporal. (¡Mucho más joven!) Me estaba divirtiendo tanto que una noche, mientras tomaba unos cócteles en el resplandor glorioso de una puesta de sol jamaiquina, Mary se volvió hacia mí y, con su deliciosa manera de hablar,

que da tantas cosas por sentadas, dijo:

-¿En serio que ibas a comprar la propiedad de Flynn? -Bueno, hay una serie de cascadas naturales que llevan a un estanque, y...

-Bob Hanley tiene mi permiso para darte una buena paliza. Sin afectarte, eso sí, la mano derecha. (Escribo a mano.) ¿Te parece que alguna vez comenzarás la novela?

-¿Qué novela?

-Dejo de lado mi pedido. Creo que es hora de volver a casa.-¿Qué casa...?

-Los otros chicos, nuestros hijos. ¿Los conoces?

-¡Claro que los conozco! ¡Excelentes muchachos!

¿Se hacen una idea? Llámenlo fiebre isleña, un perro loco bajo el sol del mediodía o un autor mentalmente impedido, obsesionado con la investigación. Pero mi mujer tenía razón. Era hora de volver a casa y empezar la primera buena costilla.

Mientras revisaba y actualizaba esta novela, me asombró cuánto había olvidado, y los recuerdos me inundaron. No respecto de la calidad del libro -eso les toca a otros comentarlo, en uno u otro sentido-, sino de las cosas que experimenté y que dieron origen a escenas enteras, personajes compuestos, caminos secundarios salpicados por grandes casas y sus esqueletos de épocas pasadas, los mercachifles que vendían cocoruru en las playas de arena blanca y abrían con sus machetes la fruta dentro de la cual se echaba el ron; sobre todo, los incontables cientos de grandes ojos oscuros que guardaban secretos de siglos.

Fue una hermosa época y agradezco a todos los que la hicieron posible.

Espero que hayan disfrutado de la novela, porque de verdad yo disfruté haciéndola.

Robert Ludlum Naples, Florida

F I N

Robert Ludlum, infante de marina de los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, nació en Nueva York, y se educó en Connecticut. Ex actor y productor teatral, a los cuarenta años decidió cambiar de carrera e incursionar en la literatura, convirtiéndose en un

Librodot

autor de gran reputación, cuyas novelas se transforman inevitablemente en bestsellers. En la actualidad, se calcula que sus libros se han publicado en cuarenta países distintos y han alcanzado ventas de 200 millones de ejemplares en todo el mundo.

Sus obras incluyen, TREVAYNE, LA ILUSIÓN SCORPIO, y APOCALYPSIS, todas ellas publicadas por Editorial Atlántida.

Vive en Florida con su esposa Mary, ex actriz y su crítica principal. Tiene tres hijos.

Librodot